LATINOAMERICA VIVA 5

GREGORIO

SELSER

EL PEQUEÑO EJERCITO LOCO I

Sandino
y la operación México-Nicaragua



editorial abril

COLECCIÓN
LATINOAMÉRICA
VIVA

AUTORES Y TEMAS
DE AMÉRICA LATINA

Director: ENRIQUE MEDINA

El pequeño ejército loco I
Diseño gráfico y tapa: David Almirón
Impreso en la Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11723
Prohibida la reproducción total o parcial.
® 1984 Editorial Abril S.A.
Av. Belgrano 624, Buenos Aires.

ISBN 950-10-0144-X

Luego de "Sandino, general de hombres libres" (publicado en esta colección) se hace indispensable la lectura de este nuevo volumen sobre la problemática centroamericana. Gregorio Selser complementa aquí el magistral dibujo de Sandino con testimonios escritos de hombres que pelearon a su lado, con cartas y otras fuentes documentales inéditas. El autor nos revela en estas páginas las intimidades desconocidas de ese "pequeño ejército loco" de combatientes sandinistas que consumó la hazaña de confrontar sus fuerzas con el ejército más poderoso del mundo y de obligar a las tropas invasoras norteamericanas a abandonar el territorio nicaragüense. El propósito de Selser es rescatar para la historia la figura y la gesta de un luchador que, como pocos, después de las guerras de independencia en nuestra Latinoamérica, simboliza el anhelo de patrias libres por las que tantos héroes sufrieron, sangraron y hasta murieron.

Gregorio
Selser

El pequeño ejército loco I



DEL PRÓLOGO A LA ARENGA

ÍNDICE

Introducción
Capítulo I
La enseñanza de la democracia a palos
Capítulo II
Las infamias inmemoriales
Capítulo III
Los bárbaros portentosos
Capítulo IV
La venta de la sublime herencia
Capítulo V
La marea de los cascos invasores
Capítulo VI
La hoja de tallo que se hizo espada
Capítulo VII
Morir como rebeldes y no vivir como esclavos
Capítulo VIII
¿Revolucionarios o bandidos?

El panamericanismo de la mentira es el oficial y el practicado por cierta prensa, agencias de noticias, radio, televisión y cine, Pero hay ese otro panamericanismo del silencio que consiste en callar ante las ruindades, desmanes y agresiones de los Estados Unidos de Norte América con las repúblicas hispanoamericanas.

Pasada la invasión de Guatemala e instalado en mí país por la United Fruit Company, *como Presidente de la República el títere que se llamó Carlos Castillo Armas, con el apoyo del Departamento de Estado, la complicidad de los gobiernos de Nicaragua y Honduras y el temor de los otros gobiernos, volvían a sus países los periodistas que habían despachado a toda prisa hacia Centroamérica, los periódicos y agencias noticiosas de Europa, que creían que en Guatemala se repetiría lo de Corea.*

Tuve oportunidad de conversar con algunos de ellos en San Salvador, capital de la República de El Salvador.

Debo recordar que por entonces me visitó el gran escritor francés Emanuel Robles. El autor de la famosa obra teatral "Monserrat" se hallaba en México, pero se desplazó hacia Guatemala, deseoso de conocer de cerca lo que pasaba en mi país. Luego me visitó en San Salvador. Casi al mismo tiempo que el periodista y joven escritor francés Armand Gatti, cuya pluma fue ganada desde entonces para la causa del pueblo guatemalteco. Pero lo que quiero recordar es la visita de un periodista italiano de uno de los grandes diarios de Roma, el cual me confesó que volvía horrorizado de lo que los yanquis habían hecho en Guatemala.

—Si es así, le contesté, los lectores de su diario recibirán de su pluma una información verídica y sabrán la verdad de lo sucedido. Y *como si lo estuviera viendo lo recuerdo. Se tomó la solapa de su traje de franela gris entre el pulgar y el índice, como palpándose la costura, jugó por un momento sus dedos de arriba abajo y luego, parsimoniosamente, me contestó: "No creo que se pueda decir nada. A los Estados Unidos les disgustaría que se publicara lo que han hecho en Guatemala y mejor es callar, pues son cosas que ya no tienen remedio".*

Y lo que este periodista me dijo, empezó a cumplirse. Muchos de los periódicos y publicaciones adictos al principio a la causa de Guatemala, empezaron a callar, a no comentar, a guardarse de hablar ante la más flagrante violación del derecho internacional americano en los últimos tiempos. Otro tanto ocurrió con los hombres responsables de nuestro Continente, con muy honrosas excepciones. Queriéndolo o no, estaban en el juego del panamericanismo del silencio…

Este hecho concreto servirá para medir la importancia que tiene la obra que realiza en la Argentina, el escritor Gregorio Selser. *Es un voluntario de la causa hispanoamericana, un francotirador con la cartuchera cargada de datos y el corazón cargado de sueños. Se completan en él lo de la zarza ardiente y la minucia de la hormiga que a cuestas va arrastrando el dato hasta la página, después de buscarlo cuidadosamente, de compulsarlo y de saber a ciencia cierta que es verídico, la información que ha de servir para configurar un hecho, la fecha que hará precisa una violación a nuestra soberanía, a nuestro territorio, a nuestra economía, por parte de los piratas con bandera.*

Gregorio Selser *es, por sobre todas las cosas, un trabajador intelectual honesto, sumamente honesto, y si algún pero cabría poner a su labor, sería la de ocultarse demasiado tras los materiales de que dispone para la composición de cada uno de sus valerosos libros. En esta forma, ajustándose a la verdad de la documentación de que disponía, le vimos emprender hace años, la preparación de una obra que se agotó en seguida* "Sandino, General de Hombres Libres". *En colecciones de diarios, en bibliotecas, en cartas a los amigos que vivían en la zona del Caribe, en todas partes, buscó* Selser *cuanto se había dicho en aquellos tiempos de la gloriosa gesta de Las Segovias. La dignidad de su empresa exigía una amplia base de antecedentes históricos, geográficos, políticos y sociales para sustentar en firme pedestal, la*

figura del héroe. Y *esto lo consiguió con creces. Mas, como ocurre a menudo con los auténticos investigadores, que jamás están satisfechos de sus resultados,* Selser *siguió su búsqueda alrededor de la gesta de Sandino y por otra parte, publicado su libro, actualizada, contra la conjura panamericana del silencio, la obra de aquel invicto caudillo, empezaron a llegar a sus manos muchos nuevos documentos, muchos nuevos datos.*

El nombre de Sandino, vuelve a desplegarse como una bandera en medio de la angustia de los pueblos, la desorientación de los dirigentes sin ojos hacia el pasado y la complicidad de cuantos entre nosotros se equivocan a sabiendas o por encargo. Vuelve a flamear en el extremo de la pluma de un hombre libre —Gregorio Selser— *y qué mástil más enhiesto y más alto, el nombre de Sandino, vivo, excelso y reivindicador. Después de las batallas libradas en Las Segovias, de su Nicaragua entrañable, torna Sandino a luchar contra el panamericanismo del silencio, batalla que ahora hay que ganar y que ganaremos con escritores como* Selser. *Todo el que calle en la actualidad es cómplice del avasallamiento de nuestros países económicamente pobres y moralmente maltrechos. Nadie debe callar. Nadie puede callar.*

¡Americanos todos, americanos de México, de Centroamérica, de las Antillas, de Sudamérica, no contribuyáis con vuestro silencio al crimen de agresión económica y militar, cuando es necesario a los intereses de los grandes consorcios, como en el caso de Guatemala, contra los pueblos de nuestro continente!

¡Tomad la bandera de Sandino! ¡Haced de cada libro, de cada periódico, de cada papel escrito, de cada radio, de cada canal de televisión, de cada pantalla cinematográfica, una voz que clame contra el silencio que se nos quiere imponer! ¡Hablad!

¡Hablad en las plazas, en las universidades, en todas partes, de ese General de América, que se llamó Augusto César Sandino! Gregorio Selser *pone en vuestras manos, en esta nueva edición, ampliamente enriquecida con documentos inéditos, el pequeño guijarro que llevaba David.*

Usadlo contra el panamericanismo del silencio, y que resuenen nuevas voces de juventudes alertas en las atalayas, pues la lucha de Sandino continúa.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

Buenos Aires, noviembre de 1958

El autor agradece al
Dr. Alfredo I. Palacios
y al
Ing. Gabriel del Mazo
por haberle facilitado la utilización
de sus archivos y documentación,
además de sus útiles consejos,
todo lo cual contribuyó a hacer
posible este libro.

INTRODUCCIÓN

No nos juzgues. Bolívar, antes del día último
porque creemos en la comunión de los hombres
que comulgan con el pueblo: sólo el pueblo
hace libres a los hombres: proclamamos
guerra a muerte y sin perdón a los tiranos.
creemos en la resurrección de los héroes
y en la vida perdurable de los que como tú,
Libertador, no mueren, cierran los ojos y se quedan velando.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS[1]

A fines de 1926, la marinería de desembarco norteamericana pisó suelo de la pequeña república de Nicaragua.

Lo hizo en son de guerra, no obstante los argumentos pacifistas que hizo públicos el Departamento de Estado para justificar esa intervención en un país históricamente independiente y jurídicamente soberano.

Esas tropas, que permanecieron allí muchos años, con los mismos o parecidos argumentos, habían intervenido igualmente en Haití —donde se quedaron hasta 1934—, en Cuba, merced a la anuencia que le acordaba la Enmienda Platt, en Santo Domingo, Honduras. Guatemala y en la misma Nicaragua, desde 1909.

Del mismo modo en México, país que vio bombardeadas por mar ciudades como Veracruz, asoladas sus tierras por el ejército punitivo del general Pershing y avivadas sus luchas intestinas surgidas a la caída de Porfirio Díaz, merced a los gestores petroleros norteamericanos e ingleses.

Estados Unidos siempre tenía a mano toda suerte de argumentos morales para esgrimir ante el mundo y para cubrir su propia conciencia, como justificativos de su actitud, que para cualquier espíritu lógico era simplemente un asalto brutal a mano armada, una burla cruel a los sentimientos de justicia y un vulgar escarnio de los principios del derecho internacional.

En cuanto a los motivos reales que inspiraban sus tropelías, unos eran de índole estratégica, los más puramente mercantiles. Entre estos últimos se destacó, por su importancia, el factor petróleo, el mismo que había provocado el baño de sangre en que se debatía México y que hiciera exclamar a su presidente Plutarco Elías Calles: "¡Ojalá México no hubiera tenido jamás petróleo!".

Y fue justamente debido al petróleo, sobre todo y ante todo, que la Unión norteamericana hizo pie en Nicaragua, en cuyo territorio, por rara paradoja, no se sabía que existiesen yacimientos de hidrocarburos.

Hemos subtitulado a este ensayo *Operación México-Nicaragua,* porque la patria de Rubén Darío fue un elemento accidental en el tablero de ajedrez donde disputaban el juego la Standard Oil Company y la Royal Dutch Shell, aunque luego los azares históricos la convirtieron en la pieza fundamental y única: el objetivo real perseguido —al menos para la torpe diplomacia de Frank Billings Kellogg— era el de presionar y doblegar a México.

[1] Fragmento de su poema *Bolívar*.

En 1917, el presidente Venustiano Carranza había sancionado la Constitución de Querétaro, cuyas cláusulas tendían, en su artículo 27, a poner coto a los abusos y arbitrariedades de las empresas extranjeras, sobre todo las estadounidenses. Si Woodrow Wilson no intervino entonces, fue porque el estallido de la Primera Guerra Mundial acaparó toda su atención.

El sucesor de Carranza, Álvaro Obregón, evitó a toda costa dar pretexto alguno al Departamento de Estado para intervenir en México. Complicaciones internas, cuidadosamente atizadas desde el Norte, le imponían afianzar, previa a toda otra consideración, el frente de la Revolución, y la Constitución de 1917 no se impuso en todos sus articulados por elementales razones de supervivencia.

Pero el mandatario siguiente, Plutarco Elías Calles, consideró que el país estaba suficientemente maduro para dar nuevos pasos adelante, y anunció la puesta en vigor del artículo 27.

Bastó el anuncio para que desapareciese el *statu quo* con el Departamento de Estado. Su secretario Kellogg, reconvino a Calles, como si en lugar de ser éste el presidente de una nación soberana, fuera el conductor de su automóvil. La prensa de Hearst enderezó sus baterías contra quien osaba así desafiar a Estados Unidos. México y Calles se confundían por igual en los ataques de los diarios amarillos más virulentos del mundo. La amenaza de intervención parecía concretarse a cada momento y era demandada de mil diferentes modos por las entidades industriales, en el Senado y en la Cámara de Representantes estadounidenses. Si no se realizaba aún, se debía a la carencia de un pretexto diplomático plausible.

Calles se sentía fuerte, y al principio resistió. La oposición interna parecía prácticamente barrida y no se vislumbraban nuevos militares, del tipo de los Peláez, a sueldo de las empresas petroleras, dispuestos a tentar la aventura cuartelera. Había, eso sí, fuertes y graves problemas por resolver, entre ellos la cuestión agraria y la activa oposición “cristera”, pero la inmensa mayoría del pueblo mexicano apoyaba los postulados nacionalistas del gobierno.

La línea política mexicana respecto del Partido Liberal en Nicaragua llevó, además, a Calles, a apoyar todo movimiento revolucionario contrario al gobernante títere de Nicaragua y a amparar a los refugiados políticos expulsados de ese país. Y cuando el volumen oposicionista permitió abrigar la esperanza de que una invasión armada de los exiliados, en combinación con los elementos internos, permitiría derribar a Adolfo Díaz —el empleado en turno del Departamento de Estado en ejercicio de la presidencia de Nicaragua—, Calles les suministró armamentos para intentar la operación y permitió que los soldados se reclutaran en territorio mexicano[2].

El Departamento de Estado conocía esos preparativos porque —¡incongruencias de la historia!— su informante era el propio aspirante a reemplazar a Díaz, el liberal Juan Bautista Sacasa, quien creyendo contar con las simpatías de Washington, le tenía al corriente de sus propósitos tanto como del próximo asalto a la ciudadadela de Bluefields, sobre la costa atlántica de Nicaragua.

Esta era la oportunidad que esperaban el presidente Coolidge y el secretario de Estado Kellogg.

Era la ocasión anhelada para hundir al detestado régimen “comunista” de Calles; el régimen que se atrevía a subdividir los latifundios para entregar las tierras a los campesinos; el régimen que desafiaba a las grandes potencias reconociendo a Rusia: el régimen que elevaba las tasas que en concepto de regalía debían pagar las empresas petroleras, a las que obligaba a ajustarse a las nuevas disposiciones legales que iban a restringir su poderío, poniendo en vigor el reglamento del artículo 27 de la Constitución.

¿Qué mejor medio para hundir a Calles que soliviantar la opinión interna mexicana mediante la amenaza de intervención? ¿Por qué no utilizar el pretexto de la presunta intervención de Calles en un país de Centroamérica, cercano al Canal de Panamá, clave estratégica de la defensa de Estados Unidos?

---

[2] Para mayores detalles, consúltese la obra del autor. *Sandino, general de hombres libres,* Editorial Abril, 1984.

¿Qué otro medio más factible que urdir una trama conciliando las reservas puritanas de Coolidge, sus constantes invocaciones a la *Libertad* y a la *Justicia,* con las necesidades del Estado norteamericano de preservar al Nuevo Mundo del peligro "Comunista" y de paso obtener la salvaguardia de los sacrosantos intereses de los ciudadanos de la Unión, tan desamparados ellos y tan necesitados de protección?

Esa trama, su desarrollo y conclusión, son el objeto de esta obra. El lector atento podrá apreciar cuántas analogías existen entre los hechos a relatarse y posteriores sucesos ocurridos en muchas partes del mundo y, sobre todo con los métodos utilizados para doblegar y rendir a Guatemala en 1954 y a Chile en 1973.

La *Operación México-Nicaragua* sufrió un curso inesperado, ante la aparición de un factor poco menos que desconocido —honrosa salvedad, la del haitiano Charlemagne Peralte— en la historia de la penetración de Estados Unidos en Hispanoamérica. Fue la inesperada y sorprendente resistencia armada de un grupo de hombres prácticamente indigentes, ayunos de verdadero poderío bélico, pero que con su acción quijotesca lograron lo que se consideraba imposible: mantener a raya al ejército más poderoso de la tierra, humillarlo y finalmente derrotarlo, ya que no otra cosa que derrota fue la salida de las tropas norteamericanas de Nicaragua, sin haber podido apresar ni destruir a Sandino, el General de Hombres Libres.

En virtud de esa resistencia, lo que era accidental se convirtió en preponderante, y lo que debía ser principal devino en transitorio, pues Calles logró aplacar el furor de Estados Unidos y obtener su benevolencia, ya que no su simpatía, mucho antes de que concluyera la misión del Guerrillero de Las Segovias. Y así resultó que cuando ni Calles era ya presidente ni existían sombras de discordia entre la Unión norteamericana y México, aún aparecía en los diarios de todo el mundo el nombre de Sandino y se citaba a Nicaragua como zona de guerra. Hay otro fenómeno digno de destacarse. Los diarios más importantes de toda América, con una conciencia histórica que hubiéramos deseado para los sucesos de Guatemala en 1951, estuvieron casi sin excepción del buen lado de la causa. Consultar sus colecciones es asistir al curioso resultado de comprobar que, a diferencia de lo que hoy día ocurre casi sin excepción, esos diarios eran sanamente nacionalistas, respondían a los sentimientos populares y bregaban por las aspiraciones de cada país, combatiendo con perfecto conocimiento de causa y mejor literatura los lentos avances del imperialismo norteamericano, al que no se guardaban de mencionar con todas sus letras.

Fue así que estuvieron de parte de Sandino y de su causa y analizaron con fría lógica y pasión extrema los desbordamientos de la intervención en Nicaragua. Y conste que no eran sólo los diarios hispanoamericanos los que observaban esa actitud. Lo que en éstos era razonable —entonces, no ahora— que ocurriera, parecía raro en los periódicos de Estados Unidos, que por simple razón de solidaridad nacional, debían estar apoyando la política de su presidente, y sin embargo, no era así. Coolidge fue mucho más castigado por la prensa liberal e izquierdista de su patria que por la extranjera, así como por las organizaciones obreras, estudiantiles, culturales y académicas. Y así como por estas, también por los senadores y diputados progresistas, fueran republicanos o demócratas, por los escritores, casi sin excepción, los periodistas de más fuste, como Walter Lippmann —el de entonces—. H. L. Mencken, Lincoln Steffens y Heywood Broun —los de siempre.

Emociona releer esas muestras de identificación por encima de todas las fronteras e ideologías, que en determinado momento unificaron las causas de Sacco y Vanzetti con la de Sandino y que, cuando aquéllos fueron electrocutados, continuaron sosteniendo al que en otras tierras y de un modo diverso y pensamiento distinto, simbolizaba la misma rebeldía que condujera al patíbulo a los infortunados anarquistas italianos.

La batalla de entonces probó una vez más que la entraña de los pueblos está hecha de la misma pasta. Argentinos y norteamericanos, por no citar sino un ejemplo, estuvieron hermanados a través de sus grupos más conscientes, de un modo como nunca antes había ocurrido. Y esa internacional de pueblos, por sobre y a pesar de los gobiernos, se repitió hasta el cansancio. Calles y plazas de todo el continente supieron del fervor que no era de una raza o religión o clase, sino de una emoción justiciera y libertaria que se traducía en su grito común: "¡Viva Sandino! ¡Fuera los yanquis de Nicaragua!' ¡Abajo Coolidge!".

Cuando escribimos nuestra primera obra sobre el General de Hombres Libres, tropezamos con la inevitable falta de documentación que precisara aspectos confusos de la vida y la gesta del héroe.

Gentes amigas, entre ellas hombres que pelearon a su lado desde un primer momento o que se consideran a la distancia soldados de su misma causa, nos hicieron llegar esos documentos, entre ellos cartas inéditas valiosísimas para el mejor conocimiento de Sandino: otros nos han referido hechos no consignados hasta ahora, nos mencionaron fuentes de información o repararon errores u omisiones. Esa prueba de que la memoria del guerrillero no ha muerto, unida a la buena acogida que se dispensara a nuestro trabajo anterior y a la excitativa de compañeros de ideales, nos indujeron a publicar este libro.

Quien haya leído *Sandino, General de Hombres Libres,* ganará con la lectura de *El Pequeño Ejército Loco* una mayor comprensión de la gesta del guerrillero de América. Para el que asome su curiosidad a estas páginas, confiamos no le resulten demasiado abrumadoras las citas y menciones de periódicos y libros, cuya justificación es consecuencia de la necesidad de demostrar la importancia que tuvo en el mundo, en cierto momento, el gesto de un desconocido obrero y campesino que se hizo héroe cuando no le quedó otra alternativa, salvo la de morirse de vergüenza.

Pretendemos igualmente, probar cómo funcionó la solidaridad humana para el bien, la justicia y la causa de la liberación de un pueblo invadido por tropas extranjeras, más allá de las fronteras y de las creencias e ideologías particulares, y deseamos revivir para los lectores de hoy aquel estado mental y espiritual que perduró mientras Sandino mantuvo enhiesta la bandera de la rebelión. Fue una época de vergüenza y escarnio para nuestra América, generada por la rapacería de esa otra América que nos aflige, nos oprime, nos veja. Pero al propio tiempo fueron años de agitación febril, de esclarecimiento permanente de conciencias, de denuncia incesante, en el marco de una adhesión y solidaridad mundiales a una causa que muchos pueblos hicieron suya, y que sólo la distancia y el aislamiento geográficos impidieron que se expresara de un modo mucho más contundente y decisivo.

A fuer de cronistas, nuestra intención fue la de aportar documentos, textos y testimonios de época, perdidos entre la maraña de publicaciones generalmente poco accesibles al público en general, con el fin de rescatarlos de la interesada oscuridad a la que quedaron relegados a partir del asesinato del Héroe de Las Segovias, no tanto porque en su mayor parte fueron requisados e incinerados por su asesino, sino porque en los casos en que se publicaron en Estados Unidos y otros países del continente, el transcurrir de los años obró a modo de pesada losa sobre su recuerdo y vigencia.

De ahí que hayamos dado preferencia a los testimonios escritos, permitiéndonos alguna que otra licencia de interpretación y el elemental derecho de selección y presentación de los textos, con la certidumbre de que por lo general hablan por sí solos sin necesidad de lazarillos. Tal es su fuerza y su contundencia.

Y si puede dar la impresión de que el autor se exime de comentar, juzgar y sentenciar con sus propias palabras, dejando que la masa documental hable por sí misma, créasele si afirma que no hay falsa modestia ni intento de ocultamiento personal en el estilo elegido para la elaboración de esta obra. Ardua tarea fue la de acopiar tanto material disperso y las definiciones político-ideológicas están implícitas en la labor artesanal de recopilador, cuya mayor satisfacción consistirá en saber que, de algún modo, logró rescatar para la historia textos que iluminan la figura y la gesta de un hombre que, como pocos, después de las guerras por la Independencia de Hispanoamérica, simbolizó el mismo espíritu y análogo anhelo de patrias libres por las que aquéllos sufrieron, sangraron y hasta murieron.

Sandino pertenece a esa estirpe.

CAPÍTULO I

LA ENSEÑANZA DE LA DEMOCRACIA... A PALOS

Pandilla ruin que se afana
en hacer preciosidades,
que allá por esas ciudades
podrán ser de conveniencia,
pero que acá. Vuecelencia,
son puras barbaridades.
…….
A esto le llaman progreso
los salvajes hablantines,
mientras los pobres rosines
agachamos el pescuezo,
sin manotiarles ni un peso,
ni hacerles ningún reproche
al verlos que a troche y moche
nos desprecian y arruinan,
y después que nos trajinan
pasean holgaos en coche.

HILARIO ASCASUBI
Aniceto El Gallo.

I

Al comenzar la segunda mitad del siglo XIX, la explotación del petróleo fue simultáneamente iniciada en Estados Unidos y Rumania. En la Unión, John Rockefeller, un modesto comerciante de Cleveland, en alianza espuria con los ferrocarriles, logra posesionarse del medio de dominar la nueva riqueza: el transporte y la distribución. Es una lucha en la que no se pide ni se da cuartel. Hacia 1882 Rockefeller crea la Standard Oil Trust, la empresa más poderosa de su tiempo. Pero sus métodos de corrupción y rapiña le han creado infinidad de enemigos. Los pequeños productores independientes, sus primeras víctimas, son sus acusadores más vehementes. El gobierno de la Unión se ve precisado a intervenir. Se aprueba la ley Sherman contra los *trusts*, pero sus disposiciones son burladas una y otra vez.

Ni el mismo Theodore Roosevelt puede gran cosa contra la empresa que ahora se llama Standard Oil Company. Compra a senadores y diputados, como años después comprará a ministros y enlodará a presidentes de la nación. Cuando dos empleados infieles sacan copias fotográficas de cartas pertenecientes a John D. Archbold, vicepresidente de la Standard Oil Company y las venden a William Randolph Hearst, el representante máximo de la prensa amarilla, no saben que su infidelidad proporcionará a Hearst un poder que ni siquiera la campaña pro-intervención en Cuba le había dado.

Marcus Hanna —el senador que decidió con su intervención la suerte de Panamá—, Benson Foraker, Bill Penrose, Bailey y Quay, senadores por el Partido Republicano, aparentemente todopoderosos, son meros títeres de Rockefeller a través de Archbold, cuyas cartas puestas al descubierto, prueban que la Standard Oil no sólo intervenía en la política interna del país sino hasta en las relaciones internacionales.

El imperio del petróleo es ya mucho más poderoso que las *naciones* enteras. La invención del automóvil significa una inusitada ampliación de las posibilidades de los derivados del petróleo, que también comienza a ser utilizado como combustible en las calderas de los barcos. Pero la omnipotencia de Rockefeller se encuentra repentinamente con una valla impensada, que tiene por nombre Royal Dutch Shell.

Henry Deterding, merced al apoyo del Intelligence Service y del almirantazgo británico, demuestra que un buen cerebro puede hacer caer tantos imperios y tronos como lo podría un buen ejército, sin necesidad de que trascienda al público el soborno de senadores, diputados y ministros. Cuando Rockefeller reacciona, ya es tarde. Deterding, con un capital inicial de 8 millones de francos, derrota a quien posee 1.500 millones.

Entabla la guerra de precios entre los dos colosos. Rockefeller da poco menos que regalada la nafta en China; para resarcirse, aumenta los precios en Estados Unidos. Entonces Deterding llega con sus buques-cisternas a Nueva York y, aliado con los enemigos de la Standard, crea, con capitales norteamericanos, sociedades allí donde puede hacerlo. Resultado: el petróleo inglés se vende en la unión más barato que el propio norteamericano. Causa: el costo de producción de los yacimientos asiáticos de Deterding es muy inferior al costo de producción de los yacimientos de la Unión.

La táctica y la estrategia de Deterding vencen a la brutalidad de Rockefeller. La Royal Dutch Shell se hace dueña de yacimientos prácticamente en toda California y apoya a los demócratas contra los republicanos, que siempre defienden a la Standard Oil. Cuando la empresa inglesa llega a extraer del suelo norteamericano el 13 por ciento de su producción total de petróleo, Walter Leagle, sucesor de Rockefeller en la jefatura de la Standard, manifiesta compungido que los ingleses “trataban deliberadamente de agotar los yacimientos petrolíferos de Estados Unidos”.

No está muy desencaminado en su presunción, pero nada puede hacer para contrarrestar la situación, puesto que no cuenta con el apoyo de su gobierno, y en cambio la Royal Dutch Shell tiene toda la ayuda de la Corona. Esto se hace patente cuando el entonces primer lord del almirantazgo, Winston Churchill, declara en la Cámara de los Comunes, en 1913: “El

propósito final de nuestra política es hacer del almirantazgo el propietario y el productor independiente de cuanto petróleo necesite. A este efecto, debemos en primer lugar constituir en el país mismo una reserva de petróleo lo bastante fuerte para cubrir nuestras necesidades en tiempos de guerra y suprimir las oscilaciones de los precios en tiempos de paz. En segundo lugar, es necesario que estemos en condiciones para poder dominar, en todo momento, el mercado de petróleo y por último, en la medida de lo posible, debemos llegar al control de las mismas fuentes petrolíferas."

Sólo años después de finalizada la Primera Guerra Mundial, la política de Estados Unidos comienza a empalmar con los intereses del gran consorcio petrolero. En el "ínterin", que abarca las dos presidencias de Wilson, la Standard Oil lucha como una gran potencia contra la otra gran potencia inglesa.

Con exceso de suficiencia los norteamericanos creyeron sus yacimientos inagotables. Cuando cayeron en la cuenta de que no lo eran, el espíritu previsor inglés había viajado con la bota de siete leguas, adelantándose en todo el mundo en el dominio de los yacimientos. Y lo que habían realizado en California lo reiteran en México, Honduras, Colombia y Venezuela. En esta última. Juan Vicente Gómez llega a gobernar más de treinta años, sostenido por el constante flujo de los barriles de petróleo que la isla de Curaçao transforma y exporta. Otro autócrata que dominó no menor tiempo a su patria, cae en razón de que no estaba perfectamente decidido sobre a quién correspondería, de los dos primos colosos, el dominio de los yacimientos de petróleo: a su caída, Porfirio Díaz no logra darse cuenta de que es ese fluido el que lo arroja de México y el que envolverá al país durante casi veinte años de revoluciones continuas[3].

El petróleo causa también preocupación a los Aliados. La guerra promueve un gran desarrollo en las industrias y éstas se alimentan con petróleo, igual que los ejércitos que intervienen en la contienda. Las batallas de Marne y Verdún no se pierden gracias al petróleo.

El ministro lord Curzon, pocos días después del armisticio, expresó su agradecimiento diciendo: "... los Aliados han sido llevados a la victoria empujados sobre olas de petróleo. Todos los productos del petróleo, el aceite combustible, la nafta para la aviación, la nafta motriz, el aceite para engrases, han participado en proporciones semejantes en la guerra. Sin petróleo, ¿cómo hubiese sido posible asegurar los movimientos de la flota, organizar el transporte de nuestra tropa y la fabricación de ciertos explosivos?"

Y Henry Berenger, comisario general de petróleo en Francia, también en la misma época, reconocía: "El petróleo fue la verdadera sangre de la victoria... Esta victoria, más gigantesca que la de Samotracia, será denominada por los siglos de los siglos, la victoria del petróleo...

[3] "Desde que los ingleses penetraron en México, no ha habido más que revueltas y revoluciones en todo el país. Patriotas sinceros y generales vendidos: gobiernos y bandidos se han hecho la guerra, derramando la sangre a torrentes. El país invadido de agentes secretos. Promulgación de nuevas leyes cada ocho días.

"...Había que aprovecharse de la guerra civil. Hacer surgir el petróleo mientras los mejicanos ocupados en matarse entre sí, no tenían tiempo de aquilatar las concesiones, de controlar la cantidad de petróleo aportada y de ver si todo se realizaba de acuerdo con las reglas del juego...

"...La guerra civil hacía estragos en todas partes, salvo en los campos petrolíferos, salvo en Tampico, que los insurgentes habrían podido, sin embargo, ocupar tan fácilmente como Veracruz o algunas de las otras ciudades saqueadas. Pero Tampico es el puerto de petróleo más importante. Allá atracan los barcos-cisternas que se llevan el petróleo de Méjico y que vuelven cargados de armas de América o de Inglaterra. Sólo Tampico quedó en paz. Como si se hubiese querido demostrar al mundo entero la razón de todas estas sangrientas revoluciones, como si se hubiese querido hacer ver a los más obtusos que los mejicanos se mataban entre si para asegurar la posesión del petróleo a Deterding o a la Standard Oil."

Los gritos de angustia de esta guerra larga y mortífera han sido: *¡More oil, ever more oil!* (¡Más petróleo, siempre más petróleo!)."[4]

Así, a la vera de la gran contienda, se desarrolló otra en pequeña escala entre los dos imperios colosales del petróleo. Las revoluciones que a partir del armisticio se suceden en todas partes del mundo, tienen evidente vinculación con los yacimientos de oro negro. Las fuerzas de Koltchak, Wrangel, Denikin y otros generales blancos que tratan de aplastar la revolución soviética, son pagadas por Deterding. Las de Kemal Pachá Ataturk, que luchan contra los griegos y les arrojan del Asia, cuentan con el apoyo de la Standard.

El presidente Wilson no lo ignora, aunque poco puede hacer para evitarlo. Cuando se efectúan investigaciones en la posguerra, acerca del papel que tuvieron en ellas los grandes consorcios, las revelaciones son desoladoras y amargan los últimos años de la existencia de quien, en verdad, creía en la posibilidad de un mundo mejor y luchó por él a su manera.

II

Woodrow Wilson había ejercido sin éxito la abogacía hasta que se doctoró en la Johns Hopkins University y se dedicó a la carrera del profesorado. En 1890 obtuvo una cátedra de Ciencia Política en Princeton, universidad de la que fue elegido rector en 1902. Era hijo de un pastor presbiteriano del sur, y abrazó esa misma fe presbiteriana que quiso aplicar en su política y su diplomacia. Bemis le describe, ya presidente, colocando siempre la Biblia y su reloj en su mesa de noche y leyendo cada día el Libro. "Ninguna administración de los tiempos modernos —dicen Morison y Commager— ha sido inaugurada con tanta pasión por la rectitud y la justicia"[5]. Para esos historiadores, Wilson, aristócrata por nacimiento, conservador por su ambiente familiar, hamiltoniano por su educación, llegó a ser el más grande líder popular desde Lincoln y un demócrata que supo articular los ideales de la democracia jeffersoniana, con las condiciones de los nuevos tiempos". Pero Wilson carecía del tacto corriente y amaba a la humanidad en abstracto más bien que al pueblo en particular, agregan, añadiendo que desde Jefferson, ningún otro presidente había sido capaz de poner semejante bagaje intelectual al servicio público. Wilson había nacido —empero— "con una arrogancia intelectual que le inclinaba a fiarse sobre todo de su propio juicio, y heredó una filosofía calvinista que ponía un halo de necesidad moral a la conveniencia..."[6]

Wilson no dedicó párrafo alguno, en su discurso de apertura, a Hispanoamérica, a la que para nada había tenido en cuenta durante su campaña electoral. Al igual que la mayoría de los mandatarios norteamericanos, muy poco interés le merecían los pueblos de más allá del río Bravo, pero un síntoma inquietante era que en el programa del Partido Demócrata, en las elecciones de 1912, que le ungieron presidente, figurara en términos enérgicos la promesa de "proteger" adecuadamente a los ciudadanos norteamericanos residentes en el extranjero. Esto apuntaba, sobre todo, a México, que desde el año anterior se debatía en revoluciones provocadas por los intereses petroleros en pugna de Inglaterra y Estados Unidos. La contienda entre ambos, representados respectivamente por la Mexican Eagle y la Controlled Oilfields, y por la Standard Oil, iba a tener su exteriorización a raíz de la revolución de 1911, que dio por tierra con Porfirio Díaz.

---

[4] Zischka, Antón E., *La guerra secreta por el petróleo,* Nuevas Gráficas, Madrid, 1935.

[5] Los entretelones de la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, están referidos en *Los norteamericanos* de George Seldes, Editorial Triángulo, Buenos Aires. 1958.

[6] Morison, Samuel E. y Commager, Henry S., *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica,* Fondo de Cultura Económica, México, 1951. T. II.

Porfirio Díaz había sido tan dictador como José Santos Zelaya en Nicaragua. Ambos fueron defenestrados mediante la intervención, solapada en un caso y directa en otro, del Departamento de Estado de Washington. Zelaya había tenido el poco tino de enzarzarse en litigios con ciertas compañías. Díaz tuvo la desgracia de indisponerse con el grupo Rockefeller. Cuando se descubrió petróleo en Tampico, entendió que era de buena política contrapesar la influencia de la Standard Oil acordando concesiones de explotación a su rival inglesa. Eso causó su perdición.

Son muy conmovedores los conceptos sobre la democracia vertidos a raudales por Madero. Pero los hechos son siempre más crueles que los ideales y en lo que a Latinoamérica se refiere, siempre se burlan de las buenas intenciones con que se realizan las revoluciones. Ningún derecho nos asiste para dudar de los buenos deseos de Madero, pero, ¡con cuánta frecuencia los bienintencionados son para los pueblos mayores plagas que los que no se cuidan siquiera de disimular sus apetitos de mando!

Uno de los libros que mejor reflejan ese período de la historia mexicana es el de los norteamericanos Nearing y Freeman, *La diplomacia del dólar.* Allí constan las declaraciones de uno de los magnates yanquis del petróleo, Edward Doheny, que explican suficientemente la actitud del presidente Taft:

Existen alrededor de cincuenta o cien compañías norteamericanas grandes y pequeñas, que tienen derechos sobre presuntos terrenos petrolíferos en México... Este campo petrolífero... es la fuente a la cual debe recurrir Estados Unidos para abastecerse de petróleo... México no es solamente una fuente de petróleo en grandes cantidades sino que tiene las mayores reservas conocidas y desarrolladas...[7]

Producida la revolución de Madero, Doheny no tendría empacho en reconocer ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, que el gobierno de Taft "consintió" a las compañías petroleras norteamericanas el pago de "'mensualidades" a los revolucionarios.

En las últimas semanas del gobierno de Taft, el presidente Francisco I. Madero se muestra impotente para enfrentar a la vieja guardia militar del porfiriato, cuyas ambiciones encuentran un campo propicio en la pugna petrolera de Estados Unidos y Gran Bretaña, confundiéndose tan estrechamente que no se sabe cuándo un general defiende a México, cuándo a Rockefeller o cuándo a lord Cowdray. El cuartelazo de la Ciudadela culmina con la renuncia y prisión de Madero. Poco tiempo después, Victoriano Huerta, el nuevo mandatario, le hace aplicar la "ley fuga". Madero aparece muerto en las circunstancias en que pretendía "huir". El 19 de febrero de 1913, Huerta se proclama presidente y es reconocido por Gran Bretaña, China, Japón y Guatemala. Estados Unidos y los restantes países de Hispanoamérica no lo hacen.

En todos los entretelones de la situación, aparece mezclado el embajador norteamericano Henry Lan Wilson, quien actúa como verdadero amo. Bemis refiere al respecto: "... Wilson había mostrado poca simpatía por el reformador Madero cuando se vio claro que éste no era bastante fuerte para conservar el orden y proteger a los ciudadanos extranjeros y sus propiedades. Como decano del cuerpo diplomático, pero actuando bajo su propia responsabilidad, había reunido a sus colegas que aceptaron una moción aconsejando a Madero que dimitiera. El embajador sirvió de consejero íntimo de Huerta durante la 'crisis', con tanta intimidad, que el secretario Knox tuvo que aconsejarle circunspección'..."[8]

[7] Nearing, Scott y Freeman, Joseph, *La diplomacia del dólar,* Sociedad de Edición y Librería Franco-Americana, México, 1926.

[8] Bemis, Samuel F., *La diplomacia de Estados Unidos en América Latina.* Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

III

Woodrow Wilson, sucesor de William H. Taft, entendía que Huerta favorecía a los ingleses. Nearing y Freeman sostienen que tanto aquél como su secretario de Estado, Bryan, estaban convencidos de ello, a tal punto que esa suposición originaría en breve tiempo "una complicada actitud de intriga política, estrangulación financiera, elocuencia moral, y finalmente intervención armada, con el propósito fundamental de eliminar a Huerta de la política mexicana". Esto, a despecho del discurso que el nuevo presidente de la Unión había pronunciado el 11 de marzo de 1913 —a la semana siguiente de asumir su cargo— en el que, entre otras cosas, dijo:

> Uno de los principales fines de mi gobierno será cultivar la amistad y merecer la confianza de nuestras repúblicas hermanas de Centro y Sudamérica y fomentar de todas las maneras adecuadas y honorables los intereses que son comunes a los pueblos de los dos continentes. Deseo ardientemente la cooperación y el entendimiento más cordial entre los pueblos y los dirigentes de América [...].
>
> Estados Unidos no tiene nada que buscar en Centroamérica o Sudamérica salvo los intereses permanentes de los pueblos de los dos continentes, la seguridad de los gobiernos que tienen como fin el bienestar del pueblo y no la protección de ningún grupo especial de intereses, y el desarrollo de relaciones personales y comerciales entre los dos continentes, que redunden en beneficio de ambos y que no interfieran en los derechos y libertades de ninguno de ellos. En estos principios puede leerse tanto de la futura política de este gobierno como es necesario predecir ahora y quizá me sea permitido, a la luz de esos principios, extender, con tanta confianza como buena fe, a los gobiernos de todas las repúblicas de América, la mano de una amistad sincera y desinteresada y empeñar mi propio nombre y el honor de mis colegas en toda iniciativa de paz y amistad que pueda descubrir un futuro dichoso.

Como prueba de sus buenas intenciones, Wilson destituye al embajador estadounidense en México, culpable de intimidad excesiva con Huerta, a quien había aludido tan severamente en el discurso precedente. Aunque no nos asiste el derecho de suponer que el idealismo que pregonaba servía presumiblemente de cobertura a los intereses petroleros, las sabias cuan hermosas intenciones de Wilson se ajustaban, en los hechos, a lo que casualmente convenía a esos mismos intereses. Porque ¿qué otra cosa cabe pensar después de leer estas líneas de Morison y Commager?:

> La situación (en México) amenazaba también con enturbiar las buenas relaciones anglonorteamericanas, pues el gobierno de Estados Unidos tenía motivos para creer que el embajador británico en México, partidario decidido de Huerta, representaba a los intereses petroleros británicos tanto como a la Foreign Office. Las relaciones entre Estados Unidos y Gran Bretaña eran en aquellos momentos tirantes a causa del acuerdo del Congreso, eximiendo a la navegación norteamericana del pago de derechos en el Canal de Panamá, en contravención con el texto del tratado Hay-Paunefote. El coronel House se entrevistó con sir Edward Grey, en julio de 1913, para hablar de esos asuntos. En una serie de conversaciones privadas e informales celebradas en Washington, el presidente se manifestó dispuesto a presionar al Congreso para que abrogara aquella medida vejatoria, a cambio de que la Foreign Office británica dejara de sostener a Huerta. El convenio, celebrado en silencio, al margen del Departamento

> de Estado y de la embajada británica, fue cumplido... y desde entonces la Foreign Office británica siguió la inspiración norteamericana en los asuntos de México[9].

Bemis sostiene, sin embargo, que el apoyo británico a Huerta no desapareció del todo. Sólo así se explicaría que Huerta desoyera las insinuaciones de John Lind, el enviado especial de Wilson, en el sentido de que renunciara, y que la misma actitud sostuviera cuando una delegación diplomática encabezada por el embajador inglés cumplió ante él la misión semejante a la que el embajador Wilson desempeñó ante Madero.

En vista de esto, John Lind —según Bemis— decidió instar al presidente Wilson a que fomentara la guerra civil en México, como recurso para librarse de Huerta. El procedimiento sería semejante al utilizado por Taft y Knox para "librarse" de Zelaya, en Nicaragua: se debía conceder el apoyo de Estados Unidos a las fuerzas constitucionalistas que operaban en el norte al mando de Carranza y Villa, abrir la frontera a la exportación de municiones para sus ejércitos, instituir un bloqueo naval con el fin de impedir a Huerta obtener esos suministros de allende los mares; y, si esto no bastaba, recomendaba la intervención armada por Estados Unidos con objeto de imponer por la fuerza un gobierno autónomo, la paz y la libertad en México, a la manera como se había hecho en Cuba[10].

El 27 de agosto de 1913, Wilson declara ante el Congreso: "México se ha colocado, al fin. en una posición que todo el mundo observa [...] El futuro reserva mucho a México, así como a los demás Estados de América Central, pero estas primicias sólo puede aprovecharlas si está preparado y libre para recibirlas y gozarlas honorablemente [...] México tiene frente a sí un grande y envidiable porvenir, si escoge el camino de un honrado gobierno constitucional..."

Las veladas alusiones de Wilson parecían no preocupar a Huerta, quien por algún oculto motivo debía de sentirse muy seguro como para desafiar el veto del presidente vecino. Así, sin mucha alharaca, se prepararon unas elecciones al uso consuetudinario hispanoamericano, de cuyas resultas, apareció ungido presidente constitucional, el 26 de octubre de 1913.

Wilson, que había reconocido al general Benavides cuando éste se encaramó al poder en Perú merced a una revolución, invocó ahora los "principios" democráticos para no hacer lo propio con Huerta. La dualidad de criterio fue ratificada por el secretario de Estado Bryan, quien notificó a su servicio diplomático en Hispanoamérica que debía hacer saber a los respectivos gobiernos "que su deber inmediato es requerir el retiro de Huerta del gobierno mexicano, y que el gobierno de Estados Unidos debe proceder a emplear aquellos procedimientos que se consideren necesarios para obtener ese resultado".

Un día después de la ascensión constitucional de Huerta, Wilson pronuncia en Mobile, Alabama, ante el Congreso Comercial del Sur, uno de sus discursos más famosos. Leamos algunos de sus párrafos:

> [...] En materia de empréstitos han tenido que someterse (los países hispanoamericanos) a condiciones mucho más gravosas que cualquier otro país de la tierra. El interés que se les ha exigido no se le ha impuesto a ningún otro, dando como razón que el riesgo que se corre con ellos es más grande. Por otra parte las garantías obtenidas destruían toda probabilidad de riesgo —¡admirable sistema para aquéllos que estipulan las condiciones!

---

[9] Morison, Samuel E. y Commager, Henry S., *op. cit.* Además, Nearing y Freeman consignan este sugestivo episodio:

Los ingleses solo tienen un interés en México —dijo Bryan a un diplomático británico: el petróleo. —Esto es justamente lo que me dijeron en Nueva York— respondió el diplomático, agregando: —Las ideas que ustedes sostienen son las mismas que la Standard Oil propaga. Ustedes persiguen la política que ellos han escogido. Sin saberlo, ustedes ayudan a los intereses de la Standard Oil. Nearing, Scott y Freeman, Joseph, *La diplomacia del dólar,* op. cit.

[10] Bemis, Samuel F., op. Cit.

> Nada me regocija tanto como el pensar que esos países se han de librar bien pronto de tales condiciones: y deberíamos nosotros ser los primeros en tomar parte en ayudarles en esta emancipación. Confío en que algunos de los caballeros aquí presentes han tenido ya ocasión de ser testigos de que el Departamento de Estado ha tratado de ayudarles en este sentido, recientemente. En lo sucesivo, sus relaciones con nosotros se estrecharán más y más cada día, debido a circunstancias de que deseo hablaros con moderación y, espero también, sin indiscreción.
>
> Debemos declararnos sus amigos y campeones en términos de igualdad y de honor. La amistad no puede existir en términos que no sean los de la igualdad. La amistad no puede existir nunca más que en términos de honor. Debemos mostrarnos, manifestarnos sus amigos, interpretando sus intereses, ya sea que se ajusten o no a nuestros propios intereses. Es muy peligroso determinar la política extranjera de una nación en términos de intereses materiales. Esto, además de injusto para aquéllos con quienes estamos tratando, es degradante ante nuestros mismos ojos [...]
>
> [...] Quiero aprovechar esta ocasión para decir que Estados Unidos no volverá nunca a tratar de adquirir por las armas ni un solo pie cuadrado de territorio. Esta nación se dedicará a demostrar que sabe hacer uso decoroso y fructífero del territorio que ya posee, y debe considerar como uno de los deberes que impone la amistad, el ver que en ninguna parte se subordine la libertad humana y la oportunidad nacional a los intereses materiales [...][11]

No obstante el excelso idealismo que rebosa este discurso del 27 de octubre de 1913, los hechos desmentirán las palabras. La amenaza de intervención armada en México está en vías de concretarse: el profesor Wilson, quería a toda costa impartir la democracia a Hispanoamérica. Nearing y Freeman reproducen sin malicia una conversación de sir William Tyrell, comerciante inglés, y el primer mandatario de la Unión:

"La conversación entre sir William y el presidente Wilson provocó una declaración sobre política latinoamericana, que no se encuentra en ninguno de los documentos oficiales. «Al regresar a Inglaterra —dijo el inglés al final de la entrevista— me pedirán que explique la política mexicana suya. ¿Puede usted decirme cuál es?» El presidente lo miró fijamente, y dijo con su más enérgica actitud: «Voy a enseñar a las repúblicas americanas a elegir hombres buenos»...[12]»

La educación cívica que impartirá Wilson pertenece a las páginas más trágicas de la historia de México y de Centroamérica. El 24 de noviembre de 1913, Bryan instruye a su cuerpo diplomático:

> "La actual política del gobierno de Estados Unidos es aislar por completo al general Huerta, aislarlo de toda simpatía y ayuda extranjera y del crédito en su país, ya sea moral o material, y así obligarlo a salir. Espera y cree que dicho aislamiento logrará este fin y esperará los resultados sin enojo ni impaciencia. Si el general Huerta no se retira por la fuerza de las circunstancias, Estados Unidos considerará de su deber hacer uso de medios menos pacíficos para expulsarlo."

Una propuesta de Gran Bretaña para mediar entre ambas partes es rechazada. La cloaca que es la "doctrina" Monroe vuelve a heder. El Departamento de Estado abre sus compuertas para alegar, en su nombre, que Estados Unidos "no solamente dictaría a México quién no debía de ser su presidente, sino que también dictaría quién había de serlo, y que no participaría con ninguna potencia europea en esta regulación de los negocios de México."

---

[11] *Discursos y mensajes de Estado del presidente Wilson,* recopilación y edición de F. Eugenio Ackerman, G. Appleton y Cía., New York, 1919.

[12] Nearing, Scott y Freeman, Joseph, *op. cit.*

La prensa de Hearst dispone sus baterías y da la señal de ataque. Senadores como Albert B. Fall exigen la intervención armada, la que encuentra un pretexto plausible el 9 de abril de 1914.

IV

Ese día, sin previo aviso ni permiso de las autoridades locales, marinos norteamericanos desembarcan en Tampico, México, con la tranquilidad con que lo harían en Nueva York. Pertenecen a la tripulación del barco de guerra *Dolphin* y tienen presuntamente una misión pacífica. Como Tampico es zona militar, un oficial mexicano, que no entiende de sutilezas, dispone que sean detenidos: al enterarse el general Zaragoza, comandante de la plaza, ordena su inmediata libertad y pide excusas al almirante Mayo, jefe de la flota estacionada en esa zona. Este no las acepta. Telegrafía a Washington que en vista de la publicidad del suceso, he pedido formal satisfacción, el castigo del oficial que mandaba el pelotón mexicano y un saludo a la bandera norteamericana dentro de las 21 horas a contar de las 10 p.m. del jueves".

Veinte buques de guerra se arriman a Tampico y se sabe que dieciocho mil hombres están listos para desembarcar. Huerta, asesino y déspota, conserva una elemental noción de orgullo patriótico y resiste la imposición, rechazando la afrenta que se pretende inferir a su patria.

Ofrece el arbitraje del Tribunal Internacional de La Haya. Washington lo rechaza. Pretende ahora que México salude con veintiún cañonazos a la bandera del Tío Sam. Huerta pone la condición de que un acorazado norteamericano retribuya el saludo; como desconfía de que los yanquis no lo devuelvan solicita un protocolo diplomático "declarando que al hacer el saludo con la batería mexicana, sería contestado, de acuerdo con el uso internacional, por el acorazado norteamericano". Para Wilson tal promesa equivalía al reconocimiento implícito de Huerta y rechaza la variante propuesta.

La tensión estalla al término de ese mes: un marino norteamericano, del acorazado *Minnesota,* es arrestado en Veracruz a raíz de una riña con un cartero mexicano. Después de declarar en la comisaría, es puesto en libertad sin más.

El nuevo incidente despierta la ira de Wilson, quien de inmediato pide al Congreso de la Unión permiso para utilizar la flota del Atlántico contra "Victoriano Huerta, presidente en México". Obtenido éste, previo bombardeo, tropas yanquis desembarcan en Veracruz y ocupan el correo, la aduana y la estación ferroviaria, a pesar de la valiente oposición de los mexicanos, que cuentan entre sus filas doscientos muertos —entre hombres, mujeres y niños— contra diecisiete de los invasores. La ciudad pasa a ser gobernada por el general Funston. Entonces ocurre lo inesperado: el principal adversario de Huerta, el general Venustiano Carranza, que hasta ese momento era ostensiblemente apoyado por Wilson, notifica a éste el 22 de abril que "aunque los actos individuales de Victoriano Huerta nunca serían suficientes para envolver a la nación mexicana en una desastrosa guerra con Estados Unidos, la invasión de nuestro territorio y la permanencia de las fuerzas de ustedes en el puerto de Veracruz, violando los derechos que constituyen nuestra existencia como entidad soberana e independiente, podrían de veras arrastrarnos a una guerra desigual. Interpreto los sentimientos de la gran mayoría del pueblo mexicano, tan celoso de sus derechos y tan respetuoso de los derechos extranjeros, y los invito solemnemente a suspender los actos de hostilidad que ya han comenzado, a ordenar a sus fuerzas que evacuen todos los lugares que ocupan en el puerto de Veracruz, y a presentar al gobierno constitucionalista la demanda de Estados Unidos relativa a los actos que recientemente se cometieron en el puerto de Tampico".

La coincidencia patriótica de Carranza y Huerta echaba por tierra las teorías del profesor Wilson. Tres días después, el 25 de abril, Argentina, Brasil y Chile aceptan sacarle a la Unión las castañas del fuego, ofreciendo su mediación en el conflicto. Fue la única oportunidad en que funcionó el grupo A.B.C. y lo hizo favoreciendo los designios de Wilson. La subsiguiente Conferencia de Niagara Falls fue una maniobra que anticipó la salida honorable de Huerta, quien renunció el 15 de julio, y la posterior desocupación de Veracruz.

El 21 de agosto Carranza asumía la presidencia de México. El capricho del puritano Wilson se veía por fin satisfecho con la caída de Huerta y sus escrúpulos democráticos ampliamente acallados. Signo de dualidad mental es la observación de Bemis[13]:

> Por extraño que parezca, en vista de sus diversas intervenciones en México, la República Dominicana, Haití y Nicaragua, y su intervención, mayor que todas, en la guerra europea de 1917, Wilson se consideraba como un no-intervencionista. Pero sus intervenciones diplomáticas le llevaron a enérgicas intervenciones destinadas, según creía él, a salvar los gobiernos constitucionales en el Nuevo Mundo, conservando sus formas en México y en otros países, con el fin último de crear a la democracia un mundo seguro. La ocupación de Veracruz fue un paso que le desagradó infinitamente y quería abandonar dicha ciudad tan pronto como pudiera, pero, obrando de una manera muy característica, se había puesto en una situación tal que no podía retirarse hasta que hubiera derribado a Huerta, sin dañar el prestigio de su país y embrollar sus propios fines morales.

Wilson trataba de enseñar la democracia a palos, con la misma devota unción con que Calvino quemaba herejes ¡para salvar sus almas!

El 23 de noviembre de 1914, la marinería yanqui evacuaba Veracruz. La semilla de discordia que fomentara la Unión en México daba ya sus frutos: Carranza, Villa y Zapata eran los caudillos mayores, tan herederos de la situación suscitada por Porfirio Díaz como de la política de Taft y de Wilson. Y como una prueba de la seriedad con que procedía Wilson, léanse éstas sus palabras pronunciadas en su mensaje anual al Congreso de la Unión, el 7 de diciembre de 1910:

> [...] Queda aún por ver si con nuestra conducta hemos beneficiado a México. En sus propias manos se hallan sus destinos. Pero al menos hemos probado que no queremos sacar ventaja de su desconcierto ni intentamos imponerle un orden ni un gobierno de nuestra propia elección. Áspera e intratable cosa es a veces la libertad, a la cual no pueden fijarse límites elegidos por unos pocos hombres [...].
>
> [...] Aguardamos llenos de esperanza el renacer de la perturbada República que de tanto tiene que purgarse y que tan pocas simpatías tiene en el exterior [...]. Auxiliaremos, le prestaremos el concurso de nuestra amistad a México, pero no la compeleremos, y nuestra conducta respecto de ella deberá ser prueba suficiente ante toda América de que no buscamos la tutoría política ni el predominio egoísta [...]".[14]

El préstamo del concurso de la amistad norteamericana a México tuvo ocasión de manifestarse cuando, de resultas de la prohibición de exportar armas al sur del río Bravo, salvo las destinadas al presidente Carranza. Villa se consideró defraudado en su amistad con la Unión y decidió vengarse enarbolando el estandarte antiyanqui de Huerta. Para mayor contundencia, a principios de 1916, sus soldados dieron muerte a dieciséis jóvenes ingenieros norteamericanos que, confiados en la promesa de protección de Carranza, habían bajado de un tren en Santa Isabel.

La consecuencia fue que el 7 de marzo de 1916, el Congreso de Washington aprobó una resolución disponiendo la intervención armada en México, si resultaba necesaria para la protección de los ciudadanos de la Unión. Como respuesta, dos días después la caballería de Pancho Villa entraba en la fronteriza población de Columbus a sangre y fuego, asesinando a diecisiete ciudadanos norteamericanos más. Tiempo después, reiteraba sus incursiones en Glenn Springs y Baquillas, Texas, matando a tres soldados y a un civil y secuestrando a otros dos. El momento era grave. Las incursiones de Villa constituían un reto a la Unión no menos que una amenaza constante contra el régimen de Carranza.

---

[13] Bemis, Samuel F., *op. cit.*

[14] *Discursos y mensajes del presidente Wilson*. Op. Cit.

Wilson, que antes había mimado al guerrillero, decidió dictar orden de prisión contra Francisco Villa "residente en México", lo que fue una reincidencia de su orden contra Huerta. Autorizó igualmente al general John Pershing —el después comandante de las tropas de la Unión en Europa— a cruzar la frontera de México en persecución del "bandolero". Carranza protestó contra la invasión, pero nada hizo por rechazarla. A lo sumo, se negó a cooperar en la búsqueda del guerrillero, que parecía haberse esfumado.

Las tropas norteamericanas permanecieron en México hasta el 5 de febrero de 1917, fecha en que se las retiró vista la inminencia de la ruptura de relaciones con Alemania. Quedaban para el recuerdo los choques entre ellas y las tropas de Carranza en Parral y Carrizal, que estuvieron a un paso de producir la guerra.

Como lo indica Bemis, Wilson no quería tener una mano "atada a la espalda" en momentos en que necesitaba todas sus fuerzas para dedicarlas a Europa; además, estimaba contraproducente la intervención en México del "presbiteriano del Potomac", producto del "idealismo y la inexperiencia". Agrega ese historiador que Wilson "abrió por completo las compuertas de una revolución que afligió y asoló al pueblo indeciblemente"; que cientos de ciudadanos norteamericanos perdieron la vida en los actos de violencia que se sucedieron; que la mayor parte de los sobrevivientes abandonó México, sus hogares y sus bienes; que en las décadas siguientes se perdieron cientos de millones de capital norteamericano legítimamente invertido en el país; y, por último, que durante mucho tiempo después, ni el sufrido pueblo de México ni sus sucesivos gobiernos fueron amigos sinceros de Estados Unidos[15].

V

No fue únicamente en México donde el profesor Wilson sentó cátedra de democracia. Intervino en Santo Domingo y logro que en elecciones "supervigiladas" triunfara el candidato de su preferencia. También allí se equivoco de tal modo, que en 1916 no encontró otra opción que la empleada por Taft en Nicaragua: hacerla ocupar por sus tropas hasta 1924. Las consecuencias de esa intervención fueron padecidas por los dominicanos durante más de cuatro décadas, en forma de tiranía feroz por el autócrata Trujillo.

La ocupación de Haití fue también ordenada por Wilson en el verano de 1915, siempre en defensa de la "democracia". Ya había sido ocupada en 1913, pero por un breve periodo. En esta nueva ocupación se aprecia mejor el espíritu libertador de Wilson: cuando se concluye el Tratado del 16 de septiembre de 1915 — verdadero sepelio de la soberanía haitiana, lo llama Barcia Trelles—, el representante yanqui anula una concesión petrolífera otorgada por el gobierno de Puerto Príncipe, ratificada por el parlamento, y para la cual el concesionario, ciudadano inglés, había depositado ya la Caución legal.

Después del descuartizamiento del presidente Vilbrun Guillaume Sam a manos del pueblo, Haití se transformó, como Cuba, en un protectorado norteamericano, situación humillante de la que fue rescatada en 1934, veinte años después, por el presidente Franklin D. Roosevelt. El Departamento de Estado cuidó, con la misma ternura que tuvo con respecto de Santo Domingo, Nicaragua, Cuba y Honduras, de que las aduanas y las finanzas haitianas estuvieran en manos de "expertos financieros" norteamericanos.

No sería justo cargar en la cuenta de Wilson las maniobras intervencionistas de los intereses petroleros. Por lo contrario, en honor a la verdad, cabe destacar que gracias a su espíritu idealista, las cosas, con ser graves, no lo fueron tanto como lo hubieran sido si en lugar de él gobernara entonces, por ejemplo, un Theodore Roosevelt, un Taft o un Nixon. Además, era notoria la oposición de Wilson a esos intereses y famosa su declaración, al asumir por primera vez su cargo, de que combatiría a los intereses monopolistas, intención que apuntaba a la Standard Oil, sobre todo. Pero, como tendremos ocasión de comprobar más adelante, el poder de las compañías se superponía al del propio gobierno de la Unión, secundado por toda la prensa amarilla, dentro de la que se destacaban los diarios de

[15] Bemis, Samuel F., op. Cit.

McCormick, como el *Chicago Tribune,* o todos los de Hearst, en virtud de que dichos personajes tenían propiedades petroleras y agrarias en México. Por eso, no cabe dudar de la sinceridad de Wilson cuando, el 7 de junio de 1918, pronunció un discurso ante un grupo de periodistas mexicanos, donde figuraban párrafos que parecían un sarcasmo:

> Mi política, la política de mi administración respecto de México, se ha basado siempre en este principio: que la solución de los asuntos internos de México no es de nuestra incumbencia; que no tenemos derecho a inmiscuirnos o a imponer nuestra voluntad, en ningún caso, en sus asuntos internos [...] cuando enviamos fuerzas a México, nuestro sincero deseo no era otro que ayudar a ese país a librase de un hombre que en aquel entonces hacía imposible el arreglo de vuestras dificultades. Ningún otro propósito nos animaba al enviar nuestras fuerzas, y yo abrigaba la esperanza de que ayudando de ese modo y retirándolas inmediatamente después, podría dar una prueba substancial de la sinceridad de las garantías que he dado a vuestro gobierno por conducto del presidente Carranza [...].
>
> [...] Si se me permite expresarme en términos que son tan usuales en este país, lo que dijimos fue esto: "Nosotros vamos a ser tu hermano mayor, quieras o no quieras". No preguntamos si era de vuestro agrado el que nos constituyéramos en vuestro hermano. Nos contentamos con decir que *íbamos a serlo.* Ahora bien, todo eso estaba perfectamente en cuanto a protegeros de una agresión de parte de las naciones del otro continente; pero en ello no había nada que os protegiera de nuestra propia agresión; y muchas veces he tenido ocasión de ver la desconfianza que hay en algunos representantes de los países de Centro y Sudamérica, de que este papel de protectores que nos hemos adjudicado, pudiera ser en nuestro propio beneficio e interés, y no en interés de nuestros vecinos. Por lo tanto, me dije: "Muy bien, hagamos un convenio que ofrezca garantías de nuestra parte. Démonos mutuamente una garantía, que será firmada por todos, de independencia política e integridad territorial. Estipulemos que si algunos de nosotros, inclusive Estados Unidos, violara la independencia política o la integridad territorial de cualquiera de los otros, todos los demás se unirán en su contra [...]"[16].

Después de leer estos párrafos, es comprensible que Bemis sostenga que Wilson fue, en verdad, el hombre que inspiró la nueva política latinoamericana de Estados Unidos, realizada por sus sucesores y bautizada por F. D. Roosevelt con el apelativo de "política de buena vecindad". Esto, a despecho de que los sucesores de Wilson, anteriores a Roosevelt, Harding, Coolidge y Hoover, siguieron enseñando en el Caribe la democracia a palos, con el mismo fervor místico con que lo hicieran sus maestros Theodore Roosevelt, Taft y Wilson; y terminando porque el mismo Flagg Bemis, a continuación y sin reparar en el despropósito en que incurre, expresa: "Pero antes era necesario liquidar el imperialismo protector que habían desarrollado Wilson y sus antecesores republicanos". Con todo, basta estudiar a fondo las políticas latinoamericanas de Wilson y de Franklin D. Roosevelt para reparar en que, si bien sus objetivos fueron como siempre la sujeción de Hispanoamérica a la órbita del Tío Sam, los métodos utilizados por ambos estuvieron separados por la distancia que podría haber de polo a polo.

VI

La política de Wilson en Hispanoamérica, llevada a tumbos, no era incoherente. Ligada estaba en su origen como en sus móviles a la que se desenvolvía respecto de Europa y Asia. La pugna interimperial de Estados Unidos con Gran Bretaña adquirió otra fisonomía al terminar la Primera Guerra Mundial; aquéllos habían decidido con su intervención postrera el resultado

[16] *Discursos y mensajes del presidente Wilson*, op. Cit.

de la contienda; ésta pagaba la ayuda de sus primos con la pérdida de su preeminencia mundial. La Unión emergió de la contienda como la gran acreedora del mundo. Diez años después tenía cinco dólares invertidos al sur del río Bravo y en el Caribe, por cada cuatro colocados en Europa, totalizando unos 5 mil millones de dólares contra mil millones antes del estallido de la contienda. Esto, sin contar las inversiones en Jamaica y Puerto Rico. En 1912, la cantidad invertida era de 1.248 millones en todo el continente. En dieciséis años, como se ve, el crecimiento era de un 300 por ciento. Pero había zonas donde ese promedio era mayor: Cuba, por ejemplo, al pasar de 220 a 1.100 millones, representaba un 536 por ciento. América del Sur, al pasar de 179 a 1.964 millones en el mismo lapso, significaba un aumento del 1.000 por ciento.

Según el Departamento de Comercio de Washington, la Unión poseía en total, en América Latina, la misma cifra de intereses que Gran Bretaña: 5.200 millones de dólares, en tanto que las otras naciones inversionistas poseían un monto total de 2.200 millones en conjunto. Como empresas inversionistas aparecían a la cabeza la Betlehem Steel Company, con explotación de minas en Cuba y Chile; la Standard Oil, con concesiones petroleras en Colombia. Venezuela y Argentina; y la United Fruit, con explotaciones forestal y frutícola en Centroamérica.

En otro lugar[17], hemos dado abundante información sobre el modo en que Estados Unidos entendía la “protección” y “salvaguarda” de vidas y bienes de norteamericanos al sur de sus fronteras. Igualmente hemos indicado que, con no ser tan cuantiosos los intereses económicos cuya defensa se pretextaba para intervenir en Nicaragua, el verdadero motivo lo constituía su necesidad de contar en Centroamérica con un punto estratégico relevante para la supervisión de la región, independiente del que ya poseía en Panamá.

La sumisión de los presidentes Díaz y Chamorro permitió a Wilson obtener bases en el golfo de Fonseca, en plena guerra, no obstante la protesta de las naciones centroamericanas afectadas por esa concesión. El Congrego de la Unión, que bajo Taft se había negado a ratificar el tratado Knox-Castrillo, no tuvo empacho en aprobar meses más tarde el tratado Bryan-Chamorro, cuyas cláusulas oprobiosas siguen mereciendo duros calificativos de parle de historiadores hispanoamericanos tanto como de los de Estados Unidos.

Chamorro obtuvo el premio de la presidencia de Nicaragua a continuación del mandato de Díaz. Ya no era el exultante Bryan el secretario de Estado. Menos brillante, su sucesor Robert Lansing era, con todo, igualmente perseverante en la obtención de las miras del ministerio a su cargo. Los tres millones de dólares que aparentemente pagó Estados Unidos por la opción para construir un canal por Nicaragua, fueron cobrados, por los banqueros neoyorquinos. Esos millones fueron “recibidos” en la segunda mitad de 1917, ya en guerra la Unión contra Alemania.

El puritano Wilson ejercía su segunda presidencia, cuando el 20 de octubre de 1917. Nicaragua firmó cuatro contratos con sus acreedores.

Estos contratos se prepararon estando también en guerra Nicaragua contra Alemania. En efecto, habiendo Wilson adoptado esa medida el 6 de abril de 1917, ¿cómo iba a dejar de hacerlo —como lo hizo el 8 de mayo— su vasallo Chamorro? Fue justamente esa coyuntura la que ayudó mucho a Nicaragua a levantar sus maltrechas finanzas, pero no en la medida necesaria para alcanzar su total independencia económica. Los banqueros velaban, a través de sus peritos financieros, de tal modo que en Estados Unidos, Nicaragua alcanzó la triste fama de ser designada *The Brown Brother Republic,* “la República de los Hermanos Brown”, merced al innegable dominio que la firma bancaria ejercía sobre las finanzas y la economía nicaragüenses.

Cuando Wilson dejó su cargo, no mejoraron las cosas para la patria de Rubén Darío.

[17] En *Sandino, general de hombres libres*, op. cit.

CAPÍTULO II

LAS INFAMIAS INMEMORIALES

¡Oh, Maestros, Señores, Gobernantes en todas las tierras!
¿Es ésta la colaboración que dais a Dios,
Esta Cosa monstruosa, torcida y de alma extinguida?
¿Cómo podrán enderezar nunca esta forma
Dándole de nuevo el sentido de la inmortalidad,
Reviviendo en él la música y el ensueño,
Haciendo el bien por las inmemoriales infamias,
Pérfidos errores, irremediables calamidades?

¡Oh, Maestros, Señores y Gobernantes en todas las Tierras!
¿En qué forma puede contar el Futuro con este hombre?
¿Cómo contestar su primitiva pregunta en esta hora?
¿Cuando los vientos de rebelión en el mundo pasen sobre todas las playas?

EDWIN MARKHAM
The Man with The Hoe[18].

I

Nadie que no fuera un obcecado podría haber dudado de la inmensa popularidad de Warren Gamaliel Harding, el hombre que reemplazaba a Woodrow Wilson en la presidencia de los Estados Unidos.

[18] Edwin Markham (1852-1940), poeta norteamericano. Fragmento de *El Hombre con la Azada,* poema escrito en 1899.

En la primavera de 1920, un cacique electoral republicano, Boies Penrose, había vaticinado: "Cualquier buen republicano puede ser escogido como candidato a la presidencia y derrotar a cualquier demócrata." El periodista provinciano Harding fue ese *buen republicano* y obtuvo 404 de los 531 votos del colegio electoral imponiéndose al candidato demócrata James M. Cox.

Para Morison y Commager, Harding era un hombre completamente vulgar, sin pretensiones intelectuales o sociales, despreocupado y conservador, "dispuesto a dejar que las cosas siguieran su curso y convencido de que en Estados Unidos todo iba bien". Su carrera política había sido impulsada por amigos y caciques locales que esperaban gratitud, aprovechándose de un carácter moralmente débil.

Para Beard, Harding era un "norteamericano de tipo corriente", un *average American,* un camarada festivo, "el mejor individuo del mundo para jugar con él una partida de póquer los sábados por la noche". Y debía de ser por lo menos un jugador consecuente, porque cuando le anunciaron que había triunfado, comentó así el suceso: "Me siento como un hombre que entra en el juego con un par de ochos y sale con todos los ases." Su espíritu deportivo se manifestó otra vez cuando, al saludar por vez primera a los miembros de su gabinete, les dijo: "Bien, muchachos, estamos en la Liga Grande y debemos jugar limpio."

Su campaña presidencial había sido bastante reposada. Sus consejeros temieron que si hablaba mucho, los electores podrían notar su desconocimiento de los problemas nacionales, y le aconsejaron no hacer el tradicional viaje de los candidatos a través del país. Sus adversarios llamaron entonces a la suya, "la campaña de portal", porque recibía a sus amigos y simpatizantes en el portal de su casa, y allí espetaba sus discursos.

Harding amaba los buenos tiempos idos de Mckinley, cuando la política de las la tarifas proteccionistas republicanas llenaba el tesoro y al mismo tiempo ofrecía a la industria norteamericana aquella protección que estimulaba el desarrollo, que tuvo la virtud de hacer que "nuestra ganancia careciera de igual en toda la historia del mundo". En materia internacional continuó la política iniciada bajo la administración de Wilson con relación al Caribe. Ahora contaba esa política con la eficaz sabiduría del honorable Charles Evans Hughes, el internacionalista y jurisconsulto más notable de su época, asesor de la General Motors. De tal modo, los ímpetus de Bernard Hall, el "vigoroso manipulador en petróleos" y enemigo declarado de toda opinión liberal, partidario decidido de la intervención armada en México, iban a tener un adecuado contrapeso legalista.

Al hablar con nostalgia de las "décadas preciosamente tranquilas de la posguerra", Bemis anota que Estados Unidos estaba dispuesto y aun impaciente para "liquidar su control político en la región mediterránea de América". Señala que el sentimiento público, particularmente en los sectores liberales y obreros, en las organizaciones pacifistas femeninas y en los círculos académicos y culturales, era manifiestamente antiimperialista. Luego agrega:

> En respuesta a la nueva situación, el secretario de Estado Hughes, portavoz de la política exterior de la restauración republicana, decidió liquidar las intervenciones de Estados Unidos en El Caribe y en Centroamérica tan pronto como pareciera haberse implantado la estabilidad política y estuviera asegurada en términos razonables la seguridad de los extranjeros. No estaba dispuesto explícitamente a abandonar los tratados que permitían la intervención en Cuba, Panamá, República Dominicana y Haití, ni tampoco en Nicaragua; ni lo estaba tampoco a renunciar al derecho de los ciudadanos de Estados Unidos en países extranjeros a un mínimo de justicia en la legislación internacional y al derecho legal a intervenir para conseguirlo, si era negado. En esto no se diferenciaba de sus antecesores, pero incumbió a Hughes la tarea particular de convencer a la América Latina, en el nuevo cuadro de la política mundial, de que el "garrote" no significaba en realidad imperialismo[19].

Aunque parezca mentira, Bemis no se expresa con sorna. Como su obra está presidida por el deseo de justificar la política de su patria en América Latina, es perfectamente sincero

[19] Samuel F. Bemis. Op. cit.

cuando intenta convencernos de que sus tropelías imperiales no son tales, sino apenas la necesaria —y decorosamente ineludible— manifestación de su deseo de proteger y resguardar las fronteras y bases estratégicas indispensables a la seguridad de la Unión.

Harding tenía en cuenta ese nuevo pensamiento cuando dijo, refiriéndose a la política exterior, que debía ser emprendida por su patria:

> "Tampoco emplearé indebidamente el poder ejecutivo para cubrir con un velo de misterio los actos ya repetidos y que no deben ser respaldados, de nuestra intervención injustificada en los asuntos internos de las pequeñas repúblicas de la América Central y de la América del Sur, como ha ocurrido en los pocos últimos años y que no solamente han hecho enemigos nuestros de aquellos países que deberían ser nuestros amigos, sino que con muy justa razón, han desacreditado a nuestro país, no siendo ya el vecino en que ellos habían puesto su confianza."

Hughes era con toda probabilidad el ideólogo de esa filosofía que, aparentemente, se disponía a liquidar el imperialismo. Siguiendo las inspiraciones de Summer Welles, entonces estrella en ascenso de la diplomacia de la Unión, decidióse la evacuación de Santo Domingo.

El paso siguiente fue el de encarar el "problema" de América Central.

II

Para comprender mejor la dinámica de la intervención norteamericana en Nicaragua, preciso es conocer el papel que jugó el petróleo en las relaciones entre México y Estados Unidos.

Como se recordará, en plena Guerra Mundial, Venustiano Carranza había sancionado la Constitución de Querétaro. Algunas de las cláusulas del artículo 27 significaban una modificación de la situación en lo que a petróleo y a régimen agrario se refiere, y un cambio total en el espíritu con que se habían llevado las cosas hasta ese momento, en materia de concesiones a empresas extranjeras.

Al amparo del Código de Minería de 1884, la legislatura porfirista había dictado disposiciones que hicieron posible el acaparamiento de los yacimientos petrolíferos mexicanos, realizado por Doheny, Rockefeller, Pearson y Hammond merced a concesiones de los propietarios de las superficies de los terrenos, aprovechándose de su ignorancia y pagándoles rentas ridículas. Camilo Barcia Trelles señala que por 100 pesos anuales por hectárea las compañías obtenían terrenos que en ocasiones producían 100.000 barriles diarios, es decir, 56 millones de barriles por año. "Sabemos que el ejemplo es excepcional —dice—, pero basta que haya constituido una realidad, para percatarse de la iniquidad genésica de muchas concesiones petrolíferas." Así, de la producción total, el 40 por ciento correspondía a sólo tres empresas: Compañía Internacional, El Águila y Huasteca Petroleum. De 1.347.973 toneladas exportadas en el segundo semestre de 1915 por los puertos de Tampico, Tuxpan y México, 1.472.811 lo fueron por seis entidades —Transcontinental, Huasteca, El Águila, La Corona, Penn, Mexican Fuel Co. y Standard Oil—. Es decir, que el 79 por ciento del petróleo mexicano estaba en manos de esas contadas compañías, que erogaban ridículos impuestos al Estado.

Para remediar ese estado de cosas se consignó en la Constitución de Querétaro el articulo 27, cuyos párrafos, a pesar de que no implicaban despojo alguno, ya que consagraban que "las expropiaciones sólo podrán hacerse por causa de utilidad pública, y mediante indemnización", provocaron que las compañías norteamericanas desataran una verdadera batalla periodística, sosteniendo que se pretendía dar carácter retroactivo a sus disposiciones. El propio Carranza se vio obligado a salir al paso de esa campaña, declarando públicamente: "Todos los derechos de carácter privado adquiridos antes del 1 de mayo de 1917, cuando se adoptó la nueva Constitución, serán respetados y ampliamente protegidos; el famoso artículo 27, una de cuyas cláusulas declara propiedad de la nación los derechos del subsuelo, no tendrá

efecto retroactivo, ni nunca lo ha tenido." Los que en verdad podían considerarse lesionados eran aquellos superficiarios que habían mantenido sus terrenos sin catear ni explotar, no ejercitando la facultad conferida por la ley de 1884 y privando así a México de los beneficios de su usufructo. Sólo en estos casos la ley tenía efectos retroactivos.

El 19 de febrero, 31 de julio, 9 y 12 de agosto, 14 de noviembre y 27 de diciembre de 1918, se dispuso imponer nuevas contribuciones a la industria del petróleo, así como el registro de los títulos de las propiedades. Se establecía en las nuevas disposiciones un impuesto sobre los terrenos petrolíferos y sobre los contratos celebrados antes del 1 de mayo de 1917 y que tuvieran por objeto el arrendamiento de terrenos para la explotación de carburos de hidrógeno. La protesta de Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Holanda se hizo sentir sin demora. Los ciudadanos Garfield y Roades impugnaron el primero de esos derechos en mayo de 1918, alegando sobre todo el carácter retroactivo del impuesto, ya que "modificaba" la condición de los contratos celebrados al amparo de leyes anteriores a la sanción de la nueva Constitución. Las compañías norteamericanas, sobre todo, promovieron juicios de amparo contra las leyes y decretos del Poder Ejecutivo mexicano.

México defendió su derecho con denuedo y no se dejó amilanar. Al argumento favorito de las empresas respondió con el razonamiento de que al promulgarse la "ley seca" en Estados Unidos, se clausuraron las fábricas de alcoholes sin que se indemnizara a sus dueños, los cuales las habían establecido al amparo del régimen legal precedente y habían adquirido legítimamente un derecho que la ley contra el alcoholismo no respetó ni indemnizó, siendo, por lo tanto, retroactiva.

La campaña adquirió características de chantaje y provocación. El ex embajador Henry Lane Wilson, que ya en 1914 había propuesto al Congreso de la Unión el establecimiento de un Estado artificial al norte del paralelo 26 —para englobar en él la zona minera mexicana más rica—, recomendaba ahora que ese Estado autónomo, que se formaría del mismo modo que Texas, se extendiera a partir del paralelo 22. El senador Cummings de Iowa, preconizaba a su vez, la adquisición, por compra o por conquista, de la Baja California. Tal pensamiento lo expresó abiertamente M. B. I. Rice en un artículo publicado en el *New York Petroleum Exchanger:* "México, sin la protección y el control temporales de Estados Unidos, no puede establecer un gobierno capaz de hacer que la ley se aplique. Estados Unidos tiene la obligación, deducida de sus deberes para con la humanidad, de establecer un protectorado sobre México, de tal modo, que México pueda prolongar su existencia y que la vida y la propiedad de los norteamericanos y mexicanos sea protegida."

Un artículo del diario laborista inglés *Manchester Guardian* resumía por aquel entonces el estado de las relaciones mexicano-norteamericanas:

> El estudio de lo acaecido en México, los diez últimos años, demuestra que cuando el gobierno de México se expide en contra de los intereses inmediatos de las grandes compañías petroleras norteamericanas, es fácil pronosticar un movimiento revolucionario. No ha existido en los últimos nueve años ni un solo desorden en México, en el cual los yanquis no hayan participado otorgando su apoyo a los partidos opuestos al gobierno; han sostenido a Madero contra Díaz, a Huerta frente a Madero, a Carranza frente a Huerta, a Villa y Zapata frente a Carranza. La norma de conducta de los yanquis en México está sintetizada en estas palabras: *"Standard Oil Must Preval".* ("La Standard Oil debe imperar"). Todo lo que a esa máxima se opone es combatido; así procedió la "National Association for the Protection of American Rights in México", organizando una violenta campaña de prensa frente a Carranza, apoyada en los periódicos de Hearst.

El hecho de que el articulista no quisiera mencionar la participación en los sucesos de su compatriota Pearson —luego lord Cowdray—, no disminuye la verdad innegable de su afirmación. Tanto es así, que a Álvaro Obregón, que advino a la presidencia de México el 1 de diciembre de 1920, de resultas del asesinato de Carranza, se le imputó ser hombre de Deterding. Lo cierto es que Estados Unidos se negó a reconocerlo.

El 7 de julio de 1921 Charles Evans Hughes, notorio asesor de la Standard Oil, y entonces secretario de Estado, indicó a México el interés de la Unión por la salvaguardia del derecho de

propiedad, contra las confiscaciones que pudieran realizarse de entrar en vigor la reglamentación del artículo 27 de la Constitución, que Obregón parecía decidido a aplicar. En su Mensaje al Congreso, del 2 de septiembre de 1921, Obregón lee:

> "Estados Unidos hace depender el reconocimiento del gobierno mexicano de la conclusión de un tratado de amistad y comercio, de cuyas cláusulas se deduciría una situación privilegiada para los norteamericanos, parangonada con la de otros extranjeros; a estos últimos había que extender esos derechos en virtud de la cláusula de la nación más favorecida; tratábase de un reconocimiento condicional, atentatorio a la soberanía de México. Nuestro gobierno se mostró siempre inclinado a reanudar el servicio de la deuda, a indemnizar equitativamente a los extranjeros perjudicados por las revoluciones, a no considerar retroactivo el artículo 27 de la Constitución. Pero imponer esas tres condiciones en un tratado respecto a un solo Estado, atentaría a nuestra dignidad."

Cuando trasciende que se está redactando la ley orgánica para la ejecución del artículo 27, Summerlin, encargado de negocios norteamericanos en México, solicita a Pani, ministro de Relaciones Exteriores, copia de esos proyectos y anticipa que su gobierno no los aceptara. La respuesta de Pani, sugerida por Obregón, es:

"El honor y la soberanía de la nación prohíben aceptar leyes que han sido previamente censuradas por un gobierno extranjero." La Cámara mexicana aprueba por unanimidad esa actitud y hace comunicar a todas las repúblicas de Hispanoamérica el proceder de la Unión.

Otra ofensiva se desata cuando Obregón impone, el 7 de junio de 1921, una tasa de exportación al petróleo mexicano, que salía del país sin ser sometido a labores de refinación y por lo tanto sin dejar utilidad alguna a la nación. A pesar de que los grupos controlados por la Royal Dutch Shell se avinieron sin protestas a la tasa, los grupos controlados por la Standard adujeron que era injusta y confiscatoria. Esto, a pesar de que la empresa repartía, en 1920, 160 pesos por cada acción de 100 y de que el grupo Doheny, en el mismo año, declaró un beneficio neto de 28 millones de dólares, anunciando para 1921, un incremento de esos beneficios de un 250 por ciento.

¿Qué pedía México? Que se le abonara un 25 por ciento del valor de cada barril exportado —10 a 15 por unidad— que a la empresa le costaba de 14 a 40 centavos y que era vendido en Estados Unidos a 1,75 dólares. Es decir, que en poco o nada afectaba a la empresa que el barril le costara —en el peor de los casos— 78 centavos en total, si lo vendía a más del doble, y aun así competía con el extraído en la propia Unión. A tal punto era esto cierto, que la Mid Continent Oil and Gas Association, que representaba los intereses de cientos de productores independientes, realizó una campaña a fin de que el petróleo mexicano fuera sometido a un derecho de importación al ser desembarcado en Estados Unidos, impuesto que se fijaba en 1,50 dólar por barril y que hubiera proporcionado al fisco 250 millones de dólares. Lo contradictorio era que no se estimara confiscatorio un impuesto de entrada de 1.50 dólar, y sí en cambio, el impuesto de salida de 15 centavos.

La actitud de la Standard Oil se expresó a través de su presidente, Walter Teagle, cuando anunció que cesaría de exportar petróleo mexicano y retiraría sus buques de los puertos de México. No sólo perseguía el objeto de no pagar la tasa, tan necesaria al erario, sino provocar la desocupación entre los obreros de Tampico y, a través de ella, desórdenes; además, la no extracción provocaría el aumento de los precios de petróleo en Estados Unidos, y ¿por qué no habría de beneficiarse la empresa, que siempre cuida de tener grandes *stocks* acumulados? El *Manchester Guardian* tocaba en la llaga al comentar: "Es muy edificante leer en la prensa norteamericana que en caso de desórdenes en México, las reservas de las distintas variedades de petróleo existentes en Estados Unidos puedan bastar a las necesidades de la industria durante nueve meses, periodo razonable de duración de una revolución bien organizada." Más contundente fue la opinión de M. T. S. Hogan, senador por Montana que en un artículo publicado en el *Petroleum Magazine,* expresó: "La Standard Oil nos complicó en la mayor parte de las dificultades internacionales; así, su intento de coacción sobre el gobierno mexicano, realizado con el fin de obtener la derogación de la Constitución de 1917, Constitución votada por el pueblo mexicano dentro de los límites incuestionables de su soberanía nacional; tal conducta representa el acto más audaz y asombroso de nuestra historia."

La situación financiera mexicana era grave. Después de años de caos revolucionario, no se había podido atender al pago de intereses de la deuda externa, que ascendía anualmente a 4 millones de libras. Con la tasa dispuesta por Obregón, no sólo se habría podido pagar ese interés sino dedicar parte de lo recaudado a la amortización de la deuda, procurándose así el restablecimiento del país. Barcia Trelles anota que "tal vez a intereses petroleros no convenía esa restauración nacional...".

Con todo, la situación comenzó a mejorar para México cuando, por efectos de las contradicciones de intereses de las empresas petroleras, éstas se decidieron a pagar al fisco 8 millones de dólares, a cuenta de lo adeudado por el derecho de exportación. La Corte Suprema de México, por su parte, contribuyó a disminuir la tirantez, al declarar la no retroactividad del artículo 27 de la Constitución en ocasión del juicio de amparo entablado por la Texas Oil Company. Vista esta circunstancia y ante la posibilidad de que nuevos fallos confirmaran ese criterio, la Cámara de Representantes mexicana, al reglamentar en 1923 las disposiciones del artículo 27, sugirió que las compañías renovaran sus concesiones en el plazo de tres años.

La tirantez disminuyó algo más cuando México reanudó el pago de su deuda externa. Por lo tanto, el 5 de septiembre de 1922, las compañías pagaron sus impuestos. Desde meses atrás, un comité de banqueros presidido por Thomas W. Lamont, del grupo Morgan, había aprobado las bases de un arreglo, mediante el cual México reconocía una deuda de 1.400 millones de pesos, incluidos los intereses no pagados desde 1914. El primer pago se hizo el 2 de enero de 1923, pero el segundo debió ser suspendido, a raíz de la revolución de Adolfo de Huerta contra Obregón.

El presidente se negó durante un tiempo, con acierto, a condicionar a un tratado previo su reconocimiento; pero por último, transó. Se celebró un acuerdo, según el cual los propietarios norteamericanos serían resarcidos con bonos federales en concepto de indemnización, por las tierras expropiadas para dotar de ejidos a los pueblos; y se dispuso que el avalúo de las tierras no estaría sujeto a declaraciones fiscales, creándose además una comisión mixta de reclamaciones. En cuanto al petróleo, se admitía la subsistencia de los derechos anteriores al 1 de mayo de 1917, en los casos en que el propietario hubiera ejecutado actos positivos de posesión; en caso negativo, su solicitud sería preferida a la de otras personas. Como Hughes no aceptó la distinción, se convino que una comisión de reclamaciones estudiaría las quejas que se suscitaran.

Los convenios firmados, conocidos en el nombre de Tratados de Bucareli, revestían carácter simplemente ejecutivo. Las comisiones debían resolver las quejas de ciudadanos de ambos países desde el 4 de julio de 1868 y los daños originados a partir del 20 de noviembre de 1910 hasta el 31 de mayo de 1920. Sólo entonces, y siendo presidente el sucesor de Harding, el 31 de agosto de 1923, fue reconocido Obregón, aunque a regañadientes. Las relaciones cobraron entonces alguna cordialidad, al punto que cuando sucedió la rebelión de Adolfo de la Huerta, la Unión proveyó de armas y créditos a México.

III

El presidente Harding había fallecido el 2 de agosto de 1923. Oficialmente se anunció que la causa fue un síncope, aunque las versiones posteriores fluctuaban entre sospechas de suicidio e incluso de asesinato por envenenamiento.

Las investigaciones presididas por el senador Walsh, de Montana, estaban demostrando el clima de corrupción en que se desenvolvía la administración de Harding.

Este apenas alcanzó a ser testigo de los golpes asestados a su prestigio. Cuando hastiado de las primeras acusaciones hechas públicas, consideró conveniente descansar, emprendió un viaje a Alaska. A la altura de Kansas City, la esposa del ministro Fall ascendió al tren presidencial e informó a Harding que el *Post-Dispatch,* de St. Louis, tenía en su poder, a punto de ser publicadas, las pruebas de los "negocios" de su esposo. Ya en Alaska, otro mensajero entrevistó a Harding. Había llegado en avión, lo que para la época era extraordinario; nunca se supo quién era y sobre qué habló con el presidente, aunque se sospecha que fue alguien de la "pandilla de Ohio".

Lo cierto es que a partir de ese momento la salud de Harding decayó. No pudo volver a dormir acostado normalmente. En Seattle, ya de regreso, sufrió un ataque cardiaco, que fue diagnosticado como indigestión, dando lugar a los primeros rumores sobre su muerte. Descansó, se sintió mejor y logró que los médicos no se opusieran a la continuación del viaje. Una vez que llegó a San Francisco, bajó del tren y saludó al público que se había congregado en el andén. Pero tan pronto llegó a sus habitaciones del Palace Hotel, cayó en una especie de semiestupor del que insensiblemente pasó instantes más tarde a la muerte.

No habían terminado de comentar los diarios los funerales de Harding, cuando estalló el escándalo de las concesiones petroleras de Teapot Dome, una reserva naval, que fue enajenada en provecho del grupo de Fall cubriendo de ludibrio el nombre del recién fallecido mandatario.

Bajo tales auspicios se hizo cargo del poder el vicepresidente, Calvin C. Coolidge.

Hombre de apariencia sencilla, modesto siempre, sin dotes oratorias, poco amigo de hablar, serio y reflexivo, enemigo de la intriga y de la duplicidad. Así lo describe el profesor Strowski, su biógrafo. Nunca derrotado en cuantas elecciones presentó su candidatura, fue sucesivamente concejal, alcalde, senador provincial, presidente del Senado de Massachussets, su presidente luego, vicegobernador del estado y finalmente gobernador. Con este carácter, en 1919, reprimió en Boston una huelga de agentes de policía disconformes con la paga que recibían; los huelguistas, para respaldar su pedido, se afiliaron a la Federación Norteamericana del Trabajo, a cuyo presidente, Samuel Gompers, escribió Coolidge una enérgica nota, sosteniendo que "no existe el derecho a declararse en huelga contra la seguridad pública por parte de ninguna persona, en ninguna parte y en ningún momento". Esta carta fue el primer peldaño para su ascensión a la presidencia.

Para Morison y Commager, Coolidge era una "mediocridad respetable". Poco podía esgrimir a su favor en cuanto a ideas políticas y medidas constructivas, añaden, sosteniendo que "jamás habitó la Casa Blanca hombre más negativo, hasta el extremo de que se le recuerda, principalmente, por sus vetos".

Lo más destacable, empero, de Coolidge, eran sus constantes invocaciones religiosas, puritanas, en mezcla estrecha con las de carácter comercial. Esa revulsiva mixtura puede encontrarse con creces en su libro *El precio de la libertad.*

Salvo el reemplazo de los hombres controvertidos del gabinete Harding, Coolidge conservó a los restantes hasta el término del período presidencial, que se cumplió en marzo de 1925. En 1924, la convención del Partido Republicano lo eligió para cumplir un periodo completo. Enfrentó en la oportunidad al demócrata John W. Davis, a quien derrotó por 15.725.000 votos contra 8.386.500.

La presidencia de Coolidge iba a caracterizarse por una gran prosperidad en los negocios, prosperidad engañosa que en poco tiempo más conduciría a la catástrofe económica más pavorosa de todos los tiempos. Mellon y Hoover, los ministros que tenían los resortes financieros y comerciales del país en sus manos, aplicaron alegremente desde sus puestos, desde 1921 en adelante, el lema de que todo lo que fuera *prosperity* estaba consubstanciado con las mejores tradiciones del país. No eran financieros, apenas si hombres de negocios. Como secretario de Comercio, Herbert C. Hoover inauguró una política de alianza del gobierno con las grandes asociaciones comerciales y las compañías poderosas. "Estamos pasando —decía— de un periodo de extremo individualismo a un periodo de actividades asociadas."

Para el excelente cronista F. L. Allen, la política del gobierno de Coolidge consistió en "cobrar el dinero que se le debía, incluso a costa de considerables resentimientos, mantener una atenta vigilancia sobre la expansión del imperio financiero norteamericano y dejar las cosas como estaban en todos los restantes aspectos"; además, mantuvo el *statu quo* "en beneficio del mundo de los negocios", de una manera tal, que "el supremo dios del lucro" reinó omnipotente durante su presidencia, y él mismo "tuvo la fortuna de convertirse casi en un semidiós al rendir discreta pleitesía ante el altar de Mammón[20]".

[20] Allen, Frederick L. *Only yesterday. An informal history of the nineteen-twenties, New* York, Harper & Bros., 1957.

Con fama de ser muy parco, las pocas veces que hablaba, si se decidía por ser inteligible, no dejaba dudas en cuanto a lo que pensaba en su estrecho mundo intelectual, porque al menos sobre economía tenía ideas francas: "En nuestros días no se registra ninguna tendencia a menospreciar las ventajas personales, o a despreciar lo que nosotros llamamos negocios prácticos [...]. No necesitamos más poder intelectual, precisamos más poder moral [...]. No necesitamos más leyes, necesitamos más religión. No necesitamos más de aquellas cosas visibles, sino más de aquéllas que no se ven[21]."

El *Silencioso Cal,* como le llamaban sus amigos, tenía una particular concepción sobre el valor de las cosas "que no se ven", como lo demostró la más famosa de sus frases como presidente: "Los asuntos más importantes de Estados Unidos son los buenos negocios." Llevada esta concepción al ámbito de la política internacional, también acuñó una advertencia histórica para todo aquél que pretendiese lesionar los sacrosantos intereses de los ciudadanos de su patria en el exterior: "Debemos estar preparados para una intervención armada [...] en cualquier parte del globo en donde el desorden y la violencia amenacen los pacíficos derechos de nuestro pueblo[22]."

Coolidge, reelecto presidente en las elecciones de noviembre de 1924, asumió oficialmente su mandato en marzo de 1925. El 1 de diciembre anterior, en México, había asumido la presidencia el general Plutarco Elías Calles. Más lejos, hacia el sur, en Nicaragua, también se inauguraba en esos meses un nuevo gobierno. La historia iba a enlazar poco después a los tres países en un azaroso litigio.

IV

Diego Manuel Chamorro duró poco en la presidencia de Nicaragua. La asumió mediante elecciones fraudulentas el 1 de enero de 1921, sucediendo en el poder a su sobrino, el general Emiliano Chamorro —el de la triste fama de haber suscrito el tratado Bryan-Chamorro—, de quien esperaba, en 1925, la *devolución* de la silla presidencial. Sin embargo, para congoja de Emiliano, su tío murió en 1923 de una enfermedad común a los ancianos, como suele ocurrir con cualquier mortal. De donde la presidencia pasó a manos del vicepresidente, Bartolomé Martínez, quien por no sentirse demasiado ligado a la prolífica familia Chamorro, consintió la realización de elecciones no maculadas por prácticas corruptas y en un clima de garantías comiciales.

Se celebraron el primer domingo de octubre de 1924, poniéndose en vigor, bajo la supervisión del Departamento de Estado norteamericano, una nueva ley electoral. Participaron en la liza Emiliano Chamorro, en representación del Partido Conservador y en oposición a éste, una fórmula surgida de una coalición circunstancial del Partido Liberal, el Partido Unionista Centroamericano y el Partido Progresista, más sectores moderados del conservatismo. A este último grupo pertenecía el candidato de transacción, Carlos Solórzano, siendo su compañero de fórmula el liberal Juan Bautista Sacasa.

El triunfo del binomio Solórzano-Sacasa no dejó satisfecho al perdedor, quien con su vieja costumbre de conspirador afortunado, comenzó inmediatamente a urdir el derrocamiento del nuevo gobierno, que asumió el cargo el 1 de enero de 1925. Había un obstáculo en su camino, y era la presencia de tropas norteamericanas, que desde el 4 de octubre de 1912, se hallaban en Nicaragua con el pretexto de "resguardar" la Legación de Estados Unidos en Managua. El Departamento de Estado había notificado a Nicaragua, empero, que retiraría todas sus fuerzas de ocupación en cuanto se estableciese el nuevo gobierno. Su promesa no la llevó a la práctica

[21] Coolidge, Calvin, *El precio de la libertad,* Editorial Cervantes, Barcelona, 1927.

[22] Daniels. Josephus, *Shirt-sleeve diplomat,* Chapell Hill, North Carolina: University of North Carolina Press, 1947.

sino hasta el 3 de agosto de 1925, es decir, ocho meses después. El 28 de aquel mismo mes, Chamorro producía un conato de sublevación en la fortaleza de Campo de Marte, mediante uno de sus adictos, el general Alfredo Rivas.

El Departamento de Estado respondió horas más tarde despachando naves de guerra al puerto de Corinto y recordando públicamente, que de acuerdo con los Tratados de Paz y Amistad celebrados en Washington el 7 de febrero de 1923, en comunión con las cinco repúblicas centroamericanas, no consideraría legítimo a gobierno alguno que surgiese "por un golpe de Estado o de una revolución contra un gobierno reconocido", como era el caso del de Solórzano-Sacasa.

Aquella primera finta o tanteo, para medir los reflejos de Washington, fue seguida de un cuartelazo del propio Chamorro el 25 de octubre, con la toma de la fortaleza de La Loma; pero en previsión del no reconocimiento, no privó a Solórzano de su título presidencial, a pesar de que éste presentó su renuncia. Se contentó con hacer que designara un nuevo gabinete integrado con hombres de su entera confianza, y se hizo nombrar senador de oficio. Mientras el vicepresidente Sacasa, perseguido por las huestes de Chamorro en cuanto formuló el reclamo de la presidencia constitucional que le correspondía, abandonaba el país, el jefe faccioso purgaba de elementos liberales el cuerpo legislativo, preparando la mascarada de una legalidad que facilitase su nuevo acceso al poder.

A instancias suyas, el Congreso nicaragüense dio "permiso por tiempo indefinido" a un supuestamente enfermo Solórzano. Y si bien correspondía suplir la acefalía con el vicepresidente Sacasa, por hallarse éste "ausente del país" y por razones de Estado que no admitían demora, el cuerpo legislativo optaba por designar presidente a uno de sus miembros, casualmente el general Emiliano Chamorro, quien asumió la *patriótica carga* en enero de 1926. La trama era tan burda como obvia, y el Departamento de Estado insistió en no dar su reconocimiento al jefe conservador. Mientras tanto, Sacasa se movía en México y lograba movilizar a exiliados liberales que en pequeños destacamentos, comenzaron a infiltrarse en Nicaragua por mar y a hostilizar a las tropas de Chamorro, a las que a la vez, y por decisión propia, respaldaba el comandante norteamericano de la *Constabulary* local, mayor Calvin B. Carter. Cuando éste apoyó a Chamorro, fue denunciado por los liberales; el acusado respondió contraacusando a éstos de recibir apoyo del presidente mexicano Plutarco Elías Calles.

Entonces, por primera vez, se mencionó la posibilidad de que el conflicto se internacionalizara.

El que lo sugirió fue el nuevo secretario de Estado, Frank Billings Kellogg, quien había sido designado por Coolidge en reemplazo del jurista Charles Evans Hughes.

V

Las relaciones entre los gobiernos de Coolidge y Calles fueron, desde un primer momento, poco cordiales. Calles, como antiguo miembro del gabinete de Álvaro Obregón, conocía sobradamente las presiones de que éste había sido objeto por parte de los grupos de poder, de los cuales Coolidge era un conspicuo exponente.

Forjado en la escuela del México revolucionario de los tres lustros previos, Calles estaba animado de inspiraciones nacionalistas y populares. Estaba considerado como el representante del ala izquierda del grupo de Agua Prieta y entre sus primeras medidas de gobierno figuró la de "continuar con mayor empeño la formación de organizaciones obreras y campesinas" para aumentar la base de su poder, a cuyo efecto y durante la primera etapa de su mandato, "adoptó posiciones más o menos consecuentes con su prestigio como líder progresista y revolucionario"[23].

El historiador Meyer observa que durante la primera fase del gobierno de Calles fue visible el intento de éste por lograr que "el desarrollo del país quedara en manos nacionales y el capital extranjero pasara a ocupar un lugar secundario", y que esa intención estaba explícita en un artículo que con su firma se publicó en *Foreign Affairs* en octubre de 1926, en el que señaló que el propósito central de su gobierno era "destruir ciertas ventajas de que habían venido disfrutando pequeños pero poderosos grupos, optando por el bienestar de las mayorías", un propósito que quedaría trunco debido a que "la situación interna e internacional no habría de favorecer tampoco este esfuerzo nacionalista que terminó en un fracaso"[24].

El litigio en que se enzarzarían Coolidge y Calles se remontaba a los orígenes mismos de la Revolución Mexicana y tenía como motivo fundamental el petróleo. Calles había sido testigo de cuánto había costado a Obregón ceder en los llamados Tratados de Bucareli —agosto de 1923—, merced a los cuales Estados Unidos se avino a reconocer su gobierno. De ahí que desde los primeros meses de su mandato, procuró poner remedio definitivo al ambiguo *status* que permitía a Washington ejercer presiones intermitentes e indebidas en desmedro de la soberanía nacional de México; y a ese efecto designó, en febrero de 1925, una comisión cuyo fin era el de redactar un nuevo proyecto de ley reglamentaria del artículo 27 de la Constitución, en el rubro atinente al petróleo.

A pesar de que el organismo sesionaba en forma reservada en el Congreso y no había confeccionado texto alguno de carácter público, llegan ciertas filtraciones a oídas del embajador estadounidense en México, James R. Sheffield, quien las transmite al secretario de Estado, Kellogg: la reglamentación en ciernes perjudicará los intereses de las empresas petroleras norteamericanas. Kellogg, hombre vinculado, como todos sus colegas del gabinete Coolidge, a los grandes consorcios financieros e industriales de su patria, senador por Minnesota entre 1916 y 1923 y hasta poco antes embajador en Gran Bretaña, era un político provinciano elevado por su amistad con Coolidge al rango de canciller, cargo desde el cual asociaría su nombre al pacto de desarme mundial, tan inútil como tantos otros del mismo signo, conocido como Tratado Briand-Kellogg, gracias al cual, en 1929 sería galardonado con el Premio Nóbel de la Paz.

Ironías de la historia, esta presunta paloma, alma seráfica y pacifista, colocaría a su país al borde de la guerra con México y de hecho, sería quien, comportándose como tantos otros halcones de la diplomacia de su patria, iniciaría la sangrienta invasión de Nicaragua, en donde la guerra continuaría en momentos en que en Estocolmo se le consagraba como príncipe de la paz. Los poderosos intereses del petróleo inducirían ambos conflictos.

---

[23] Meyer. Lorenzo. *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero*, Colegio de México, México. 1972, págs. 219-220.

[24] *Ídem.* pág. 221.

Durante la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos había producido y consumido unas tres cuartas partes de la producción mundial de petróleo, y en la posguerra el consumo no sólo no descendió sino que tendió a aumentar junto con la masiva producción de automóviles y el empleo de combustible hidrocarbúrico en los barcos y en la naciente aviación, sin contar con los requerimientos normales de la industria. El crecimiento del consumo fue aliciente para la guerra secreta por la posesión de yacimientos de petróleo, que abarcó a todo el mundo. México ya había sido escenario de esa guerra oculta en la década previa, y lo seguiría siendo en la de los veinte.

El fuego contra Calles fue roto por Kellogg el 12 de junio de 1925, mediante una declaración en la que se expresaba que las relaciones con México "son amistosas, pero no enteramente satisfactorias". Añadía que esperaba que el gobierno mexicano restaurara "las propiedades ilegalmente tomadas" e indemnizara a los ciudadanos norteamericanos "por las propiedades que les hayan sido incautadas". A continuación, aludía a informaciones periodísticas "acerca de que otro movimiento revolucionario puede estarse preparando", para agregar que su gobierno continuaría apoyando al de México sólo mientras éste protegiese las vidas y los intereses norteamericanos, y cumpliese con sus compromisos y obligaciones internacionales". Acto seguido disparaba la amenaza: "El gobierno de México está ahora a prueba ante el tribunal del mundo [...]. Nosotros hemos sido pacientes y nos damos cuenta, desde luego, que requiere tiempo instituir un gobierno estable; pero no podemos tolerar la violación de sus obligaciones y el que deje de proteger, a los ciudadanos norteamericanos[25]."

Dos días después, el agredido gobierno de Calles respondía con altivez al de Coolidge. Luego de puntualizar todas las medidas adoptadas en cumplimiento de sus obligaciones internacionales por los daños sufridos por ciudadanos o súbditos extranjeros durante los trastornos políticos habidos en e! país, y de recordar que existía una convención con Estados Unidos para resolver las reclamaciones de sus ciudadanos, "en los casos en que puedan haberse afectado bienes o derechos", por lo que era inconducente "hacer cargos a México por falta de protección a los intereses norteamericanos y por infracción a sus deberes internacionales", la respuesta contenía estos párrafos:

> Es de lamentarse la contradicción que se encuentra en las declaraciones del señor Kellogg, al manifestar el interés de los Estados Unidos por la conservación del orden en México y la estabilidad de su gobierno y al asentar, a la vez, que se tienen noticias de movimientos revolucionarios, pues esta última afirmación tiende a sembrar alarma en el mundo, en cuanto a las condiciones en que se encuentra mi país; y por último, la declaración de que el gobierno de Estados Unidos continuará apoyando al gobierno de México únicamente, en tanto que proteja los intereses y las vidas de ciudadanos norteamericanos y cumpla con sus compromisos y obligaciones internacionales, entraña una amenaza para la soberanía de México, que éste no puede dejar pasar inadvertida y que rechaza con toda energía, porque no reconoce a ningún país extranjero el derecho de intervenir en cualquier forma en sus asuntos interiores, ni está dispuesto a subordinar sus relaciones internacionales a las exigencias de cualquier otro país [...].
>
> Si el gobierno de México se halla, según se afirma, sujeto a juicio ante el mundo, en el mismo caso se encuentran tanto el de Estados Unidos, como los de todos los demás países; pero si se quiere dar a entender que México se encuentra sujeto a juicio, en calidad de acusado, mi gobierno rechaza de una manera enérgica y absoluta semejante imputación, que en el fondo sólo constituye una injuria. Para terminar, declaro que mi gobierno [...] de ninguna manera admitirá que un gobierno de cualquier nación, pretenda crear en el país una situación privilegiada para sus nacionales, ni aceptará tampoco injerencia alguna extraña, que sea contraria a los derechos de soberanía de México.

La digna respuesta de Calles no sólo encontró inmediato respaldo del pueblo mexicano, sino que hasta en los propios Estados Unidos, influyentes periódicos, como el *Washington Post*

[25] Gruening, Ernest, *Mexico and its heritage.* New York, Century, 1928. pág. 601.

y el *New York World,* así como el semanario *New Republic,* censuraron acerbamente al secretario Kellogg. Pero la amenaza de éste, no por velada y arbitraria, podía ser soslayada o despreciada. No habían desaparecido totalmente los rescoldos de la rebelión que Adolfo de la Huerta había encabezado contra Álvaro Obregón y sibilinamente Kellogg le recordaba a Calles que si aquella revuelta pudo ser sofocada por la ayuda que en armas facilitó Estados Unidos al gobierno de Obregón, al que reforzó mediante su reconocimiento diplomático, del mismo modo podía azuzar nuevos levantamiento armados y hasta retirar su representación en México.

Como sostiene un historiador norteamericano, "aun antes de que se promulgara la serie de leyes que serían causa de que se turbaran las relaciones entre los dos países, Kellogg *provocó* a los funcionarios mexicanos"[26]. Provocación fue, en efecto, y gratuita por añadidura, pero tenía el fundamental objetivo de los esporádicos rebrotes rebeldes y no mucho después, el enfrentamiento con la Iglesia, que se traduciría en la llamada Guerra Cristera. Pero la torpeza de Kellogg no hizo sino favorecer a Calles, al activar el orgullo nacional mexicano. El propio ex presidente Obregón le envió un telegrama de irrestricto apoyo:

> "Considero tus declaraciones rechazando gratuitas imputaciones del secretario Kellogg, salvaguardan nuestro decoro. Secretario Kellogg simula ignorar que hechos pasados han demostrado [...] que en México pueden existir y funcionar normalmente gobiernos emanados de la voluntad popular, substraídos a la simpatía oficial de la Casa Blanca [...]. Las declaraciones del señor Kellogg son desconcertantes, pero ninguna como aquélla en que asume el papel de Ministerio Público, para decirle al mundo que México está en el banquillo de los acusados. Yo no he podido descubrir detrás de las declaraciones del secretario Kellogg la silueta del pueblo norteamericano, y otra muy distinta es la que en ellas se perfila[27]."

VI

Por unas semanas parecieron desvanecerse los nubarrones de la confrontación y como un signo augural para Calles, el 28 de agosto, México y Gran Bretaña reanudaban relaciones diplomáticas, de mucho antes interrumpidas. Aquel mismo año Calles las había establecido con la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, siendo el primer país del continente americano en dar ese paso, considerado osado en su época.

El 26 de septiembre, el Congreso mexicano conoció el primer dictamen sobre el proyecto de reglamentación del artículo 27: serían confirmados solamente los derechos de los poseedores de terrenos petroleros que hubiesen iniciado sus trabajos de explotación (actos positivos de propiedad) con anterioridad al 1 de mayo de 1917, fecha de sanción de la Constitución; pero sus títulos, considerados precarios, debían ser permutados por concesiones gubernamentales expresas, cuyo término no podía ser superior a los cincuenta años.

Al mes siguiente, y en tanto se consideraba aquel proyecto, Calles presentaba al Congreso otro, destinado a reglamentar la fracción I del mismo polémico artículo, que aunque no se refería a la industria petrolera, "sí presentaba un cierto peligro para ésta al reiterar una disposición presente en legislaciones anteriores, prohibiendo a individuos o corporaciones extranjeros poseer terrenos en una faja de 50 y 100 km, que corría a lo largo de costas y fronteras respectivamente. Y buen número de terrenos petroleros estaban muy cerca de la costa del Golfo de México"[28].

---

[26] Dulles, John W. F., *Ayer en México. Una crónica de la Revolución. 1919-1936,* Fondo de Cultura Económica, México, 1977, pág. 289.

[27] Taracena, Alfonso, *La verdadera Revolución Mexicana. I etapa (1924-1925).* Editorial Jus, México, 1962, págs. 265-266.

[28] Meyer, Lorenzo. Op. cit., pág. 227.

Lorenzo Meyer menciona, además, que a mediados de ese mes de octubre el Departamento de Estado notificaba al embajador mexicano en Washington que "las empresas petroleras se mostraban cada vez más insatisfechas"; y que a mediados de noviembre es el embajador Sheffield quien escribe a Aarón Sáenz, secretario de Relaciones Exteriores, sugiriéndole que "hay nubarrones en el horizonte de la amistad mexicano-norteamericana".

El 26 de noviembre, la Cámara de Diputados mexicana aprueba por 136 votos contra 1 el proyecto de la Comisión Mixta, lo que motiva una nueva presentación de Sheffield a Sáenz, en la que menciona la aprensión de muchos, si no todos los norteamericanos, tenedores de derechos de propiedad en México, puesto que "en algunos de sus aspectos, la medida opera retroactivamente, y su efecto es manifiestamente confiscatorio", dicho esto con la salvedad de que no desconocía "el derecho de cualquier otro gobierno de reglamentar por legislación, la detentación de la propiedad como una cuestión puramente doméstica".

Para entonces, según Meyer, las compañías norteamericanas tenían "ya en su poder documentos confidenciales sustraídos de la Secretaría de Industria", de cuyo texto deducían, como lo hicieron saber a Kellogg, que México preparaba "una legislación petrolera retroactiva y anticonstitucional". El secretario Sáenz, que por entonces desconoce esa circunstancia, afronta la nueva insolencia del embajador Sheffield, a la que considera una indebida intromisión, puesto que el proyecto tiene media sanción, requiere la del Senado y la ratificación del Ejecutivo para que opere con efecto de ley. En nota del 5 de diciembre se extraña de que el gobierno de Estados Unidos se dirija al de México, "haciendo representaciones sobre la legislación pendiente y la cual, precisamente por estar en estado de formación, no puede causar ningún perjuicio actual a los ciudadanos norteamericanos", y por lo demás, podría creerse "que se trata de hacer presión sobre los cuerpos legislativos, para que la legislación en proyecto no sea aprobada".

Puesto en su lugar con estas y otras razones medidas y ponderadas, Sheffield no cesa en sus protestas y advertencias verbales, en concierto con las empresas, una de las cuales, la Standard Oil, llega a amenazar con su retiro del país. También la poderosa Asociación de Productores de Petróleo en México (APPM) exige a Washington que "protestara sin rodeos".

El ambiente estaba ya totalmente caldeado:

> [...] En México se recibían constantemente informes procedentes de los consulados en Norteamérica sobre la organización de un movimiento anticallista en Estados Unidos y sobre el posible apoyo que este movimiento recibía del gobierno de ese país, de las compañías petroleras norteamericanas y de otros intereses menores. A fin de cuentas, esta actividad subversiva no se materializaría, pero el gobierno de Calles nunca pudo estar seguro de que así sería.
>
> El objetivo perseguido por Calles al favorecer una ley petrolera que se apartara un tanto de lo convenido entre el Departamento de Estado y Obregón, era estructurar las relaciones políticas de México con Estados Unidos sobre bases diferentes, que disminuyeran un tanto la relación de dependencia forjada durante el porfiriato. La legislación sobre los hidrocarburos era el punto neurálgico exacto para intentar encauzar al país por una vía que redujera la dependencia de Washington. Esta posición de Calles fue vista en ciertos círculos norteamericanos no como una política antiimperialista, sino anticapitalista [...].
>
> Antes de presentar y aprobar la nueva legislación [...] varios miembros del Congreso discutieron con Calles las posibles consecuencias internacionales de su acción; éste les manifestó que en última instancia, estaba decidido a caer, pero no a transigir; los legisladores siguieron entonces adelante. Como miembro de los altos círculos de Carranza y Obregón, bien sabía Calles de los riesgos que su empresa entrañaba [...]29.

Así pues, el 31 de diciembre de 1925, nueve años después de promulgada la Constitución de Querétaro, se aprueba la primera ley orgánica del artículo 27 en lo atinente al petróleo. En

[29] Lorenzo Meyer. *op. cit.,* págs. 233-234.

su Mensaje de Año Nuevo, que Calles adelanta a la prensa ese mismo día, declara que el Ejecutivo, con la cooperación de los otros poderes y apoyado por la gran masa del país, ha logrado en buena parte "formar y perfeccionar legalmente todo un sistema de reformas de justa y avanzada tendencia social y de fuerte sabor nacionalista", obra para la cual "no ha sido inspirado por sentimientos egoístas ni menos por espíritu soberbio, ni por animadversión a extranjeros", porque no está en su ánimo rehusarse a recibir "los beneficios de una colaboración internacional para el desarrollo del país", a condición de que esa asistencia de los demás pueblos, "con sus energías morales y su capital", tenga por valladar restrictivo el respeto a las leyes mexicanas y la "limitación única de que esa colaboración externa no llegue a traducirse en absorción, con perjuicio de los intereses nacionales".

El conocimiento de las disposiciones de las leyes reglamentarias de los párrafos I y IV del artículo 27, a renglón seguido de su publicación en el Diario Oficial, provoca la primera orden del Departamento de Estado al embajador Sheffield —8 de enero de 1926—, para que objete el nuevo ordenamiento por estar en desacuerdo con los Tratados de Bucareli. El sector petrolero no acepta que deba solicitar la confirmación de sus derechos sobre los terrenos que posee, ni que tales derechos no sean a perpetuidad, ni que deban renunciar a pedir la protección de su gobierno en caso de litigio con el de México, ni que se les prive de sus posesiones en las proximidades de las costas y fronteras terrestres del país.

Calles contaba con poder dividir el frente de los propietarios petroleros norteamericanos entre sí, así como el de éstos con los británicos y holandeses. Y al principio la situación se orientó en esa dirección, alentada por muestras conciliatorias, tales como la respuesta de Sáenz —20 de enero de 1926— a Sheffield, informándole que había invitado a todas las empresas a unas pláticas para escuchar sus puntos de vista. Si bien el número de empresas que acató la nueva legislación superó al de las que la reprobaban, estas últimas representaban más del 70 por ciento de la producción y el 90 por ciento de los terrenos adquiridos antes de mayo de 1917, por lo que su peso y significación eran decisivos, y así lo utilizaron en forma directa ante Coolidge y Kellogg, o a través de Sheffield, al tiempo que se presentaban ante los tribunales mexicanos en demanda de amparo.

La estrategia de Kellogg consistió en atribuir a los Tratados de Bucareli, el valor equivalente al de un tratado internacional, tesis que Calles insistió en refutar, alegando que se trataba de enunciaciones de la posición coyuntural de la administración anterior —Álvaro Obregón—, en forma de pláticas reservadas, que carecían de la validez jurídica de un tratado entre naciones, que ni siquiera habían merecido la atención de los respectivos órganos legislativos. A su juicio, las conversaciones de 1923 sólo le obligaban en cuanto al establecimiento de las comisiones de reclamaciones. Posteriormente, esgrimirá el argumento que incluso el Congreso de Estados Unidos repudió los compromisos asumidos por el presidente Woodrow Wilson en Versailles, al término de la Primera Guerra Mundial, incluyendo la participación norteamericana en la Liga de las Naciones.

Sin embargo, a medida que transcurrían las semanas, la presión de Washington se iba acentuando, aprovechando problemas internos que afrontaba Calles, y cuya culminación se expresaría con la sublevación de los indígenas yanquis y la Guerra de los Cristeros. Es posible que la conciencia de esa gravedad determinara en él y su secretario Sáenz, una crecientemente perceptible reducción de sus posiciones intransigentes iniciales: "Calles no dejó de modificar su posición, según lo exigieran las circunstancias —apunta Meyer—, y en la nota de 27 de marzo de 1926 dejó abierta la posibilidad de que la Suprema Corte resolviera —como en tiempos de Obregón— si las leyes controvertidas tenían o no carácter retroactivo." Se trataba de una válvula de escape, "para el caso de que la situación se tornara insostenible".

Esa situación, en efecto, comenzó a bordear los límites de lo insostenible en la segunda mitad de 1926.

VII

El 5 de agosto de 1926, el Supremo Consejo de los Caballeros de Colón —una organización católica integrista, con sede en Estados Unidos— resuelve en una reunión

celebrada en Filadelfia, emprender una campaña "contra las ideas bolcheviques en el continente y combatir la situación reinante en México", a cuyo efecto acuerda recolectar un millón de dólares entre sus afiliados.

Las medidas de carácter social adoptadas por Calles, son revestidas por los medios de información norteamericanos con los atributos del comunismo soviético, al que en la nomenclatura de la época se le designaba como "bolchevismo" o "bolcheviquismo".

Lorenzo Meyer observa que *The Wall Street Journal* atacó sistemáticamente, en 1926 y 1927, al presidente Calles, al que calificó de "ladrón y asesino"; que "aparte de las noticias relacionadas con la influencia bolchevique, que Calles propalaba en México y Centroamérica, algunos diarios llegaron a acusarle de estar negociando secretamente con Japón para cederle Baja California, con lo cual la amenaza de Calles para la seguridad norteamericana sería intolerable"; y que "a fines de 1926 aparecieron reportes en Estados Unidos sobre el pedido que hizo el Departamento de Estado a ciertos círculos periodísticos, para que enfatizaran el hecho de que México era un centro bolchevique"[30].

La campaña se iba desenvolviendo en forma premeditada.

El 19 de octubre, un portavoz de la Casa Blanca —obviamente Kellogg— declaraba que la situación había cambiado poco, que los problemas pendientes con México no se habían resuelto y que el gobierno de Calles persistía en sus posiciones sobre las leyes de extranjería y petróleo. Todo sigue, empero, en el plano de la penumbra diplomática. El 29 de octubre, el dirigente socialista español y catedrático de Derecho Internacional, que ha sido invitado a dictar cursos en la Universidad Nacional de México, declara a un periodista:

> Estados Unidos, al iniciar su expansión capitalista, va sometiendo a su poder político, más o menos encubiertamente, a los pueblos a quienes presta dinero. De este modo han ido cayendo bajo la fiscalización yanqui, Haití, Santo Domingo. Honduras, Nicaragua y Cuba, por obra de la Enmienda Platt, que autoriza la intervención de Estados Unidos; maneja la hacienda de Colombia y el Ecuador, dirige la del Perú y tiene puesto el pie en Bolivia, gracias al empréstito que le ha facilitado y las garantías exigidas. De esta suerte se va preparando en América un conflicto de vastas dimensiones entre la democracia imperialista de Estados Unidos y las presas de su codicia. [...] Mr. Dillon, tan gran conocedor de la política internacional, escribía no hace mucho, refiriéndose a la posición de los Estados Unidos respecto a México, que por muy amistosa que sea su actitud oficial, los mexicanos tienen siempre conciencia de que ocultos planes y maquinaciones extraoficiales forman una continua corriente que fluye hacia el depósito de la "doctrina" Monroe, cuya compuerta quizá se abra algún día para arrollar su independencia. ¿Cómo extrañar, pues, que perfectamente convencidos de los males que lleva en sí el imperialismo financiero, surja en este pueblo intuitivo una conciencia política antiimperialista?31

Los "ocultos planes y maquinaciones" saltan a la luz del día el 17 de noviembre de 1926, cuando estallan en la prensa propetrolera y antimexicana de Estados Unidos las primeras denuncias de que el gobierno de Calles ha apoyado a los rebeldes liberales de Nicaragua y es responsable del estado de perturbación armada en ese país. Periódicos de la importancia del *Washington Post* y del New *York Times* realzan la información, que de un modo más sensacionalista destaca la prensa menor. El hecho en sí mismo no tendría importancia mayor, de no ser porque todos los diarios, como obedeciendo sincronizadamente al mismo impulso, vinculan la rebelión de los liberales nicaragüenses que pretenden restituir en sus funciones al presidente constitucional Juan B. Sacasa, a supuestos propósitos de Calles en Centroamérica, y lanzan la imputación de que pretende "exportar el bolcheviquismo".

---

[30] *Editor & Publisher.* 4 de diciembre de 1926. Estas referencias están tomadas de Lorenzo, *op. cit.,* notas 95 y 98, pág. 244.

[31] Taracena, Alfonso, *op. cit.*

La historia se inició el 15 de noviembre, cuando el espurio mandatario de Nicaragua, Adolfo Díaz, quien no había sido reconocido aún como tal por Estados Unidos, solicitó en nota enviada a la Casa Blanca su intervención para evitar "nuevas hostilidades e invasiones de parte del gobierno de México", una situación que ponía en "riesgo inminente la soberanía y la independencia" de su país. El pedido se remataba con este abyecto colofón: "Al mismo tiempo deseo manifestaros que cualesquiera que sean los medios elegidos por el Departamento de Estado, ellos contarán con mi absoluta confianza en el espíritu de justicia que anima al gobierno de Estados Unidos[32]."

En buen romance, Díaz indicaba a Coolidge, que al igual que lo había hecho en 1912, él no se opondría al ingreso de los *marines* en su propia patria, con lo cual por anticipado se congraciaba sumisamente con la Unión. Nada había, empero, en su nota, que aludiera al peligro "bolchevique" representado por México. Sin embargo, cuando dos días después, el 17 de noviembre, el Departamento de Estado anunció oficialmente que reconocía a Díaz, publicaciones de Washington y agencias noticiosas fueron informadas "extraoficialmente" por Richard E. Olds, subsecretario de Estado, que el gobierno de Calles pretendía "establecer una autoridad bolchevique en Nicaragua para meter una 'cuña hostil' entre los Estados Unidos y el Canal de Panamá"[33].

La agencia *Associated Press* (AP) llegó hasta a poner en boca de Adolfo Díaz la declaración de que México estaba propagando el bolchevismo en América Latina y que el gobierno estadounidense estaba preocupado de que las pretendidas tendencias comunistas de México pudieran introducirse en las relaciones interamericanas. Cuando semanas más tarde —13 de diciembre—, por pedidos del representante Fiorello H. LaGuardia y el senador George Norris, se efectuó una investigación legislativa sobre el origen de esas informaciones, se descubrió que Olds las había entregado con la advertencia de que "la responsabilidad de cualquier publicación no debía ser atribuida al Departamento de Estado"[34]. Naturalmente, Kellogg respaldó a Olds, puesto que ambos estaban en la misma barca, pero las organizaciones de prensa que fueron arteramente manipuladas se mantuvieron firmes en su acusación sobre el origen oficial de la información.

En el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, la petición de Norris, en el sentido de que se investigase la conducta de Olds, fue derrotada por ocho votos contra cinco. Durante la votación, un miembro de la mayoría reconoció que el informe sobre la falsedad "era indudablemente cierto", pero que una investigación "pondría en aprietos al Departamento de Estado"; a lo que se le replicó que "si teníamos un Departamento de Estado así, merecía que se le pusiera en aprietos"[35]. Wood observa que "el torpe intento del subsecretario Olds de influir en la prensa y en el público, constituyó un tremendo error, pues sólo desconcertó a ambos, despertando desconfianza sobre las explicaciones subsiguientes de sus actos en el gobierno de Coolidge".

VIII

Al día siguiente de reconocido Díaz, el *New York Times* había advertido en un editorial: "La intervención para proteger a los ciudadanos norteamericanos es una cosa. La intervención para pacificar a Nicaragua y ayudarla a establecer un gobierno responsable es otra muy distinta. No puede abordarse con ligereza[36]." Semanas después, cuando la invasión de Nicaragua por los *marines* cubría las primeras planas de los periódicos de todo el mundo, el

[32] Véanse textos completos y detalles más amplios en Gregorio Selser. *Sandino, General de Hombres Libres.* Editorial Abril, Buenos Aires. 1984.

[33] Wood, Bryce, *La política del Buen Vecino.* Editorial UTEHA. México 1967, pág. 15.

[34] *Ibid.*

[35] *The New York Times.* 3 de febrero de 1927.

[36] *The New York Times.* 18 de noviembre de 1926, editorial.

mismo matutino neoyorquino apuntó que "el lío surgió sólo cuando, al parecer, empezamos a exagerar o a rebasar nuestros derechos", y que Coolidge no debió haber reconocido a Díaz como presidente legal de Nicaragua, ya que "difícilmente corresponde a extranjeros resolver puntos graves constitucionales, de los cuales casi se han burlado los propios nicaragüenses desde tiempo ha"[37].

El *Times,* no obstante lo atinado de sus observaciones, omitía en ambos casos la presencia del factor petróleo en "el lío", y en el segundo de sus mencionados editoriales cometía la injusticia de generalizar a "los propios nicaragüenses" la burla de los principios constitucionales. Esa burla la había cometido permanentemente desde 1910, caída de José Madriz, uno sólo de los sectores políticos, el que respondía al Partido Conservador, que a su vez respondía puntual y obsequiosamente al Departamento de Estado norteamericano.

En forma clara y vehemente puso las cosas en su lugar el senador republicano William E. Borah, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, que dijo lo que el *Times* se resistía a decir:

> El simple hecho de que hayamos reconocido al gobierno de Díaz no nos impone ni la obligación legal ni moral de mantener ese gobierno por medio de la fuerza. Presumo que tampoco tenemos el propósito de asumir la función de censores para América Central y sus revoluciones, ni tampoco que seamos los llamados a llevar la guerra contra cada país que pueda tener ideas políticas o instituciones que no estén en armonía con nuestras ideas e instituciones.
>
> Lo que hay de cierto es el esfuerzo que se está haciendo por llevar a nuestro país a una pequeña guerra ridícula y vergonzosamente cobarde con México. Si Díaz pudiese inducirnos a iniciar semejante guerra en defensa de su país, estaría sirviendo a sabiendas o sin pensarlo al plan de aquéllos que desearían vernos mezclados en el conflicto con México.
>
> El pueblo norteamericano debería entender que todos estos clamores sobre "comunismo" y destrucción de la propiedad, no son sino esfuerzos deliberados para justificar una guerra con México. Se habla de "comunismo" y "bolcheviquismo", pero lo que esto significa es simplemente la guerra. Creo que los propietarios de los yacimientos de petróleo tienen todo derecho a que sus intereses y propiedades sean garantizados y protegidos por todos los medios razonables, pero también creo que el más irracional, brutal e infructuoso de los medios sería una guerra con México[38].

Desde el lejano sur, el maestro socialista Alfredo L. Palacios, presidente de la Unión Latinoamericana, se expresaba de un modo aproximado al de Borah:

> "Es la eterna política imperialista de Estados Unidos, que no retrocede ante nada cuando se trata de defender sus intereses económicos. Lo que más subleva al espíritu, sin embargo, no es tanto la actitud norteamericana, lógica en ellos, sino la actitud del gobierno de Díaz, que traiciona a su patria, que se pone en contra de su pueblo y en favor de los sindicatos capitalistas del Norte [...]. La acción funesta de Estados Unidos no se realizaría con tanta facilidad, si no la posibilitaran gobiernos que no saben representar los verdaderos intereses de sus pueblos."

El 18 de noviembre, el ex presidente Obregón se burlaba de Kellogg y de Díaz: "Las sospechas yanquis huelen a celo profesional. Tal parece que abrigan temores los elementos de Nueva Orleans y de Nueva York (que siempre han tenido a su cargo el fomento de las revoluciones al sur del río Bravo), de que algunos elementos de México vayan a restarles importancia en este oficio, tomando a su cargo el mismo negocio, y ante esta competencia se sienten alarmados [...]. Nada sé de esa ayuda mexicana a los revolucionarios de Nicaragua, ni

[37] *The New York Times.* 11 de enero de 1927, editorial.

[38] *La Prensa.* Buenos Aires, 25 de diciembre de 1926.

creo en ella, pero lo que me llama la atención es que se pida francamente la intervención norteamericana, que viola flagrantemente el decoro y la soberanía de aquella nación." Tres días más tarde, el 21, el mismo Obregón alude a las imputaciones que en Estados Unidos se hacen contra México y especialmente a la de "comunista", para observar: "Es el nombre más cómodo que han encontrado para molestarnos."

El 2 de diciembre, la embajada de México en la Unión expedía una información, según la cual el cambio de los títulos de propiedad por concesiones daría a éstas la ventaja de ser indiscutidas en cualquier controversia judicial o administrativa, además de conservar intactos los términos originalmente establecidos en los títulos en sí. Nuevamente México daba muestras de ponderación y mesura y excitaba a la pacificación.

Para la agencia *United Press,* la interpretación que cabía en todo el proceso, era la siguiente:

> En ciertos círculos se dice que todo el asunto del petróleo es en realidad una lucha tripartita, en la cual intervienen el gobierno mexicano y las empresas inglesas y norteamericanas; éstas, obrando de común acuerdo en lo que se refiere a la oposición a las leyes de propiedad territorial, pero en divergencia en lo que respecta a hacerse concesiones que puedan significar una supremacía en la producción del petróleo en México. La Standard Oil Co., que es la más poderosa que opera en México, informa que confía en que el gobierno de la Unión mantendrá su política actual de no reconocimiento del punto de vista mexicano.
>
> De fuente autorizada se sabe que las compañías inglesas *Águila* y *Corona* han presentado un pedido de concesión por 50 años, a pesar de que no hay fundamento para suponer que hayan aceptado plenamente las disposiciones referentes al cambio de títulos por las concesiones que solicitan[39].

En verdad las compañías inglesas habían optado por allanarse a las disposiciones legales mexicanas, en contraste con la actitud recalcitrante observada por las compañías norteamericanas. El diario neoyorquino independiente *The World,* que fue el que más se destacó en la defensa de México y de Nicaragua, denunció el 2 de diciembre que el Departamento de Estado adulteraba las noticias, con el propósito de crear en la opinión pública norteamericana prevenciones contra Calles. Añadió que el agente activo de esa deformación era el abogado y socio del secretario Kellogg, el subsecretario Olds, quien recientemente —puntualizó— "propuso a los periodistas que publicasen noticias diciendo que México estaba difundiendo el 'bolcheviquismo' en América Central". *The World* continuaba así:

> Las principales víctimas de este engaño fueron la *Associated Press* y los corresponsales en Washington de algunos diarios gubernistas. Este miserable asunto fue obra no tanto de poderosos y siniestros intereses, como de aficionados ignorantes, sectarios y torpes. El embajador de Estados Unidos en México, Mr. Sheffield, debería ser retirado y reemplazado por un hombre que posea tacto, simpatía e imaginación, y sea capaz de entenderse con los mexicanos, y llegar a arreglos pacíficos mediante negociaciones personales.
>
> Pueden existir ciertos intereses norteamericanos a quienes agrade la forma en que Kellogg, Sheffield y Olds van manejando la cuestión mexicana; pero nuestras informaciones nos dicen que una gran parte y hasta la parte principal de los norteamericanos que negocian con México están disgustados con lo que consideran la política torpe y burocrática que se viene siguiendo. Esas notas rígidas y legalistas; esas reclamaciones altamente abstractas; esas invocaciones inflexibles de principios vagos e insustanciales no son sólo mala diplomacia, sino que son una torpeza desde el punto de vista de los negocios.
>
> La disputa acerca del artículo 27 de la Constitución mexicana es de aquellas cuestiones fundamentales privadas de realidad acerca de las cuales los hombres

[39] *La Prensa.* Buenos Aires, 3 de diciembre de 1926.

presuntuosos tienen tendencia a asumir nobles actitudes. ¿Han de funcionar las compañías norteamericanas con concesiones de cincuenta años o con concesiones perpetuas? Tal es la verdadera cuestión. Pocos pozos de mina tienen cincuenta años de vida, ¿y quién, a no ser un abogado aficionado a los litigios desea correr el riesgo de romper las relaciones y de provocar una revolución en la frontera y suscitar resentimientos desde el Río Grande hasta la Patagonia, con el objeto de obligar al gobierno mexicano a asumir compromisos abstractos acerca de derechos eternos de propiedad?

Lo que se necesita para tratar con México no es formular principios abstractos, sino emplear hombres razonables, acostumbrados a tratar con funcionarios de otras razas, de otros temperamentos y de otros antecedentes históricos. Sheffield ha sido secretario de un senador de Iowa, jefe de bomberos en Nueva York, abogado y luego, de repente, embajador extraordinario en México. ¿Por qué no se envía un hombre que sea capaz de ello? ¿Qué entiende Olds de México o de América Latina? ¿Qué sabe Kellogg de las causas fundamentales de todas las dificultades mexicanas? Todo este asunto es manejado por hombres que tratan de reemplazar la falta de conocimientos prácticos por ruidosas protestas sobre la base de principios generales.

El 4 de diciembre, *The World* volvía a atacar al Departamento de Estado y a denunciar la instrumentalización de la prensa:

Al *Post Dispatch* de Saint Louis debemos alguna luz sobre la manera en que el Departamento de Estado indujo a la *Associated Press* a emprender un ataque anónimo contra México, con la difusión de las notas del secretario de Estado, Mr. Kellogg. Del *Baltimore Sun* somos deudores por la justa descripción de los peligros que las tácticas de esta naturaleza provocan. Dice el *Sun:*

Si el Departamento de Estado se propone atacar a México, debe hacerlo abiertamente y asumir la responsabilidad del ataque. Si la *Associated Press* individualmente o cualquier otro diario por separado se proponen atacar a México, deberían obrar individualmente en su información y hacerse responsables de sus escritos. Que exista un Departamento de Estado y jefes de servicios periodísticos en connivencia para formular ataques y difundir chismografías contra México, basados sobre “certidumbres morales”, significa sofisticar a la opinión pública y destruir la responsabilidad directa y precisa que debe ser una salvaguardia de la información que se da a los pueblos.

Existe una verdad innegable en estas declaraciones. No hay palabras para calificar a un funcionario del Departamento de Estado que se esfuerza en inspirar ataques anónimos contra una nación amiga y que luego los desautoriza y califica de acto muy poco honesto. Esto es lo que ocurrió el martes 16 de noviembre cuando se valieron de la *Associated Press,* para inundar los diarios de este país con historias sensacionales sin fundamento alguno y sin responsabilidad (de las cuales los sindicatos como culpables, admiten privadamente que no poseen prueba alguna), al efecto de insinuar que el bolcheviquismo mexicano estaba avanzando y amenazando a Nicaragua y a las defensas norteamericanas del Canal de Panamá.

En este caso el Departamento de Estado ha provocado una decepción al mezclar a la *Associated Press* en una intriga, usándola como agencia semioficial y haciéndole perder su independencia e integridad al revelar ese carácter. Dos cosas hay que investigar con urgencia: una de ellas es la forma en que el Departamento de Estado distribuye sus noticias y otra, cuál es el personal de la oficina que la *Associated Press* mantiene en el Departamento de Estado.

El día 6, el propio Calles era quien ridiculizaba las acusaciones de que era objeto su gobierno. En respuesta a un redactor del matutino *Excelsior* sobre “propaganda roja” en México, le expresaba: “Es simplemente una propaganda, que si no fuera calumniosa sería ridícula [...]. ¿En qué cabeza equilibrada puede caber la idea de que México, país en plena

organización, sin ejércitos de conquista, sin un remedo de escuadra, quiera amenazar las defensas del Canal de Panamá o cualesquiera defensas de otros países? ¿Es siquiera lógico suponer que nosotros, que luchamos con sacrificio por arreglar nuestra propia casa, salgamos afuera a ejercer apostolados, utilizando doctrinas absolutamente exóticas? La propaganda del bolchevismo mexicano es una nueva patraña para desacreditar cómodamente a este país. Ya en otra ocasión declaré que el problema de México no es el problema de ningún otro país; que mi gobierno no trata de inspirarse en teorías extrañas, sino en hechos propios; y en consecuencia, los problemas políticos de Rusia son ajenos para nosotros, como pueden serlo para los Estados Unidos."

Esta última alusión se debía a que la prensa norteamericana también se estaba refiriendo al hecho de que la primera embajadora de la Unión Soviética, Alejandra Kollontay, arribaría a Veracruz al día siguiente. Ese era otro motivo para la acusación. Estados Unidos, semanas atrás, había negado permiso a la señora Kollontay de que pudiese arribar a Nueva York, para que continuara desde allí por tierra su viaje hasta México. La mezcla de los sucesos de Nicaragua con la campaña contra Calles y su supuesto "comunismo", que según un historiador de la "buena vecindad", estaba fundada esencialmente "en la afirmación de la supremacía del poder de Estados Unidos en América Central"[40], continuaba hediendo a petróleo.

[40] Wood, Bryce, *op. cit.,* pág. 13.

CAPÍTULO III

LOS BARBAROS PORTENTOSOS

Por el hombre crucificado sobre las ametralladoras cruzadas
Sin nombre, sin resurrección, sin estrellas,
Con la cabeza oscura cargada de muerte y la carne
Ácida desde hace mucho,
Con el olor de sus muchas prisiones; Juan Pérez, González,
Juan Nadie —¡oh, rompeos la cabeza buscando su nombre!—
Sin rostro como el agua, desnudo como el polvo,
Deshonrado *como* la tierra envenenada por granadas de gas
Y por los bárbaros portentosos.
Ese es él.[41]

STEPHEN VINCENT BENET
Letanía para las Dictaduras.

I

En el marco de los sucesos de 1926 en México, aunque independientemente de ellos, el 2 de mayo se produjo el primer alzamiento armado contra Emiliano Chamorro, que fracasó por la escasez de armamento de los liberales. Aunque Estados Unidos continuaba sin reconocer al faccioso, fuerzas de *marines* desembarcaron en Bluefields y permanecieron allí, dizque en resguardo de las propiedades norteamericanas.

Había sido enarbolada la bandera constitucionalista, a cuyo frente aparecía el ex vicepresidente Juan Bautista Sacasa, de quien Rubén Darío dijera que era una "nulidad sonriente". Sacasa había ambulado por los pasillos del Departamento de Estado, procurando obtener apoyo para sus pretensiones presidenciales, que, en rigor de verdad, le correspondían. Al comprobar la inutilidad de sus esfuerzos, pasó a residir en Guatemala, donde adquirió la

[41] Stephen Vincent Benet, (1898-1943), poeta norteamericano, fragmento de su *Letanía para las Dictaduras.*

costumbre de visitar casi diariamente al embajador norteamericano, cortesía que suspendió al trasladarse, después de algunos meses, a México, donde los nicaragüenses exiliados preparaban la invasión de su patria, contando para ello con la neutralidad benévola del presidente Calles.

El comandante en jefe de las fuerzas constitucionalistas era el general José María Moncada, quien desde principios del siglo jugaba alternativamente al liberalismo y al conservatismo. Había actuado junto a Emiliano Chamorro en la rebelión que culminó con el derrocamiento del presidente José Santos Zelaya, y luego fue ministro durante el gobierno de Juan José Estrada (1910-1911), que favoreció la forja de los primeros eslabones de la cadena de la intervención de Estados Unidos. Aparecía ahora de nuevo como militante del Partido Liberal, y aparentemente distanciado de Díaz, aunque según un dicho popular, eran "hermanos lacayunos del yanqui" y "hermanos en su amor al whisky", y ambos hablaban fluidamente el inglés.

A principios de agosto, ya reembarcadas en Bluefields fuerzas norteamericanas, Moncada desembarcó partidas de liberales en la Costa Atlántica, venciendo sucesivamente en los combates de La Barra, La Cruz y Puerto Cabezas, plaza ésta que se apresuró a fortificar.

Días más tarde, el 17, se producían nuevos desembarcos, esta vez en las costas del Pacífico, al mando de los generales Samuel Sediles, Julián Venegas, Roberto Bone y el coronel Ernesto Castro. Dos días más tarde este contingente fue desbaratado por el general chamorrista Roberto Hurtado.

Otra partida liberal, que esperaba armas en el Tamarindo, fue copada, y una tercera sufría un cruel desastre al desembarcar en las costas de Cosigüina. Sin embargo, los brotes insurreccionales se sucedían crecientemente en distintos puntos del país y en septiembre, con el ingreso clandestino de armas procedentes de México, la rebelión alcanzó proporciones incontrolables.

Si bien Coolidge seguía sin reconocer a Chamorro, estaba perfectamente al tanto de que éste era uno de los políticos más adictos a Estados Unidos en Centroamérica. Apresado en sus propias contradicciones —el Tratado de Paz y Amistad de 1923 impedía reconocer al usurpador—, y temiendo un triunfo liberal que alterara su política hegemónica en Centroamérica, máxime si se recostaba sobre el apoyo de México, resolvieron mediar en el conflicto. Al efecto invitaron, el 1 de octubre, a ambos contendientes, a una tregua de treinta días, lapso durante el cual se debía hallar una solución. Aceptada esta, se iniciaron pláticas de paz en "terreno neutral", si así puede llamársele al crucero *Denver,* surto en el puerto de Corinto, sobre el Pacífico.

Las pláticas en las que participaron el encargado de negocios estadounidense, Lawrence Dennis, observadores de Sacasa y representantes de Chamorro, finalizaron el 23 de octubre, sin que se llegara a acuerdo alguno. Dennis se vio forzado a admitir que su país no reconocería a Chamorro, pero sugirió en cambio, que éste podría renunciar "patrióticamente", para que se alcanzara una solución.

El bando conservador captó la idea y propuso el nombre de Adolfo Díaz, propuesta que los hombres de Sacasa rechazaron de plano, contraofertando el establecimiento de un gobierno provisional, integrado por "neutrales" aceptables para ambas partes, el que debía llamar a nuevas elecciones. Los conservadores se negaron.

El *impasse* creado por la falta de acuerdo y la persistencia de los brotes insurreccionales armados, decidieron finalmente a Chamorro, el 30 de octubre, a depositar el poder en manos del Primer Designado a la Presidencia, senador Sebastián Urriza, uno de sus adeptos. De nuevo Washington objetó la maniobra, calificando la designación como inconstitucional e insistiendo en su no reconocimiento. El impugnado Urriza optó por convocar al Congreso a sesiones extraordinarias. Para entonces ya se sabía cuál era la salida que Coolidge y Kellogg de ningún modo objetarían, de manera que el 10 de noviembre, el cuerpo legislativo convocado *ad hoc,* designó presidente a Adolfo Díaz, quien al día siguiente tomó posesión de su cargo, ciertamente en conocimiento de que él no sería recusado por sus antiguos tutores.

Eso fue lo que sucedió. El Departamento de Estado, que durante casi un año se había apoyado en los Tratados de 1923 para objetar a Chamorro, no encontró nada en ellos que impidiera el reconocimiento de Díaz. Esa duplicidad fue señalada por el internacionalista mexicano Isidro Fabela:

> "El gobierno de los Estados Unidos ha faltado una vez más a sus altos deberes internacionales en este continente. Después de manifestar ante el mundo entero que no reconocería más a los gobiernos surgidos de la violencia, acaba de reconocer al usurpador nicaragüense Adolfo Díaz, cuyos antecedentes políticos son abominables y cuya elección espuria y vergonzosa emana de un cuartelazo. En cambio, el presidente de México, dando un ejemplo, al propio tiempo de rectitud justiciera e independencia de criterio digno de imitarse, ha reconocido oficialmente al probo ciudadano Juan Bautista Sacasa42."

Los tratados de "Paz y Amistad" de 1907 contenían cláusulas que al caducar, fueron reformadas en 1923, entre ellas las referentes al reconocimiento de los nuevos gobiernos centroamericanos. Se había sentado como principio indiscutible que no sería reconocido régimen alguno de *facto.* Sin embargo, una revolución en Honduras hizo presidente a Miguel Paz Barahona y Washington no tuvo inconveniente alguno en otorgarle su reconocimiento. La conducta del mandatario hondureño en lo referente a Nicaragua, probó con poco esfuerzo, a cambio de qué compromisos tácitos o explícitos, había obtenido el visto bueno de Estados Unidos.

Con el gobierno de *facto* del general Chamorro se quiso demostrar al mundo y particularmente a los países latinoamericanos, que se respetaban las cláusulas de los tratados de 1923, y en virtud de ello no se le reconoció; pero el ministro yanqui en Managua, estuvo en constantes relaciones con aquél y prestó sus buenos oficios, a fin de que se sustituyera a Chamorro por Díaz, lo que se obtuvo sin muchas complicaciones, a pesar de que los gobiernos de Guatemala y Costa Rica se negaron por un tiempo a reconocerle, basándose justamente en los pactos de Washington, que no sólo establecían que no sería reconocido el jefe de cualquier revolución, sino ninguno de los que hubieran tomado parte en el movimiento que hubiera determinado el cambio de régimen político.

Cuarenta y ocho horas antes de que ese reconocimiento se produjera, el 15 de noviembre, apenas cuatro días después de haber asumido el mando, Díaz solicita al Departamento de Estado de la Unión, en la misma forma que en 1912, "se digne" disponer el envío de la marinería de desembarco hacia su propia patria.

Se explica, pues, que renaciera la indignación de los liberales nicaragüenses. Las hostilidades se reanudan en distintos puntos del país a partir del 30 de octubre, día en que Chamorro resigna el mando en Urriza. Los grupos rebeldes actúan en forma independiente, sin coordinación aparente, pero las zonas de operaciones a cargo de distintas columnas —la del Occidente, la del sur del Mombacho y la del Norte— cumplen objetivos indudablemente militares. En todos los grupos armados es evidente la inferioridad bélica en que se encuentran los rebeldes, desventaja que apenas pueden suplir su patriotismo y su ardor entusiastas.

Así transcurren varias semanas de acciones indecisas, en cuyo curso ambos bandos se atribuyen distintos triunfos o ventajas estratégicas. Pero el 30 de noviembre, la legación yanqui en Managua era informada del desembarco del propio Sacasa en Puerto Cabezas. La legación informaba también que el barco utilizado por el jefe constitucionalista era el bergantín mexicano *Albert Flooring,* y que guiaba a Sacasa "el propósito ostensible de establecer un gobierno que sería apoyado y reconocido por México". El arribo de Sacasa era oficialmente reconocido el 1 de diciembre por el almirante Latimer, quien se avenía a reconocer igualmente el caluroso recibimiento que le había tributado la población.

El cable que daba cuenta de estas incidencias informaba igualmente, que "el gobierno de Díaz reiteró su pedido al Departamento de Estado norteamericano de ayuda e intervención, a fin de restablecer la paz en la República". El 2 de diciembre, en medio de sus soldados, Sacasa era proclamado presidente de Nicaragua, constituyendo a Puerto Cabezas en su capital. Se formó el gabinete, cuya cartera de guerra estaba a cargo de Moncada y se solicitó el

---

[42] Artículo publicado en un diario mexicano no identificado, el 11 de diciembre de 1926. Citado por Alfonso Taracena, *op. cit.,* pág. 80.

reconocimiento de Estados Unidos y de las naciones hispanoamericanas. Kellogg nada hizo hasta que Díaz le informó que los revolucionarios habían obligado a las empresas Bragman's Bluff Lumber Co. y Standard Fruit *&* Steamship Co. a contribuir con 75.000 dólares a gastos rebeldes, y que "contrabandistas" mexicanos proveían de armas y municiones a Sacasa.

Sólo entonces contestó Kellogg, despachando al crucero *Cleveland* y al destróyer *Tracy* hacia Nicaragua, para unirse a las fuerzas navales ya existentes. Como complemento, ordenó al almirante Latimer declarar zona neutral a Puerto Cabezas y sus adyacencias, lo que significaba lisa y llanamente intervenir en el conflicto, ya que la neutralización significaba la fiscalización.

Así comenzó la nueva intervención armada norteamericana en Nicaragua.

II

El 5, Sacasa desautoriza el supuesto apoyo del *Albert Flooring,* aclarando que no se trata de un vapor mexicano, sino de dos naves el *Albert y el Flooring:* la primera, es de bandera hondureña, y la otra de bandera inglesa, contratada en Belice por 1.300 dólares. "Los documentos de contratación están —dice— a disposición de quien quiera verlos."

El día 8 se anuncia que el gobierno de México ha reconocido al de Sacasa. Así lo hace saber su ministro de Relaciones Exteriores, Moisés Sáenz, encargando al abogado Antonio Mediz Bolio, residente en Nicaragua, para que ejerza la respectiva representación. En Washington, Kellogg informa que ese reconocimiento no afecta en forma alguna las buenas relaciones que existen entre el gobierno de Estados Unidos y el régimen establecido en Nicaragua, por el gobierno del señor Adolfo Díaz. Agrega Kellogg, que se abstendrá de comentar los aspectos de la situación que puedan derivarse de esta "diferencia de puntos de vista entre Estados Unidos y México".

En Managua se considera grave la situación. Llegan noticias de que Díaz ofrece un salvoconducto a Sacasa, para que se dirija a esa capital "a fin de discutir la situación actual". Se insiste en que "el prestigio y los intereses de Estados Unidos se encuentran amenazados en Nicaragua con motivo de la continua guerra civil".

Desde Washington se expresa temor "de que el reconocimiento agrave el distanciamiento entre Estados Unidos y México", y que también se haga sentir con resultados adversos sobre los intereses estadounidenses en los países centroamericanos.

El 9 de diciembre, los informes oficiales de Washington indican que el reconocimiento de Sacasa por parte de México ha estimulado el movimiento nacionalista en aquel país, haciendo aún más tensas las ya poco satisfactorias relaciones entre Calles y la Unión.

El día 11, el almirante Latimer anuncia que los revolucionarios han desembarcado 2.000 rifles en La Cruz, sobre el río Grande; y las compañías de vapores de las costas oriental y occidental informan que los rebeldes se niegan a reconocer a las autoridades aduaneras de Estados Unidos, representados por el recaudador de impuestos W. J. Crampton. Adolfo Díaz, por su parte, enviaba a la *United Press* un telegrama, a manera de manifiesto, donde expresaba:

> El gobierno mexicano, movido por la misma política que siguió, cuando en agosto último equipó y despachó para Nicaragua una expedición armada, con el buque mexicano *El Tropical,* está equipando y organizando ahora otra expedición de proporciones mucho más formidables, para ser lanzada desde un puerto de México, contra las costas nicaragüenses del Atlántico.
>
> Mi gobierno no tiene el propósito de solicitar la intervención de países extranjeros en los asuntos nicaragüenses. Pero el gobierno de Nicaragua confía en que el pueblo de Estados Unidos prestará su apoyo moral al de Nicaragua, en sus esfuerzos de defensa contra las intervenciones de México.

El telegrama volvía además, a invitar a los liberales a pacificar al país. Estos, por su parte, al mando de Moncada avanzaban hacia el interior, hallándose ya a la entrada de las posiciones estratégicas de Matagalpa y Jinotega. Las tropas de Díaz, que habían abandonado León, baluarte liberal, al asumir aquél la presidencia, volvieron a ocuparlo ante el temor de un alzamiento que hiciera posible la conexión con las fuerzas constitucionalistas. El abandono de los campos por los que se plegaban al ejército revolucionario, era agravado por los que lo abandonaban al ser reclutados por el ejército de Díaz. De este modo, la ausencia casi total de brazos, provocó prácticamente en Nicaragua la pérdida de la cosecha de café, principal producto de exportación nacional.

La lucha seguía entretanto en el país. Triunfos de Moncada se registran en las acciones de Matiguás y Murray, donde se logran capturar dos barcos y gran cantidad de pertrechos. Díaz trata de fortalecer su situación en Washington, y al tiempo que envía a Chamorro a Londres, manda a un tío de éste, Alejandro César, como embajador en Estados Unidos. Entretanto, México se niega a conceder "importancia oficial" a las declaraciones de Díaz, y los representantes de Sacasa hacen la pregunta pública de cuál es el motivo de invitarles a hacer la paz y a integrar su gobierno, si se les considera "bandidos bolcheviques", como de costumbre, también *The World* arremete contra Díaz, con motivo del manifiesto de Díaz, publicado para impresionar al público norteamericano, que presenta puntos seriamente objetables. "Es una torpe acusación de hostilidad, lanzada contra un país vecino y que no se apoya en ninguna evidencia. Nada agradaría tanto a Díaz como tener parte en los intereses norteamericanos en Washington y turbar las relaciones con México, pero creemos que no lo logrará."

La junta liberal nicaragüense, seccional México, publica el 13 de diciembre una acusación contra las agencias noticiosas *Internacional News Service* y *Associated Press,* a las que imputa la distribución de noticias inexactas acerca de las relaciones entre México y Estados Unidos, y la calificación de "anarquistas" a los revolucionarios de Puerto Cabezas. Dos días después, el presidente de Costa Rica, Ricardo Jiménez Oreamuno, publica una declaración sosteniendo que Sacasa tiene títulos legítimos para exigir su reconocimiento como presidente de Nicaragua, a pesar de que no dispone de territorio. No obstante tan plausible declaración. Costa Rica no reconoce a Sacasa.

III

El día 18 comienzan a circular rumores de un encarnizado encuentro sostenido entre gobiernistas y revolucionarios en Laguna de Perlas, con intervención de artillería de campaña por ambos bandos. A pesar de ello, desde Managua, Díaz niega que Sacasa cuente con material bélico de importancia y alega que él cuenta con 20 cañones pesados, una dotación de cañones de tipo mediano y mil hombres perfectamente adiestrados en las armas.

El día 23 se anuncia que el Departamento de Estado prohibió la exportación con destino a México, de diez aeroplanos adquiridos por el gobierno. El senador norteamericano Moses pide que la Comisión de Relaciones Exteriores examine las relaciones de la Unión con México y Nicaragua, y declara que la partida del general Chamorro, con destino a Europa, es consecuencia de un "'consejo" del Departamento de Estado. Kellogg niega tal "consejo" e informa que nada se ha resuelto sobre el pedido de municiones y envío de instructores militares solicitados por Díaz. Este, por su parte, informa al corresponsal de *United Press* en Managua, que el viaje a Washington de Alejandro César tiene el objeto "de expresar al gobierno de Estados Unidos el deseo de los conservadores nicaragüenses de establecer la paz y además, para solicitar una nueva intervención de Estados Unidos en Nicaragua".

"No puedo evitar la propaganda insidiosa mexicana —agregó Díaz— que se hace diariamente por medio de *broadcasting.* En los mensajes que interceptamos todos los días, encontramos ataques contra los gobiernos de Estados Unidos y de Nicaragua, y con ellos se trata de indisponer la opinión pública de toda América Latina contra nosotros. Eso lo hacen porque no nos amoldamos a las ideas mexicanas." Informó seguidamente que cincuenta de

sus soldados habían sido "completamente deshechos" en El Puente, cerca de Chinandega, "por trescientos revolucionarios que se hallaban ocultos".

Mientras tanto, seguía la batalla de Laguna de Perlas, ante la mirada expectante de las tropas yanquis, presentes en el lugar. El mismo día 23 por la noche, mientras Díaz se dirige a su residencia, su coche es asaltado por dos desconocidos, quienes hieren gravemente a su chofer a machetazos. Se trata de "un atentado sin precedentes en la historia de Nicaragua", del cual Díaz sale ileso. El día 24, las fuerzas de desembarco de la Unión declaran a Puerto Cabezas zona neutral, ordenando a las tropas liberales desalojar la región o entregar sus armas. Se da al efecto plazo a Sacasa hasta el día siguiente, a las 4. Fuerzas de los cruceros *Cleveland* y *Denver* toman posiciones de combate.

El canciller revolucionario, Espinosa, hace público un mensaje: "Este abuso de fuerza contra una nación pequeña y débil, pero digna entre las naciones del mundo, ha sido realizado sin motivo ni justificación alguna, desde el momento en que ni la vida ni la propiedad de los ciudadanos norteamericanos estuvo jamás en peligro.

"Este acto constituye un atentado contra la soberanía de todo el continente americano y el gobierno del señor Sacasa, quien está en ejercicio constitucional de la presidencia, encuentra que el proceder de las tropas de Estados Unidos no se halla justificado y que encierra, además, una seria amenaza para el futuro de los pueblos de Centroamérica."

El mensaje termina declarando que la arbitrariedad de las fuerzas de ocupación llegó al extremo de prohibir el uso del código diplomático, por lo cual esta protesta, enviada a Estados Unidos, debió hacerse en "lenguaje claro". El Departamento de Estado confirma la noticia del desembarco de fuerzas de marinería en Puerto Cabezas, y declara que se ha adoptado dicha medida "para proteger los intereses y las vidas de los ciudadanos estadounidenses residentes en aquella localidad". Desde Managua se informa que se inicia otra batalla en Laguna de Perlas, y que todas las comunicaciones, con excepción del servicio de correos, se encuentran interrumpidas.

La marinería procede, pues, a desarmar a las tropas de Sacasa. Las empresas explotadoras de madera en esa zona reciben instrucciones de Latimer, para que paguen los impuestos al gobierno de Díaz. La guerra de palabras se entabla de nuevo en Estados Unidos. El representante de Sacasa en Washington, señor Vaca, manifiesta: "La declaración de una zona neutral tiene como único objeto, desalentar a las tropas constitucionalistas y derrocar al gobierno constitucional. Esto se hizo durante el receso del Congreso, con la esperanza de que las cosas irían tan lejos, y se complicarían de tal modo que, cuando el Congreso se reúna nuevamente, no parecerá patriótico investigar completamente y en forma libre el asunto."

A su vez, Zelaya, representante de Díaz, declara que con la intervención, Estados Unidos "ha hecho lo mejor que podía hacerse para llegar a la paz inmediata del país. Esa resolución será bienvenida por todos los nicaragüense que desean ver terminados los disturbios revolucionarios y la insidiosa intervención en los asuntos nicaragüenses del gobierno comunista de México".

El almirante Latimer, en Navidad, informa al Departamento de Estado lo siguiente:

> "En Laguna de Perlas fueron derrotadas las fuerzas del gobierno del doctor Díaz, las que se retiraron hacia El Bluff, dejando sus muertos y heridos en el campo de batalla. El gobernador fue autorizado por el jefe de los liberales, general Moncada, para enviar un destacamento de soldados desarmados, a fin de recoger los heridos y los muertos. Por mi parte expedí una orden por la cual dispuse que si algunas de las fuerzas en lucha se viesen obligadas a penetrar en la zona neutral, sea por falta de víveres u otra emergencia, serán inmediatamente desarmadas."

Kellogg anuncia entonces que Estados Unidos "no tiene ninguna intención de enviar fuerzas del ejército a Nicaragua y de intervenir en la guerra civil existente en ese país". Reitera que el único paso dado fue para garantizar la protección de vidas y propiedades de sus

conciudadanos en la costa oriental de Nicaragua, y que sólo había mil cien soldados en Puerto Cabezas. Acerca de la resolución de Latimer declarando zonas neutrales, manifiesta que él entiende se refiere a los contrabandos de armas de los mexicanos, "pero de ninguna manera implica la expulsión de los liberales de la ciudad que han adoptado como capital". Otros funcionarios de la cancillería yanqui se manifiestan "sorprendidos" por las disposiciones de Latimer, y dan a entender que "tal decisión excede el límite de las instrucciones enviadas desde Washington".

Para mayor irrisión, llega a Corinto otro barco de guerra de la Unión, el *Quail,* sorprendiendo su llegada por el hecho de que en esa zona no hay noticia alguna de lucha. Se informa que Latimer ordenó la censura de todos los mensajes, prohibiendo los que se telegrafíen en español o en código. Fueron detenidos igualmente en Nueva Orleans los despachos telegráficos dirigidos a los liberales. Estos piden a su agente en Washington que proteste:

> "La censura norteamericana en la Costa Atlántica nos ha mantenido sin comunicación alguna desde hace tres días. Sírvase indagar el motivo de este atentado.
>
> "Sírvase protestar ante el Departamento de Estado, manifestando que es un insulto que en nuestro territorio nacional, en donde ejercemos el control absoluto, estén abusando de esta manera las tropas norteamericanas al establecer la censura para nuestras comunicaciones. Nosotros hemos dado siempre las más amplias garantías para la propiedad extranjera y por esta razón, es injustificable el abuso cometido contra un pueblo libre al desembarcar en nuestro suelo fuerzas de marina."

Encarado por los periodistas, Kellogg asegura que entre las instrucciones dadas al almirante Latimer no se incluía la de la censura, respecto de la cual dijo no saber nada. Uno de los portavoces de Coolidge, en la Casa Blanca, informó a su vez que las tropas de ocupación "no están molestando a los dirigentes revolucionarios en Nicaragua"; reiteró además, que lo único que se proponían era proteger a ciudadanos y propiedades estadounidenses, y agregó: "Casi siempre es necesario que Estados Unidos se vea obligado a desembarcar en las zonas peligrosas durante los movimientos revolucionarios centroamericanos. Jamás las tropas de la Unión han favorecido a ninguno de los caudillos contendientes. Estados Unidos no modificará ni se desviará de esta política que siempre observó."

El día *29. La Nación* de Buenos Aires reproduce un cable de *Associated Press,* fechado en Managua:

> El presidente Díaz muestra estar poseído de gran ansiedad por la situación y declaró lo siguiente: "Hace algunos días informé al embajador de Estados Unidos de que México, si así lo desea, puede derrotar fácilmente a toda las repúblicas centroamericanas y que yo no podría resistir mucho tiempo contra él. Otro cañonero mexicano, llamado *Temporal,* partió de México hace varios días, con más municiones de las que su gobierno tiene, y también con artillería ligera y pesada. Nosotros tenemos unos pocos cañones viejos, pero que no pueden ser comparados con las piezas modernas. Noticias de Puerto Cabezas y Río Grande dicen que las fuerzas navales desarman a las tropas indígenas y que han sido encontrados muchas armas que llevan la marca del gobierno mexicano."
>
> El presidente Díaz manifestó que su gobierno se halla sin fondos ni municiones.

Pero las críticas generales de todo el mundo por la intervención, parecían estar influyendo en la actitud del Departamento de Estado, para quien resultaban imprevistas las derivaciones ocurridas. Los funcionarios públicos se manifestaban perplejos ante las críticas y la oposición de diarios europeos y latinoamericanos, tanto como los de la propia Unión. Kellogg mismo se tomó el trabajo de visitar al senador Borah para pedirle que no llevase adelante el pedido de investigación hecho al Senado.

IV

The Evening World comentaba los sucesos en un editorial del 28 de diciembre, titulado: "La política exterior a merced del almirante Latimer":

> La vaga excusa de que los marinos fueron desembarcados y que al almirante se le han conferido poderes discrecionales para la protección de la propiedad norteamericana, sería más impresionante si no fuera por nuestra bien conocida parcialidad en favor de Díaz. El presidente Díaz sería más impresionante como gobernante "constitucional", si no fuese que por sus actos admite que debe depender de las bayonetas norteamericanas para mantenerse en el poder.
>
> Si el gobierno constitucional significa en Nicaragua lo mismo que en Estados Unidos, Sacasa habría sido el gobernante constitucional, puesto que como vicepresidente tenía el derecho de ser el sucesor del presidente que renunció. Tanta es la necesidad de que se den explicaciones, que el senador Borah procedería sabiamente si insistiese en una explicación o en una investigación.
>
> A ningún norteamericano que se precie de recto le satisfará el anuncio del Departamento de Estado de que las fuerzas de marinería desembarcaron en un país extranjero para intervenir en una controversia de índole política y que, habiéndose conferido "poderes discrecionales" al almirante, el gobierno de Washington sólo espera ver qué resultados tendrán. Es imposible creer que el gobierno no esté detalladamente informado. La supuesta denegación de las autoridades norteamericanas al ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua, del derecho de emplear una clave para los radiogramas a los representantes oficiales nicaragüenses, no hace que sea más amable el cuadro que se nos ofrece.

El senador Borah, después de su entrevista con Kellogg, declaró que en sus telegramas, el almirante Latimer negaba estar desarmando a los liberales: agregó que él se había opuesto a los desembarcos, pero ya que éstos se habían efectuado, no criticaría la ocupación a menos que "Latimer llegara a excederse en el ejercicio de sus atribuciones". "Círculos autorizados" de Washington negaban que Wall Street tuviera nada que ver con los sucesos, ya que no tenía capitales invertidos en Nicaragua: en cambio, esos mismos círculos derivaban el motivo en el pedido hecho por la más importante firma norteamericana en Puerto Cabezas, la Bragman's Bluff Lumber Co.

The World publicaba el 29 un editorial donde, después de ridiculizar el pretexto invocado por Kellogg para el desembarco, expresaba:

> Nadie en la América del Sur ni en Europa, y sólo pocas personas en nuestro país, podrá creer en la neutralidad de Estados Unidos, conociendo la historia de sus manejos en Nicaragua, desde la época del ministro Mr. Knox; pues esa historia demuestra que Nicaragua es creación del Departamento de Estado; que el manejo de las finanzas y la dirección de los asuntos internos y externos de Nicaragua, no se determinan en Managua sino en Washington y en Wall Street, y que finalmente, desde hace 15 años, Nicaragua ha sido un protectorado de Estados Unidos y parte integrante del "imperio" estadounidense, como lo es Egipto de la Gran Bretaña o Siria de las posesiones francesas.

Después de sostener que la razón del desembarco fue atacar por la retaguardia a las fuerzas de Sacasa, sostenía que el interés fundamental de la Unión en Nicaragua se vinculaba al Canal de Panamá, asunto que efectivamente no podía ser mirado con indiferencia. Luego agregaba:

> La grita que se ha elevado en Europa contra la política imperialista de Estados Unidos en el Caribe, se debe a una especie de curioso reconocimiento al hecho de que después de todas las "conferencias" que dábamos a Europa, estábamos haciendo exactamente lo mismo que hacen las naciones europeas.
>
> Nuestro imperialismo es más o menos inconsciente, y la generalidad de los estadounidenses se ha percatado tan poco de la existencia del imperio, que casi se sorprende al darse cuenta que existe. Esta "inconsciencia" de la existencia del imperialismo tiene sus virtudes. Demorará durante cierto tiempo el avance de los imperialistas estadounidenses, porque no podrán contar con el decidido apoyo popular para sus ambiciones. Bien a pesar suyo, Mr. Kellogg aprendió esto en México. Pero hay cierto peligro en esa inconsciencia del pueblo estadounidense, y su falta de atención es la que permite que se empleen en Centroamérica métodos que con frecuencia resultan desgraciados, como ocurrió en el caso de Haití, y que siempre perjudican el prestigio de Estados Unidos, como ha ocurrido en México.
>
> El manejo del imperio estadounidense ha sido confiado a gente más o menos irresponsable, a oficinistas de poca importancia, a banqueros anónimos y a oficiales de la marina de limitadas simpatías. Como consecuencia de todo esto, el pueblo de Estados Unidos sabe poco y se da cuenta aun menos de las estupendas responsabilidades en que sin descanso se le está complicando.

Carter Field, el famoso corresponsal del *New York Herald Tribune*, diario partidario de Coolidge, no podía menos que reconocer, en un despacho del 27 de diciembre, que el Departamento de Estado no había respondido a la acusación de que nadie había solicitado protección para ciudadanos y propiedades norteamericanos en Puerto Cabezas, y que esa dependencia se había limitado únicamente a repetir su declaración, de que se habían recibido pedidos "de dicho punto, para que se enviaran marinos, sin dar a publicidad los nombres de los que hicieron el pedido".

Era muy sugestivo el hecho de que la intervención se iniciara cuando el Congreso de la Unión entraba en receso. Otras cosas no menos sugestivas se desarrollaban en todo el mundo, índice de la forma en que se recibían las noticias de la intervención. Estados Unidos perdía a pasos agigantados toda la popularidad que le había conquistado su entrada en la Primera Guerra Mundial contra Alemania y las potencias centrales. El pretexto de la lucha contra el comunismo, tantas veces esgrimido —y no sería esa la última vez— para avasallar soberanías o para justificar atropellos e intromisiones, se usaba como escudo para contestar a las críticas. El propio secretario de la Federación Nicaragüense del Trabajo, el notoriamente anticomunista, Salomón de la Selva, se vio precisado a enfrentar una de esas acusaciones: "Nos hemos organizado y desenvuelto —aclaró— bajo el patrocinio de la Federación Norteamericana del Trabajo y únicamente en el caso de que este gran baluarte de la democracia sea bolchevique, podríamos ser nosotros también bolcheviques. La Federación Nicaragüense del Trabajo espera un movimiento obrerista en Estados Unidos para que ejerza su influencia contra el desembarco."

El 30 de diciembre, después de desmentir durante cinco días que la noticia fuera cierta, el Departamento de Estado reconoce que la censura se ha venido ejerciendo en las zonas neutrales de Puerto Cabezas y Río Grande, "pero ya ha sido levantada", y agrega que el fin de la censura fue el de "mantener la neutralidad". Además el almirante Latimer declara que la censura en las estaciones radiotelegráficas fue aplicada para "detener las informaciones militares de los dos bandos opuestos". El cable de *United Press* señala que el reconocimiento de la existencia de la censura, por parte de Kellogg, se hizo exactamente diez minutos después de haberse publicado que la censura no se había impuesto en Nicaragua. El mismo cable destaca que Kellogg negó que se hubiera otorgado permiso a Díaz para importar aeroplanos, "permiso que en el Departamento de Estado, se dijo hace dos días, que se había concedido".

La Prensa, el mismo día, publica un telegrama de Nueva Orleans:

> Ha sido presentada a las autoridades policiales una formal denuncia contra el presidente de Nicaragua, a pedido de quienes se están fabricando bombas de nitroglicerina para ser utilizadas contra el ejército liberal nicaragüense. La denuncia se

> fundamenta en el hecho de que la fabricación de esas bombas entraña un peligro para la seguridad pública. El presidente Díaz solicitó previamente, del Departamento de Estado, la autorización necesaria para efectuar el transporte de dichas bombas por medio de aeroplanos.

Sacasa declara que el desembarco de tropas se hizo sin que existiera constancia alguna de abuso de ninguna especie contra los intereses de ciudadanos extranjeros. Informa que a raíz de esa actitud, él ordenó "el desarme de las fuerzas que poseían elementos de guerra, a pesar de que estábamos venciendo a las fuerzas de Díaz, en Laguna de Perlas". Después agregó:

> "Niego categóricamente una vez más, que yo tenga compromiso de ninguna especie con gobierno alguno. El rumor lanzado de que servimos a la propaganda bolchevique es completamente inexacto. También es inexacto que los soldados mexicanos estén sirviendo en el ejército constitucional.
>
> "Defiendo los derechos de Nicaragua, pero sin animosidad contra el gobierno de Estados Unidos, pues he sido educado en aquel país, y profeso afecto a la noble parte del pueblo estadounidense que repudia todo acto contra la justicia y la libertad."

The World, comentaba a su vez:

> El único efecto que producirán las explicaciones dadas por Coolidge y por Kellogg, explicaciones que revelan temor, será el de persuadir a todos de que el gobierno ha cometido un disparate en algo que ahora no sabe cómo terminar y que consistió en la creación de Díaz.
>
> Si las explicaciones se tomaran a la letra, significarían simplemente que Coolidge está alarmado por las críticas que se han hecho en todo el mundo y que está a punto de abandonar a la facción que ha estado protegiendo. Si es eso lo que se propone hacer, el efecto que tendrá entonces toda la política adoptada será el de dejarnos sin amigos, sin honor y sin prestigio tanto entre las facciones nicaragüenses, como en el resto de la América Latina y bajo una atmósfera de desconfianza.
>
> Si Coolidge no tiene la intención de afiliarse a uno de los bandos ahora, entonces el hecho de que empezó a hacerlo la semana pasada, se vuelve aún peor, puesto que si hay una política más peligrosa que la de la intervención, es la de una intervención parcial que se convierta luego en retirada.

Pero el disparate de que hablaba *The World* seguía ejercitándose contra la nación y el pueblo de Nicaragua. El año viejo de 1926 se despedía entre el fragor de la lucha armada en Nicaragua, de los pedidos de intervención de Díaz, de las protestas de los liberales norteamericanos, las vacilaciones y mentiras temerosas de Kellogg, los pedidos de intervención en México por parte de los diarios amarillistas, y en general, de los que apoyaban la política del dólar pegado al garrote, de Coolidge. Y, finalmente, entre las airadas protestas de las naciones latinoamericanas, que se sentían heridas al par que amenazadas por la invasión de Nicaragua.

En esas protestas los pueblos de América hispana, no menos que los de todo el mundo, hacían desear la aparición de alguien o de algo que pudiera detener las miras del Departamento de Estado.

El año siguiente se produciría la gran reacción.

CAPÍTULO IV

LA VENTA DE LA SUBLIME HERENCIA

¡Mentira! ¡Mentira! Las guerras que emprendemos
son nobles, aún la Justicia gana para nosotros
las batallas, antes de cobrar el precio.
No hemos vendido nuestra sublime herencia.
La soberbia república no se ha rebajado a robar
y a mezclarse en el mercado de la guerra...
¡Ah, no!
No hemos caído tan bajo.
Somos dignos hijos de nuestros padres: ¡Sépanlo guías!...
Os exhortamos, a vosotros, los guías,
para que no permitáis en su nobleza ni sombra de una mancha.
No comprometáis en pillajes los triunfos de su nuevo mundo.[43]

WILLIAM VAUGHN MOODY
Oda en Tiempo Vacilación.

I

El año 1927 se inició bajo el eco de la batalla de Laguna de Perlas. Las tropas revolucionarias habían tendido una hábil emboscada a las fuerzas conservadoras. Si bien las noticias de su resultado fueron en principio confusas, posteriormente aparecieron detalles significativos de la gran victoria obtenida para Sacasa.

Los diarios de todo el mundo ostentan grandes titulares con las noticias provenientes de Nicaragua. En nuestro país no son excepción ni *La Prensa,* ni *La Nación,* ni *Gálica.* El primero

[43] William Vaughn Moody. Poeta norteamericano. Fragmento de su *Oda en tiempo de Vacilación,* en la cual fustiga la intención de los sectores imperialistas de su patria, con vistas a la anexión de Cuba a los Estados Unidos.

de ellos, sobre todo, dedica páginas enteras a los sucesos. Todos fustigan despiadadamente a la intervención. En Chile, Uruguay, Brasil y México la reacción es análoga a la de Berlín, París, Londres o Madrid. En Estados Unidos los diarios dividen su castigo o su aplauso, según sean demócratas o republicanos sus propietarios, o su orientación. Las publicaciones de izquierda, socialistas, comunistas, anarquistas o simplemente centristas o liberales, fustigan sin piedad a Coolidge y Kellogg, destacándose entre las independientes, *The World y The Nation,* ambos de Nueva York.

Las críticas en la Unión se hacen tan acerbas que el 31 de diciembre de 1926, el presidente Coolidge pide a los periodistas que adopten una "actitud norteamericana", prestando su apoyo a la política gubernamental:

> "El Poder Ejecutivo Nacional —dijo— es el responsable de la adecuada protección de los ciudadanos que se ausentan al exterior y de sus intereses morales y materiales, y si bien es justo reconocer que la política gubernativa que a ello tiende es apoyada por los órganos de la prensa de todo el país, debe recordarse que los artículos que frecuentemente se publican en la prensa norteamericana dan motivos para que algunas naciones consideren que tal apoyo no es decidido y crean la errónea impresión de que el país no presenta, como en realidad lo hace, un frente unido en la consideración de estos asuntos."

The World recoge el guante y en editorial titulado: "Libertad de prensa", ataca a su vez:

> Hay precedentes para justificar el hecho de que un diario que se respete, se niegue a permitir que Mr. Coolidge le diga lo que debe pensar y decir.
>
> Ni durante el periodo de neutralidad de Estados Unidos, ni de las operaciones militares efectivas, ni de la Conferencia de la Paz, concedió la prensa norteamericana a Mr. Wilson aquel incondicional y unánime apoyo que pretende ahora para sí Mr. Coolidge, respecto de sus procedimientos en México y Nicaragua.
>
> No ha sido costumbre en Estados Unidos permitir que los funcionarios del gobierno dirijan los diarios, y no llegará a ser costumbre. La clase de prensa que desea Mr. Coolidge se llama prensa reptil, que recibe sus inspiraciones de los funcionarios del gobierno y de los grandes intereses comerciales, y que imprime lo que desean aquéllos que están en el poder, suprime lo que desean aquéllos que se suprima y publica como noticias aquellos hechos que ayudan a sus patrones a alcanzar sus finalidades. No tiene conciencia ni opiniones propias, no realiza ninguna investigación independiente de los hechos, toma lo que se le da y hace lo que se le ordena.

Los diarios que apoyan al Partido Republicano centran el fuego sobre la presunta ayuda del presidente de México a la facción de Sacasa. Se habla con igual desaprensión de soldados rusos y soldados mexicanos luchando para instaurar poco menos que el Soviet en Nicaragua. La palabra "bolchevique" figura en todos los artículos de esa prensa. El índice de esa actitud está dado por el *Washington Post,* que en editorial de 31 de diciembre expresa que "si la Unión no apoya a Díaz, equivaldría a contribuir a los propósitos del general Calles de derribar al actual gobierno, para establecer en su lugar un gobierno comunista", y luego sostiene: "Con el control comunista en Nicaragua, dirigido desde México, Estados Unidos tendría al enemigo en las mismas puertas del Canal de Panamá."

En realidad, el gobierno de Calles no había enviado a Nicaragua barco ni contingente alguno de soldados ni de marinos. No habiendo reconocido a Díaz, el gobierno mexicano, de acuerdo con las prescripciones del derecho internacional, no podía impedir la exportación de armas para combatir un gobierno al que no había reconocido. Prueba de la sinceridad y absoluto desinterés de México fue reconocer inmediata y públicamente al gobierno de Sacasa. Hablar de intervención armada resultaba risible, conociéndose como se conocía la debilidad militar y la falta absoluta de intereses o capitales mexicanos en Nicaragua.

No obstante, Díaz da a la publicidad una declaración dirigida al "público extranjero y norteamericano en general", en la que después de advertir que se esperaba el inminente desembarco en Nicaragua, de una "expedición de filibusteros, trayendo armas, municiones, aeroplanos y personal militar mexicano", informa que "ha solicitado de Estados Unidos que adopte las medidas pertinentes".

Seguidamente expresaba: "No puedo creer que el gobierno y el pueblo norteamericanos permanezcan indiferentes ante la situación por la que atraviesa Nicaragua y que permitan que se les engañe mediante la propaganda tendenciosa de México, basada en el supuesto imperialismo norteamericano en América Central: Niego que haya existido en Nicaragua la influencia de banqueros de Nueva York y aseguro que Nicaragua no debe ni un centavo a banqueros extranjeros. En el desembarco de las fuerzas de marinería estadounidense veo solamente la mano protectora del gran hermano norteamericano, protegiendo a Nicaragua contra la dominación mexicana".

El 3 de enero de 1927, *La Prensa* de Buenos Aires expresaba en su editorial:

> El mundo civilizado y principalmente las naciones hispanoamericanas, no sale de su asombro al contemplar la acción ilegal, desde el punto de vista del derecho propio y del universal, que las fuerzas navales de Estados Unidos realizan en Nicaragua.
>
> Por el momento pudo abrigarse la esperanza de que el abuso que humilla a una soberanía, cesaría espontáneamente por efecto de la reacción mental, que parecía lógico se produjese cuando sus autores comprobasen, en el comentario general, que su actitud pone en peligro los progresos que el derecho internacional ha realizado en América.
>
> Pero el presidente Coolidge ha dirigido a su pueblo unas palabras de año nuevo, que suenan a demanda de apoyo para la acción ilegal que ordenó, y el secretario de Estado también ha declarado que no existe ni existió el menor pensamiento de retirar las fuerzas estadounidenses desembarcadas en Nicaragua [...]. Los hombres que embarcaron en Estados Unidos en la aventura contra Nicaragua, pequeño país que tiene derecho a existir y manejarse independientemente [...] pudieran ser más grandes si confesaran su yerro.

La referencia a Kellogg obedecía a que dos días antes, dicho ministro había desautorizado una noticia de Londres, publicada por la *News Agency,* según la cual la Unión habría ordenado el retiro de la marinería en Nicaragua.

II

La repercusión de los hechos en el Senado de la Unión es intensa. El sector demócrata encabezado por Borah, La Follete, Norris y Wheeler fustiga despiadadamente a Kellogg y Coolidge. El 2 de enero Wheeler presenta un proyecto de resolución declarando la "legalidad de la elección del doctor Sacasa en 1924" y sosteniendo, que según la constitución nicaragüense, éste debía ser presidente en reemplazo de Solórzano; también se establece en el documento "que Díaz usurpó el poder violando el artículo 103 de la Constitución, que estipula una elección por voto popular como única autoridad para ejercer las funciones de presidente de la República".

La resolución terminaba así: "Insistimos en que la vida de los residentes estadounidenses en Nicaragua no corre ningún peligro y llegamos a la conclusión de que Estados Unidos violó el derecho internacional y que por lo tanto, todos los buques de guerra y los marinos deben ser retirados inmediatamente."

El 4 de enero las fuerzas navales yanquis, al llegar de El Bluff a Puerto Cabezas, proceden a desarmar a las tropas del gobierno que pelearon en Laguna de Perlas. Ese es el justificativo para adoptar idéntica medida con las fuerzas liberales, lo que confirma un telegrama de *United*

Press, procedente de Washington. Otro cable se hace eco de las declaraciones de "un portavoz de la Casa Blanca", según las cuales la política de Coolidge obedece a la necesidad de resguardar los derechos para la construcción del malhadado Canal, ya que "cualquier revolución o estado de anarquía que surja en Nicaragua, constituye una amenaza para los derechos de Estados Unidos, que fluya del mencionado tratado [...] como igualmente contra los intereses comerciales norteamericanos", de donde se desprende que la Unión debe perseverar en su política de "protección". El mismo cable consigna que "ha causado sorpresa la resolución del gobierno de vincular la cuestión de los derechos de una base naval con el conflicto de Nicaragua..."

El 5 de enero la Casa Blanca declara, con respecto a la suspensión de la prohibición de exportar armas en favor de Díaz, que a pedido del gobierno de éste, "hemos indicado que daríamos autorización para la exportación de las armas y municiones compradas por ese gobierno en Estados Unidos".

El senador Borah manifiesta entonces:

> La propaganda que se está haciendo, según la cual la doctrina Monroe halla la misma aplicación en los casos de México y de Nicaragua, no está fundada en hechos. La doctrina Monroe no tiene relación con las cuestiones suscitadas. Ningún gobierno europeo, ni exterior a América, está interviniendo en Nicaragua ni en México, ni pretende hacerlo. La revolución nicaragüense es llevada a efecto por los que pretenden que Sacasa es el presidente constitucional y ésta es una cuestión puramente interna. En México se trata de los derechos petroleros. Las compañías petroleras británicas parecen dispuestas a cumplir las leyes mexicanas. Bajo ninguna teoría concebible puede hallar aplicación en esto la teoría de Monroe.

Como si no hubiera sido suficiente con el secuestro del armamento de los liberales y la ocupación de las zonas que éstos retenían en la costa atlántica —que además eran neutralizadas para evitar toda ulterioridad—, el almirante Latimer, pretextando que las costas del Pacífico están amenazadas de invasión por fuerzas reclutadas en México, ordena la ocupación total de Nicaragua. El 6 de enero los diarios informan oficialmente que ciento cincuenta marinos del crucero *Galveston* desembarcaron en Corinto y se dirigieron hacia Managua, "a fin de proteger la Legación de la Unión".

El departamento de Estado, que al principio se negó a comentar dicho desembarco, declaró más tarde que los encargados de negocios de Gran Bretaña e Italia, en Managua, "hicieron saber al enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Estados Unidos en aquella capital, que consideraban que los intereses de sus connacionales se encontraban en inminente peligro, y solicitaron la intervención del diplomático de la Unión". El senador Wheeler manifiesta entonces que ese nuevo desembarco demuestra "la hipocresía del gobierno estadounidense, máxime cuando esa actitud contradice la última declaración del Departamento de Estado y de la Casa Blanca, de que los marinos no serán utilizados para apoyar ni a Díaz ni a Sacasa".

Los ciento cincuenta marinos del *Galveston* fueron apenas una punta de lanza. El 6 de enero, los elementos de guerra desembarcados fueron tan cuantiosos, para el país y para esa época, que durante toda la noche y parte de la mañana del día siguiente desfilaron desde la estación del ferrocarril hasta el Campo de Marte. Las fuerzas de Latimer se componían de 16 barcos de guerra, doscientos quince oficiales, tres mil novecientos soldados y ochocientos sesenta y cinco marinos.

Con tal motivo, Díaz da a conocer un manifiesto, en el cual expresa la "profunda satisfacción que le causa la llegada a Managua de las fuerzas navales de Estados Unidos, las que son recibidas por el pueblo de Nicaragua como una manifestación de la amistad y del interés de la Unión y como un augurio de una pronta paz y prosperidad para Nicaragua, cuya independencia y tranquilidad ha sido amenazada por la guerra civil instigada y financiada por México". El pueblo, continúa el manifiesto, "ve con sumo agrado la medida adoptada por el gobierno de Estados Unidos, para proteger la vida y la propiedad de sus connacionales residentes, amenazadas por una dominación mexicana en Nicaragua". Termina sosteniendo

que la intervención "ha sido plenamente justificada y agradece sinceramente el interés de Estados Unidos en esta emergencia".

Para que no queden dudas sobre su contento, se declara feriado ese día. Los marinos a las órdenes del teniente coronel W. N. Richardson, desfilan según información de Managua, entre mueras a México y a los mexicanos y vivas a Estados Unidos. Las fuerzas quedan acantonadas en el mismo sitio en que lo estuvieron anteriormente, durante trece años.

La Federación Norteamericana del Trabajo declara entonces que Mr. Kellogg "cometió un error al reconocer al presidente Díaz, y que el reconocimiento ha causado un malentendido innecesario, acerca del prestigio moral de las instituciones democráticas norteamericanas en todo el mundo, porque fue injusto, dañoso e inútil para los pueblos de Nicaragua y de Estados Unidos". La respuesta a este lamento la suministra el contralmirante Eberle, jefe de operaciones navales en el Caribe: 6 buques de guerra adicionales han sido enviados a Nicaragua: la nave-madre *Argonne,* con cuatrocientos soldados, los cruceros *Cincinatti* y *Marblehead,* y los destructores *Barker, Smith, Thompson* y *Osborne.*

Como circula el rumor de que dichas fuerzas tienen instrucciones para detener a todo barco mexicano que conduzca armas para el ejército liberal, los periodistas entrevistan a Kellogg, quien responde que "en las actuales circunstancias no es prudente informar si el almirante Latimer tiene o no esas instrucciones", pero es sintomático que esas fuerzas sean las más numerosas que se hayan movilizado para operaciones en Centroamérica desde 1914, cuando ocurrió la ocupación de Veracruz.

Nuevas protestas de los senadores Wheeler, Norris, Copeland y Borah se dejan oír. El primero, que tres años antes había provocado la renuncia de Daugherty, el procurador coimero, exige la de Kellogg, el "secretario incapaz". Norris, a su vez, expresa: "Hemos permitido a Sacasa; esto significa que estamos participando en un acto de guerra. Esto es, prácticamente, una declaración de que sostendremos el régimen de Díaz con nuestras armas y nuestro ejército, lo que tendrá como resultado para el gobierno de Washington, la pérdida de las pocas amistades que le quedan en la América Latina".

III

El 7 de enero, al término de la reunión de gabinete, Kellogg, entrevistado por los periodistas, declara que "no corresponde a Estados Unidos el deber de buscar al presidente fugitivo (Solórzano) y volver a colocarlo en el poder. La Constitución de Nicaragua —agrega— establece la elección del presidente por la legislatura en el caso de destierro o huida del presidente electo; esto fue lo que hizo la legislatura y por consiguiente, el señor Díaz es el presidente legal y constitucional".

El mismo día, el *New York Times* dice: "En Washington apenas se notan algunos indicios de imparcialidad, no se niega con convicción, sino con una especie de sonrisa enigmática, que estamos interviniendo en Nicaragua." Pero los diarios de Hearst, *New York American y New York Journal,* no parecían resentirse por tal actitud. Al contrario, como lo veremos por los párrafos que a continuación siguen, propugnaban medidas más enérgicas aún:

> Mr. Coolidge ha resuelto mantener firmemente la política norteamericana con respecto a Nicaragua. Debe ser felicitado y el pueblo de Estados Unidos merece también serlo. Hemos sido demasiado débiles en vacilar durante tanto tiempo en la política exterior de nuestro gobierno. Hemos estado observando los débiles principios de Wilson, en lugar de inspirarnos en las políticas de Cleveland y Roosevelt. Este país desea el mantenimiento de la paz, pero también desea mantener la dignidad y prestigio de la nación y los derechos e intereses de su pueblo. Es un país demasiado grande para hacer el "bravo" y demasiado grande también para aparecer como un cobarde. Una política norteamericana firme tendrá el apoyo de todos los norteamericanos viriles, y los figurones políticos que levanten sus voces contra ella se convencerán muy pronto que no interpretan de manera alguna los sentimientos y el espíritu de nuestro pueblo.

Este artículo, que lleva la firma del propio Hearst, figuraba en la primera página de los diarios citados, con títulos notables orlados con diminutas banderas estadounidenses. Contrastando con esta actitud, el Comité de la Liga por una Democracia Industrial protestaba ante Kellogg por la acusación que éste dirigiera contra México, imputándole actividades "bolcheviques", como justificativo por su intervención en Nicaragua. La carta firmada por el historiador socialista Harry Laidler, recordaba las obras realizadas por Calles en materia de instrucción pública, finanzas, riego y reforma agraria, y señalaba la oposición existente entre el gobierno mexicano y el movimiento comunista internacional. A su vez, el senador Borah volvía a la carga con otra declaración:

> La presidencia de Díaz —decía— viola todos los preceptos constitucionales y todas las estipulaciones del tratado de las cinco naciones centroamericanas. Por mi parte me opongo a la participación de Estados Unidos en las controversias centroamericanas, pero si hemos de participar en ellas ha de ser para apoyar a las autoridades constitucionales. Si hay alguien en Nicaragua que tenga títulos constitucionales evidentes para ser presidente, es Sacasa.
>
> El resultado de todo esto es que ahora hemos reconocido a aquéllos que han provocado la revolución contra los que legal y constitucionalmente habían elegido como vicepresidente al doctor Sacasa. Díaz no tiene más derecho a ser presidente constitucional de Nicaragua que cualquier otra persona de ese país que nosotros elijamos.

Es preciso, a riesgo de abrumar al lector con la reproducción de las informaciones periodísticas, traerlas a colación, para que tenga una noción lo más aproximada posible del clima creado en torno de la intervención. Nada lo da mejor, precisamente, que los comentarios de la época, mucho menos reservados que los que hoy es dable leer acerca de asuntos interamericanos no menos graves e importantes.

Podría decirse algo más todavía acerca de las declaraciones de Kellogg referentes a la "huida" de Sacasa y sobre lo que el abandono de su cargo entrañaba; por ejemplo podrían reproducirse estas significativas declaraciones de Carazo Morales, secretario de Sacasa, cuando éste se hallaba en la Unión, hechas a *Associated Press* el 9 de enero:

> "Los funcionarios del Departamento de Estado, mientras el señor Sacasa estuvo en este país, le aseguraron que obtendrían que volviese a la presidencia. Cada vez que el señor Sacasa estuvo en este país, los funcionarios de la División Latinoamericana del Departamento de Estado le recomendaron que permaneciese en Washington, particularmente en una ocasión en que, en febrero del año pasado, Sacasa recibió un telegrama de Nicaragua instándole a regresar inmediatamente. Esos mismos funcionarios le recomendaron que esperase un mes más. Al cabo de ese tiempo le dijeron que tuviese paciencia, pues todo se arreglaría sin derramamiento de sangre".

Este deambular por las oficinas de Washington no habla muy bien de Sacasa. Mucho menos bien hablaría de él, entretanto, la siguiente declaración que hizo a *United Press* el 9 de enero:

> La guerra civil que en estos momentos se desarrolla en Nicaragua no afecta en lo más mínimo las concesiones de Estados Unidos para la construcción del canal o sus bases navales. Para este país, la lucha nuestra debe ser una cuestión puramente interna y limitada al restablecimiento del orden constitucional y a la destrucción del régimen viciado de nulidad que actualmente impera en el país.
>
> Desde mucho tiempo atrás el Partido Liberal ha hecho pública manifestación de su respeto hacia los compromisos contraídos por la República, y yo he reiterado idénticas declaraciones en el discurso inaugural al pueblo de la nación. No existe, por otra parte,

> ningún antecedente que justifique el recelo de que el Partido Liberal o yo personalmente, actuemos en contra de los altos intereses de Estados Unidos en Nicaragua.

Objetivamente, estas declaraciones tenían muy poca o ninguna diferencia con las que formulaba Díaz para granjearse la buena voluntad y el apoyo de Washington. Últimamente había declarado Díaz: "El Partido Conservador de Nicaragua hace 15 años encontró al gobierno soportando la carga de una deuda de 32 millones de dólares. El partido buscó la ayuda de los peritos financieros norteamericanos, lo que dio por resultado la reducción de la deuda a 7 millones, y el ferrocarril nacional y el banco son ahora propiedades libres de hipoteca del Estado nicaragüense".

Pero Díaz no decía que la deuda de 32 millones era en pesos papel, amortizada en una proporción de 2.50 a 1; que los peritos yanquis recibieron buenos honorarios por sus benévolos servicios, y que exigieron una ganancia de más de 2 millones de dólares antes de que el ferrocarril y el banco quedaran libres de hipoteca; y que de esa propiedad *libre de hipotecas del Estado nicaragüense,* los peritos obtenían una entrada anual de 36000 dólares. En cuanto a la expresión de Díaz: "Mi gobierno con agrado contrataría un empréstito para la construcción de una línea férrea hacia el Atlántico; desgraciadamente, los banqueros neoyorquinos que desean explotar a Nicaragua, según se deduce, no están dispuestos a considerar empréstito cuantioso alguno, mientras no se asegure la tranquilidad en Nicaragua mediante la protección contra las agresiones mexicanas". *The World* manifestaba:

> "La transparencia de la precitada declaración *no* requiere análisis ulterior: significa que los banqueros neoyorquinos no están dispuestos a extraer un beneficio de otros dos millones de Nicaragua, a menos que la Unión ponga en evidencia sus intenciones de mantener a Díaz en la presidencia".

IV

El 8 de enero, ante un grupo de visitantes norteamericanos, el presidente Calles les manifiesta que la legislación mexicana confirma y reconoce los derechos sobre el subsuelo adquiridos antes de la vigencia de la Constitución de 1917, pero como las empresas petroleras afirmaban que se lesionaba su derecho de propiedad, en lo cual se veían respaldadas por el Departamento de Estado, México estaba dispuesto a someter las nuevas leyes del petróleo y de tierras ante el Tribunal Internacional de La Haya.

Agregó Calles que la cuestión planteada por Estados Unidos era "falsa y ficticia", porque las empresas productoras de petróleo no habían sido privadas de derecho alguno. La única cuestión —observó— "ha sido planteada entre el pueblo mexicano y un grupo escaso de capitalistas norteamericanos, que tratan de valerse de su influencia ante el Departamento de Estado, para que se haga uso de la fuerza contra México, en favor suyo". Afirmó luego que su gobierno no era bolchevique y que dudaba de que los miembros de su gabinete fueran capaces "de hacer una definición del bolcheviquismo". Su programa, concluyó Calles, no podía clasificarse en una escuela o una teoría política o científica alguna, "porque es sencillamente mexicano".

Ese mismo día volvieron a escucharse airadas declaraciones en el Senado de Estados Unidos. Ante la defensa que de Coolidge aventuró el republicano Edge, con el discutible argumento de que el presidente obraba de acuerdo con la "doctrina" Monroe, su colega Burton K. Wheeler le preguntó: "¿Hubiéramos jamás permitido nosotros, durante la Guerra de Secesión, que Gran Bretaña enviara tropas a Estados Unidos y declarara aquí zonas neutrales?".

Luego, el senador Heflin sostuvo que la política del Departamento de Estado tenía por objeto la protección de las concesiones financieras estadounidenses en México y Nicaragua. Acto seguido el demócrata Hudleston presentó un proyecto de resolución en favor del retiro de

las tropas de Nicaragua: "Yo no quiero —explicó— que un solo muchacho de Estados Unidos sea enviado a México para permitir a las compañías petroleras que continúen pagando gruesos dividendos a sus accionistas. Yo no quiero, desde mi banca de senador, permitir que mi patria sea llevada a una posición que no pueda ser recibida con honor ni dignidad, o que pueda conducirnos a una guerra. Protesto contra la política del gobierno, que deliberada y conscientemente está conduciendo al país a una guerra con México y creo que si se pidiera a nuestro pueblo su voto en el asunto, la casi totalidad votaría en contra." Finalmente, Hudleston expresó que la imputación hecha al gobierno de Calles, de hacer propaganda comunista en América Central, y que tenía un "gobierno soviético", era una simple calumnia; y que si pese a todo la guerra estallaba, los primeros en ser enviados al frente de batalla debían ser los magnates petroleros E. B. McLean, propietario del *Washington Post,* y William R. Hearst, "el dueño de los pestilentes y escandalosos diarios amarillos", que en conjunto eran los que más azuzaban la invasión a México.

El senador Wheeler volvió a tomar la palabra para preguntar por qué Estados Unidos no desembarcó *marines* en Italia, cuando el gobierno fue derrocado por Benito Mussolini. Enumeró luego las concesiones privadas que la Unión había logrado en Perú, Bolivia y otros países sudamericanos y preguntó si Coolidge iba igualmente a enviar tropas a esos países para proteger sus concesiones, en caso de que éstas corriesen riesgos. Por último tronó: "¿Es que vamos a emplear a los *marines* para proteger a las compañías petroleras de *Doheny Sinclair* y la *Standard Oil?"*

Que el verdadero motivo era México y su petróleo, y no Nicaragua, era denunciado con todas las letras en un editorial del *New York Times:*

> Es evidente que el presidente cree que la verdadera gravedad del asunto reside en México y no en Nicaragua, y no es imposible que las severas palabras de Mr. Coolidge respecto de la conducta del gobierno de México puedan eventualmente provocar la caída de este. Tendríamos entonces el raro espectáculo de un gobierno norteamericano que de hecho promovería una revolución con motivo de denunciar otra. En los actos dispuestos por Mr. Coolidge y Mr. Kellogg, residen posibilidades de desagradables consecuencias.

Las "severas palabras" de Coolidge fueron pronunciadas en el Mensaje que éste enviara al Congreso el 10 de enero acerca de los sucesos de Nicaragua, o "dificultades", como las llamaba, "las cuales —decía— en la actualidad amenazan seriamente la vida y las propiedades de los ciudadanos norteamericanos residentes en esa República y ponen en peligro, además, la estabilidad de toda Centroamérica, amenazando también los derechos acordados por Nicaragua a Estados Unidos para la construcción de un canal interoceánico".

El mensaje merece por su importancia y para la mejor comprensión de los acontecimientos posteriores, ser transcripto en varias partes más. Después de referirse a la intervención de Taft en 1912, Coolidge agregaba:

> En las actuales circunstancias, creo mi deber tomar todas las medidas necesarias tendientes a la estabilidad del gobierno de Nicaragua, si éste continúa amenazado por la revolución, puesto que los intereses de Estados Unidos serán seriamente afectados o posiblemente, destruidos.
>
> Los Estados Unidos no pueden dejar de preocuparse con todo empeño en cualquier amenaza formal hecha contra la estabilidad de un gobierno constitucional en Nicaragua, que tienda a la anarquía y ponga en peligro los grandes intereses que le son propios, especialmente si tal amenaza o estado de cosas es fomentado por influencias exteriores, o por otra potencia.
>
> Siempre ha sido y será la política de Estados Unidos adoptar en tales circunstancias, iguales medidas, pues se ha considerado y se considera ahora necesario proteger la vida, la propiedad y los intereses de los ciudadanos norteamericanos y aun los del gobierno mismo.

Declaraba luego Coolidge que "en contestación a los numerosos pedidos", el secretario de Estado pidió en una carta del 24 de agosto de 1926, al secretario de Marina, el envío de buques de guerra a Corinto y Bluefields, para proteger "los intereses de los ciudadanos norteamericanos y extranjeros en general"; que el ministro ordenó el 26 de octubre al almirante Latimer, declarara a Bluefields zona neutral, lo que éste habría hecho "con el consentimiento de ambas facciones, redactándose un protocolo que aún están en vigencia". Luego se refería a la Conferencia de Paz habida a bordo del *Denver,* en el puerto de Corinto, entre elementos de los partidos Liberal y Conservador, sobre lo cual acotaba:

> Los delegados del señor Sacasa afirmaron libremente en esa conferencia, que la aceptación por parte de ellos, de cualquier gobierno que no fuese encabezado por el señor Sacasa mismo, sería faltar gravemente a las promesas hechas a sus aliados mexicanos.
>
> Sería fuera de toda lógica que Estados Unidos no prestara apoyo a un gobierno reconocido por nuestro país, en momentos en que fuerzas revolucionarias estaban recibiendo armas y municiones de países extranjeros. Algunos de los barcos que transportan esos pertrechos de guerra a los liberales de Nicaragua, han sido cargados en puertos mexicanos, y algunos de esos pertrechos presentan evidencias de haber pertenecido al gobierno de México. También parece ser que estos barcos han sido cargados con el conocimiento y en algunos casos, con el estímulo de funcionarios mexicanos. Hay hasta un ejemplo, en que un buque cargado de municiones estaba bajo el comando de un oficial de la reserva naval de México.

Seguidamente, el mensaje historiaba el tratado de 1923 entre las cinco repúblicas centroamericanas, y las consecuencias que tuvo para Nicaragua y para las elecciones donde triunfaran Solórzano y Sacasa; y relataba detalles ya conocidos del golpe de Chamorro, dos meses después de la partida de las tropas de ocupación.

El mensaje omitía señalar que antes de marchar a Bluefields, Sacasa había perdido su tiempo en antesalas en el Departamento de Estado, donde lo "demoraban" promesas de bienes futuros.

Coolidge describía luego la emisión de los empréstitos nicaragüenses en el extranjero, a raíz del tratado de 1924 con Estados Unidos, en el cual se adoptó un programa financiero "bajo el cual las finanzas nicaragüenses quedaron rehabilitadas en una forma muy satisfactoria". A continuación sostenía que la revolución afectaría seriamente a las inversiones, "así como los tenedores extranjeros de esos bonos, se dirigirían indudablemente a Estados Unidos en demanda de protección para sus intereses". Luego afirmaba:

> Las relaciones de Estados Unidos con la actual situación en Nicaragua están determinadas por los hechos que he descrito. Estamos en una situación de peculiar responsabilidad, traídos a ella por los derechos de propiedad de Estados Unidos en la parte nicaragüense del Canal de Panamá (¿?), por todas las consecuencias de estos derechos para el dominio del canal y también por las obligaciones que provienen de la gran inversión de capital por parte de nuestros conciudadanos, en suelo de Nicaragua.
>
> Tengo la seguridad de que no es el deseo de Estados Unidos intervenir en los asuntos internos de Nicaragua o de cualquier otra nación centroamericana, pero a pesar de ello debe confesarse que tenemos un interés especial y definido en el mantenimiento del orden y de un buen gobierno en Nicaragua en el momento actual, y también debe decirse que la estabilidad, la prosperidad y la independencia de todos los países centroamericanos, son cosas a las cuales nunca podremos ser indiferentes.
>
> Los buenos oficios de Estados Unidos fueron solicitados por las dos facciones en la contienda política de Nicaragua, con el propósito de llegar a un término del conflicto. El almirante Latimer hizo posible que se realizara un armisticio entre ambos bandos, para permitir que los delegados de cada uno de ellos pudieran reunirse con propósitos de

discusión. Este armisticio, que en un principio era por un periodo de quince días, fue prorrogado por otros quince más.

A pedido de ambos partidos, las tropas de marinería de Estados Unidos desembarcaron en Corinto, para establecer una zona neutral, en la que la conferencia tuviera lugar. El señor Sacasa fue invitado a concurrir, pero se negó a hacerlo, permaneciendo en la ciudad de Guatemala. Estados Unidos no tuvo ninguna participación en la susodicha conferencia, salvo para proveer un presidente neutral para los debates, y para ofrecer los mencionados buenos oficios, con el propósito de hacer posible la celebración de la asamblea y la demarcación de la citada zona neutral.

Yo entiendo que en esa conferencia el señor Chamorro ofreció presentar su renuncia y permitir que el Congreso eligiese la persona a quien designase presidente. La conferencia no tuvo ningún resultado, pues precisamente cuando parecía que por medio de alguna concesión o arreglo se llegaba a un acuerdo, los representantes del señor Sacasa interrumpieron repentinamente las negociaciones.

Después de reseñar el desembarco de Sacasa en Puerto Cabezas y los hechos que lo siguieron, Coolidge continuaba:

Como se tuvo conocimiento de que los revolucionarios estaban recibiendo armas y municiones, estimé que era absolutamente injusto no acordar a un gobierno reconocido por Estados Unidos, el proveerse de armamentos en el extranjero y en consecuencia, el Departamento de Estado notificó al señor Díaz que serán acordados los permisos necesarios para la exportación de armas que adquiriera en Estados Unidos.

El artículo 106 de la Constitución de Nicaragua establece que a falta de presidente y de vicepresidente, el Congreso designará a uno de sus miembros para que complete el periodo de la presidencia. Como el presidente Solórzano había renunciado y estaba residiendo durante los tiempos que nos ocupan en California, y por otra parte, como el vicepresidente Sacasa residía entonces en Guatemala, habiendo estado fuera del país desde noviembre de 1925, la acción del Congreso de Nicaragua designando presidente al señor Díaz era perfectamente legal, y de acuerdo con esto el gobierno de Estados Unidos extendió al señor Díaz, en noviembre 17, su reconocimiento como jefe del gobierno de Nicaragua. Y al asumir la presidencia el señor Díaz, solicitó de Estados Unidos, en noviembre 15, el apoyo del gobierno.

El mensaje del presidente Coolidge finalizaba de este modo:

Está fuera de toda duda, que si la revolución continúa los negocios e intervenciones norteamericanos en ese país quedarán gravemente amenazados, si no destruidos. La moneda nicaragüense, actualmente a la par tendrá que ser inflada. Los tenedores de bonos, tanto norteamericanos como extranjeros en general, tendrán que dirigir sus ojos al gobierno de Estados Unidos en demanda de protección de sus intereses.

Es cierto que Estados Unidos no estableció este plan financiero por ningún tratado, pero se realizó por las vías diplomáticas y asesoró las negociaciones y la implantación de ese plan para la reconstrucción financiera de Nicaragua.

Por estas consideraciones, creo de mi deber hacer uso de las facultades que me son conferidas para otorgar una protección adecuada a todos los intereses norteamericanos en Nicaragua si se encuentran en peligro, sea por los disturbios internos o por la intervención extranjera en los asuntos que son del resorte exclusivo de esta República.

V

Veamos ahora de qué modo reaccionó la opinión pública mundial frente al Mensaje de Coolidge.

Comencemos por anotar que el mismo día en que se leía, un telegrama procedente de Puerto Cabezas informaba que la marinería yanqui había arrojado al río Grande 2.500.000 cartuchos, propiedad de los revolucionarios. Junto a esta breve información, aparecían las críticas más demoledoras y acres con que prácticamente todos los diarios del mundo castigaban a Coolidge. En Londres, París y Berlín, la reacción adversa era idéntica.

En la capital alemana, para destacar el contraste, los diarios felicitaban al encargado de negocios alemán en Managua, que se había negado a suscribir con sus colegas inglés e italiano, el pedido de intervención y protección formulado por éstos. Además, la propia cancillería de Berlín ratificaba esa actitud de su funcionario, que había adoptado éste por propia voluntad y sin consulta previa. *La Nación* de Buenos Aires expresaba en un editorial, el 12 de enero:

> Evidentemente, el presidente de Estados Unidos no ha podido convencer con su documento ni al Parlamento Federal ni al mundo, sobre la necesidad de adoptar medidas tan graves, que entrañan por sí mismas una actitud injuriosa para las ideas y los sentimientos de justicia internacional que profesan todos los Estados Unidos...
>
> Pero la misma estructura del documento nos suministra la clave de este lamentable episodio del panamericanismo, según es sentida esta doctrina por ciertos espíritus de la Unión, muy altamente colocados [...] Todas las actividades del almirante Latimer y las negociaciones de su gobierno fueron enderezadas a crear [...] un situacionismo sumiso a la influencia de Estados Unidos, propósito que se realiza en la persona del señor Díaz, trabajosamente llevado a la presidencia de su patria, para asumir el papel nada envidiable de reclamar el patrocinio de una nación extranjera, con el objeto de consolidar su deleznable autoridad.
>
> Ante la conciencia de todo ser independiente y que tenga de su nacionalidad un concepto de serena altivez, como quiera que sean las ideologías que se atribuyen al señor Sacasa y los recursos que operan en una nación perturbada, es preferible la suerte inquietante de este personaje, que no la demediada condición de mandatario que reviste el señor Díaz, bajo el amparo de las armas extranjeras, porque de cualquier manera que se resuelvan los sucesos, siempre será éste quien enajenó al extranjero lo que hay de fundamental en toda soberanía, esto es, el derecho y el deber de resolver por sí misma sobre su propio destino.
>
> El resultado del Mensaje [...] nos afirma en nuestras convicciones iniciales [...] Un nuevo concepto del imperialismo más crudamente materialista ha suplantado los sentimientos de elevado idealismo y respetuosa afinidad que los grandes políticos y directores de aquella gran República habían logrado establecer...

Dos días antes, otro editorial de *La Nación* había expresado: “Miembros del Senado y de la Cámara de Representantes de la Unión han hecho el proceso de esta empresa netamente imperialista, denunciando con precisión los actos de las fuerzas militares de ocupación territorial [...]. Además del acto de intervención [...] queda todavía la amenazante perspectiva de un conflicto armado entre aquella nación y México, destinataria efectiva y causante, según los gobernantes norteamericanos, de los hechos ocurridos.”

Otro que contestó a Coolidge fue T. Seydel Vaca, representante de Sacasa en Washington, quien después de declarar que la deuda externa de Nicaragua había aumentado en lugar de decrecer, añadió:

> Nicaragua no debía 20 millones de dólares en 1917, como se ha expuesto, y nunca debió tal suma. Según el Mensaje del presidente, la deuda de bonos alcanza actualmente a 6.600.000 dólares, o sea más de lo que fue en 1919, en tiempos de la intervención económica. La intervención de los banqueros en Nicaragua cuesta al pueblo una barbaridad, por las ganancias indebidas que ellos realizan, con ayuda de políticos venales nicaragüenses.
>
> Conozco estas maquinaciones por haber sido miembro de la mesa directiva del Ferrocarril Pacífico y del Banco Nacional de Nicaragua. En el Ferrocarril Pacífico no se ha adquirido ninguna locomotora desde 1912, es decir, antes de que los banqueros se apoderaran de él. En todo este periodo no se ha construido ni una sola milla de nuevas vías, las estaciones permanecieron en condiciones vergonzosas y no se ejecutaron reparaciones de ninguna clase.
>
> Sólo recientemente el gobierno nicaragüense adquirió el control sobre el ferrocarril, de mano de los banqueros.
>
> Sin embargo, a, pesar de haber dejado al ferrocarril en estas condiciones desastrosas, los banqueros aumentaron las tarifas de carga en un 60 por ciento y las de pasajeros en un 120 por ciento, para poder pagar grandes salarios a personas de su elección. Los impuestos aduaneros fueron aumentados en un 100 por ciento, sin que se haya realizado ninguna obra pública que valga la pena. Esto fue debido al derroche de las finanzas nicaragüenses por los banqueros y a un gobierno irresponsable que desde hace 15 años fue impuesto a Nicaragua. Estos hechos son fáciles de probar.
>
> Mucho se ha hablado de que Nicaragua no debe actualmente nada a los banqueros; pero precisamente cuando el gobierno nicaragüense, después de muchos sacrificios, logró cancelar las deudas contraídas con esos banqueros y libertar su Banco Nacional y sus ferrocarriles de las garras de ellos, se hizo el simulacro de elegir las autoridades inconstitucionales, para impedir que Nicaragua se sustrajera al control de dichos banqueros.

Por su parte. *La Prensa* castigaba en varios editoriales las declaraciones de Coolidge. El 12 de enero manifestaba:

> Raya en lo inconcebible la pretensión de emplear la intervención armada como protección de los intereses de los extranjeros en las naciones americanas, toda vez que eso significaría aceptar el absurdo de que pesa más en los valores humanos la *bolsa del huésped* que la *soberanía del país que lo admitió con fiado.* Y la teoría adquiere los contornos del delirio cuando el presidente liga su acción ilegal *a la expectativa de los que hicieron inversiones en Nicaragua,* las cuales, dicho sea de paso, no podrían resultar perjudicadas por la inflación de la moneda nicaragüense en la que tales inversiones no consisten, porque son propiedades, empresas o títulos en moneda de oro extranjero.

Al día siguiente, en editorial titulado: “El imperialismo sin careta”, *La Prensa* de Buenos Aires volvía a la carga:

> Estas declaraciones, que mezclan tantas cosas no probadas con sofismas, encierran una verdad dolorosa: la de que Estados Unidos —nación cuyo fondo puritano alentaba confianza en los dos continentes, a pesar de muchos hechos viejos y extraños a todo puritanismo— demuestra en esta emergencia, que los *intereses* de sus súbditos —los que sintetizábamos ayer con la expresión la bolsa del huésped— le son muy queridos, mucho más queridos que cualquier valor moral o material de la vida y la propiedad de las naciones extrañas, pues no ha vacilado en avasallar una soberanía. La poderosa nación pone crudamente de manifiesto que no permanece indiferente *ante los acontecimientos que hacen peligrar los grandes intereses que le son propios,* y para

protegerlos impide a una nación independiente resolver con libertad los muy grandes, que en sus cuestiones internas le afectan.

Con este mensaje presidencial se injuria a todas las naciones de Centroamérica en su carácter de entidades soberanas, además de que se llega a afirmar la pretensión de que todo el continente consienta en someterse a su *tutela,* a su *vigilancia,* a su *protección,* como si alguna nación de América, después de sufrir y de proclamarse independiente con esfuerzos sobrehumanos, después de luchas aisladas, sin apoyo de poderosos, se mostrase dispuesta a entregar su libertad tan agriamente conquistada, al vasallaje de otra nación, que realizó con especial felicidad su progreso en menos de siglo y medio, que es hoy poderosa, que se ha venido llamando *hermana,* y que efectivamente, es nación americana.[44]

La pretendida superintendencia sobre el pago de empréstitos, repugnante a todos los principios del derecho internacional, es anacrónica y constituye un atropello sin calificativo conocido. A pesar de no haber garantizado ninguno de esos empréstitos, sin requerimiento de los tenedores de títulos, y ante un posible y problemático pedido, el presidente de Estados Unidos, Mr. Coolidge y su secretario Kellogg, ordenan invadir un país, arriar la bandera que se ostenta como señal de soberanía, y sustituirla con la enseña que contiene, más que el sentido representativo de toda una nación, el pensamiento del hecho material de una parte de los posibles perjudicados por la revolución nicaragüense.

Otra afirmación del documento la juzgamos originalísima: la que considera procedente la intervención porque las negociaciones de los tratados, de los cuales surgieron más tarde los empréstitos, se hicieron en Washington y por vía diplomática, con tal criterio, las convenciones comerciales, los tratados realizados en virtud de convocatoria o invitación de Estados Unidos, los laudos arbitrales que se le han pedido, todos ellos autorizarían su injerencia armada en las cuestiones internas.

El imperialismo ha arrojado la careta, y cuadra que los pueblos libres lo rechacen. Y por más que se quieran desvirtuar las afirmaciones del Mensaje, por más que con actos posteriores se disfracen nuevamente las intenciones, quedará como frase lapidaria sobre la doctrina Monroe, sobre las frases de Wilson, las que dijo Coolidge al final del documento: “La moneda nicaragüense, actualmente a la par, tendrá que ser inflada si continúa la revolución y los tenedores de bonos tendrán que dirigir sus ojos a Estados Unidos en demanda de protección para sus intereses.”

Las naciones de América, cuyos empréstitos fueron cubiertos casi todos en las oficinas de crédito de Nueva York, pueden abrir bien los ojos, porque un gobierno que se presentaba como de orden común, se cree ahora dispensador mundial de justicia y amenaza convertirse en el patrón supremo del valor de las monedas, humillando soberanías con una soberbia que no es de gran nación de soberana democracia, sino de banqueros dominados por la materia, que les llena las manos y les oscurece el espíritu.

También el *New York Times,* el 12 de enero, ratificaba su opinión condenatoria. Lo hizo en estos términos:

Parece como si sólo la Unión pudiera prestar ayuda legalmente al gobierno de otra nación, y que a México se le prohibiese hacer otro tanto. ¿Por qué ha de atemorizar semejante actitud al presidente Coolidge, hasta el punto de adoptar otra absurda hacia el gobierno mexicano, cuando las actitudes de ambos gobiernos, la del mexicano y la de la Unión, son exactamente las mismas? Y ésta es la moralidad del presidente de Estados Unidos cubierta con el disfraz de la rectitud puritana.

[44] Las palabras en cursiva figuran subrayadas en el original.

VI

No podía faltar la opinión del senador Borah. En pleno Senado, el 13 de enero, exclama:

> Enviad un buque de guerra norteamericano, no para proteger la vida y los intereses norteamericanos, sino para forzar el empréstito que los representantes en Nicaragua decían que violentaba la opinión de la gran mayoría del pueblo. ¡Si hemos de adoptar esta clase de política, hagámoslo abiertamente, pero que primero se pronuncie al respecto el Congreso!
>
> ¡El tratado del empréstito y el tratado del Canal, lo hemos concertado con nosotros mismos! —gritó luego. ¡Díaz no podría mantenerse en el poder ni una sola noche, si no fuera por la presencia de la marinería norteamericana! ¡Concertamos el tratado del empréstito, que fue un acto de imperialismo tal, como jamás deshonró a nación alguna, y mientras no aceptemos el juicio del pueblo nicaragüense sobre esas operaciones y mientras no nos de su aprobación, no podremos salir de Nicaragua! ¡Con nuestra marina acampamos durante trece años en el palacio presidencial de Nicaragua, y a menos que obtengamos el fallo del pueblo nicaragüense, acamparemos allá todo un siglo!
>
> Jamás habrá paz en la América Central, si nosotros sostenemos en el poder a hombres que no cuentan con el apoyo de la voluntad popular. Y nosotros, menos que ninguna otra nación, debemos encargarnos de imponer a los pueblos gobernantes que no desean. No podéis matar al espíritu de independencia nacional que vive en Nicaragua; ¡ese espíritu podrá quedar aletargado, pero no lo podréis disfrutar!
>
> Si la doctrina Monroe es interpretada en el sentido de que permita las intromisiones de Estados Unidos en los asuntos internos de esos países, esa doctrina se convierte en puñal y no en escudo.

El discurso de Borah terminó así:

> Inaugurar una campaña de paz, abolir la idea de la fuerza, intentar establecer relaciones amistosas, ponerse en contacto con las masas y con el pueblo mismo, hagamos esto, y podremos establecer en Centroamérica una política que proteja nuestros intereses y que respete nuestros derechos, y habremos hecho lo que tenemos derecho a hacer, recibiendo especial consideración de esos pueblos.

El profesor Johns Hopkins, citado ante la Comisión respectiva de la Cámara de Representantes, para que diera su opinión, censuró el discurso de Coolidge. A la objeción de algunos representantes, de que los norteamericanos no obligan a nadie a contraer empréstito, respondió que si bien Estados Unidos acordó empréstitos a otros países, envió “consejeros financieros” solamente a las repúblicas latinoamericanas. Después dijo: “El presidente dijo hace pocos días que dejó todo el asunto en manos de un almirante, y creo que es éste un proceder muy malo. El gobierno no desea mantener en el poder al señor Díaz, que es amigo de ciertos banqueros. No veo por qué México no ha de tener en todo caso, el mismo derecho que nosotros de prestar ayuda a un partido en Nicaragua.”

La observación era justa y apuntaba al razonamiento de Coolidge, en el sentido de que no podía menos que ayudar a Díaz, por cuanto le había reconocido como gobernante de Nicaragua. ¿Por qué no podía tolerar entonces que Calles —que había reconocido a su vez a Sacasa— ayudara al gobierno revolucionario, basado sobre el mismo principio?

Acerca de la situación México-Nicaragua, se expedía así *The World* el 10 de enero:

El presidente Calles admite que el retiro del reconocimiento de su gobierno por el de Estados Unidos no tardaría en provocar tentativas revolucionarias en México. El gobierno de Calles vive bajo la amenaza de un desastre, pero aun así continúa hablando y obrando con buen sentido y ecuanimidad. Para descubrir signos de pánico hay que dirigirse a Washington y no a México. El gobierno de Mr. Coolidge se empeña en proceder a tontas y a locas, sin haber sufrido ningún daño positivo. Ni en México ni en Nicaragua se ha perdido una sola vida norteamericana, ni ningún ciudadano norteamericano ha sido herido y ninguna propiedad de la Unión ha sido secuestrada de hecho. Sin embargo, los buques de guerra se están dirigiendo ya a todo vapor hacia el mar Caribe.

Un portavoz oficial del presidente Coolidge está hablando sobre la opresión de *un* gobierno amigo de la América Central, y diariamente podemos comprobar que no hemos tenido ningún motivo para intervenir en Nicaragua. Primeramente se trataba de proteger los bosques norteamericanos de caoba; luego, las obras de un canal imaginario; más tarde, dos diplomáticos extranjeros nos solicitaron el envío de fuerzas a Managua: desembarcamos después fuerzas de marinería en Nicaragua, para dar una lección a “alguien” en México.

Hemos intervenido, no hemos intervenido y nos hemos limitado a defendernos meramente contra alguna ofensiva belicosa. Mr. Coolidge parece tener la vaga idea de que si logra poner “k. o.” a Sacasa, se apuntará un tanto en cualquier forma, en México. Hace caso omiso de los consejos del senador Borah, por más que las experiencias adquiridas por éste en los asuntos latinoamericanos se remontan a veinte años, mientras las de Mr. Coolidge apenas cubren el espacio de cuatro años, y a pesar de que Mr. Borah manifestó al presidente que su política es disparatada e imposible...

Son los sostenedores de títulos fraudulentos quienes tienen motivos para sentirse alarmados y quienes han logrado persuadir al Departamento de Estado de la necesidad de librar las primeras batallas por ellos. El presidente Calles insiste en su propósito de someter la legislación mexicana a una revisión por un tribunal internacional, para salvaguardar la soberanía mexicana y establecer así un precedente fatal para la libertad y soberanía de todas las naciones, a pesar de lo cual dice: “Toda la historia demuestra que los tribunales internacionales prestan su apoyo a las naciones fuertes. Sin embargo, en caso necesario, México tomará sobre sí este riesgo, con el fin de evitar un peligro más grave para el país, y deseoso de elegir el menor entre dos males, no tendrá ningún inconveniente en ir a La Haya.

De este modo, Calles se ofrece a aceptar el arbitraje hasta sobre la validez de los títulos espurios. ¿Puede subsistir, entonces, una duda acerca de cuál debe ser nuestra respuesta?

VII

En la Cámara de Senadores de la Unión, el demócrata Hudleston acusó a su gobierno de desarrollar una política imperialista, agregando que Nicaragua había quedado reducida a las condiciones de una colonia de Estados Unidos. Interrogado sobre si Gran Bretaña y Francia habían solicitado o no la protección de Washington, para sus intereses, contestó afirmativamente, pero “nosotros —dijo— no estamos obligados a hacernos cargo de asuntos sucios y es un asunto muy sucio enviar soldados para cobrar deudas‘“.

En México, Zepeda, representante de Sacasa, dejaba por su parte al Tío Sam sin otro de sus pretextos de intervención. El 12 de enero declaraba a *United Press* que las armas empleadas por los liberales provenían de Estados Unidos, y que la mayoría de ellas había sido

embarcada en Nueva Orleans, en mayo de 1926. "El primero de dichos cargamentos —decía— llegó a Nicaragua en el *Barranco,* buque al mando de oficiales yanquis y con todos sus papeles en regla." Poco tiempo después, los liberales compraron el buque armado *Foam,* cuyo capitán, así como su oficialidad, eran igualmente estadounidenses. Fue el *Foam* el que bombardeó las fortificaciones del Bluff, en Bluefields, que estaba en poder de Chamorro y fue capturado por las tropas constitucionalistas.

Aquel 12 de enero y para responder a las críticas de que había sido objeto, Kellogg presentó un memorando al Comité de Relaciones Exteriores del Senado, presidido por el senador republicano Borah, en el que esta vez alegaba la existencia de actividades comunistas contra Estados Unidos en México y otros países latinoamericanos. El documento comenzaba así:

> Los dirigentes del bolcheviquismo han tenido ideas bien definidas con respecto al papel que México y la América Latina han de tomar en sus programas generales de revolución en el mundo entero. Dichos dirigentes han estatuido, como uno de los requisitos necesarios para el fomento victorioso de un movimiento revolucionario internacional en el Nuevo Mundo, y como una de sus obras principales, la destrucción de lo que llaman "imperialismo norteamericano."

Los "descubrimientos" de Kellogg se basaban esta vez[45] sobre declaraciones, asambleas y congresos comunistas, realizados tanto en la Unión Soviética como en Estados Unidos y México. Se trataba de las habituales resoluciones y mensajes de carácter ideológico-político, emitidos periódicamente por los partidos comunistas de todo el mundo, que Kellogg esgrimía como pruebas irrefutables de una supuesta colusión entre México, la URSS y el bolcheviquismo, para el creciente dominio de América Central, el primer paso del cual lo constituía el apoderamiento de Nicaragua. En abono de su argumentación transcribió una tesis aprobada por la Internacional Comunista, según la cual las clases obreras latinoamericanas estaban destinadas a jugar un tremendo papel en la liquidación del yugo de la burguesía estadounidense, y recordó una supuesta declaración de Georgi Tchicherin, comisario del Pueblo Ruso, en el sentido de que México era "una base política muy cómoda para el desarrollo" de sus relaciones con el Nuevo Mundo.

Se trataba, en este último caso, de declaraciones de Tchicherin, que habían sido tergiversadas y que no obstante ello, habían sido respondidas en su oportunidad —4 de mayo de 1925— por el propio presidente Calles. El episodio se registró con motivo del establecimiento de relaciones entre la URSS y México, y Calles puntualizó que tal vinculación se establecía con base en el postulado del Derecho Internacional de respetar la soberanía de los pueblos, para darse las instituciones que creyesen más convenientes, pero que su gobierno "no tolerará que se abuse de la buena fe, pretendiendo tomarlo como instrumento para la realización de maniobras o combinaciones de política internacionales o para la propagación de principios que no sustenta", ya que para realizar la reforma político-social mexicana no había habido necesidad de la intervención "de fuerzas exóticas y ajenas a nuestras luchas, a nuestro carácter y a nuestra mentalidad."

Estas declaraciones habían sido ampliamente difundidas, no obstante lo cual, Kellogg las pasó por alto en su memorando. En respuesta directa a Kellogg desde Moscú, el canciller Máximo Litvinoff puntualizó: "El gobierno soviético no puede tener ni tiene relaciones con México, a no ser las de lealtad y no intervención. El comisario de Relaciones Exteriores, Georgi Tchicherin, tuvo completa razón al congratularse por el restablecimiento de las relaciones normales entre la Unión Soviética y México. El gobierno bolchevique continuará haciendo lo posible por restablecer relaciones normales con todos los Estados de América. El explicar el desmejoramiento de las relaciones entre Estados Unidos y México, atribuyéndolo a la declaración perfectamente leal del comisario Tchicherin, sirve tan sólo para divertir al mundo."

[45] Resumimos lo esencial de ese memorando extensísimo, titulado: *Objetivos* y *políticas bolcheviques en México y América Latina.* Su texto completo abarca dos páginas completas de *La Prensa,* Buenos Aires, 13 de enero de 1927.

La Nación de Buenos Aires, el 14 de enero, se refirió así a las declaraciones de Kellogg:

> Mientras el señor Coolidge pretende explicar su intervención en los sucesos internos de Nicaragua, según su deber de protección a los intereses y vidas de los ciudadanos norteamericanos radicados en aquel país y para los derechos que le atribuye el tratado de 1914 sobre construcción del nuevo Canal con el Pacífico, Mr. Kellogg justifica la apremiante violación de la soberanía nicaragüense en los motivos provocados por una vasta conspiración bolchevique, que tendría en México y otras naciones de Centroamérica su principal foco contra el orden y las instituciones de Estados Unidos. En la extensa relación de antecedentes presentada por este último personaje, para nada se hace referencia a las causas invocadas por el presidente de la Unión, ni siquiera a título de argumento supletorio y relacionado con los intereses de su país en el territorio de Nicaragua. Son meras informaciones poco precisas acerca de los propósitos del comunismo internacional y las maquinaciones extremistas de Moscú, en cuanto ellas consideran la vigorosa contextura de la civilización norteamericana como la valla más difícil contra la difusión de los ideales y realidades del bolcheviquismo. Es tan distinta la razón de una y otra explicación, que el juicio no sabe cómo acertar sobre la verdadera, para discernir con lógica certidumbre acerca del mérito de las mismas. Tal incertidumbre es propia en todas las circunstancias encubiertas o equívocas [...].
>
> [...] Volviendo al contenido de las explicaciones de Mr. Kellogg, en la hipótesis de que ellas fueran la única causa de la actitud de Estados Unidos en Nicaragua, resalta su puerilidad como justificación de un hecho tan insólito, cual es el avasallamiento de una soberanía internacional [...]. Pero el hecho de que medien declaraciones de las Internacionales Comunistas y se hayan formulado previsiones alentadoras para que se radiquen en México y otros países latinoamericanos las futuras cruzadas del comunismo contra la burguesía norteamericana, parece ser mas bien una ilusión de cerebros atormentados, que no el plan agresivo y bien previsto de una agresión inminente.
>
> Las explicaciones de Mr. Kellogg no convencen: se dirían un pretexto de última hora para eludir los riesgos de la difícil posición en que se ha colocado [...]. La actitud política de Estados Unidos en esta triste página de la historia moderna americana comporta, según lo tenemos demostrado, una deplorable declinación de su prestigio. Y no será ciertamente con especiosos argumentos que logrará disipar el justificado recelo que suscita en el mundo la violencia y la injusticia de sus empresas imperialistas. La protesta inconfundible y la reacción de la opinión mundial deben anoticiar a los gobernantes de la Unión acerca del espíritu que domina en estos momentos, respecto de la agresión que se consuma contra una débil nación, cuyo subyugamiento sin gloria tan poco enriquece el patrimonio moral ni la honra de Estados Unidos.

Igualmente mordaz era el comentario de *La Prensa:*

> Nada tan intangible como la soberanía de una nación, sobre todo en esta época en que cada una ha tomado su puesto en el concierto universal. ¿Cómo puede entonces un país ir con sus armas a otro, a intervenir en sus cuestiones internas, so pretexto de combatir al bolcheviquismo, comunismo o lo que sea? Combata el que haya dentro de su territorio, en uso de su más perfecto derecho, pero no se meta en casa ajena, por la sola razón de ser el más fuerte.
>
> A nadie convence la palabra de Mr. Kellogg y mata definitivamente al panamericanismo de trágica juguetería, que andaba ufanado en el camino de la historia.

Veamos ahora una opinión de la prensa adicta a Coolidge. Es del *Chicago Tribune:* el 12 de enero:

> Sería necio pretender que Estados Unidos permitiera la existencia de un "gobierno de selva", en las cercanías del Canal de Panamá, que pudiera tolerar continuas revoluciones para derrocar a un gobierno, la destrucción de propiedades y las amenazas contra las vidas o toda clase de libertad, estado de cosas, que si se le da la interpretación debida, significa asesinatos, anarquía y despojo. No beneficia a nadie que se impidiera que el espíritu de empresa norteamericano desarrollase los recursos naturales que el espíritu de empresa indígena sólo destruiría y que el europeo anhela adquirir.

El 14 de enero, el representante Eaton, a quien el cable de *Associated Press* señala como "antiguo pastor de la Iglesia, sostenida en Cleveland con los fondos Rockefeller", apoya también a Coolidge, en razón del "peligro de que México se entregue a las doctrinas bolcheviques".

El mismo día, el New York Times reproduce un telegrama de Romain Rolland a los estudiantes latinoamericanos: "La invasión de Nicaragua es una parte de un plan largamente premeditado del imperialismo norteamericano, que si llega a ser puesto en ejecución, pondrá término a la libertad en todo el mundo."

VIII

El 14 de enero, Rodolfo Espinosa, ministro de Relaciones Exteriores de Sacasa, presenta ante el cónsul yanqui en Bluefields una protesta "por la captura y destrucción de más de un millón de cartuchos y setecientos fusiles, propiedad de los liberales en Río Grande, el 23 de noviembre, por orden del almirante Latimer, al declararse que este punto era zona neutral" .

¡No observa igual firmeza el propio presidente Sacasa! En declaraciones escritas a la *United Press,* revelará nuevamente su debilidad y su desvaído oportunismo político. Después de negar que su gobierno tuviera convenios con México o con cualquiera otra nación y de alegar que las armas de su ejército fueron adquiridas en Estados Unidos y "allí donde fue posible conseguirlas", expresará:

> Es también absolutamente inexacta la aseveración de que la representación liberal se haya negado a concurrir al Congreso cuando Díaz fue designado presidente, y de que también yo me he abstenido de concurrir a esa sesión. Muchos diputados liberales se encontraban fuera de Nicaragua debido a las persecuciones de que fueron objeto, y yo, perseguido despiadadamente después del golpe de Estado llevado a efecto por Chamorro y Díaz contra el presidente Solórzano, me vi obligado a abandonar Nicaragua, trasladándome directamente a Washington, donde en diciembre de 1925 presenté un memorándum.
>
> Es particularmente extraño que el presidente Coolidge desconozca o haya olvidado esos hechos y haga declaraciones en contra de ellos. Yo permanecí en Washington durante varios meses en estrecho contacto con la situación [...] hasta que regresé a Nicaragua. Esa misma actitud hubiera asumido el vicepresidente Coolidge a la muerte del presidente Harding si cualquier ciudadano de la Unión, sin ningún derecho para ello, hubiera encabezado una revolución para usurparle la presidencia.
>
> Si las declaraciones del presidente Coolidge son confirmadas, lo cual equivaldrá prácticamente a una declaración de guerra contra el pueblo de Nicaragua, a quien legalmente represento, sólo me quedará el recurso de abandonar mis posiciones, a fin de evitar a mis conciudadanos, cuando más no sea, el peligro de una absurda y desigual lucha con Estados Unidos."

Pero la debilidad de Sacasa era compensada por la acción de espíritus fervientemente democráticos, que, sobre todo en la propia Unión, daban diariamente la batalla por la

soberanía de Nicaragua. Entre ellos, junto al infatigable Borah figuraba Robert Lafollette, que años más tarde defendería con denuedo la política de Roosevelt contra los grandes monopolios. En la sesión del Senado del 11 de enero, causó sensación cuando reveló que desde algún tiempo atrás, la Secretaría de Estado hacía una especie de simulacro de publicidad, "para tomar el pulso a los diarios acerca de la importancia que éstos darían a la publicación de declaraciones de la especie que contenía el memorándum de Kellogg". "El subsecretario de Estado. Mr. Olds —prosiguió Lafollette— invitó a su despacho a los representantes de la prensa para considerar con ellos el proyecto de propagar en los diarios del país la misma clase de informaciones, que luego se daba en dicho memorándum. No se discutió en esa ocasión la autenticidad o la naturaleza de esas informaciones, sino que se trató de cerciorarse de si la prensa metropolitana estaba dispuesta a destacar el hecho de que México se había convertido en el centro de las operaciones del gobierno ruso y de los comunistas del mundo contra el gobierno y el pueblo de Estados Unidos.

Después lanzó contra Kellogg una grave acusación, imputándole una omisión en el texto del memorándum:

> Es una omisión hecha en forma tal, que creo no ha sido hecha con otro espíritu que con el de simple mala fe.
>
> Mr. Kellogg cita al señor Tchicherin con relación al significado que dio el canciller ruso al reconocimiento de Rusia por el gobierno mexicano, pero descuidó mencionar siquiera las declaraciones oficiales emitidas por el presidente Calles, en respuesta a la comunicación, no obstante el hecho de que esas declaraciones aparecieron en la prensa de Estados Unidos durante los días que fueron transmitidas a Moscú.

Como Estados Unidos no había reconocido todavía al gobierno de la Unión Soviética —reconocimiento que sólo se haría años después, con Roosevelt —, los diarios habían atacado también a Calles, porque éste sí se había decidido a entablar relaciones con el Soviet. Lafollete leyó las declaraciones de Calles, de las cuales opinó:

> "Se trata de una afirmación de la más sólida política, expresada en un lenguaje que no titubeo en hacerlo mío. Es un lenguaje que no admite más que una sola interpretación, y en esta interpretación, que no puede ser otra, vemos que el presidente Calles ha hecho la advertencia oficial y explícita al gobierno de Rusia, de que México no toleraría a los Soviets ninguna de las actividades que pudieran crear alguna situación embarazosa en sus relaciones con cualquier tercer país. A pesar de esto, henos aquí ante el espectáculo de Mr. Kellogg en su viciosa "pose" de propaganda barata, omitiendo deliberadamente, en documentos proporcionados a todos los diarios del mundo, un documento que retrata al presidente Calles de cuerpo entero, y revela a las claras el espíritu de hombre público que el mismo Mr. Kellogg ha tratado de desfigurar, con toda sangre fría, ante la conciencia universal".

Otra sarcástica crítica fue la de Máximo Litvinoff, ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, quien volvió a burlarse de Kellogg:

> Los hombres de Estado de los países capitalistas adoptaron últimamente la costumbre de disimular su incompetencia en los problemas internos, o sus ambiciones agresivas en el terreno de la política internacional, bajo la revelación de supuestas intrigas o conspiraciones bolcheviques. Desautorizar seriamente esas declaraciones fantásticas equivaldría a afrentar a la opinión pública.
>
> De igual manera sería razonable atribuir a tales "intrigas" las inundaciones ocurridas en Estados Unidos, o los terremotos del Japón. Sea que la cuestión en debate se refiera a las huelgas mineras en Gran Bretaña o al ataque de la marinería contra la independiente república de Nicaragua, o al fusilamiento de gentes en Java y Sumatra

por la policía holandesa, siempre sale a relucir las misma justificación: los complots y las intrigas del gobierno bolchevique.

Constituiría simplemente un insulto a la opinión pública si me pusiera a repudiar tan fantásticas explicaciones. Estoy familiarizado con las resoluciones de la Tercera Internacional. Desgraciadamente no estoy en situación, por el momento, de verificar las citas que de ellas hace Mr. Kellogg, pero estoy también familiarizado con las malignas resoluciones de la Federación Norteamericana del Trabajo en contra de los fundamentos del régimen soviético. Es tan ridículo justificar los ataques de la marinería norteamericana contra Nicaragua por las censuras al imperialismo, contenidas en las resoluciones de la Tercera Internacional, como lo sería el justificar el fracaso de las pérdidas de las cosechas en la Unión Soviética por las resoluciones de la Federación Norteamericana del Trabajo.

The Evening World, de Nueva York, no gastaba en cambio tanta ironía en su editorial de la misma fecha:

Mister Kellogg es un pobre de espíritu, nervioso, mal informado e inadecuado anciano, que no tiene la fuerza mental ni la entereza de carácter necesarias para enfrentarse a la tremenda presión que se está ejerciendo para romper con México, derrocar a Calles y establecer —si es preciso por medio de la intervención armada— un gobierno de mexicanos que se someta a los intereses de este país. El memorándum al Senado fue escrito con el objeto preconcebido de envenenar la mente del pueblo norteamericano y de llevarlo a la guerra.

Los pedidos francos y las veladas insinuaciones para que renunciara Kellogg comienzan a sucederse en la prensa y en el Congreso. Un nuevo editorial del *Evening World* preguntaba: "¿Es el alto comercio norteamericano tan ingenuo que crea poder tratar a los pequeños países a puntapiés y puñetazos hoy, y ganar de nuevo su buena voluntad al sonreírles mañana?". Por su parte, *The World,* el día 16, no publicaba su acostumbrado editorial. En cambio, ocupando su espacio en primera página y a cuatro columnas, una caricatura mostraba a un periodista golpeando a las puertas del Departamento de Estado y preguntando: "¿Qué razones alega hoy para justificar la intervención en Nicaragua?".

La intencionada pregunta se basaba no tanto en el torpe intento de Kellogg y Olds para influir sobre la prensa desinformándola, sino también, como lo observa el historiador Wood, en lo "evidentemente inadecuado" de las explicaciones oficiales para tratar de fundamentar la rápida ampliación del papel de los soldados estadounidenses en Nicaragua:

"A principios de 1927, en el curso de dos semanas, el gobierno ofreció a un público cada vez más hostil y escéptico, no menos de nueve justificaciones distintas de su política en Nicaragua, separadas cronológicamente. Todas estas diversas justificaciones fueron atacadas por un creciente coro de opinión pública, dirigido por muchas potentes voces [...][46]".

A juicio del mismo Wood, el mensaje de Coolidge al Congreso "puso término finalmente a la diaria emisión de justificaciones por el Departamento de Estado", pero al propio tiempo "puso oficialmente en claro, por primera vez, que el asunto de Nicaragua era parte de una crisis de relaciones con México" y provocó además el temor de un conflicto bélico, iniciando lo que podría llamarse una "alarma de guerra", que duró unas dos semanas.

El *New York Times,* que el 29 de diciembre de 1926 apoyaba en un editorial la política de Coolidge, alegando que "todo lo que hacemos tiene al menos por objeto, ayudar y proteger a las repúblicas más débiles de este continente; más que dominarlas o despojarlas; si esto es

[46] Wood, Bryce, *op. cit.,* pág. 15.

imperialismo, saquen de ello el mayor partido", cambió desde comienzos de año su actitud desafiante, frente a la reacción operada en la opinión pública mundial, y se sumó a las críticas en contra de la administración Coolidge. El *Times* de Londres por ejemplo, en aparente respuesta al *Times* de Nueva York, apuntó: "Quizás Estados Unidos no esté dispuesto a que se le nombre entre las naciones imperialistas, pero los fundadores de su comercio han creado intereses norteamericanos en países vecinos subdesarrollados, cuyos recursos naturales ofrecen ventajosos mercados al desbordamiento de la riqueza nacional". Y también el *Daily News* de Londres, se permitía calificar al discurso de Coolidge como un disparate que demostraba "la hipocresía de la filosofía moral norteamericana en la política internacional".

Opiniones como las precedentes no eran sino un eco multiplicado de las que se vertían prácticamente en el mundo entero. Para su gran sorpresa, Coolidge y Kellogg descubrieron que en vez de Calles y México, los que estaban en el banquillo de los acusados eran ellos y Estados Unidos. Hasta el propio ex secretario de Estado, Charles E. Hughes, declaró que "los países latinoamericanos son amigos y debe tratárseles en forma amistosa". No mucho después, de nuevo, el *New York Times* volvía a llamar a la cordura al gobierno, con razones de más peso, al apuntar que el "resentimiento" que se estaba formando en América Latina, "podría fácilmente inclinar la balanza en favor de los exportadores europeos", pues "sin duda influye eso que se llama 'sentimiento', aun en los asuntos internacionales". Y agregaba el "consejo" fraterno de que la Unión debía tratar con los países latinoamericanos dentro de "un espíritu prudente y conciliador", porque "aunque no podemos dejar de sentirnos muy superiores a ellos, en el fondo de nuestros corazones, no es prudente ni provechoso tratarlos como si se les considerase inferiores"[47]. En esta pragmática recomendación se advertía la inminencia de un cambio.

IX

El día 15 Díaz envía un telegrama a la embajada nicaragüense en Washington, proponiendo conceder a los liberales varios puestos judiciales y ejecutivos, y decretar elecciones en 1928 bajo la supervigilancia yanqui. Todas las reclamaciones surgidas por la revolución serían resueltas por una comisión tripartita, integrada por liberales, conservadores y... yanquis. Los liberales tendrían que entregar previamente sus armas, las que les serían pagadas por su gobierno. La declaración abogaba por la "protección del gobierno de Estados Unidos contra las intenciones del gobierno mexicano" y proponía "mantener únicamente una fuerza de milicia para el servicio policial, de acuerdo con el Tratado de 1923", la que sería "instruida" por una misión de Estados Unidos. Naturalmente, no podía faltar el tema predilecto de Díaz: prometía "la emisión de un gran empréstito para la construcción de carreteras y ferrocarriles bajo la supervigilancia de Estados Unidos".

> "Dicho empréstito será invertido bajo el control de Estados Unidos y desde luego es obvio decir que las mejoras conseguidas serán tan beneficiosas a los conservadores como a los liberales. La cooperación del gobierno de Estados Unidos en la solución de nuestros problemas hará que podamos obtener tal empréstito en términos razonables. Desgraciadamente existen en Estados Unidos personas bien intencionadas que han sido influidas por la falsa y maliciosa propaganda de parte de los agitadores políticos latinoamericanos e inspirada en la que ellos llaman imperialismo de la Unión en Nicaragua.
>
> Negarnos a nosotros mismos la oportunidad de desarrollar nuestras riquezas por temor a la dominación del capitalismo norteamericano, es simplemente privar a nuestro pueblo de su única esperanza de conseguir un más elevado nivel de vida. Y nosotros no

[47] *The* New *York Times,* 26 de enero de 1927.

> tememos al capital norteamericano. Nosotros hemos comprobado que los banqueros norteamericanos han hecho más para el mejoramiento de muchos pueblos latinoamericanos que todos los llamados agitadores contra el capital norteamericano, dentro y fuera de América, o de los que se titulan amigos de la independencia de los pueblos de Latinoamérica, en los propios Estados Unidos. Nosotros no podemos razonablemente abrigar el temor de perder nuestra independencia por el hecho de contraer más deudas, sino que más bien debemos creer que las conquistas que podamos realizar con la ayuda del capital extranjero y sus empresas, alcanzaremos la independencia económica necesaria para la verdadera independencia política entre las demás naciones del mundo.
>
> Pido al pueblo norteamericano que no preste oídos a la mal guiada y poco sincera crítica de los agitadores profesionales de la América Latina, o de los propios norteamericanos que no alcanzan a comprender nuestras necesidades. La amistosa intervención de funcionarios amigos para el arreglo de nuestras dificultades políticas que conduzcan a una paz permanente; la eficiente ayuda de los técnicos financieros y de capital prestado en términos favorables para proyectos constructivos, solamente ésos son los medios de ayudarnos a remediar nuestros males. Por solicitar esa ayuda he sido frecuentemente acusado injustamente, pero abrigo la plena confianza de que el veredicto de la historia justificará mi política y la de mi partido".

El 14 de enero, Henry Parkes Cadman, Jefe del Consejo Federal de las Iglesias Cristianas de Estados Unidos, declaró estar a favor de un arbitraje con México y en contra de cualquier invasión. La declaración de tan influyente personaje movió a su vez a una organización pacifista, el Consejo Nacional de Prevención de la Guerra, a enviar sendas copias de ese documento a unos setenta mil clérigos, pidiéndoles que apremiaran a su grey y a sus diputados para que influyeran en favor de la paz. Y como suele ocurrir en Estados Unidos cuando una causa tiene adeptos, bien pronto, como lo refiere Wood, "torrentes de cartas y telegramas inundaron el Congreso, la Casa Blanca y el Departamento de Estado". El 16 de enero, añade Wood, "la prensa pudo observar un nuevo ambiente pacífico en Washington".

Aquel mismo día, el presidente de la Federación Norteamericana del Trabajo, William Green, declaraba que los obreros estadounidenses se oponían a una guerra con México y que no creían que los obreros mexicanos tuviesen "tendencias bolcheviques". Pronunciamientos de parecido tenor hicieron el presidente de la Universidad de Columbia, Nicholas Murray Butler, y el conocido periodista William Allen White, quien viajó especialmente a Washington para entrevistar a Coolidge, y pedirle que "resolviera amistosamente las cuestiones con México y Nicaragua". Además, en la misma Universidad de Columbia se realizaba un acto estudiantil, en cuyo transcurso censuraron a Coolidge, el clérigo, historiador y profesor Samuel Guy Inman y el presidente de la Liga Patriótica Nicaragüense, Walter Herrador.

En el Senado, de nuevo el incisivo Borah tronaba su disconformidad, esta vez al comentar el pedido de Adolfo Díaz:

> "La declaración demuestra que Díaz está incapacitado y es peligroso como presidente de Nicaragua. Hace toda clase de esfuerzos, mediante manifestaciones falsas y exageradas, por envolvernos en dificultades con México. Sus intereses estarían servidos si este gobierno estuviese en guerra con México, y está empleando todos los medio para provocar esa situación; por consiguiente, nuestro gobierno debería retirar su reconocimiento a Díaz".

Le acompañaba en su argumentación un editorial de *The Evening World:*

> Aunque la conducta del gobierno en Nicaragua y en México es incalificable, los amantes de la paz y de la justicia deberán sentirse complacidos al contemplar el levantamiento indignado del pueblo de Estados Unidos contra estos movimientos imperialistas. Es además halagador, descubrir que los norteamericanos están cansados de que se les presente a cada rato el fantasma del bolcheviquismo, con el fin de

despertar el apoyo del público. Una guerra con México, que tuviera por causa la cuestión de Nicaragua, sería un crimen. El gobierno empieza a retroceder, pero es posible que escuchemos otra "explicación", en cuanto Mr. Kellogg pueda cobrar aliento.

Al día siguiente, 17 de enero, *The World* arremetía a su vez:

Sólo por la fuerza de la opinión pública, el país supo impedir que su gobierno obrara en una dirección contra la cual no existía ninguna oposición exterior. Son muy contados los casos en que un pueblo pletórico de fuerzas haya actuado espontánea y voluntariamente como freno para la acción de su gobierno, pese a la tentación de una fácil conquista. La victoria así obtenida debe ser ahora consolidada. A Mr. Coolidge se le brinda la gran oportunidad de transformar su política de violencia, que prevalecía hasta la semana pasada, en una política que esté más de acuerdo con la voluntad expresada por el pueblo norteamericano. La cuestión de si al obrar así le puedan servir o no instrumentos como los señores Kellogg, Sheffield y otros plutócratas de menor cuantía, que hasta ahora sólo se ocuparon de complicar los asuntos, debe ser resuelto por el mismo presidente Coolidge.

Es de la mayor importancia que nada de lo que se haga en Nicaragua pueda dar lugar a la más leve sospecha. Si accedemos a las instancias de Díaz, convirtiendo a Nicaragua en un protectorado militar, nos encargamos con ello de mantener en el poder a un gobierno impopular, lo que constituirá una manifestación de imperialismo, en la acepción más genuina de la palabra, y probablemente un ejemplo y precedente para México, absolutamente contrario a los intereses y deseos del pueblo norteamericano.

No necesitamos trazar un cuadro idealista de la democracia en América Latina, pero tampoco nos corresponde adoptar actitudes cínicas. La democracia en América Latina y en otras partes será quizás una ilusión, pero el sentimiento nacional no lo es, sino que constituye una de las fuerzas más poderosas que actualmente conmueven al mundo, de modo que no puede haber una política norteamericana inspirada en principios sanos, que no acepte el sentimiento nacional como uno de los factores fundamentales.

Al promediar la primera quincena de enero, el vuelco de la opinión pública en favor de una solución pacífica se había hecho tan perceptible, que algunos observadores predijeron un cambio en la intransigencia de Coolidge, no obstante su duro empecinamiento. Para comprender su tozudez, bien valdrían estas pinceladas que sobre su persona y su actuación trazó un cronista de su época:

"No era un dirigente audaz ni pretendía serlo. No seguía estrella alguna, no se lanzaba al ataque de reducto alguno. Teniendo en cuenta el hecho de que estuvo en la Casa Blanca durante cinco años y siete meses, su historia presidencial resulta sorprendentemente negativa [...].

"En cuanto a política exterior [...] mantuvo con astucia un aire de magnífica despreocupación [...]. Aparte de la tardía solución de los problemas nicaragüense y mexicano, y de la defensa de este tratado (Kellogg-Briand) un tanto inocuo, la política de la administración Coolidge consistió en cobrar el dinero que se le debía (incluso a expensas de considerables resentimientos), mantener una atenta vigilancia sobre la expansión del imperio financiero norteamericano y dejar las cosas como estaban en todos los demás aspectos [...].

"Mantuvo el *statu quo* en beneficio del mundo de los negocios [...]. Política carente de inspiración y de heroísmo, se sugerirá. Pero fue sincera. Calvin Coolidge creía honradamente que al intervenir lo menos posible y al aliviar las cargas impositivas de los ricos, beneficiaba a todo el país [...]. El gran dios de los negocios reinaba supremo

> en el país y Coolidge tuvo la fortuna de convertirse casi en un semidiós, al rendir discreta pleitesía ante su altar"[48].

Como el petróleo era la principal lámpara votiva de ese altar, Coolidge le dedicó su morosa atención mientras pudo hacerlo. Cuando se echó encima a la opinión pública nacional y mundial, trató aún de resistir, pero fue Kellogg quien comprendió que el país no aceptaría entrar en guerra con México en defensa de las propiedades de los Sinclair, los Mellon y los Doheny —además de las de la Standard Oil—, a todos los cuales habían salpicado las escandalosas revelaciones legislativas, que siguieron a la muerte del presidente Harding.

De modo que cuando el senador Joseph Robinson logró el 20 de enero, que el Comité de Relaciones Exteriores del Senado aprobara por trece votos contra tres la moción de que el problema con México fuese resuelto por medio del arbitraje, Kellogg anunció que tal proyecto merecía sus plácemes y que coincidía con sus propios deseos. Sin embargo, Coolidge aún se resistió, contradiciendo a su propio secretario con el alegato de que era derecho inalienable de toda persona "poseer una propiedad", de la cual no podía privarle "ningún gobierno, a menos que se le pague". Empero, cuando el propio Senado aprobó el 25 de enero el proyecto Robinson, por 79 votos contra cero, la unanimidad aplastante le movió a resignarse, no sin algunos intentos más de resistencia. En opinión del *New York Times* del 23 de enero, "fue la opinión del mundo la que triunfó. Este es el logro, esa es la seguridad de saber hoy que el criterio reflexivo de la humanidad, está del lado de la paz y positivamente contra la guerra".

México se libraba de la intervención armada. Mas Nicaragua, que no había sido contemplada en la resolución Robinson, no tendría la misma fortuna.

[48] Lewis Allen, Frederick, *Apenas ayer.* Editorial universitaria de Buenos Aires (EUDEBA). Buenos Aires. 1964, págs. 219-222.

CAPÍTULO V

LA MAREA DE LOS CASCOS INVASORES

Suena al Norte,
Suena al Norte la armadura de los bárbaros.
Yo ya puse mis oídos en la tierra
de igual modo que los indios, mis hermanos,
cuando altivos, temblorosos de soberbia,
escuchaban la marea de los cascos invasores
hace cuatrocientos años;
he oído sobre el seno de la tierra
y he sentido, sofocado,
—cual si el eco rebotase en mis arterias—
el avance poderoso de los bárbaros.

FÉLIX CALDERÓN AVILA
Canto a Centroamérica.

I

Se había podido, pues, impedir que Estados Unidos interviniera en México. El presidente Plutarco Elías Calles había logrado aparentemente capear el temporal descargado por las empresas petroleras norteamericanas. Había sabido suscitar diferencias entre los distintos grupos y crear entre ellos conflictos de intereses, esos intereses, que según Silva Herzog[49], "chocaban a menudo en aquel hervidero de ambición y codicia. Había luchas entre grupos opuestos, y las había aun cuando parezca increíble [...] hasta en las filiales y subsidiarias de un mismo grupo, luchas que se traducían en litigios enconados, oscuros y muchas veces sangrientos. Alrededor de los *gushers* más extraordinarios [...] giran sombrías historias de chicanas, robos, plagios, incendios y asesinatos".

[49] Silva Herzog, Jesús, *Un ensayo sobre la Revolución Mexicana*. Cuadernos Americanos, México, 1946.

Tal como lo hemos señalado páginas atrás, la política de Calles de reducir el tiempo para la confirmación de derechos petroleros, y de uniformidad de disposiciones para los dueños de la superficie y arrendatarios, había provocado toda clase de amenazas de intervención por parte del gobierno de Washington. Según lo señala Silva Herzog, la actitud del Departamento de Estado "fue dura y agresiva". Algunas compañías "se retiraron en parte o totalmente del país, para ir a explotar los campos venezolanos que habían entrado al rango de productores de primer orden. Muy poco tiempo después se resolvió el problema entre el gobierno y las compañías. El gobierno de México se vio obligado a aceptar el principio de la no retroactividad, valiéndose de complicados eufemismos y rodeos jurídicos, ante la presión de la cancillería norteamericana".

Los graves problemas internos mexicanos probablemente guiaron los cautelosos pasos de Calles en su relación con Washington. Habíase comenzado a acelerar la entrega de tierras a los campesinos, como uno de los medios de cumplir con la Revolución; paralelamente, el maestro de escuela que era Calles promovía un plan extraordinario de educación primaria y rural, y comenzaban a organizarse ligas agrarias y sindicatos obreros. Surge con fuerza potente la CROM, poderosa central obrera acaudillada por Luis N. Morones. Al mismo tiempo, el conflicto religioso adquiría características de franca insurrección: los "cristeros", ejércitos de fanáticos, se lanzaron a una virtual guerra civil.

El pragmatismo de Calles iba a conducirle a rebajar el nivel de su intransigencia, respecto del artículo 27, sin renunciar a sus postulados. Cesó de "radicalizar" su posición frente a las empresas petroleras y llevó paulatinamente las cosas hasta un *statu quo* perfectamente conveniente para la tranquilidad de la Standard Oil y de sus personeros, dando a México un respiro de paz y tranquilidad, por lo menos en el orden de sus relaciones exteriores, normalmente maltrechas en lo que a su poderoso vecino del Norte se refiere.

La transición se operaba por ambas partes, como lo indicaba el proyecto del senador Joseph Robinson. Miles de telegramas y cartas llegaban entretanto a Washington, apoyando la idea del arbitraje, al mismo tiempo que las demandas exigiendo la renuncia de Kellogg se tornaban más insistentes.

Debía entrar en vigor la ley de propiedad territorial para ciudadanos extranjeros, que establecía un registro —por cuenta del Ministerio de Relaciones Exteriores— donde los interesados hacían renuncia formal del derecho que pudiera asistirles, para solicitar protección de sus respectivos gobiernos, en conflictos suscitados dentro de la jurisdicción mexicana. Gran número de propietarios, tanto norteamericanos como de otras nacionalidades, cumplieron el requisito, inscribiéndose. No así treinta y una compañías petroleras, entre ellas las de Águila, Huasteca, Richmond y Transcontinental, que presentaron apelaciones ante los tribunales, procurando demorar su cumplimiento. Esas mismas compañías protestaron contra la idea del arbitraje, alegando la promesa hecha por el gobierno de la Unión de "garantizarles sus derechos". El 21 de enero Calles declaraba estar dispuesto a aceptar en principio, que las "dificultades" con Estados Unidos fueran resueltas por arbitraje, y el 25, el Senado de la Unión aprobaba por unanimidad la moción Robinson, según el siguiente texto:

> Se resuelve, que si bien por virtud de su soberanía, el gobierno se halla en el deber de proteger la vida y la propiedad de sus ciudadanos residentes en el exterior, deber éste que no puede ser descuidado ni postergado, es de muy buena política —consistente con el honor nacional, con los bien entendidos intereses de Estados Unidos y con la promoción de la paz y de la buena voluntad internacional— someter a un tribunal arbitral, el cual deberá explicar las fórmulas consagradas del derecho público, las controversias con México sobre confiscación o anulación de los derechos de propiedad adquiridos por ciudadanos o corporaciones norteamericanas en dicho país.
>
> Que el convenio para la celebración del arbitraje deberá contener una específica protección de todos esos derechos, mientras duren las negociaciones arbitrales, quedando sin embargo, aquéllos sujetos a la decisión final a que se llegue.
>
> Que con espíritu de amistad y de buena voluntad deben realizarse los más empeñosos esfuerzos para concluir convenios, que obliguen a ambos gobiernos a adoptar una política que observe y ponga en vigor los laudos que puedan dictarse como resultado de estas negociaciones arbitrales.

El 26 de enero, en otro de los innumerables debates acerca de la situación en Hispanoamérica, el senador republicano Hiram Bingham sostuvo que Kellogg poseía las pruebas de la intervención de Calles en Nicaragua. Le contestó Wheeler, preguntándole: "Si así fuera, ¿por qué no las presentó cuando se las pedimos?" Tres días más tarde, el fogoso senador por Montana volvió a la carga:

> "Estados Unidos han abrazado una política imperialista execrable —dijo—. ¿Cuánta no es nuestra cobardía y de cuánta bajeza no somos culpables al permitir que unos cuantos mercenarios de la ciudad de Nueva York arrebaten las soberanías de pueblos como Haití, Santo Domingo, Nicaragua, México o cualquier otro?
>
> "¿Vamos a consentir que nuestros compatriotas obtengan concesiones o títulos mediante 'coimas' y corruptelas, de países débiles y atrasados, que después serán oprimidos por nuestros soldados, para que aquellas concesiones sean respetadas? Mi temor es que si el Congreso no puede obligar a Mr. Coolidge y a Mr. Kellogg a cambiar su actitud imperialista en México, tan pronto como se aplacen las sesiones legislativas se producirá el retiro del reconocimiento al gobierno mexicano, el cual debiera ser inviolable. A este retiro seguirán los tiroteos, y veremos entonces a nuestros soldados salir de los cuarteles para guerrear en tierra mexicana".

II

En Washington, la oposición del gobierno a las leyes petroleras mexicanas adquiere otro matiz, cuando se revela que una de las empresas más grandes afectadas por la ley es la Gulf Oil Corporation, en la que poseen una participación fiscalizadora el secretario de Hacienda, Mellon y su familia. Mellon confirma que la Gulf Oil se resistió a aceptar las nuevas disposiciones, pero niega que él posea su fiscalización y agrega que "no ha ejercido su derecho al voto en la dirección de la compañía" desde que empezó a desempeñar su cargo oficial; que no es él sino W. L. Mellon, su sobrino, el presidente de esa empresa. Pero *The World* denuncia que la mayor parte de la producción petrolera de México está fiscalizada por los "cuatro grandes", que son Doheny, Sinclair, Mellon y la Standard Oil. Su corresponsal en Washington, Paul Anderson, informa que no es un secreto para nadie que Mellon es el miembro del gabinete que más influencia ejerce sobre Coolidge, influencia que confirma el senador Reed, al sostener que "Mellon domina al gobierno".

El 3 de febrero, el Senado de la Unión aprueba un proyecto de resolución, por el cual se solicita al secretario de Estado "toda la información referente a la forma en que el gobierno mexicano obliga al cumplimiento de las leyes sobre tierras y que afectan a los intereses norteamericanos". Igualmente le solicita el nombre de los norteamericanos y de las sociedades de ese país que poseen o pretenden poseer derechos sobre los terrenos petroleros de México.

El día 15, ante la Subcomisión de Relaciones Exteriores del Senado, el miembro de la Cámara de Comercio mexicana, José Bejarano, dio cuenta del boicot financiero y económico decretado en la Unión contra México, que estimó estaba dirigido desde el Departamento de Estado. Señaló que los banqueros yanquis se negaron a renovar los préstamos en México y que en algunos casos se negaron a concederlos, siendo muy sintomático el hecho de que las exportaciones de la Unión a su país fueran 10 millones de dólares menores en 1926 que durante el ejercicio anterior. Como irritante contraste, Kellogg declara ese día en el Senado que las compañías petroleras estadounidenses "controlan el 90 por ciento de los campos de petróleo de México, y que producen el 70 por ciento del petróleo de ese país".

El 28 de febrero, contrariando declaraciones de Kellogg en el sentido de que cuarenta y tres empresas petroleras en México se habían negado a aceptar las nuevas leyes, el presidente Calles, a pedido del senador Borah, informa a éste por carta, que solamente alcanzan a 22 las compañías recalcitrantes, lo que significa un seis por ciento del total. Las que aceptaron la ley explotan en conjunto 26.835.000 acres de tierras petroleras, en tanto que las que la

rechazaron —Standard Oil y los grupos Doheny y Sinclair—, 1.568.000 acres. Siguen así las fintas, las réplicas y contrarréplicas, las acusaciones y calumnias, pero aunque no se ha solucionado el problema, la situación en México ha pasado a segundo plano, en virtud de que los sucesos en Nicaragua llaman con más fuerza la atención de todo el mundo. No obstante, el peligro de intervención en México no ha cesado del todo.

El 19 de marzo. *The World* de Nueva York vuelve sobre la cuestión México:

> Los partidarios que la guerra tiene dentro del gobierno, no desean arreglar la disputa relativa a los yacimientos petroleros, sino derrocar al gobierno del presidente Calles: no buscan una solución del conflicto pendiente, sino una revolución en México y el establecimiento de un gobierno como el que existe en Nicaragua, es decir, que sea un instrumento en manos del Departamento de Estado. Este último, que está dominado por el partido que desea la guerra, quiere que el gobierno de México haga lo que se le ordene, como lo hacen Díaz en Nicaragua y Bornó en Haití. La abrogación de la prohibición de exportar materiales de guerra es el arma que el partido bélico siempre ha querido emplear para derrocar al gobierno mexicano.
>
> Habrá en el país una oposición suficientemente fuerte y bien preparada para hacer, con respecto a la actual intriga contra México, lo que hizo en ocasión de las intrigas internas bajo el gobierno de Harding. Necesitará algún tiempo, pero la hará.

Las observaciones de *The World* obedecían al anuncio de que se levantaría la prohibición de vender armas a quienquiera que las solicitase al sur del río Bravo. Como además del gobierno de Calles, los únicos que podían interesarse en compras de armamento eran los "cristeros" o cualquier otro militar que quisiera alzarse al estilo usual contra los poderes constituidos, era evidente que la medida del Departamento de Estado era una nueva reiteración del chantaje utilizado desde los tiempos de Taft y Wilson contra México y su pueblo.

No obstante esas muestras de hostilidad, Coolidge seguía jugando el papel de mansa ovejita, incapaz de dañar a nadie y admirada de que se pusiera en tela de juicio su mansedumbre e ingenuidad. El 25 de abril, con motivo del vigésimo aniversario de la creación de la *United Press,* pronuncia en el banquete alusivo un discurso, en el que refiriéndose al papel de la prensa, de la que tenía sobrados motivos para considerarse afectado, sostuvo:

> "...La otra actitud, que es igualmente peligrosa, consiste generalmente en ataques maliciosos y tendenciosos contra la conducta de nuestro propio gobierno, cuando se esfuerza por defender los derechos de los norteamericanos, en caso de ser éstos amenazados o invadidos por una nación extranjera.
>
> "Nuestro gobierno, por lo general, se ha mostrado demasiado remiso y no demasiado activo, para sostener los derechos de los ciudadanos norteamericanos en el exterior. Esa ha sido durante tanto tiempo nuestra política, que resulta inconcebible que pueda asumir ahora una actitud violenta...".

Leamos ahora de qué modo justificaba su actitud intervencionista:

> La persona y la propiedad de un ciudadano forman parte del dominio general de la nación, aun cuando se halle en el exterior. Por otra parte, hay una obligación importante por parte de los gobiernos que se respeten, que impone el deber de proteger las personas y la propiedad de sus ciudadanos, sea cual fuere el lugar donde se hallen.
>
> Estos principios están comprendidos en algunas de las dificultades que nuestro país ha tenido recientemente con otras naciones, y especialmente con México.
>
> En ese país el orden público jamás ha sido del todo completo. Pero últimamente, nuestras dificultades se han hecho mayores, a causa de la emisión de leyes por el mismo gobierno, las que a nuestro parecer, significan una confiscación virtual de la

propiedad de nuestros ciudadanos, hasta en los casos en que ésta se hallaba garantizada por títulos establecidos hace muchos años.

Durante más de treinta años el gobierno del presidente Díaz nos animó considerablemente para hacer inversiones de capitales y propender al desarrollo de toda clase de fuentes naturales de riqueza del país, lo mismo que de los medios de transporte y de las industrias. Después de terminado el gobierno del mencionado presidente, a consecuencia de una revolución, existió en el país el mayor desorden, sucediéndose los primeros magistrados, los unos a los otros, rápidamente.

Después de relatar los acontecimientos ocurridos en México hasta el momento en que, gracias a la formal garantía de que las propiedades norteamericanas serían respetadas por el general Obregón, éste fue reconocido por Washington, Coolidge añadía:

Durante el invierno de 1924 iniciáronse actividades revolucionarias en México, las que al parecer iban a lograr la renuncia del presidente Obregón. Para evitar esto, nuestro gobierno abasteció de armas y municiones a este último, acordándole créditos a largos plazos y dándole la ventaja de nuestro apoyo moral. Nuestra ayuda lo mantuvo en su puesto.

Tan pronto como asumió el poder el presidente Calles, éste, de conformidad con el Congreso mexicano, presentó una serie de proyectos de leyes y ordenanzas que consideramos como una amenaza de confiscación de la propiedad de nuestros ciudadanos. Privada de todo carácter técnico y discusiones legales, es ésta la principal controversia que nuestro gobierno tiene ahora con el de México. No pretendemos negar su derecho a apoderarse de cualquier propiedad, siempre que pague una compensación justa.

En lugar de desear que prosiga cualquier agresión o participar en cualquier opresión, estamos tratando de demostrar a su gobierno, por intermedio de los más amistosos oficios, que su actitud en lo que se refiere a la propiedad, no solamente traerá como resultado un perjuicio económico para su propio pueblo, al impedir la inversión de capitales extranjeros tan necesarios para su desenvolvimiento, sino que entorpecerá grandemente sus relaciones amistosas con cualquier otra nación interesada.

Es una ley principal y un principio que la propiedad privada no debe ser tomada sin una compensación justa. Este principio figura en nuestra Constitución nacional y en la de los demás Estados. No conozco ninguna constitución escrita que no contenga una cláusula similar.

Posiblemente México siente que el derecho de hacer una Constitución y aprobar leyes es privilegio de su soberanía, y no permitiría que se hiciera de ello cuestión. En consecuencia, parece que es más probable que podamos asegurar un arreglo por medio de negociaciones. Me complazco en informar que el embajador de México ha declarado recientemente que México no tiene la intención de confiscar nuestra propiedad y ha demostrado diligencia en apresar y castigar a aquéllos que asesinaron a ciudadanos de nuestro país, y ha expresado el deseo, que compartimos en un todo, de mantener cordiales y amistosas relaciones.

Luego el presidente yanqui expresó, con relación al “problema” de Nicaragua:

Durante una docena de años hemos mantenido una fuerza de marinería en aquel país, a solicitud insistente de su gobierno. En ese tiempo, el pueblo se mantuvo pacífico, ordenado y próspero y se redujo grandemente la deuda nacional. Casi enseguida que yo retiré las fuerzas de marinería, estalló una revolución. Finalmente, el Congreso designó un presidente de la República; nos parecía, como a otros países centroamericanos, que su título era constitucional y en consecuencia, nosotros lo reconocimos. Como los desórdenes continuaban, y ante la declaración de que él no

podía proteger las vidas y las propiedades de los norteamericanos, envié una fuerza de marinería con ese propósito.

Indudablemente, su presencia impidió que las ciudades más grandes fueran víctimas del saqueo, y la lucha se confinó en su mayor parte a zonas no habitadas. Vendimos armas y municiones —como hicimos en el caso de México— al gobierno de Nicaragua. Las fuerzas revolucionarias estaban recibiendo al parecer, armas y municiones procedentes de alguna fuente en México.

Además, y aparte de la propiedad privada de nuestros ciudadanos en que se efectúan principalmente operaciones agrícolas y de aprovechamiento de maderas de construcción, nuestro gobierno se ha asegurado el derecho de construcción de un Canal y el establecimiento de una base naval, por todo lo cual ha pagado la suma de tres millones de dólares.

Contrariamente a la impresión general, no existen propiedades petrolíferas en Nicaragua, por más que he visto caricaturas que representan a ese país lleno de pozos de esa naturaleza. Nuestro país consume grandes cantidades de petróleo y nafta... Si estos productos quieren conservar un precio razonable, lo que es de suma importancia para una gran parte de nuestra población, nuestros ciudadanos, que van al exterior para explotar nuevos yacimientos con los cuales aumentar la producción, deben ser animados y ayudados por nuestro gobierno.

No hacemos una guerra mayor en Nicaragua que la que hace un agente de policía a un transeúnte. Estamos allí para proteger a nuestros ciudadanos y a su propiedad contra la destrucción por la guerra y a la vez, para animar en la medida de nuestras fuerzas a los que desean la restauración de la paz. Mientras que la destrucción de vidas y propiedades ha sido ya así, bastante seria, a no ser por la presencia de nuestras fuerzas militares, hubiera sido mayor.

Hacia los gobiernos de las naciones de este lado del Canal de Panamá que hemos reconocido, sentimos una responsabilidad moral que no existe para con los demás países... Nos hemos propuesto desanimar a los revolucionarios dentro de esta zona y propender a la solución de las diferencias políticas por el método pacífico de las elecciones... Este territorio es rico en fuentes de riquezas naturales, y guiado por gobiernos ordenados, es capaz de llegar a un grado de desarrollo tal, que todos sus habitantes puedan disfrutar de beneficios de una moderna civilización.

No deja de ser curiosa la circunstancia de que muchos de los que se mostraron más entusiastas cuando se trataba de intervenir en los países del Asia (alude a Borah), tan lejanos y en los que no teníamos otros intereses que los que nos ligan a la humanidad en general, han sido los que más han criticado la actitud de nuestro gobierno cuando intervino, con el único fin de propender al mantenimiento del orden, a la continuación en el poder de gobiernos legalmente establecidos y a la protección de la vida y propiedad de nuestros ciudadanos bajo el dominio general de la ley en estos países, que están tan cerca de nosotros y donde tenemos tantos y tan importantes intereses.

El discurso terminaba con estos conceptos:

Un período reciente ha colocado a Estados Unidos en una nueva posición en el mundo, y tendremos que soportar las inevitables críticas y tratar de descargarnos de las inevitables obligaciones surgidas de esta condición.

[...] Aunque intentáramos prestar nuestra ayuda para componer las dificultades y apoyar el derecho internacional, debemos esperar que se nos acuse de fines imperialistas. En nuestras actividades internacionales debemos mantenernos a la altura de la justicia y de la equidad. Debemos ser calmos en tomar la ofensiva y rápidos en conceder el perdón. El mundo sabe que todo el genio de Estados Unidos siempre apela a la justicia, en apoyo de los derechos universales de la humanidad.

La civilización del mundo se ha conseguido por medio de la aceptación y la observancia general de reglas definidas de la conducta humana. Nuestro deber pide que

se entienda bien claramente, tanto en el interior como en el exterior, que no perdemos la fe en esos principios. Aquéllos que los violan no pueden esperar que les concedamos nuestra aprobación. Debe observarse especialmente tolerancia para aquéllos que todavía luchan para mejorar las condiciones de su propio pueblo y para conquistar una mayor libertad. Apoyamos las demandas de derecho y justicia, e igualmente somos solícitos en la observación de los llamamientos de merced y compasión.

Nos hemos permitido esta amplia transcripción del extensísimo discurso de Coolidge, como nueva prueba de su pensamiento. Sus afirmaciones prácticamente no merecen comentario alguno, ya que son de por sí lo suficientemente explícitas como para precisarlo. No obstante, *La Prensa* del día siguiente, en editorial del 27 de abril, titulado: "Declaraciones inconcebibles"', analiza el discurso en párrafos que merecen ser transcritos. Así, después de referirse a una afirmación del orador calificándola de "enormidad jurídica", y a otras como "peregrinas declaraciones", señala:

El delirio imperialista hace ver un enemigo del ejercicio de derechos incuestionables, en aquél que se levanta en defensa de ellos, en aquél que considera inconcebible pronunciar en el siglo XX palabras como éstas *(cita a continuación el párrafo final del discurso, luego del cual prosigue):* El mundo civilizado rechaza semejante tutela de Estados Unidos. Ningún país de la América Central hizo a sus sentimientos llamamientos de merced y compasión. Y por el contrario, la opinión pública universal pronuncia su repudio enérgico, su condenación más profunda contra un gobierno que declara, con despreocupación desconcertante, que América está dividida en dos por el Canal de Panamá; "que se ha propuesto a desanimar a los revolucionarios", dentro de la zona ubicada a su Norte... en "países que están tan cerca de nosotros y donde tenemos tantos y tan importantes intereses".

El concepto últimamente transcrito revela que el presidente Coolidge se siente afectado por las censuras que su política de fuerza merece en su propio país, donde muchos hombres de largas vistas y con ellos una parte respetable de la opinión nacional, se alarman ante el daño resultante para Estados Unidos, del desprestigio producido por sus actos de decidido imperialismo.

Cuando los pueblos libres del mundo esperan que gobierno norteamericano se rectifique, su primer funcionario incurre en el grave error de defender conceptos que condena el derecho de las naciones.

III

La reacción del presidente Calles ante el discurso de Coolidge fue placentera. Entrevistado por la *United Press,* expresó su complacencia por el tono conciliatorio de la perorata, pero estableció la responsabilidad de las empresas extranjeras en los conflictos de México, al añadir:

"La protección de los derechos legítimos, de acuerdo con el derecho internacional, es perfectamente justificable. Pero cuando los ciudadanos de un país fuerte adquieren propiedades en una nación débil y tratan después de conseguir protección contra violaciones supuestas o ciertas de esos derechos, antes de agotar los recursos legales del país, ello conduce, si la cancillería formula demandas demasiado contundentes o sin suficiente estudio, a una penosa situación para el país débil y a un ilegal e intolerable menosprecio por los nacionales de los países más fuertes, que cuentan con la amplia protección de sus cancillerías.

"Pero estas diferencias no tienen importancia cuando las naciones, débiles o fuertes, poseen la conciencia de sus responsabilidades y apoyan firmemente su tesis,

> no permitiendo que sean violados los justos derechos de nadie. Estados Unidos y México poseen esa conciencia y también los principios del honor gubernamental. El camino está abierto para una solución que asegura así definitivamente un acuerdo satisfactorio para todas nuestras dificultades."

Las declaraciones de Calles demostraban a los observadores políticos que algo estaba cambiando en las relaciones entre México y la Unión, y así lo señalaban los comentaristas ingleses, italianos y franceses.

A ese cambio imperceptible se refería Walter Lippmann, en un editorial que con su firma publicara *The World* el 13 de marzo, titulado: "Los derechos investidos y el nacionalismo en la América Latina". En él se ocupaba de la nueva política comercial de Estados Unidos, a la que consideraba de tanta trascendencia como la doctrina Monroe. Luego agregaba:

> Se está formando actualmente una nueva política. El problema que con ella se pretendía resolver, es el conflicto entre los derechos investidos de los estadounidenses en los recursos naturales de los países del Caribe y el creciente nacionalismo de los habitantes de dichos países.
>
> El establecimiento de amplios intereses de estadounidenses, en momentos en que el sentimiento nacionalista empezaba a afirmarse enérgicamente, creó una situación que ahora nos causa perplejidad con respecto a México y que probablemente nos causará nuevas perplejidades mañana en Colombia, Venezuela y otros países.

Después de referirse a la posición de Kellogg, durante todas las alternativas del conflicto con México, Lippmann sostenía:

> Si es que lo comprendo debidamente, Kellogg pretende que un título de propiedad, una vez adquirido, debe quedar intacto en su letra, su espíritu y su sustancia. Por su parte, Mr. Coolidge, si es que he comprendido debidamente a un portavoz oficial, agregó que los derechos de intereses investidos a un título incambiable, contra leyes de poder soberano, es tan claro, de acuerdo con el derecho internacional, que ni siquiera es cuestión que deba someterse al arbitraje.
>
> Si Kellogg se adheriría o no a tan estricto dogma, en caso de que México ofreciera mejores negocios a las compañías petroleras, es cosa que ignoro, pero lo indudable es que la forma rigurosa en la que ha sido formulada la pretensión estadounidense, ha producido abiertamente un choque entre dos principios irreconciliables, que son el de la soberanía nacional y el de los derechos adquiridos.
>
> El Departamento de Estado jamás ha explicado cuándo y dónde exactamente llegó a ser una ley de las naciones, que el soberano no tiene poder para efectuar un título establecido sobre propiedad. Porque si eso fuera una ley de las naciones, entonces la legislación en todas partes del mundo, inclusive en Estados Unidos, estaría sujeta a revisiones, no solamente por parte de los más altos tribunales internos, sino por los magistrados extranjeros y por ciudadanos extranjeros, cuyos derechos se encontraran afectados.
>
> Estriba allí verdaderamente el peligro de establecer como dogma sin restricciones, la teoría estadounidense, según la cual las inversiones de capitales estadounidenses en todos los países de la América Latina, son en rigor, extraterritoriales y que el Departamento de Estado, por su sola autoridad, puede ejercer las atribuciones de la Suprema Corte de Justicia, de acuerdo con lo establecido en la Enmienda XIV, sobre todos los gobiernos de los países del continente. Las responsabilidades en que incurriríamos de acuerdo a tal doctrina, no tendría fin.

El artículo terminaba sosteniendo que el resultado general de esa política sería el de echar sobre la Unión la mala voluntad de toda la América Latina, lo que "constituiría una amenaza no sólo para los capitales norteamericanos, sino para la seguridad de la nación".

El mismo diario trataba a los funcionarios del Departamento de Estado, a cuyo cargo estaba la dirección de los asuntos mexicanos, de "colección de aficionados, sin experiencia alguna". Para probarlo, tomaba en consideración sus méritos y servicios, usando como texto el registro del personal del propio Departamento, que contiene la biografía de todos los miembros del servicio extranjero, y llegaba a la conclusión de que "no existe ningún funcionario en Washington que intervenga en esta cuestión, que pueda vanagloriarse de poseer conocimientos basados en experiencias adquiridas en México". El artículo circunscribía sus críticas a los funcionarios permanentes o semipermanentes, empezando por el subsecretario de Estado, Joseph Grew, quien había pasado 14 meses en la embajada de México como tercer secretario, hacía 21 años.

La estadística proseguía señalando implacablemente que ninguno de los otros cuatro subsecretarios o jefes de sección, Leland Harrison, J. Butler Wright, Wilbur J. Carr o Robert E. Olds, habían estado nunca en México. En cuanto a Francis White, jefe de la sección latinoamericana, jamás había estado en México, al igual que Franklin Mott Gunther, jefe de la sección mexicana del Departamento de Estado. Una excepción era Arthur Young, asesor económico, que había trabajado como empleado técnico en México hacía ocho años, durante 12 meses.

The World demostraba así que Coolidge y Kellogg dependían, para su información, de funcionarios que no tenían conocimiento alguno del México moderno, y en cuanto a los de la embajada, ninguno tenía más de tres años de experiencia continua en el país. Por lo tanto, preguntaba: "Con todo el respeto debido a todos los señores que nos aconsejan seguir ciegamente la política del actual gobierno, ¿es éste el modo de conducir los más importantes asuntos internacionales de Estados Unidos?"

No está aún debidamente establecido qué fue lo que realmente motivó el cambio en las relaciones entre Estados Unidos y México. Muchos factores podrían ser señalados como determinantes, todos ellos igualmente valederos, entre estos: la reacción operada en toda Hispanoamérica por la política agresiva de Coolidge; la reacción no menos importante operada en los propios Estados Unidos y sustentada por los sectores políticos de izquierda, los intelectuales liberales, y las alas avanzadas de los partidos Demócrata y Republicano; la inesperada derivación de los sucesos de Nicaragua, con la resistencia increíble del general Sandino; y factores políticos internacionales, entre ellos, la fuerza por la preeminencia mundial entablada con Inglaterra, y cuyo campo de batalla era la Liga de las Naciones, de la que la Unión no participaba, pero a la que combatía diplomáticamente, y cuyo fruto posterior sería el Pacto Briand-Kellogg.

Hay otro factor que merecería un análisis más exhaustivo, ya que aparece siempre por sus propios méritos en todos los litigios internacionales: el petróleo. No es éste, por razones obvias, el lugar en que tal estudio debería realizarse, pero conviene que el estudioso de los problemas de Hispanoamérica no lo descuide, ya que explicaría muchos cambios de fondo y de forma, aparentemente inexplicables. Por de pronto, baste señalar la renovación de la lucha de intereses petroleros, entablada entre la Standard Oil y la Shell, con motivo del acuerdo que la primera de ellas celebrara con el gobierno ruso, para la explotación de yacimientos que Deterding, personero del grupo inglés, consideraba como de su pertenencia. Paralelamente, la superproducción de petróleo en Estados Unidos, precursora de la superproducción en muchos otros rubros y causa entre otras del gran desastre que se aproximaba, estaba alcanzando, según el secretario del Interior, Hubert Work, "proporciones de desastre nacional". El 30 de agosto, en un discurso pronunciado en Búfalo ante la Asociación del Foro, Work sostenía que esa superproducción estaba perjudicando "a millones de personas que han hecho inversiones de capitales, al disminuir el valor de ese recurso natural irreemplazable". Al terminar su discurso, elogió "las tentativas que han hecho los industriales, a fin de acortar la producción", expresando además la posibilidad de que se haría una legislación especial al respecto.

¿En qué forma incidía el petróleo procedente de México en las cotizaciones de ese producto en la Unión? ¿Es o no posible que el petróleo mexicano contribuyera a la existencia de grandes cantidades en Estados Unidos y por lo tanto, a su desvalorización? La consideración precedente, sumada al incremento de las importaciones del mercado ruso, ahora abierto por la Standard Oil, ¿no contribuía acaso a tornar más crítica la situación? ¿No convenía más a los intereses yanquis optar por la importación o explotación de petróleo en Venezuela y Rusia, que no ofrecían todavía la resistencia de México, ni hacían oposiciones tan violentas? Todo ello es muy posible, y si se le añade la necesidad estadounidense de fomentar su penetración

comercial en Hispanoamérica —de lo que era significativa señal el discurso ya transcrito de Coolidge—, podríamos contar con una explicación del cambio en la orientación política de Washington.

IV

Estados Unidos quería liquidar de algún modo sus diferencias con Hispanoamérica, sin dejar de cuidar las formas y sin mostrar de modo alguno que había sido convencido o derrotado. Parte de esa política era la de organizar cuerpos armados para "salvaguardar el orden" cuidando pulcramente de que el jefe de los salvacionistas armados obedecieran sus deseos. Así, el 6 de agosto de 1927, el Departamento de Estado anunciaba que el primer destacamento de gendarmería nicaragüense, debidamente preparado y disciplinado, había comenzado a prestar servicios: setenta y ocho gendarmes, dirigidos por cinco instructores norteamericanos, habían partido de Managua para tomar a su cargo los servicios de policía de Chinandega.

El 16 de agosto, México y Estados Unidos prorrogaban de común acuerdo y por dos años, la convención general para el arreglo de las reclamaciones mutuas, acuerdo que debía vencer el 30 de ese mes. Kellogg y Téllez, el embajador mexicano, firmaron el acuerdo, las reclamaciones primitivas presentadas desde 1923 hasta el 30 de agosto de 1927, y que no tuvieran como base "las actividades revolucionarias", de lo cual se ocupaba una comisión especial. Según el nuevo convenio, la comisión no tenía jurisdicción sobre las reclamaciones presentadas después del 30, lo que evitaría que fueran discutidas por la comisión de reclamaciones petroleras en perspectiva, de acuerdo con la nueva legislación mexicana sobre yacimientos petroleros.

Finalmente, la noticia sensacional en las relaciones entre dichos países: el 20 de septiembre, Washington anunciaba oficialmente la designación de Dwight W. Morrow como embajador de la Unión en México. Coolidge, al comentar la designación, expresó que se hallaba muy satisfecho de que el nuevo embajador, "hubiera consentido el sacrificio de abandonar sus importantes negocios, para desempeñar una misión diplomática que el gobierno estima como una de las más importantes de las acreditadas en el extranjero". Ocurría que Morrow, socio de la firma S. P. Morgan, anunció que se retiraría de la empresa. El mismo día, en el mercado de valores se registraba una gran actividad en la adquisición de bonos mexicanos. Varias de las emisiones subieron de 1/4 a 4 puntos. Según la agencia *UP,* prevalecía la opinión de que Morrow trataría "de cualquier manera" de conseguir el aumento de los pagos del empréstito de Morgan, lo cual eventualmente hará subir los valores de esos bonos".

La casa Morgan, a la que Morrow pertenecía, estaba a cargo de la emisión los bonos de los empréstitos mexicanos, y se hallaba vitalmente interesada en la cuestión petrolera, por lo que mantenía desde hacía mucho tiempo un representante financiero en México. Según *UP,* esa circunstancia hacía decir en Washington, "que Estados Unidos en lugar de tener un representante del Departamento de Estado, tendría un representante extraoficial de los intereses financieros, con los cuales no siempre se ha colaborado en armonía, agregándose que ahora se ensayará el experimento de combinar las posiciones en un solo hombre".

Para el 23 de septiembre, el alza de los bonos había alcanzado no menos de cinco puntos. El 30, como símbolo de la nueva era que se iniciaba, Coolidge y Calles intercambiaban telefónicamente congratulaciones, con motivo de la inauguración del servicio telefónico entre Washington y la capital de México. A las ceremoniosas palabras de Coolidge, Calles, contestó: "Confío que el nuevo servicio tendrá una pronunciada influencia en las relaciones sociales de ambos pueblos y estoy convencido de que esta conversación marca el comienzo de una nueva era en la cual se evitarán, gracias a la facilidad de inmediata comunicación, muchos de los malentendidos que tan frecuentemente se producen en el desenvolvimiento normal de las naciones."

Desgraciadamente, el "malentendido" de Nicaragua seguía sin solución. Desprendido de la nariz que le diera nacimiento, el "caso" de Nicaragua giraba ya dentro de otra órbita, cobrando

una autonomía que la fuerza de los hechos se encargaba de acentuar, y que la protesta mancomunada de los pueblos de Hispanoamérica y de Europa difundía, creando la conciencia de la falacia que se escondía tras las pretendidas declamaciones sobre el panamericanismo y las bondades de la doctrina Monroe.

Entretanto, prosiguen las acciones militares en Nicaragua. En distintos puntos del país operan pequeñas partidas armadas, que actúan independientemente contra Díaz. Llegan en enero a Corinto, puerto del Pacífico, aeroplanos de bombardeo "adquiridos" por Díaz en la Unión y equipados con bombas de cinco a cuarenta y cinco kilos.

Ante una propuesta de mediación de Guatemala, que es aceptada por Sacasa, Díaz declara que "no aceptaré la mediación ofrecida por aquel país, sino a condición de que los liberales me reconozcan como presidente de Nicaragua". Una insinuación en el sentido de que intervengan los países del A.B.C., es a su vez rechazada por Sacasa. Este último denuncia, el 24 de enero, que altos funcionarios de El Salvador habían vendido a Díaz mil fusiles y un millón de cargadores, en violación de tratados centroamericanos.

Pero las batallas más importantes se libran, por el momento y en lo que a Nicaragua respecta, en el Senado de los Estados Unidos. El día 28 de enero Borah declara que la comisión a su cargo había resuelto no publicar las declaraciones de Kellogg ante ella, debido a que las manifestaciones "que ha venido haciendo desde entonces son de tal naturaleza, que no constituyen una verdadera expresión de lo sucedido".

El senador Wheeler, que habló a continuación, dijo que "la acción de los banqueros y del Departamento de Estado en Nicaragua, durante los últimos diecisiete años, se ha caracterizado por las 'coimas' en gran escala". Acusó a Coolidge de haber omitido importantes hechos en su Mensaje anual, y agregó que era imposible comentar la política latinoamericana del gobierno, "porque cambia cada 24 horas". Seguidamente expresó:

> "Todos los partidarios nicaragüenses de Estados Unidos, convienen en que el país ha sido minado durante los últimos 17 años por las dádivas norteamericanas. Los gastos del ferrocarril han subido de 30 a 300 dólares, sin que haya rendido beneficios, mientras que los derechos aduaneros han aumentado en un 100 por ciento. La condición de la masa de la población en general es tan mala, que por primera vez ha habido emigración de ciudadanos nicaragüenses. Díaz ha sido colocado en la presidencia por Estados Unidos en tres ocasiones diferentes, y ahora se encuentra seguro en su cargo gracias a la intervención de nuestros marinos. Los miembros del Ministerio de Relaciones Exteriores de Nicaragua y el mismo presidente Díaz han sido objeto de gravísimas acusaciones."

Luego de referirse a Lawrence Dennis, el encargado de negocios yanqui en Managua, como "hacedor de reyes", agregó:

> "Estados Unidos, al modo de un jugador alcoholizado, ha hecho menosprecio de la amistad que se le profesaba, haciendo tales cosas en Nicaragua, particularmente en las últimas semanas, que a no dudarlo, han de reportarle el odio de todas las naciones centro y sudamericanas. Mr. Coolidge, siguiendo las huellas de la diplomacia del dólar, en su aspecto más destructor, pensó aniquilar los ideales americanos de soberanía de nuestros débiles americanos de soberanía de nuestros débiles vecinos, despreciando el buen concepto de toda América. Hay quien sostiene que al presidente únicamente lo pueden apoyar los afectados por el mal de San Vito. El pueblo de Estados Unidos no quiere la guerra con México ni con Nicaragua, y reclamaba que sus marinos sean retirados de aquellas tierras, así como los buques lo sean de aquellas aguas."



El "Mediterráneo" norteamericano.

El 30 de enero se informa de Corinto, que luego de una batalla de siete horas, los conservadores se impusieron a los liberales cerca de Rivas, tomándoles prisioneros y parque; trescientos soldados yanquis parten ese día de Corinto a Managua. Se confirma al día siguiente el triunfo de los conservadores sobre el general Crisanto Zapata.

El día 2 de febrero el almirante Latimer informa a Sacasa que su gobierno no será reconocido, aun cuando las tropas revolucionarias lograsen apoderarse de todo el país. Se informa además, que después de la batalla de Rivas, ha sido capturado el general Zapata.

El día 4, desde México, se informa que los liberales se apoderaron de las ciudades de Somoto, Ocotal y Matagalpa, puntos estratégicos del norte del país. El 6, desde Managua, se reconoce que los liberales se apoderaron de Chinandega, ciudad situada a 96 kilómetros al noroeste de Managua; la ciudad estaría en llamas y las fuerzas atacantes, al mando del general Parajón, se compondrían de mil combatientes. De ambas partes se emplean alambradas de púas y plantas de cactus apiladas, para hacer más difíciles los ataques del enemigo. La toma de Chinandega, cuya guarnición estaba a cargo del general Víquez, produce la interrupción de las comunicaciones entre Corinto y Managua, aislando así a las tropas norteamericanas situadas en este último punto de sus fuentes de aprovisionamiento. El corresponsal en Managua del *New York Herald Tribune* informa a su vez que todas las comunicaciones entre la capital y el resto del país se hallan interrumpidas.

El día 7, desde Managua, se dispone el envío de mil seiscientos hombres al departamento de Chontales; llega a la capital un aeroplano de bombardeo cargado con 2.000 bombas y "destinado a hacer exploraciones". Pero resulta que no es ese el primer avión que operará. Inopinadamente, ese día el Departamento de Estado anuncia que los aviadores estadounidenses que sirven bajo las órdenes de Díaz, "no podrán ser enjuiciados, mientras no violen la ley federal por medio de un juramento de fidelidad a un gobierno extranjero". Lo que realmente parece broma es que también se informe "respecto de los mayores Lee Masón y William Brooks, de Estados Unidos, que arrojaron bombas sobre las tropas liberales cuando éstas ocuparon Chinandega", que es deber del cónsul de Estados Unidos en Nicaragua advertirles que perderían la protección de Estados Unidos, en el caso de participar en la revolución nicaragüense". El aviador Masón, cuyo aparato presenta 14 perforaciones después de su incursión por Chinandega, informa que ocho manzanas de esa ciudad se encontraban en llamas y que Parajón dominaba sólo la tercera parte de ella.

Acuciado por los periodistas, Kellogg vuelve a referirse a los aviadores yanquis, de quienes dice "no se hallan en ningún sentido bajo la fiscalización del gobierno de Estados Unidos"; agrega que supone que dichos aviadores prestaban servicios en la "aviación comercial de Díaz". Desde Managua se informa que las bombas arrojadas por los aviones fueron para "producir un efecto moral", y que fue el mayor Clay, oficial norteamericano de la reserva adscrito a la gendarmería nicaragüense, quien dirigió la columna que fue a socorrer a Díaz en Chinandega. Parece ser que son estas tropas que socorren a Chinandega las que convierten en victoria la presunta derrota de Díaz. Ciento cincuenta hombres de cada bando han sido

muertos y existen unos quinientos heridos. La ciudad tiene suma importancia, porque por ella pasa el único camino entre Corinto y Managua, y es el punto de reunión estratégico para las tropas, que al mando de Moncada, se dirigen desde la costa atlántica sobre la capital.

V

El día 9 se confirma la reconquista de Chinandega y el restablecimiento de las comunicaciones telegráficas y ferroviarias. El mismo día, Lawrence Dennis es llamado a Washington, para ocupar un cargo en la División Latinoamericana del Departamento de Estado. Su puesto de encargado de negocios será ocupado por John Hambmond Mac Veagh. Se desmiente que Dennis haya sido llamado por "haber caído en desgracia". Sacasa recuerda con tal motivo que 17 días antes de que Díaz asumiera el mando en Nicaragua, Dennis recomendaba públicamente su designación y reconocimiento; se rememora igualmente el famoso asunto de los 120.000 dólares. Al relacionarse la salida de Dennis con una probable renuncia de Díaz, motivada por la difícil situación en que se encuentra el *quisling* Díaz, éste declara a *Associated Press:*

> "Mis intereses, ambiciones y esperanzas van encaminados todos hacia el progreso y la paz de Nicaragua, y hacia el mantenimiento de la amistad con Estados Unidos. Si Estados Unidos opina que los intereses de Nicaragua aconsejan que yo ceda el lugar a otra persona, lo haría así inmediatamente. Yo siempre me he opuesto al retiro de las fuerzas de marinería de Nicaragua, y celebro su regreso para que ayuden a nuestra nación. En tanto sea yo presidente, y en los gobiernos que me sigan, los marinos de la Unión deben permanecer en mi país."

El día 10, *The New York Herald Tribune,* diario adicto a Coolidge, publica un despacho de Linton Wells, su corresponsal en Managua:

> A causa de que Managua ha quedado aislada debido a la batalla que se está librando en Chinandega, y estando a punto de quedar interrumpido el abastecimiento de víveres, parece casi seguro que Estados Unidos se verá obligado a intervenir en Nicaragua dentro de pocos días, con objeto de restablecer las comunicaciones e impedir que sufran las consecuencias los norteamericanos y otros extranjeros. Se informa de buena fuente que el coronel Meade, comandante de los marinos norteamericanos, ha pedido insistentemente permiso, por medio de mensajes radiotelegráficos, para restablecer las comunicaciones y tomar las medidas que la situación exige, a pesar de las consecuencias, como único medio de asegurar la paz inmediata y la rehabilitación del país, que está al borde de la bancarrota y del caos. Es posible que la situación tenga consecuencias graves, pero los que la observan cuidadosamente declaran que el gobierno norteamericano debería tomar una actitud agresiva inmediatamente, o de lo contrario, retirar a los marinos y dejar a las facciones de Díaz y Sacasa que luchen hasta el fin.
>
> El ministro norteamericano Mr. Eberhardt me declaró: "No es posible permitir una interrupción continua en las comunicaciones." Al preguntarle qué actitud tomaría el gobierno, dijo que las líneas ferroviarias tendrían que ser declaradas neutrales, o deberían apostarse guardias para vigilar las vías, pero esto podría ser peligroso, pues probablemente se dispararía contra ellos.
>
> Los guardias armados han estado recorriendo las calles de Managua y reclutando a todos los jóvenes para mandarlos al campo de batalla. Los conscriptos son sacados de sus hogares, de las casas de comercio o de dondequiera que se encuentren, y la negativa a incorporarse a las filas equivale al suicidio.

El día 14, el mismo corresponsal informa que la guarnición conservadora de Matagalpa ha huido hacia Managua en confusión, ante el avance de las tropas de Moncada. La situación se torna crítica, al punto que los residentes extranjeros en esa ciudad piden protección a sus

respectivas legaciones. Moncada se había apoderado de Muy Muy y al frente de una fuerza de mil hombres avanzaba a marcha forzada hacia Matagalpa, adonde arriba entonces Lawrence Dennis, a quien se atribuye el deseo de solicitar a los jefes liberales que “den orden a sus tropas de no incendiar la ciudad y de abstenerse de toda clase de depredaciones”. Mientras a Managua llegan fugitivos de todas partes del país, el gobierno dispone la suspensión de la recolección y transporte de la cosecha de café, convocando a todos “los hombres hábiles entre los 12 y 65 años de edad” para ser enviados al frente. Díaz anuncia que ha ordenado el retiro de sus tropas de Matagalpa, por pedido del ministro yanqui Eberhardt, quien de ese modo trataría de evitar a la ciudad “la suerte corrida por Chinandega”. Se dice en efecto, que este último punto ha sido prácticamente destruido. La intervención de la Cruz Roja impidió la propagación de una naciente epidemia, motivada por la cantidad de muertos insepultos en las calles y bajo las ruinas de los edificios bombardeados.

Ante un pedido de informes del representante Moore, el secretario de Marina de la Unión, Wilbur, le aclara que en Nicaragua se hallan en ese momento ciento noventa y seis oficiales y tres mil sesenta y ocho marineros, además de cinco cruceros, cinco cazatorpederos y un barreminas. El Departamento de Estado imparte el día 16 instrucciones a una división de aeroplanos armados con ametralladoras y equipos de bombardeo, así como a una compañía de desembarco, la orden de: '“dirigirse cuanto antes a un *destroyer*, de San Diego a Corinto. Los pilotos de los seis aeroplanos informarán a las fuerzas beligerantes, al mando del mayor Ross Rowell”. El día 15 las tropas de Díaz resuelven defender a Matagalpa. Además, el transporte de la Unión *Henderson* parte con destino a Nicaragua, conduciendo ochocientos marinos más.

El 17 de febrero, al tenerse noticia en San José de Costa Rica que los aviadores norteamericanos al servicio de Díaz arrojaron aproximadamente 300 bombas sobre Chinandega, se producen manifestaciones de protesta. Se informa además, que el almirante Latimer presentó al presidente Díaz los términos de paz propuestos por Sacasa, que incluyen la renuncia de ambos presidentes y la elección de un tercero, elegido entre personalidades no “comprometidas”.

La agencia *Associated Press* comunicaba sus impresiones desde Washington:

> El último movimiento ordenado por el presidente Coolidge confirma las noticias de que en vista de la batalla sangrienta de Chinandega y de la amenaza desde Matagalpa, dentro de la industria del café, en la cual se hallan interesadas varias compañías norteamericanas, el presidente y sus consejeros han resuelto poner fin a la lucha en la tan convulsionada república centroamericana. En lugar de aumentar el número de las zonas neutrales de poca extensión, el almirante Latimer recibirá la orden de neutralizar todo el territorio de Nicaragua y probablemente transcurrirá algún tiempo antes de que los marineros puedan regresar a sus hogares. Se cree que una vez restablecida la paz se mantendrá en Nicaragua, por un tiempo indefinido, una guardia de Legación compuesta de fuerzas norteamericanas.
>
> Los funcionarios del Departamento de Estado guardan silencio sobre este cambio radical en la política de Nicaragua, declarando que los movimientos de las fuerzas de desembarco y de los buques dependen enteramente del Departamento de Marina. Los oficiales agregados a este último Departamento dicen que el envío de nuevas fuerzas obedece al propósito de “proteger las vidas y propiedades de los ciudadanos norteamericanos y de los demás extranjeros”; pero esta respuesta va acompañada de una sonrisa. Los funcionarios se abstienen de todo comentario ante la insinuación de que en realidad la tarea de esos dos mil trescientos soldados de marinería, apoyados por los buques del almirante Latimer, pudiera consistir en poner fin a la lucha entre conservadores y liberales. Mr. Coolidge desea que terminen las luchas en Nicaragua, y se dice que ha adoptado las medidas ordenadas en el transcurso de las últimas 48 horas, con el propósito de impresionar a Sacasa y a Díaz, y convencerlos de que no quiere perder tiempo. Por lo demás, no hay nada que indique que el gobierno norteamericano tenga el propósito de retirar su apoyo al señor Díaz.

VI

El día 18 se informa desde Managua, que las tropas de Díaz "muestran inclinaciones de sublevarse por falta de paga y debido a las marchas forzadas que deben realizar en su retirada. Se niegan a marchar, pidiendo ser transportadas en vehículos". Dos días después, el brigadier general Logan Feland, comandante de las fuerzas expedicionarias de la Marina en Quantico, Virginia, es designado para comandar las fuerzas de marinería, que "con un total de dos mil hombres", se establecerán en breve en Nicaragua. El Departamento de Estado informa a su vez, oficialmente, su decisión de desembarcar "inmediatamente nuevas fuerzas de marinos en Nicaragua, con el fin de mantener la comunicación ferroviaria entre Managua y Corinto". Linton Wells comunica desde Managua, a su diario:

> Estados Unidos ha decidido recurrir a la intervención armada en Nicaragua, con el fin de impedir nuevos derramamientos de sangre y destrucción de propiedades. Después de la conferencia en Corinto, entre Mr. Eberhardt y el almirante Latimer, se decidió desembarcar, mañana por la mañana, seiscientos marineros. Están partiendo trenes de esta capital para Corinto, con el fin de transportar a los marinos. La intervención será probablemente similar a la que se realizó en la república de Haití. El presidente Díaz me ha informado que aprueba la idea de la intervención norteamericana.

Siguiendo al anuncio del Departamento de Estado, nuevas fuerzas de marinería desembarcan el 20 de febrero. La excitación entre los liberales llega a su clímax, ante la presencia de las tiendas de campaña de las tropas yanquis a lo largo de la vía férrea entre Corinto y Managua; sostienen cuerdamente que la acción extranjera va mucho más allá de lo compatible con cualquier clase de "protección". Marinos armados acompañaban a todos los trenes. En León, reducto liberal, hay cuatrocientos marinos; en Chinandega, trescientos cincuenta; en Managua, doscientos, con fuerzas dispersas a lo largo de las vías férreas, sobre los puentes, en las curvas y cerca de los depósitos de agua. Díaz puede ahora retirar centenares de soldados de esos puntos y enviarlos a Masaya, Granada y otras zonas amenazadas por Moncada, donde no existen todavía tropas yanquis. Al mismo tiempo, Díaz dirige a Washington, por intermedio de Eberhardt, un pedido de iniciación de negociaciones para un tratado, sobre la base del existente entre Estados Unidos y Haití, y de la Enmienda Platt, con algunas modificaciones. Los detalles del proyecto no se dan a conocer, pero nadie tiene duda alguna de que Díaz pide lisa y llanamente el protectorado, al estilo del que los franceses ejercen sobre Siria. El Departamento de Estado, al anunciar la "ampliación" de la ocupación, aclara que "la acción ha tenido el pleno consentimiento y la aprobación del gobierno de Díaz", y que la decisión fue adoptada por el ministro Eberhardt y el almirante Latimer; a continuación lo precisa:

> "El Departamento de Estado fue informado hoy al respecto por Mr. Eberhardt y el almirante Latimer, y después de verificar ciertas consultas, se ha encontrado conveniente, para la protección de las vidas y propiedades de los estadounidenses y su guardia y entre Managua y el mar, efectuar el desembarco de nuevas fuerzas de marina en Nicaragua, para distribuirlas en ciertos puntos del ferrocarril."

El 22, *The World* informa que con el nuevo desembarco las tropas de la Unión ascienden ya a cinco mil cuatrocientos, y que mil cuatrocientos soldados más se encuentran en camino hacia Nicaragua. "La neutralización se ha ido extendiendo gradualmente a ocho ciudades, quedando sólo dos de importancia no ocupadas por nuestras fuerzas —agrega—. Esta es la historia de nuestra intervención: es la historia de los subterfugios con que tratamos de encubrir nuestra tentativa de hacer la guerra contra una sola facción de Nicaragua, sin confesar el hecho al pueblo norteamericano."

El día 23, *The New York Herald Tribune* reproducía un telegrama de su corresponsal Linton Wells, quien expresaba:

> El presidente Díaz ha entregado a la legación norteamericana el proyecto general de la propuesta alianza ofensiva y defensiva con Estados Unidos. Se persiguen dos objetos con el tratado: primero, que la Unión garantice la soberanía y la independencia de Nicaragua y segundo, garantizar a Estados Unidos los derechos que adquirió con el tratado Bryan-Chamorro, relativo a la construcción de un canal transoceánico y a las bases navales.
>
> De acuerdo con las condiciones del tratado, que se ha redactado después de un estudio cuidadoso de los que Cuba y Haití celebraron con Estados Unidos, el gobierno de la Unión adquirirá el derecho de tomar todas las medidas que considere necesarias para el cumplimiento de las garantías que se le ofrecen. Se concede a Estados Unidos el derecho de intervenir para mantener la independencia de Nicaragua. Por otra parte, la Unión garantizará las elecciones libres y el cumplimiento fiel de las obligaciones nicaragüenses. Nicaragua, a su vez, contratará un empréstito de veinte millones de dólares para liquidar los doce millones de sus deudas externa e interna, pagar las reclamaciones de la actual guerra civil y dedicar el resto a la construcción de un ferrocarril transnicaragüense y de obras sanitarias. Acompañan al tratado tres protocolos, que se refieren a la rehabilitación financiera, al servicio de vigilancia y al servicio sanitario. El tratado tendrá una duración de cien años.

Los detalles del tratado propuesto por Díaz, son, empero, mucho más graves que lo que la información permite suponer. Más aún: Díaz culmina con su ofrecimiento una conducta que el más amable de los críticos podría calificar de entrega de su patria al extranjero. Ni siquiera cuida ya de disfrazar la entrega con preceptos legalistas o argumentos de fuerza mayor. Consuma su traición, su enésima traición a Nicaragua, con una desaprensión que toca al cinismo, con una impunidad que sólo acuerda el sentimiento de tener las espaldas guardadas; con una desfachatez sólo compatible con quien ha violado todos los principios morales y sólo atiende al negocio de lo que repugnaría hasta al más amoral de los *gangsters,* de quienes se dice que lo último que pierden es su sentimiento patriótico.

La propuesta consiste en: I). Una alianza militar con Estados Unidos, que impedirá a Nicaragua declarar la guerra sin el consentimiento de aquéllos, pero que la pondrá automáticamente en estado de guerra cuando Washington la declare. II). Se establece a favor de Estados Unidos el derecho de intervención armada cada vez que lo juzgue oportuno, convirtiendo a la intervención ya existente, de estado *de facto* a estado *de jure.* III). Nicaragua organizará un cuerpo de guardias rurales al mando de un militar norteamericano, en reemplazo del ejército nacional existente, el que será abolido. IV). Se prevé la contratación de un empréstito de 20 millones de dólares con banqueros norteamericanos, semejante a los formalizados desde 1909 en adelante. V). Se mantendrá al recaudador de aduanas norteamericano, cuya autoridad y privilegios no podrán ser alterados sin el consentimiento de Estados Unidos. VI). Las rentas nacionales serán manejadas por el recaudador norteamericano, en las mismas condiciones que el anterior. VII). Se nombrará un consultor financiero norteamericano para fiscalizar la hacienda pública, con el derecho de veto sobre las resoluciones del Poder Legislativo. VIII). Se dispondrán mayores garantías para la opción canalera y la base del golfo de Fonseca.

The New York Times, al dar cuenta del proyecto, lo comenta en un editorial titulado: “Los hechos y las fantasías en Nicaragua”, en el que después de reseñar los sucesos, agrega:

> El que este estado de cosas es irregular, ha sido confesado tácitamente por el ministro norteamericano, que ahora se propone que todo parezca normal, celebrando negociaciones para la concertación de un tratado con el presidente Díaz. Se nos informa con toda solemnidad, que con el objeto de que Estados Unidos pueda mantener sus derechos, será necesario que haga en Nicaragua lo que está tratando de hacer en Panamá, y lo que ha hecho ya en Santo Domingo y en Haití; pero el hecho de dignificar con el nombre de tratado cualquier acuerdo que el presidente Díaz proponga, será un

> paso demasiado azaroso para la gravedad del Tío Sam; sería mejor que el gobierno de la Unión tratara de justificar su política en Nicaragua, sin valerse de tantas narraciones fantásticas ni de excusas para justificar su despliegue de fuerza militar en aquel país.

En algunos círculos oficiales, se expresa entonces la improbabilidad de que tal tratado sea aprobado por el Senado estadounidense. Era sensato suponer que si Díaz hacía proposiciones semejantes, era porque contaba con la aprobación semioficial de la Unión; pero el proyecto contaba con su propio enemigo en sus mismas exageradas concesiones. Si bien es cierto que la convención Knox-Castrillo de 1911, había sido aplicada en sus estipulaciones por el Departamento de Estado, quien hizo caso omiso de la circunstancia de haber sido rechazada dos veces por el Senado, la situación era ahora algo distinta: una guerra mundial y una serie de revoluciones, entre ellas la rusa, habían modificado el cuadro mental y político de los pueblos. La reacción de los pueblos latinoamericanos, incluso contra sus propios gobiernos, era una prueba evidente de que no estaban engañados, respecto de lo que realmente ocurría en Centroamérica.

VII

El proyecto era tan burdo como violatorio de la propia constitución de Nicaragua. Ésta, en su artículo 1, estipulaba: “Nicaragua es nación libre, soberana e independiente”, y en el artículo 2: “La soberanía es una, inalienable, imprescriptible, y reside esencialmente en el pueblo, de quien derivan sus facultades los funcionarios que la Constitución y las leyes establecen. En consecuencia, no se podrán celebrar pactos o tratados que se opongan a la independencia e integridad de la nación, o que afecten de algún modo su soberanía, salvo aquéllos que tiendan a la unión con una o más de las Repúblicas de Centroamérica”. Esos artículos no sólo parecían haber sido redactados especialmente para Díaz, sino que en efecto lo habían sido para él y sus compinches Chamorro, Mena y Estrada, quince años antes.

Un tratado de alianza militar entre un león y una oveja sólo puede beneficiar al león, dentro de la más completa lógica. Si además se acuerda al rey de la selva el derecho de dirigir al ejército de las ovejas, no puede quedar duda alguna de lo que sobrevendrá. Díaz resignaba su deber de gobernar el ejército de su patria, a favor de Estados Unidos. Violaba así otro artículo más de la Constitución, el 189, que establece que “el presidente de la República es el jefe supremo de la nación y comandante general de las fuerzas de tierra y mar...” No menos leonina era la estipulación respecto de las finanzas y la hacienda nicaragüenses. Díaz seguía jugando en el supuesto, grato al Departamento de Estado y a los banqueros neoyorquinos, de que los nicaragüenses eran incapaces por sí mismos para manejar sus propios asuntos. Ese supuesto es manejado igualmente en todos los países latinoamericanos por los círculos vinculados a Estados Unidos —antes era a Inglaterra—, para pedir el envío de misiones económicas cuyos consejos, casualmente, siempre atan más a esos países a la órbita financiera y económica norteamericana.

En el caso de Nicaragua, ¿qué beneficios tangibles había aportado a la nación el manejo de sus finanzas por los funcionarios extranjeros? El mismo programa de adelantos y obras públicas que Díaz esgrimía como justificativo del empréstito, ya lo había utilizado desde hacía quince años, y su resultado visible había sido el de entregar a los banqueros el ferrocarril y las aduanas nacionales, angustia financiera causada por el agotamiento del crédito y los fondos, debido a su vez a un flujo constante de salarios, comisiones, dividendos y beneficios indebidos que por muchos años manó desde Nicaragua a Nueva York. En todo ese período no se registró una sola muestra de adelanto público ni de mejora en la salubridad.

El sentido de la responsabilidad de los mandatarios, que los gobiernos adquieren cuando saben que su poder descansa solamente en el consentimiento de los gobernados, se había perdido en razón de la sumisión de Díaz y los Chamorro a las imposiciones extranjeras. El establecimiento del patrón oro en la moneda de Nicaragua, que se esgrimía frecuentemente como uno de los grandes éxitos de los banqueros, resultó también una fábula: produjo, es

cierto, automáticamente un aumento en los derechos aduaneros del 150 por ciento; pero la imperfección de las divisiones fraccionales de la unidad de oro dio origen a un aumento innecesario de los artículos de primera necesidad, así como salarios menores a los trabajadores; se perpetró así una estafa al por mayor y por partida doble, de la que sólo aprovecharon los banqueros y sólo se perjudicaron los nicaragüenses.

El Banco Nacional, otro de los supuestos beneficios acordados a Nicaragua por los banqueros, era otra falacia. Había en el país otros bancos que operaban con ganancia, sin poseer las concesiones ni privilegios especiales de aquél. Por otra parte, éste era en verdad la agencia foránea efectiva para la fiscalización financiera y política del gobierno nacional, ya que era manejado también por funcionarios norteamericanos, designados por el Departamento de Estado. La única beneficiada era la Compañía Marítima de Ultramar, llamada por el pueblo "de ultratumba" o de "ultraladrones", sociedad anónima sin capital principal, creada por los banqueros para negocios de importación y exportación y naturalmente, de exclusiva propiedad. El Banco Nacional favorecería, como es natural, a los amigos de la intervención y a los comerciantes enrolados en el Partido Conservador.

En cuanto al empréstito en sí, era un nuevo artificio para atar otra vez al país de los banqueros. Coolidge, en el mensaje que hemos reseñado en páginas precedentes, había declarado que en 1917 la deuda de Nicaragua era de 22 millones de dólares, suma que según él, había sido rescatada gracias a los banqueros. Lo que omitió decir es que esa suma de dinero se obtuvo sumando a la deuda interna y externa del país el total de reclamaciones privadas contra el gobierno, que se hizo ascender a 13 millones, monto que finalmente quedó reducido, al verificarse los reclamos, a menos de dos millones. La maniobra había permitido aumentar la supuesta deuda de Nicaragua a más del doble, a los ojos del público. La deuda externa, que había sido uno de los motivos invocados para la intervención en 1909, era entonces de sólo 6 millones de dólares, cantidad moderada para los recursos del país. A tal punto esto es cierto, que durante la intervención norteamericana la deuda ha sido mucho mayor.

La designación de funcionarios extranjeros, propuesta nuevamente por Díaz para el manejo de los fondos nacionales por cien años, período de duración del tratado, omitía, sin duda por descuido del proponente, la de gobernadores yanquis para el Estado norteamericano de Nicaragua. Con ello el tratado hubiera cobrado su máximo ajuste. ¿No se caracterizan acaso las colonias, por ser gobernadas por funcionarios del país colonizador?

Al poco tiempo Inglaterra maniobra a su vez: anuncia a Washington que "muy a su pesar" enviará un buque de guerra a la costa occidental de Nicaragua, "en ausencia de los gobiernos nicaragüense y norteamericano para la protección de las vidas y propiedades de los súbditos británicos".

Se concreta la llegada del crucero inglés *Colombo* a Corinto, ante la excitación de la opinión pública norteamericana. Muchos diarios sostienen entonces que eso constituye una violación de la doctrina Monroe. Inglaterra se apresta a declarar que no tiene intención de desembarcar tropas, sino la de causar un "efecto moral" y constituir al crucero en refugio, en caso de que los doscientos residentes británicos necesiten huir.

Esos ciudadanos tienen invertidos en Nicaragua 2.500.000 dólares en total: 600.000 en las minas de oro de Chontales; otro tanto en los ingenios de azúcar de San Antonio; 275.000 en el Banco Anglo-Americano de Managua; 200.000 en las plantaciones de café de Vaughan, teniendo otros capitales en León, Managua y Granada; en Corinto, en las plantaciones de café de Matagalpa, en otras tres minas de oro del interior y propiedades en la costa occidental.

Se considera sin embargo, que la acción del gobierno inglés facilita a Coolidge la defensa de su política contra las críticas, pues parecen tener razón los senadores que le apoyan, al alegar que si la Unión no restablece el orden en Nicaragua, otros gobiernos intervendrán para defender a sus nacionales. Lo evidente es que Inglaterra no hubiera obrado de no contar con el asentimiento de Estados Unidos.

El 26 de febrero, Zepeda, representante de Sacasa en México, anuncia haber enviado otra protesta a Washington, debido no sólo a que continúa la censura para las comunicaciones de Sacasa, sino además, porque las tropas norteamericanas han impedido a la Cruz Roja atender

a los heridos del bando liberal. El mismo Zepeda, al comentar la llegada del *Colombo* a Corinto, da otra posible versión de la causa del viaje:

> "Es extraño que la medida haya sido tomada después de ocho meses de lucha, durante los cuales el señor Sacasa ha demostrado plenamente que es capaz de proteger a los extranjeros, y sin que éstos hayan perdido una sola vida ni sufrido el menor daño en sus propiedades. Pero son muy pocos los británicos que residen en Nicaragua y casi todos ellos están radicados solamente en Managua y en Bluefields. Estados Unidos y Gran Bretaña se encuentran frente a los mismos problemas en Nicaragua y en China, y como ambos países desean tener la fiscalización de la situación, intervienen en sus respectivas políticas. El envío de un crucero británico a Nicaragua es interpretado por los liberales como un movimiento hábil por parte de Gran Bretaña, para obligar a Estados Unidos a renunciar a su política antibritánica en China, pues Nicaragua y China son peones en la lucha entre las grandes potencias imperialistas, a cuyo término John Bull y el Tío Sam se estrecharían las manos, sellando un pacto para no molestarse mutuamente en la tarea de aplastar las aspiraciones populares en China y en Nicaragua, pisoteadas por las botas de su soldadesca."

Una propuesta de Borah, para que el Senado de la Unión envíe una comisión a México y Nicaragua para estudiar los hechos, es rechazada. Kellogg mismo envía una carta al proponente invitándolo a no insistir en la propuesta.

En Colombia, dirigentes políticos, banqueros, comerciantes, estudiantes y organizaciones obreras, piden al presidente Abadía que suspenda su política de solicitar empréstitos a Estados Unidos, solicitándole que "cumpla estrictamente los compromisos ya existentes y haga todos los esfuerzos posibles para evitarlos en el futuro". Los diarios liberal *El Tiempo,* el conservador *El Nuevo Tiempo* y *El Espectador,* condenan la intervención; el *Diario Nacional,* dice: "Díaz quedará señalado ante las generaciones futuras como el más perfecto espécimen de traidor."

Sin embargo, el 27 de febrero, el Congreso nicaragüense otorga su confianza a Díaz por cuarenta y cinco votos contra diez, después que éste expusiera en una sesión conjunta de las Cámaras, las líneas generales del proyecto de alianza con Estados Unidos.

VIII

El 4 de marzo al mediodía, terminaba automáticamente su periodo el sexagesimonoveno Congreso de Estados Unidos. Se esperaba, que valido de esa circunstancia, Coolidge adoptara medidas que no hubiera podido haber tomado antes, por la oposición activa de los senadores y diputados adversos a su política. Empero, por el momento, no se produjo la previsible intervención armada en gran escala. Un cable del 7 de marzo, esta vez procedente de Managua, informaba que el presidente Díaz había iniciado negociaciones con Bancos de Nueva York, para obtener un empréstito de 700.000 dólares "para hacer frente a nuevos gastos de gobierno". En cuanto al pedido para la concertación de un tratado con la Unión, la respuesta inicial parte de Stokely Morgan, jefe de la División Latinoamericana del Departamento de Estado, quien al declarar ante la comisión del Senado, expresó:

> "Entiendo que el presidente Díaz entregó a nuestra legación en Managua una nota, sugiriendo un tratado general para garantizar la independencia de Nicaragua, su soberanía y otras cosas que creo tienen analogía con los términos del tratado de 1915 con Haití. Manifestamos a nuestro ministro en esa República, que daríamos nuestra contestación por correo. Ahora puedo declarar que el Departamento de Estado no tiene intención alguna de acceder a ese pedido."

Interrogado por el senador Shipstead, acerca de la veracidad del secuestro de las municiones de Sacasa en Puerto Cabezas, Morgan informó:

"El almirante Latimer nos ha manifestado que descubrió cierta cantidad de municiones en la zona neutral y las requisó, a fin de determinar si procedían de Estados Unidos, contrariamente a lo dispuesto en el embargo decretado por el presidente Coolidge. Al saber que las municiones procedían de México, el almirante Latimer dispuso que fueran devueltas a las fuerzas del señor Sacasa, pero se asegura que muchos cartuchos y fusiles se perdieron al ser transportados a través del río." A lo que el senador Borah acotó: "He recibido declaraciones de algunos ciudadanos norteamericanos residentes en Nicaragua, que aseguran que gran parte de aquellas municiones fueron arrojadas al río por nuestras fuerzas." Por su parte *The World,* en editorial del día 9, que como la mayor parte de los editoriales había sido redactado por su director, Walter Lippmann, entonces socialista, al aplaudir la presunta decisión del Departamento de Estado de no aceptar la propuesta de Díaz, expresa:

> "Por ese tratado, Díaz se proponía simplemente entregar en manos del Departamento de Estado y de los capitalistas estadounidenses, la mayor parte de lo que todavía pudiera quedar de la independencia de Nicaragua, así como los recursos de esa nación."

El 15 de marzo se entabla una batalla entre tropas conservadoras, al mando del general Reyes y fuerzas de Moncada, en la localidad de Muy Muy. Desde Managua se anuncia que Reyes fue derrotado. El corresponsal del *New York Herald Tribune* informa que tanto en esa localidad como en la de Piedra Azul, las tropas del gobierno recibieron la ayuda de aviones tripulados por norteamericanos. Agrega además que ya no se pelea como antes, en grupos compactos, sobre todo entre los liberales; éstos más bien, atacan ahora en varios puntos diferentes a la vez en forma de guerrilla". Posteriormente, las noticias sobre la batalla de Muy Muy se tornan contradictorias: ambos bandos se atribuyen la victoria Lo que en cambio nadie discute es la participación de los aviadores Masón y Brooks en el bombardeo y ametrallamiento no sólo de las fuerzas liberales, sino de localidades en poder de éstas.

Se anuncia que Mr. Eberhardt, cónsul en Managua, ha informado a dichos aviadores que sus actividades "no agradan al gobierno de Estados Unidos". Desde Washington se informa que no hay ningún indicio de que el gobierno tenga la intención de aplicar a esos aviadores la ley que ordena que los ciudadanos estadounidenses que participen en guerras de gobiernos extranjeros, incurren en una multa de 1.000 dólares y tres años de cárcel".

El sábado 26 de marzo comienzan a circular rumores en Managua, en el sentido de que Latimer y Moncada habrían llegado a un acuerdo secreto, a espaldas tanto de Díaz como de Sacasa. Las negociaciones habrían sido gestionadas por el ministro yanqui Eberhardt. Si la Unión estaba cambiando de actitud para con Calles —se decía—, ¿por qué no sería posible, que solucionado el problema con México, se liquidara el problema de Nicaragua, consecuencia inmediata de aquél?

Con todo, el conflicto nicaragüense iba a tomar un rumbo y unas características propias. Y entretanto, las acciones bélicas se desarrollaban con intensidad. El día 27, *AP* informa desde Managua, que "en vista de que un aeroplano norteamericano ha sido tiroteado ayer por los liberales, los aviadores de las fuerzas de la Unión fueron dotados de bombas y ametralladoras y recibieron la orden de devolver en adelante el fuego de aquéllos".

El 29 de marzo el general conservador Reyes, al tratar de apoderarse de Muy Muy, sufre una grave derrota. Según el agregado militar yanqui en Managua, Mr. Bloor, mil seiscientos liberales habían enfrentado con buen éxito a tres mil cuatrocientos conservadores y los habían derrotado.



Océano Pacífico
Nicaragua y sus Fronteras
REFERENCIAS PRINCIPALES

Un día antes, *La Nación* de Buenos Aires, al anunciar la realización de ese combate, informa que el general Reyes enfrenta a un general liberal llamado Sandino.

Era la primera vez que el telégrafo mencionaba ese nombre.

CAPÍTULO VI

LA HOJA DE TALLO QUE SE HIZO ESPADA

¡No fuera Nicaragua traicionada
por enconados odios fraticidas,
ni tiranuelo ruin, en maridaje
con extrañas legiones asesinas,
sembrara espanto, y corrompiera al pueblo,
y burlara el honor y la justicia!
Ni fuera soledad la de Sandino.
De la abyección de sus hermanos víctima.
Hombre sencillo que brotó del campo
como la caña que nos da la espiga
—hombre como tus hombres, sin alardes
de vana floración y sin espinas—
y ante el peligro que a la raza arrolla.
y ante el dolor que al continente hostiga,
cada hoja de su tallo se hizo espada
contra la iniquidad de la conquista...

SALOMÓN DE LA SELVA
Canto a Costa Rica.[50]

[50] Salomón de la Selva, poeta nicaragüense y uno de lo» más entusiastas defensores de Sandino. Escribió este poema titulado *Canto a Costa Rica,* en agosto de 1930, como agradecimiento por el asilo que este país le dispensara. Y quiso unir a su gratitud el nombre de Sandino.

I

Niquinohomo es una pequeña población en el centro oeste de Nicaragua, de no más de mil habitantes. La constituye una media manzana de casas de adobe con techos rojos, y trescientas o cuatrocientas chozas de caña y guano. Fue fundada por los toltecas, al emigrar a Nicaragua desde su México natal, hace mil años. La palabra misma, de raíz indígena, trae aparejada el recuerdo de los niquiranos.

Sandino nació allí el 18 de mayo de 1895. Creció allí, como habían nacido y crecido sus padres, Gregorio Sandino y Margarita Calderón. El poeta Salomón de la Selva dice que era hijo natural —"cosa que en Nicaragua no es una vergüenza, porque no somos nórdicos"—. La madre crió al niño hasta que se hizo adolescente. Cuando aquélla murió, su padre, ya lo bastante viejo para establecerse, se casó y de su matrimonio nacieron varios vástagos, entre ellos el bautizado con el nombre de Sócrates, que iba a desempeñar papel importante en la lucha de su hermanastro. Según William Krehm, el nombre de Sandino era Augusto, y la inicial que figuraba a continuación y que se transformó en el nombre César, originalmente correspondía a su nombre materno, Calderón.

Nada deshonesto se ha referido nunca de Sandino. Alguna vez se le relacionó, peyorativamente, con las huestes de Pancho Villa, pero no es difícil probar que Sandino arribó a México justamente al tiempo que Villa era asesinado, en 1923, cuando había abandonado ya sus correrías y depredaciones. No se refieren tampoco a crimen alguno los comienzos de Sandino, y mucho menos a bandidaje. En carta que enviara a Alemán Bolaños el 4 de agosto de 1929, le diría Sandino qué pensaba de Nicaragua, en tanto el que iba a ser su asesino, jugaba a las cartas:

> *Allá por el año de 1925 quise creer que en Nicaragua todo se había vuelto oprobio y que el honor había desaparecido por completo de los hombres de aquella tierra. En aquellos mismos tiempos, por mi carácter sincero, logré rodearme de un grupo de amigos espiritualistas, con quienes día a día comentábamos la sumisión de nuestros pueblos de la América Latina, ante el avance hipócrita o por la fuerza del asesino imperio yanqui. En uno de aquellos días manifesté a mis amigos que si en Nicaragua hubiera cien hombres que la amaran tanto como yo, nuestra nación restauraría su soberanía absoluta, puesta en peligro por el mismo imperio yanqui. Mis amigos me contestaron que posiblemente habría en Nicaragua ese número de hombres, o más, pero que la dificultad estaba en que nos identificáramos. Desde aquel momento quise buscar a estos cien hombres y la casualidad dispuso que asumiera la actitud en que se me está viendo, y en esa actitud continúo observando, con el propósito de ver dónde pueden estar los cien hijos legítimos de Nicaragua.*

El 15 de mayo de 1926 emprendió el viaje de regreso de México a Niquinohomo. Aquí, al parecer, no encontró trabajo o no se entendió con su padre. Deambuló entonces por varias ciudades en busca de empleo, interiorizándose paulatinamente de la situación política nacional, hasta que en la ciudad de León, se unió a un grupo de obreros contratados para las minas de oro de San Albino. Fue en estas minas cercanas a la frontera de Honduras, donde Sandino tomó por primera vez conocimiento íntimo de las tribulaciones de los trabajadores de su patria al servicio de empresas extranjeras. Mal pagados con cupones sin valor adquisitivo fuera de las "tiendas de raya" pertenecientes a la compañía propietaria, naturalmente norteamericana; constreñidos a trabajar hasta quince horas diarias; sin atención médica, albergados en galpones donde debían dormir en el suelo; mal alimentados, vigilados, odiados y expoliados, estos obreros fueron los primeros soldados en la lucha que Sandino emprendió para liberar a su patria.

Más que en jefe de esos obreros, Sandino se erigió en su guía; ejercía sobre ellos el ascendiente que le confería su íntima convicción antiimperialista; la convicción que daban a sus palabras los conocimientos que los viajes, las lecturas y las experiencias personales le proporcionaban; y sobre todo, ese fuego interior que parecía agigantar el esmirriado cuerpo

que sustentaba. A la persuasión política, añadió Sandino la fuerza de los hechos: 300 dólares de sus ahorros le sirvieron para adquirir las primeras armas, a través de la frontera de Honduras, de la que está cercana la mina de San Albino. Habló Sandino a los obreros, sus compañeros, sobre la lucha que tenía lugar en México, lucha que en modos distintos se reproducía en cada uno de los países de América Latina, donde las empresas británicas y norteamericanas se convertían en los verdaderos gobiernos de estas repúblicas.

Les habló también de la historia de Nicaragua en los últimos veinte años, del tratado Chamorro-Bryan, de quiénes habían derribado tanto a Zelaya como a Solórzano y de quiénes mandaban en realidad en el país. Les habló del poder de los sindicatos mexicanos, de la unión de trabajadores en defensa de sus derechos, que nunca están desvinculados de la suerte de la patria. La palabra patria, sobre todo, está continuamente en sus labios. Todos están de acuerdo en luchar, pero ¿cómo hacerlo? Allí, al alcance de la mano, hay una solución inicial. Si no hay rifles, abunda en cambio la dinamita que se usa para horadar las entrañas de la tierra. Todos saben cómo manejarla. Sandino, buen mecánico, les enseña que una granada eficiente puede hacerse con tuercas o bulones de máquinas, trozos de vidrio y piedras duras, encerrados con dinamita, en latas de sardinas.

Los entrena secretamente, y sin que el capataz norteamericano lo note, la dinamita va desapareciendo. No es robo, es restitución legítima; el oro que salió del país pagó con creces esa dinamita. Cuando lo consideran oportuno, treinta hombres hacen volar la mina y se van a pelear a la montaña. Son los primeros que acompañarán en su lucha a Sandino, como portadores del germen de la libertad de Nicaragua, verdadera libertad que no se proclama en discursos ni en papeles, sino en los puños y en la dinamita que piensan utilizar contra el invasor y el ejército que les sirve. Nadie conoce los nombres de esos treinta primeros hombres, a los que, poco a poco, se irían sumando otros tantos. Sus correrías iniciales no tenían sino carácter de ensayo y entrenamiento. Sus escasas armas no les permitían incursionar en los centros poblados. No obstante, llegó también a su partida una proclama de las fuerzas conservadoras de la región norte del país, instando a los rebeldes liberales a deponer las armas, so pena de completo exterminio.

Con la costumbre adquirida en los sindicatos, Sandino hizo leer la nota a sus soldados, en su mayor parte analfabetos, requiriendo democráticamente su opinión y advirtiéndoles de los peligros a que se exponían. Sucedió así que “en vista de no hallar muchos hombres dispuestos a dejar el cuero”, invitó a dar un paso al frente a quienes quisieran permanecer con él. Veintinueve hombres dieron el paso. Con él sumaban treinta... ¡Buen ejército para luchar contra la intervención yanqui!, observa el periodista Belausteguigoitía[51]. Y sin embargo, esos treinta hombres fueron el núcleo del Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua, con el que Sandino dio su primera batalla en El Jícaro, el 2 de noviembre de 1926. Mal armados, sin conocer los rudimentos del arte guerrero, enfrentaron a una partida de doscientos soldados de Chamorro. Lo hicieron mal, reemplazando con coraje lo que faltaba de armamento y destreza, y naturalmente, no vencieron. Pero no hubo ningún muerto en las filas patriotas, ocasionándolas en cambio al adversario y retirándose seguidamente.

II

Éste fue el comienzo de la lucha armada, que se mantendría viva durante casi seis años más. Había madurado en Sandino la resolución de liberar a su patria de quienes estaban al servicio de los extranjeros, y posteriormente de esos mismos extranjeros, que en las postrimerías del año, al mando del almirante Latimer, habían invadido por tercera vez en la historia a Nicaragua. Cuando llega a él la noticia del desembarco de Sacasa en Puerto Cabezas, portador de 700 toneladas de material bélico, resuelve ir a entrevistarle para pedir armas e

[51] Belausteguigoitía, Ramón de, *Con Sandino en Nicaragua.* Editorial Espasa-Calpe. Madrid, 1934.

instrucciones. Desde Las Segovias, embarcado en una primitiva canoa, de las llamadas por los indios mosquitos, "pipantes", se deja llevar por la corriente del río Coco, arribando nueve días después a Puerto Cabezas. Entrevistó a Sacasa, quien le instó a colocarse bajo las órdenes del ministro de guerra Moncada. Éste, que conocía a la familia de Sandino, le recibió de mala gana, interrogándole sobre el destino que iba a dar a las armas requeridas. Sandino arguyó que su conocimiento de la zona de Las Segovias le facilitaría una eficaz defensa del territorio septentrional, lo que permitiría a los constitucionalistas, desde el este, marchar sobre la capital con sus flancos cubiertos, ya que el borde sur lindaba con el extenso lago de Nicaragua. A pesar de la lógica del argumento, Moncada se negó a entregarle armas y expresó sus dudas, en forma hiriente, acerca de las condiciones militares de Sandino.

Pero dejemos que sea él mismo quien relate los sucesos[52]:

> *El 2 de febrero de 1927 llegué de regreso a Las Segovias procedente de Puerto Cabezas, a donde fui en solicitud de armas ante el doctor Juan Bautista Sacasa, para prestar mejor mi contingente a la guerra constitucionalista desarrollada en aquel año en Nicaragua. Mi permanencia en Puerto Cabezas fue de 40 días, solicitando dicho elemento sin conseguir nada.*
>
> *El 24 de diciembre de 1926 los* yankees *declararon zona neutral a Puerto Cabezas, ordenando al doctor Sacasa la evacuación del puerto en el término de 48 horas por todo el ejército constitucionalista y el retiro de los elementos bélicos nicaragüenses que allí hubiera. Al recibir la grosera intimación procedieron a desocupar aquella plaza los constitucionalistas, en el escaso tiempo de la intimación. No pudiendo llevar todos los elementos bélicos almacenados allí, gran cantidad de ellos fueron arrojados al mar por los* yankees.
>
> *La desesperante humillación dio lugar a que las fuerzas de Sacasa dejaran abandonados 40 rifles y 7.000 cartuchos sobre la raya de costa entre Puerto Cabezas y Prinzapolka. Mis seis ayudantes y yo no quisimos dar un paso sin llevar con nosotros los elementos abandonados. Con ayuda de algunos nativos de Mosquina condujimos por tierra a Prinzapolka aquellas armas y el parque. Moncada estaba en Prinzapolka y las armas recogidas por mí volvieron a quedar bajo su control.*
>
> *Varias cartas había escrito yo al general Moncada en solicitud de elementos para dar empuje a la guerra constitucionalista en Las Segovias. Con engaños me entretuvieron. En mi afán de hacer algo por la Patria, manifesté al general Moncada que me permitiera tan siquiera los 40 rifles y el parque que ya estaban perdidos de no haberlos recogido yo. Me contestó Moncada que yo no haría nada en Las Segovias y que lo mejor para mí era ingresar a una de las columnas que él estaba destacando hacia el interior.*
>
> *Mi contestación fue que yo no miraba éxito en el ejército que él estaba destacando hacia el interior si a la vez el enemigo no tenía una atención por Las Segovias. Que en otro caso, el ejército constitucionalista quedaría deshecho en las Rondas de Chántales. No le gustó a Moncada mi razonamiento. Se negó a darme las armas. Yo me regresé para Las Segovias con mis seis ayudantes. Viniendo de regreso encontré en Wonta a los doctores Arturo Vaca y Onofre Sandoval, que iban con rumbo a Prinzapolka a conferenciar con el general Moncada. Los referidos me invitaron a regresar a Prinzapolka, prometiéndome gestionar ante Moncada que se me permitiera traer los 40 rifles y el parque que ellos mismos habían considerado perdidos.*
>
> *Regresé a Prinzapolka, recibí los rifles y después de un mes de dura navegación sobre el río Coco, llegué el 2 de febrero ya mencionado a Wiwilí.*

En otra carta, Sandino se refería nuevamente a su estadía en Puerto Cabezas:

[52] Este relato está contenido en una extensa carta de Sandino, fechada en el cuartel general El Chipotón, el 18 de marzo de 1929, en posesión del autor de esta obra. Hasta ahora esta carta estaba inédita.

> *Sacasa, los miembros de su gabinete y sobre todo el propio ministro de guerra, Moncada, tenían ambiciones personales,* y *encontré verdaderas dificultades para conseguir los elementos que buscaba. Encontré gente dispuesta a ir a Las Segovias, pero para hacer méritos personales en provecho egoísta. Y como eran varios los que tal propósito tenían, siempre me fue difícil entenderme con los políticos. Mi buena fe, mi sencillez de obrero y mi corazón de patriota, recibieron la primera sorpresa política... Moncada negó rotundamente que se me entregaran las armas que pedía. Así permanecí en la costa atlántica aproximadamente cuarenta días y pude darme cuenta de la ambición y desorganización que reinaba en y alrededor de Sacasa. Supe todavía más: que estaban tratando de organizar una expedición a Las Segovias hombro con hombro con los interventores norteamericanos, y hasta se me propuso que yo acompañase a Espinosa, siempre que aceptara hacer propaganda por el candidato a la presidencia que se me indicara.*

El cándido Sandino se admiraba de las reservas que se oponían a su decisión de luchar. La buena fe a la que él mismo se refería, le impedía percibir que tras el juego tortuoso de los políticos se escondía la traición, que poco habría de tardar en conocerse. Moncada en efecto, realizaba su propio juego, tratando de hacerse imprescindible ante las fuerzas de ocupación. Cuando Latimer neutralizó a Puerto Cabezas e intimó a Sacasa la entrega de sus armas, éste no se hizo repetir la orden dos veces: ordenó proceder de acuerdo a su ministro de Guerra. Luego, ocupándose nada más que de sus personas y la de sus lugartenientes, aceptaron ambos el ofrecimiento de la Bragman's Bluff Lumber Company, para residir en una de las propiedades de esa importante compañía maderera norteamericana, dejando que sus soldados marcharan desorganizados hacia Prinzapolka.

III

Y así, mientras Sacasa y Moncada quedaban igualmente neutralizados, el almirante Latimer “dejaba caer” en el fondo del mar el armamento del ejército constitucionalista, del cual Sandino había logrado rescatar una pequeña parte, gracias a una ayuda inesperada:

> *Yo salí con mis seis ayudantes y conmigo iba un grupo de muchachas, ayudándonos a sacar rifles y parque, en número de cuarenta fusiles y siete mil cartuchos. La flojera de los políticos llegó hasta el ridículo y entonces fue cuando comprendí que los hijos del pueblo estábamos sin directores y que hacían falta hombres nuevos. Llegué a Prinzapolka y entonces hablé con Moncada, quien me recibió desdeñosamente, ordenándome que entregara las armas a un tal general Eliseo Duarte. Sucedió que en eso llegaron el ministro Sandoval y su subsecretario Vaca. Y ellos consiguieron que se me dejaran los rifles y la dotación correspondiente de cartuchos.*

El 2 de febrero de 1927, Sandino estaba de nuevo en Las Segovias. El gesto de aquel “grupo de muchachas”, que no eran sino las pobres prostitutas del puerto, conmovió aún más el espíritu de sus soldados, que ahora se veían acrecentados, en razón de las numerosas defecciones que ocurrían en las filas conservadoras. Ahora el ejército sandinista, iniciado con una primera partida de veintinueve hombres, sumaba trescientas unidades.

De aldea en aldea, la pequeña columna comunicaba el ardor de la resistencia, invitando al pueblo a la lucha contra el “gringo invasor”. Las pequeñas guarniciones se tomaban tras breves escaramuzas, y los vencidos eran invitados a engrosar con armas y bagajes las filas de Sandino. Movidos por una oscura intuición libertaria, que animaba al ideal que su jefe les contagiaba, eran los portavoces de la dignidad nacional de la patria de Rubén Darío, y representaban en esencia los anhelos de liberación de todos los pueblos de Hispanoamérica. La

raza secularmente aherrojada hablaba por la boca de sus fusiles o por la de su iluminado conductor, Augusto César Sandino.

La exigua tropa había establecido su base de operaciones en San Rafael del Norte, localidad situada a un día de viaje de Jinotega, cabecera del departamento del mismo nombre. Se fortificó luego en Yacapuca, entre San Rafael y Jinotega, entretanto el general Moncada remontaba el río Grande, en procura de Managua, llegando a Matiguás por el lado de Matagalpa. Allí le sorprendió la noticia de que los conservadores se habían apoderado de los altos cerros situados entre Tierra Azul y Matiguás, copando a Moncada, tal como él había predicho que iba a ocurrir.

Sandino relata en la carta ya mencionada, la situación existente entonces y el modo en que fue resuelta:

> *En los días que yo regresé a Las Segovias, ocurrió el combate de Chinandega, dado por el general Francisco Parajón. Con motivo de ese combate, las huestes enemigas habían debilitado en gran parte las plazas del Ocotal, Estelí, Jinotega y Matagalpa, cabeceras de los cuatro departamentos de Las Segovias.*
>
> *Rápidamente me extendí sobre Las Segovias con aquellos pocos fusiles y el enemigo evacuó de golpe los cuatro departamentos de referencia. El combate de Chinandega resultó favorable para el enemigo y recuperó las plazas de Matagalpa y Jinotega. No pudo hacer lo mismo con El Ocotal y Estela, donde ya se sentía la presión de la columna a mi mando y la del general Camilo López Irías, con quien operábamos independientemente.*
>
> *En el Ocotal tuve una entrevista con el general López Irías convinimos en que él controlaría el departamento de Estelí y yo el de Jinotega. Estelí fue controlado pronto sin ningún esfuerzo porque no había enemigo. Yo controlé el departamento de Jinotega, menos su cabecera. Mi campamento en los llanos de Yacapuca, a dos leguas de la cabecera departamental. En los llanos de Yacapuca sostuvimos tres encarnizados combates en los cuales conseguimos las más gloriosas victorias por parte de nuestro Ejército. Mi columna aumentó en hombres y armas.*

A continuación, Sandino introduce el relato del romance, con quien luego sería su esposa:

> *Ya conocía yo a Blanca Aráuz, telegrafista del pueblo de San Rafael del Norte. Era una chica muy simpática, de diecinueve años de edad.*
>
> *El frío de los llanos de Yacapuca es casi polar. Después de los tres referidos combates de ese lugar, me vi obligado, por el frío, a desocupar las posesiones de Yacapuca, reconcentrando a mis fuerzas en San Rafael del Norte. Desde allí desplegué nuevas actividades. Teníamos restablecida la comunicación telegráfica de los dos departamentos, a excepción de la propia ciudad de Jinotega.*
>
> *En casa de Blanca me hospedaba con mi estado mayor. Allí mismo estaba instalada la oficina telegráfica. Largas horas del día y hasta de la noche, permanecía yo frente a la mesa en que trabajaba Blanca. Mis conversaciones eran muchas por telégrafo, con las diferentes partes de los departamentos mencionados.*
>
> *Así me enamoré de Blanca, y fue mi novia.*

Seguidamente, Sandino retoma la narración de carácter bélico:

> *Durante mi permanencia en San Rafael del Norte estuve en contacto con el general Camilo López Irías: estábamos de acuerdo en todos los movimientos de nuestras columnas.*
>
> *Las fuerzas a mi mando tuvieron otro encuentro con buen éxito entre Saraguasca y San Gabriel. El general López Irías capturó al enemigo dos camiones cargados con parque de fusilería en el lugar denominado Chagüitillo, situado sobre la carretera de Managua a Matagalpa. Las fuerzas del general López Irías constaban de 700 hombres*

completamente equipados. El armamento del general López Irías era resto de la expedición de Cosigüina y del combate de Chinandega. Las mías constaban de 200 hombres perfectamente armados.

Me participó por telégrafo el general López Irías que con motivo de la captura de los camiones, se acercaba sobre Estelí una fuerte columna del enemigo. Le ofrecí mi cooperación. Ese mismo día, mis fuerzas habían hecho una captura de provisiones de boca en el valle de Apanas, al enemigo que ocupaba Jinotega.

Reconcentré todas mis fuerzas en la plazuela del panteón de San Rafael del Norte. De entre ellas escogí 8 hombres de caballería, de los que consideré mejores, y los destaqué al mando del general José León Díaz (entonces coronel), para protección de la columna de López Irías que, como queda dicho, ocupaba Estelí.

Una noche y medio día caminó el general José León Díaz para llegar a donde se le necesitaba con su columna. El enemigo estaba posesionado frente a las fuerzas de López Irías, en el lugar denominado Los Espejos. Al amanecer del siguiente día se desarrolló un formidable combate entre las fuerzas constitucionalistas y las conservadoras. La columna del general López Irías fue hecha pedazos por el enemigo. Mis muchachos, que iban en protección de López Irías, derrotaron al enemigo por su flanco, avanzándole[53] *cargas de comida, parque y otros objetos.*

López Irías salió en automóvil de Los Espejos a Estelí. Me participó por telégrafo que había sido deshecha su columna y que no sabía de mis muchachos. Que dado el arrojo de ellos, estaba temoroso de un desastre más. Indignado, le contesté al general López Irías. Él no me contradijo. Ordené entonces la reconcentración, en San Rafael, de la caballería al mando de José León Díaz, que ya estaba en Estelí.

IV

El 11 de abril *La Nación* de Buenos Aires, publicaba este cable:

> Managua, 10 (AP). — Con un abastecimiento alimenticio insuficiente y el de municiones mermando paulatinamente una fuerza aproximada de ochocientos liberales al mando del general Moncada, sigue ofreciendo resistencia desesperada en las desoladas regiones al pie de los cerros, cerca de Managua. Se afirma que los conservadores se aprestan a un nuevo ataque concentrado, con la esperanza de que en los dos próximos días se produzca la cesación de hostilidades, a fin de que la nación pueda observar adecuadamente el feriado de Semana Santa. Ayer y hoy las tropas de Díaz anunciaron haber alcanzado posiciones ventajosas en las serranías restantes, excepción hecha de una, y tienen virtualmente asediados a los liberales. Los aviadores hacen saber que se enarbolan banderas blancas en todos los lugares habitados por donde efectúan vuelos.

El gobierno de Sacasa protesta al día siguiente por la ayuda que proporcionan a las fuerzas sitiadoras los camiones norteamericanos escoltados por infantería de marina, en municiones y provisiones. Además, reitera que la leva de conscriptos para Díaz se hace por la fuerza, llevándose a los enrolados maniatados hasta el campo de batalla.

La necesidad de terminar la guerra antes de Semana Santa, parecía presidir los ímpetus de los conservadores; monseñor Reyes y Valladares, obispo de Granada, pone su granito de arena en ese empeño, excomulgando desde el pulpito a los constitucionalistas, bendiciendo las armas conservadoras y distribuyendo indulgencias, escapularios y medallas entre los oficiales y

[53] *Avanzar, avanzado:* términos centroamericanos que corresponden a quitar al enemigo algo que éste posee; p. ej.: apoderarse de sus municiones.

soldados de Díaz. El cable de *AP* dando cuenta de la derrota de Moncada frente al general Víquez, anunciaba que éste creía que "el triunfo completo y definitivo será una realidad antes de Semana Santa, y que ayer, por orden expresa suya, los hombres bajo su mando recibieron el sacramento de la comunión, en misa solemne al aire libre, y elevaron preces al Altísimo por la victoria de la causa conservadora". Añadía la información que antes de que se confirmara la noticia del triunfo de Víquez, ya los aviadores norteamericanos, "quienes tomaron parte activa en las tres batallas", habían dado indicios de ella. La buena nueva la celebraron en Managua con disparos de rifles, cohetes y triquitraques; "también se echaron a volar las campanas de las iglesias y de los conventos".

Pero esa alegría de las fuerzas conservadoras y de quienes desde sus altos o bajos ministerios las apoyaban, se esfumaría pronto ante la reacción de las fuerzas de Sandino, cuya acción determinaría la salvación de Moncada.

Sigámosle en la narración de sus propias batallas:

> *El enemigo ocupaba las plazas de Estelí y Jinotega, y no había columnas organizadas ni en los departamentos del norte, a excepción de mi columna segoviana, que se encontraba impertérrita en San Rafael del Norte, no obstante que un general Carlos Vargas, perteneciente a la columna derrotada de López Irías, me aconsejaba huir de aquellos lugares, porque estábamos rodeados del enemigo. Vargas venía derrotado y acobardado como su jefe,* y *todo a pesar de estar viendo el heroísmo de mis muchachos, quienes acababan de derrotar al enemigo por uno de los flancos, arrebatándole provisiones y parque.*
>
> *En los mismos momentos en que sucedía todo eso, ya había enviado varios correos con el objeto de ponerme en contacto con las fuerzas del general Moncada. Ya lo había conseguido, y las cartas del general Moncada para mí eran desesperantes (se conservan dichas curias en el Archivo de nuestro Ejército). En la última de ellas hay un párrafo que no copio de su original por no tenerlo a mano: pero que más o menos dice así: "Si usted no viene pronto en amparo del Ejército, le haremos responsable por los desastres que pudiera haber". Firman Luis Beltrán Sandoval y José María Moncada.*

El jefe que no vacilara en despojar de armas a quien las pedía con desesperación, y que no tuviera escrúpulos en desdeñarle y burlarse de sus planes, era el que ahora urgía a su subordinado la presencia de sus tropas, para salvarse del duro trance en que se veía.

> *Por mi parte* —agrega Sandino— *hubiera volado para salvar al Ejército liberal, pero mi columna era relativamente pequeña y teníamos que pelear casi a diario.*
>
> *El enemigo ya estaba posesionado también de Estelí. Y siempre de las ciudades de Jinotega y Matagalpa y de los principales lugares por donde se podían conducir fuerzas de Las Segovias a Las Rondas de Chontales, que era donde estaba Moncada. No se tenían noticias de ninguna especie del general López Irías. Yo estaba más o menos en medio de columnas del enemigo. En la parte que yo tenía controlada de Las Segovias, ordené a los empleados que había dejado en los pueblos de Quilalí y El Jícaro, la organización de columnas de voluntarios desarmado, para que fueran a equiparse a los Campamentos del general Moncada, en Chontales.*
>
> *Fue cumplida mi orden con rapidez. En los mismos días de la desesperación de Moncada, me llegaron dos columnas de voluntarios desarmados. Una de ellas al mando del coronel Antonio López y la otra al mando del coronel Pompilio Reyes. Las columnas de referencia estuvieron a punto de regresar antes de llegar a San Rafael del Norte, en*

donde yo estaba. Las noticias eran alarmantes relativas al desastre del general Camilo López Irías.

Blanca y yo discutimos en privado el plan de combinación que debía permitirnos el envío de fuerzas al general Moncada y la toma de la ciudad de Jinotega. Con la ayuda de un croquis de la ciudad de Jinotega que me *proporcionó el doctor González, de Matagalpa, completé la combinación. En una de las tardes del mes de marzo, del mismo año, reuní a toda mi columna en la plaza de San Rafael del Norte. Di a reconocer como primer jefe de los voluntarios desarmados al coronel Simón Cantarero y como segundo al coronel Pompilio Reyes.*

Organicé la fuerza armada en cuatro compañías, un estado mayor y una gobernación de campo. Hice circular la noticia de que íbamos para donde estaba el general Moncada. Salimos del pueblo de San Rafael del Norte y a las 7 de la noche llegamos por segunda vez a los llanos de Yacapuca. Allí di las órdenes convenientes a los jefes de la columna de voluntarios desarmados, a fin de que se dirigieran con una carta mía hasta donde el general Moncada, en Tierra Azul, ordenándoles también que allá prestaran su contingente para mientras yo llegaba. Les di a conocer a la vez el plan que yo tenía para la toma de Jinotega y que por lo mismo el enemigo no se ocuparía en contenerles la marcha, que antes bien protegería la plaza de Jinotega, que sería atacada esa misma madrugada por nosotros.

Por escrito di el plan y órdenes a cada uno de los jefes de columna que tomarían parte en el combate de Jinotega. La columna al mando del coronel Salvador Bosque y del coronel Clemente Torres, entraría por La Montañita, el general José León Díaz, coronel Joaquín Lobo y coronel Coronado Maradiaga, entrarían con sus columnas por la Peña de la Cruz; el coronel Ignacio Talavera entraría con sus fuerzas por La Cabaña; la columna del mayor José Morales y capitán Juan López entrarían por La América; el estado mayor entraría por Apapuerta. También se dio orden al coronel Rufo Antonio Marín para que entrara con su columna de refuerzo por El Chirinagua.

La gente que iba para Chontales y la que iba a pelear en Jinotega prorrumpió en vivas entusiastas y todos marcharon por diferentes caminos.

A las 5 de la mañana del segundo día principiaron los fuegos de nuestros muchachos sobre las posiciones del enemigo. La ciudad estaba lóbrega. Con los primeros rayos del día se miraba pálida la luz eléctrica que la iluminaba. El panteón se distinguía de la ciudad por sus mausoleos blancos. El momento era propicio para que un Rubén Darío quedara en éxtasis.

Era la primera vez que yo veía aquella ciudad. Me enamoré de ella como de una novia y jamás podré olvidarla.

La columna al mando de los coroneles Salvador Bosque y Clemente Torres, desde las 9 de la mañana se apoderó de la fortaleza de El Cubulcán, que estaba defendida por el general Gabriel Artola. El combate continuó entablado en la ciudad por todo el día.

Por la distancia larga que nos separaba de una columna a otra, no había dado yo órdenes de avance sobre la ciudad a los vencedores de El Cubulcán. Hasta que con mi anteojo descubrí nuestra bandera rojo y negro que flameaba en la cúspide de El Cubulcán. Di las órdenes convenientes. A las 2 de la tarde bajaron sobre la ciudad los mencionados Jefes. El combate fue reñido hasta que entraron todas nuestras fuerzas a los cuarteles y demás posiciones del enemigo.

A las 4 de la larde la Plaza estaba completamente en nuestro poder, hallando en ella gran cantidad de pertrechos de guerra. Durante toda aquella noche levanté ese elemento y lo hice conducir a San Rafael del Norte para reorganizar mis fuerzas, porque era mucha la gente que se nos había presentado y necesitaba conocer todo lo que habíamos adquirido.

A las 5 y media de la tarde del mismo día del combate llegaron cuarenta yanquis en protección del enemigo. En El Mal Paso, rondas de Jinotega, se convencieron de que toda la ciudad estaba en nuestro poder y de allí se regresaron. Salí para San Rafael a dedicarme a la reorganización de mis fuerzas. El tercer día volví a ocupar militarmente la ciudad de Jinotega.

V

La proximidad de la reunión de la VI Conferencia Panamericana, a realizarse en La Habana, hacía necesaria la urgente pacificación de todos los focos de rebelión o "disturbios' en América. La necesidad de encontrar mercado para sus inversionistas, saturada como estaba la plaza europea, que además era deudora de más de 5.000 millones de dólares por la "ayuda de guerra" de Estados Unidos, hacía girar los ojos hacia los países hispanoamericanos; pero ¿qué garantía ofrecían éstos, si estaban en permanente revolución y se alborotaban más todavía si el Tío Sam, con su tradicional solicitud, procuraba pacificarlos? Además, ¿qué medio podría encontrarse para desplazar del Nuevo Mundo el poderío comercial y financiero de los primos ingleses, enquistados en la mayor parte de los países con un vigor que no daba muestras de decaer?

El panamericanismo, la expresión jurídica del imperialismo norteamericano, iba a sacar de sus alforjas los medios adecuados para lograrlo.

La reunión de La Habana tenía pues, una importancia vital para Estados Unidos en su política latinoamericana, pero para obtener la unanimidad, o por lo menos la mayoría de los votos, le era indispensable acallar toda posible crítica. La lucha en Nicaragua era en esos momentos la pústula que hedía en su pretendida blancura. Era necesario extirparla. Para ello, Coolidge se valió del coronel Henry Stimson.

Stimson había sido uno de los más implacables defensores del Corolario Roosevelt y amigo durante muchos años de este presidente. Según Samuel F. Bemis, "el presidente Coolidge siguió la sugestión de Kellogg", y le envió a Nicaragua como antiguo secretario de Guerra en el gobierno de Taft, y "como hombre prudente, para que estudiara el mal y recomendara una solución". "Deseo que vaya usted allá —le dijo— y si ve alguna manera de arreglar aquel embrollo, quiero que lo ponga en práctica."

El día 7 de abril, el Departamento de Estado anunciaba que Mr. Henry Stimson viajaría a Nicaragua como representante especial del presidente Coolidge. El viaje, según la nota oficial, obedecía a la necesidad de "llevar al ministro norteamericano Mr. Eberhardt y al almirante Latimer, ciertas informaciones sobre la opiniones del gobierno que no conviene enviar por correspondencia, y con el propósito de que Mr. Stimson recoja impresiones directas de toda la situación nicaragüense".

Al día siguiente en Washington, comienzan a circular toda clase de conjeturas sobre el viaje y sobre los motivos reales que lo originaron. Así se señala que fue decidido después de una reunión entre Coolidge, el senador Borah y Stimson, que este último, en su carácter de socio del estudio de Elihu Root y miembro del gabinete de Taft, "ensayó por primera vez el remedio de la marinería para curar los males de Nicaragua", experimento que se prolongó durante doce años; y que era probable que llevara la misión de arreglar una conferencia entre Díaz y Sacasa, para obtener su acuerdo para la solución preconizada por Borah, esto es, nuevas elecciones presidenciales.

Entre la maraña de informaciones procedentes de Washington, surge una que da otra de las claves del apuro de Coolidge para terminar el "embrollo" de Nicaragua: un cable de *AP,* del día 9, informa que "Coolidge no desea que la crisis nicaragüense se prolongue hasta la iniciación de la campaña electoral presidencial, puesto que ese hecho será usado naturalmente como arma contra él", por lo que sus perspectivas "de ser reelecto para un tercer período, sufrirán un serio quebranto".

El día 9 Stimson abordó un barco de guerra rumbo a Nicaragua, apagando con su viaje las noticias sobre las acciones de guerra que entretanto se libraban en Nicaragua, donde como lo hemos visto, Moncada se hallaba a punto de ser exterminado por las tropas conservadoras apoyadas por la marinería norteamericana.

Así, el 13 de abril, Washington informaba que en el sitio a que estaban sometidas las fuerzas liberales, éstas habían abandonado 80.000 cartuchos, 16 ametralladoras, 2 cañones, 120 obuses y aparatos y líneas telegráficas y telefónicas, y huido en desbandada. De creer en las noticias provenientes de Managua, las fuerzas conservadoras habían liquidado por completo la resistencia de los liberales, por lo que la revolución podía considerarse terminada.

El mismo almirante Latimer, según lo informaba el Departamento de Marina el día 16, anunciaba que salvo los "quinientos liberales que se retiran, a través de las montañas en las inmediaciones de Muy Muy y Tierra Azul todas las demás fuerzas liberales han sido destruidas o dispersadas". Pero Latimer no tenía en cuenta las de Sandino. Es así que el 24 de abril, desde la propia Managua, se informaba que los liberales "tienen la intención de marchar contra esta capital en breve". El cable agregaba:

> Mientras los conservadores continuaban tratando de eliminar a los liberales que se encontraban cercados en los alrededores de Boaco, las fuerzas liberales, en número de mil quinientos hombres, aparecieron súbitamente en los alrededores de Matagalpa y según se informa, avanzaron hasta San José de los Remates, aproximadamente en un tercio de la distancia de Matagalpa a Managua.
>
> El general Parajón se hizo famoso después de la batalla de Chinandega. Se sabe que dirigió quinientos hombres desde Chinandega a través de los departamentos de León, Estelí y Matagalpa, en una distancia de 400 kilómetros, por medio de densos bosques y por montañas, y que en San José de los Remates se le unieron tres generales: Sandino, Wasmer y Bosque, con más de mil hombres.
>
> Los viajes por la región de Managua se consideran peligrosos, debido a las actividades de las bandas liberales, y existe la probabilidad de que se libre una batalla de un momento a otro.

Esa probabilidad era motivada por el anuncio liberal de que Moncada iba a tratar de romper el cerco de Las Mercedes, en que estaba encerrado.

VI

He aquí, a través de las propias palabras de Sandino, de qué modo fue liberado Moncada; el relato continúa a partir de la toma de la ciudad de Jinotega:

> *Se restó al enemigo todo el elemento de guerra de que disponía en la plaza. Se había llegado a sentir terror a nuestra columna. Las mesetas y los cerros de Yacapuca y Saraguasca estaban sembradas de cadáveres de los combates anteriores. Integraban ahora la columna segoviana ochocientos hombres de caballería muy bien equipados, y nuestro pabellón rojo y negro se alzaba majestuoso en aquellas agrestes y frías colinas. Después supe que los 150 hombres que destaqué fueron los que salvaron el tren de guerra de Moncada, que estuvo a punto de caer en poder del enemigo.*
>
> *Ya el "general" López irías había desaparecido totalmente de Las Segovias, y en esos mismos días supimos que Parajón, de regreso de su viaje de turismo a El Salvador, trataba de reorganizarse en occidente. Desde San Rafael del Norte me participó Blanca, telegráficamente a Jinotega, que tenía informes de que el general Francisco Parajón ya había regresado de El Salvador. La noticia me fue confirmada. Mandé a un señor de apellido Quintero con una carta en busca del general Parajón, manifestándole la importancia que tenía su acercamiento a Las Segovias y que yo no abandonaría Jinotega hasta su llegada. (Tenía yo temores de que los yanquis declararan zona neutral a Jinotega y por tal motivo él no pudiera pasar). Si mal no recuerdo, hizo de secretario para esa carta el ingeniero Félix Fajardo, vecino de Estelí.*
>
> *Mi carta llegó a poder de Parajón, y en la primera quincena de abril de 1927 llegó aquél con sus fuerzas a Jinotega. La toma de esta ciudad y el acercamiento de las fuerzas de Parajón desmoralizaron a las fuerzas enemigas que estaban en Estelí. Evacuaron Estelí las fuerzas enemigas y el general Parajón pasó sin ninguna novedad, llegando a Jinotega el Martes Santo.*

Desde que me apoderé de Jinotega procedí a la organización del gobierno departamental, nombrando Jefe Político del departamento al doctor Doroteo Castillo. También estaba organizada la Banda, y *con motivo de la llegada de las nuevas fuerzas al mando de Parajón, hubo un concierto en el parque de Jinotega.*

Al día siguiente, dejando al hoy satélite de Moncada en posesión de la plaza de Jinotega, marché con mis 800 hombres de caballería a libertar a Moncada del cerco en que le tenían las fuerzas del gobierno de Díaz. Moncada había abandonado hasta los cañones, dado el empuje abrumador del enemigo. El miércoles Santo, 13 de abril de aquel mismo año, a las 12 del día, emprendí la marcha para Chontales. Éramos la avanzadilla por ser la fuerza mejor equipada y salíamos con dos días de anticipación a las columnas que acababan de llegar. Fue así como habíamos convenido con los jefes que quedaban a retaguardia.

Cuando llegué a las cercanías de Palo Alto, tuve informes de que el general Moncada había evacuado todas las posiciones que tenía allí y que el enemigo le tenía rodeado en Las Mercedes. En la evacuación que hizo el general Moncada de Palo Alto para dirigirse a Las Mercedes, fue de gran importancia para la causa la cooperación que dio la columna de voluntarios desarmados que envié con anticipación.

Cambié de rumbo, y el domingo de Pascua, a las 2 de la tarde, me acerqué a la población de San Ramón, desplegando las fuerzas en 16 pelotones para que se complementaran debidamente. El enemigo que había en San Ramón descargó sus fuegos sobre nuestra columna, pero la distancia era tan larga que ni siquiera supimos en el momento que aquel fuego era con nosotros. Ni las balas llegaban.

Por una comisión que envié a las órdenes del coronel Humberto Torres, Jefe de Estado Mayor, adonde un señor de apellido Vita, supe que el enemigo había desocupado la población de San Ramón, poniéndose en marcha hacia Matagalpa. El 18 de abril, a las 9 de la mañana, estaba en nuestro poder la mencionada población.

Con esa misma fecha recibí una nota del jefe de los yanquis campamentados en Matagalpa en que me manifestaba que desde esa fecha declaraban Zona Neutral la ciudad de Matagalpa. La distancia que hay entre aquella ciudad y San Ramón es de dos leguas y media. Mi contestación al jefe de los yanquis fue decirle que si la neutralidad era tanto para liberales como para los conservadores, que estaba entendido: pero que si yo llegaba a saber que ellos procedían con parcialidad en favor de los conservadores, que atacaría esa plaza aunque ellos estuvieran allí.

Para esa carta hizo de secretario don Adán Medina, avecinado en Jinotega. El jefe yanqui, al recibir mi nota en los términos expresados, contestó manifestándome que cumplirían su palabra de neutralidad. Las notas se conservan en el Archivo de nuestro Ejército.

El Jinotega se reunieron después de mi partida los "generales" Parajón, Castro Wasmer y López Irías (de los tres no se hace uno solo), formando una sola columna, con la que seguían de cerca mis pasos. Después de las notas de referencia llegaron las columnas del general Parajón y de los otros jefes que habían quedado en Jinotega.

El 19 de abril salí del pueblo de San Ramón, quedando allí las fuerzas que caminaban a retaguardia. En el camino se me ocurrió enviar una nota al mismo jefe yanqui manifestándole que aceptaran el control de las autoridades civiles en el departamento de Matagalpa por ciudadanos de filiación liberal, supuesto que todo el departamento estaba controlado por nuestras fuerzas y no era posible que continuaran siendo conservadoras las autoridades mencionadas. Esta nota la llevó el coronel Humberto Torres.

Contestaron los yanquis diciéndome que lo consultarían con su jefe superior, y que según resolviera me lo participarían. Para esas notas no contuve mi marcha hacia Chontales. El coronel Humberto Torres me alcanzó en el pueblo de Terrabona, manifestándome que los conservadores de Matagalpa lo habían encarcelado y que cuatro oficiales yanquis lo habían encaminado desde Ciudad Darío hasta las cercanías de Terrabona, por sospechas contra los conservadores, quienes pretendían asesinar al coronel Torres en el camino. Los yanquis que fueron a encaminar al coronel Torres le habían manifestado el deseo de conocerme, pero no lo consiguieron porque yo iba a la cabeza de la columna. Ellos hablaron con Parajón y los demás jefes de retaguardia.

En el pueblo de San José de los Remates nos reunimos todos nuevamente y un oficial de las columnas de la retaguardia, me dijo que un tal Castro Wasmer decía que los yanquis no se deberían haber dirigido a mí, sino a él, porque él era representante del Ejecutivo. Yo me sonreí y le tuve lástima al tal Wasmer. Mediante los informes que en dicho pueblo se adquirieron se siguió la marcha, yendo siempre mi columna como avanzadilla.

El general Porfirio Sánchez H., entonces coronel, era el jefe de la avanzadilla de mi columna y por consiguiente él llevaba a su cargo al chance (guía) que nos debía enseñar dónde eran Las Mercedes, lugar ocupado por el general Moncada. En Las Mercedes era donde tenían a Moncada en el famoso "anillo de hierro". Según era el decir del enemigo.

Cuando el chance llegó a cierto lugar, se paró manifestándole al general Sánchez lo siguiente: "El Bejuco es donde se miran esas lomas y según dicen está ocupado por el enemigo. Las Mercedes están en aquellas otras lomas que se divisan más retirado. Yo no conozco más. Póngalo en conocimiento de su jefe porque no puedo andar". El general Sánchez me esperó, participándome lo ocurrido. Yo sospeché que el enemigo estaba muy próximo y que por eso el campesino se resistía a caminar más.

Efectivamente, teníamos al enemigo enfrente. Ordené que se ocuparan todos los lugares que creí convenientes. La caballería tomó rápidas posiciones. En esos mismos momentos divisamos como a 400 varas una caballería que se deslizaba sobre unos potreros. No sabíamos si serían fuerzas de Moncada o del enemigo. Ordené al general Porfirio Sánchez H. que con los 60 hombres de caballería a su mando fuera a descubrir lo que habíamos visto. Al mismo tiempo manifesté a Parajón, Castro Wasmer y López Irías la conveniencia de que sus fuerzas se tendieran en línea de fuego, lo que hicieron al instante. Veinte minutos después se entabló un encuentro entre las fuerzas del general Sánchez y las del enemigo. Se oyeron disparar más de 40 ametralladoras. Acto seguido ordené al coronel Ignacio Talavera, jefe de la primera compañía de nuestra caballería, que con las fuerzas a su mando protegiera al coronel Sánchez. Cuando el fuego hubo cesado, porque fue rápido, mandé pedir al general Parajón un pelotón de su columna para cubrir varios flancos que quedaban. El pelotón llegó y luego que se comprendió la cesación del fuego del general Sánchez con el enemigo, muchos del pelotón fueron en la dirección que ocurrió el combate en busca de armarse mejor. Todo esto ocurrió entre las 5 y 6 *de la larde. Esperé la llegada de los mencionados Parajón, Castro Wasmer y López Irías, quienes llegaron a mi presencia sólo con sus ayudantes. Hice sentir a ellos mi opinión a la vez que mi propósito de ir en persona con mis 150 muchachos. Después que se tomaron las precauciones del caso, me dirigí en busca del general Sánchez. El general Parajón, muy cuerdamente, quiso evitarme que yo fuera personalmente a aquel terreno sin estar bien cubierto el lugar. El decía que podía ser un plan militar del enemigo de haberse retirado. Que podía tener emplazadas el enemigo ametralladoras desde donde afectar en mucho a nuestras columnas si entraban sin precauciones. Con pocas palabras me negué a tomar sus consejos y siempre me fui tras de mis muchachos dejando a los demás debidamente preparados en posiciones. Los "generales" quedaron en el lugar en que me encontraron* y *yo marché. A poca distancia y entre montañuelas me encontré con mi gente llena de entusiasmo por haber capturado el cuartel del enemigo que venía afligiendo a Moncada.*

A las 8 de la noche llegué al lugar en que tenía el enemigo su *hospital de sangre y también allí mismo era el Cuartel General. Había gran número de heridos, muchas medicinas y gran cantidad de armamento. A éste último, después de amontonarlo, le habían pegado fuego, pero mis muchachos apagaron el incendio y sacaron las armas. Los heridos me dijeron que el ejército enemigo que de allí se corrió era mayor de 1.000 hombres al mando de 10 generales y varias docenas de jefes menores. Mucha de la gente nuestra que iba al mando de los otros jefes a retaguardia no tenía armas y con las que allí se capturaron se equiparon todos. Tomamos un valioso botín de guerra, consistente en varios miles de rifles y muchos millones de cartuchos. Con eso acabó de equiparse la gente de Castro Wasmer.*

VII

El sitio de Moncada había sido levantado. “Ni un muerto ni un herido de nuestra parte”, comentó Sandino. Luego, relata el encuentro con Moncada:

Tras de unas lomas, muy lejos, salió herido uno de los muchachos del general Parajón que estaba cocinando. El segundo día, al amanecer, descubrimos una banderita roja en el picacho de un cerro y me fui con pelotón de mi gente a descubrir qué clase de fuerza era. Del picacho bajó también una comisión. Nos encontramos y nos reconocimos con la fuerza de Moncada. Hubo mucho entusiasmo por parte de nosotros y de ellos. Nos dijeron, que desde varios días anteriores nos estaban esperando.

Me dieron la dirección del campamento donde estaba Moncada. Cuando llegué al campamento, ya estaba allí Castro Wasner acostado en una hamaca con el general Moncada. Ya desde ese momento a Castro Wasmer le conocí cierta vanidad.

Castro Wasmer había precedido a Sandino ante Moncada, y con lujo de detalles explicaba a éste cómo “le costó hacer llegar a ese lugar a Parajón, a López Irías y a Sandino...” Prosigue este último:

> *Manifesté al general Moncada el mucho deseo que había tenido yo de llegar más antes. El me manifestó que si un día más hubiéramos tardado, hubiéramos tenido que ir a alcanzarlo más lejos porque ese día estaba dispuesto a romper línea, ya que sabía que esa era la fecha que tenía el enemigo designada para darle combate general. Ambos nos echamos el brazo y fui en busca de mi gente, que la había dejado en El Bejuco.*
>
> *Ese mismo día en la noche salí con mis 800 hombres de caballería para Boaco, ya recibiendo instrucciones del general Moncada. La columna de voluntarios desarmados, que había enviado con anterioridad al mando de los coroneles Cantarero y Reyes, me manifestaron el deseo de ingresar nuevamente a mi columna.*

Ese no era fenómeno aislado entre tropas. Muchos de sus participantes querían integrar la columna de Sandino. Ante la defección que cundía hasta en sus propias tropas, Moncada hizo leer una orden del día, prohibiendo la transferencia de soldados de una columna a otra.

Continúa Sandino su carta, dando cuenta de los hechos:

> Moncada mandó comunicar una Orden del Día prohibiendo a los jefes de columna que habían llegado llevar más de 300 hombres a su mando, porque tenía muchos jefes allí que no tenían fuerzas a sus órdenes. Ninguno de los muchachos de mi Caballería quiso pasarse a otro jefe y en vista de esa negativa se me permitió continuar llevando toda mi caballería y parte de la columna que había enviado con anterioridad, entre ellos el coronel Cantarero y el doctor González. Este último fue el correo especial que utilicé para comunicarme con Moncada desde San Rafael del Norte a Tierra Azul.
>
> *Como Sandino lo refiere, Moncada le había ordenado partir hacia Boaco, supuestamente ocupada por tropas bajo su mando, lo que, como después iba a comprobarlo, era falso. Según Sandino, el jefe supremo constitucionalista tenía intenciones de asesinarlo:*
>
> *En su despacho... su única intención fue la de que yo fuese asesinado por lar fuerzas al mando del coronel José Campos, a quien Moncada tenía sobre el camino por donde debía pasar esa noche. Después que me comuniqué con el mencionado coronel, me manifestó que Moncada no le dijo nada de mi próxima pasada por aquel lugar, y*

que a eso se debió que la noche anterior me hubiera emplazado las ametralladoras, tal como lo hizo, porque creyó que se trataba del enemigo.

Marché a Boaco. Moncada me habla dicho que el enemigo había evacuado dicha ciudad y que si mirábamos alguna columna en aquella plaza, que no nos sorprendiéramos porque era de nuestra gente. Bajo esa idea nos fuimos. Cuando llegamos a las rondas de Boaco miramos un foco eléctrico muy potente que iluminaba casi una legua fuera de la ciudad.

El general Porfirio Sánchez H. comprendió que aquélla no era fuerza nuestra. Ordenó que se contuviera la marcha y me comunicó lo observado por él. Di órdenes para el regreso de todas las fuerzas y la ocupación de unas alturas que habíamos dejado atrás. En la mañana del día siguiente descubrimos 14 retenes del enemigo en los cerros de Boaco.

Comprendí que Moncada no estaba bien informado de aquella plaza al decirme que no había enemigo en ella. Aquélla era una verdadera fortaleza y no nos era posible llegarle sin una combinación completa. Envié un correo a Las Mercedes participándole a Moncada que el enemigo estaba apoderado de Boaco; que si él lo ordenaba yo haría el plan conveniente y atacaría.

En cambio, en otra carta, Sandino se refiere al mismo suceso de este modo:

...porque no era cierto que fuerzas de su mando, como me había dicho, ocuparan aquella plaza. El correo regresó manifestándome que Moncada había desocupado totalmente Las Mercedes, marchando para Boaquito. Regresé con mi gente y le seguí hasta alcanzarlo, y entonces fue cuando el coronel José Campos me contó lo que atrás dejo referido. En Boaquito me ordenó Moncada que ocupara el cerro El Común. Allí permanecí hasta el día en que Moncada ahorcó al Partido Liberal Nicaragüense, en el Espino Negro de Tipitapa.

Volviendo sobre la carta que estamos reproduciendo íntegramente, Sandino agregaba:

El correo regresó manifestándome que Moncada ya no estaba en Las Mercedes; que ha había salido con rumbo a Boaquito; que en aquellos campamentos de Las Mercedes donde estuvo Moncada solamente había un gran mosquero que le había dado miedo y regresó. En ese caso, dispuse seguir el mismo camino que llevaba Moncada y llegamos a dormir a un cerro que se llama El Chiflón. El segundo día en la mañana me puse en contacto con Moncada. Aprobó mi disposición.

En El Chiflón permanecí dos días hasta que recibí órdenes de ocupar el cerro El Común, una legua al sur del pueblo de Teustepe. El enemigo estaba en Teustepe y sus alrededores. Hizo varios empujes con la pretensión de abrirse paso entre Teustepe y Boaco. No pudo romper nuestras líneas.

A continuación, Sandino expresa con orgullo estas palabras:

Los últimos disparos de aquella guerra constitucionalista fueron hechos por mi caballería.

Esta última referencia, unida a la anterior relativa al Espino Negro de Tipitapa, tiene esta explicación: la victoria obtenida por las fuerzas de Sandino en Las Mercedes había dejado expeditas las vías que conducían a la capital, en donde la noticia había provocado pánico. Moncada, en lugar de avanzar, retuvo sospechosamente a sus tropas, empleándolas en tareas diversionistas, hasta que jugó su carta decisiva a través del personaje norteamericano, en quien podía confiar para el desarrollo de sus ambiciosos planes: el coronel Henry L. Stimson, representante personal de Coolidge en Nicaragua.

Al respecto, informa Sandino:

El último empuje que el enemigo hizo fue sobre la columna del general Parajón. Yo envié 100 hombres de caballería en su protección, al mando del coronel Ignacio Talavera; pero cuando el refuerzo llegó, el general Parajón había rechazado al enemigo. Mis muchachos no quisieron quedarse sin su parte y *atacaron una columna enemiga en las riberas del río de los cocales de Teustepe. No volvió a haber otro disparo. El segundo día de aquel combate, recibí nota del general Moncada participándome que había 48 horas de armisticio porque él había aceptado una conferencia en Managua o en Tipitapa, Contesté diciéndole que no estábamos de acuerdo en que él fuera solo; que si iba, debería ser con todos nosotros armados. Temía yo una traición por parte de los* yankees[54].

[54] La traición no provino, empero, de los invasores, sino de Moncada. Léanse los detalles en *Sandino, general de hombres libres.*

CAPÍTULO VII

MORIR COMO REBELDES Y NO VIVIR COMO ESCLAVOS

Voluntarios
por la vida, por los buenos ¡matad
a la muerte, matad a los malos!
Hacedlo por la libertad de todos.
del explotado y del explotador,
por la paz indolora —la sospecho
cuando duermo al pie de mi frente
y más cuando circulo dando voces—
y hacedlo, voy diciendo,
por el analfabeto a quien escribo,
por el genio descalzo y su cordero,
por los camaradas caídos,
sus cenizas abrazadas al cadáver de un camino.

CESAR VALLEJO
Himno a los voluntarios de la República.

I

A partir de ese momento, la historia de Sandino comienza a conocerse a través de fuentes periodísticas, las más de las veces interesadas en denigrarlo, en burlarse de su causa y empequeñecerla.

Hasta que el poeta y escritor hondureño Froylán Turcios, fundador y director de la revista *Ariel,* resuelve constituirse en su portavoz y propagandista, poco o nada es lo que se conoce sobre sus andanzas. Después, sus propias declaraciones en México o los relatos hechos a periodistas y escritores que le visitaron, permitirían reconstruir una parte de esa vida, la única de la que se enorgullecía en destacar: la de su lucha contra la intervención.

Sobre sus años anteriores tendía un velo de discreción, porque consideraba que carecía de valor biográfico.

Otra fuente la constituiría el libro que, dos años después de la muerte de Sandino, aparecería editado en Managua con la firma de su asesino, Anastasio Somoza, quien para justificar la necesidad de esa muerte y en el deseo de reivindicarse ante el pueblo a quien iba a oprimir a partir de ese año con el título de presidente, dio cuenta de todo lo que a su menguado entender, podía contribuir a desprestigiar al héroe de Las Segovias. Así, incluye proclamas y manifiestos, declaraciones y cartas, que no hacen sino confirmar la altura de miras de Sandino. La profusión de fotografías sobre supuestos asesinatos cometidos por los lugartenientes o jefes de columnas del Ejército Libertador de Nicaragua, pueden sin mengua ser atribuidas a las atrocidades y crímenes cometidos por las fuerzas invasoras como por la Guardia Nacional, hechura suya, de la que poco después sería jefe el propio Somoza. Tiene no obstante, el valor de un testimonio sobre la gesta de Sandino, más valioso aún, por provenir de quien le odiaba y que terminaría finalmente por ser su asesino.

En ese libro figura la carta que Sandino escribió a Moncada desde El Cacao de los Chavarría, el 9 de mayo de 1927:

> *Estimado general. Tengo el gusto de participar a Ud. que habiendo llegado a este lugar me he encontrado con la dificultad de no juntarme con toda mi gente pues sólo he hallado unos pocos Jefes porque los demás se han ido para Jinotega, lugar de donde son. Así es que yo he pensado que mi permanencia en este lugar de nada me serviría puesto que toda mi gente se me ha desbandado.*
>
> *He resuelto irme para Jinotega para llamar de nuevo a mi gente, para recoger todas las armas: en ese caso permaneceré allá, donde quedaré esperando sus órdenes. Asimismo yo delego mis derechos para que Ud. arregle el asunto como mejor le convenga, y me participe los resultados a Jinotega, lugar donde yo estaré con mi columna. El desbande de mi gente obedece a que no encontramos qué comer* y *por eso se me ha ido, pero yo aseguro que una vez llegado yo todos tienen que llegar donde mí y entonces todas las armas las recogeré. De Ud. afectísimo correligionario* y *amigo. (f.) A. C. Sandino.*

El día 19 de mayo, ya de regreso a la Unión, el coronel Stimson declara en Panamá que “la lucha ha terminado en Nicaragua, y que durante la última semana fueron entregados a los norteamericanos 6.200 fusiles, 272 ametralladoras y cinco millones de series de municiones”. El día 23, Zepeda, representante de Sacasa en México, reitera la acusación de que los aviadores norteamericanos han usado gases asfixiantes contra combatientes y civiles. El día 25, Latimer informa que el desarme prácticamente ha concluido, habiendo sido entregados a los marinos 11.000 fusiles, 20 ametralladoras y cinco millones de series de municiones.

Pero ya se ha hecho pública la rebelión de Sandino. El 12 de mayo, desde Yalí, hace conocer la siguiente circular:

> *Autoridades locales de todos los departamentos. Muy señores míos: Tengo el gusto* y *la satisfacción de saludarlos afectuosamente después de haber llevado a cabo una afortunada cruzada frente a las columnas enemigas, de la que daré a Udes. un detalle a grandes rasgos, para que no ignoren la actual situación del movimiento político militar que atraviesa nuestro país.*
>
> *El 11 de marzo salí con mi ejército rumbo al campamento del general Moncada: la suerte estaba de parte mía y en el lugar llamado “El Bejuco' logró mi ejército romper las cadenas que ahogaban la revolución. La sorpresa de ellos fue grande al ver flamear la bandera de la Libertad en el corazón de sus campamentos: desde ese momento las fuerzas constitucionalistas se llenaron de entusiasmo,* y *cada día se celebraba un combate a favor nuestro. El momento decisivo estaba próximo; la última campanada había llegado para el conservatismo, puesto que el ejército liberal contaba con 7.000 hombres bien equipados* y *rebosando de entusiasmo, mientras ellos sólo contaban con mil* y *tantos hombres propensos más que a luchar, a la deserción, de modo que el triunfo era nuestro en toda la línea.*

Habíamos vencido, pero he aquí que cuando nos disponíamos a hacer el último empuje y entrar triunfantes al Capitolio de Managua, el Coloso Bárbaro del Norte, o sea los norteamericanos, viendo que las fuerzas del gobierno perdían sus posiciones y teniendo ellos compromisos con Adolfo Díaz, propusieron al general Moncada un armisticio de 48 horas, para tratar la paz de Nicaragua. Esto se prorrogó por 48 horas más. Como resultado de esas conferencias se han sentado las bases siguientes: Primero. Desarmar al ejército conservador, dejándonos a nosotros ocho días para efectuar el desarme de la revolución mediante estas bases: el Gobierno daría al Liberalismo seis departamentos: Jinotega. Matagalpa. Estelí. Ocotal y León y las Costa Atlántica; además, dos ministerios, el de Gobernación y el de Guerra, este último ofrecido al general Moncada, el cual no aceptó, quedando siempre Díaz en la Presidencia.

Como comprenderán, la aceptación de tales proposiciones necesitaba la aprobación de todos los jefes de la revolución. Para esto se llevaron a cabo en Boaco unas conferencias, para tratar de la aceptación o no de las bases. Y como mi campamento estaba un poco retirado de Boaco, no concurrí a las conferencias, pero me encontré con la resolución de la mayoría de los Jefes que es ésta: no aceptar a Díaz como Presidente de Nicaragua. La resolución del coronel Stimson, enviado especial del Gobierno Norteamericano, reconoce perfectamente nuestro triunfo, pero habiendo el Departamento de Estado reconocido al Gobierno de Díaz, está en el imprescindible deber de sostenerlo en la Presidencia por la moralidad de sus compañeros: pero prometen el gobierno de los departamentos referidos; además, la libertad absoluta de imprenta y controlar las futuras elecciones que de seguro el triunfo en esa lucha cívica será nuestro porque contamos con la mayoría.

El A.B.C. de la América del Sur, o sean las repúblicas de Argentina, Brasil y Chile, han gestionado ante el Departamento de Estado Norteamericano para actuar como jueces en los asuntos de Nicaragua, lo que fue aceptado por ellos[55]*. Estos prescindirán de Sacasa y Díaz y propondrán así un Gobierno liberal. Mi resolución es ésta:* Yo no estoy dispuesto a entregar mis armas en caso de que todos lo hagan. Yo me haré morir con los pocos que me acompañan porque es preferible hacernos morir como rebeldes y no vivir como esclavos. *Mientras tanto, permaneceré aquí esperando la determinación del General Stimson respecto a nuestro asunto. Affmo. compañero y amigo (f.) A. C. Sandino.*

II

El 19 de mayo, Sandino dirige esta otra circular:

Por la presente daré a saber mi última determinación respecto a la actual situación política de nuestro país. Parece que el movimiento constitucionalista, encabezado por Moncada, ha quedado despachado, habiendo quedado el pueblo víctima de la imposición yankee y de la irresolución de sus principales cabezas: si se ha hecho bien y merece aplausos la manera pacifista con que principió a terminar ese movimiento, se le debe directamente a Moncada, y si es digno de crítica y si a alguien se debe de acusar de responsable, es al mismo Moncada, por la manera con que desmoralizó al ejército al regreso de Managua, lo que hizo de la siguiente manera: reconcentró las fuerzas que se encontraban en Las Banderas y Boaco, lo mismo que el tren de guerra que estaba en

[55] Circuló por aquel entonces en efecto, ese rumor, debido a que Sacasa solicitó esa mediación; pero el 16 de mayo, el ministro de Relaciones Exteriores argentino Ángel Gallardo, informó que había declinado esa invitación, debido a que Argentina no había reconocido ni a Díaz ni a Sacasa.

Teustepe, así como a las otras fuerzas que habían quedado en nuestro poder; y todo eso lo hizo sin el consentimiento general del ejército, e invitando a los jefes para uno conferencia que se celebraría en Boaco, en donde se trataría de la conveniencia o no de aceptar las bases propuestas por los yankees, y *al mismo tiempo hizo lo que de su parte estuvo, para aceptar las bases que los "machos"*[56] *habían propuesto.*

Yo estuve presente a escucharle con un grupo de mis compañeros y le oí sin contestar, y porque psicológicamente comprendí lo resuelto que estaba en su interior para entregar las armas, e irónicamente pregunté frente a él, a mis muchachos, si estaban dispuestos a entregar sus armas; y ellos contestaron con un "pujido" y voltearon las espaldas: al comprender Moncada que yo no estaba con su opinión, me miró de frente, casi amenazante, diciéndome que mi deber era ajustarme a la opinión de la mayoría, porque de lo contrario era locura que yo intentara luchar con los "machos".

Comprendiendo que yo no hacía bien en contradecirle, porque aún podría privar mi libertad, le contesté que eran mis deseos acceder a la opinión de la mayoría, pero yo sabía que la mayoría ya estaba vencida por él mismo, puesto que con la reconcentración de las fuerzas había cundido la desmoralización del ejército. Fui a la conferencia. Cuando llegué a la sesión, había terminado. Todo esto yo lo hacía por fórmula y no por fe ni obediencia. Pedí permiso para que en el caso de entregar las armas, hacerlo en Jinotega, pero se me dijo que había que comunicárselo a los yankees, y *que para eso habría necesidad de esperar tres días. Yo acepté a esperar en el lugar que se llama "El Cacao* ", *pero cuando llegué a él le envié una carta al general Moncada, participándole que mi columna se había tardado por falta de comida; que yo mismo me ponía en marcha para Jinotega, en donde quedaría esperando sus órdenes, y como siempre, sujeto a la opinión de la mayoría de los jefes, pero todo esto lo hacía para poder evitar que me pusieran obstáculos en mi marcha, y así poder traerme el armamento, tal como lo hice. A mi llegada a Jinotega convoqué a las principales personas de dicha ciudad, para manifestarles mi resolución de luchar con los* yanquees *pero que antes de presentarnos en acción lanzaríamos una protesta contra los Estados Unidos en nombre del Partido Liberal de Las Segovias, ya que no lo podríamos hacer en nombre del Partido Liberal de Nicaragua, porque ya en esos días estábamos desmembrados.*

Mi propósito fracasó y tengo temores de haber sido criticado, pues se me prometió resolver al día siguiente, y hasta hoy nadie me ha resuelto nada. En vista de no haber hombres resueltos a dejar el "cuero" por un gesto de heroísmo, resolví deshacerme de las personas que comprendí eran dueños de intereses y que no les gustaría abandonar a sus hogares. En Jinotega tengo alrededor de cien hombres y en Estelí otro tanto.

Ya he dado órdenes a las fuerzas de Jinotega como a las otras partes para no presentar acción a las fuerzas norteamericanas en caso de invadir a dichas plazas y que se reconcentren en el lugar donde yo estoy, que es San Rafael, para que las autoridades civiles escuchen las pretensiones de los yankees y *mientras tanto, yo saberlo todo por telégrafo e ir a esperarlos donde a mí me convenga, y cerrar así el movimiento constitucionalista con un broche de sangre* yankee.

No me importa que se me venga el mundo encima, pero cumpliremos con un deber sagrado. Por todo lo dicho protestaré por mi propia cuenta, si es que no hay quien me secunde. De Uds. affmo. compañero y amigo (f.) A. C. Sandino.

Ante la evidencia de la rebelión de Sandino, Moncada se puso en campaña para doblegarle. El 21 de mayo, con la colaboración de tropas norteamericanas, ocupaba la ya abandonada Jinotega e instaba telegráficamente al jefe patriota, a rendirse. Así relata Somoza en su libro, esos sucesos:

[56] *Macho:* centroamericanismo, que designa a los individuos de tez rubicunda y cabello rubio, y por extensión a los de raza sajona, sean ingleses o norteamericanos.

Sandino reunió sus tropas en la ciudad de Jinotega, donde se acuarteló. La presencia de Sandino, hombre de negativos alcances políticos, de carácter irreflexivo y violento, y acompañado de hombres armados, sin otro jefe más que él en aquellas regiones, constituía un grave peligro. Y la paz que se había logrado a costa del patriotismo y de un gran sacrificio, por parte de las fuerzas liberales, estaba a punto de quedar anulada si no se recurría a todas las gestiones diplomáticas y amistosas, para convencer a Sandino de que era necesario ser solidario con la resolución tomada par todos los jefes de la revolución.

Para este efecto, el general Moncada dispuso dirigirse hacia aquel lugar, acompañado de su secretario —el autor de esta obra—, don Gregorio Sandino, padre del rebelde, y de algunos oficiales norteamericanos El viaje se hizo felizmente y se llegó al anochecer de aquel día a Jinotega. El general Moncada no pudo hablar con Sandino, porque éste, tan luego se dio cuenta de su llegada, salió de Jinotega con la mayoría de sus hombres, dirigiéndose hacia San Rafael del Norte.

Así pues, sólo fueron desarmados los pocos que fueron encontrados en Jinotega, a quienes logró convencer el general Moncada, y que por uno u otro motivo no pudieron marcharse acompañando al jefe rebelde. El general Moncada se dio cuenta del nuevo lugar donde Sandino acampó con sus hombres. Para evitar una nueva burla, desde luego que Sandino ya no procedía de buena fe, dispuso escribirle una carta, la que debía ser puesta en sus manos por don Gregorio Sandino, quien llegaría personalmente a San Rafael del Norte, a desempeñar ese cometido. Ya entonces Sandino se hacía llamar el jefe de los montañeses...

La carta que el general Moncada escribió al jefe de los montañeses, es la siguiente:

Jinotega, 24 de mayo de 1927, — Señor general Augusto C. Sandino. — San Rafael del Norte. — Estimado general: Ha venido a ésta su padre, con el deseo de arreglar los graves asuntos que con respecto al departamento de Jinotega se desarrollan. El va a buscarlo a usted personalmente, pues hemos tenido informes contradictorios respecto al verdadero lugar en donde usted se encuentra. De Tipitapa para Corinto, lo que se llama el interior del país, se halla en paz, y el Partido Liberal se halla empeñado en extender los beneficios de la tranquilidad y el orden hacia los otros departamentos. En los arreglos para el desarme, usted recordará los informes que en Boaco le di, en cuanto a que nosotros no hemos aceptado a Díaz como presidente, sino una tregua durante el resto del periodo actual, para asegurar las elecciones libres en Nicaragua, bajo la garantía del presidente de Estados Unidos, y no de los conservadores nicaragüenses.

Usted recordará también, que todo lo hecho fue resuelto por todos los generales del ejército, en consulta libre y espontánea, y que usted en la última carta que me dirigió, estuvo de acuerdo en todo. En consecuencia, el honor del ejército y del liberalismo están ya comprometidos en la senda seguida. Siempre dije a todos que el concepto del patriotismo y de la libertad depende de la manera de comprenderlo. Todos tenemos derecho a pensar lo que más convenga a la patria. Si es conveniente pelear contra Estados Unidos, para libertar a la nación, nuestro deber es pelear; si la lucha es un sacrificio para el pueblo liberal, nuestro deber es vivir, porque los muertos desaparecen para siempre, y los vivos quedan con el alma entera para poder luchar siempre por la independencia y soberanía de la patria.

Le ruego pues, que medite profundamente la determinación última de usted y de sus tropas, en bien de Nicaragua y del liberalismo, y que después de oír a su padre, resuelva tener una conferencia conmigo. Soy su afectísimo, (f.) J. M. Moncada.

Sandino contestó a Moncada del siguiente modo:

No se por qué quiere usted ordenarme ahora. Recuerdo que siempre me vio con mal ojo cuando usted era general en jefe. A mis pedimentos de que me diera tropas

para irme a batir con el enemigo, nunca quiso; y cuando el Dr. Sacasa me dio 45 hombres y armas, usted se disgustó por ello. Parece que tenía celos de mí. Indudablemente conoce mi temperamento y sabe que soy inquebrantable. Ahora quiero que venga a desarmarme. Estoy en mi puesto y lo espero. De lo contrario, no me harán ceder. YO NO ME VENDO, NI ME RINDO: tienen que vencerme. Creo cumplir con mi deber y deseo que mi protesta quede para el futuro escrita con sangre.

A una intimación de otro general, Carlos Vargas, donde se incluía una velada amenaza hacia él, Sandino contestó así desde Yalí, el 24 de mayo:

General Vargas: Creo que ya expliqué en una circular lo que hay respecto a lo que se me obligó a aceptar, lo que ni en broma pensé. Respecto a su amenaza de que tendría que lamentar las consecuencias, me gustaría que usted fuera el valiente que me siguiera para tener el honor de limpiar a nuestro suelo de esa clase de parásitos nocivos (f.) Augusto C. Sandino.

Don Gregorio alcanzó a su hijo en Yalí y le dio cuenta de la misión que hasta allí le llevara. El resultado fue negativo. Según relata Somoza, los soldados le silbaban cuando aquél trataba de convencer a su hijo de cejar en la lucha; Augusto, para contestarle, "siempre se subía a un cajón, como si fuese tribuna, y mientras éste hablaba, era aplaudido con entusiasmo por sus hombres". Otra versión de esa entrevista tan singular, la dio el periodista Belausteguigoitía:

"Me decía don Gregorio que él, convencido de la locura de la rebelión, le decía las palabras que Moncada le transmitía: que en este mundo los redentores salen sacrificados, y que el pueblo nunca agradece nada. Era en pleno campo, y discutían los dos junto al puñado de soldados que tenía Sandino. Al ver éstos que el caudillo persistía en sus razones y que decía que su vida estaba ya lanzada, se pusieron a dar vivas estrepitosamente a su jefe".

Días antes, el 8 de mayo, teniendo como repique de campana de boda tiros de ametralladora, Sandino se casaba con Blanca Aráuz, la telegrafista de San Rafael.

III

El mismo día en que se casaba Sandino, llegaba a Panamá, a bordo del crucero *Trenton* de regreso de Nicaragua, el coronel Stimson. Allí, antes de proseguir su viaje a la Unión, expresó a los periodistas:

La guerra civil ha terminado; las fuerzas del general Moncada son de unos tres mil hombres, pero las de los conservadores adictos a Díaz son dos veces mayores. Muchos de los conservadores están deponiendo las armas, aparentemente con la mejor voluntad, puesto que creen que nosotros, los estadounidenses, los hemos tratado con justicia.

El señor Sacasa, en el litoral del este, cuenta con un pequeño grupo de partidarios, pero Sacasa no representa la opinión liberal ni el sentimiento del ejército, que apoya al general Moncada, que goza ahora de entera libertad y que se mostró animado de sentimientos amistosos hacia mí.

El 20 de mayo, día en que Charles Lindbergh iniciaba el viaje aéreo solitario a París, que le haría famoso, un cable de Managua informaba que "el jefe liberal Cabulla y varios centenares

de partidarios depusieron las armas; pero el general liberal Sandino, según se asegura, se negó a ello airadamente y tiene el propósito de internarse en Honduras. Su contingente contiene muchos hondureños". El 21, día en que Lindbergh llegaba a París en medio del entusiasmo mundial, Sacasa y su gabinete partían de Puerto Cabezas hacia Puerto Limón, en Costa Rica, despidiéndose hasta el próximo año, cuando regresen para tomar parte en las elecciones. En Managua, esa partida era representada como "el último episodio de la pasada guerra civil", señalándose que todas las informaciones recibidas "indican que reina completa calma en todo el país" y que "todos los liberales están ya desarmados y dispersos".

El día 23, a la llegada de Sacasa y su comitiva a Costa Rica, y según el cable de *United Press,* proveniente de su capital, "se les tributó el más grande y entusiasta recibimiento que se haya efectuado jamás en Costa Rica".

El doctor Vaca, representante de Sacasa en Washington, expresaba ese día: "Por medio de la astucia combinada con la adulación y las amenazas sordamente empleadas, se ha establecido un remedo de paz en Nicaragua, cuando en realidad lo que se ha hecho es atar a los habitantes de una nación centroamericana, y prepararlos para ser enviados al mercado neoyorquino, mientras con una profusión de anuncios se trata de magnificar las próximas elecciones populares, que se realizarán en 1928".

El 27 de mayo, el embajador Eberhardt informaba al Departamento de Estado que podía "considerarse virtualmente terminado el desarme de las fuerzas federales y liberales", y que el único jefe que se había negado a entregar las armas era el general Sandino, que con doscientos hombres y 400 mulas, se había encaminado en dirección a Honduras. Otro cable informaba que progresaba satisfactoriamente la conscripción de nicaragüenses en la Guardia Nacional, al mando del coronel norteamericano Rhea.

El 3 de junio se informaba desde Managua, que el general Sandino, "con treinta hombres a su mando, no ha entregado aún sus armas a las autoridades nacionales", y que "el resto de sus fuerzas se ha dispersado"; agregaba que la falta de caminos, el intenso calor reinante y las condiciones geográficas "favorecen la continuación de las guerrillas".

El 10 de junio, el almirante Latimer notificaba al Departamento de Marina que se había completado el desarme de los nicaragüenses, y que todas las armas estaban bajo su custodia; "salvo unas pocas en posesión de particulares y de las escasas y poco importantes bandas merodeadoras, que puedan existir en regiones inaccesibles y poco pobladas". Como consecuencia, la Unión había ordenado el retiro parcial de las fuerzas de ocupación.

El día 13 se anuncia que el almirante Latimer, a su pedido, había sido relevado del mando, explicándose así que partiera hacia Corinto, acompañado de quinientos marinos, embarcándose hacia Panamá. Se informa que quedan no obstante otros tres mil quinientos soldados en Nicaragua, los que irán siendo retirados gradualmente, hasta que estén entrenados los cuerpos de policía local. Reemplaza a Latimer el capitán David F. Sellers, como comandante de las fuerzas navales de Estados Unidos, en aguas centroamericanas. El teniente coronel E. R. Beadle, del cuerpo de marinería de desembarcos, es nombrado comandante en jefe de la Guardia Nacional de Nicaragua.

El día 14, habiendo ya establecido su cuartel general al noroeste de Nueva Segovia, Sandino envía la siguiente nota:

> *El Verruguilla, 14 de junio de 1927. Señor Jefe Político de El Ocotal. D. Arnoldo Ramírez Abaúnza. Muy señor mío: Tengo el gusto de participarle por medio de la presente, que aceptamos a Ud. como Jefe Político de Ocotal, pero no aceptamos injerencia de ninguna autoridad en los lugares siguientes: San Fernando, Ciudad Antigua, Telpaneca, Quilalí, El Jícaro, Murra* y *Jalapa, ya que somos suficientemente capacitados para dar garantías en estos lugares puesto que todos sus habitantes son netamente liberales y no se creen garantizados mientras Adolfo Díaz esté en el poder.*
>
> *Nosotros NO ENTREGAMOS* NI *UN SOLO RIFLE si no es que su Gobierno sea substituido por un Gobierno Liberal y de honor. Ponga Ud. en conocimiento de su Gobierno la actitud nuestra, y que si los* yankees *nos quieren desarmar nosotros sabremos matarlos, a ellos que quieren arrebatarnos los rifles, que con tanto honor les*

quitamos a los "cachurecos"[57]; *y que si esto no les cuadra, pues entonces CUADRA Y MEDIA. Affmo. A. C. Sandino.*

Por su parte, Somoza refiere que Sandino había destruido de una sola plumada la organización política del departamento de Nueva Segovia, al decretar cabecera departamental al pueblo El Jícaro, del que nombró jefe político a Francisco Estrada. Léase el documento que lo dispone y nótese su encabezamiento:

Cuartel General de los Defensores del Derecho Nacional. Al Tnte. Gnal. D. Francisco Estrada. Presente. Por acuerdo de hoy ha sido Ud. nombrado Jefe Político de la Cabecera Departamental de Nueva Segovia, reconocida hoy en El Jícaro, que en lo sucesivo se llamará Ciudad Sandino. Y para los fines de ley, sírvase Ud. presentarse a tomar posesión del puesto para que ha sido nombrado. Patria y Libertad. El Chipote, junio 18 de 1927. A .C. Sandino.

Este es el primer documento en que hemos podido encontrar el lema que en adelante no faltará en ningún documento de Sandino: "Patria y Libertad". En lo que respecta al encabezamiento, tiempo después lo modificaría por el de "Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua".

El mes de julio es el señalado por la historia, para que el nombre de Sandino sea conocido mundialmente. Ya el día 1, un cable de *AP* desde Washington, informaba:

Se ha despachado un destacamento de infantería de desembarco norteamericano, con el fin de apoderarse nuevamente de la mina de oro, propiedad del ciudadano norteamericano, Charles Butter, situada en Nueva Segovia, Nicaragua, de la cual se apoderó ayer el general liberal Sandino. El ministro norteamericano en Managua, Mr. Eberhardt, informó hoy al Departamento de Estado que el general Sandino, que ha sido empleado de Butter, entró en la mina con cincuenta hombres, hace algunos días, amenazando a Butter de muerte, en caso que se lo impidiera. El general Sandino se llevó una cierta cantidad de dinamita y cuando regresó ayer, expulsó a todos los extranjeros por la fuerza, apoderándose de sus propiedades.

En la misma fecha, la agencia *UP* informaba desde Managua:

El gobierno ha sido advertido que el insurrecto que se titula general Sandino, se apoderó de las minas de oro de San Albino, cuyo valor se calcula en 700.000 dólares, y son propiedad del ciudadano norteamericano Mr. Charles Butter. Se reitera la información de que Sandino posee suficiente armamento, rifles y ametralladoras, como también una buena cantidad de dinamita.

La policía nicaragüense, con ayuda de un destacamento de marinos norteamericanos, se dirigirá próximamente a la región en que opera ese cabecilla insurrecto, para desalojarlo de la propiedad ocupada.

Puede notarse por lo transcrito, la tónica de desdén por las acciones que desarrollaba el "insurrecto" Sandino, que días después iba a merecer la siguiente declaración, distribuida en hojas sueltas, del capitán Hatfield:

A todos aquéllos que pueda interesarles: Augusto C. Sandino, en un tiempo general de los Ejércitos Liberales, es ahora un individuo fuera de la ley, en rebelión

[57] *Cachureco,* centroamericanismo, que significa ser "conservador" en política, *en* oposición a los liberales. Por extensión, reaccionario.

> contra el gobierno de Nicaragua. Por consiguiente, aquéllos que anden con él o permanezcan en territorio ocupado por sus fuerzas, lo hacen bajo su propia responsabilidad, y ni el gobierno de Nicaragua, ni el de los Estados Unidos de Norteamérica, serán responsables por los muertos o heridos que resulten de las operaciones militares de las fuerzas nicaragüenses o norteamericanas, en el territorio ocupado por Sandino. G. D. Hatfield, Cap. Marine Corps, Commanding Nueva Segovia.

Con lógica de militar en territorio enemigo, Hatfield amenazaba no sólo a los combatientes efectivos, sino a aquéllos que sin serlo, permanecieran en territorio ocupado por Sandino. Como en general era territorio selvático, habitado por gente de condición muy humilde, que vivían de sus cultivos hechos en forma primitiva, abandonar sus hogares era condenarse al hambre irremediable. Lo contrario, significaba —como los hechos iban poco después a demostrarlo— dar pretexto a los invasores para arrasar con todo signo de vida en Nueva Segovia.

El complemento de la acción militar era la parodia de elecciones democráticas, que comenzaban a ser preparadas. Así, poco después de la partida de Stimson, era nombrado supervisor de las elecciones en Nicaragua, el general norteamericano Franklin R. McCoy, el que no tardaría a su vez, en dictar el reglamento al cual debían sujetarse los comicios[58].

A esa elección irían a presentarse los liberales de Sacasa, a tal punto, que el 9 de julio regresaban a Nicaragua los integrantes de su gabinete, del cual Rodolfo Espinosa era el precandidato presidencial. También regresaba el ex presidente Bartolomé Martínez, quien declaró a los periodistas: “Quisiera que todos los nicaragüenses fuesen ciudadanos honorables, cultos y respetuosos, pero se ha demostrado que no podemos vivir en paz por ahora, sino con una intervención armada. Debemos aceptarla, con el fin de evitarnos una ruina completa, y de impedir que seamos exterminados. Prefiero ver una intervención, antes que ver a todos los habitantes del país en el cementerio”.

IV

Que no era ese el pensamiento de Sandino, quedaría demostrado el 1 de julio de 1927, cuando da a conocer su primer manifiesto político:

> *El hombre que de su patria no exige un palmo de tierra para su sepultura, merece ser oído, y no sólo ser oído sino también creído. Soy nicaragüense y me siento orgulloso de que en mis venas circule, más que cualquiera, la sangre india americana, que por atavismo encierra el misterio de ser patriota leal y sincero: el vínculo de nacionalidad me da derecho a asumir la responsabilidad de mis actos en las cuestiones de Nicaragua y, por ende, de la América Central y de todo el Continente de nuestra habla, sin importarme que los pesimistas y los cobardes me den el título que a su calidad de eunucos más les acomode. Soy trabajador de la ciudad, artesano como se dice en este país, pero mi ideal campea en un amplio horizonte de internacionalismo, en el derecho de ser libre Y de exigir justicia, aunque para alcanzar ese estado de perfección sea necesario derramar la propia* y *ajena sangre. Que soy plebeyo, dirán los oligarcas o sean las ocas del cenagal. No importa: mi mayor honra es surgir del seno de los oprimidos, que son el alma y el nervio de la raza, los que hemos vivido postergados y a merced de los desvergonzados sicarios que ayudaron a incubar el delito de alta traición: los conservadores de Nicaragua, que hirieron el corazón libre de la Patria y que nos perseguían encarnizadamente, como si no fuéramos hijos de una misma nación.*

[58] La reglamentación decretada por McCoy para Nicaragua, puede ser consultada en la obra del autor, *Sandino, general de hombres libres.*

Hace diecisiete años Adolfo Díaz y Emiliano Chamorro dejaron de ser nicaragüenses, porque la ambición mató el derecho de su nacionalidad, pues ellos arrancaron del asta la bandera que nos cubría a todos los nicaragüenses. Hoy esa bandera ondea perezosa y humillada por la ingratitud e indiferencia de sus hijos, que no hacen un esfuerzo sobrehumano para libertarla de las garras de la monstruosa águila de pico encorvado que se alimenta con la sangre de este pueblo, mientras en el Campo de Marte de Managua flota la bandera que representa el asesinato de pueblos débiles y la enemistad de nuestra raza.

¿Quiénes son los que ataron a mi patria al poste de la ignominia? Díaz y Chamorro y sus secuaces, que aun quieren tener derecho a gobernar esta desventurada Patria, apoyados por las bayonetas y las Springfield del invasor. ¡No! ¡Mil veces no! La revolución liberal está en pie. Hay quienes no han traicionado, quienes no claudicaron ni vendieron sus rifles para satisfacer la ambición de Moncada. Está en pie y hoy más que nunca fortalecida, porque sólo quedan en ella elementos de valor y de abnegación.

Moncada el traidor falló naturalmente a sus deberes de militar y de patriota. No eran analfabetos quienes le seguían y tampoco era él un emperador, para que nos impusiera su desenfrenada ambición. Yo emplazo ante los contemporáneos y ante la historia a ese Moncada desertor, que se pasó al enemigo extranjero con todo y cartuchera. ¡Crimen imperdonable que reclama vindicta!

Los grandes dirán que soy un pequeño para la obra que tengo emprendida; pero mi insignificancia está sobrepujada por la altivez de mi corazón de patriota, y así juro ante la Patria y ante la historia, que mi espada defenderá el decoro nacional y que será redención para los oprimidos. Acepto la invitación a la lucha y yo mismo la provoco, y al reto del invasor cobarde y de los traidores a mi Patria, contesto con mi grito de combate, y mi pecho y el de mis soldados formarán murallas donde se lleguen a estrellar las legiones de los enemigos de Nicaragua. Podrá morir el último de mis soldados, que son los soldados de la libertad de Nicaragua, pero antes, más de un batallón de los vuestros, invasor rubio, habrá mordido el polvo de mis agrestes montañas.

No seré Magdalena que de rodillas implore el perdón de mis enemigos, que son los enemigos de Nicaragua, porque creo que nadie tiene derecho en la tierra a ser semidiós. Quiero convencer a los nicaragüenses fríos, a los centroamericanos indiferentes y a la raza indohispana, que en una estribación de la cordillera andina, hay un grupo de patriotas que sabrán luchar y morir como hombres.

Venid, gleba de morfinómanos: venid a asesinarnos en nuestra propia tierra, que yo os espero a pie firme al frente de mis patriotas soldados, sin importarme el número de vosotros; pero tened presente que cuando esto suceda, la destrucción de vuestra grandeza trepidará en el Capitolio de Washington, enrojeciendo con vuestra sangre la esfera blanca que corona vuestra famosa White House, antro donde maquináis vuestros crímenes.[59]

Yo quiero justificar a los gobiernos de Centro América, mayormente al de Honduras, que mi actitud no debe preocuparle, creyendo que porque tengo elementos más que suficientes invadiría su territorio en actitud bélica para derrocarlo. Yo no soy un mercenario sino un patriota que no permite un ultraje a nuestra soberanía.

---

[59] Cabe destacar, que a pesar de la violencia del lenguaje que utiliza Sandino al referirse a Estados Unidos, su odio se dirige nada más a las clases dirigentes de la Unión. Al respecto es concluyente su hermano Sócrates: "...Mi hermano no odia a Estados Unidos; pero no lo quiere ver entremetido en las cuestiones que son de Nicaragua solamente. Tampoco cree mi hermano en la llamada Doctrina de Monroe, Augusto cree más bien en la doctrina del eminente argentino Roque Sáenz Peña, que dijo: 'América para la humanidad'. Él cree con aquel otro ilustre argentino Alberdi, que a raíz de la guerra con el Paraguay, se opuso a que se impusieran indemnizaciones con la frase de: 'La victoria no da derechos'." Extraído de *El Minuto,* de San Juan de Puerto Rico, enero 23 de 1928. Copyright by North America Newspaper Alliance, 63 Park Row. New York City.

Deseo que, ya que la naturaleza ha dotado a nuestra patria de riquezas envidiables y nos ha puesto como el punto de reunión del mundo y que ese privilegio natural es el que ha dado lugar a que seamos codiciados hasta el extremo de querernos esclavizar, por lo mismo anhelo romper la ligadura con que nos ha atado el nefasto chamorrismo.

Nuestra joven patria, esa morena tropical, debe ser la que ostente en su cabeza el gorro frigio con el bellísimo lema que simboliza nuestra divisa "Rojo y Negro" y no la violada por aventureros morfinómamos yanquis traídos por cuatro esperpentos que dicen haber nacido aquí en mi Patria.

El mundo sería un desequilibrio permitiendo que sólo los Estados Unidos de Norte América sean dueños de nuestro Canal, pues sería tanto como quedar a merced de las decisiones del coloso del Norte, de quien tendría que ser tributario. Los absorbentes de mala fe, que quieren aparecer como dueños sin que justifiquen tal pretensión.

La civilización exige que se abra el Canal de Nicaragua, pero que se haga con capital de todo el mundo y no sea exclusivamente de Norte América, pues por lo menos la mitad del valor de la construcción deberá ser con capital de la América Latina y la otra mitad de los demás países del mundo que desean tener acciones en dicha empresa, y que los Estados Unidos de Norte América sólo pueden tener los tres millones que les dieron a los traidores Chamorro, Díaz y Cuadra Pasos, y Nicaragua, mi Patria, recibirá los impuestos que en derecho y justicia le corresponden, con lo cual tendríamos suficientes ingresos para cruzar de ferrocarriles todo nuestro territorio y educar a nuestro pueblo en el verdadero ambiente de democracia efectiva, y asimismo seamos respetados y no nos miren con el sangriento desprecio que hoy sufrimos.

Pueblo hermano: al dejar expuestos mis ardientes deseos por la defensa de nuestra Patria, os acojo en mis filas sin distinción de color político, siempre que vuestros componentes vengan bien intencionados, pues tened presente que a todos se puede engañar con el tiempo, pero con el tiempo no se puede engañar a todos.

Mineral de San Albino. Nueva Segovia. Nicaragua. Patria y Libertad. — A. C. Sandino.

V

La prueba de fuego sobrevino pocos días después. Efectivamente el 12 de julio desde Managua, se informaba que el capitán Hatfield había enviado un ultimátum al rebelde jefe liberal, fijándole plazo para que depusiera las armas, "antes del jueves a las 8 de la mañana". El texto de ese ultimátum, que se hizo famoso, era el siguiente:

"General A. C. Sandino. San Fernando, Nicaragua.

"Parece imposible que Ud. permanezca aún sordo a propuestas razonables y aun a pesar de sus respuestas insolentes a mis pasadas insinuaciones, vengo de nuevo a darle una oportunidad más para rendirse con honor.

"Como Ud. ha de saber, sin duda alguna, nosotros estamos preparados para atacarlo en sus posiciones, y terminar de una vez por todas con sus fuerzas y su persona, si Ud. insiste en sostenerse. Más aún, si Ud. logra escaparse para Honduras o cualquiera otra parte, a su cabeza se le pondrá precio, y nunca más podrá volver Ud. en paz a su patria, sino como un bandido que ahuyentaría a sus mismos connacionales. Si Ud. viene a Ocotal con toda o parte de sus fuerzas, y entrega sus armas pacíficamente, tendrá con sus soldados garantías que yo le ofrezco, como representante de una gran nación poderosa, que no gana batallas con traición. Así tendrá Ud. la posibilidad de vivir una vida útil y honorable en su misma patria, y podrá ayudar a sus compatriotas mañana, sentando para el futuro un ejemplo de rectitud y de caudillo.

"De otro modo, Ud. será proscrito y puesto fuera de la ley, perseguido dondequiera, y repudiado en todas partes, en espera de una muerte infamante: no la del soldado que cae en la batalla, sino la del criminal que merece ser baleado por la espalda por sus propios seguidores. Ninguno, fuera de la ley, ha prosperado o muerto contento; y como ejemplo de uno que estaba en el mismo caso hace 25 años, y que volvió sobre sus pasos a tiempo, me permito recordarle a Aguinaldo, de las Filipinas[60], quien llegó después de ser el más grande de los caudillos, a ser un espléndido amigo de Estados Unidos.

"Para terminar, deseo informarle que Nicaragua ha tenido su última revolución, y que los soldados de fortuna no tendrán ya más oportunidades de emplear sus talentos en el futuro. Ud. tiene dos días para darme una contestación, que salvará la vida de muchos de sus seguidores, y si Ud. es el patriota que pretende ser, lo esperaré en El Ocotal, a las 8 de la mañana del día 14 de julio de 1927. Haga el favor de decirme de su resolución, sí o no, y yo deseo sinceramente para bien de sus soldados y de Ud. mismo, que sea sí. — (f.) G. D. Hatfield, U. S. Marine Corps Commanding Officer, Ocotal, Las Segovias."

La no menos famosa respuesta de Sandino, estaba concebida así:

Campamento del Chipote. Vía San Fernando. Al Capitán G. D. Hatfield, El Ocotal.

Recibí su comunicación ayer, y estoy entendido de ella. No me rendiré, y aquí los espero. Yo quiero patria libre o morir. No les tengo miedo; cuento con el ardor del patriotismo de los que me acompañan. Patria y Libertad. — A. C. Sandino.

Según el relato de Anastasio Somoza, al dar cuenta de estas notas:

...el lugar donde fue fechado el telegrama, era una treta del guerrillero, por la distancia a que se encontraba, y la rapidez con que fue contestado. Es de suponer que se hallaba en la población de San Fernando, donde había servicio telegráfico. Como a las nueve de la noche del día 13 de julio del mismo año, el capitán Hatfield recibió un telegrama, procedente de Telpaneca y firmado por Porfirio Sánchez, jefe de la caballería de Sandino, en el cual éste lo retaba, para que, en vez de valerse de los aviones, llegara él personalmente a batirlo por tierra.

Este telegrama se explica como consecuencia de las operaciones aéreas del día anterior llevadas a cabo por los aviones de la Marina; como contestación al fuego que le hicieran las tropas de Sandino en El Jícaro y Telpaneca. Sandino cumplió sin embargo el llamamiento que le hacía el capitán Hatfield, a fin de tratar con él asuntos referentes al desarme...

La treta a que alude Somoza, era la de hacer creer a Hatfield que lo esperaría en El Chipote, distante varias jornadas desde El Ocotal, cuando en realidad se encontraba en San Fernando, mucho más cerca. Efectivamente, antes de que venciera el plazo, Sandino atacaba sorpresivamente El Ocotal. Leamos los cablegramas que lo informaban:

[60] Alusión a Emilio Aguinaldo, caudillo de la revolución filipina contra la dominación española, en 1896 y 1898. A raíz de la derrota de España en su guerra contra Estados Unidos, Aguinaldo fue dictador, y luego presidente de su patria, pero al comprobar que la Unión no tenía intenciones de conceder la independencia a Filipinas, sino la de constituirla en colonia, Aguinaldo se rebeló y peleó contra los norteamericanos mediante guerrillas, hasta que fue apresado. Confinado en prisión algunos meses, finalmente decidió hacer la paz, retirándose de la vida política, y abandonando Filipinas en manos norteamericanas.

Managua, 17 (AP). — El general Feland, de las fuerzas norteamericanas, ha confirmado que el general liberal Sandino llevó ayer un ataque a El Ocotal, donde se hallaban estacionados treinta y nueve soldados de marinería norteamericana y un destacamento de guardias civiles. Dos aeroplanos exploradores, que fueron destacados al lugar de la refriega, regresaron hoy para informar que los defensores de la plaza se mantienen firmes contra los doscientos hombres, que el general Sandino tiene bajo su mando.

En vista de la expresada situación, se destacaron cinco aeroplanos de bombardeo, en socorro de las fuerzas defensoras, pero el mal tiempo que se desencadenó, impidió la eficaz cooperación de las fuerzas aéreas, las cuales hubieron de limitarse a arrojar algunas bombas sobre El Ocotal, regresando en seguida. Se ignoran aun los resultados de la expedición. Debido al mal tiempo, dos de los aeroplanos tuvieron que aterrizar en las cercanías de León, y otro fue llevado por la tormenta hacia la frontera hondureña. Esta mañana partió una nueva flotilla, para reanudar los bombardeos aéreos.

Managua, julio 17 (UP). — El capitán Gilbert Hatfield, comandante de una guarnición compuesta de cuarenta y cinco hombres de marinería y cuarenta guardias, fue atacado ayer por la mañana en Ocotal, por las fuerzas del general Sandino. Las tropas de que disponía dicho general, de acuerdo con informes suministrados por el cuerpo de aviación, ascendían a trescientos hombres.

Cinco aeroplanos bombardearon las líneas del general Sandino, y las fuerzas del capitán Hatfield, apoyando el ataque, rechazaron a los atacantes, produciéndoles graves pérdidas, y obligándolos a retirarse hacia las afueras de la ciudad. Las comunicaciones con Ocotal han quedado cortadas, pero el capitán Hatfield ocupa las mejores posiciones. Se espera un nuevo ataque de parte de las tropas del general Sandino.

Managua, 18 (AP). — El general rebelde Sandino perdió ayer una desesperada batalla que duró 17 horas, siendo sus hombres dispersados por las tropas norteamericanas de infantería de marina y las nicaragüenses. El objetivo del general Sandino era capturar Ocotal. Los partidarios de Sandino, en número de cuatrocientos, estaban armados de ametralladoras. Ocotal fue defendido por treinta y nueve soldados norteamericanos y cuarenta y siete nicaragüenses. Del combate resultaron un soldado norteamericano muerto, otro herido y un nicaragüense herido.

Se calcula que los defensores de Ocotal mataron a un centenar de los hombres del general Sandino, creyéndose que otros doscientos más parecieron cuando cinco aeroplanos de bombardeo, enviados desde Managua por el general Feland, volaron sobre los rebeldes, haciendo uso de ametralladoras. El general Sandino avanzó sobre Ocotal el viernes de la semana pasada. La noticia no llegó a Managua hasta que dos aeroplanos exploradores llegaron de Ocotal, informando sus pilotos que la lucha era intensa. Inmediatamente después, fueron enviados aeroplanos de bombardeo.

Luego de varias horas de combate el jefe liberal envió un mensajero al mayor Hatfield, ex comandante de Ocotal, pidiéndole 60 minutos de tregua. El mayor Hatfield respondió que la tregua terminaría tan pronto como la bandera blanca del mensajero se perdiera de vista. Los defensores de Ocotal se vieron en dificultades en sus operaciones, debido a que la población de esa ciudad simpatiza con el general Sandino. Muchos habitantes tenían armas escondidas en sus domicilios, y más de un centenar se unió al mencionado jefe cuando comenzó el ataque. Se registraron algunos tiroteos de emboscada. Se dice que el senador conservador José Paguagua, que reside en Ocotal, fue asesinado por los rebeldes. El jefe político de la ciudad, Sr. Ramírez Abaúnza, fue herido en un brazo durante el encuentro. Según parece, el general Sandino dirigía las operaciones a la distancia y a estar a lo que se dice, huyó hacia el Nordeste con unos cuantos de sus partidarios. Su ayudante, el general Marina, fue asesinado. El general Feland elogia el valor desplegado por el mayor Hatfield y ha ordenado que los aeroplanos de bombardeo destruyan cualquier concentración de fuerzas rebeldes.

Washington, julio 18 (Havas). — Dos delegados de Nicaragua a la conferencia panamericana del trabajo dirigieron al secretario de Estado, Mr. Kellogg, un enérgico telegrama de protesta por el ataque que acaban de hacer las fuerzas de marinería de Estados Unidos, en territorio nicaragüense contra fuerzas liberales, del que resultaron buen número de muertos y heridos. Este hecho ha provocado la indignación de una gran parte de la opinión nicaragüense.

En relación a ese grave suceso, el Departamento de Estado ha hecho esta tarde la siguiente declaración, como respuesta a las protestas que provoca: "Las actividades que despliega la marina de guerra estadounidense en Nicaragua son dirigidas únicamente contra bandidos, no afiliados a partidos políticos, y contra el general Sandino, que acaudilla a dichos bandidos. El Departamento de Estado de la Unión no reconoce carácter beligerante a la banda encabezada por Sandino como participante del movimiento político."

VI

Este fue el parte oficial, suministrado por el cuartel general en Managua, acerca de la batalla del El Ocotal:

A la una de la mañana del día 16 de julio nuestras tropas de El Ocotal fueron atacadas por una fuerte columna bajo el mando del bandolero Sandino, estimada en trescientos hombres. La fuerza, de El Ocotal estaba bajo el mando del Capitán Hatfield, del 5o Regimiento consistente en treinta y ocho marinos de la 16ª Compañía del Tercer Batallón y cuarenta y nueve Guardias Nacionales, bajo el mando del Tte. Darnall, U. S. M. C. Sandino principió su ataque en los cuarteles ocupados por los Marinos y la Guardia a la una de la madrugada, poco más o menos, del 16 de julio. El cuerpo principal de sus tropas, con un total de trescientos hombres convergía a la ciudad, procedente del sur y del este, en tres columnas, agregándoseles como un centenar de la gente del pueblo.

Sandino apostó gente en la torre de la iglesia, y barría las calles con fuego de máquinas. El marino Michael Oblesky fue muerto justamente al amanecer. A las 8:10 a.m. Sandino envió una bandera con parlamentarios al cuartel de los marinos, intimando su rendición, y declarando que si las armas eran tiradas a la calle, a los marinos se les concederían los honores de la guerra. El portador de tal intimación iba acompañado por el jefe político de El Ocotal, quien explicó que junto con el director de policía, señor J. Ramón Téllez, había sido capturado, y que él deseaba congratular al capitán Hatfield por su magnífica defensa.

Sandino pedía un armisticio de 60 minutos. El capitán Hatfield rehusó de plano considerar la propuesta, y declaró que el armisticio duraría solamente el tiempo que estuvieran a la vista, en su regreso, los portadores de la bandera blanca. La pelea se reanudó inmediatamente, y continuó hasta después que los aeroplanos principiaron su ataque, después de lo cual cesó completamente, con excepción de siete rifleros apostados en el patio de la iglesia, los que fueron rodeados y capturados por el teniente Bruce, de la Guardia Nacional. El fuego cesó a las 5:25 p.m. Cinco hombres de la Guardia Nacional fueron capturados en un retén, cerca del río, pero lograron escapar y reorganizarse durante el ataque aéreo. Las pérdidas completas sufridas por Sandino no han sido comprobadas aún por el capitán Hatfield, pero del ligero reconocimiento que se ha hecho se estima que murieron por lo menos unos cien hombres a manos de los defensores de la plaza, fuera de las bajas que hayan podido tener por parte de los aeroplanos. El coronel Rufus Marín, segundo jefe de las tropas de Sandino y jefe del Estado Mayor murió en el ataque.

El general Moncada, en declaraciones hechas a Irving A. Lindbergh, de *AP.* expresaba:

De Managua salieron aviones norteamericanos en auxilio de la pequeña fuerza que defendía el orden y la paz; la prosperidad y la vida de los no combatientes. Sufrió destrozos Sandino, perdiendo más de doscientos hombres. Esto pues, no ha sido un asesinato: se ha peleado en legítima defensa. Sentimos los liberales la muerte de hermanos, pero estamos en el deber de rechazar todo contacto con merodeadores, condenando la guerra que carece de ideales...

Al día siguiente de la batalla perdida daba a conocer Sandino el motivo de la lucha:

San Fernando, a las 11:50 a.m. del 17 de julio de 1927. A todas las autoridades cívicas y militares.

Damos a saber los motivos que originaron el combate de ayer 16 de julio de 1927. 1) Demostrar que es fuerza organizada la que permanece protestando y defendiendo los derechos constitucionales del Dr. Sacasa. 2) Desvanecer la idea de los que creen que somos bandoleros y no hombres de ideales. 3) Probar que preferimos la muerte antes que ser esclavos, porque la paz que consiguió Moncada no es la paz que puede dar libertad a los hombres, sino que es la paz de que disfruta el esclavo, a quien nadie lo molesta porque todos lo dominan. 4) Cualquiera creerá que haciéndonos muchas bajas caería el ánimo de nuestro ejército, pero hoy más que nunca, nos encontramos impacientes porque salgan en busca de nosotros los traidores e invasores de nuestra patria, y confirmar así la firme resolución que tenemos de terminar con nuestras vidas, si es que no podemos disfrutar de la verdadera libertad a que tenemos derecho todos los hombres.

Para terminar, quiero hacer presente que el único responsable de todo lo que ocurre, en el presente y en el futuro, aquí en Nicaragua, es el Presidente de Estados Unidos, Calvin Coolidge, porque él se ha obstinado en sostener en el poder a su lacayo Adolfo Díaz, persona que goza de todo el desprecio de todos los buenos nicaragüenses. Patria y Libertad. —A. C. Sandino.

Leamos ahora otras informaciones cablegráficas relacionadas con la batalla de El Ocotal:

Managua, julio 19 (UP). — El general Feland, en un despacho oficial enviado a Washington, recomienda que se otorgue la medalla por servicios distinguidos al mayor Ross Rovell, que mandó los aeroplanos de bombardeo en el combate del Ocotal.

Dos aeroplanos de reconocimiento de las fuerzas de Estados Unidos fueron atacados cerca de San Fernando, y uno de ellos obligado a descender, según se supone, debido a la perforación del tanque de la nafta. El capitán Hatfield informa que trescientos hombres de las fuerzas de Sandino murieron en el reciente ataque a sus tropas y a las de gendarmería de Ocotal y que debe haber retirado más de cien heridos. Una columna al mando del mayor Floyd se dirige a Ocotal a fin de prevenir la reorganización de las tropas del general Sandino.

El señor Carlos Cuadra Pasos, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno del señor Díaz, sostenido por Estados Unidos, ha publicado hoy una declaración: “De un modo general, el pueblo de Nicaragua aprueba por completo la conducta de los marinos estadounidenses y la prensa de todos los partidos en Nicaragua tributa elogios a las actividades de los marinos, en su esfuerzo por restablecer el orden y garantizar las vidas y las propiedades. Esa prensa —agrega— critica severamente la actividad criminal del general Sandino.”

Washington, julio 19 (UP). — El delegado nicaragüense, señor Salomón de la Selva presentó una resolución ante la conferencia del trabajo, que fue referida por el presidente, Mr. Green, a la comisión de resoluciones, que deberá adoptar inmediata acción al respecto. En dicha resolución, se expresa que el campo de batalla de Ocotal

"era un enorme cementerio en el que bandadas de cuervos devoraban los cadáveres de los soldados nicaragüenses".

El señor de la Selva leyó una resolución firmada por él, por el otro delegado nicaragüense, señor Tranquilino Sáenz, y por el delegado guatemalteco, en la que se declara lo siguiente: "La Federación del Trabajo de Nicaragua declara solemnemente que no podrá hacer una paz permanente en Nicaragua, mientras subsista en aquel país la intervención de Estados Unidos".

Más adelante dice: "Los trabajadores de Nicaragua se encuentran listos para mantener su oposición contra la intervención estadounidense o contra cualquier intervención extranjera y tienen perfecta conciencia del sacrificio que su resolución implica".

En Washington, la V Conferencia Panamericana del Trabajo debió, en determinado momento, suspender sus deliberaciones, en vista de la falta de acuerdo para aceptar la resolución de la delegación obrera de Nicaragua. Finalmente, el 21 de julio, fue aprobada. Esta declaración sostenía:

"El pueblo de Nicaragua tuvo que sufrir grandes dolores por las pérdidas de vidas y propiedades, como de su soberanía nacional, por la intervención de una autoridad extranjera. Esta desgracia no se debe a ninguna actividad de la clase trabajadora, sino de los capitalistas que se esforzaron en el país y en el extranjero para someter a los trabajadores nicaragüenses. No solamente dichas actividades capitalistas provocaron sufrimientos en el interior, sino que llegaron hasta a negar a los trabajadores los derechos más elementales.

Por esta razón, la federación obrera resuelve que el comité ejecutivo de la Federación Panamericana de Obreros pida al gobierno de Estados Unidos que exprese su pesar por los acontecimientos ocurridos en Nicaragua y que pida el retiro inmediato de las fuerzas de mar y tierra y de aviación del territorio nicaragüense, para terminar así la intervención en los asuntos de dicha república centroamericana.

"El pueblo de Nicaragua debe quedar en condición de resolver libremente sus problemas interiores, como también preparar libremente las elecciones próximas para presidente..."

Era evidente la influencia que ejercía en los debates el conflicto nicaragüense. El delegado por Venezuela, Rafael Martínez, declaró que "la explotación criminal de la América Latina había comenzado desde la época de Monroe", y las proposiciones originalmente redactadas, fustigando la política yanqui en Cuba, Puerto Rico, Haití, Santo Domingo y Nicaragua, fueron desechadas por demasiado violentas, aprobándose las que consignamos más arriba.

VII

Volviendo a las acciones militares que se desarrollaban en Nicaragua, leamos nuevas informaciones cablegráficas:

Managua, 20 (AP). — Las fuerzas expedicionarias de Estados Unidos, a menos que los planes sean frustrados, rodearán al general Sandino dentro de una semana en que, con la ayuda de las fuerzas aéreas, se intentará un esfuerzo final con ese objeto. Se cree que Sandino tratará de huir a Honduras, y noticias de fuente fidedigna indican que quinientos soldados hondureños están de guardia en la frontera para impedir que Sandino la cruce y mantenerlo a raya hasta que se rinda o sea muerto.

> Washington, 20 (AP). — El almirante Latimer visitó hoy al secretario de Marina, Mr. Wilbur, y posteriormente habló con los periodistas con toda franqueza sobre la situación en Nicaragua. Dijo que Sandino es un bandido que parece querer transformarse en el Pancho Villa de Nicaragua. Creo —agregó— que el hombre abandonará el país cruzando probablemente la frontera de Honduras, a no ser que prefiera deponer las armas voluntariamente.
>
> Chicago, 23 (AP). — Mr. Edward Dunne, ex gobernador del estado de Illinois y alcalde de Chicago, se ha dirigido por escrito al presidente de la República, Mr. Coolidge, declarando que en lugar de condecorar con una medalla el valor al mayor Rowell, por su comportamiento en la reciente batalla disputada en Nicaragua, el gobierno debería "degradarlo y castigarlo". La carta de Mr. Dunne dice: "¿No ha llegado, acaso, el momento en que dejemos constancia de nuestra protesta por la intromisión de nuestro gobierno en los asuntos internos de las repúblicas hispanoamericanas?"

La captura de Sandino estuvo por verificarse once días después de la batalla de El Ocotal, al ser derrotado en un encuentro habido en San Fernando: "¡Por poco nos matan! ¡Tuvimos que huir en desbandada!", comentaría luego el caudillo. La consecuencia fue la pérdida, el 29 de julio, de El Jícaro o Ciudad Sandino, a manos del mayor Floyd.

Aprovechando esa coyuntura, el jefe de las fuerzas navales de la Unión, de acuerdo con el presidente Díaz —según lo consigna en su libro Somoza— hizo que se distribuyera mediante aviones la siguiente proclama:

> A los pueblos del Septentrión:
>
> El suscrito se siente gratificado que tantos de Vds. estén volviendo a sus trabajos pacíficos, y estén edificando de nuevo sus hogares. Hablo especialmente a esos a quienes Sandino engañó, haciéndoles pensar que su revolución era para el bienestar de vuestro país, y a esos a quienes lo sostuvieron. A todos esos compañeros de Sandino, quienes le han abandonado y están deseosos de volver al camino de la paz, garantizo completamente que de ningún modo serán castigados por ninguno de los actos hechos bajo su mando. Esta inmunidad será extendida a tales seguidores, quienes entregarán sus armas a las autoridades, inmediatamente después de que reciban esta noticia. Que toda la gente buena, con una idea, debe pensar y trabajar por el bienestar de Nicaragua. Logan Feland, brigadier general U. S. M. C. comandante de la Segunda Brigada de la Infantería de Marina de Estados Unidos.

A despecho de su pobre traducción al castellano, la invitación pudo restar algunos de los soldados de Sandino, aunque no los suficientes como para evitar la comisión de nuevos combates, que días después se suceden en Santa Clara, Murra, Susucayán, Achuapa, Amucayán y Telpaneca. Pero ya la actitud bélica de Sandino había traspuesto las fronteras y era conocida en el mundo entero, obteniendo, así, el caudillo la finalidad que se había propuesto al atacar la plaza de El Ocotal.

El 12 de agosto, Díaz informaba que ofrecería dos puestos en su gabinete al Partido Liberal. Al mismo tiempo se anunciaba el pronto regreso del general Chamorro, previa una visita a Washington para informarse acerca "del ambiente existente en el Departamento de Estado sobre su candidatura". También se hacía público el hecho de que, a pesar de haber experimentado las consecuencias de la revolución más desastrosa de su historia, Nicaragua, en 1926, había tenido un intercambio comercial con el exterior que figuraba en el segundo lugar de su estadística. Las importaciones se habían elevado a 10 millones de dólares, en tanto que las exportaciones superaron esa cifra en 3 millones. Si la revolución no hubiese paralizado en parte los negocios del país —se decía— el intercambio exterior de Nicaragua hubiese marcado un record.

El 25 de agosto era entregada en Managua la siguiente notificación:

Legación de los Estados Unidos de Norte América, Managua, agosto 25 de 1927.

Excelencia. Tengo la honra de avisar a V. E. que accionando a solicitud del Gobierno de V. E., su Excelencia Calvin Coolidge, presidente de los Estados Unidos de Norte América, nombró presidente de la comisión que debe formarse para supervigilar las elecciones de 1928, al brigadier general Frank Ross McCoy, del ejército de Estados Unidos. Es entendido que en fecha oportuna, accionando con este nombramiento por el presidente de Estados Unidos, el nombramiento del general McCoy para este cargo será hecho por Su Excelencia el presidente de Nicaragua.

El general McCoy ha venido a Nicaragua como representante personal del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica en plenipotenciario, autorizado y con poder, para ejecutar y cumplir con los deberes a su cargo, y con todas las facultades y privilegios que de hecho le corresponden. El general McCoy tendrá una categoría inmediata a la de Su Excelencia Charles C. Eberhardt, ministro regularmente acreditado de los Estados Unidos de Norteamérica en Nicaragua.

Que sea grato aceptar a V. E. las seguridades de mi más alta consideración. Charles C. Eberhardt, a Su Excelencia el doctor Carlos Cuadra Pasos, ministro de Relaciones Exteriores. Presente.

La respuesta indirecta de Sandino, desde su encumbrado refugio de Las Segovias, fue dada el siguiente día:

El Chipote, 26 de agosto de 1927.

Los liberales puritanos y de honor, o sea los que no vendieron sus armas, ni reconocieron a Adolfo Díaz a cambio de puestos públicos, ni se unieron con los ''machos" para afrentar a Nicaragua, jamás permitirán tampoco la división del partido en las próximas elecciones, porque sería permitir el triunfo de los conservadores, cosa que deben evitarla todos los patriotas. Nosotros permaneceremos en armas, mientras el Gobierno sea conservador y *entregaremos las armas solamente a un Gobierno liberal aun cuando no seamos partidarios de él, y después nos buscaremos en el campo de la lucha civil al verdadero patriota que pueda dar nuevas orientaciones a los asuntos de nuestra afligida madre Nicaragua. Patria* y *Libertad. A. C. Sandino.*

CAPÍTULO VIII

¿REVOLUCIONARIOS O BANDIDOS?

Criollo que cai en desgracia
tiene que sufrir no poco;
naides lo ampara tampoco
si no cuenta con recursos.
El gringo es de más discurso;
cuando mata, se hace el loco.

JOSÉ HERNÁNDEZ
Martín Fierro

I

"Mientras Sandino desconoció la autoridad de Adolfo Díaz, pudo ser revolucionario; pero al desconocer la autoridad de Stimson tenía que transformarse en bandolero. Esa es la lógica de Mr. Kellogg, que, por cierto, fue también la lógica de Mr. Wilson."

Así comentaba el periodista mexicano García Naranjo, en *La Nación* del 2 de septiembre de 1927, la reiteración de la palabra "bandolero" o la de "bandido" aplicada por los círculos intervencionistas de la Unión; ampliaba su comentario con un razonamiento harto sugestivo:

> Es posible, sin embargo que Sandino vuelva ante el concepto norteamericano a ser un héroe. Cuando en el año de 1923 se firmaron por representantes de México y Estados Unidos los tratados que crearon las comisiones mixtas de reclamaciones, se previno en dichos tratados que las víctimas de la guerra civil mexicana tendrían derecho a que se las indemnizara por las pérdidas sufridas durante la revolución. Inmediatamente se presentó contra México una reclamación por valor de cuatro millones de pesos, por el asesinato de dieciocho norteamericanos consumado por Francisco Villa en la población de Santa Isabel, en el Estado de Chihuahua.
>
> Al estudiarse esta reclamación, en la referida Comisión Mixta, los representantes de México alegaron que era improcedente, en vista de que las víctimas no lo eran

propiamente de la guerra civil, sino de un bandido. Entonces fue cuando los representantes de Estados Unidos aguzaron su ingenio para probar que Villa no había sido un bandolero, sino un apóstol de la libertad. El abogado mexicano don Aquiles Elorduy les hizo ver con sarcasmo que para justificar la injustificable expedición del general Pershing, Estados Unidos había declarado oficialmente que villa era un bandido, y luego, para cobrar cuatro millones de indemnización, lo pretendían presentar como "revolucionario de ideales".

En vista de estos precedentes, no sería remoto que la tragedia nicaragüense termine con un tratado como el firmado por México y Estados Unidos pueda cobrar algunas indemnizaciones jugosas. Y entonces es posible que se haga con el general Sandino lo que se ha hecho con Villa, esto es, sacarlo del círculo infernal de los réprobos para colocarlo en la galería luminosa de los redentores. Se le declara bandido para tener motivos de exterminarlo, a reserva de declararlo mañana "político revolucionario" para que puedan cobrar indemnizaciones los que se dicen víctimas de la revolución.

Conque ya lo saben los miembros del Congreso: los trescientos soldados nicaragüenses cayeron porque a juicio de Mr. Kellogg se encontraban fuera de la ley. Pero... ¿dentro de qué ley se encontraban los invasores que los ametrallaron?

Coolidge, que mientras fue presidente de la Unión no tuvo el tino suficiente para solucionar el conflicto en Nicaragua, probó tenerlo para resolver el que mantenía con México. Lo que Sandino le impedía realizar en Nicaragua, Calles se lo permitía al debilitar la defensa de los intereses de su patria. Como el embajador Sheffield fracasó, Coolidge había enviado a México a su amigo, Dwight Morrow, casualmente banquero y casualmente miembro de la firma bancaria J. P. Morgan, la tradicional representante de los intereses de la Standard Oil.

Morrow había realizado un "saneamiento" financiero en Cuba, y tenía fama suficiente como para esperar de él el "saneamiento" de las relaciones con México. Lo logró, en efecto, y durante algunos años, hasta Cárdenas, esas relaciones fueron un mar de aceite.

Otro embajador se hacía notar en esa época: el general Chamorro. El 2 de septiembre de 1927 renunciaba a sus funciones ante los gobiernos de Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia, España y el Vaticano, que no debían de ser muchas a tenor de lo que se debía multiplicar para atenderlas. Invitado por el Partido Conservador de su patria e enviar una declaración rechazando toda aspiración a la presidencia en las elecciones de 1928, se negó a hacerlo e igualmente a declarar que apoyaría al candidato que el partido eligiera.

El día 8 es el señalado para que, por fin, Sandino cuente con su propia agencia de informaciones hacia el exterior, a través del poeta y escritor hondureño Froylán Turcios. Veamos cómo se realiza, según su propio relato:

Con 600 hombres completamente equipados me encontraba atrincherado en la fortaleza de "El Chipote"[61]*, cuando enviado por el alcalde de Jalapa. Nicaragua, don Alfonso Irías, un correo me llevó entre la correspondencia un ejemplar de la revista* Ariel*, en la cual leí un elogio que hacía a nuestra actitud patriótica.*

Por algunas horas estuve meditando alrededor de la conveniencia para nuestra causa de buscar un representante que se ocupara de poner el resto del mundo en conocimiento de nuestros movimientos libertadores en Nicaragua. Comprendí que ninguna persona mejor que al Sr. Turcios podría yo ofrecerle nuestra representación en el Continente, ya que él tan generosamente, sin conocernos, se ocupaba de nuestra actitud...'

[61] ...Caminando por selvas casi vírgenes, después de mil necesidades y privaciones, por fin llegaron a un monte donde mi hermano decidió levantar su cuartel. Bautizó a este con el nombre de El Chipote, que en dialecto nicaragüense quiere decir "duro". Sócrates Sandino, en un reportaje hecho por el diario *El Mundo* de San Juan de Puerto Rico, el *23* de enero de 1928.

Escribe entonces Sandino la siguiente carta a Turcios:

Campamento General de las fuerzas Libertadoras y *Defensoras de la Integridad Nacional. Nicaragua, en El Chipote, 8 de septiembre de 1927.*

Señor director y redactor de la revista Ariel*. Tegucigalpa. Honduras, C. A. Muy señor mío:*

A mi campamento llegó un número de vuestra revista, en la cual he podido apreciar el más elevado concepto de vuestro intelecto, pues claramente he aquilatado vuestro patriotismo, supuesto que vuestra mentalidad sabe interpretarlo a conciencia.

Los conceptos que habéis hecho respecto a mi humilde personalidad, referente a mi actitud contra invasores de mi patria, llenan de honda satisfacción mi espíritu, supuesto que vosotros sois los llamados a dar fiel interpretación con toda imparcialidad a mis actos, los cuales se encaminan a defender con lealtad y sin ambición personal el decoro de mi patria. Vuestra revista ha abierto una brecha de gratitud en nuestros corazones y en esa virtud sírvase aceptar, en nombre del puñado de valientes que me acompañan y en el mío propio nuestros agradecimientos.

Esta ocasión me sirve para ratificar a Ud. en lo personal y así puede Ud. hacerlo saber a vuestros colegas de prensa, a la intelectualidad hondureña, a los obreros y artesanos y al pueblo en general de Centro América, así como a las naciones indohispanas que Sandino y sus fuerzas no se rendirán a los traidores, ni mucho menos a los invasores de mi patria. Queremos probar a los pesimistas que el patriotismo no se invoca para alcanzar prebendas y puestos públicos; se demuestra con hechos tangibles ofrendando la vida en defensa de la soberanía de la patria, pues es preferible morir antes que aceptar la humillante libertad del esclavo.

Aprovecho esta ocasión para suscribirme de Ud. y enviarle, a la vez, el saludo fraternal y cordial de vuestro atto. y obsecuente S. S.

Patria y Libertad. — A. C. Sandino.

Gracias a una coyuntura geográfica favorable, era mucho más fácil, para Sandino y sus tropas mantener contacto con Honduras que con las zonas pobladas de la propia Nicaragua. Su proximidad a la frontera hacía posible mantener correos a través de ella, a pesar de que el presidente hondureño Paz Barahona de ningún modo simpatizaba con Sandino y, por lo contrario, hizo bastante para perjudicarle. Pero hasta que se cortaron las relaciones entre Sandino y Turcios, la revista *Ariel* fue el vocero de la lucha épica de Sandino, así como de sus manifiestos y proclamas, las que reproducían diarios y revistas tanto norte como centro y sudamericanas, e incluso europeas.

Volviendo sobre el cambio de cartas entre Sandino y Turcios, consignamos ahora la segunda de las enviadas por aquél al periodista hondureño:

El Chipote. 20 de septiembre de 1927.

Estimado poeta. Con anterioridad escribí a Ud. una misiva, en la cual le expliqué mis ideas, así como mis agradecimientos por los conceptos que de mi humilde personalidad ha hecho referente a mi actitud, la cual va encaminada a defender la soberanía de mi patria, aunque para ello tengamos que ofrendar nuestras vidas en aras de la libertad, pues aunque los traidores y tartufos pesimistas me juzguen en su despecho y desenfrenada ambición, candidato a un manicomio, quiero probar al mundo civilizado que en mi amada patria Nicaragua aún hay quien sepa morir defendiendo su decoro.

Mi obsesión es rechazar con dignidad y altivez propias de nuestra raza, toda imposición que con cinismo de grandeza están desarrollando en nuestro país los asesinos de pueblos débiles, pero tenga Ud. la firme convicción que mientras yo tenga cartuchos les he de hacer comprender que ha de costarles cara su osadía. No dudo que somos muy pequeños para vencer a los piratas y felones yanquis, pero tampoco podrán

negar estos asesinos que nuestra decisión está basada en el sagrado principio de defender nuestra soberanía.

Para mi ejército y para mí, sería indecoroso aceptar garantías de los traidores e invasores de mi patria, pues no son ellos los llamados a dárnoslas; somos los hijos legítimos del país los que debemos dárselas a ellos; dichas garantías no las quiero para mí, las quiero en general para la nación, y esas pueden ser efectivas desocupando los piratas invasores nuestro territorio. No hay nada que justifique su intromisión en nuestra política interna ni tampoco creo que la grandeza del "Coloso" sirva para emplearla en asesinar nicaragüenses, pues aunque cuando esa fuera su intención, en nada les beneficiaría, porque aunque llegaran a aniquilarnos, en nuestros sangrientos despojos sólo encontrarán el tesoro que encerró el corazón de los patriotas nicaragüenses, el cual sólo serviría para humillar la "Gallina" que en forma de águila ostenta el escudo de los yanquis. Puede Ud. estar seguro y queda autorizado para hacerlo saber a Centro América, a la intelectualidad, a los obreros y artesanos y a la raza Indo Hispana, que seré intransigente y no depondré mi actitud hasta no arrojar de mi patria y del poder a los invasores y traidores que por tantos años han traficado con la honra de la nación.

Nicaragua no debe ser patrimonio de oligarcas y traidores, ni mucho menos debemos aceptar humillaciones de los ex pensionistas piratas de dólares, y es por eso que lucharé mientras mi corazón dé señales de vida y si por azar del destino perdiere todo mi ejército, que no lo creo, quede Ud. entendido, mi estimado amigo, que en mi arsenal de guerra conservo 100 quintales de dinamita, los cuales al colocarme en su centro los encenderé con mi propia mano para que en el cataclismo que produzca dicha explosión, la repercusión de esa detonación se oiga a distancia de 400 kilómetros y quienes tengan la dicha de oírla, serán testigos de que Sandino ha muerto, pero que no admitió que manos profanas de traidores e invasores profanen sus despojos, pues sólo Dios omnipotente y los patriotas de corazón sabrán juzgar mi obra.

Este Ud. persuadido, Sr. Turcios, que vuestra pluma ha vibrado en el corazón de mi valiente ejército, así como en el mío, pues claramente dejáis reflejado vuestro amor a la patria, supuesto que lo sabéis a conciencia y por lo mismo sírvase Ud. aceptar nuestro fraternal agradecimiento.

Al mismo tiempo, hacemos presente nuestra condolencia por la muerte de vuestra hermana y rogamos a Dios de todo corazón fortifique vuestro espíritu y os dé resignación en tan acerbo dolor.

Estoy en vísperas de un sangriento combate con los invasores y traidores de mi patria, del cual le daré extenso detalle oportunamente; mientras tanto acepte Ud. las consideraciones de mi mayor aprecio, así como el saludo fraternal de vuestro amigo y obsecuente, atto. y S. S.

Patria y Libertad. — A. C. Sandino.

II

Por sus limitados estudios, Sandino no era escritor y mucho menos periodista. Solía dictar sus cartas, y el dictado seguía el hilo de su pensamiento, obsedido por la idea fija de la intervención norteamericana. No se cuidaba que tuviera forma hermosa, sino contundencia de disparo; además, era difícil que se ocupara en revisar su dictado.

Leamos el siguiente fragmento de otra carta a Turcios:

El Chipote, septiembre 24 de 1927.

Estimado amigo: El señor Juan J. Colindres, enviado especial que lleva correspondencia particular para Ud., tengo el honor de presentárselo, a fin de que sea

identificado por Ud. y que cambien impresiones con él, según las instrucciones que dicho enviado lleva. No dudo que como conocedor que es Ud. de las personas humildes, sabrá apreciar la abnegación de dicho señor al desempeñar tan delicada misión. Puede permanecer dicho señor en ésa el tiempo que Ud. estime conveniente...

Mi deseo, querido amigo, es justificar al mundo civilizado que mi actitud no afecta a ningún gobierno de nuestras hermanas repúblicas y por lo mismo no deben abrigar desconfianza. Al asumir la responsabilidad de mis actos ante mi patria, la historia imparcial la aquilatará y podrá definirlos en el sentido que estime conveniente...

Nadie mejor que usted puede ser el fiel representante de nuestros sagrados derechos para defender la soberanía nacional, interpretados por su sano intelecto y por su grande amor a su tierra y a su raza, lo cual deja aquilatado al defendernos con todo el entusiasmo y la virilidad de su pluma. La gloria en que está Ud. colocado nadie podrá arrebatársela, porque sus enseñanzas de amor a la patria, expuestas en su verbo, fructifican en el corazón de la actual juventud, ávida de libertad e independencia.

¡Qué coincidencia! Antes de que Ud. me conociera por mi actitud e ideas, yo sentía predilección y afecto por Ud., pues me entusiasmaba todo lo que su pluma escribía. Me sentía todo un hombre. Cuando llegué a esta edad estaba fortalecido por sus enseñanzas, y quiero consolidarlas en la conciencia nacional con la sangre de los piratas invasores; sirviendo esta lección a la juventud centroamericana como el prólogo libertario del débil contra el fuerte, y probar al mundo civilizado que el derecho de los débiles es más sagrado que el del poderoso; y si éste, por su soberbia, lo desconoce, debe sellarse con la sangre tal violación, para castigar su osadía. Me comprometo con Ud. personalmente, por mi honor militar, en el sentido de que mi actitud no afectará en nada la estabilidad del Gobierno de Honduras ni la de los de las demás hermanas Repúblicas, pues mis actos sólo se ajustan a defender, con el decoro propio de mi raza, la soberanía de mi patria.

En tal concepto, no autorizo ni autorizaré a ningún jefe o soldado para que incursione en territorio hondureño.

Mi aspiración es rechazar con dignidad y altivez toda imposición en mi país de los asesinos de pueblos débiles, a quienes haré comprender que ha de costarles caro su delito, pues no hay ningún derecho que justifique su intromisión en nuestra política interna.

Patria y Libertad. — A. C. Sandino.

Turcios contestó a esta última carta el 11 de octubre de 1927:

"Querido amigo Sandino. Muy grata su carta del 24 de septiembre último, que me fue entregada por persona de mi estimación y de mi afecto, a pesar del escaso tiempo que tengo de conocerla. Este es un hombre humilde y honrado y un sincero patriota, cualidades que para mí valen más que las mayores riquezas y que los más vastos talentos.

"Me apresuro a expresarle mi gratitud por sus cordiales frases relativas a la muerte de mi hermana, mi verdadera madre, mejor dicho, y mi compañera de letras y de luchas cívicas. Estoy convaleciendo del terrible pesar que sufrí con su pérdida.

"Como Ud. habrá visto por el paquete que le envié con las páginas de mi revista, en Honduras únicamente se oye mi voz proclamando su heroísmo; pero resuena en toda la República y en toda la América.

"Llevada por la fama, eco de su magnífica protesta, su acción vibra ya en el mundo.

"¿Qué le diré de su actitud? Que es hermosísima, y *que si la sostiene hasta vencer o morir,* su gloria se alzará en los tiempos, más grande que la de Morazán. Este invicto guerrero luchó por reunir los jirones de su patria. Usted combate por su soberanía, que es lo *esencial y básico,* lo demás es secundario, Morazán murió por la unión; usted morirá por la libertad.

"En la posición extraordinaria en que Ud. se ha colocado, sólo le quedan dos caminos: arrojar a balazos de Nicaragua al pirata desvergonzado, o perecer en la contienda.

"Si Ud. logra mantenerse seis meses más frente a los conquistadores y traidores, quizás la soberanía de Centroamérica se habrá salvado, porque un poderoso movimiento de conciencia universal se está operando, y tan tremenda fuerza moral obligará al imperialismo a retirar sus tropas de este país. Dentro de los mismos Estados Unidos hay más de trescientos periódicos exigiendo al gobierno que ordene la desocupación de Nicaragua, y esta generosa exigencia que interpreta los deseos del pueblo norteamericano, llegará al Senado en sus próximas sesiones.

"Esta Ud., pues, siendo el blanco del mundo entero. El nombre de Sandino resuena en los corazones de los patriotas de todos los países. Yo le ayudaré eficazmente a que en Centroamérica, a pesar de la hostilidad de los gobiernos y de ciertas masas abyectas, sea conocida su actitud hasta en la última aldea.

"Mis campañas de tantos lustros contra el yanqui opresor, todos mis arduos trabajos por la completa soberanía de nuestras cinco repúblicas, encuentran hoy en Ud. una concreción potente, luminosa y resonante. Usted pone en práctica, con la más valiente acción libertaria, mis más altos ideales de honor y patriotismo.

"Me dice que desde muy joven sentía predilección y afecto por mí y que está fortalecido por mis enseñanzas. Pues yo me considero orgulloso de Ud. y le envío, con mis más noble entusiasmo, mi cariño y mi admiración.

"Que Dios le ayude en su brillante campaña, trascendental para la Justicia y el Derecho.

"Saludo con ardiente simpatía a su valeroso ejército. Él constituye la Legión Sagrada y sus triunfos pasarán a la Historia.

"Le abraza fraternalmente. Patria y Libertad. — Froylán Turcios."

De acuerdo con las palabras de Turcios, la revista *Ariel,* de Tegucigalpa, comienza a reproducir las informaciones de Sandino. Leamos la primera:

En doce días de ligeros tiroteos en un sector de 32 kilómetros, los invasores y traidores han quedado destrozados por el estrago de la dinamita; lo cual les ha hecho comprender que quienes traiciona a su patria o quienes trata de humillar al débil con invasiones punibles son señalados por el Destino como terribles delincuentes, castigándolos con lenta agonía para hacer más sensible la expiación de su negra culpa.

El 20 de octubre se recibió en este Cuartel General informe de que en Jinotega se organizaban fuerzas enemigas para atacarnos en nuestras propias posiciones; y que por el lado de Estelí venía una fuerte columna compuesta de moncadistas y cachurecos al mando de los invasores. De Ciudad Sandino (antes El Jícaro) destacaron otra gruesa columna los yanquis, la cual debería reunirse con las que venían del interior. El momento era oportuno para castigar una vez más a los que se atrevían a invadir nuestra zona guerrillera.

El 21 del mismo mes hice salir de este Campamento General 4 columnas de 150 dragones cada una, con dos baterías de ametralladoras Lewis, con objeto de descubrir el efectivo del enemigo y batirlo; pero como los traidores y mercenarios se multiplican, no faltó quien le informara el derrotero de nuestras tropas. El delator de nuestra fuerza fue el traidor y mercenario Pompilio Reyes, a quien varias veces se le ha perdonado la vida, como autor de otras ruines hazañas. La delación de Reyes salvó a los traidores e invasores de un completo aislamiento.

El 22 del referido octubre teníamos elegido el terreno en que debíamos combatirlos; pero ellos evadieron el encuentro con nuestras columnas. Al cambiar la ruta el enemigo tuve que hacer una concentración general de todas las guerrillas que operaban por diferentes puntos de nuestra zona para el mejor éxito de nuestra defensiva u ofensiva. El 25 el enemigo tuvo un corto tiroteo con una de las guerrillas que se dirigían al Cuartel General, en los puntos o encuentros de los caminos de Las

Cruces y San Juan de Segovia, habiéndole causado al enemigo 19 bajas, avanzándole 17 bestias mulares, nueve bandas con parque de rifle Springfield, 28 sacos vacíos y una árgana con mortadelas y chorizos. El enemigo permaneció acampado en la serranía los días 26, 27, 28, 29 y 30 de octubre, lo cual lo perjudicó grandemente, pues me dio lugar para la mejor preparación de nuestros ataques y, en caso de que los evadiera, aniquilarlo por completo.

Las guerrillas de la Integridad Nacional día a día van adquiriendo experiencia o conocimientos admirables y por esta razón le será muy difícil al enemigo sorprenderlas, pues éste sufre siempre las primeras descargas, lo cual comienza a desmoralizarlo desde que se inicia todo encuentro. Se puede decir que el pueblo de Quilalí es la capital donde están constituidos los Poderes Defensores de la Integridad Nacional, y por tal motivo aparece desmantelada superficialmente, pero subterráneamente sus poderosas minas están colocadas de tal manera que un solo hombre es suficiente para hacerlas explotar en un segundo. Así es que si el enemigo llegara a ocuparlo, tratando de permanecer en él, su destrucción sería absoluta.

El día 30 de octubre los yanquis y traidores creyeron que ignorábamos sus movimientos por el silencio que guardaban al desfilar; pero nuestras guerrillas, qué no los perdían de vista, los seguían a corta distancia esperando encontrar terreno y oportunidad propicios para batirlos. La topografía por donde desfilaban los traidores e invasores no prestaba para nosotros la seguridad de un perfecto triunfo. Por eso fue que no se pensó en atacarlos y, por la misma razón, el enemigo, sólo se concretaba a peregrinar sin rumbo fijo, pues varió de plan de ataque al persuadirse de que el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional estaba suficientemente organizado y mejor preparado para el combate. Los invasores tuvieron informe de que sufrirían el mayor desastre si ocupaban Quilalí y por esto contramarcharon con rumbo a Ciudad Sandino, caminando día y noche para alejarse de la zona que consideraban peligrosa.

Como hemos dicho, el área que ocupaban era de 32 kilómetros; y difícilmente el enemigo hubiera salido de allí sin dejar algunos centenares de muertos. Así fue que cuando se dirigían a Ciudad Sandino, los coroneles Juan Gregorio Colindres y Simón González, y el mayor Marcial Salas hicieron una marcha forzada para salirle al encuentro, a fin de obligarlo a pelear, eligiéndose el punto denominado La Conchita para castigarlo sangrientamente. El efectivo de traidores e invasores se componía de 450 hombres.

El 1 de noviembre los primeros rayos del sol iluminaron La Conchita. Los pinares se movían sin cesar con los primeros vientos del verano. A las 11 horas de ese día la Historia consignará en sus páginas uno de los más grandes triunfos del Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua. Iba a empeñarse uno de los combates más sangrientos, donde los autonomistas nicaragüenses tendrían que ofrendar sus vidas en alto sacrificio por la Patria. A la hora dicha, los Defensores de la Integridad Nacional estaban en línea de fuego, esperando a pie firme al enemigo, quien, en ese momento, hacía desfilar la avanzadilla, compuesta de 50 hombres. Seguía la vanguardia de 150. El centro constaba de 150 y en él venía el tren de guerra y el Estado Mayor yanqui, con los campeones de tiro. Cerraban la retaguardia 100 hombres, en su mayor parte piratas conquistadores.

Atacamos con descarga cerrada de fusilería "concón" y con una lluvia de bombas que causaron en el enemigo terrible estrago, llenándolo de pavor, que aprovechamos para cargar contra él con el mayor arrojo y bravura. La muerte que sufrían los traidores e invasores era horrorosa. Sus cuerpos quedaban horriblemente destrozados por el estrago de la dinamita. No les quedaba más recurso que huir vergonzosamente, pues fue tal su confusión y desmoralización que el que no perecía por disparo o bombas moría descabezado a machetazos.

Las bajas del enemigo ascendieron a 94 hombres. Su Estado Mayor fue totalmente aniquilado. Le avanzamos gran cantidad de parque de varios sistemas, 90 rifles, 70 mulas, cajas de medicina y ropa que habían robado en casa de don Antonio López, a su paso por la hacienda El Jicarito.

El Chipote, 2 de noviembre de 1927.

Patria y Libertad. — A. C. Sandino.

III

Que las palabras de Sandino no eran mera jactancia, lo prueba el cablegrama de octubre 18 de *AP* informando que las fuerzas yanquis y la gendarmería nicaragüense buscaban a los aviadores navales E. A. Thomas y Frank A. Dowdell, que simplemente habían desaparecido, luego que su avión cayó y se incendió cerca de Quilalí, zona donde se mostraba activo Sandino, contra quien se dispuso por lo tanto enviar otro contingente de seiscientos hombres.

La misma agencia noticiosa informaba el 21, desde Managua, que los diarios reflejaban la grave situación existente en el norte del país, pues los actos bélicos aislados, calificados hasta entonces de actos de bandidaje, habían cobrado el aspecto de una "verdadera insurrección". Esas noticias concordaban con las suministradas por los ingenieros de caminos: el número de bandas de insurrectos aumentaba, bajo el mando de los generales Salgado y Sandino, quienes se habían apropiado prácticamente de todo el departamento de Nueva Segovia y de las dos terceras partes de la región al norte de Estelí, incluyendo a Limay. También se habían apoderado de la región oeste de Jinotega, zona situada a 128 kilómetros de Managua, pero el ataque a esta ciudad parecía poco probable en atención a la presencia de las fuerzas norteamericanas.

Los ingenieros que regresaron del norte informaban que el 90 por ciento de los habitantes eran liberales, o eran partidarios de Sandino, o le temían. Prácticamente no había conservadores porque habían preferido huir. Pero una banda conservadora al mando de un tal Hernández había aparecido repentinamente cerca de Dipilto, asesinando a los liberales y obligando al resto a huir hacia Honduras, donde el pueblo en general era partidario de Sandino y desde donde se hacía contrabando en su favor. Los habitantes de la sierra proporcionaban a Sandino toda clase de informaciones sobre los movimientos de las tropas invasoras y de sus secuaces. Los norteamericanos y la Guardia Nacional se mantenían en las principales ciudades, haciendo salidas esporádicas a los caminos y repeliendo a los sandinistas hacia las montañas. Llegada la estación de las lluvias, era imposible transitar por los caminos, senderos y veredas, pero se preparaban ya los planes de campaña para dominar la insurrección para el tiempo seco.

El 24 de octubre un cable de *AP* comunicaba que Sandino se había apoderado de la ciudad de Somoto Grande, al noroeste del país, después de dominar a la guarnición. Quince días más tarde se revelaba que los aviadores Thomas y Dowdell habían sido muertos "después de haber mantenido una desesperada lucha con más de 30 individuos". El 19 de noviembre el gobierno de Díaz decretaba que todos los permisos para portar armas fueran visados por un funcionario militar norteamericano; la medida tenía por objetivo declarado "desarmar a todo el mundo antes de que se realicen las elecciones presidenciales". Coincidentemente se anunciaba la iniciación de negociaciones entre Estados Unidos y Nicaragua, para la reorganización de la Guardia Nacional, la que se integraría con oficiales navales yanquis y reclutas nativos. El general de brigada E. R. Beadle, que estaba al frente de la Guardia Nacional, preparaba nuevas unidades para que se hicieran cargo de los distritos que controlaban sus tropas.

Todo esto revelaba febril actividad en el bando invasor. En el sector de la resistencia nacional, Sandino continuaba la lucha de guerrillas, sin dar ni pedir cuartel. Para el 25 de noviembre se había apoderado de otras cinco aldeas, entre ellas Ciudad Antigua, hacia la cual convergieron de inmediato los bombarderos norteamericanos para acabar, según el cable de la agencia *AP* de ese mismo día, con "los malhechores que —según se informa— cometen toda clase de excesos en varias regiones y dan muerte y roban a los habitantes". El cuartel general de la marinería, vistos los nuevos proyectos de campaña aérea contra los "malhechores", recomendó a los viajeros que partían de y hacia ciertos distritos informar sobre su ruta a recorrer, para que los aviadores no los hicieran víctimas de sus bombas.

Los plantadores de café de Nueva Segovia pedían entretanto, al gobierno, el envío de marinos norteamericanos, porque los sandinistas impedían la recolección del producto y comprometían el resultado de la cosecha. Según los viajeros que arribaban a Managua, la seguridad sólo existía en los puntos dominados por la marinería yanqui, ya que fuera de esos lugares se sucedían los robos de ganado y los ataques a los trenes de carga, cuyos

conductores eran muertos. Se decía que Sandino tenía quinientos hombres y se le unían reclutas a diario, para los cuales, empero, no había armas disponibles.

La acción aérea parecía ser la única efectiva, según los entendidos norteamericanos, por cuyo motivo tres días después se anunciaba el viaje sin etapas de otro aeroplano —Miami-Nicaragua— Fokker de tres motores, monoplano, para unirse a las tropas yanquis interventoras. El cable respectivo agrega: El avión irá piloteado por el mayor E. T. Brainerd, a quien acompañarán el sargento N. T. Sheperd y el cabo W. N. Chester. La distancia que deberá recorrer es de 1.656 kilómetros y se calcula que el vuelo durará 10 horas. Este aeroplano ha sido especialmente construido teniendo en vista una posible guerra en Nicaragua. Podrá ser utilizado como transporte militar, con capacidad para llevar a diez marineros completamente equipados o cinco camillas de la Sanidad Militar. En caso necesario podrá transportar una tonelada de víveres.

Podemos hacer constar aquí un hecho poco menos que desconocido: uno de los primeros entrenamientos de aviones y aviadores militares con posterioridad a la Primera Guerra Mundial, se realizó en territorio de Nicaragua, ocho años antes que los italianos de Mussolini hicieran ejercicios de tiro aéreo sobre los abisinios y diez años antes que los pilotos de la escuadrilla Cóndor, de Hitler, dejaran a Guernica reducida a escombros. Era la época de creciente desarrollo de la aviación, cuando los aviadores de todo el mundo trataban de batir *records* uniendo distintos puntos del globo, como lo hiciera Lindbergh al cruzar por primera vez el Atlántico en un vehículo aéreo. El gobierno de Coolidge empleaba los nuevos conocimientos del arte de la guerra moderna, probándolos sobre el pueblo de Nicaragua.

El defensor de su soberanía seguía, a la sazón, firme en su propósito de expulsar a los invasores y de combatir a los traidores, a los que situaba entre los integrantes de la Guardia Nacional, que combatían junto a los norteamericanos. El siguiente documento es ilustrativo al respecto:

Cuartel General de los Defensores del Derecho Nacional de Nicaragua.

Augusto C. Sandino. General en Jefe del Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua, en uso de las facultades concedidas por el mismo Ejército y en apoyo de la Constitución Política de su Patria, hace saber a todo el pueblo nicaragüense lo siguiente:

ACUERDO

Son traidores a la Patria

1° — Todo nicaragüense que con miras políticas traficare con la honra de la Nación, solicitando apoyo oficial de los conquistadores de Nicaragua, así como del gobierno de la Casa Blanca y el que saliere del país como representante del gobierno espurio del traidor Adolfo Díaz.

2° — El que haya celebrado pactos secretos con el enemigo, ya sea como jefe militar o como jefe civil.

3º — *El que prestare ayuda a los invasores y traidores para asesinar a los patriotas nicaragüenses que están defendiendo la Soberanía Nacional.*

4º — El que suministrare informes, verbalmente o por escrito, declarando contra sus conciudadanos.

5° — El que solicitare protección de los invasores con el pretexto de defender sus intereses, ya sea nacional o extranjero.

A tales delincuentes les será aplicada la misma pena que la Constitución Política señala para los traidores a la Patria.

Al mismo tiempo hago saber a la sociedad nicaragüense, al pueblo con quien me unen los más estrechos vínculos que me obligan a defender sus derechos, y a los extranjeros radicados en el país:

Que, siendo el Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua una institución perfectamente organizada y disciplinada, dará toda clase de garantías efectivas a nacionales o extranjeros siempre que guarden estricta neutralidad.

Dado en El Chipote, a los catorce días del mes de noviembre del año 1927.

Patria y Libertad. — A. C. Sandino.

IV

Poco tiempo después, en respuesta a las declaraciones de un "hombre de ciencia" norteamericano, el doctor William H. Spinks, referentes a la guerra de Nicaragua y publicadas en el *New York Herald Tribune,* Sandino manifiesta:

El despecho de los yanquis llamados intelectuales los hace apartarse del espíritu de ecuanimidad que debe resallar en los hechos lógicos, mayormente cuando han vivido en un país que les ha brindado generosa hospitalidad.

No quiero aparecer como refutador de individuos extraños que en el tiempo que han vivido en Nicaragua no han aportado ningún beneficio al país, todo lo contrario, supuesto que la misión que desempeñan es secreta y en menoscabo de nuestra soberanía. Así puede apreciarse la permanencia de tales (detectives) políticos de White House *disfrazados de hombres científicos.*

Dice Spinks que el 90 por ciento de la población nicaragüense es liberal. Esto quiere decir que la aberración del gobierno norteamericano es la que sostiene a sangre y fuego a los traidores y mercenarios de mi patria en el poder, imponiendo al pueblo por medio de la fuerza armada el terror con expediciones punitivas.

Hace diecisiete años nuestras relaciones internacionales, especialmente con las naciones indohispanas, no estaban penetradas de nuestros sufrimientos, porque quizá llegaron a creer que la mayoría del pueblo nicaragüense aceptada vergonzosamente la humillación en que nos hundieron los traidores e invasores: pero los millares de huérfanos que dejaron tales delitos tuvieron que llegar a la edad en que el hombre libre reclama sus derechos.

Dice cínicamente Spinks que los marinos hacen cuanto pueden por sanear las poblaciones donde están acampados. Es falso dicho saneamiento. Lo único que hacen es asesinar a los hijos legítimos del país porque no los aceptan como conquistadores y *sostenedores de criminales empedernidos.*

Es muy natural que quien viola la soberanía de una nación está expuesto a morir en la forma en que haya lugar. Tal es el perfecto derecho que asiste al verdadero patriota al defender a su tierra.

Sigue diciendo el científico Spinks que "la agricultura en la región de Bluefields está en la misma situación que la sanidad', es justo que la mayor parle del pueblo no quiera continuar dejándose explotar, supuesto que la vida en la zona ardiente de Bluefields es sumamente cara y *no está equiparada con el salario del jornalero. ¿Que casi todos están armados para defender sus hogares? Seguro. El nacional tiene que defenderse del ladrón extraño.*

Continúa Spinks: "LOS marinos han declarado neutrales varias zonas, lo que ha dado lugar a la lucha de guerrillas". ¿En qué estamos, señor científico Spinks? ¿En qué carácter vienen los "desinteresados" marinos? ¿Cómo invasores? ¿O en forma de institución de beneficencia? Si llegan como esto último, ¿para qué traen toda clase de elementos bélicos? ¿Acaso piensan que mi patria es país de salvajes?

Es natural, como he dicho, que el nacional dé muerte al invasor del modo que pueda. Los militares pundonorosos no representan el papel de aventureros en extraño

país, con el que su nación no esté en guerra. Por último, dice Spinks, que "Sandino ha sido derrotado en varias ocasiones por punitivos yanquis". Lo invito al señor Spinks para que tome su rifle en unión de sus paisanos, y con toda su ciencia, venga a dar su vueltecita por estas altivas montañas para que se convenza de la realidad. Los trofeos que conserva el Ejército Defensor de la Soberanía de N¡caragua, son el mejor testimonio de nuestras glorias: pues jamás los patriotas nicaragüenses, en los siete meses que llevamos de luchar contra los invasores, hemos sufrido una derrota que se pueda calificar como tal.

"Que tengo muchos simpatizantes..." Es cierto. Que mi Ejército crece día a día...". Es claro, hay razón. El pueblo sano se ha convencido de que hay que ser antes que todo nicaragüenses y no esclavos de conquistadores y traidores. Por este motivo es que, reflexionando en el negro crimen de alta traición en que han hundido a su país los miserables politicastros, se incorpora con el mayor entusiasmo a mi ejército paro defender con verdadero heroísmo la soberanía de nuestra amada Nicaragua.

Óigalo usted bien, señor Spinks: la rapacidad y altanería de su país se ha estrellado ante la abnegación y el valor de los patriotas nicaragüenses. Patria y libertad. — A. C. Sandino.

El más alto de los compatriotas de Spinks, el presidente Coolidge, daba su nueva opinión sobre los sucesos de Nicaragua, en su Mensaje anual al Congreso, del 6 de diciembre:

"Nuestras fuerzas terrestres y navales viéronse precisadas a proteger a nuestros connacionales y sus propiedades previniendo al mismo tiempo inútiles sacrificios de vidas y la destrucción del país, acabando con el estado de guerra en que se hallaba. El señor Stimson, antiguo secretario del Departamento de Guerra, fue enviado especialmente a Nicaragua para cooperar con nuestros diplomáticos y los jefes de los partidos beligerantes en el sentido de producir la paz por medio de un acuerdo. Esto fue realizado mediante la promesa formal del gobierno norteamericano de cooperar eficazmente en las próximas elecciones presidenciales de dicho país, que serán efectuadas dentro de algunos meses. Mediante la promesa del gobierno de Estados Unidos de cooperación en las elecciones a fin de que sean realizadas con entera honorabilidad, se consiguió la paz. En la actualidad solamente quedan en el país algunas partidas de bandoleros, gente fuera de la ley, que son perseguidas activamente por las autoridades".

En la designación de "bandoleros" Coolidge había sido precedido, como ya lo hemos visto, por las agencias noticiosas. Leamos una nueva muestra de la forma en que se aplicaba el calificativo a las huestes sandinistas:

Managua, noviembre 2 (*AP*). — Varias patrullas de la infantería de marina que penetraron en las selvas del norte de Nicaragua, han informado que allí no se encuentran organizaciones rebeldes. Sólo pueden verse bandas de forajidos en dichas selvas, según las informaciones suministradas en Managua.

Estos "hombres fuera de la ley", entre los cuales figuran numerosos criminales y aventureros, forman grupos de cinco a quince hombres que no obedecen a ningún jefe especial y cuyo principal objeto es el robo y la matanza de indígenas indefensos... Algunas de estas bandas fueron formadas por el general Sandino, pero éste ya no es el principal factor de la situación.

En su edición del 2 de noviembre, *The Nation,* de Nueva York, comentaba:

Quinientos o seiscientos nicaragüenses han sido muertos (o asesinados, si hemos de usar el término más sincero) por las tropas de Estados Unidos en suelo extraño, sin la más leve sombra de justificación legal, desde el día en que el comisionado pacificador

> y agente de publicidad de Mr. Coolidge afirmó que las hostilidades habían cesado. Durante todas las alternativas del incidente nicaragüense los departamentos de Estado y de Marina le han mentido deliberada y persistentemente *(have deliberately and persistently lied)* al pueblo norteamericano. ¿Hay quién pretenda que los marinos cazadores de hombres están todavía empeñados únicamente en la tarea de proteger la hacienda de los norteamericanos? ¿No hay manera de ponerle fin a esa degollatina?

Comentando a *The Nation* y al Mensaje de Coolidge, don Baldomero Sanín Cano, venerable figura americana, decía en *El Tiempo,* de Bogotá:

> A los treinta y seis días de publicadas estas terribles palabras en un semanario cuyos suscriptores están diseminados en cuatro continentes, el señor Coolidge vuelve a hacer *deliberadamente* la misma aseveración que el 14 de mayo y para paliar la gravedad del concepto, añade ahora, con más cautela que entones una frase sobre *partidas de bandoleros, gentes fuera de la ley* a quienes persiguen activamente las autoridades. Es muy digno de notar el uso de la palabra *autoridades.* El señor Coolidge con esta vaga designación quiere esconderle a la mayoría de sus administrados la verdad de un hecho doloroso, es a saber que los marinos de la Unión saxoamericana violan el derecho de gentes, hoy en Nicaragua como ayer en Haití, y cometen homicidios que se quedan impunes solamente porque no hay tribunal respaldado por la fuerza para reprimirlos. Antes de ahora el gobierno de Washington ejercía por su propia designación las funciones de agente cobrador en el continente. Ensancha ahora la honorabilidad de sus funciones dándoles caza a ciudadanos libres, oprobiados con el título de bandoleros.

Otro escritor famoso de la época, César Falcón, dirigía una carta a Sandino, también con relación a los calificativos y apelaciones. Estaba fechada en Londres, en 6 de enero de 1928:

> "Mi capitán: Habría querido escribirle hace mucho tiempo, en cuanto se irguió usted contra la defección de Moncada, reunió a sus hombres y siguió al frente de ellos la lucha contra los invasores norteamericanos. Pero no sabía cómo hacerle llegar mi carta. Ahora puedo enviarla por intermedio de nuestro común admirado amigo Froylán Turcios y me apresuro a lanzarla hacia usted con un grito de entusiasmo.
>
> "No quiero llamarle mi *general,* como no quisiera llamárselo nunca a Obregón ni a Calles. El recuerdo de la brutalidad y de la villanía de cuantos con este título han avergonzado a nuestra raza, y la avergüenzan aún, me infunde el temor de empequeñecerle a usted, como me lo infundiría si se tratase de Obregón o de Calles, llamándoles general. Usted no es un general de América. Usted es el capitán de nuestra Hispanoamérica. La prensa de Estados Unidos le ha llamado a usted durante varios meses *el bandido Sandino.* Ahora comienza a llamarle *el general Sandino.* Los dos nombres —en realidad, cualquier nombre de esa procedencia— son igualmente injuriosos. Yo comienzo a llamarle a usted nuestro capitán, porque así le llamaremos desde hoy nosotros, nuestros hijos, nuestros nietos y sus hijos.
>
> "En esta carta no puedo ni quiero describirle mi concepto de la política de los pueblos hispánicos. Ninguno de los escritores ni de los hombres estremecidos por el drama de nuestra lucha histórica podemos llegar a usted de otra manera sino con las manos tendidas incondicionalmente. Pero le ruego iluminar constantemente su espíritu con la idea de la integridad de nuestra raza. Usted no está luchando por la libertad de Nicaragua, sino por la libertad de todos los pueblos hispánicos, de todos los pueblos de nuestra sangre, nuestro espíritu y nuestra lengua, por todos ellos, de un modo o de otro, son pueblos irredentos. En su Nicaragua natal se realizó un día, en el verbo de Rubén Darío, la resurrección armoniosa de nuestra lengua. Su espada, mi capitán, debe ser el primer rayo de nuestra resurrección política.
>
> "Nunca quiera usted ser menos que el capitán Sandino. Nunca quiera usted ser, ni acepte ser, el presidente de Nicaragua. Héroes de treinta años como usted, formados

con el barro de la tierra nativa y signados con un designio histórico, no los hay sino en las mitologías. Nunca se rinda usted. Nunca transija. Usted es el primer héroe de nuestra epopeya, de nuestra mitología. No importa si no vence ahora mismo a los monstruos del Norte. Usted los vencerá al fin. La historia de nuestra redención comenzará a contarse, años adelante, con estas palabras: 'A los treinta y tres años, el capitán Sandino, guiado por la mano invisible de Cristo, porque venía a defender nuestra fe en la igualdad de los hombres, a satisfacer nuestra justicia y a redimirnos de todas las opresiones, salió con sus hombres de las selvas musicales de Nicaragua.' Y la historia de nuestra redención será la historia de la gran comunidad hispánica libre.

"Hacia usted van en esta carta, llenos de fervor, mi adhesión y mi entusiasmo, (f.) César Falcón."

Por último, una nueva referencia al epíteto de "bandolero" aplicado a Sandino. Pertenece al semanario liberal neoyorquino *The Nation:*

Lástima grande que Jorge III de Inglaterra no hubiera tenido a su disposición los servicios de nuestros expertos en propaganda residentes en Washington, los cuales saben que se ganan más batallas vituperando a los hombres que disparando balas. La historia de la revolución norteamericana se habría escrito así: diciendo que los ingleses habían sido atacados por salteadores de camiones en Lexington; que a Burgoyne se le había puesto una emboscada en Saratoga por cazadores furtivos, y que Cornwallis tuvo que rendir su espada en Yorktown a un ratero llamado Jorge Washington.

V

Finalizaba el año 1927, y tres acontecimientos se señalaban en las páginas de los periódicos de Norte e Hispanoamérica: el recrudecimiento de las acciones bélicas de Sandino —que se detallan en otro lugar—[62]; los preparativos para la VI Conferencia Panamericana y el recrudecimiento de la campaña contra México difundida en Estados Unidos por la cadena Hearst. Antes de agregar más sobre Sandino y su lucha, habría que reseñar la situación de México en aquellos días.

El presidente Calles había ejercido presión sobre el Congreso para lograr que una reforma constitucional permitiera a cualquier ciudadano ser presidente de la República durante más de un período, bajo términos intermedios ejercidos por otros. El objetivo apuntaba directamente en favor de Álvaro Obregón, no siendo dudoso que Calles persiguiera a la vez volver a ocupar el mando cuando aquél concluyera su nuevo mandato.

La pretensión chocó nuevamente con los intereses de la Iglesia, que veía en ambos, acérrimos enemigos suyos. Sus censuras coincidieron con las que, más allá de la frontera, descargaban sobre México los magnates petroleros y sus voceros, que no se daban ni se darían, hasta diez años más tarde, por vencidos. Al calor de esa prédica y justificados políticamente por la maniobra de Calles, se rebelaron contra él los generales Arnulfo Gómez y Francisco Serrano, que habíanse presentado, como binomio, como aspirantes al mando en la próxima elección, apoyados por los últimos restos de los "delahuertistas", las facciones políticas centristas, buena parte de la clase media y los grupos conservadores y clericales. Gómez y Serrano habían apoyado a Obregón en 1923 y gozaban de gran prestigio dentro del ejército.

[62] *Constan en la obra del autor: Sandino, general de hombres libres.*

Según Hübner[63], "la intentona de ambos no llegó a ser una sublevación como la de Adolfo de la Huerta. Apenas si pasó de un simple motín militar, sofocado rápida y sangrientamente, sin más pretexto político que la 'no reelección'". Agrega que Gómez y Serrano "elaboraron cada uno un plan revolucionario, mas no alcanzaron a ponerse de acuerdo. Ambos quisieron 'madrugarse'. El golpe se daría el 2 de octubre, domingo. Calles y Obregón, según el plan, debían ser apresados en una revista militar que se celebraría en Balbuena, al tiempo que se levantarían en armas los generales Eugenio Martínez y Héctor Ignacio Armada; Serrano esperaría en las afueras de la capital el resultado; Gómez, en cambio, cuando conoce el plan, se niega a colaborar, aunque también dice que esperará los resultados en las afueras de México.

Pero el complot fue descubierto aunque algunos regimientos alcanzaron a salir; hay pequeñas escaramuzas, en las que salen batidos los destacamentos complotados. Serrano es tomado prisionero en Cuernavaca, junto con trece amigos, entre militares y civiles. Todos ellos son fusilados a las siete de esa tarde frente a Huitzilac, en plena carretera: "El general Claudio Fox y el coronel Nazario Medina organizaron y ordenaron la ejecución —agrega Hübner—. La llevaron a cabo soldados del 1er Regimiento de Artillería de Campaña. Recibieron órdenes superiores. ¿De quién? Hasta ahora no se ha sabido. Algunos creen que de Obregón, sin que lo supiese Calles. Otros, que de éste, sin que lo supiese aquél."

Gómez alcanzó a llegar a Perote, en Veracruz, y junto con las fuerzas del general Lucero, se dispuso a emprender una campaña en regla; pero las fuerzas federales le derrotaron y capturaron; trasladado a Coatepec, fue fusilado de inmediato. Hübner expresa su opinión así:

> "Cruel, y hasta bárbara, fue la represión de la aventura de los generales Gómez y Serrano. Pero ella escondía un doble fondo. Si el gobierno revolucionario no procede con mano de hierro, el ejemplo habría cundido y las derechas continuarían sobornando o engañando a los jefes del ejército. Las tragedias de Huitzilac y Coatepec motivaron la eliminación de numerosos oficiales comprometidos y vino a significar un nuevo golpe al militarismo mexicano, todavía fuerte y ensoberbecido."

Es posible que con ello lograra Calles quitarse de en medio posibles jefes de potenciales levantamientos armados, pero es indudable que era excesivo el rigor empleado y, por lo tanto, fácilmente imputable a razones menos justificadas que las que se dieron. Lo cierto es que no por ello cesaron los ataques a los trenes del gobierno, la proliferación de guerrillas constituidas por los "cristeros" y, muchos menos, la campaña de Hearst.

Así, el 14 de noviembre, *The Washington Herald* publicaba un artículo, cuyos derechos de exclusividad declaraba haber adquirido, en el que acusaba a México de haber apoyado y fomentado el movimiento armado de Sacasa en Nicaragua. Reproducía facsímiles de presuntos documentos "que se dice fueron sacados de los archivos secretos del gobierno de México", que mostraban una supuesta orden de pago por 50.000 dólares, firmada por Calles, en favor del doctor Zepeda, representante de Sacasa en aquel país destinados a la compra de armas y municiones. Figuraban, además, órdenes de pago por 5.000 y 25.000 dólares "para misiones secretas". El diario de Hearst sostenía que esos documentos y otros que iría publicando —en los que no se ahorró la presunta prueba de que senadores norteamericanos contrarios a Coolidge habían sido sobornados por Calles —habían sido proporcionados por funcionarios mexicanos a la Organización Hearst; que esos documentos estaban a disposición del Departamento de Estado y del Congreso de Estados Unidos; y que, además, poseía otros "que comprometían seriamente al gobierno soviético de Rusia".

Seguía luego un nuevo artículo, similar en sus intenciones al anterior y a los siguientes. En el tercero, *The Washington Herald* reproducía "documentos" en los cuales el presidente Calles ordenaba a su ministro de Hacienda el envío de aproximadamente 75.000 dólares al embajador mexicano en Guatemala, Cravioto, con "fines de propaganda bolchevique en Centroamérica", y de otra orden por un millón de dólares con fines secretos, siendo muy

[63] Hübner, Manuel Eduardo. *México en marcha.*

elocuente el hecho de que simultáneamente “ciertos periódicos centroamericanos elogiaban unánimemente el movimiento iniciado por el doctor Sacasa”, condenando de paso la intromisión yanqui en Nicaragua. El cuarto artículo de la serie sostenía que Calles, “con la cooperación estrecha del gobierno de los soviets, se encargó de iniciar una campaña de propaganda bolchevique con objeto de ganar adherentes para un movimiento revolucionario centroamericano que seria encabezado por el doctor Sacasa...” El facsímil de uno de los documentos “firmados” por Calles, ordenaba el pago de dinero a un miembro de la legación rusa para los gastos, decía, de la propaganda comunista.

Aunque parezca mentira, el gobierno de México se tomó el escrupuloso trabajo de contestar a esos cargos. Así, el ministro de Relaciones Exteriores declaraba, el 16 de noviembre:

> “La publicación de unos pretendidos documentos respecto de las actividades mexicanas en el reciente movimiento nicaragüense tiene un aspecto escandaloso y oportunista. Es escandaloso porque la publicación está hecha a base de documentos fabricados hace algún tiempo y con los cuales se trató de hacer un chantaje al gobierno mexicano pidiéndole dinero a cambio de ellos.
>
> “Estos documentos fueron ofrecidos al Consulado mexicano en Los Ángeles por intermedio del doctor Roberto Hidalgo, el 24 de agosto pasado, por la suma de 25.000 dólares. Nuestro cónsul recibió instrucciones, aún antes de que se supiese el contenido de dichos documentos, de rehusar el ofrecimiento, haciéndole saber que el gobierno estaba seguro de que esos documentos eran falsos y que podía decirles a los vendedores que el gobierno mexicano no se interesaba en ellos y que le era indiferente que fuesen publicados.
>
> “La publicación es oportunista porque es un esfuerzo que se hace para obstruir el buen entendimiento a que pueden llegar los gobiernos mexicano y norteamericano en las cuestiones pendientes.”

A raíz de las imputaciones que lesionaban a algunos senadores y por la gravedad intrínseca de los cargos contenidos en los “documentos” de Hearst, el Senado norteamericano designó una comisión investigadora presidida por David Reed.

El 5 de enero de 1928, el informe de los peritos calígrafos presentados a la Comisión Investigadora del Senado por el abogado de Hearst, apoyaba las conclusiones del experto Fordyce Wood, de Chicago, respecto de los documentos sometidos a su examen. Hearst deseaba salir de algún modo del pantano en que se había metido, y su abogado “coincidía” con Wood en que, “después de un minucioso estudio y cotejo de las firmas analizadas, ninguna de ellas pertenece a la persona que escribió las muestras de prueba, es decir, el propio presidente Calles”. En el informe se agregaba que “el examen de las firmas analizadas prueba que todas son más o menos parecidas a las auténticas, y que están trazadas con todo cuidado y detenimiento y presentan todas las características que en conjunto dan la convicción de que no son auténticas”.

Un día después, los peritos calígrafos del Departamento de Marina, entre ellos A. D. Strubel, informaban que siete de los documentos eran fraguados, y que las siete “traducciones” de los documentos, en la forma que fueron publicados por los diarios de Hearst, no tenían ninguna relación con los originales. O sea que, sobre documentos falsos, se añadían las falsedades del gusto de Hearst. Además, Arthur Bliss Lane, jefe de la sección mexicana del Departamento de Estado y ex secretario de la embajada de Estados Unidos en México, que se complicaría años después, como embajador en Nicaragua, a la muerte de Sandino, declaró que el autor de los documentos, Miguel Ávila, había intentado una vez venderle —infructuosamente— “documentos mexicanos” en los cuales se atacaba violentamente al ex embajador Sheffield. Otro perito, el comandante Cusachs, declaró que los documentos eran fraguados y redactados por una persona de muy escasa educación e ilustración, que apenas conocía alguna parte de la fraseología gubernamental mexicana, y añadió que en la redacción de esos documentos aparecían alrededor de 200 faltas de ortografía y sintaxis, palabras mal empleadas y “otros errores que denotan una ilustración muy rudimentaria”. Pero el 11 de enero, en forma franca, el senador David Reed declaraba ante el Senado que después de las

prolijas investigaciones realizadas por la Comisión a su cargo, sospechaba que el autor de los "documentos" era Ávila. Atacó, además, el testimonio del reportero Page, empleado de Hearst, en el cual expuso la fuente en que se procuró una carta con la firma falsificada del senador LaFollette. Lamentó él que ni Ávila ni Page pudieran ser enjuiciados y sostuvo que 33 de los 36 "documentos" que llevaban la firma de Calles eran falsificados, aparentemente, por una misma persona, en tanto que los tres restantes parecían ser de una persona de escasa preparación intelectual. En cuanto a los siete telegramas en código que aparecían entre los documentos analizados, Reed los calificó de "simples invenciones", le hizo saber que no habían sido depositadas en bancos con los que trabajaba el cónsul mexicano Elías las sumas mencionadas en los documentos.

> "Este es el caso más inconcebible en que he actuado desde que estoy en el Senado, agregó Reed, y confío que la exposición de la vindicta pública de los autores de tan descarado fraude, impedirá que en el futuro se repitan hechos tan lamentables. No existe el más mínimo indicio de prueba de que algún senador haya aceptado o le haya sido ofrecida suma de dinero alguna de representantes del gobierno de México. La pretendida prueba de haberse retirado de la tesorería de México la suma de 1.215.000 dólares y enviada a Nueva York para sobornar a senadores de Estados Unidos es falsa y fraudulenta; y en lo que respecta a las firmas del presidente Calles o el secretario de la tesorería, éstas son falsificadas."

Entonces el senador Norris, uno de los acusados de haber recibido dinero del representante de Calles y que días antes, en carta abierta, denostara públicamente a Hearst por capitanear diarios amarillos, pidió a Reed que expusiera a la Cámara qué gestiones había realizado Hearst para asegurarse de la autenticidad de los documentos antes de darlos a publicidad. En respuesta, Reed declaró:

> "Creo que incumbía a Mr. Hearst agotar todos los recursos a su alcance para determinar incontrovertiblemente la autenticidad de los documentos antes de publicarlos, pero no creo que se haya tomado la molestia de hacerlo. En todas las actuaciones producidas por la comisión no se ha encontrado ni siquiera rastros de que Mr. Hearst haya hecho algo para convencerse de la verdad de esos documentos.
>
> "Todo lo que aparentemente hizo —finalizó el senador Reed— fue emplear a Ávila para que corroborase su indigna obra con otra más indigna aún."

La resolución del Senado significó una importantísima victoria moral para Calles y su régimen, y por algunos años pareció ser el punto final de las intrigas que contra México forjaban los magnates del petróleo.

Paralelamente, puso término a la vinculación existente entre los problemas de México y de Nicaragua. Tal como hemos tratado de probarlo, la Operación México-Nicaragua era una maniobra diversionista de los círculos agresores norteamericanos, con el fin de derribar a Calles del poder. Habiendo éste resistido todos los embates y en virtud de los inesperados sucesos ocurridos a partir del desembarco yanqui en Nicaragua, a fines de 1926, la agresión de Coolidge y Kellogg contra el pequeño país centroamericano se convirtió en un *boomerang* contra su diplomacia, la que quedó al descubierto con todas sus miserias y sus falacias.

La resistencia de Sandino y la reacción de todos los pueblos del mundo, incluyendo la del propio pueblo norteamericano, habían evitado la consumación de la maniobra contra México. En cambio, Nicaragua, la paciente y sufrida cuanto heroica Nicaragua, iba todavía a soportar durante unos años más la presencia de tropas extranjeras en su territorio. La acompañarían en su tribulación Cuba, Haití y Santo Domingo, hasta que el advenimiento de la Política de Buena Vecindad, corolario de todos esos bochornosos espectáculos, liquidaría las intervenciones armadas y se convertiría en la prueba máxima de la justicia de la causa de Sandino.

FIN DEL LIBRO I

COLECCIÓN
LATINOAMÉRICA
VIVA

AUTORES Y TEMAS
DE AMÉRICA LATINA

Director: ENRIQUE MEDINA

Gregorio
Selser

El pequeño ejército loco II

Diseño gráfico y tapa David Almirón
Impreso en la Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Prohibida su reproducción total o parcial
Copyright 1984, Editorial Abril S.A.
Av. Belgrano 624, Buenos Aires
ISBN 950—10—0144—X

ÍNDICE

Capítulo IX
El canto de los hijos en marcha
Capítulo X
"No por el placer"
Capítulo XI
La aureola de gloria y desatino
Capítulo XII
Dos elecciones que nada cambian
Capítulo XIII
"La tranquilidad reina en todo el país"
Capítulo XIV
La soberanía de un pueblo no se discute

Conclusión

Luego de "Sandino, general de hombres libres" (publicado en esta colección) se hace indispensable la lectura de este nuevo volumen sobre la problemática centroamericana. Gregorio Selser complementa aquí el magistral dibujo de Sandino con testimonios escritos de hombres que pelearon a su lado, con cartas y otras fuentes documentales inéditas. El autor nos revela en estas páginas las intimidades desconocidas de ese "pequeño ejército loco" de combatientes sandinistas que consumó la hazaña de confrontar sus fuerzas con el ejército más poderoso del mundo y de obligar a las tropas invasoras norteamericanas a abandonar el territorio nicaragüense. El propósito de Selser es rescatar para la historia la figura y la gesta de un luchador que, como pocos, después de las guerras de independencia en nuestra Latinoamérica, simboliza el anhelo de patrias libres por las que tantos héroes sufrieron, sangraron y hasta murieron.

CAPÍTULO IX

EL CANTO DE LOS HIJOS EN MARCHA

Madre, si me matan,
ábreme la herida, ciérrame los ojos
y tráeme un pobre hombre de algún pobre pueblo
y esa pobre mano por la que me matan,
pónmela en la herida por la que me muero.

ANDRÉS ELOY BLANCO
Canto de los Hijos en Marcha.

I

El 26 de diciembre de 1927, los residentes del Cabo Gracias a Dios, pidieron la "protección" de la marinería de desembarco y de un destróyer. Las noticias presentaban a Sandino como si hubiera descendido otra vez por el río Coco. Inmediatamente partió desde Bluefields el destróyer *Tulsa.* Pero Sandino no estaba allí: un día antes de fin de año, el 30, libraba en Quilalí una batalla, cuyas consecuencias llenarían semanas después las columnas de los diarios de todo el mundo.

Según informaciones de Managua, tropas norteamericanas habían atacado a Quilalí, encontrándose con una inesperada resistencia, traducida en la muerte de cinco soldados norteamericanos, y heridos otros veintitrés. La batalla había comenzado a las 9:30 y durado hora y media, ignorándose cuáles habían sido las bajas de Sandino, debido a que éste se retiró llevándose sus muertos y heridos. El cable agregaba:

> El coronel Mason Gulick, jefe de las tropas de infantería de marina de Estados Unidos informó que las fuerzas rebeldes alcanzaban a unos quinientos hombres, bien armados y con mejor preparación militar. Según Gulick, los espías habían informado al general Sandino acerca de los movimientos de las columnas, que consistían en soldados de la milicia y de infantería de desembarco, al mando del capitán Livingston. En consecuencia, se preparó el ataque, habiendo concentrado sus fuerzas durante varios meses en Quilalí, punto que consideraba inexpugnable para las fuerzas de desembarco, Gulick opina que los sandinistas se retiraron a otra plaza fuerte en El Chipote, donde se cree seguro que se dará otra batalla. Los marinos muertos fueron sepultados en Quilalí, y según anuncia el coronel Gulick, se ha iniciado una intensa batalla para obligar a las fuerzas de Sandino a abandonar Nueva Segovia. Se cree que las fueras sandinistas recibieron abastecimientos y preparación militar extranjera.

El 2 de enero de 1928, las noticias recibidas precisaban más detalles:

> Managua, 2 (AP). — La mayor parte de las heridas recibidas por los marinos norteamericanos, durante el choque ocurrido el viernes pasado, fueron causadas por la explosión de granadas de mano. Se sabe que estas granadas eran de fabricación improvisada y preparadas por los partidarios del general Sandino, con dinamita tomada de una mina norteamericana en San Albino. La región de Quilalí es muy montañosa y está cubierta de espesos matorrales. El general Sandino hizo levantar defensas a una distancia de unos 5 kilómetros al sudeste de Quilalí y colocó a sus hombres en puntos estratégicos en las alturas, que dominaban la ruta seguida por una patrulla del capitán Livingston.
>
> Cuando los marinos norteamericanos y los componentes de la Guardia Nacional se hicieron presentes, los soldados del general Sandino empezaron a hacer fuego con fusiles, ametralladoras y cañones de pequeño calibre; también arrojaron bombas y granadas de mano, cargadas de vidrios y clavos. Se cree que algunos espías, entre los peones de la región, que consideran a Sandino un mártir de la patria, le informaron del avance de los marinos norteamericanos. Estos contestaron al fuego de los rebeldes, pero se hallaban en una posición muy desventajosa, debido a la ubicación de los valles y cañones por donde atravesaban; por otra parte, debían proteger las mulas de carga que llevaban los materiales de guerra.
>
> El coronel Gulick ha manifestado que la marcha sobre Quilalí constituía una parte del plan de ocupar el mayor número de localidades posibles, con objeto de que el general Sandino no pudiese establecer su cuartel general en alguna población. Los rebeldes lucharon desesperadamente para impedir que los marinos entraran en Quilalí, debido a la posición estratégica de la localidad.
>
> Hubo otro encuentro entre una patrulla de norteamericanos y los partidarios del general Sandino. Los nicaragüenses, en número de cuatrocientos, se retiraron a las montañas después de un encarnizado combate, en el que perdió la vida el sargento norteamericano Bruce. Los norteamericanos tuvieron además cinco heridos, incluyendo al teniente Reichal. Los aeroplanos que tomaron parte en el ataque, fueron ametrallados por cañones especiales contra aviones, que poseen los sandinistas. La patrulla, que llevaba alimentos y municiones a la guarnición, terminó su misión después del combate. El sargento norteamericano Bruce servía como teniente en la Guardia Nacional.
>
> Se cree que aumentará la intensidad de las operaciones cuando lleguen los refuerzos, que está enviando el gobierno de Washington. Estos refuerzos llegarán a la

región donde los liberales son más activos, procedentes algunos de otras regiones de Nicaragua y otros de Estados Unidos. Reina gran ansiedad y nerviosismo en esta capital. *(La Nación,* 3 de enero de 1928).

Vale la pena reproducir los cables de las agencias noticiosas, que por sí mismos ilustran suficientemente la situación en aquellos días:

Washington, 2 (AP). — El Departamento de Marina recibió esta noche un despacho radiotelegráfico, procedente del cuartel general de la marinería en Telpaneca, Nicaragua, en el que se pide urgentemente material sanitario y refuerzos. El destacamento de marinería perdió dicho punto, después del combate de ayer, y ha pedido que el material sanitario sea enviado con toda premura, en aeroplano. Se asegura asimismo, que la marinería ha ocupado posiciones que mantendrá, aunque el destacamento necesita refuerzos con urgencia. *(La Nación,* 3 de enero de 1928.)

Managua, 2 (AP). — Las fuerzas al mando del general revolucionario Sandino, fueron atacadas hoy por los aviones de bombardeo norteamericanos. El mayor Ross A. Rowell, que dirigió el ataque aéreo, informó al coronel Gulick que varias bombas dieron el blanco y causaron numerosas bajas al enemigo. *(La Nación.* 3 de enero de 1928.)

Nueva York, 4 (AP). — Serán enviados a Nicaragua refuerzos de marinería, con objeto de emprender una campaña más intensa contra los revolucionarios. Aunque los funcionarios del gobierno no demuestran nerviosismo, están resueltos en lo que respecta al envío de fuerzas adicionales, de acuerdo con planes que se han contemplado desde hace mucho tiempo; se cree que serán necesarios por lo menos dos mil marinos para proseguir la lucha. Se presume que los revolucionarios han recibido instrucción militar de un soldado alemán llamado Müller, que sirvió bajo las órdenes del general Moncada. Al convenirse la suspensión de las hostilidades, Müller desapareció, aunque después se supo que se hallaba en Honduras. Se cree que ha regresado a Nicaragua, donde ha enseñado a los revolucionarios los métodos de guerra modernos. Se supone por otra parte, que los revolucionarios han recibido provisiones desde Honduras aunque la fuente original de los mismos no se ha podido explicar. *(The New York Times,* enero 4 de 1928.)

Washington, 3 (AP). — Dos batallones de infantería de marina, al mando de un general, han recibido orden de partir con rumbo a Nicaragua, con el fin de tomar parte en la campaña emprendida contra el general Sandino. Dicha orden fue impartida después que el secretario de Marina, Mr. Wilbur, conferenció con el presidente Coolidge. Hasta que lleguen esos refuerzos, las tropas de infantería de marina, actualmente a bordo de la flota, han recibido la orden de bajar a tierra, con el fin de hacer guardia en Managua y otras ciudades y relevar a las fuerzas que serán enviadas en apoyo de la columna que combate contra Sandino... Con la llegada de la estación seca, Mr. Wilbur opina que las fuerzas de marinería están en condiciones de dominar a Sandino, mediante la incorporación de refuerzos y más escuadrillas de aeroplanos. Para este fin, se enviará un batallón de marinos, compuesto de 500 plazas, desde la estación del Atlántico, y otra fuerza análoga, desde la costa del Pacífico. *(La Nación,* enero 3 de 1928.)

Ese mismo día, el Departamento de Estado publicaba una declaración sobre el envío de tropas a Nicaragua, recordando que de acuerdo con los términos del arreglo Stimson, los conservadores y liberales nicaragüenses convinieron en deponer las armas, “excepto — agregaba— un comparativamente pequeño grupo de liberales a las órdenes del general Sandino, al que desde entonces se han agregado ciertos elementos, que han continuado haciendo depredaciones en una remota región de Nicaragua”. Añadía el comunicado: “Esos

hombres son considerados como bandidos comunes, no sólo por el gobierno de Nicaragua, sino por sus dos partidos políticos. El gobierno de Estados Unidos tiene la decidida intención de cooperar con las fuerzas nicaragüenses en forma efectiva, para restablecer el orden en todo aquel país y para hacer posible la realización de elecciones libres y correctas, que nos hemos encargado de vigilar."

Por la noche se impartían órdenes de salida a cinco destroyers, sitos en Boston, en dirección a Nicaragua. La primera página de los diarios de Nueva York presentaba un raro contraste. Por una parte, publicaba detalles llenos de colorido, acerca de la recepción tributada al aviador Lindbergh en El Salvador, por la muchedumbre, y por la otra, pintaba un trágico cuadro de la guerra en Nicaragua, en el que se describía cómo los soldados de infantería de marina se habían trabado en lucha contra los rotosos del rebelde Sandino. Los despachos ponían de relieve que las tropas sandinistas habían recibido ayuda desde el exterior. Se insinuaba que "ciertas organizaciones extremistas" de Estados Unidos estaban contribuyendo a la rebelión, aunque no se daban pruebas de ese aserto. Con respecto al vuelo de Lindbergh, en dirección a Managua, según el cable de la *AP,* podía decirse "que los altos funcionarios del gobierno experimentarán una sensación de alivio cuando el coronel se encuentre en lugar seguro, después de haber pasado la zona de peligro"... ocupada por Sandino.

Como coincidencia, la tripulación del vapor *Corinto,* surto en el puerto del mismo nombre, se había declarado en huelga, negándose a descargar si no se les aumentaban los salarios. El vapor *Venezuela,* en viaje hacia Panamá, tampoco había podido descargar. El jefe de aduanas opinaba que estarían interviniendo "influencias extrañas para producir esta huelga", como acto de solidaridad con el general Sandino. Por otra parte, los agentes del gobierno investigaban la cuestión del contrabando de armas en la costa oriental, puesto que se daba como cierto que el jefe rebelde obtenía armas y municiones "desde las repúblicas del Norte por el Cabo Gracias a Dios". Las informaciones desde Managua a Washington describían a los soldados de Sandino usando uniformes color caki, semejantes a los de los invasores; y las provenientes de la capital de la Unión, según cable de la *UP* del 3 de enero, "reiteran la noticia de que las tropas que luchan contra Estados Unidos han empleado bombas de dinamita, ametralladoras, pistolas automáticas y cañones", que según el cable, producen un sonido semejante al de los morteros de trinchera o cañones de batería de montaña".

II

Al reanudarse el 4 de enero las sesiones del Senado de Washington, el senador demócrata por Alabama, Mr. Heflin, presentó un proyecto de resolución, pidiendo el inmediato retiro de las tropas norteamericanas que se hallaban en Nicaragua. La moción fue transferida finalmente a la Comisión de Relaciones Exteriores, presidida por Mr. Borah.

En su proyecto, Heflin sostenía que la intervención violaba la Constitución de Estados Unidos, por cuyo motivo pedía un pronunciamiento inmediato. Además, expresaba lo siguiente:

> "El envío por parte de Estados Unidos de fuerzas armadas a una república vecina, con objeto de derrocar a un gobierno, resultante de la voluntad manifiesta de su pueblo, no está bien; es algo que no tiene excusa ni defensa. La acción del presidente Coolidge, al enviar una fuerza armada a Nicaragua, con el fin de proteger y defender a Díaz, el impostor y usurpador, y de mantenerlo como presidente, aunque nunca fue electo, constituye un acto de tiranía imperialista, y es un crimen cometido contra los naturales de Nicaragua, que aman suficientemente los principios del gobierno propio, para luchar y morir por ellos."

El republicano Norris acotó a su vez: "En Nicararagua tenemos tanto derecho y tanto que ver como en Canadá. Nunca lo hemos tenido".

Y Nye, otro senador de la misma fracción, presentó por su parte un proyecto, solicitando que el presidente Coolidge declarara que "Estados Unidos es contrario al empleo de fuerzas armadas, para proteger las inversiones de capitales norteamericanos en países extranjeros".

En la Cámara de Representantes se reproducía el ejemplo, al coincidir diputados republicanos y demócratas en su repulsa a la política de la Casa Blanca. Así, el republicano Huddleston, por Alabama, declaraba:

> "El actual gobierno ha mezclado a Estados Unidos en la cuestión con Nicaragua y está obligado a desentenderse de ese asunto, la guerra que se desarrolla en Nicaragua la hace el gobierno y no el pueblo de Estados Unidos. El gobierno ha llevado a nuestros marinos a Nicaragua, pero no con propósitos americanistas.
>
> "Creo que estamos en guerra, y lo estamos desde hace algunos meses. Sin embargo, El Congreso, que tiene la facultad para declararla, no ha sido consultado acerca de esta situación. El presidente puede tener facultades para enviar tropas a Nicaragua, pero por cierto, eso constituye una violación de la Constitución. Se ha creado una situación peligrosa. Nunca debimos habernos metido en ella y no sé cómo podremos salir."

Y el demócrata Sol Bloom manifestó, a su vez: "Parece que realmente estamos en guerra con el pueblo nicaragüense, y sin embargo, no recuerdo que el Congreso haya declarado la guerra; ni Coolidge, ni siquiera Kellogg, ha sugerido al Congreso el propósito de una guerra entre la Unión y Nicaragua. Algo debe estar mal en nuestras relaciones exteriores, si semejante situación es posible. La marinería recibirá refuerzos en breve, y eso probablemente signifique más derramamiento de sangre."

El diario *The World* de Nueva York, se unía a la vocinglería; en su editorial del 4 de enero decía:

> Tenemos al oso asido por la cola, y nadie tiene la menor idea de cómo podemos desasirnos. De ahí que en nuestra opinión, Coolidge no puede hacer nada mejor que presentar todo el asunto a la Conferencia Panamericana de la Habana, y pedir a nuestros vecinos latinoamericanos que se plieguen a nosotros, para formular una política mejor, acerca de los países como Nicaragua. Es inútil pretender que nos enorgullecemos de ella. No es así. A nadie en este país le agrada, y nadie quiere que la marinería combata en las selvas, que la maten y que mate. Con todo, el maldito asunto continúa para disgusto de América Latina y del pueblo norteamericano. Hasta ahora hemos aceptado toda la responsabilidad y el resultado del asunto. ¿No ha llegado el momento de pedir a los Estados latinoamericanos que compartan con nosotros la responsabilidad de iniciar una nueva política?

Las enérgicas críticas de la prensa mundial molestaban no poco al Departamento de Estado, siempre muy sensible a ellas, aunque muy pocas veces dispuesto a evitar los motivos que las suscitaban. Los funcionarios se negaban a admitir que Estados Unidos se encontrara en estado de guerra contra Nicaragua ni contra partido alguno del país. Excusaban la actitud de su gobierno por el hecho de que tanto los dirigentes liberales como los conservadores habían puesto fuera de la ley a Sandino, a quien consideraban —según el corresponsal Alfred P. Reck— "un peón ignorante, transformado en bandido." En los cuerpos de marinería le consideraban igualmente un bandido fuera de la ley, aunque luchador encarnizado, en tanto los que le conocían o simpatizaban con él, le representaban como un perfecto caballero y hombre culto, que simplemente luchaba por los derechos ultrajados de su patria.

El mismo corresponsal de la *UP* afirmaba que Sandino era un hombre de unos 35 años, de mediana estatura, robusto, "siempre perfectamente afeitado y con algunas marcas de viruela en el rostro...". Añadía luego que el valor que había demostrado era algo que no podía discutirse, y terminaba su nota de este modo: "Un funcionario del Departamento de Estado ha declarado que esta dependencia ha resuelto continuar considerando al general Sandino como 'bandido', sin tener en cuenta cuántos hombres tenga bajo su mando, y que se adopta esa decisión porque se negó a obedecer las órdenes de su superior, el general Moncada. También

ha resuelto el citado Departamento considerar al general Sandino como a un hombre fuera de la ley."

El 4 de enero de 1928, zarpaba de Boston, con destino a Nicaragua, vía Hampton Roads, el crucero *Raleigh,* los destroyers *McFarland, Preston, Putnam, Paulding* y el transporte *Ogalaba,* conduciendo fuerzas de marinería para luchar contra Sandino. El mismo día, Zepeda, representante en México del presidente constitucional Sacasa, declaraba haber recibido un despacho de Sandino informándole, que ocasión de una reciente batalla librada en Telpaneca, doscientos cincuenta liberales, al mando del coronel Francisco Mendoza, habían exterminado a la guarnición de aquella localidad, compuesta de norteamericanos y policías nicaragüenses, con un total de ochenta hombres. Aunque la resistencia había sido valerosa, la guarnición fue liquidada, y se obtuvo un botín de cuatro ametralladoras, 150 fusiles, una gran cantidad de municiones y 47 mulas, con un cargamento de uniformes y alimentos. Explicaba Zepeda, que gracias a este botín, las tropas de Sandino se habían presentado en la batalla de Quilalí con uniformes nuevos.

Las autoridades norteamericanas ocultaban sus bajas, aunque en la prensa nicaragüense, aun en la oficialista, aparecían a menudo los relatos de los combates en que habían intervenido los norteamericanos y las bajas que éstos habían sufrido. Según el citado Zepeda, las actividades de Sandino tenían por finalidad excitar la atención del mundo sobre el hecho de que "los patriotas todavía combatían a los invasores yanquis", para que el asunto fuera puesto sobre el tapete en la Conferencia Panamericana a reunirse en La Habana ese mismo mes.

III

Entretanto, en el Senado, como en la Cámara de Representantes de Washington, continuaba el debate sobre la política del gobierno, en relación con Nicaragua. Así, el senador Burton K. Wheeler presentaba una resolución, condenado "las actividades desplegadas por el gobierno de Coolidge contra Nicaragua", calificándolas de guerra sin el consentimiento del Congreso. Pedía además, que la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado investigara acerca de las inversiones de capitales estadounidenses en aquel país, la forma en que se efectuaron, y además, si era o no cierto que el Poder Ejecutivo se proponía "'usurpar las prerrogativas del Congreso, al estar embarcado en una guerra, con objeto de proteger esas inversiones de capital". En otra parte de la resolución, se explicaba la deficiencia de los oficiales por la muerte de varios soldados de marinería en Nicaragua, y se aseguraba que las concesiones obtenidas por Estados Unidos en ese país, habían sido negociadas mediante métodos dudosos.

La propuesta de Wheeler fue aceptada, pero no contento con ello, el senador Heflin a su vez, arremetió contra el gobierno, acusándolo de mantener una alianza con elementos católicos y la oligarquía de Wall Street, la cual era directamente responsable —dijo— del derramamiento de sangre en Nicaragua. Añadió que se había convertido a los soldados de la Unión en simples cobradores de la agencia prestamista de Wall Street, y que el gobierno conducía una guerra de exclusiva protección a personas que se habían hecho ricas en Nicaragua, con lo cual la Unión se había conquistado la antipatía de todas las naciones americanas.

En la Cámara de Representantes, el demócrata Huddleston manifestaba: "Un gobierno inepto nos ha colocado en una situación difícil, y ahora debemos luchar para salir de ella. En Nicaragua existe una guerra que no es del pueblo norteamericano, sino de los que están a cargo del gobierno. Mientras nuestro embajador de la paz atraviesa los aires, nuestros embajadores de la muerte luchan entre los matorrales de Nicaragua por una causa que no es la causa norteamericana. El gobierno no ha consultado a nadie en la prosecución de esta guerra, aunque la Constitución concede al Congreso la facultad exclusiva de declarar la guerra. Si hoy el presidente puede mandar marinos a Nicaragua, mañana podría mandar al ejército o a la armada para bombardear a Londres."

Un día después, *The Nation* de Nueva York, publicaba una carta que no requería comentario alguno. Decía así:

"Ferguson, Missouri, enero 3 de 1928.

"Mr. Calvin Coolidge. Washington, D.C.

"Mi querido Sr. presidente:

"Según las noticias de esta fecha, procedentes de Managua, mi hijo, el sargento John F. Hempbill, murió peleando contra las tropas del general Sandino.

"Por esta muerte de mi hijo, yo no guardo rencor contra el general Sandino ni contra ninguno de sus soldados, porque creo y pienso que el 90 por ciento de nuestro pueblo siente lo mismo, que ellos están luchando ahora por su libertad, del mismo modo que nuestros antepasados lucharon por la nuestra en 1776; y que nosotros, como nación, no tenemos ningún derecho legal ni moral, para estar matando a un pueblo amante de su libertad, en una guerra de agresión.

"Lo que nosotros estamos haciendo en Nicaragua es puramente un asesinato; nuestro único propósito es mantener en el poder a un títere de presidente y actuar como cobradores de Wall Street lo cual es seguramente contrario al espíritu y a la letra de nuestra Constitución.

"Mi hijo tenía 29 años, sirvió tres años en su tercer enganche, sobrevivió al honorable servicio en la guerra mundial contra Alemania, todo esto para ser oficialmente asesinado en una vergonzosa guerra contra aquella pequeña nación.

"Mi padre sirvió durante toda nuestra guerra civil, mis dos abuelos murieron en la misma guerra, y yo me siento orgulloso de sus hazañas; de modo que esta carta no es de una pluma de un rojo o radical, sino de uno que ama la justicia.

"Tengo cuatro hijos, y si algún día fuera necesario, yo estoy dispuesto a sacrificar no sólo a mis cuatro hijos, sino mi propia vida también, en una guerra de defensa; pero no estoy dispuesto a derramar una sola gota de sangre en una guerra de agresión como la que estamos haciendo en Nicaragua.

"Usted ha perdido un hijo y conoce este pesar, y nosotros como nación, lo acompañamos a usted en su hora de tribulación. Imagínese usted, señor presidente, que su hijo hubiera caído como mi hijo cayó, siendo víctima de la avaricia de Wall Street. ¿Sentiría usted, señor presidente, que la ganancia material valía la pena de semejante sacrificio?

"Suyo, sinceramente, John S. Hempbill.

El mismo general Lejeune y muchos oficiales de la armada se mostraban inclinados a dudar de la versión, según la cual algunos desertores de las filas norteamericanas ayudaban a Sandino en la organización de sus fuerzas, pero admitían que varios marinos habían desaparecido. Reconocían asimismo, que los oficiales de marina tenían conocimiento de que Sandino había ofrecido grandes pagas a los individuos de ese cuerpo para que desertaran y se incorporaran a sus filas. Otra versión sobre Sandino la suministraba el *New York Times,* el 9 de enero, al reproducir un despacho de su corresponsal en Managua y expresar: "De Sandino se dice que es bravo, arrojado y cruel, y que posee gran habilidad militar. No muestra piedad para los prisioneros, y lo anima la creencia sincera de que puede liberar a su patria de la opresión extranjera." Seguidamente, el corresponsal reproducía el párrafo de una carta enviada por Sandino a un marino:

Les aconsejo que antes de venir a mis montañas hagan sus testamentos por anticipado, porque hay mucha fiebre amarilla aquí que puede impedirles regresar a sus casas. Su Seguro Servidor, que está deseoso de mandarlos a la tumba, cubiertos de bellas flores. Patria y Libertad. — A. C. Sandino.

El mismo día, un aeroplano de la marina norteamericana, caía envuelto en llamas a la vista de los tiradores de Sandino. El teniente Vernon Guyman, que actuaba como piloto, y el observador que le acompañaba, lograron salvarse sin sufrir daños personales. La caída de la

máquina se produjo por fallas del motor, según se informó desde Managua, cuando se hallaba sobre las alturas de Sapotillal, lugar donde escasos días antes se había producido un combate entre sandinistas y marinos. El 10 de enero, el coronel Mason Gulik, comandante de la marina de la Unión en Nicaragua, informaba que el pueblo de Somotillo, situado en las proximidades de la frontera con Honduras, se hallaba ahora en poder de los nicaragüenses afectos a Estados Unidos, después de haberse producido una situación de "alguna gravedad, debido a la deserción de cierto número de guardias nacionales". Al conocerse la deserción de estos; se había enviado un destacamento de marinos desde Chinandega, y estas fuerzas habían anunciado la sublevación de todo el pueblo. Gulik manifestó que los guardias nacionales fueron inducidos a desertar a instancias del general hondureño Peralta, quien a su vez había sido "sugestionado" por Sandino.

Los diarios de todo el mundo registraban estos sucesos, mezclados en las mismas columnas que daban cuenta de los "esfuerzos" del canciller Kellogg, para lograr el desarme mundial —a cuyo efecto había redactado un proyecto—, que meses después se concretarían con la firma del Pacto Kellogg-Bryand. Junto a esas noticias, aparecían los anuncios de la partida de las distintas delegaciones hispanoamericanas con dirección a La Habana, donde se iba a celebrar la VI Conferencia Panamericana para debatir temas que, como de costumbre, interesaban sobremanera a Estados Unidos, pero que en esa oportunidad provocarían situaciones inesperadas y actitudes tan sorprendentes, que iban a convertir a esa reunión en la más importante y distinta de las celebradas hasta entonces.

Sumada a esas circunstancias, o quizá como su razón principal, aparecía la gesta de Sandino como telón de fondo del escenario del ágape irrisorio, donde iba a repercutir su lucha, aunque la mención de ella fuera proscrita tanto implícita como explícitamente.

Entretanto, en San Diego, California, se concentran, al igual que en Norfolk y en Charleston, refuerzos norteamericanos convocados para combatir a Sandino. Los soldados reunidos en esos tres puntos sumaban algo más de mil en total, siendo veteranos en su mayor parte.

Se calculaba que cuando arribasen a Nicaragua, sumaría algo más de cinco mil el número de soldados y marinos norteamericanos que se encontraban allí. Cinco mil hombres que, al decir del general Lejeune, dedicarían sus actividades a eliminar al caudillo "del horizonte nicaragüense, que si no fuera por él, estaría pacificado antes de las elecciones de agosto".

IV

Acerca de Sandino se expresaba así el ex vicepresidente nicaragüense Sacasa, entonces radicado en Guatemala: "Reconozco el gesto patriótico de Sandino, aunque comprendo que dado lo desproporcionado de la lucha, no puede tener la menor esperanza de triunfo."

Sacasa había agregado a los periodistas que lo entrevistaron, el 6 de enero, que no apoyaba a Sandino ni creía que el caudillo pudiera prosperar ni robustecer su posición frente a Estados Unidos. Sacasa se mostraba decepcionado. "Yo, que soy americanista —había manifestado— y que me eduqué en Estados Unidos, no puedo menos que deplorar la acción del gobierno norteamericano en mi país." Refiriéndose incidentalmente a las publicaciones de Hearst, dijo que le sorprendía la inserción de documentos apócrifos, sobre todo de un tratado secreto que se suponía firmado por él el 15 de julio, cuando se encontraba en El Salvador. "Puedo asegurar —afirmó— que jamás he firmado ningún pacto ni compromiso con gobiernos ni compañías contra los intereses de Nicaragua, ni para obtener la ayuda moral o pecuniaria. Es verdad que me ayudaron varios países en la lucha constitucionalista, pero desinteresadamente, por la propia virtud de la justicia de la causa."

El 10 de enero se libraba un combate entre las tropas de Sandino y las invasoras, dirigidas por el teniente Satterfield. Un aeroplano manejado por el mayor Ross Rowell había intervenido en la acción, que según el informe rendido a la superioridad, había ocasionado a los rebeldes nueve bajas. El coronel Gulik, al anunciar que gracias a ese encuentro se había ocupado sin resistencia la localidad de San Albino, agregó que "continuaría lanzando bombas sobre todos los nicaragüenses que peleen por expulsar a las fuerzas de Estados Unidos".

El mismo día, en entrevista exclusiva concedida a la *UP,* con referencia a la situación en Nicaragua, el coronel Henry L. Stimson, autor de "La paz de Tipitapa", expresaba entre otras cosas:

> La seguridad nacional de nuestro propio país, nos ha impuesto un interés particular de guardarnos contra influencias extranjeras, en las rutas del mar Caribe y del Canal de Panamá, y en consecuencia de procurar que no hayan ni puedan producirse causas para una intervención extranjera, en los países que forman las fronteras de esas rutas. Para proteger nuestros intereses, estamos impidiendo que las naciones extranjeras ejerciten aún derechos perfectamente reconocidos, de reclamaciones contra las repúblicas centroamericanas y antillanas, cuyos territorios dominan aquellas rutas, y por lo tanto, hemos contraído de hecho la obligación de procurar que los derechos de esas naciones estén debidamente protegidos contra la incapacidad de los gobiernos de las repúblicas americanas, para ejercer sus deberes como naciones independientes.

Con estas palabras confirmaba Stimson una de las razones, las estratégicas, que a su modo de ver justificaba el papel protector que se arrogaba Estados Unidos en todo el ámbito del Caribe. En cuanto a Sandino, Stimson manifestó:

> "No lo conozco personalmente. En mi libro he transcrito apreciaciones sobre su personalidad, hechas por su ex comandante, el general Moncada, dirigente de la pasada revolución, a cuyas órdenes sirvió Sandino. De acuerdo con esas declaraciones y otras que me fueron hechas personalmente por dicho general Moncada, mi opinión es que la hoja del general Sandino demuestra la comisión de actos de bandidaje, tanto contra los conservadores como contra liberales; que en forma alguna puede ser considerado como un patriota que lucha por una causa justa, y finalmente, que llegó a Nicaragua después de haber comenzado la revolución, solamente con el propósito de aprovechar una oportunidad que se le presentaba, para satisfacer sus ambiciones. De acuerdo con informaciones que me han sido suministradas, Sandino ha estado ausente de Nicaragua durante años".

Como a la sazón contaba Sandino con 32 años de edad, la aseveración de Stimson lo presentaba como si se hubiera exiliado a los 10 años y trabajado como guardalmacén en Honduras a los 11 años, precocidad digna de admiración. La afirmación de Stimson tenía tantos visos de verosimilitud como todas aquéllas que le presentaban como formando parte de las guerrillas de Pancho Villa en México, según lo hemos mencionado sin comentario en páginas anteriores, y como lo reiteraban de nuevo declaraciones del general Moncada —hechas a *The World* el 11 de enero—, quien afirmaba muy suelto de cuerpo, que Sandino nunca había sido "un soldado reconocido en el Ejército Liberal de Nicaragua", para a continuación agregar:

> "Sandino es un fugitivo de la justicia, que condenado por asesinato se dirigió a México, donde peleó con los villistas. Regresó después a Nicaragua, se radicó en la región de las minas de San Albino y se asoció con elementos maleantes hondureños y nicaragüenses. Sandino se plegó a la última revolución y apareció en los alrededores del río Coco para pedir víveres, pero cuando Puerto Cabezas fue declarado zona neutral, Sandino inició una campaña de guerrillas independientes y entró en las ciudades con propósitos de saqueo. Después de reunir secuaces, se dirigió hacia el país montañoso a lo largo de la frontera hondureña y ha saqueado las haciendas de amigos y enemigos por igual, para vender el botín en Honduras. Actualmente mantiene buenas comunicaciones con sus amigos de Tegucigalpa, y por conducto de ellos, con sus amigos de Nueva York, México y América Central."

Días después, el mismo Moncada formulaba nuevas declaraciones, esta vez al *New York Times,* que las publicaba en su edición del 13 de enero:

> La marinería norteamericana constituye la única garantía de la libertad y la prosperidad; si se la retirase, se produciría la anarquía... Los liberales estamos convencidos de que Sandino perjudica la causa del país. No quieren más derramamiento de sangre. Sandino procede bajo la influencia del fanatismo y del comunismo; odia al liberalismo. Hace poco tiempo los marinos hubieran podido vencer a Sandino, pero se ha interpuesto la estación lluviosa.
>
> Cuando, después de la conferencia de Tipitapa, Sandino se ocultó, se dirigió hacia las inmediaciones de la frontera de Honduras, y por medio de ese país, se mantuvo en comunicación con sus partidarios y recibía ayuda. Los marinos podrían terminar con él si cerrasen la frontera, para evitar que recibiese esa ayuda.
>
> Sandino fue el único liberal que peleó valido de tácticas bolcheviques. Cuando su gente se plegó al ejército liberal, llevaba una bandera roja con el diseño de la calavera *(en otra oportunidad. Moncada dijo que la bandera era rojinegra)* y de las tibias cruzadas, y el lema "Libertad o Muerte". Sandino no dio cuartel a los prisioneros y a los no combatientes, en San Ramón. Con su propia mano dio muerte a nueve prisioneros indígenas. Se apoderó del oro de la mina de San Albino, propiedad de un británico, quien actualmente reclama un millón de pesos del tesoro nicaragüense. La mayor parte de sus fuerzas está formada por hondureños, pero es imposible decir a ciencia cierta, quién es el culpable de la ayuda que se le presta...

En un estilo juguetón, *The World* insistía en censurar la política de Coolidge:

> ...El reconocimiento por parte del Departamento de Estado, de la necesidad de reforzar las tropas norteamericanas para derrotar definitivamente al general Sandino, aporta una insospechada novedad a las informaciones oficiales acerca de Nicaragua, que reconocen la fuerza del general revolucionario tras de haber venido insistiendo en su poca importancia... Nuevos alistamientos en las fuerzas de Sandino fueron hechos públicos el 31 de octubre, y cerca de sesenta bajas, anotadas en un parte oficial del 2 de noviembre, en ocasión de otro encuentro. A pesar de tan repetidas pérdidas de gente, Sandino sobrevive aún y conserva partidarios. Y es quizás un poco prematuro insistir en dar a la publicidad optimistas comunicados, con los que tal vez buscan sus autores convencer al pueblo de Estados Unidos que la cuestión nicaragüense carece de importancia.

Y Sanín Cano, desde las columnas de *El Tiempo,* de Bogotá, señalaba:

> América Latina no ha registrado, con la emoción dolorosa y el gesto de protesta que ya debiera haber asumido, el sacrificio frío que se está consumando en una montaña de Nicaragua, donde va a perecer con un grupo de patriotas desesperados, el joven y desde ahora legendario general Sandino, único caudillo nicaragüense cuyo amor invulnerable al país y a la libertad no se ha rendido ante una intervención saxoamericana, hecha a base de promesas y de amenazas. Del espíritu y de la carne de la raza no ha brotado el grito amargo capaz de detener el desenlace de la tragedia y del crimen. Ni siquiera las palabras insultantes con que la Secretaría de Estado de Washington ha querido calificar la personalidad del soldado irreductible, para desviar el juicio del continente y del mundo sobre esta horrenda hazaña del imperialismo, agregando la injuria a la muerte, han hecho que la conciencia latinoamericana reaccione vivamente en favor de la víctima y lleve hasta el victimario su queja indignada y su reproche adolorido. Entre el silencio oficial de los países hermanos del suyo, mientras los delegados de Hispanoamérica se dirigen a La Habana a oír las declaraciones de fraternidad, de respeto y cariño de los representantes de la Casa Blanca, y en tanto que los niños de las escuelas de Managua vivaban a Coolidge en la recepción del aviador Lindbergh, Sandino y sus montañeses, prometidos voluntarios de

la muerte, han esperado, abrazados a su tierra, el momento de entregarle a esa madre desamparada de todos, la última ofrenda posible, la ofrenda de sus cadáveres.

No tiene, no ha tenido, no tendrá seguramente ese orgullo romántico de soldados una voz amiga entre los hombres importantes de su país, porque todos los capitanes gobiernistas y revolucionarios, están entregados al cultivo de la intervención extranjera, y buscan en una triste competencia, la manera de asegurarse la simpatía preferente del Norte, para conseguir en las elecciones la posesión, aunque sólo sea nominal, del poder público. Pero la orfandad de esos soldados en su propio país, no debe ser también una orfandad a todo lo largo de la raza. Es necesario que en todos los pueblos latinoamericanos donde los hombres directivos no hayan cifrado su porvenir político, su carrera, su triunfo personal en el favor que les dispense el gobierno de Washington —y entre esos pueblos nosotros contamos a Colombia—, expresen uniforme y claramente ante ese gobierno el concepto que les inspira el exterminio a sangre y fuego de los tenaces patriotas de Nicaragua, y la tremenda oposición que encuentra este acto de los marinos yanquis y la noble literatura del panamericanismo. Tal vez la presentación ante la Casa Blanca de un conjunto o de una serie de protestas oficiales latinoamericanas, lograra impedir que Sandino y los suyos fueran sacrificados y que el poder militar de Estados Unidos realizara una de las más difíciles, heroicas y felices hazañas posibles, para una potencia de primer orden.

V

El 18 de enero, eran embarcados con destino a Nicaragua tres aeroplanos *Curtiss* de combate, cada uno de los cuales estaba equipado con seis ametralladoras y tenía capacidad para treinta bombas. Los fabricantes explicaron que dos de las ametralladoras podían ser manejadas por el piloto, haciendo fuego por entre la hélice, y otras dos por el observador, sentado en el asiento posterior; que los aviones desarrollaban una velocidad de 240 kilómetros por hora y podían volar a ocho metros del suelo; que las ametralladoras lanzaban 3.000 balas por minuto y que las pilotos podían arrojar 24 bombas pequeñas en el mismo lapso.

En Nicaragua, los avatares políticos conducían a Chamorro, entretanto, a coincidir aparentemente con Sandino, en la lucha contra Estados Unidos y Díaz, claro está que por muy distintos motivos. La Unión había puesto el veto a la candidatura del general que había vendido a su patria por menos de 30 dineros, y aquél se desquitaba haciendo que sus partidarios en el Congreso de Nicaragua obstaculizaran la sanción del Pacto de Tipitapa, al que Díaz pretendía dar fuerza legal, declarando Chamorro a los periodistas que Estados Unidos preparaba la elección de Moncada; éste, según lo consignó en *The Nation* Salomón de la Selva, puso en práctica la táctica de ofrecer a la Unión mucho más de lo que le habían dado los conservadores. Lo que parecía pues, una lucha cívica entre liberales y conservadores, era en realidad una subasta sin pudor, de la que saldría beneficiado Moncada. La Unión se beneficiaría a su vez, jactándose de que en una elección presidida por conservadores, saldría electo el candidato liberal.

Lo irrisorio era que Chamorro alegaba, recién ahora, que la Constitución prohibía la injerencia de extranjeros en las elecciones o en cualquiera otra actividad del país, después de haberse cansado gritando a todos los vientos que la intervención yanqui era necesaria para pacificar al país. Si el Congreso declaraba la ilegalidad de esa intervención, ¿cómo justificarían Coolidge y Kellogg su presencia en Nicaragua? Y si se marchaban las tropas invasoras, ¿no barrería Sandino con las pretensiones de Moncada y de cualquier otro candidato que se hubiera distinguido por su trato espurio con los invasores? ¿No supondría esto mismo la mayor de las humillaciones para el Tío Sam?

Chamorro tenía mayoría en la Cámara y podía manejarla a su antojo, presionando sobre Washington —¡él tan luego!— y maniobrando en el preciso momento en que el Departamento de Estado estaba menos deseoso de adoptar actitudes “no legales”. Obligaba él, caudillejo de una de las naciones más pequeñas del mundo, a aceptar condiciones a una de las más poderosas, al “regular” el voto de la Cámara nicaragüense y enderezarlo contra el pacto

Stimson, y se daba el lujo de denunciar que el proyecto de ley aprobado por el Senado había recibido previamente el visto bueno de la Legación yanqui en Managua. Además, introducía en el proyecto de ley electoral tantas modificaciones, que hacía necesaria la reconsideración por el Senado.

La necesidad de presentar un cuadro idílico de la situación ante la Conferencia, coincidía con la de terminar las operaciones en Nueva Segovia antes de la temporada de las lluvias, que hacía imposible cualquier operación bélica. Eso explica que recrudecieran los ataques de los marinos y de la aviación norteamericanos, concentrados ahora sobre El Chipote, montaña de formación volcánica de 1.500 metros de altura, de difícil ascensión, que se había convertido en el cuartel general de Sandino. Diariamente esa posición era bombardeada por los aviones, pero el 15 de enero se registraba el bombardeo más intenso que se hubiese efectuado sobre un punto cualquiera desde el comienzo de las hostilidades. Tres días después llegaba a Managua la información de que, a raíz de ese bombardeo, había fallecido el héroe patriota. Este, en realidad, había preparado un falso sepelio de sus propios restos, para engañar a los yanquis. Desde Managua, el cuartel general pidió a San Rafael investigara la noticia; los aviadores, por su parte, informaban que "los cuervos muestran gran actividad en la zona de El Chipote" después del bombardeo, y que el camino hacia Honduras mostraba rastros de haber sido muy utilizado. A raíz de ello, el gobierno de Honduras prometió que no permitiría "que los rebeldes se concentren o permanezcan" en el país.

El 19 de enero, el representante por Alabama, Mr. Huddleston, acusaba en la Cámara de "hipócrita" a Coolidge, y de poner los dólares por encima de la consideración de los derechos humanos. Dijo que mientras Coolidge predicaba la doctrina de buena voluntad hacia América Latina, los vendedores de diarios de todo el continente voceaban: "Sesenta nicaragüenses muertos por los marinos norteamericanos." Después agregaba:

> "Los diarios del mundo se ríen de Coolidge. La prensa británica se burla de su hipocresía, y ¡oh!, cuando la pérfida Albión puede mofarse de la hipocresía de una nación, no habrá otra, por pobre que sea, que nos haga reverencias. De todos modos ¿qué estamos haciendo en Nicaragua? El público no lo sabe; me preguntan a mí y a todo el mundo, e infortunadamente, el Congreso tampoco lo sabe. Cuando el presidente dice que nos metimos en Nicaragua para proteger las vidas y los bienes norteamericanos, se vale de un eufemismo, pues quiere decir, los dólares y la deuda que ha contraído Nicaragua con los banqueros internacionales norteamericanos."

Ese mismo día, *El Universal* de México publicaba una carta de Sandino, donde el jefe rebelde informaba que los aeroplanos bombardeaban sin discriminación las aldeas y las ciudades situadas en Nueva Segovia, sin cuidarse si estaban en su poder o no. A raíz de los heridos que esos ataques producían, pedía el envío de medicinas y de quinina, ya que la malaria causaba estragos entre su gente. La carta agregaba:

> *Nuestros heridos se mueren por falla de tratamiento médico oportuno de las heridas recibidas a consecuencia de las bombas y metralla, como también a causa de la malaria. Estoy hablando no sólo de los soldados, sino de los civiles, entre los cuales se encuentran muchas mujeres y niños, pues los aeroplanos enemigos están haciendo más daños en las poblaciones, que en nuestras trincheras. Ciudad Vieja, Guanacaste y San Albino han quedado convertidas en ruinas humeantes.*

En la misma carta, Sandino comenta amargamente el mote de "bandido" que se le endilga: *A Washington se le llama el padre de la patria,* —decía—; *lo mismo ocurre con Bolívar e Hidalgo: Yo sólo soy un bandido, según la vara con que son medidos el fuerte y el débil.*

VI

The World, infatigable defensor de Nicaragua, publicaba el 20 de enero, este despacho de su corresponsal en Washington:

En el Senado ha tenido lugar un debate muy animado acerca de la intervención de Estados Unidos en Nicaragua. Tomaron parte en la discusión los senadores demócratas Bruce y Dill. Mr. Bruce defendió enérgicamente lo que el senador Dill, por su parte, calificó de una guerra emprendida particularmente en beneficio de los banqueros norteamericanos. Mr. Dill precipitó la discusión al leer ante el Senado un artículo publicado en *The Nation,* en el cual se acusa al Departamento de Estado de haber obligado virtualmente al gobierno conservador de Nicaragua a contratar un empréstito de un millón de dólares con banqueros neoyorquinos, y que una parte de esa suma fue destinada a comprar a los dirigentes del ejército liberal, para que depusieran las armas.

Mr. Dill agregó que el gobierno no procedería en tal forma con un país grande, por cuanto ello significaría la guerra. Agregó que el presidente Coolidge había mantenido fuerzas armadas durante casi un año sobre un territorio extranjero, sin tener autorización del Congreso. El senador Bruce hizo entonces la siguiente observación: "Cuando fuimos a Centroamérica, llevábamos con nosotros una bendición". Mr. Dill respondió: "Una bendición de plomos". "Algunas veces —replicó Mr. Bruce— un plomo en el pecho de un bandido es una bendición para todo el mundo." "Sí señor; eso es lo mismo que dijeron algunas personas en Gran Bretaña respecto de Jorge Washington, hace algún tiempo." —contestó el señor Dill...

Era evidente que no había decaído el espíritu de justicia y democracia de muchos de los representantes del pueblo de Estados Unidos. Tampoco cesaba la lucha en las montañas nicaragüenses de Nueva Segovia, lucha cuyo eco resonaba con vigor entre las delegaciones asistentes a la VI Conferencia Panamericana, como hubo ocasión de constatarse en las declaraciones de diplomáticos latinoamericanos, y en las reuniones previas de las comisiones internas.

De León habían partido, con dirección a Nueva Segovia, mil soldados de infantería de desembarco, llevando artillería de montaña y todo lo necesario para sostener una campaña en regiones abruptas. Pero daba la impresión de que de nada serviría eso para enfrentar a un ejército que no ofrecía oportunidad para sostener grandes combates, ya que su multiplicidad y ubicuidad, características de la guerra de guerrillas, era la táctica más adecuada, a menos que quisiera suicidarse ese ejército en pleno, presentando combate en forma compacta. De la conveniencia de aquella táctica da cuenta el propio general Lejeune, que hizo un viaje de recorrido en aeroplano hasta El Chipote. El 25 de enero, antes de embarcarse hacia Estados Unidos, declaró a los periodistas:

> El Chipote está hábilmente fortificado; tiene trincheras, pozos de zorro y emplazamientos para ametralladoras. Es evidente que las defensas de la montaña han sido dispuestas por alguna persona, que ha tenido instrucción militar. ¿Por quién? No pretendo saberlo. Los sandinistas hasta habían despejado la línea de fuego de sus cañones. El viaje de hoy me ha proporcionado la oportunidad de darme cuenta exacta de las enormes dificultades que tienen que vencer las tropas que operan en esos sitios. Estas dificultades consisten principalmente, en la distancia a que se hallan las tropas de su base, la falta de caminos, la dificultad y la demora en llevar los abastecimientos, y la naturaleza misma del terreno, que es montañoso y cubierto de matorrales espesos; no hay ninguna parte del camino que se debe recorrer, de la que pueda decirse que los soldados se hallan completamente libres de un ataque. Existen además, numerosos senderos, mediante los cuales las personas conocedoras del país pueden trasladarse de un punto al otro con rapidez... Esperamos que el derramamiento de sangre haya terminado en Nicaragua y que la pacificación del país pueda realizarse tranquilamente.

> Estamos aquí para pacificar a Nicaragua y vamos a cumplir ese propósito. No sé cuánto durará ese trabajo, ni en qué forma lo lograremos; pero espero sinceramente que no habrá más combates. Nada nos agradaría tanto como que Sandino abandonara la lucha voluntariamente...

Pero por las dudas, cuatrocientos hombres habían subido hasta el abandonado cerro de El Chipote, al mando del mayor Archibald Young, y destruido las fortificaciones que habían merecido la admiración del general Lejeune. También por las dudas, salían de Norfolk, Virginia, hacia Nicaragua, tres aeroplanos más "de observación", y otro más de la Marina, desde Quantico. Al mismo tiempo se daba a conocer en Nueva York, el regreso de una comisión norteamericana no oficial, "de reconciliación y arbitraje", que había viajado a Nicaragua para entrevistarse con Sandino. El viaje había sido promovido por el American Friend Service Committee, y los delegados llevaron cartas de presentación para el jefe rebelde, proporcionadas por su hermano Sócrates, que entonces se hallaba en Estados Unidos, realizando propaganda en favor de Augusto. La comisión no alcanzó un fin positivo, debido a que, a raíz del combate de Quilalí, las tropas de ocupación se negaron a permitirles continuar el viaje. No obstante, habían podido entrevistarse con la esposa del caudillo. La delegación expidió finalmente esta declaración:

> "Se ha dicho y publicado que Sandino es un bandido, enemigo de la ley y del orden. No le hemos visto y no podemos, por lo tanto, pronunciarnos en ningún sentido acerca de la cuestión. Pero hacemos notar, que es un hombre que combate en su patria contra soldados extranjeros. Hemos hablado con ciudadanos nicaragüenses, que opinan que lucha movido únicamente por fines patrióticos.
>
> "Si Estados Unidos desea sostener relaciones de verdadera amistad y confianza con América Latina, lo primero que a nuestro juicio debe hacer es suspender los bombardeos y las hostilidades contra Sandino y sus partidarios, y conceder una amnistía que conduzca a una paz generosa."

Había medios distintos de los habituales para persuadir a Sandino para que depusiera su actitud combativa, permitiendo así a Estados Unidos presentarse en La Habana, llevando en sus espaldas las alas de los querubines. Uno de esos medios trató de ponerlo en práctica el norteamericano Roy A. Johnson quien, vaya uno a saber con qué intenciones, le escribió a Sandino la siguiente carta:

> "Le ruego una audiencia, que se realizará donde usted lo estime mejor. Es muy posible llegar a un arreglo conveniente para usted, y algo bueno para la tranquilidad del país. La condición para dicho arreglo la trataremos debidamente. Como usted sabrá, en América Central he luchado en revoluciones, y es posible que conozca a algunos hombres de su ejército."

Johnson se tomó el trabajo de viajar hasta Nicaragua, donde arribó a tiempo para recibir esta respuesta de Sandino:

> *El contenido de su carta deja ver el deseo de tener una entrevista conmigo. Ignorando en qué se basa Ud. Para desear dicha conferencia, le acompaño una pauta, a la que deberá sujetarse, previniéndole que si viene con la intención de comprar nuestro patriotismo, imponiéndonos condiciones indecorosas deberá hacer antes su testamento, y así luego se convencerá de cómo los hijos legítimos de mi Patria defienden la soberanía de Nicaragua. En mi Ejército hay personas que le conocen demasiado, y conocen bien su desempeño en las revoluciones en que Ud. ha actuado. Me habla de un arreglo conveniente para mí y de algo para la tranquilidad de mi patria. Le hablaré con sinceridad: no ambiciono nada para mí y sólo deseo ver a Nicaragua libre y soberana, sin intervenciones extrañas en nuestros asuntos internos. Si en realidad viene bien*

intencionado para brindarnos una paz efectiva, la mejor contestación que puede recibir quien lo envía es que Sandino y su Ejército habrán terminado su misión retirándose a la vida privada, cuando los invasores desocupen nuestro territorio. Patria y Libertad. —A. C. Sandino.

Naturalmente, Johnson no tuvo interés alguno para entrevistarse con Sandino después de esta misiva, y tampoco de la "pauta" que la acompañaba, que era del tenor siguiente:

1º Acreditar legítimamente la nacionalidad. 2º Exhibir una credencial que justifique la delegación. 3° Comprobar debidamente el tiempo que tenga de vivir en el país y la clase de negocio o empresa que lo haya hecho permanecer en él. Pues de otro modo no podrá conocer las causas que obligaron al pueblo a defender sus derechos. 4º Si la delegación representa al gobierno de Adolfo Díaz, de ninguna manera admitiremos conferencia alguna mientras los invasores estén hollando nuestro suelo. 5º Si el delegado no ha comprendido el artículo anterior, podrá este Cuartel General nombrar una representante de alta jerarquía militar para que reciba y oiga los deseos del solicitante, eligiendo el lugar de Las Carretas para dicha conferencia, para lo cual el delegado o los delegados deberán izar la bandera de parlamento o blanca, presentándose desarmados, no pudiendo pasar de tres personas las que deseen ser recibidas. 6º Este Cuartel General se compromete a dar amplias y efectivas garantías a las personas que se ajusten al presente documento y vengan con la mayor buena fe.

El Chipote, enero 6 *de 1928. Patria y Libertad. — A. C. Sandino.*

El 20 de enero, ya en pleno desarrollo los trabajos de la VI Conferencia Panamericana, el contralmirante Sellers, a cargo de la escuadra norteamericana de servicio "especial" en Nicaragua, enviaba a Sandino una carta que comenzaba acreditando el grado militar de general al caudillo nacionalista. En ella, el jefe yanqui le invitaba a que "inmediatamente y por escrito, le signifique su voluntad de discutir los medios y condiciones de su aceptación del Arreglo Stimson".

Sandino contestaba la carta el 3 de febrero, encabezándola del modo siguiente: *"Señor David E. Sellers. Representante del Imperialismo en Nicaragua."* Exponía entonces las condiciones de su ejército, que eran: a) Inmediato retiro de las fuerzas invasoras del territorio nicaragüense; b) sustitución de Díaz por otro ciudadano que no fuera candidato a la presidencia, y c) supervisión de las elecciones, por representantes latinoamericanos, en lugar de la supervigilancia de la infantería de Marina yanqui.

Sandino confiaba en que los representantes de los pueblos de Hispanoamérica, sus hermanos, harían presente en La Habana las reivindicaciones, por lo menos las más elementales, contenidas en su lucha. Salvo contadas excepciones, no se elevaría voz alguna condenando las trapacerías de los ejércitos de intervención de Estados Unidos, en los países antillanos y centroamericanos. Con todo, iba a estar presente en espíritu en la Conferencia, y años más tarde la Historia certificaría que su gesta no había sido vana.

CAPÍTULO X

"NO POR EL PLACER"

Así surgió Sandino, maravilla
de cívica lealtad incorruptible;
En Roma fuera el vencedor de Aníbal;
Suya es la espada de los Macabeos
que flamea entre sombras en la Biblia,
y la honda de David el pastorcito
con que al Goliat impúdico derriba;
Virgilio en él reconociera a Eneas,
el que a cuestas se echó la brasería
del santo hogar, y del troyano incendio
salvó cuanto la patria significa...

SALOMÓN DE LA SELVA
Canto a Costa Rica

I

El 29 de enero de 1928, publicaba el *New York Times,* en su sección "Cartas de los lectores", una firmada por John Nevins Sayre, que entre otras cosas, decía:

"¿Puede quien acaba de dedicar dos meses a investigar la opinión pública en la América Central, y quien hace apenas dos semanas abandonó Nicaragua, expresar un punto de vista algo diferente al del editorial del *Times:* 'No por el placer'?

"Concuerdo con la posición de ustedes de que al presente, Estados Unidos no está divirtiéndose mucho con la intervención en Nicaragua. Ni el presidente Coolidge, ni el Departamento de Estado, ni Charles E. Hughes, están gozando con los crecientes enredos en que nos ha metido la intervención en Nicaragua... Nuestra intervención

militar está bajo la sospecha de ser más que una exigencia temporal. Está ya empezando a parecer un hábito.

"Cada vez que hemos intervenido, lo hemos hecho sin consultar a otros países latinoamericanos, o a alguien de un carácter internacional, u otro que hubiese tenido un interés, que fuese imparcial o independiente del nuestro. El hecho de que ciertos presidentes de Nicaragua hayan implorado el sostén de los marinos yanquis, no significa nada absolutamente para los centroamericanos, excepto que esos presidentes han sido políticos, y posiblemente tiranos inseguros del afecto de sus propios pueblos y deseosos de apuntalar su posición con el poder de Estados Unidos.

"Si la prueba de la agresión es la invasión de un país o el rechazo a arbitrar, o a ser limitado por las sentencias de una corte internacional, entonces nosotros somos un poder agresor en Nicaragua. Sé que pueden alegarse excusas técnicas y legales, pero cuando nuestra intervención ha cobrado una tasa de doscientas setenta y cuatro vidas nicaragüenses —o más, posiblemente, y sin contar las muertes ocasionadas por dos intervenciones previas, o cualquiera de nuestras propias muertes—, algo más que una justificación técnica es necesario. Y nada se remedia llamándola deber de policía, porque nuestros amigos latinoamericanos observan que en cada caso, Estados Unidos, como enorme policía, es juez, jurado y ejecutor, todo en uno. Podemos nosotros mismos asegurarnos de que no somos imperialistas o agresores, pero todos los déspotas parecen tener poder para librarse por sí mismos, de ese temor.

"Si realmente estamos interesados en una Nicaragua 'fuerte, próspera e independiente', ¿cómo es que hemos prestado una contribución constructiva tan pequeña, al bienestar del país en que nuestros marinos han estado por más de quince años?

"...El Tío Sam no ha construido el ferrocarril de Nicaragua, ni ninguna carretera pública, ni ninguna universidad o escuela. Vi una universidad y una escuela, en donde nuestros marinos habían acampado, arrojando a maestros y alumnos a la calle. Si hubiéramos intervenido con tantos maestros de escuela, médicos, trabajadores manuales e ingenieros técnicos, como hemos intervenido con soldados, Nicaragua se encontraría hoy mucho más cerca de la meta de ser 'fuerte, próspera e independiente'. Pero como están hoy las cosas, existe la comprobación de que la educación ha retrocedido. A más de una persona oí decir que hoy está en una condición tan lastimosa como no lo estuvo antes de ninguna de nuestras intervenciones.

"Ahora bien, podemos no intervenir por el placer de intervenir, pero esto no es una coartada para manchar el negocio. Si Nicaragua deriva poco o ningún bien de esta intervención, si la América Latina la repudia, y si nosotros mismos no disfrutamos un placer, ¿por qué continúa? ¿Quizá la necesidad severa que nos llevó por ese camino, fue debida en algo a nuestra propia torpeza?".

Coincidiendo con esas apreciaciones, aunque desde un punto de vista hispanoamericano, el periodista mexicano Nemesio García Naranjo decía:

"Estas consideraciones no las hacen los diplomáticos, sino los pueblos, y como no hay respuesta satisfactoria, resultan ineficaces las declaraciones oficiales. Los congresistas de La Habana aplaudieron frenéticamente a Coolidge, pero las veinte repúblicas iberoamericanas le escucharon no sólo con indiferencia, sino con escepticismo."

La mención de García Naranjo del discurso de Coolidge, se refería al que pronunciara el presidente yanqui en la ceremonia inaugural de la VI Conferencia Panamericana, reunida en La Habana, en la segunda quincena de enero de 1928, a la cual nos referimos con mayor amplitud en otro libro[64]. Esta última circunstancia y la necesidad de ceñirnos con mayor énfasis a otros aspectos de la lucha de Sandino, nos mueven a no referirnos a esa asamblea

[64] *Sandino, general de hombres libres*.

sino circunstancialmente, no obstante su indudable importancia y su clara vinculación con los sucesos de Nicaragua.

Detallar el curso de las deliberaciones, los incidentes ocurridos, las resoluciones aprobadas, sus declaraciones, y en fin, todo lo resonante de esa asamblea, excedería los límites de este trabajo, si bien dejamos constancia de que todo cuanto allí ocurrió, y aun todo o buena parte de lo que se decidió, estuvo de algún modo impresionado por la rebelión de Sandino y sus huestes. Quien desee constatarlo, no tiene sino recurrir a las publicaciones de la época, sobre todo a los diarios de diciembre de 1927 y enero y febrero de 1928.

Hecha esta salvedad, volvamos al tema. El combate de Quilalí, producido entre las fuerzas de Sandino y las de Estados Unidos, a fines de 1927, tuvo enorme importancia para el curso posterior de los acontecimientos e influyó notablemente en las deliberaciones de la VI Conferencia Panamericana, iniciada el 16 de enero siguiente.

El 17 de enero, en el Club Económico de Nueva York, el senador por Montana, Burton K. Wheeler y el diputado por Nueva York, Mr. Davenport, sostenían un interesante debate acerca de la política latinoamericana de Estados Unidos.

El primero de ellos sostuvo que la política agresiva en Nicaragua era el resultado de la influencia de los banqueros, mientras que el segundo insistía en que dicha política protegía los intereses de la doctrina Monroe, y que la intervención armada se había producido por pedido de los dos partidos políticos nicaragüenses, para pacificar al país antes de las elecciones. Intervino también en el debate, Mr. Francis Sisson, vicepresidente de la Guaranty Trust Co., quien declaró que América Latina y Estados Unidos debían tratarse como aliados y no como rivales, dada la importancia de sus intereses comerciales. Wheeler atacó seguidamente la política de la Casa Blanca, declarándola de interés exclusivo de “un grupo de banqueros neoyorquinos”, agregando que ninguna persona de juicio sano podría analizar las declaraciones del Departamento de Estado y del presidente en las últimas relaciones con los países latinoamericanos sin llegar a la conclusión de que en dicho Departamento existía un caos moral y una confusión moral en la Casa Blanca. Agregó que el reconocimiento de Díaz era una violación de la Constitución; que los aviones de la marina de Estados Unidos se utilizaban para arrojar bombas sobre ciudadanos pacíficos no combatientes, todo ello en momentos en que el presidente de Estados Unidos anunciaba que la guerra era ilegal. “Hablamos de la construcción del Canal de Nicaragua —añadió—, que es no sólo un asunto aún bastante lejano, sino que sabemos positivamente, que ningún gobierno nicaragüense se atreverá a oponerse a su construcción.”

“El presidente Díaz —continuó Wheeler— es un hombre ideal para permitir a Estados Unidos todos los antojos, y hasta se anticipa a las órdenes del Departamento de Estado”. Luego se refirió a Díaz y Chamorro, y dijo que no eran otra cosa que traidores a su patria. “Díaz es un hombre hábil, que ha sido introducido por las ventanas en la casa presidencial, para abrir las puertas a ciertos banqueros, y ahora es un leal servidor de nuestro Departamento de Estado.”

A esto contestó el representante Davenport que los marinos perseguían a Sandino y a sus fieles, “porque hemos aceptado la tarea de ayudar a Nicaragua en su camino de progreso nacional y no se podrán realizar elecciones tranquilas mientras el general Sandino continúe sembrando la inquietud en el país. Estados Unidos no se interesa por los asuntos internos de ningún país al sur del Canal de Panamá, pero se interesa en proteger la doctrina Monroe para preservar los derechos nacionales de todos los países americanos, sean grandes o pequeños. El imperialismo es ajeno a Estados Unidos, y la continua afluencia del oro de Estados Unidos a la América Latina, conseguirá eficazmente establecer lazos económicos e influir en los estadistas y comerciantes, como sucede con Mr. Morrow en México, donde el nuevo embajador tiende a establecer una política de seguridad y sinceridad que transformará todo el aspecto de las relaciones internacionales”.

II

Comentando ese debate, expresaba *La Prensa* de Buenos Aires, en editorial del 19 de enero:

> Constituye un signo auspicioso que la intervención de Nicaragua sea objeto de tentativas de dilucidación pública, más o menos imparcial, de sus motivos y razones. Ese solo hecho equivale a colocar la cuestión en un terreno de derecho, en que la tesis del presidente será vencida más fácilmente, que en la disputa entre la fuerza y el derecho, que solo podría encontrar solución, si todos o la gran mayoría de los nicaragüenses, secundasen a Sandino de una manera activa, o si todos los países americanos, en nombre del derecho internacional, reconocido por los países coligados, opusieren su protesta colectiva a la acción intervencionista y bélica del presidente de Estados Unidos.
>
> Eso sí, nos parece —y quizás esta impresión tenga por causa la natural deficiencia de las informaciones telegráficas— que los objetantes de la tesis del presidente en esos debates, no supieron exponer la debilidad de esta, la cual consiste primeramente, en derivar su pretendido derecho de intervención de dos fuentes contradictorias: *de la invitación de los grandes partidos nicaragüenses, a manera de expresión de la soberanía de su país, y de la doctrina Monroe, a manera de imposición de la soberanía de los Estados Unidos , como súper Estado.*
>
> Además, ni esa invitación ni la doctrina Monroe separadamente, pueden servir como principio legalizador de tal intervención.
>
> *Los partidos no son representantes de la soberanía de los países, en los cuales actúan. Es un principio de orden en todo país de régimen democrático, que los pueblos gobiernen únicamente por medio de sus representantes. Es otro principio de propia conservación de la democracia, que esos representantes no pueden ejercitar otros poderes que los establecidos en la Constitución, la cual naturalmente, les da todo lo necesario para el resguardo* y *custodia de la soberanía nacional, y les prohíbe todo acto, que como el sometimiento a un poder extranjero de los derechos políticos de los ciudadanos y hasta de las vidas de los opositores, suprime o disminuye dicha soberanía, por pequeño que sea el tiempo que dura la disminución.*
>
> *No se da a los nicaragüenses la ocasión de ejercer su soberanía, con una intervención que la suprime. Se les dará la ocasión de unas elecciones tranquilas: pero bajo la influencia extranjera, esas elecciones no serán las de un pueblo soberano.* Aparte que la intervención pueda alejar de los comicios a la mayoría de los nicaragüenses, con lo cual se malograría el lado materialista de la tesis intervencionista, no vemos que exista medio más adecuado para malograr la educación democrática de un pueblo, que evitarle las fatigas y sacrificios que ella comporta, convirtiéndolo en punto de un poder extraño. ¿Cuántas veces más se propondría Estados Unidos ir a Nicaragua a hacer elecciones? Una intervención podría ser seguida de otra, o de series. La soberanía habría desaparecido sólo con la primera, como es evidente que ocurre.
>
> En cuanto a la doctrina Monroe, ella no establece principio alguno de relación entre Estados Unidos y demás países americanos; es una regla de conducta que los primeros proclamaron por sí y ante sí. Sin ella, y aun mayormente con ella, no existe hoy peligro alguno de que un país europeo ocupe territorio americano y declare la guerra a sus legítimos defensores, a título de que sus partidos, en lugar de hacer tranquilamente sus elecciones, se enredan en revoluciones.
>
> Este peligro que va traduciéndose en hecho a diario, sólo existe de parte de Estados Unidos cuyas instituciones democráticas que debieran garantizar a los demás

países americanos contra tales intervenciones, han sufrido una deformación tan grave, según lo demuestra la experiencia, que su presidente, sin tomar en cuenta la opinión del Congreso ni pedirle su autorización, puede realizar en país extranjero una intervención que no se permitiría hacer dentro del propio.

También en esto se pone en evidencia un propósito presidencial de aniquilar al Poder Legislativo. Ese poder, fue tal cuando pudo poner vallas al imperialismo y al arbitrismo de los presidentes; pero cuando los representantes del pueblo hacen academia de los Parlamentos y de sus debates y juegos de palabras o de influencias políticas de los graves problemas de la nación, su eficiencia institucional desaparece y el peligro de la fuerza sin control del pueblo y de la nación aparece para todos.

El 18 de enero, *The World,* de Nueva York, publicaba un extenso editorial, en el cual expresaba la esperanza de que la delegación de Estados Unidos a la Conferencia Panamericana discutiese francamente la cuestión de Nicaragua. Al hacer el comentario de esa posible actitud, el diario hacía resaltar el hecho de que la negativa de parte de la delegación estadounidense a discutir con los representantes de las naciones latinoamericanas ese problema significaría:

1). Que Estados Unidos no tiene el propósito de someterse al juicio de la opinión pública; 2). Que la Unión desea una absoluta libertad de acción para sí misma; y 3). Que Estados Unidos no considera capaces a las repúblicas latinoamericanas de tratar el asunto dentro de la necesaria buena fe y altura de miras que la cuestión, en sí, requiere.

"Cualquiera de esas interpretaciones —agregaba el diario— que se dé a la negativa de los delegados de Estados Unidos para discutir el problema de Nicaragua sería inmensamente peor que el arriesgarse a las alternativas de una discusión franca y leal, y considerando que el asunto en sí es el que más preocupa a todos los delegados de la conferencia, su exclusión llenaría de ridículo la misión de nuestro presidente y hasta podría determinar el fracaso de la conferencia. Lo que debe dejarse bien sentado es la prueba tangible de que al intervenir nosotros en los asuntos internos de las repúblicas antillanas, no tenemos la intención ni actuamos de acuerdo con el principio de que la fuerza hace al derecho.

Las naciones de América Latina están plenamente justificadas al exigir explicaciones en el asunto y Estados Unidos debe darlas. Creemos que Estados Unidos debe exigir que existan gobiernos fuertes en las repúblicas americanas, capaces de compartir la responsabilidad moral para el mantenimiento del orden en las Antillas. Las naciones del mundo dependen entre sí de una medida superior a lo que fue en cualquier otra época de la historia y no pueden ahora soportar un foco de desorden crónico en ninguna de ellas.

"Está muy bien decir con el doctor Zeballos, ex ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, que nadie 'debe inmiscuirse en los asuntos internos de otra república, cualesquiera que sean las condiciones de inestabilidad política en que se encuentre'. La teoría pudo ser muy sensata antes de esta moderna era industrial, pero ya ha dejado de serlo."

Al comentar este editorial, *La Prensa* de Buenos Aires expresaba dos días después:

Aparentemente estas apreciaciones se apoyan en conceptos dignos de merecer la aprobación unánime. Pero, si se analizan a fondo, se advierte que han nacido en puntos de vista equivocados. En efecto: propician un debate franco y leal con respecto a las facultades que pueda tener un Estado para intervenir en los asuntos internos de otro, es decir, auspiciar discusiones en las que pueda ponerse en duda la ilegitimidad flagrante de la intromisión extranjera. El carácter de ésta, contrario a los principios fundamentales del derecho internacional, no puede someterse a exámenes de ninguna

conferencia porque está impuesto por el concepto mismo de lo que es un Estado, por la necesidad de que las soberanías no estén a merced de nadie y por el respeto que merece el derecho: si hoy puede intervenirse en Nicaragua porque una revolución ha alterado el orden, mañana podrá adoptarse igual conducta con la nación que asume el papel de pacificadora.

Este falso concepto de que "las naciones dependen entre sí en una medida superior a lo que fue en cualquier época de la historia" y que por lo tanto "no pueden ahora soportar un foco de desorden crónico en ninguna de ellas", relaja el criterio severo con que debe encararse el tratamiento internacional, porque introduce un pretexto para legitimar intervenciones. No interesa a nadie, saber con qué causa o subterfugio se lleva un ataque a la soberanía de un país ni en qué forma se desarrollan las actividades intervencionistas. La injerencia en los asuntos internos es contraria al concepto existente de soberanía, y únicamente cuando todos los Estados se decidan, por su voluntad libremente manifestada, a otorgar a un organismo superior el cuidado de intervenirlos en procura de la paz y el orden —se trata de algo que por ahora no pasa de ser hipotético—, podrá sostenerse la legitimidad de una actitud que actualmente está al margen de la ley y sólo puede asumirse merced a la potencialidad militar en que se apoya.

No hay para qué reglamentar la intervención en el terreno internacional. Si para algo se ocupan de ella los congresos, debe ser para proclamar su proscripción absoluta. De lo contrario, no harán sino pretender, inútilmente, limitar abusos que el reconocimiento desgraciado de una legitimidad que no existe haría más posibles que en los momentos actuales. Cuando se quieren evitar extralimitaciones, debe partirse de un criterio radical; la causa y no los efectos y desviaciones es lo que debe merecer atención. Y frente al problema de las intervenciones son las intervenciones mismas y no los pretextos y no la forma con que se las realiza, el motivo de preocupación para las nacionalidades que no tienen otra fuerza que el derecho.

III

El 23 de enero, el cónsul general de Nicaragua en Nueva York. Laureano Zelaya, se refirió públicamente al rechazo, por parte de la Cámara de Diputados de Managua, de la nueva ley electoral presentada por Estados Unidos para supervigilar las elecciones que debían de realizarse a fines de ese año.

La declaración se hizo a pedido del doctor David Stadthagen, presidente de ese cuerpo, y desautorizaba la versión de que el Congreso se hubiera manifestado hostil a esa vigilancia extranjera de elecciones nacionales, o que se opusiera al acuerdo Stimson-Moncada, que aún debía ser ratificado por el Congreso nicaragüense.

"Como Nicaragua no es un país que se encuentre bajo ninguna dictadura —agregaba la declaración—, el gobierno no podía concertar ningún convenio sin pedir la autorización del Congreso. El Congreso nicaragüense, al estudiar el proyecto de la ley electoral redactado por Estados Unidos, lo encontró contrario a la Constitución nicaragüense, y la mayoría de la Cámara de Diputados estimó que la situación no es tal que justificara una violación de la Constitución ni una enmienda a ella.

El congreso nicaragüense no cree posible que el gobierno de Estados Unidos desee intervenir en las elecciones por medio de una presión, coerción o propaganda tendenciosa con objeto de influir en el Congreso de un país soberano y amigo. El Congreso, por su mayoría, y después de consultar a los jurisconsultos, expresó su opinión sincera respecto de que el proyecto de ley presentado por Estados Unidos es contrario a la Constitución y cree que Estados Unidos respetará dicha opinión, pues confía en los principios americanos expresados por el presidente Coolidge en La Habana.

Si el propósito de facultar a los comisionados norteamericanos para vigilar las elecciones era violatorio de la Constitución, lo era sencillamente porque autorizaba la intromisión de

fiscalizadores extranjeros en un acto de exclusiva competencia del país. Se contradecía el cónsul Zelaya cuando afirmaba que la decisión de la Cámara no llevaba ningún propósito enemigo de Estados Unidos. La causa del rechazo nacía, evidentemente, de la índole misma de su contenido, aun tomando en cuenta el interés que pudiera tener el general Chamorro en hacer jugar a sus partidarios ese papel. La médula era que esa supervisión desconocía la Constitución y sancionaba el abatimiento de la soberanía de Nicaragua.

El Congreso daba así un primer paso hacia la afirmación de la voluntad de un pueblo, aunque algún vocero pretendiera restringir los alcances de su actitud. Con todo, el repudio de las reformas pudo ser un acto de reivindicación para muchos políticos nicaragüenses. Si no lo fue, se debió a que faltaba en ellos el verdadero concepto de independencia, pues mientras afirmaban que Nicaragua "no es un país que se encuentra bajo ninguna dictadura", se ocupaban en dar explicaciones que demostraban la existencia de algo peor que un gobierno de fuerza surgido dentro del Estado: la presión extranjera ejercida en todos los aspectos de la vida interna. Además, los que hallaban textos constitucionales para impedir la sanción de una ley, no los encontraban para declarar contraria a todo derecho una ocupación militar y un sometimiento a funcionarios extraños.

Al día siguiente, Carlos Cuadra Pasos, jefe de la "delegación" de Nicaragua, que en su primer discurso evitó tocar los asuntos de su país, declaró a *UP:* "Estados Unidos se comprometió a retirar sus fuerzas después de las elecciones que servirán para manifestar la verdadera opinión del pueblo nicaragüense, y el gobierno confía en ese acuerdo. La acción de Estados Unidos en Nicaragua y su intervención fue realizada para permitir un acuerdo entre los dos partidos en litigio. Confío en que se establecerán condiciones normales después de las elecciones. La principal necesidad de las repúblicas americanas es un entendimiento más inteligente, y las asambleas panamericanas ofrecen una buena ocasión para promover un mejor entendimiento de los problemas con que los diversos países se ven confrontados."

En Washington, el Senado volvía a ser escenario de debates sobre el tema nicaragüense: ante la defensa hecha por el republicano Shortridge de la política de Coolidge, sosteniendo que ésta consultaba los intereses de la humanidad y la protección de los derechos norteamericanos, otro republicano. Norris, pidió que no fueran aprobadas las cuotas destinadas a las fuerzas yanquis de ocupación, como medio de reprimir el empleo de la marinería en Nicaragua.

El demócrata King a su vez, el 2 de febrero, al apoyar a Norris, anunció que pediría a la Comisión Jurídica del Senado que aclarara si Coolidge "tiene o no el derecho de hacer una guerra en Nicaragua sin que el Congreso la declare previamente".

El 5 de febrero *The New Herald Tribune* consignaba en la crónica de Carter Field, su corresponsal especial en La Habana, esta información: "La delegación de Estados Unidos lucha desesperadamente a consecuencia del ataque que en forma sorpresiva hizo Argentina contra la intervención. El ataque anuló por completo la victoria que obtuvo la Unión con su informe sobre la codificación del derecho internacional."

Field expresaba, además, que la sesión había sido muy agitada y que aun cuando Haití y Nicaragua no habían sido mencionadas expresamente, "sus nombres nunca estuvieron lejos de ser citados". Finalmente, atribuía las declaraciones de Pueyrredón al deseo de una revancha por el hecho de que la Unión había indicado que no sometería a revisión su política arancelaria, que perturbaba las exportaciones argentinas.

Aunque tampoco se mencionara a esos dos países expresamente, sin duda estaban citados implícitamente en la carta que en esos días dirigió a Hughes, firmada por William Green, la Federación Norteamericana del Trabajo, donde se decía lo siguiente:

> "Los trabajadores de Estados Unidos están firmemente convencidos de que únicamente es posible establecer y mantener relaciones cordiales y amistosas entre todos los países representados en la Unión Panamericana mediante el desarrollo de una perfecta comprensión del hecho de que el gobierno de Estados Unidos no intervendrá en ningún momento en los asuntos de las naciones latinoamericanas, y no usurpará ni directa ni indirectamente sus derechos soberanos o territoriales. Esa garantía debe ser absoluta, sin reservas, y debe hacerse de forma tal que haga desaparecer toda clase de

dudas de la mente de todos los habitantes de los países representados en la Unión Panamericana...

"...Abrigan la esperanza de que Estados Unidos adoptará de nuevo la política a la que en sus líneas principales se adhirió durante el primer siglo de nuestra vida nacional, política basada en la proposición de que los norteamericanos y los llamados intereses norteamericanos en los países extranjeros tienen que sujetarse a las leyes de esos países y atenerse a sus consecuencias, de la misma manera que los extranjeros y los intereses extranjeros dentro de nuestras propias fronteras tienen que sujetarse a la legislación norteamericana y aceptar sus consecuencias."

En Washington —5 de febrero— Nye, senador por North Dakota, al atacar el programa de construcciones navales sometido al Senado, volvió a referirse al "imperialismo financiero" reinante en Nicaragua. Al aludir al argumento de que la marinería había sido enviada a aquel país para asegurar elecciones legales, se refirió a las elecciones celebradas en Pennsylvania poco tiempo antes y dijo que en ese Estado hacían más falta las tropas de desembarco que en Nicaragua.

En la Haití ocupada por los yanquis —7 de febrero— dentro y fuera del aeródromo de Puerto Príncipe, al cual arribaba ese día el avión conducido por Lindbergh, éste pudo leer en las hojas de las palmeras, en los troncos de los árboles y en los faroles de alumbrado, el característico "¡Viva Sandino!", inscrito por los estudiantes de la patria de Dessalines. Como complemento, los directores de los diarios *Nouvelliste y Le Temps,* de esa misma capital, Ernest Chauvet y Charles Moravia, exhortaron a los haitianos a ignorar la presencia de Lindbergh y se negaron a participar en la recepción del aviador. Además, como protesta por una visita que consideraban, por sus características, indeseable, no aparecieron en ese día sus respectivas publicaciones.

En Nicaragua —8 de febrero— el general Lejeune anunciaba que la campaña contra Sandino no sería detenida por la estación de las lluvias, y que una vez realizadas las elecciones, seguirían permaneciendo en el país centroamericano dos mil quinientos hombres bajo su mando. Al día siguiente eran despachadas con urgencia tropas hacia la zona de Matagalpa, donde incursionaban guerrillas de Sandino, presumiblemente con el objeto de apoderarse de las cosechas de café. Entretanto, el general Chamorro seguía jugando contra la ley de las elecciones supervigiladas y declaraba que, aun cuando fuera él deportado, el Congreso no aprobaría la ley. Claro está que nadie se hacía ilusiones acerca de su verdadero patriotismo, y por el contrario, todos se preguntaban cuál sería el precio que exigía para no seguir oponiéndose. Adolfo Díaz por su parte, disponía que todo ciudadano que viajara hacia el norte del país llevara pasaporte, documento que debía ser presentado al jefe político de cada región. Esperaba, de ese modo, fiscalizar totalmente el tráfico hacia esa región e impedir el posible paso de partidarios de Sandino.

En Washington —11 de febrero— Mr. Wilbur, secretario de Marina de la Unión, declaraba ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado que, a partir del desembarco en Nicaragua, habían muerto doce norteamericanos solamente y ciento cincuenta y seis nicaragüenses en acciones bélicas; que el general Sandino, único "elemento perturbador del orden", se hallaba sin municiones y huía hacia Honduras, por lo que su actuación en Nicaragua puede darse por terminada, pues sólo trata de escapar. También había declarado el almirante Latimer, sosteniendo que la mayoría de los nicaragüenses deseaba la paz, lo cual, por cierto, no era una novedad. El señor Borah, por su parte, como presidente de la Comisión, se mostró favorablemente impresionado por los optimistas despachos del almirante Sellers. Expresó a continuación su confianza en una paz cercana y, finalmente, declaró que la Comisión a su cargo no había decidido aún realizar una investigación sobre los sucesos de Nicaragua.

Sin embargo —13 de febrero—, desde la propia Managua quedaba establecida la falsedad de las informaciones que daban al general patriota Sandino como huyendo de las tropas norteamericanas. Cooperando con la acción de los aviones, que hostigaban sin cesar a las fuerzas de Sandino en cuanto podían localizarlas, las tropas invasoras trataban de ganar la carrera al tiempo y de concluir caminos estratégicos que las lluvias no pudieran convertir en lodazales cuando su temporada llegara. Bajo la dirección del ingeniero norteamericano J. W. Riley, se construía aceleradamente un camino desde León hasta El Ocotal, pero era indispensable el uso de mulas para el transporte de los abastecimientos, en virtud de las

características montañosas de la región. Todo amago de tropas sandinistas hacia las plantaciones de café o hacia la zona de construcción de los caminos, era seguido instantes después por la aparición de los aviones de la marina yanqui. Las mulas eran un botín tan preciado para Sandino como las provisiones de boca y las municiones. Los obreros camineros, a la menor alarma, abandonaban presurosos sus herramientas de trabajo y se refugiaban donde podían, saliendo de sus escondites a regañadientes, no obstante las garantías que les suministraban las escoltas. Esto hacía su trabajo lento y, para los contratistas, desesperante. Tampoco cabía descartar en la actitud de los obreros el virtual sabotaje a las obras que se construían para facilitar la captura de aquél con quien se sentían identificados.

IV

En Washington, el Senado volvía a ser escenario de turbulentos debates. El aprovechado explorador de las riquezas incásicas, ahora senador republicano, Mr. Hiram Bingham, apoyaba a Coolidge con los siguientes razonamientos:

> La política del gobierno en el caso de Nicaragua tiene amplia justificación, tanto en la forma en que está siendo llevada a efecto como en los principios en que se basa. El Departamento de Estado ha procedido con cuidado exquisito en el examen de los antecedentes de la intervención, que ha sido realizado en beneficio de los intereses de Nicaragua y de la América Central.
>
> La visita del coronel Stimson a Nicaragua —pieza magnífica de inteligente diplomacia— consiguió lo que parecía inverosímil. Ambas fracciones rivales depusieron las armas... El punto negro de la negociación fue Sandino, turbulento joven, soldado de fortuna, que se negó a aceptar la fórmula de concordia y prefirió emprender en las montañas una acción de bandidaje. Él es quien actualmente perturba la paz en Nicaragua; él es quien arrasó las plantaciones de café de sus conciudadanos y él, asimismo, quien ha atacado y destruido —conviene anotarlo incidentalmente— las propiedades de ciudadanos norteamericanos.
>
> Entiendo que la doctrina de nuestro gobierno se justifica fundamentalmente en la doctrina Monroe, que ha venido siendo durante un siglo el principio más consistente de nuestra política extranjera. Hasta que Alemania nos enseñó que el mundo no estaba todavía harto de guerras, yo era opuesto a la doctrina Monroe, porque no creía en su necesidad. Pero al empezar la contienda mundial me di cuenta de que Alemania había echado por tierra la base de mi argumentación, y me convencí entonces de que era más importante que nunca para nosotros mantener la doctrina Monroe, especialmente en conexión con los países a orillas del mar Caribe.
>
> Ciertos oradores efusivos han dicho que estamos llevando a cabo una guerra contra Nicaragua. La afirmación es gratuita y falsa... Poca gente se da cuenta de lo desagradable que resulta actuar de polizonte. Pero nosotros estamos obligados a aceptar esta actuación de policías internacionales, siempre que las circunstancias lo exijan en las repúblicas situadas en un determinado radio del istmo de Panamá, y cuando se haga evidente que la no aceptación por nuestra parte supone invitar a naciones extranjeras a que actúen por nosotros.
>
> ...Entendemos preservar la independencia de nuestros vecinos del Sur. Cuando soliciten nuestra ayuda, como Nicaragua en el presente caso, es nuestro deber prestársela. Por mi parte, veo con gran placer la diligencia que el actual gobierno pone en reanudar la tradición de sus antecesores.

A estas expresiones, aparentemente cándidas y que no eran sino el resultado de un cinismo frío y calculado, se opuso el sentido común del senador Wheeler, quien fustigó la política rapaz que se pretendía justificar:

Me opuse —dijo— a que los marinos fuesen a Nicaragua, y me opongo ahora al criterio del gobierno de utilizarlos para aplastar al "bandidaje nicaragüense", como ellos dicen. Creo que los marinos deben ser retirados. Opino que el gobierno está usurpando poderes al Congreso al llevar a cabo una guerra encubierta en la pequeña república de América Central.

Sustentan mi oposición los siguientes extremos: primero, que he considerado siempre como uno de los principios fundamentales de esta nación el de que no tenemos derecho a intervenir en los asuntos internos de otra. Segundo, que creo que cuando el capital norteamericano invierte su dinero en un país de notoria inestabilidad política durante un largo período de tiempo, lo hace a su propio riesgo y no debe esperar que el gobierno envíe a los jóvenes de Estados Unidos a que sean asesinados en defensa de dichas inversiones. Tercero, que creo que cualquier interferencia en los asuntos internos de Nicaragua, perjudica grandemente a los intereses comerciales norteamericanos, que están justamente ahora buscando nuevos mercados en América Central y del Sur.

Si se quiere dejar a un lado el aspecto moral de la cuestión de Nicaragua y examinarla estrictamente desde el punto de vista comercial, habrá que formularse esta pregunta: ¿Qué opinión van a formarse las naciones de América del Sur y todas las del mundo, en las que estamos invirtiendo millones de dólares, de nuestra intervención en Nicaragua y nuestros esfuerzos para dictar a ese pueblo la clase de gobierno que debe darse? ¿No es lógico que piensen que al pretexto más trivial Estados Unidos desembarcará los marinos en su territorio, utilizando que la intervención en Nicaragua va a ser utilizado como precedente?, ¿qué ocurrirá entonces?

Devanando el razonamiento hasta su conclusión lógica, se deduciría de él que emplearíamos a nuestros marinos como una agencia de cobros de las grandes inversiones realizadas en países extranjeros. Millones de millones de dólares están siendo invertidos en todo el mundo, allí donde el capital cree que su dinero puede reportarle un interés mayor. Sin embargo, el gobierno de Estados Unidos no dice nada, o casi nada, sobre las sumas invertidas, ni sobre dónde deben serlo, ni sobre si la concesión que este dinero explota fue lograda por medios justos y lícitos, o si, por el contrario, el capital se valió de la pobreza financiera de un país para obtener a favor de ella concesiones inconscientes.

En su Mensaje al Congreso, el presidente Coolidge dijo acerca de la situación en Nicaragua algo parecido a neutralizar. Pero omite añadir que, practicado en la forma que preconiza el Departamento de Estado, el novísimo procedimiento militar es el más apto para inutilizar a las fuerzas liberales nicaragüenses. Equivale a que el testigo neutral de una riña mantuviese a uno de los dos antagonistas constantemente envuelto en una red cuya abertura única pudiese cerrar en los momentos oportunos.

En cuanto a la palabrería sobre zonas neutrales para "proteger las vidas y haciendas norteamericanas", sabe demasiado a rancia hipocresía y no puede engañar ya más que a los necios. Se nos dice ahora que aun cuando hubiera habido error inicial en enviar marinos a Nicaragua, deben éstos permanecer allí para fiscalizar las elecciones que han de tener lugar en breve. Y pregunto yo con entera franqueza: ¿Qué derecho tiene el Gobierno a enviar marinos a un país extranjero para fiscalizar elecciones? Poco importa que lo puedan haber pedido los liberales o los llamados reaccionarios o ambos a un tiempo.

Cierto es que las elecciones nicaragüenses debieran ser honestas. Pero ¿por qué no enviar a los marinos a procurar que también sean honestas las elecciones en Filadelfia o en Chicago? No me interesan los liberales ni los reaccionarios de Nicaragua; me interesa el problema suscitado porque soy norteamericano y porque creo que no tenemos motivo alguno para intentar dirigir los asuntos internos de un país extranjero. He oído afirmar que nuestros marinos están allí con objeto de extirpar bandidajes, empecemos por nuestra propia casa.

Creo que los marinos no hubieran debido ser enviados nunca a Nicaragua. Estimo que no hubieran debido ser nunca empleados en perseguir a las fuerzas liberales, y estimo también que no debieran ser utilizados en la extirpación del bandidaje de ningún

país, salvo el del nuestro. Por mi parte, no daría la sangre de un muchacho norteamericano por la de todos los nicaragüenses.

V

No dejará de apreciar al lector cómo, a lo largo de los acontecimientos reseñados, hubo una permanente vigilia en favor de la libertad de Nicaragua, tanto como de defensa de su soberanía conculcada por las invasiones estadounidenses, espíritu que no sólo tenía vigencia entre sus hijos más conspicuos y entre sus hermanos de todo el continente americano, sino entre los representantes del pueblo de Estados Unidos, entre sus instituciones liberales y de izquierda, entre el estudiantado y entre gran parte del profesorado, que no escatimaron sus luces y su acción para anatematizar una intervención evidentemente impopular, arbitraria y sangrienta. Para encontrar un movimiento semejante en Estados Unidos habría que referirse al suscitado unos ocho años después, con motivo de la intervención ítalo-germana en España contra la República y en favor de Franco, que nucleó de nuevo a los obreros e intelectuales norteamericanos en defensa de la democracia invadida.

A ese sentimiento obedecía *The World* cuando, el 21 de febrero, al comenzar los resultados de la VI Conferencia Panamericana, opinaba:

> ...Muchos norteamericanos creen que aún es posible y deseable hacer de las intervenciones un problema internacional, en lugar de una cuestión nacional; renunciar a la pretensión insostenible de que Estados Unidos, por ser poderoso, no debe dar cuenta de sus actos a nadie; abandonar nuestra política de las intervenciones por nuestra propia cuenta, y comprometernos a intervenir sólo después de haber consultado en cada caso con los demás Estados americanos. Esta interpretación del "derecho a reprimir la subversión" ofrecería a los pequeños Estados protección contra cualquier abuso occidental, y convertiría a nuestras tropas en cada caso en ejecutoras de una opinión internacional. Eso hubiese calmado los recelos de los países latinoamericanos, y al mismo tiempo nosotros no hubiésemos renunciado a ninguno de nuestros derechos o intereses reales. Sin embargo, los delegados norteamericanos en La Habana no deseaban esa interpretación.
>
> La causa de esa actitud se explica en parte por el sentimiento de nuestros delegados, que entendieron que iban a La Habana a defender el *statu quo* y no a mejorar la situación, y en parte al temor de lo que haría nuestro Senado en caso de que los delegados volvieran derrotados.
>
> Mr. Hughes trae la proposición de celebrar dentro de un año, en Washington, otra reunión de los países panamericanos, para discutir de nuevo la cuestión del arbitraje, esa propuesta responde al deseo de crear una sociedad internacional más ordenada y menos anarquizada, y representa tal vez la parte más valiosa de la obra de la Conferencia que acaba de clausurarse.

Lo que no destacaba Walter Lippmann, autor de ese editorial, es que esa parte "más valiosa", que iba a tener principio de aplicación efectivamente un año más tarde, traduciéndose, bajo la presidencia de Franklin D. Roosevelt en la llamada Política de Buena Vecindad, se debía, quizás en su mayor parte, a la bandera que en una región selvática de un pequeñísimo país, había enarbolado un ex obrero mecánico en defensa de la soberanía de su patria.

Los diarios europeos, sobre todo, destacaban la influencia de la lucha de Sandino en las deliberaciones de la asamblea, y descargaban sobre Coolidge y Kellogg críticas de tono tan virulento, que este último se vio obligado a referirse a ellas el 23 de febrero, formulando declaraciones en las cuales acusaba a la prensa de allende el mar de "sembrar la discordia entre los componentes de la Conferencia". Con tal motivo, Kellogg había expresado:

> En presencia de los numerosos rumores que se hacen circular con fines de propaganda, y de los artículos publicados en muchos órganos de la prensa, deseo declarar solemnemente que Estados Unidos mantiene y seguirá manteniendo una actitud de imparcialidad absoluta durante las próximas elecciones de Nicaragua. Estados Unidos no favorecerá a candidato ni a partido alguno. Sus representantes han recibido instrucciones categóricas en ese sentido, y el gobierno no tiene conocimiento de violación alguna de esas instrucciones.
>
> Hay indicios de que la discusión de límites entre Guatemala y Honduras, sobre la provincia de Izabal, se acerca a su punto crítico. El Departamento de Estado fue informado no oficialmente de que el ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala saldrá para Washington, por asuntos relacionados con ese conflicto. Las autoridades dicen no tener noticias de ese viaje, pero se supone que el ministro tratará de someter la cuestión a arbitraje o de invitar a Estados Unidos a hacer valer sus buenos oficios. Al mismo tiempo circulan rumores de que en la semana pasada Guatemala envió trescientos hombres de tropa a la frontera, donde se concentran también tropas hondureñas.
>
> En caso de producirse desórdenes. Estados Unidos se hallaría interesado en prevenirlos, para mantener la paz en América Central y para proteger los cuantiosos intereses norteamericanos radicados en dicha región.

En presencia de tales hechos y cientos de hechos análogos, que se sucedían en todo el ámbito del Caribe, sonaban a falsas lamentaciones las observaciones de Lippmann en *The World,* que hemos reseñado más atrás. Reducir a términos jurídicos, vagos y generales la solución del problema que tenía su origen en la orientación imperialista de la economía norteamericana, era un recurso barato, típico de la mentalidad liberal de su autor, y constituía el mejor favor que podía tributar a los intereses que se escondían tras las maquinaciones que conducían todas las intervenciones armadas en Centroamérica. Con todo, cumplían la útil misión de evidenciar las contradicciones existentes en el sector que, aunque bien inspirado, no quería o no podía ver el verdadero motivo de la intervención en Nicaragua.

En el caso particular de Lippmann, "la maravilla de Harvard", como se le llamó en su juventud, la conversión hacia la derecha se operó lenta pero decididamente. George Seldes relata ese cambio de orientación en "Mil norteamericanos", pero mucho antes, ya la señalaba el poeta nicaragüense Salomón de la Selva, educado en Estados Unidos y que tuvo ocasión de tratarle, cuya experiencia personal relata en los párrafos que siguen:

> El campo que sí nos está vedado es el de la opinión política en asuntos que afectan a este país, principalmente cuando lo que tenemos que expresar es derogatorio del buen nombre de Estados Unidos.
>
> En los periódicos y revistas francamente imperialistas, esa actitud se comprende. Donde choca e indigna es en las publicaciones que se dicen liberales, en diarios como *The World* de Nueva York y los veinte a treinta en otras tantas ciudades del circuito Scripps-Howard, y en revistas como *The Nation, The New Republic, The American Mercury, The Forum* y hasta *The World Tomorrow.* Recuerdo que en 1927 fui invitado por el señor Roberto Morss Lovett, profesor de la Universidad de Chicago y uno de los directores de *The New Republic,* a un lunch en la casa de esa revista para conocer al señor Croly, ahora fallecido, al señor Bliven y a los demás directores y redactores. Tengo muy presente el haber comido mal y poco teniendo que responder a tanta pregunta que se me hizo sobre Nicaragua. A los postres se me pidió que hiciera, para publicarse, la crítica del bellaco librejo de Stimson sobre "La política estadounidense en Nicaragua". Escribí unas mil quinientas palabras en las que naturalmente expresé la indignación que ese libro me causaba. *The New Republic,* malcriadamente, se negó a publicar mi *review.*
>
> Recientemente, en enero, recibí cartas de Nicaragua urgiéndome mover cielos y tierra para salvarle la vida al joven Fernando Larios, a quien los marinos yanquis que mandan en Nicaragua iban a juzgar en corte marcial. En varios lugares interrumpí

mítines y aun bailes, expliqué el caso, y rogué a mis oyentes dirigir inmediatos telegramas al presidente Hoover protestando contra la proyectada iniquidad. Me ayudó en esto con admirable energía y desinterés el poeta Shaemas O'Sheel, y varios miembros del Civic Club también hicieron una buena labor. Al señor Hoover le llovieron telegramas y cartas de protesta. Como era natural, acudí a la prensa y a las revistas. El *World* me dio su oído pero al mismo tiempo pidió informes oficiales a Washington, y publicó, muy reducidas, mis declaraciones junto con la mentirosa declaración de la Secretaría de Marina de que quienes juzgaban a Larios eran autoridades nicaragüenses y no marinos yanquis.

Mr. Benjamín Marsh, activísimo secretario de *The People's Lobby,* asociación de la que es presidente el notable filósofo y pedagogo, John Dewey, se esforzó porque el *World* delatara la falsedad de la declaración oficial norteamericana; pero el *World* se opuso terminantemente a hacerlo.

Lo más curioso fue la actitud de *The New Republic.* El caso Larios se lo expliqué por escrito. Nunca dijo nada. Al cabo de meses recibí una esquela muy atenta firmada por el director Bliven preguntándome qué había resultado de la corte marcial que juzgó a Larios. Es decir, el peligro que Larios corrió no les interesaba. ¡Que lo hubiesen fusilado era, al parecer, lo que deseaban! O, cuando menos, lo que esperaban.

Walter Lippmann, a quien arriba he mencionado, es el brillante editorialista de *The World.* Cuando Stimson andaba en Nicaragua, le expliqué a Heywood Broun, colaborador especial de ese periódico en esa época, la situación de Nicaragua y lo que inevitablemente ocurriría, advirtiéndole la importancia de vigilar muy celosamente lo que hiciera Stimson. Broun me dijo que a quien había que hablarle era a Lippmann, y como éramos, y somos, buenos amigos, invitó a Lippmann a su casa especialmente para que hablase yo. Lippmann me expresó una negativa rotunda. Tenía fe absoluta en la honorabilidad de Stimson. Sandino, que aún no surgía, estaba condenado de antemano por *The World.* Debo decir que pocos meses después, por la actitud de Broun, justamente airada contra la sentencia de los altos jueces que condenaron a Sacco y a Vanzetti, la columna diaria de mi amigo dejó de aparecer en el diario ése de Nueva York...[65]

En la capital de ese país, el 29 de febrero, se recibían las primeras noticias de un nuevo encuentro sostenido entre tropas invasoras y patriotas, aquéllas al mando del teniente Edward F. Oday, de New Hampshire, y éstas al mando de Sandino. Treinta y seis soldados yanquis que regresaban de Yalí con provisiones y un convoy de 80 animales, habían sido atacados con rifles, y por lo menos una ametralladora, desde unos matorrales, en las cercanías de Jinotega. El resultado de la emboscada había sido de cinco muertos y siete heridos graves entre los marinos invasores, contra ninguno de los sandinistas.

En dos meses, era la primera noticia de un encuentro de importancia, y no resultaba muy halagüeño para los invasores. Era, a la vez, la primera prueba concreta de que Sandino no había huido a Honduras después de la batalla de Quilalí, como lo pretendía el secretario de Marina de Estados Unidos, sino que, por el contrario, seguía dispuesto a seguir batallando contra la intervención sin tener en cuenta las condiciones adversas en que peleaba, y sin tener en cuenta que los gobiernos de todo el Continente le habían dejado librado a su destino, desentendiéndose de su misión reivindicadora.

Tampoco parecía arredrarle la noticia de que, el mismo día de su encuentro con los marinos, éstos desembarcaban en el puerto de Corinto una carga de 1.000 toneladas de elemento bélico.

[65] De la Selva, Salomón, en *Carta a García Monge, f*echada en Nueva York el 22 de junio de 1930, y publicada en *Repertorio Americano,* el 6 de septiembre de 1930.

CAPITULO XI

LA AUREOLA DE GLORIA Y DESATINO

Si llegase a tus puertas, peregrino
tocado de esperanzas e ilusiones,
besaría tu suelo, que Sandino
fecundó con la sangre de sus leones,
¡oh, noble Nicaragua! Tu destino,
mezcla de llanto amargo y de canciones,
trae la marca cruel de lo divino,
que hace de un corazón mil corazones.
Por eso tu bandera mira al cielo,
porción azul y eterna de tu suelo
aureolada de gloria y desatino,
cual símbolo de amor y desafío,
tejido por los cantos de Darío
con la espada de fuego de Sandino.[66]

CARLOS DA SILVEIRA MARTINS CAMPOS

I

El 29 de marzo de 1929, un periodista liberal que hablaba con cierta fluidez el español por haber cubierto en distintas ocasiones los acontecimientos de la Revolución Mexicana, Carleton Velas, arribaba a México de regreso de Nicaragua, en donde había entrevistado —fue el primer norteamericano que lo hizo— a Sandino, y, con posterioridad, a Adolfo Díaz.

[66] Poema titulado *A Nicaragua*. El autor, poeta y diplomático brasileño, fue ministro de su patria en Guatemala en los años de la lucha de Sandino, en cuyo homenaje compuso estos versos.

Había logrado penetrar en la región inaccesible de Las Segovias por la frontera con Honduras, gracias a que se lo facilitó el director de *Ariel*, Froylán Turcios. Al ser entrevistado por los periodistas en la capital azteca, ratificó lo medular de sus observaciones, que a la sazón se estaban publicando en *The Nation,* de Nueva York. Lo más importante era la síntesis de la demanda que Sandino hacía por su intermedio a Estados Unidos como condición para cesar en su lucha:

Primero, el retiro inmediato de los *marines;* segundo, la designación de un presidente provisional que nunca antes lo hubiese sido, ni tampoco candidato a la presidencia: debía ser civil y no pertenecer a partido alguno; y tercero, supervisión de las elecciones por latinoamericanos. Según Beals, Sandino se comprometía a deponer las armas inmediatamente, si estas condiciones se cumplían, y a no volver a tomarlas para dirimir luchas domésticas entre liberales y conservadores o en cualquier otro enfrentamiento, salvo para repeler una invasión foránea. También se comprometía a no aceptar puesto público o salario alguno, y sí ganarse la vida en empleos civiles.

Interrogado sobre las probabilidades de resistir con buen éxito al invasor, Beals respondió a los periodistas mexicanos que para conducir contra el jefe guerrillero una campaña destinada a reducirle, se requerirían entre 15.000 y 20.000 hombres y que aun así no era demasiado seguro que lograsen capturarle (la cifra calculada por Adolfo Díaz, para el mismo objetivo, era de 10.000 soldados). Los artículos de Beals, traducidos a todos los idiomas y reproducidos en los principales diarios del mundo, contribuyeron a realzar la imagen de Sandino y a esclarecer los propósitos fundamentales de su lucha.

Se trató de una serie de seis crónicas, cuya virtud periodística inicial residía en que todas estaban fechadas en Nicaragua, amparadas todas por el encabezamiento, "*With Sandino in Nicaragua*". Todas ellas pasaron luego a integrar su libro *Banana Gold.* El primero de la serie se iniciaba del siguiente modo:[67]

> Hace algunos días abandoné el campamento del general Augusto C. Sandino, el terrible "bandido" que está conteniendo a los marinos sin decaer. Ninguno de mis rubios cabellos anglosajones sufrió el más pequeño daño. Por el contrario, se me trató con toda la cortesía posible. Se me permitió irme, con entera libertad para elegir el camino que quisiera y con autorización de relatar a quien quiera todas y cada una de las cosas que había visto y escuchado. Posiblemente mi caso sea singular. Soy el primero y único norteamericano, desde que Sandino comenzó a combatir contra los *marines,* favorecido con una entrevista oficial, y soy el primer corresponsal de cualquier nacionalidad en hablar con él cara a cara.
>
> —¿Nos sigue usted considerando *bandits?* —fue su última pregunta cuando me estaba despidiendo de él.
>
> Usted es tan *bandit* como Mr. Coolidge es un bolchevique —fue mi respuesta.
>
> —Diga a su pueblo —añadió— que en Nicaragua tal vez haya bandidos, pero que no son necesariamente nicaragüenses.[68]

La primera crónica de Beals continúa luego en estos términos:

> Fue a altas horas de una noche fría, galopando en medio de un viento helado con tres oficiales de Sandino, cuando logré llegar a su cuartel general de San Rafael. Fue la culminación de meses de esfuerzos, y de dos semanas insumidas solamente en establecer los contactos apropiados desde la ciudad de México, a través de Guatemala y

[67] *To the Nicaraguan border*, fechado en Managua el 11 de febrero.

[68] En *The Nation,* New York, vol. 126, Nº 3628, 22 de febrero de 1928, págs. 204-205.

San Salvador hasta Tegucigalpa, la capital de Honduras. Fueron además, más de dos semanas de penurias y de riesgo de ser baleado o bombardeado por ambas partes. Cabalgando desde Tegucigalpa por veredas inextricables, ya en Nicaragua con tropas sandinistas a través de las inaccesibles montañas de Nueva Segovia, por las junglas de la cuenca del río Coco, ocasionalmente dentro de zonas controladas por fuerzas norteamericanas, finalmente llegué a mi objetivo de San Rafael. Allí Sandino tuvo la deferencia de esperarme antes de marchar hacia el sur, hacia Matagalpa.

Mis dificultades no se limitaron a establecer contacto y a soportar padecimientos físicos. Los gobiernos de por lo menos dos países centroamericanos a través de los cuales debía pasar, debido a su filiación conservadora tanto como a las actividades de los ministros estadounidenses allí acreditados, son, acerbamente hostiles al movimiento sandinista. Yo fui advertido de ello en México por los doctores León y Zepeda, ambos partidarios de Sandino. El Dr. León, presidente de !a Unión de Centro y Sud América y las Antillas (UCSAYA), ex ministro de Educación de Venezuela, y también el doctor Zepeda, ministro en México del gobierno de Sacasa cuando éste fue reconocido por Calles, me dieron cartas y credenciales para Sandino en Tegucigalpa, y para otros. Ambos me aconsejaron que actuara con cautela al tratar con funcionarios de Honduras y El Salvador que podrían tratar de obstruir mi misión.

En El Salvador fui nuevamente advertido por el doctor José de Jesús Zamora, presidente de la Asociación Autonomista Nicaragüense, también activista pro Sandino, quien me previno de que mis efectos podrían ser registrados, con el pretexto de la ley marcial recientemente establecida a raíz de un frustrado “cuartelazo”. Zamora me citó ejemplos de la actitud gubernamental, entre ellos la orden que se impartió a toda la prensa a pedido del ministro estadounidense, de no publicar con grandes titulares las noticias sandinistas. Zamora me confió también que el mismo ministro había tratado de hacerle expulsar del país, aunque sin haberlo logrado. El funcionario estaba sumamente resentido porque la Asociación de Zamora había entregado en propias manos del aviador Lindbergh un documento en el que se puntualizaba la violación de la soberanía de Nicaragua por los Estados Unidos, y encareciéndole que no se dejara utilizar como instrumento del imperialismo.

Es incuestionable que el gobierno de El Salvador está plenamente de acuerdo con la política norteamericana en Nicaragua, como prueba puedo afirmar que al embarcarme para Honduras en el puerto de La Unión, fui llevado a una pequeña dependencia por seis agentes de policía, que registraron mi persona y mis efectos, sin exceptuar siquiera mis zapatos [...]. Mis cartas de Zamora para Turcios y Sandino y mis otros papeles fueron arbitrariamente confiscados, y me fueron robados siete dólares de una de mis maletas. A continuación se me permitió embarcarme. Hubiera perdido todas mis credenciales si no se me hubiera ocurrido enviarlas en un sobre oficial dirigido a Su Excelencia el ministro Summerlin, en Tegucigalpa.

En Amapala, puerto de entrada a Honduras, no fui molestado, pero el guía que el doctor Zamora me había procurado para que me condujera hasta el campamento de Sandino fue arrestado y subsiguientemente entregado al régimen de Díaz en Nicaragua.

El gobierno de Honduras ha concentrado la mayor parte de sus tropas en la frontera con Nicaragua para impedir que le lleguen a Sandino pertrechos y provisiones y para detener a todas las personas que vayan y vengan, registrarlas y confiscarles sus documentos. Por orden del gobierno, la prensa de Tegucigalpa sólo publica noticias desfavorables para Sandino. Cierto poeta nicaragüense, que escribió unos versos dedicados a Sandino, fue puesto en prisión durante un mes. La actitud del gobierno hondureño me obligó a actuar con suma prudencia.

El artículo prosigue luego describiendo su entrevista con Turcios, un afamado poeta, ex ministro gubernamental y director de *Ariel,* principal vocero de Sandino en el exterior y gracias al cual se conocían las cartas y documentos del jefe guerrillero. Turcios le presentó al general J. Santos Sequeiro, un liberal de Tela que le proporcionó acompañantes que le condujeron hasta Danlí, “una ciudad primitiva en la región cafetalera”, en donde cierto “Don X” le procuró un guía indígena, conocedor de la selva, que los condujo a través de la frontera. La parte más difícil había sido superada, pero la siguiente no iba a resultar más fácil.

El segundo artículo de Carleton Beals abunda en datos sobre las peripecias que padecieron.

El viaje a caballo pareció no ofrecer mayor diferencia entre ambos lados de la frontera. Parecidas selvas y montañas, análoga flora y fauna, aunque más agreste a medida que los viajeros se adentraban en Las Segovias, desaparecían los cultivos cafetaleros y se hacía más espaciada la presencia humana. El guía indio, Mariano, avanzaba con cautela. De sus ocasionales encuentros solitarios sacaba en conclusión que había movimientos de tropas en la región, donde el objetivo de los invasores era la misteriosa fortaleza de El Chipote, cuya captura, según estos, pondría fin a la resistencia de Sandino.

De la aldea perdida de Escuapa hasta la habitada Limón, fueron cansadas horas de viaje. Finalmente, en Limón, los viajeros fueron detenidos por "los dos *bandits* más harapientos que haya visto en mi vida". El capitán Gilberto Herrero, jefe de ese sector, vestía una camisa que le caía en jirones. Y toda la descripción de Beals rezumaba la misma sorpresa:

> Sus pies desnudos estaban encajados en una especie de estribos hechos de palitos atados con lonjas de cuero crudo, mientras que la montura de su caballo se reducía a unas bolsas superpuestas. Llevaba, en cambio, un excelente fusil y un cinturón lleno de cartuchos. No dudo de que el capitán Herrero lo hubiese pasado mejor si realmente se hubiera dedicado al bandolerismo, que debe ser bastante lucrativo en aquella zona en que abundan los ganados vacuno y caballar y los campos sembrados de maíz.
>
> Herrero sospechaba de todos los "gringos" y también sospechó de mí al principio, pero luego me condujo a su cuartel general. Al rato aparecieron hombres de Sandino, que se mostraron sumamente cordiales [...].
>
> En la madrugada del día siguiente, antes de la hora en que los aeroplanos norteamericanos acostumbraban a dejar caer sus bombas, fui conducido a Las Nueces, por siete soldados de Sandino, que llevaban en sus sombreros la divisa rojinegra [...]. Desde Las Nueces, con una nueva escolta, marchamos hacia Guadalupe. Zelaya, un plantador de café, me condujo a través de intrincados senderos por los cañones de la jungla.
>
> Gradualmente, aunque no hablamos mucho, me iba dando cuenta de que la posición militar de Sandino en la región se estaba deteriorando. A medida que nos internábamos en la montaña, parecía que una indecible atmósfera de terror iba envolviéndolo todo. Ya había cesado el cañoneo que escuchábamos el día anterior. Los aeroplanos que durante meses estaban evolucionando sobre la región, habían desaparecido. En alguna parte cercana había ametralladoras, cañones, batallas, los cadáveres pendiendo de los árboles. Pero todo lo que nos circundaba en estos secretos senderos era un inexplicable silencio, como si todo el país se hubiera muerto. Parecerá increíble, pero puedo jurar que fui haciéndome crecientemente consciente de que estaba preparándose un cambio en la situación militar. Las ocasionales casas por las que ahora pasábamos estaban desiertas, aunque los animales estaban en sus corrales y los depósitos rebosaban de maíz. Nos sentíamos como exiliados en el lugar. Nos ladraban perros sin que aparecieran sus amos. "Los 'machos' (norteamericanos) han tomado El Chipote" —se nos dijo. Todos nuestros planes se iban deshaciendo.
>
> Otros refugiados, nuevos detalles: Sandino había evacuado El Chipote sin disparar un tiro. Había eludido el combate final, escabullándose con todas las provisiones, dinamita, rifles, ametralladoras, municiones, dejando a los norteamericanos una montaña desierta como único premio a varios meses de hábiles y cautelosas maniobras de aproximación.
>
> Al anochecer llegamos a Murra, una fría aldea minera [...]. ¡Vacía, desierta! ¡Ni siquiera un mísero perro vagabundo! Zelaya, con su rifle en bandolera, hacía dar vueltas y más vueltas a su mula, sospecho que para eludir lo que él presentía ser un nido de ametralladoras. La lluvia caía a torrentes. Nos deslizamos por un sendero junto a un río, cubiertos, de barro y buscando una senda en la oscuridad con temor y aprensión. ¡Al fin una luz! A tropezones logramos entrar en una casucha al pie de una montaña. Las voces de tres hombres nos recibieron fraternalmente. Manos de

bienvenida nos ayudaron a desprendernos de nuestras sucias mochilas y quitaron el barro de nuestros animales.

—¿Dónde está Sandino?

—Sólo Dios lo sabe.[69]

II

El tercer artículo de Beals se refiere todavía al trajín que le tocó vivir antes de llegar adonde Sandino; "Nuestra odisea apenas comenzaba" —anota en el primer párrafo. Desde el puesto de San Pedro, el último punto de contacto con fuerzas de Sandino antes de que éste evacuara El Chipote, al quebrarse la conexión. "En nuestro ambular no hacíamos sino dar vueltas en círculo en plena zona de operaciones de los *marines".* Los viajeros subían y bajaban por las colinas y valles, pasaban junto a profundos precipicios, en medio de lluvias tropicales y la más densa vegetación. "Habría sido dificultoso cruzar esas montañas incluso sabiendo la exacta dirección en que debíamos marchar para encontrarnos con Sandino". Al siguiente día, por fin, restablecido el contacto en plena selva, sus angustias terminaron:

> De pronto, tropezamos con dos soldados de Sandino, con sus rifles en bandolera y sus insignias rojinegras, a quienes nos llevó tiempo convencer de que éramos amigos. Nos informaron que Sandino se encontraba ahora en El Remango, una suave colina situada detrás de la altura de El Chipote, pero aunque nos hallábamos bastante cerca de ambos puntos, las líneas de los *marines* se interponían. Para eludirlas debimos emprender durante dos días una ardua marcha por sendas montañosas ocultas.
>
> [...] Las escasas personas con que nos topamos eran leales sandinistas, que se internaban cada vez más profundamente en la sierra para eludir a los despreciables "machos", los odiados *marines.* Sus casas habían sido incendiadas, sus cosechas destruidas, sus pertenencias desmanteladas, pero ninguno de ellos mostraba señales de desear que la lucha terminara.
>
> En la pequeña Mataguineo, un lugar que nunca olvidaré debido a sus negros gallinazos (macacalgas) que merodeaban en círculos sobre nosotros, se nos informó que los *marines* habían pasado cerca nuestro en la senda de Zungano. Esto implicaba nuevas dificultades para mis compañeros y podía impedir mi marcha. Pero se me informó que el retén del otro lado de Zungano estaba a cargo del coronel J. Colindres, uno de los más avezados oficiales de Sandino. Despachamos un correo indígena con nuestras cartas de presentación para que fuesen enviadas por Colindres al general Sandino.
>
> A la mañana siguiente Colindres contestó. Dos soldados y un guía, este último amarillo por la malaria, arribaron con órdenes de conducirnos a su "retén" [...]. Por fin llegamos a una picada, en cuyo centro se apiñaban algunas barracas que albergaban a unos treinta soldados y una docena de mujeres, de entre las cuales llamó mi atención Teresa, una joven vivaracha y esbelta de la que no se separaba un niño. Ostentaba en la frente una herida en forma de estrella, que según nos explicó, le fue causada por una esquirla de bomba durante el ataque aéreo del 14 de enero. La mujer nos declaró que en ese ataque murió un soldado sandinista y resultaron heridos ella y otro hombre: una información bien diferente de la que entonces publicó el comando de las fuerzas navales.
>
> En el "retén" gocé de mi primera comida opípara en muchos días. Colindres me convidó con pollo, arroz, camotes y otros frutos de la tierra. Colindres es un oficial,

[69] *On the Sandino Front,* fechado en Managua el 20 de febrero, *en The Nation,* New Cork, Vol. V 3269, 29 de febrero de 1928. págs. 232-235.

> joven, carirredondo y de recia contextura. Es el más antiguo de los compañeros de armas de Sandino y descendiente de una antigua familia liberal. Me habló de las primeras fases de la carrera de Sandino [...]. Cuando se celebró el acuerdo Stimson-Moncada en Tipitapa, Sandino desbandó a sus tropas pero se negó a entregar las armas. Después de estudiar minuciosamente las condiciones del acuerdo, llegó a la conclusión de que éste implicaba no sólo la derrota del Partido Liberal sino la rendición del pueblo de Nicaragua. Por lo tanto enarboló la bandera de la rebelión de Nueva Segovia, donde se ha mantenido bajo las armas durante cerca de nueve meses. Sus experiencias en Puerto Cabezas con los *marines* le convencieron de que el primer deber de todo patriota nicaragüense es restablecer la soberanía nacional ante la faz del mundo y hacer toda invasión extranjera imposible.

Las respuestas de Sandino a las cartas de presentación que le hiciera llegar Colindres, fue respondida por éste con un correo indio, el 28 de enero. El texto era el siguiente:

> *Don Juan* J. *Colindres.*
>
> *Estimado amigo: recibí su breve nota en la que me comunica que han llegado personas que desean hablar conmigo. Usted puede hacerlas conducir hasta el campamento de El Remango. Desde allí los caballeros mencionados serán conducidos por el capitán Pedro Itamuano, que los acompañará hasta el sitio donde podrán encontrarme. Trate de que se pongan en marcha pronto, para que me alcancen rápidamente. Saludos por usted* y *su familia. Patria y Libertad. A. C. Sandino.*
>
> *P.S. Sería conveniente que viniera antes de la batalla por Jinotega, que pienso librar de un momento a otro. Vale.*

Beals refiere seguidamente que a la mañana siguiente emprendieron su peregrinaje con los soldados de Colindres y sus "juanas" a través de la peligrosa zona hasta El Remango. Dieron un rodeo para evitar un encuentro con los *marines* que estaban incendiando el retén de El Retiro, en las faldas de un monte. "Finalmente, con los fríos del anochecer escalamos las desnudas laderas de una montaña azotada por un viento implacable, a cuyo término se iniciaban las barricadas tras de las cuales, con el fondo de un cielo amenazador, nos apuntaban numerosos rifles". El retén era uno de los puestos llave. Fue casi siempre inexpugnable y Sandino lo retenía en su poder desde el comienzo de las hostilidades. Sus corrales rebosaban de vacas, puercos, gallinas. En El Remango se encontró Beals con Altamirano y unos setenta y cinco soldados. El periodista describió al célebre "Pedrón" como un soldado rudo, de mediana edad, que había combatido tanto en Honduras como en Nicaragua: "Ponderado, suave, seguro tanto en la acción como en la palabra", Altamirano puso a disposición de Beals una escolta de treinta nombres. Era la etapa final para el encuentro con Sandino[70].

El cuarto artículo de Carleton Beals sigue la tónica de la descripción periodística de la región selvática que recorre y las incidencias del azaroso viaje. El Remango se le antoja un puesto militar improvisado al tiempo que una aldea tropical típica. Mientras las "juanas" (soldaderas) se ocupan de labores domésticas, los soldados de Sandino cumplen sus guardias o se distraen recordando historias recientes, "el ataque a El Ocotal, el sorpresivo ataque a los machos en Las Cruces, el incendio de la hacienda El Hule o la violación de mujeres segovianas por los odiados gringos. "Y heme aquí entre ellos, un "macho yanqui gringo", tratado con toda consideración y las mayores deferencias [...]. Una guitarra rasga canciones sandinistas con simples y whitmanescos gustos y una tonada mexicana, 'La Casita'. Con el sonido de esta música bailamos buena parte de la noche en confusa mezcla de idiomas y cantos, cigarros y perfumes, fuego y color".

[70] *On the Trail of Sandino,* fechado en Bluefield el 27 de febrero, en *The Nation,* New York, Vol. 126, Nº 3270, 7 de marzo de 1928, págs. 260-261.

Desde El Remango parte montado en un caballo asmático bordeando el río Coco. Son varias jornadas de ascensos y descensos por valles, cañones y montañas, acompañado de unos treinta hombres conocedores de la región. El escenario se modifica a medida que se van acercando a Jinotega, a unas millas de la cual están estacionados unos cien *marines.* El terreno montuoso deja paso a suaves valles donde abundan las granjas. El terreno se aplana crecientemente, pero éste es un factor en contra, pues pueden ser detectados por los aeroplanos de observación. Además, es zona de "cachurecos" (conservadores), y por doquier se divisan muestras de las recientes luchas. Ya autorizados para la entrevista, parten hacia el cuartel general de Sandino, en San Rafael del Norte, Colindres, Sequeiro, un "coronel R." y él. El coronel R. le cuenta la historia de dos misioneros, Sayre y Jones, de la Misión de Reconciliación Quáquera que algunas semanas antes procuraron inútilmente cruzar las líneas de las guerrillas para entrevistar a Sandino. Este no quiso recibirlos: "Sandino no ha recibido a nadie procedente del lado norteamericano" —aclara el coronel—. Beals será el primero, por ser un "gringo" diferente al resto.

Pronto nos topamos con el primer puesto de centinelas.

—¿Quién vive?

—¡Viva Nicaragua!

—¿Cuál es la contraseña?

—¡No vendas a la patria!

—Avancen de uno por vez para ser reconocidos. Un joven soldado vestido con uniforme verde oscuro y anteojos ahumados me saluda en perfecto inglés: Usted es el norteamericano. Sea muy bienvenido, "señor". Acto seguido nos condujo por la calle principal, donde se nos detuvo varias veces con la consigna de desfilar de a uno por vez y mostrar nuestros documentos. En el cuartel principal, toda una compañía, en perfecto orden, nos presentó armas rindiéndonos honores. La precisión con que se movían me hizo comprender que estaban bien ejercitados y disciplinados.

El coronel Estrada, asistente de Sandino, nos informó que éste nos recibiría por la mañana. Fuimos escoltados hasta la casa del coronel R. para pasar allí la noche. Allí conocí a otros oficiales del Estado Mayor de Sandino, entre ellos al general Girón, ex comandante del departamento del Petén, en Guatemala, un hombre cincuentón, de cara ancha, facciones expresivas y ojos grises y penetrantes. Sequeira me presentó al general Montoyo, que tenía envuelto el cuello en una bufanda y tiritaba a causa de un acceso de fiebre palúdica.

Dos soldados nos requisaron nuestras pertenencias en busca de armas. A Sequeira le quitaron su pistola y a mí la máquina Kodak, que el coronel Estrada me hizo devolver poco después, pidiéndome disculpas [...]. El coronel R. y su bonita esposa me entretuvieron mostrándome el álbum familiar. Las más interesantes fotografías fueron las del bombardeo de Chinandega por los norteamericanos. ¡Horribles escenas, en verdad! Toda una calle cubierta de ruinas y sembrada de cadáveres destrozados. Un hospital con sus paredes destruidas y retorcidos cadáveres de pacientes...

Después de algunas horas de sueño, en plena madrugada nos dispusimos a entrevistar a Sandino, quien nos había fijado la cita a las 4. Nos recibió en su despacho, que estaba alumbrado con la luz de una linterna.

Sandino nació el 19 de mayo de 1893[71], en Niquinohomo. Es de talla menuda, de no más de 1.65 de estatura. Cuando le vi vestía un uniforme marrón oscuro, calzaba relucientes botas de montar y su cuello estaba envuelto con un pañuelo rojinegro. Llevaba un sombrero tejano Stetson, de anchas alas, que cada tanto, mientras conversábamos, echaba hacia atrás o lo volvía a calzar. Con cabellera negra y lisa, una frente alta y espaciosa, las líneas a cada lado de su rostro forman dos rectas, de la sien a la mandíbula angulosa y sesgada hacia el mentón, regular y firme. Las cejas son dos arcos altos sobre sus ojos negros y vivaces, cuyas pupilas no se distinguen. Sus ojos

[71] La fecha está equivocada. La correcta es 18 de mayo de 1895.

son de una notable movilidad y su refracción a la luz es rápida e intensa. Sandino no tiene vicio alguno y posee un acendrado sentido de la justicia personal. Se desvive por el bienestar del más humilde de sus soldados. "Muchos combates han endurecido nuestros corazones, pero fortalecieron nuestras almas" —es una de sus reflexiones. No estoy seguro sobre la primera parte de su epigrama, porque de hecho en todos los soldados y oficiales con quienes hablé, Sandino ha estimulado un fiero afecto y una lealtad ciega. Les inculcó el odio vehemente que él mismo siente por los invasores.

"La muerte no es sino un pequeño instante de incomodidad que no debe ser tomado en serio, y elige a aquél que más le teme" —repite una y otra vez a sus soldados. Hay una nota religiosa en su pensamiento. Frecuentemente menciona a Dios: "Dios es el árbitro final de nuestras batallas"; o "Dios mediante, iremos hacia la victoria"; o "Dios y nuestras montañas pelean por nosotros". Sus frases corren de boca en boca entre toda la tropa.

En nuestra entrevista con Sandino, él mencionó al principio algunas batallas libradas cerca de El Chipote y sostuvo que aproximadamente cuatrocientos *marines* perdieron la vida, lo cual, desde luego, es una obvia exageración. El general Feland insiste en que murieron solamente diecisiete, pero estoy convencido, luego de haber hablado con algunos oficiales de la Marina que el total de bajas fluctúa entre cuarenta y sesenta.

Luego de describir la manera en que varios aeroplanos estadounidenses fueron derribados, Sandino me dio en rápidas líneas las bases de sus demandas en la presente lucha: primero, la evacuación del territorio nicaragüense por los *marines;* segundo, la designación de un presidente civil imparcial elegido por las personalidades de los tres partidos, que no haya sido jamás presidente ni candidato a presidente; tercero, la supervisión de las elecciones por latinoamericanos.

El día en que esas condiciones se cumplan —me dijo— *inmediatamente pondré fin a las hostilidades y licenciaré a mis tropas. Además, no aceptaré nunca un puesto gubernamental, electivo o de otra clase. No aceptaré ningún salario o pensión del gobierno. Juro que no deseo pagas ni posiciones. No aceptaré ninguna gratificación personal, ni hoy ni mañana, ni nunca en el futuro.*

Se puso en pie y comenzó a pasearse de un extremo al otro de la habitación para recalcar sus palabras. En tono vehemente dijo:

—Nunca, nunca aceptaré un puesto público. Soy perfectamente capaz de ganar mi sustento y el de mi esposa en cualquier ocupación, por humilde que sea. Mi ocupación es la de mecánico y si fuese necesario volvería a mi oficio. Me comprometo a no tomar de nuevo las armas en ninguna lucha entre liberales y conservadores, ni, por cierto, en ninguna otra pelea interna, salvo en caso de una nueva invasión extranjera. Hemos tomado las armas por amor a nuestra patria, porque todos los demás líderes la traicionaron y se vendieron al extranjero o, cobardemente, doblaron la cerviz. Nosotros, en nuestra propia casa, estamos peleando por nuestros derechos inalienables. ¿Qué derecho llenen las tropas extranjeras para calificarnos como proscriptos y bandidos y para decir que somos los agresores? Repito que nosotros estamos en nuestra propia casa. Declaramos que jamás viviremos en una paz cobarde bajo un gobierno establecido por una potencia extranjera. ¿Es esto patriotismo o no lo es? Cuando el invasor sea vencido, como tendrá que ocurrir algún día, mis hombres se contentarán con sus lotes de tierra, sus herramientas de trabajo, sus mulas y sus familias[72].

[72] *Sandino Himself,* fechado en San José de Costa Rica el 4 de marzo, en *The Nation*, New York. Vol. 126, Nº 3271, 14 de marzo de 1928.

Como podrá apreciarse, un simple y esquemático programa nacionalista, en el que insistirá permanentemente en el curso de los años que seguirán. Beals reproducirá en su quinto artículo, en español y en inglés, la nota que el contralmirante Sellers envió a Sandino semanas antes, y llevará él en persona hasta Managua y Estados Unidos la respuesta de Sandino, en la que de nuevo asumirá ese pensamiento: lucho contra un invasor extranjero, y sólo abandonaré las armas cuando la presencia foránea armada desaparezca.

III

En el quinto artículo de su serie, el periodista Beals comienza por describir la modesta localidad de San Rafael del Norte, convertida por Sandino en su cuartel general, y añade pinceladas sobre la región, en buena parte de la cual subsisten señales de la guerra civil que se libró durante los primeros meses de 1927, hasta la imposición de la paz del Espino Negro de Tipitapa —pacto Stimson-Moncada—, punto de partida del levantamiento guerrillero contra la presencia de las tropas de Estados Unidos en Nicaragua. Beals anota que ya desde enero actúa en la región la "'Constabularia nacional", o sea el conjunto de enganchados nicaragüenses adiestrados y armados por técnicos militares norteamericanos, cuerpo que más tarde se denomina Guardia Nacional.

Beals retoma luego el relato de su entrevista con Sandino, a las 4 de una fría madrugada, en una habitación alumbrada con una linterna:

> Mientras hablábamos, su gesto más frecuente era el movimiento de su dedo índice, que invariablemente extendía para dar énfasis a su discurso. A menudo se ponía de pie para recalcar su argumentación, y parecía que para ello empleaba todo su cuerpo.
>
> Sus expresiones eran notablemente fluidas, precisas, incluso moduladas; su dicción es absolutamente clara, su voz rara vez cambia de tono, incluso cuando se acalora ostensiblemente al posesionarse del tema. Durante las cuatro horas y media que duró la entrevista, en que habló casi continuamente sin que yo lo intentara interrumpir, ni una sola vez hubo dificultad para encontrar la forma de expresarse, ni titubeó en lo concerniente a los temas que le motivaban. Sus ideas eran precisas, ordenadas epigramáticamente. No había un tema importante referente a Nicaragua que él eludiese o en el que se mostrara inseguro.
>
> En lo concerniente a temas militares lo hallé harto seguro, algo jactancioso y con una tendencia a exagerar sus éxitos. Sin embargo, es sumamente astuto, conoce bien el país y, si la suerte le acompaña, podría mantenerse incólume indefinidamente. Si lograra aferrarse a la montaña, con la espalda cubierta al norte y al este, ni dos mil quinientos ni, probablemente, cinco mil *marines* podrían echarle mano. Con sus comunicaciones seguras, estaría en condiciones de maniobrar como una lanzadera, entre Muy Muy y la frontera de Honduras. Retendría el control de las rutas hacia el abastecimiento regular de armas y alimentos, incursionar en las ricas zonas agrícolas y trasladarse ágilmente de un lugar a otro. Las tropas norteamericanas, en cambio, operando bajo un clima desfavorable, casi completamente aislados de las ciudades de Managua y León, y de las ciudades costeras, se ven constreñidas a operar sobre una distancia mucho mayor. Además, la temporada de lluvias favorece a las tropas de Sandino, al tornar mucho más intransitables los caminos.
>
> Las rutas de movilización de la marinería desde Matagalpa hacia Estelí y Ocotal, se tornarán mucho más largas y difíciles, en tanto que serán cómodamente disfrutadas por Sandino y su gente, que conoce la región palmo a palmo y sabe que al contrario del llano, en las sierras la temporada es de seca. Como Sandino me lo explicó, "yo los esperé en El Chipote; los marinos se concentraron, se aprovisionaron y prepararon cuidadosamente sus planes para expulsarme de mis posiciones. Todavía ellos están allí, mientras que yo estoy aquí, cerca de Jinotega y a mitad de camino en el corazón del país, donde estoy en condiciones de penetrar más todavía. Cuando los marinos se

movilicen hacia aquí con el propósito de capturarme, yo estaré en camino hacia el norte, o a cualquier otros rumbo".

Indudablemente hay que admitir que los *marines* se han puesto en ridículo, con su maquinaria de guerra, su ciencia, sus aeroplanos, sus concentraciones masivas en Nueva Segovia, mientras Sandino se desplaza por las regiones populosas del centro, a través de dos departamentos, pasa de una finca de café a otra sin mayores problemas.

El sistema de espionaje de Sandino es excelente. Cuando nos acercamos a Jinotega, el coronel Colindres ordenó a dos soldados que se quitaran sus divisas rojinegras y sus polainas, las envolvieran y se dirigieran hacia la ciudad para saber lo que estaban haciendo los *marines.* Nada había en ellos que pudiese identificarlos como soldados de Sandino. En contraste, cualquier hombre extraño tiene que justificar su presencia en el campamento de Sandino.

La presente táctica de los norteamericanos para enfocar a Sandino, lo predigo, no tendrá éxito. Las tropas de Sandino ya conocen los hábitos de los aeroplanos. Se desplazan bien temprano, por la mañana, y al atardecer o por la noche; o bien a través de la selva, en donde son invisibles desde arriba.

Tanto el general Emiliano Chamorro como el presidente Adolfo Díaz, a quienes entrevisté hoy, son pesimistas respecto de una pronta captura de Sandino, y predicen que sólo podrá ser vencido por tropas del país, que pueden operar en las montañas sobre el mismo campo que Sandino, sin el elaborado entrenamiento, el amplio equipo y la cuidadosa preparación para el combate requeridos por las tropas norteamericanas. Actualmente, Estados unidos ha armado a seiscientos "constabularios" nativos. Sin embargo, ésta no es una fuerza unificada, se la utiliza sobre todo como refuerzo de guarniciones y está desparramada en pequeños destacamentos por toda la república.

Pero Estados Unidos, que ahora favorece aparentemente al candidato liberal, Moncada, teme armar a la gente del país que quedará controlada por el Partido Conservador. La alternativa, según me lo explicó el presidente Díaz, reside en enviar tres o cuatro veces más *marines* que los que hay en la actualidad. Así, la forma apropiada de combatir a Sandino consistiría en organizar pequeñas columnas volantes, capaces de enfrentarse a todo, pues Sandino es muy listo y sabe tenderles emboscadas. Esto implica que Sandino se sostendrá hasta que llegue la estación de las lluvias, y que procurará impedir las elecciones, echando a perder todo el programa norteamericano en Nicaragua.

—*De los invasores hemos aprendido muchas cosas* —me decía Sandino—. *Al principio acampábamos al aire libre, en lugares descubiertos. Pero luego vimos que el enemigo desalojaba sin miramientos a nuestros compatriotas de sus viviendas y que en ellas instalaban sus cuarteles, dejando a los nicaragüenses en la calle. De modo que nosotros dispusimos hacer lo mismo, pero poniendo cuidado en elegir las casas de los enemigos de la causa* y *aun así provocando menor molestia posible a sus ocupantes. Pero por lo general el pueblo nos ofrece espontáneamente sus viviendas, sabiendo que estamos luchando por la independencia de Nicaragua.*

—*Sí, mucho le debemos al enemigo. Si no nos hubiera atacado, nuestra situación sería misérrima. Pero hemos tomado de ellos todo lo que poseemos. Si no hubiéramos sido atacados, careceríamos de ropas, armas y municiones y habríamos perecido, porque no sabemos vivir como bandidos. No le hemos quitado nada a los campesinos. En El Chipote, los campesinos llevaban hasta nuestras trincheras ganado y alimentos para nuestros hombres. ¿Cree usted que si fuésemos unos bandoleros podríamos haber resistido medio año en un puesto fortificado como ése en contra del inmenso potencial de los Estados Unidos? En tal caso nadie nos protegería. El enemigo dice:* —Tendrá que rendirse pronto, no tiene municiones, ni armas, ni alimentos. *Pero el enemigo olvida que el pueblo de Nicaragua nos dará de comer, olvida que las municiones y las armas se las quitamos a él.*

Al decir esto, Sandino ordenó que los soldados me trajeran diferentes clases de armas que, según dijo, sus hombres les quitaron a los norteamericanos. Había armas

con la marca reglamentaria del ejército estadounidense: rifles Browning, Lewis, Thompson, ametralladoras.

—¿Cree usted que un bandido podría viajar con treinta ametralladoras de equipaje, como no sea en Chicago? En la batalla de Ocotal sostuvimos quince horas de combate. En la batalla de Las cruces disparamos veinte mil cartuchos. No está del todo mal para un bandido, ¿no le parece?

Tratándose de un hombre como Sandino, es natural que circulen versiones sobre atrocidades y robos. De ahí que el calificativo de bandido le provoque gran resentimiento. Me dio pruebas de que muchos de los actos que se le atribuyen no pasan de ser mera propaganda para perjudicarle. Así, por ejemplo, se publicó en diarios neoyorquinos una noticia de que los sandinistas se habían apoderado de cierta plantación de café. Al respecto S. Stadhagen, un conocido caballero alemán propietario de plantaciones, envió una carta en la que declaraba que la especie era del todo falsa; como también lo fue aquella otra según la cual él era prisionero de los sandinistas. La carta de Stadhagen decía en parte:

—Estoy informado exactamente sobre los lugares en que se encontró Sandino. No ha cometido ningún robo ni asesinato. Sus fuerzas marchan organizadas. Piden con buenos modales lo poco que necesitan, salvo las mulas. Sandino las toma dondequiera que las encuentra.

La primera orden de Sandino al llegar a San Rafael, consistió en que cualquier soldado que tocase algo que no le perteneciera, sería fusilado. En mis conversaciones con los comerciantes de la ciudad, llegué a la convicción de que las tropas de Sandino están muy disciplinadas y tienen todo lo que necesitan.

Sandino mismo me dijo:

— Un tal coronel Porfirio Sánchez llegó antes que yo a Yalí y levantó contribuciones forzosas entre la población. Lo despedí del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, y si lo vuelvo a encontrar en mi camino lo fusilo. El dinero que quitó, ya ha sido restituido. Vea usted este recibo por 2.000 pesos, firmado por Elvira Rodríguez y que yo pagué.

Mi actitud es muy clara. Cualquiera puede rastrear mi pasado. Sabrán que Sandino nunca ha tomado algo que no fuese suyo, o que ha dejado de cumplir alguna promesa o que se ha marchado de alguna parte debiendo algo. Mi padre era dueño de tierras. Cuando era aún casi un niño, manejé de 15 a 10 mil dólares y jamás toqué un centavo que no fuese mío. He trabajado honestamente y viví en muchos lugares, en Bluefields, en Honduras, en Guatemala, en México, en las minas de San Albino y, en algunas ocasiones, en puestos de responsabilidad.

Me mostró el libro de gastos del ejército:

Todo lo que gastamos figura aquí. Hoy, por ejemplo, le di al coronel Colindres quince dólares, todo lo que tenía por el momento, para que comprara ropa para cinco de sus soldados que le escoltaron a usted desde El Remango y que llegaron casi desnudos. Le he sugerido que diga al tendero que estamos muy pobres y que nos de la mayor cantidad de artículos por ese dinero, pues de lo contrario tendré que mandar la cuenta al presidente Coolidge, que es quien ordenó la invasión de nuestra patria .

El último párrafo de esta crónica había dado la idea de su título a Carleton Beals: “Envíe la cuenta a Mr. Coolidge[73].”

IV

El periodista norteamericano sirvió en la ocasión de correo público entre Sandino y el almirante Sellers. En efecto, en el mismo número de *The Nation* que hemos transcrito, se publicaba la versión inglesa y su correspondiente española, de la nota que en este último idioma remitió al jefe guerrillero el comandante de la escuadra norteamericana en aguas de Nicaragua. A continuación del marbete:

COMMANDER
U.S. SPECIAL SERVICE SQUADRON
U.S.A. Rochester Flagship

el texto de la carta decía lo siguiente:

Managua, Nicaragua, 20 de enero de 1928

General Sandino:

Como Ud. sabe, el gobierno de Estados Unidos, de acuerdo con los llamados Arreglos Stimson, firmados en mayo último, se ha comprometido (a) proteger la vida y propiedades de ciudadanos (norte)americanos y extranjeros, y conservar el orden en Nicaragua mientras se lleva a cabo la elección presidencial regular del próximo noviembre.

Durante los últimos días y meses pasados la tarea encomendada a las fuerzas de Estados Unidos, residentes en Nicaragua, ha sido obstaculizada en el Departamento de Nueva Segovia por las actividades hostiles de cierta porción de población que se halla bajo su mando.

Esta negativa de Ud. y de sus compañeros para aceptar y consentir las provisiones de los convenios Stimson, auxiliada por las operaciones ilegales de los hombres de Ud., han causado daño considerable en cantidad de sangre derramada innecesariamente creando una situación intolerable en ese Departamento.

Comprendiendo plenamente la solemne obligación contraída por Estados Unidos, de guardar el orden en Nicaragua, desarmando a los habitantes del país, las fuerzas de mi mando en estos días se han aumentado considerablemente, en hombres y municiones, las cuales tenemos la intención de usar en todo su poder, como los vastos recursos que nuestro gobierno ha puesto a nuestra disposición.

Es innecesario para mí el asegurar a Ud. que el único objetivo en mira por nuestra parte es el restablecimiento del orden en Nueva Segovia para realizar una completa paz, en condiciones que permitan a los pacíficos ciudadanos de Nicaragua el vivir con sus familias y propiedades en la medida de seguridad que ellos tienen derecho a esperar.

[73] *Send the Bill to Mr. Coolidge.* fechado en Managua el 20 de febrero, en *The Nation,* New York, Vol. 126. Nº 3272, 21 de marzo de 1928. págs. 314-316.

Es igualmente superfluo para mí el declarar de manera enfática que la enérgica e intensiva campaña que nuestras fuerzas inaugurarán dentro de poco, no puede tener sino un resultado final decisivo.

El sacrificio innecesario de vidas humanas es punto tan serio, que por eso se me ocurre que aunque en ocasiones anteriores Ud. ha rehusado el desarme, ahora, a la luz de subsecuentes acontecimientos, Ud. querrá considerar la conveniencia de poner término a la presente resistencia armada a las fuerzas de Estados Unidos y que Ud. sabrá seguir el ejemplo de sus conciudadanos de ambos partidos políticos, los cuales en mayo del año anterior convinieron en arreglar sus diferencias en un alto y patriótico espíritu, sin mayor derramamiento de sangre.

Llevando adelante la política de mi gobierno para el restablecimiento del orden, de la manera más expedita posible, no me siento justificado en este momento para contener ninguno de los preparativos que de manera enérgica se están llevando a cabo, a menos que Ud. crea oportuno el contestar inmediatamente y por escrito su voluntad de discutir los caminos y medios de su aceptación de Ud. y sus compañeros de los arreglos Stimson.

Será para mí grato recibir cualquier comunicación que Ud. me envíe, dirigida al cuidado de la Legación de Estados Unidos en Managua.

(f) D. F. Sellers

Real (sic) Almirante de la Marina de los estados Unidos.

Comandante de la Escuadra de Servicio Especial[74].

La respuesta llevada por Beals a Managua tenía la siguiente redacción:

San Rafael, 3 de febrero de 1928

Mr. D. F. Selles

Representante del Imperialismo en Nicaragua

Managua

Yo había formulado una respuesta, en la cual contestaba concretamente, y punto por punto, su carta del 20 de enero, pero circunstancias especiales me impidieron enviársela directamente. Me refiero al último punto de su carta. No crea usted que la presente lucha tiene como origen o base la revolución recién pasada. Hoy ésta es una lucha del pueblo nicaragüense en general para expulsar de mi patria la invasión extranjera. Respecto a los pactos Stimson-Moncada, mil veces hemos reiterado nuestro repudio de ellos.

La única manera de poner fin a esta lucha es el inmediato retiro de las fuerzas invasores de nuestra patria, reemplazando al mismo tiempo al presidente actual con un ciudadano nicaragüense que no sea candidato a la Presidencia, y que representantes de la América Latina supervisen las elecciones en vez de los marinos norteamericanos.

PATRIA Y LIBERTAD

(f) A. C. SANDINO

Como se podrá apreciar fácilmente, se reiteran en este documento las mismas ideas ya expuestas por Sandino en torno a las líneas fundamentales que determinarán el cese de su lucha: el retiro total de las fuerzas invasoras, la designación de otro presidente que no fuese ni Díaz ni Moncada, y la presencia fiscalizadora de personalidades latinoamericanas en las elecciones programadas, en lugar de observadores norteamericanos.

[74] *Id. Id.* pág. 315.

En el último de sus artículos para *The Nation* —y también en su libro *Banana Gold*—, Beals refrendará esas posiciones del guerrillero. Él no tenía duda alguna en la disyuntiva "¿Bandido o patriota?", título de su sexta nota, que decía textualmente:

Todo aquél que ingresa al ejército de Sandino está obligado a firmar un compromiso o "pauta", que fue redactada por Sandino mismo en El Chipote en septiembre de 1927 y que, entre otras cosas, contiene las siguientes condiciones:

Todo aquél que se una el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua conviene en:

1. Defender la soberanía de Nicaragua y obedecer su código militar.

2. Negarse a obedecer toda orden de Adolfo Díaz y de los extranjeros, y obrar siempre con el más alto y noble espíritu.

3. Defender no sólo a los liberales, sino a todos los nicaragüenses, porque todos han sido traicionados por el actual gobierno.

4. Someterse sin discusión a todas las órdenes del Supremo Jefe del Ejército.

5. Respetar todos los derechos de los ciudadanos.

6. No celebrar pactos secretos con el enemigo.

7. Mantener la disciplina.

8. No esperar salario, sino solamente el equipo necesario, como ropas, municiones y alimento [...].

14. El Supremo Jefe del Ejército, a su vez, se compromete a no contraer compromisos políticos con nadie o con ningún grupo político.

Después de leerme esas condiciones, Sandino dijo:

—Como usted ve, estamos trabajando para todos los nicaragüenses, conservadores y liberales por igual. El coronel X, por ejemplo, es conservador, pero está convencido de la justicia de nuestra causa. Nuestro único propósito es la expulsión del invasor.

—Pero no siendo ustedes lo suficientemente fuertes para lograr ese fin, ¿esta oposición no resulta peor, puesto que provoca el envío de más y más *marines* y la intensificación de la intervención? —le pregunté.

Nosotros no protestamos contra la magnitud de la invasión, sino contra la invasión en sí. Los Estados Unidos se han metido en Nicaragua durante muchos años. No podemos fiarnos más de su promesa de que algún día se irán. Cada día la intervención es más pronunciada. Estados Unidos prometió darle la independencia a las Filipinas, pero las tropas norteamericanas se hallan todavía en su territorio y siguen avasallando a su pueblo[75]*.*

— Usted me dice que los gobiernos de Honduras y El Salvador me son hostiles. Mañana se arrepentirán de su actitud. Toda Centroamérica está moralmente obligada a ayudarnos en esta lucha. Mañana cualquiera de estos países tendrá la misma lucha. Centroamérica debería unirse contra el invasor, en lugar de que sus gobiernos se alíen con el invasor.

[75] Las Filipinas pasaron a manos de Estados Unidos en 1898, a resultas de la guerra en la que estos últimos derrotaron a España. La promesa de independencia fue cumplida apenas el 4 de julio de 1946.

—¿Es cierto, como se ha dicho —le pregunté— que la mayor parte de su Ejército está formado por aventureros de otros países centroamericanas y de México?

— Todo lo contrario. Es cierto que están conmigo soldados y oficiales de Costa Rica, Guatemala, El Salvador, Honduras, e incluso uno o dos de México, que se sintieron atraídos por la justicia de mi causa, pero están en franca minoría. La médula de mi Ejército es nicaragüense y los oficiales que más tiempo han permanecido a mi lado son nicaragüenses. He recibido muchas ofertas de fuerzas extranjeras, pero en la mayoría de los casos las he rechazado.

—*Nuestro Ejército* —me dijo Sandino— *es fiel y obediente. Está compuesto por trabajadores y campesinos que aman a su patria. Los intelectuales nos han traicionado y a causa de ello hemos debido empuñar las armas. Todo lo que hicimos se debe a nuestro propio esfuerzo.*

—¿Y cuán cierta es la historia —le pregunto— de que dos marinos capturados por usted le enseñaron a fabricar bombas?

—*Es una mentira de los marinos para disimular nuestro éxito. Resulta confortable para el ego norteamericano pensar que lo que sabemos lo hemos aprendido de los marinos* [...]. *Llame a nuestro fabricante de bombas* —ordena a uno de sus ayudantes.

Apareció un hombre maduro, parco y sonriente, quien me explicó que fabricaba las bombas envolviendo fuertemente dinamita con cuero crudo, introduciendo, además, piedras, clavos, pedazos de acero, vidrio, etc. Puso en mis manos una potente bomba, envuelta en la piel de algún animal. Estaba atada con correas y más que una bomba parecía un juguete infantil. Pero se me dijo que sabiéndola arrojar, podía destrozar a buena parte de una compañía. El fabricante de bombas me explicó también la técnica de los cohetes de dinamita usados para derribar aeroplanos.

Sandino me proporcionó una lista de las batallas, liberadas en los alrededores de El Chipote durante los últimos seis meses. Sus conclusiones eran tan exageradas como las de los *marines,* y posiblemente mucho más:

1. El Chipote: 20 norteamericanos muertos.
2. El Ocotal: 80 norteamericanos muertos.
3. San Fernando: derrota sandinista.
4. Santa Clara: derrota sandinista.
5. Murra: 18 norteamericanos muertos y uno que se suicidó; dos heridos. Se capturaron una ametralladora Thompson y once rifles.
6. Telpaneca: captura de muchas armas y municiones.
7. Las cruces (cinco combates): de 250 a 300 norteamericanos muertos. En un combate fue capturada una bandera estadounidense. El abanderado se rehusó a entregarla y hubo que cortarle las manos con un “machete”. Era un valiente y merece mi homenaje.
8. San Pedro de Susucayan: 15 norteamericanos muertos. Cuatro rifles automáticos capturados.
9. Zapotillar: Un aeroplano derribado.
10. La Conchita: 60 a 80 norteamericanos muertos.
11. San Pedro de Hule: sin datos.
12. Plan Grande: sin datos.
13. Buena Vista: derrota sandinista.
14. Las Delicias: derrota norteamericana.

15. Amucayán: sin datos.
16. Barellal: sin datos.
17. Santa Rosa: 36 norteamericanos muertos.
18. El Mantiado: sin datos.

Pregunté a Sandino sus motivos para dejar El Chipote.

—Abandonamos El Chipote sin disparar un tiro, sin perder un solo soldado, ni un rifle, ni un cartucho. Los marinos bombardearon el lugar durante todo el día después que nos fuimos. Salimos porque los marinos estaban devastando la región y destruyendo las casas de nuestros amigos. Estaban destruyendo nuestras provisiones alimenticias, no porque nos atacaran, sino aterrorizando a los campesinos que hasta entonces nos proveían de comida. Se necesitan muchos alimentos para mantener a mil hombres estacionados en un lugar, entrando o saliendo durante meses. Resolvimos llevar la guerra al territorio de nuestro enemigo. La batalla que los marinos ganaron en El Chipote fue hueca. Convoqué a los más resueltos y leales de mis soldados para emprender la marcha hacia el poblado interior de Nicaragua, como una señal para el mundo civilizado de que tomara nota del salvajismo que se ejercía contra una nación independiente. Les dije que debíamos arriesgarlo todo y que nuestro lema sería: "Victoria o muerte".

—¿Cuáles cree usted que sean los motivos del gobierno norteamericano? —le pregunto.

—El gobierno norteamericano —respondió con una sonrisa picara— *desea proteger la vida y los bienes norteamericanos. Pero puedo afirmar que jamás he tocado siquiera un alfiler perteneciente a un norteamericano. He respetado las propiedades de todos. Y ningún norteamericano que haya llegado sin portar armas a Nicaragua ha sido dañado por nosotros.*

—Entonces, ¿considera usted que eso de la protección de vidas y propiedades norteamericanas es un pretexto?

—La verdad es que el gobierno norteamericano ha realizado tantos arreglos de dudosa índole con el régimen que detenta el poder, que teme a cualquier otro gobierno. Pero si yo estuviera en los zapatos del gobierno norteamericano y hubiera forzado al presente régimen nicaragüense a ceder los derechos del pueblo, después de que hubiera comprobado de qué lado estaba la justicia, habría renunciado a ellos. Habría vuelto sobre mis pasos, antes que bañar a una nación en sangre.

—¿A qué clase de convenios se refiere usted?

Uno de los oficiales de Sandino tomó entonces la palabra:

—Existe una concesión acordada a cierta casa bancaria de Nueva York para construir un ferrocarril en la costa norte. La concesión tiene una cláusula que mataría el tráfico en el río San Juan. Greytown (San Juan del Norte) es hoy un lugar desierto de donde una población arruinada ha huido como ratas que abandonan un barco que se hunde. Los que pudieron, quemaron sus casas para cobrar el seguro. Esta concesión y la administración anterior del ferrocarril también arruinaron a muchos cultivadores de café en el centro de Nicaragua, que durante todos estos años se han visto obligados a enviar sus productos hacia el Pacífico y luego reexpedirlos por la ruta de Panamá con el fin de que esta misma casa bancaria lucrara con los fletes del ferrocarril ya construido. Las tarifas del transporte se tornaron prohibitivas, de modo que esta casa y sus

amigos, y el banco que a su vez lo controla, compraron fácilmente las propiedades de los cosecheros de café arruinados. Además, el ferrocarril daba preferencia al transporte del café de las fincas pertenecientes a esta "clique" financiera; los cosecheros independientes debían pagar sobretasas o exponerse a que el café se pudriera. Cultivadores independientes, arruinados, tuvieron que vender sus fincas a pura pérdida. El régimen de esta empresa bancaria y de aquéllos que estaban vinculados a ella arruinaron al país entero, colocando una cadena de deudas alrededor de nuestro cuello, con la cual impiden que por años pueda realizarse algún tipo de desarrollo. Esta sucesiva expoliación económica de nuestro país, no puede beneficiar los amplios intereses comerciales de los Estados Unidos mismos. La presencia de los marinos norteamericanos en Nicaragua en apoyo de semejantes prácticas inicuas es una traición al pueblo de Estados Unidos.

—¿Y el canal?

Sandino replicó:

—Se *nos han robado nuestros derechos sobre el Canal. Presumiblemente se nos pagaron tres millones de dólares. En realidad, Nicaragua o más bien los bandidos que controlaban el gobierno por esa época, gracias a Washington, recibieron apenas algunos miles, que repartidos entre los ciudadanos nicaragüenses no les alcanzaría para que cada uno comprase una galleta de soda y una sardina; por semejante contrato, que firmaron cuatro traidores, perdimos nuestros derechos soberanos sobre el canal, las deliberaciones relativas a esta venta se realizaron en un Congreso espurio, a puertas cerradas que custodiaban tropas del Partido Conservador sostenidas por las bayonetas yanquis. Mi propio padre fue encarcelado porque protestó contra el Tratado Bryan-Chamorro y contra la concesión de ilícitos derechos militares y navales a Estados Unidos. Hubiera sido mejor que cada nicaragüense recibiera una galleta y una sardina. Al menos algunos estómagos hambrientos habrían conocido un instante fugaz de lujo. Personalmente, yo hubiera deseado que el canal fuese construido por una empresa privada, reteniendo el gobierno nicaragüense parte de las acciones en pago de los derechos cedidos, a fin de que tuviésemos un ingreso futuro no proporcionado por banqueros o intereses ruinosos, ingresos para construir caminos, ferrocarriles, escuelas, y para mejorar la situación económica del país. Tal como ocurrió, los dieciocho años de intervención norteamericana en Nicaragua han hundido más profundamente al país en la miseria económica.*

—*Permítame repetirle* —declaró el general— *que no somos más bandidos de lo que lo fue George Washington. Si el pueblo norteamericano no se ha vuelto insensible a la justicia y a los derechos elementales humanos, no olvidará tan fácilmente su propio pasado, cuando un puñado de soldados harapientos marchó a través de la nieve, dejando tras de sí huellas sangrientas, para conquistar la libertad y la independencia. Si sus conciencias no se han endurecido por el disfrute de la riqueza, los norteamericanos no olvidarán tan fácilmente la lección que, tarde o temprano, toda nación, por débil que sea, obtiene su libertad y que cada abuso del poder apresura la destrucción del que lo ejerce.*

—*Nosotros iremos hacia el sol de la libertad o hacia la muerte: y si morimos, nuestra causa seguirá viviendo: otros nos seguirán*[76].

[76] *Sandino, Bandit or Patriot?,* fechado en Managua el 29 de febrero de 1928. En *The Nation,* New York, Vol. 126. Nº 3273. 28 de marzo de 1928, págs. 340-341.

V

Las ideas que Sandino formula a Beals y que éste consigna en su sexto y último artículo para *The Nation,* serán reiteradas poco tiempo después, en la carta que enviará a su amigo el doctor Carlos Zepeda:

> *Nuestra gente muere, es verdad* —le dice—, *pero ellos muerden el lodo porque nuestras balas son certeras. Les hemos disputado nuestro terruño palmo a palmo, en la misma forma que los héroes del 76 se lo disputaron en la que fue gran República* y *es hoy una guarida de hombres sin respeto a los pueblos débiles.*
>
> *Washington fue el padre de una patria* y *rivalizó en lides libertarias con Hidalgo y con Bolívar; yo, en cambio, no soy, según dicen, sino un simple "bandido". Injusticias de las nomenclaturas: la medida del grande para el chico: el poder del oro que hace vacilar hasta las conciencias más rectas.*

En la misma carta, publicada en Santo Domingo el 1 de abril de 1928, Sandino expresa a Zepeda:

> *Y qué más puedo exigir de ti, mi buen amigo, cuando sé que todo lo has dado, cuando sé que ya nada tienes: pero que, si tuvieras algo, ese algo lo darías por ésta tu pobre gente que de todo carece, menos de valor de dejarse matar por la libertad y la independencia de su suelo natal. No obstante, quiero hacerte una súplica, no por mí, sino por estos pobres muchachos: auxilios médicos, vendas, gasas, quinina... ¿No hay allí amigos caritativos lo suficientemente generosos que, por suscripción privadamente, nos hagan este auxilio?*
>
> *La población civil también ha sido víctima de las fuerzas de ocupación norteamericanas. Ciudad Vieja, San Bartolo y otras son sólo montones de ruinas gracias al bombardeo de los aeroplanos: los pocos habitantes que en ellas quedan viven enterrados en cuevas o en simples agujeros en la tierra; los demás andan conmigo, entre las selvas, jugándose con nosotros la última carta: morir con dignidad y con decoro. Hay también, entre los heridos, mujeres, las heroicas mujeres que en los combates toman el fusil del que cae para siempre, las que nos dan agua, las que nos dan parque.*
>
> *Mientras nuestro pueblo es ametrallado y las mujeres y los niños mueren entre los escombros de sus chozas destruidas por los aviones de guerra de la nación más fuerte de la tierra, hay periodistas venales y cancillerías que continúan de rodillas ante los mutiladores del pueblo que, después de hundirnos, simulan darles la mano protectora o toman la administración de sus aduanas y de sus rentas.*
>
> *Ellos son los que prolongaron la revolución libertaria de nuestra patria; ellos son los que aconsejaron a Inglaterra para que mandara el* Columbus *a Corinto, dicen que para dar protección a los súbditos ingleses que nadie molestaba; ellos son los que han mandado a Moncada para que me ofreciera dinero y prebendas para que depusiese las armas y poder llegar a Cuba con la piel del cordero; ellos los lobos que llevan todavía en la frente el estigma de Nuevo México, Arizona, etc. y el asesinato de los niños héroes de Chapultepec, de la Escuela Naval de Veracruz y de los patriotas de Filipinas y de Haití. ¿Y qué diremos de Colombia, la heroica mutilada... ¿Y qué de nosotros, que somos cazados como alimañas peligrosas y que para esto no omiten nada los "gloriosos ejércitos' que vienen a combatir contra 1.500 patriotas, héroes que de antemano han dado sus vidas con la esperanza de que sea ésta la semilla de la verdadera libertad de nuestra América?*
>
> *Haz llegar nuestra voz de protesta a Cuba. No ha de faltar algún hombre con la talla moral suficiente para que diga la verdad de nuestras desgracias. Es necesario dar*

un retoque a los figurones que destilan ignominia: Díaz, Cuadra Pasos, Chamorro, Moncada, y presentarlos de cuerpo entero, con todas sus lacras y sus llagas. Habla del pueblo nicaragüense, abnegado, sufrido, valiente, resuelto a todos los sacrificios, hasta la muerte, hasta el exterminio total. Y que hablen de mí, que hagan las rectificaciones: que soy un bandido porque no he entrado en la almoneda pública y porque, sobre todas las cosas, está mi patria, la patria que todos soñamos libre y grande.

Y si en Cuba no resulta nada; si los representantes de las naciones de habla española no cristalizan el ideal de estos pueblos, no nos queda más que dejarnos asesinar pensando que hemos cumplido con nuestro deber.

Te quiere y te abraza tu amigo, A. C. Sandino. Patria y Libertad.

Hasta el 1 de febrero de 1928, según declaraciones oficiales, Estados Unidos había enviado a Nicaragua cuatro mil seiscientos nueve hombres de infantería de marina, de los cuales el Departamento de Marina daba como muertos a veinticuatro, heridos a cuarenta y cinco y retornados a la Unión por las enfermedades tropicales, mil cuatrocientos diez. Al paludismo y la malaria, vistos los estragos que hacían entre los invasores, se los designaba entre el pueblo de Nicaragua "los grandes patriotas", tal como hacía algunos años era "el gran patriota" el vómito negro en Cuba. Hasta esa fecha la Unión había enviado 6 aparatos De Havilland para lanzar bombas, 6 anfibios e hidroplanos, 6 de observación, 3 Fokker para transportes y 6 del tipo Curtiss Fallón.

Si bien los soldados sandinistas padecían indecibles sufrimientos, por lo menos combatían en su propia tierra y contaban con la ayuda franca o subrepticia de las poblaciones donde operaban. Podía no ocurrir lo mismo entre las tropas invasoras yanquis, como se deduce de la declaración del *Controller o* interventor general, del 15 de septiembre de 1927, según la cual los oficiales destacados en Nicaragua y sin familia que dependiese de ellos, no tenían derecho a que se les abonase gratificación por alquiler de alojamiento, "por estar sirviendo en descampado frente al enemigo". El *Army and Navy Register,* redactado por militares y marinos norteamericanos, destacaba que la declaración del *Controller o* Contralor —como se decía en la España de Felipe V— significaba que la Unión estaba en "estado de guerra con Nicaragua". Por otra parte, era el secretario de Marina quien confirmaba ese estado de guerra contra una nación débil y pequeña, sin la previa declaración formal, al conceder varias cruces y condecoraciones y declarar que en el caso de los oficiales que sirven en Nicaragua, "allí había habido acciones, combates y un enemigo".

Las actividades bélicas de Sandino proseguían al ritmo esporádico impuesto por las necesidades de la guerra de guerrillas. No salen en grupos fuertes sino en pequeñas columnas, por las veredas y caminos que les son familiares. Caminan sobre todo de noche o en las primeras horas de la mañana. Al amanecer ocupan las posiciones estratégicas señaladas, escondidos tras una roca o un tronco, a la espera del enemigo. Son sobrios. No necesitan cocinas ni se les reparte alimentos. Con un trozo de tasajo tienen para varios días. Lo asan en los improvisados campamentos o "vivacs". Los platanares son inmensos y les dan el bastimento. El agua circula en los pequeños riachuelos y en los grandes ríos, a cada paso. Cumplida la misión no pierden tiempo en correrías al azar. Retornan presurosos a sus cuarteles, tan silenciosamente como han llegado, luego de haber librado su escaramuza o su batalla.

Hay otro campo donde se ejerce igualmente la acción de Sandino. Puesto que los responsables directos o indirectos de los padecimientos del pueblo de Nicaragua son los intereses extranjeros, sobre éstos descarga también su acción justiciera, castigándoles en donde más les duele: su dinero. Así, conmina a los concesionarios y contratistas madereros de la región segoviana, a abonarle tributo de guerra. He aquí el texto de una carta dirigida por Sandino a los comerciantes:

A los concesionarios del traidor y espurio gobierno de Adolfo Díaz:

En vista de las empresas de explotación de las selvas que ustedes han emprendido en la zona dominada por los mantenedores de la dignidad nacional y de que ustedes no han llenado los pagos de deberes necesarios en relación con este mandato, me veo en la necesidad de manifestarles, que para que ustedes gocen de una efectiva y amplia

garantía, es necesario que se presenten en esta oficina y paguen los derechos correspondientes a cambio de las órdenes necesarias para que se les permita seguir sus tareas ininterrumpidamente. En consideración a su nacionalidad, les concedo este privilegio, especialmente cuando se que no hay razón para que yo no sea de su agrado ni para que obstruyan nuestro derecho a mantener la soberanía de nuestra Patria.

Su negativa llevará a mi ánimo la creencia de que ustedes son opuestos a los principios de libertad y, por consiguiente, me obligará a que dé órdenes para la suspensión de sus tareas por todos los medios de que dispongo.

Creo que será innecesario que explique en detalle cuáles son las intenciones que me animan al escribir esta carta y *espero que ustedes la interpreten sanamente y se decidan a acceder a lo que en ella se estipula.*

Patria y *Libertad. A. C. Sandino.*

No sólo obtuvo Sandino de ese modo los recursos que desesperadamente necesitaba para adquirir armas y medicinas. Agrupaciones de todo el continente recogían fondos para enviar a Nicaragua. En México se constituyó el Comité Manos Fuera de Nicaragua y su ejemplo fue seguido por entidades de todo tipo, sobre todo estudiantiles. En cierta oportunidad, el Comité Estudiantil Pro Sandino, de Santa Ana, El Salvador, hace llegar al caudillo 500 colones. Al agradecer el envío, Sandino instó a los donantes "a hacer cuanto esté a su alcance para que el asunto de límites entre Honduras y Guatemala no sirva de pretexto al imperialismo que trata de sofocarnos con sus músculos de acero y oro '. "Nos llamamos unionistas —agregaba acto seguido— y cuando se trata de las demarcaciones ridículas de nuestros remedos de repúblicas, venimos a hacer valer derechos que no tenemos la entereza de alegar al intruso con todos los medios que pone a nuestra disposición la dignidad; nos decimos hermanos y siempre, siempre que se trata del cerco de nuestros predios, afilamos el machete para mostrarlo en actitud hostil al que en ese momento consideramos excomulgado del lazo familiar, que solamente invocamos a manera de postre delicioso en conferencias y convenios de mentida fraternidad..."[77]

VI

El 2 de marzo de 1928, el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado estadounidense, senador Borah, dio a conocer los testimonios prestados el mes anterior sobre la situación en Nicaragua, por altos oficiales navales. Nada nuevo se agregaba a lo ya conocido, salvo las manifestaciones del general de brigada Lane, del cuerpo de infantería de marina, quien sostuvo que en caso de ser retirados los marinos de Nicaragua, Sandino marcharía sobre Managua y se haría cargo del gobierno.

Al día siguiente, el Congreso de la Unión confería la medalla de honor al teniente Christian Frank Schilk, aviador de marina, "por haber salvado heroicamente a varios camaradas" durante un combate en Quilalí. Era el primer oficial de la armada a quien se condecoraba desde la terminación de la guerra mundial, pero se seguía sosteniendo que no existía estado de guerra entre Estados Unidos y Nicaragua...

A esa guerra se refería *The World* en un editorial del 6 de marzo:

La situación en conjunto presenta el aspecto de una pesadilla interminable, reflejo no ya de un simple episodio más o menos infortunado, sino del verdadero estado de

[77] Sobre el problema de límites entre naciones centroamericanas, Sandino se expidió claramente en diversas oportunidades. Una extensa declaración en tal sentido figura en la obra del autor, *Sandino, general de hombres libres.*

ánimo oficial. Los efectos de esa falta de explicación sobre los móviles que persigue el gobierno al comprometerse en la campaña de guerrillas recaen en nuestros soldados de mar, pues los miembros de esta bizarra institución mueren obedeciendo órdenes que deben llenarles de desesperación.

Ante todo, nuestros soldados de marinería, que no se encuentran en guerra con nadie, no pueden probar la eficacia de sus armas contra Sandino. A nuestro juicio, la tarea que se les ha confiado es absolutamente negativa, consistiendo en arrinconar a Sandino hasta el próximo otoño, a fin de que no pueda entorpecer la marcha del proceso electoral. En cambio, en lo que a Sandino respecta, la actual situación es de verdadera guerra, y no vacila en llevarla adelante. A ello se aplica con verdadero encarnizamiento, ayudado por la ventaja de conocer el terreno que pisa y usando de esa ventaja constantemente. Sus rápidas acometidas a los convoyes de abastecimiento han sido desastrosas para los marinos, en razón de haber recibido éstos órdenes de no efectuar ningún contraataque.

A decir verdad, no anhelamos el exterminio del jefe revolucionario pero tampoco queremos ver caer a nuestros soldados en esa guerra, en la cual siempre llevan la peor parte y que parece no responder a objetivo alguno. Además, no deben olvidar que esa guerra se ha convertido en el centro de atención de las críticas latinoamericanas contra Estados Unidos. Los que formulan esas críticas saben perfectamente, lo mismo que lo saben nuestros soldados, que los partes de guerra referentes a las bajas de los sandinistas son grandemente exagerados.

La parte desdichada de este asunto es que los soldados norteamericanos pierden la vida sin saber por qué y sin que el público norteamericano esté verdaderamente convencido de que mueren por algo que ha sido inteligentemente determinado. Creemos deseable, por lo tanto, ahora que ya se han recogido los frutos de la Conferencia de La Habana, que el Senado vuelva a considerar los propósitos de investigar los asuntos norteamericanos en tierra nicaragüense. A nuestro entender, esa investigación es necesaria, porque es la única forma de que el pueblo se entere de los hechos. Los comunicados que se dan al público son artificiosos y oscuros.

No menos importante que esa apreciación fue la formulada dos días antes en el New *York Times* por su corresponsal en Managua, Harold Denny:

Se halla muy generalizada la opinión de que la táctica norteamericana del tira y afloja, impuesta por el temor a la reacción en casa y a las censuras de la América Central y del Sur, es el principal factor responsable de que Sandino pueda seguir burlándose de la persecución de los marinos norteamericanos, atrayendo todas las miradas del mundo hacia Nicaragua. De otro modo sería inconcebible toda esta tragicomedia en que un insignificante jefe guerrillero, desequilibrado posiblemente, pero en todo caso “posseur', puede desafiar con éxito, en medio de las aclamaciones de una buena parte de la América Latina, a una de las más brillantes fuerzas militares del mundo.

Entretanto, los norteamericanos residentes en Managua y los elementos sensatos de Nicaragua opinan que no hay otro problema que haya causado tanta confusión en la opinión pública americana, como la crisis nicaragüense.

El pueblo nicaragüense es encantador bajo muchos aspectos, pero enormemente frívolo. Se parece al de Estados unidos, tanto como el suelo volcánico de su país se parece a las praderas de Iowa. Nada conseguimos con que los norteamericanos residentes aquí manifiesten con harta frecuencia el regocijo con que contemplan la inutilidad de los esfuerzos de los nativos; es un despropósito establecer un parangón entre los norteamericanos y los nicaragüenses, a pesar de su exquisita cortesía. Nada ha causado tantos conceptos falsos entre los norteamericanos que se quedan en sus casas, acerca de las dificultades del último año, como la aplicación estricta de nuestras ideas políticas a las cosas de Nicaragua; los términos “conservadores” y “liberales” no encierran absolutamente ningún significado; mejor sería llamarlos “los de adentro” y “los de afuera”; vale decir, los que están en el gobierno y los que están en la oposición.

El mismo 4 de marzo, desde Managua, se hacían conocer informaciones de fuente norteamericana, respecto de un combate librado en Daraili, del cual habían resultado muertos cinco soldados de la Unión y heridos ocho. EL cable de *Associated Press* informaba:

> El encuentro duró desde las 13.30 hasta la caída de la noche. La patrulla norteamericana seguía un sendero cortado en varias partes por un torrente que debía vadearse. En cierto momento, cuando subía una pequeña elevación, que parecía prestarse para preparar una emboscada, el teniente Oday, comandante de las fuerzas, divisó una pared de piedra que circundaba un corral.
>
> Oday, en compañía de algunos miembros del cuerpo sanitario, se adelantó algunos centenares de metros con el fin de reconocer el lugar. Los patriotas nicaragüenses los dejaron avanzar sin hacer fuego, pero luego les cortaron la retirada y casi inmediatamente empezaron el tiroteo contra los que quedaron en la columna, siendo pocos los soldados norteamericanos que sufrieron con los primeros disparos. Al avanzar la tarde el fuego se hizo más intenso, y tres norteamericanos murieron mientras otros dos recibieron heridas mortales y fallecieron al día siguiente. Oficiales sin ningún comando determinado reemplazaron debidamente al teniente Oday mientras éste se veía separado de sus tropas y respondieron enérgicamente al fuego de los sandinistas, escogiendo posiciones adecuadas durante el día. Al caer la noche, el capitán William McNulty, que se dirigía hacia el este en otra misión, al mando de ochenta hombres, llegó al lugar del combate. Según las informaciones suministradas por los norteamericanos, McNulty acechó a los patriotas nicaragüenses durante la noche y al amanecer los derrotó. El teniente Oday sólo al llegar la noche pudo reunirse con sus tropas.
>
> Los sandinistas continuaron haciendo disparos durante toda la noche, pero los norteamericanos no respondieron, con el fin de impedir que se conociesen sus posiciones. Los dos beligerantes se encontraban tan cerca el uno del otro, que los norteamericanos podían oír a los patriotas nicaragüenses, que en mal inglés decían: “Nos apoderamos de Oday”, y también se oían los insultos que dirigían a los que atropellaban la independencia de Nicaragua. Aseguran también los norteamericanos que saben que varios patriotas perecieron, pero dicen no poder asegurar el número de bajas del enemigo, debido a que los sandinistas cuando abandonan el campo de batalla, se llevan a sus muertos y heridos. También creen que alrededor de doscientos sandinistas tomaron parte en la refriega, aunque confiesan que es difícil asegurar el número exacto, a causa de los densos matorrales que ocultaban a los soldados de ambos bandos.

Las elecciones de 1924 en Nicaragua habían señalado un progreso liberal, por lo que, de realizarse los comicios en condiciones de equidad, el triunfo de aquéllos era seguro, con Moncada como presidente; pero el que dominaba a la mayoría de la Cámara era el conservador Chamorro, quien trataba de sacar provecho de su ventaja. El día 8 de marzo, Washington informaba a Managua que, a menos de que se dictara cuanto antes una ley de fiscalización, se vería “en la necesidad de tomar medidas destinadas a hacer que Nicaragua cumpla con las obligaciones de acuerdo con Estados Unidos”.

El ministro yanqui en Managua, Mr. Eberhardt, hizo la advertencia en nombre de su gobierno, alarmado porque a sólo dos días de finalizar el periodo regular de sesiones, la ley McCoy no había sido aprobada. El periodo ordinario concluyó, en efecto, sin haberse tomado resolución alguna; pero en sesiones extraordinarias, el 13 de marzo, el Congreso rechazó, por 22 votos contra 16, el susodicho proyecto de ley, que establecía la fiscalización yanqui sobre las elecciones nicaragüenses. “Círculos oficiales” de Washington señalaron ese mismo día que no se ''retrocedería de ningún modo en la determinación de cumplir su promesa de fiscalización”. Esos funcionarios no ocultaron su resquemor por la actitud de Chamorro, a quien presentaban como un chantajista que presionaba a la Unión para hacerla admitir su candidatura, y señalaron que el Departamento de Estado no sólo no la aprobaría sino que ni siquiera le reconocería como presidente en el supuesto caso de que fuera elegido.

Mientras tanto, el 9, *The World* proseguía atacando la política del Departamento de Estado. Al referirse a la decisión de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, que había rechazado la moción del senador Heflin solicitando el retiro de los marinos norteamericanos de Nicaragua, citó la declaración unánime de los miembros de dicha Comisión, en el sentido de que los sucesos de aquel país eran "desgraciados y lamentables", y agregó:

> "Estamos perfectamente de acuerdo. Hasta preferiríamos los términos 'estúpidos y vergonzosos'... La Comisión del Senado habla como si Sandino no existiese, y ello es perfectamente comprensible, porque es más fácil dar por no existente al caudillo que hacer frente al problema que su existencia representa. Con aplicarle nombres como 'bandido', nada cambia el hecho de que en un encuentro tras otro los nicaragüenses matan a soldados norteamericanos, y éstos matan a ciudadanos nicaragüenses; y que en el estado en que las cosas se hallan, no hay ninguna esperanza de que esa matanza termine muy pronto. Creemos que sería tiempo ya de que fuese otra misión Stimson a Nicaragua, aunque no fuera sino para arreglar un armisticio; en caso de que las negociaciones fallasen no habríamos perdido nada, pero en cambio podríamos ganar mucho en el sentido de poner fin a esta política trágica de dejar que las cosas marchen por sí solas, sacrificando entretanto preciosas vidas."

Como confirmando sus palabras, ese mismo día *Associated Press* informaba la caída de un avión norteamericano en Nicaragua, tripulado por el capitán Byrd y el sargento Frankforter, "a raíz de haber chocado un buitre con uno de los tensores del aparato".

Además, el propio "bandido" Sandino hacía llegar a la Comisión del Senado una prueba de su existencia, por medio del periodista Carleton Beals. Lewis S. Gannet, subdirector del diario *The Nation,* al que Beals representaba, entregó el mensaje al senador Borah. En el mensaje se agregaba la nota de Sandino al contralmirante Sellers —ya citada— señalando la implícita amenaza para la seguridad de "cualquier funcionario norteamericano residente en territorio nicaragüense", a menos que los marinos se retiraran del país. Sostenía el caudillo:

> *La única forma de poner término a la presente lucha es retirar los marinos de Estados Unidos de nuestro territorio, sustituir al actual presidente por algún candidato nicaragüense no candidato a la presidencia y que* las *próximas elecciones sean fiscalizadas por ministros de los gobiernos latinoamericanos y no por soldados de la Unión.*

Además, agregaba:

> *En nombre del pueblo nicaragüense protesto contra la prolongada barbarie de vuestras fuerzas en mi país, que ha culminado en la reciente destrucción total de Quilalí. Nunca reconoceré a un gobierno que nos haya sido impuesto por una potencia extranjera. Reclamo el retiro inmediato de las fuerzas invasoras; de lo contrario, a partir de la fecha no me hago responsable de la vida de ningún funcionario norteamericano residente en territorio nicaragüense. Patria y Libertad. A. C. Sandino.*

Recién entonces se conoció también la carta enviada por Sandino a la VI Conferencia Panamericana de La Habana, en la que protestaba contra los "delegados ilegales" de Nicaragua y contra "la hipocresía de Mr. Coolidge, que habló de buena voluntad después de haber enviado a Nicaragua un ejército de homicidas".

VII

El 10 de marzo, el Congreso de Nicaragua suspendía por razones de economía la Comisión Mixta de Reclamaciones, constituida para examinar y resolver los daños y perjuicios causados por la revolución, que para los yanquis ascendían a unos 16 millones de dólares, o sea, cerca de la quinta parte de la fortuna nacional nicaragüense. El representante de la Unión era Roscoe R. Hill y los de Nicaragua Enoc Aguado y Gustavo Argüello.

El mismo día, James T. Williams, de la Oficina Noticiosa Internacional de Washington, arribado a Managua para estudiar la situación, ofrecía un almuerzo en honor del condecorado teniente Schilt, considerado uno de los mejores aviadores de la marina. Sentáronse a la mesa los generales Moncada y Chamorro, Adolfo Díaz, el contralmirante Sellers, el ministro Eberhardt, los generales McCoy y Feland y el comandante de la recién puesta en marcha Guardia Nacional, general Beadle. ¡Era toda una reunión! El ministro Eberhardt dijo que el hecho de estar dispuestos los conservadores y liberales a reunirse socialmente, indicaba que el odio entre ambos partidos disminuía. Citó otras tres ocasiones en que, durante los últimos meses, y gracias a los norteamericanos, se reunieron en fiestas sociales conservadores y liberales y brindó porque esos contactos continuaran. Lo que no dijo fue que se trataba de contactos entre lobos repartiéndose el cuerpo de mansas ovejas.

La intervención que se desarrollaba en Nicaragua continuaba cumpliendo, ínterin, sus objetivos; el día 14, el general Feland anunciaba que los dos meses siguientes "serán los más favorables para terminar la tarea de libertar el norte de Nicaragua de las actividades de los "elementos fuera de la ley". El día 17, *New York Times* se hacía eco de la llegada de nuevas tropas a Nicaragua: "La decisión del gobierno de Estados Unidos de enviar a Nicaragua marinería de refuerzo es interpretada como una prueba inconfundible de que el Departamento de Estado está resuelto a mantener el convenio Stimson, según el cual la realización de las elecciones de octubre deberá ser fiscalizada por las autoridades norteamericanas. Una vez llegado el nuevo contingente, habrá en Nicaragua mayor número de fuerzas norteamericanas que en ningún momento durante la revolución del año pasado. Además de los tres mil setecientos hombres de tropas de desembarco que se encuentran en el país, hay en los puertos cinco cruceros, cuyas tripulaciones pueden engrosar en cualquier momento las fuerzas ya desembarcadas."

Con referencia a esa situación, un editorial de *The World* señalaba:

> La tercera razón en que nos apoyábamos para justificar el mantenimiento de nuestras fuerzas de desembarco en Nicaragua acaba de esfumarse. En un principio justificamos nuestra intervención con la necesidad de proteger las vidas y propiedades de los ciudadanos norteamericanos; luego invocamos la necesidad de proteger nuestros derechos relativos al proyectado canal; pero cuando el frente de batalla se alejó de los puntos en que había vidas y propiedades norteamericanas y de la zona cruzada por el proyectado canal, nuestras tropas permanecieron en el país, prestando su apoyo a una fracción contra la otra. Esta situación anómala terminó cuando Mr. Stimson arregló la tregua entre conservadores y liberales. Entonces salimos con el tercer argumento para explicar nuestra misión en Nicaragua, y esta teoría fue explicada por Mr. Hughes en La Habana, diciendo que estamos en Nicaragua a pedido de los dos partidos políticos, para garantizar una elección correcta. Pero resulta ahora que uno de los partidos se niega categórica y solemnemente a permitir que nosotros garanticemos una elección libre y correcta, de modo que nuestro tercer argumento se ha ido en humo; porque salta a la vista que nosotros no podemos sostener que estamos en Nicaragua a pedido de los dos partidos, cuando uno de ellos se empeña en negarnos ese derecho. Habrá que buscar, pues, un cuarto argumento para explicar la continuación de nuestra intervención...

El 17 de marzo, *Repertorio Americano,* de Costa Rica, transcribía los siguientes juicios sobre la lucha de Sandino y Nicaragua:

> De Romain Rolland:

"Me asocio a su protesta contra lo que está pasando en Nicaragua. La invasión de ese país forma parte de una poderosa maquinaria del imperialismo yanqui para apoderarse de todo el Continente americano. Juzgo que el atentado político de Nicaragua es el más urgente de denunciar..."

De Henri Barbusse:

"Cuando el ciudadano oprimido se agita y protesta, se le declara rebelde; se dice: es un bandido. Si se levanta en armas, se dice: es el odio de la raza que lo fanatiza."

Y de Gabriela Mistral:

Me pregunta Ud., amigo Deambrois, lo que pienso sobre la resistencia del general Sandino a las fuerzas norteamericanas. Me pone Ud. en apuros: yo oigo hablar de política la mitad del año —el tiempo que paso en París— pero yo no querría saber nada de todo eso. Sin embargo, voy convenciéndome de que caminan sobre la América vertiginosamente tiempos en que ya no digo las mujeres, sino los niños también, han de tener que hablar de política, porque política vendrá a ser (perversa política), la entrega de la riqueza de nuestros pueblos; el latifundio de puños cerrados que impide una decorosa y salvadora división del suelo; la escuela vieja que no da oficios al niño pobre y da al profesional a medias su especialidad, el jacobinismo avinagrado, de puro añejo, que niega la libertad de cultos que conocen los países limpios; las influencias extranjeras —que ya se desnudan con un absoluto impudor— sobre nuestros gobernantes. Van, por servirlo, estas líneas que contienen, más que observaciones mías, comentarios oídos en París a sudamericanos dirigentes.

Son ciertas las palabras con que Froylán Turcios ha hablado del general Sandino: "Los ojos del mundo (yo diría del mundo español porque al resto le importamos bien poco) (*en esto se equivocaba Gabriela)* están puestos en Sandino." Sin esperanza alguna de que él venza, por un destino de David hondero, que ya no aparece, con la esperanza únicamente de que alargue lo más posible la resistencia y postergue la entrega del territorio rebelde, a fin de que se vea hasta dónde llega la crueldad norteamericana, hija de la lujuria de poseer.

La prensa francesa y la inglesa demuestran —y hasta de ello hacen alarde— estimación y estímulo hacia el Partido Liberal de Nicaragua, así como repugnancia por la extorsión de Estados Unidos. Si los norteamericanos no poseyesen esa impermeabilidad de diorita para la opinión del mundo y sus expresiones de simpatía o de repulsa, tomarían en cuenta este coro reprobatorio de los grandes cotidianos europeos. Pero su insensibilidad, que hace parte de su fuerza, los deja sordos a semejante réplica que ningún otro pueblo desentendería.

Algunos esperan que una resistencia de un año alcance a desentumir la conciencia de los demás países nuestros y a decidirlos a una acción diplomática de conjunto, semejante a la que provocó la conferencia de Niágara Falls en la cuestión con México. Otros desean que Sandino y su gente vayan semana a semana elevando el tono de su hazaña, para que Estados Unidos, midiendo las dificultades de la dominación en un país pequeño, no emprenda la de los grandes...

Tal pensamiento, que he sorprendido en más de uno, me parece, por malicioso, un poco ruin. Los hispanizantes políticos que ayudan a Nicaragua desde su escritorio o desde un Club de estudiantes, harían cosa más honesta yendo a ayudar al hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no les toque ver otro, haciéndose sus soldados rasos. (Al cabo tiene Nicaragua dos fronteras no demasiado pequeñas y que es posible burlar). Cuando menos, si a pesar de sus arrestos verbales, no quieren hacerle el préstamo de sí mismos, deberían ir haciendo una colecta continental para dar testimonio visible de que les importa la suerte de ese pequeño Ejército loco de voluntad de sacrificio. Nunca los dólares, los sucres y los bolívares suramericanos, que se gastan tan fluvialmente en sensualidades capitalinas, estarían mejor donados.

Francia vio en la guerra aumentar día por día la llamada Legión Extranjera, formada por jóvenes que de los pueblos amagados por el peligro, venían a ofrecerle lo mejor que puede cederse, que es la sangre joven. Sandino, según parece, no ha visto

llegar hasta hoy esos mozos argentinos, chilenos, ecuatorianos, que son su misma carne, y que le deben una lealtad temeraria y perfecta que sólo la juventud puede dar. ¿Dónde está la naturalísima, la lógica *Legión Hispanoamericana de Nicaragua?*

Sí. Froylán Turcios dice también verdad escueta asegurando que la lucha en que se ha echado como en una marejada mortal el general Sandino, alcanza y supera a las Troyas clásicas que los bachilleres aprenden de memoria para sus exámenes. Sólo que aquellas épocas que ellos celebran en sus tesis no tenían como ésta el concepto espectacular de un choque de razas, sino que griegos y troyanos precipitaron la flor de su generación en el infierno de la lucha, porque la justicia entonces era cosa más viva, más caliente e inmediata, un salto recto de flecha hacia el objeto angustiador. En nuestro tiempo, a esta hora en que escribo, y con el derecho internacional que jiba al mundo, se está "discutiendo en La Habana el derecho a discutir la cuestión de Nicaragua" y se oye con una paciencia que yo llamaría de otra manera, el discurso, con inflexiones a lo Marco Aurelio, o a lo cuáquero, de Mr. Coolidge. Su discurso de apertura en la Conferencia Panamericana será el ejemplar mejor de la literatura política del sepulcro blanqueado, que suelen enseñarnos las razas anglosajonas.

La aseveración más grande que yo he oído es la de que "en Nicaragua los norteamericanos tienen razón porque apoyan a un gobierno aceptado y querido por una mayoría a la cual la intervención yanqui da complacencia a causa de las ventajas y el logro material que lleva consigo". Son palabras de un joven nicaragüense, y no le han quemado la boca ni siquiera alterado el rostro cuando me las repetía. —"El derecho, si por tal hemos de entender la voluntad expresa de la mayoría, está con el señor Díaz.'"

Y yo le he contestado el argumento, porque ya he aprendido en muchas falsedades semejantes de los políticos, a distinguir entre "derecho" y justicia, es decir, entre forma y espíritu, entre el hueso muerto y el tuétano vivo, entre papel sellado y honestidad. Le dije solamente que, a creerle, sería verdad lo que se ha dicho por un español: que la traición es la mitad del temperamento mestizo, una especie de aliento nuestro que nos envenena y una ventura cotidiana en cuya trampa hemos de perecer.

Es muy difícil, a esta distancia, formarse juicio cristalino de lo que allá ocurre. Pero aun ignorando detalles y con un puñado de datos, las líneas grandes de la situación ya rojean y hasta llamean de verdad: el general Sandino carga sobre sus hombros vigorosos de hombre rústico, sobre su espalda viril de herrero o forjador, con la honra de todos nosotros. Gracias a él la derrota nicaragüense será un duelo y no una vergüenza; gracias a él, cuando la zancada de botas de siete leguas que es la norteamericana, vaya bajando hacia el Sur, los del Sur se acordarán de "los dos mil de Sandino" para hacer lo mismo. Gracias a él, los nicaragüenses que ayudan al establecimiento del protectorado, ellos mismos, serán menos desdeñados que el protector que les concederá cierta honra porque son, al cabo, el hermano o el pariente de "aquel Sandino". Suelo arrebatado pulgada a pulgada, como es el de la zona rebelde, y no entregado como una pieza de lienzo, suelo mordido por la granada de los aeroplanos, por el precio infinito de la hazaña y que centuplica los fusiles y las máquinas infernales, cobra el valor de sus poblaciones; como que se vuelve la carne viva de la historia.

Echa este rectángulo de suelo un aroma de santidad que purifica el resto deshonrado y hace recordar y bajar la cara a los que malamente llegan a dominar semejante lote de gente y de naturaleza.

Ya se ve —¿por qué no decirlo, aunque los burlones se rían con su fácil sonrisa?—, ya se ve un culebreo de resplandor eléctrico sobre esas sierras que dan escondite al pobre y heroico Sandino, y se mira hacia esa uña geográfica de su quebrada con un angustioso amor que pide día a día mensajes para saber si el caudillo vive.

El Ángel de los oficios no le dio en vano el de herrero: iba a necesitar el hacha más ligera para alzarla y más pesada para dejarla caer. Se le oye el resuello fatigoso y dan ganas de enderezarle el viento para que ayude sus pulmones.

El señor Sacasa decepcionó a muchos que esperaban en él. Sandino endereza, hasta ahora, los entusiasmos que el otro dejó caer. París, 1928.

Repertorio Americano, de Costa Rica, que en su número del 14 de abril de 1928 consignaba la carta de Gabriela Mistral, reproducía además la siguiente carta de Sandino:

Campamento de los Defensores de la Soberanía Nacional de Nicaragua. Febrero 6 *de 1928: Sr. Dr. Carlos León. Presidente de la Unión Centro-Sud Americana y Antillana. México. D. F.*

Muy señor mío.

De manos del señor Carleton Beals recibí su apreciable del 6 de enero recién pasado.

Mi Ejército y yo agradecemos la felicitación fraterna que por el cumplimiento de nuestros deberes ciudadanos, nos envía por su medio la Unión Centro-Sud Americana y Antillana. Deben estar seguros ustedes que nuestra actitud no cambiará mientras un palmo de territorio patrio esté ocupado por el bárbaro invasor.

El portador de su misiva fue recibido y atendido con el cariño y consideración que merece. Bien dice usted en el sexto párrafo de su carta que la Patria de la raza indo hispana comienza desde las riberas del río Bravo y termina en el confín sud de la Tierra del Fuego.

Aceptamos agradecidos el ofrecimiento que por su medio nos hace la Unión y es muy probable que próximamente llegará por esa un representante de nuestra parte: Delegado especial; digo aceptamos, porque cualquier protección que ustedes nos den no sería para el que estas líneas suscribe, sino para el pueblo honrado de Nicaragua, que lucha por los más caros ideales del hombre.

En nombre de mi Ejército (que hasta la fecha no ha sufrido una derrota) y en el mío propio, reciba la Unión Centro-Sud Americana y Antillana, mi más sincero y fraternal saludo.

Soy de usted con toda consideración su Atto. S. Patria y Libertad, (fdo.) A. C. Sandino.

VIII

Otra carta interesante fue la que enviara Víctor Raúl Haya de la Torre a Froylán Turcios, representante de Sandino y director de la revista *Ariel:*

México, 5 de febrero de 1928. Querido señor Turcios:

Sabemos al fin que el ilustre defensor de la soberanía nicaragüense tiene en Ud. su verdadero representante ante los pueblos de Nuestra América. Nadie mejor que Ud. para tan alta representación. Quienes hemos venido siguiendo con profundo interés los incidentes de la lucha por la libertad de Nicaragua, habíamos lamentado que Sandino no tuviese un representante digno de él y de su causa en América. La designación de Ud. honra a la causa y honra a quien supo apreciarle tan merecidamente. Para los latinoamericanos que hacemos nuestra la causa de Sandino, la designación de Ud. como representante del héroe nos hace admirarle más aún.

Los peruanos desterrados por la tiranía yankófila de D. Augusto Leguía, quien va poniendo a nuestro país en la ruta de la indignidad y del desastre que ha seguido el monstruoso Adolfo Díaz con Nicaragua, tenemos por qué considerar nuestra la causa de Nicaragua y por qué seguir las incidencias de su lucha contra el imperialismo con la ansiedad de quienes asisten a la disputa por algo propio. Leguía prepara para el Perú una situación como la de Nicaragua. La tragedia puede ser más en grande, pero será la misma. El primer anuncio de ella ha sido la moción intervencionista de Víctor Maurtua, nuestro Chocano de la diplomacia, ante el VI Congreso Panamericano de La Habana. Maurtua llevaba el encargo de conseguir la “legalización” de la intervención militar

norteamericana en nuestro país para el día muy próximo en que estalle la revolución antiimperialista que el pueblo peruano tendrá que llevar a la victoria defendiendo su libertad y su soberanía.

Pero del mismo modo que consideramos, nosotros los peruanos proscritos por haber protestado contra la entrega del Perú al imperialismo, que la causa de la libertad de nuestro país en causa de la libertad de América, creemos también que en la lucha heroica del pueblo de Nicaragua contra sus invasores se está defendiendo un principio sagrado que no sólo incumbe a Nicaragua sino a toda nuestra América. El pueblo de Nicaragua y Sandino, su jefe revolucionario, son los campeones actuales de nuestros veinte pueblos amenazados.

Soldados como somos del APRA, hemos seguido desde el primer momento las incidencias de la lucha, pero creyendo que es necesario dar a nuestra adhesión más realidad, los desterrados del Perú por nuestras campañas antiimperialistas hemos resuelto ofrecer al general Sandino, por el digno intermedio de Ud., nuestra contribución de sangre, ofreciendo nuestros servicios incondicionalmente y poniéndonos a las órdenes del Ejército Libertador Nicaragüense para luchar en sus filas.

Esta oferta, sin reservas, de nuestros servicios, no había sido formulada antes porque había deseado consultarla a todos los compañeros antiimperialistas peruanos que sufren exilio en varios países de América y Europa, pero informado de su unánime determinación de ofrecer sus servicios a la causa de Nicaragua, cumplo con el deber, como representante de ellos, de transmitir en su nombre y en el mío propio este formal ofrecimiento de nuestra más decidida contribución. Somos jóvenes y somos fuertes y nos anima, sobre todas las cosas, la profunda convicción de que Nicaragua está defendiendo a América Latina y que nadie en ella puede ser indiferente a esta lucha.

Va con mi saludo más cordial la súplica de transmitir al general Sandino nuestro mensaje y los mejores votos porque la causa de Nicaragua resulte victoriosa en nombre de la libertad de nuestros pueblos.

En nombre de los desterrados antiimperialistas peruanos, Haya de la Torre.

El día 21, Adolfo Díaz firmaba el decreto que establecía la fiscalización norteamericana en las elecciones presidenciales a realizarse en octubre, y lo hacía conocer al pueblo por medio de bandos. El 23, el representante republicano por Nueva York, Fiorello La Guardia, presentaba la moción de que durante esas elecciones, los marinos fueran reemplazados por funcionarios civiles, en virtud de que “el principio del sufragio universal y secreto no es compatible con la vigilancia de las urnas por las fuerzas armadas”.

El 25 de marzo, el *New York Times* informaba que Nicaragua “trata de obtener de los banqueros norteamericanos un empréstito de 12 millones de dólares”. Efectivamente, el presidente Díaz había ofrecido en venta a instituciones bancarias “responsables” de la Unión, la mayor parte de las acciones del Banco Nacional de Nicaragua, ofrecimiento no aceptado hasta ese momento debido a que los banqueros querían la previa autorización del Departamento de Estado. Según Díaz, su propósito de vender el Banco no estaba relacionado con el empréstito, sino con su temor de que después de las elecciones, la institución fuera saqueada por los liberales; expresaba que se sentía orgulloso de que el Banco hubiera consolidado las finanzas del país, pero que los 4 millones de dólares depositados en Nueva York representaban una suma tentadora para cualquier partido. El ministro de Hacienda, Guzmán, declaraba, a su vez, que Nicaragua necesitaba el empréstito para consolidar las deudas internas y externas, construir carreteras, proveer al sostenimiento de la Guardia Nacional y pagar los gastos de las elecciones, además de construir un ferrocarril a través del país.

Ese mismo día, en Managua, el Partido Liberal celebraba, al igual que en todo el país, festejos por la sanción oficial de la fiscalización norteamericana de los comicios. Sabían que tal fiscalización favorecería la elección del general Moncada y llegaron a expresar su júbilo en manifestación hasta la Legación de la Unión. En público manifiesto, declaraba ese partido que gracias a la ley McCoy se afianzarían la libertad, la justicia y el gobierno representativo.

Como complemento, los marinos intensificaban la lucha contra Sandino. Los aviones de transporte llevaban sin tregua provisiones de boca y guerra a la zona del norte, en un esfuerzo para aplastar la rebelión antes de la temporada de las lluvias. Se descontaba, no obstante, que

de ser necesario las operaciones continuarían de todos modos, sin tener en cuenta ese factor adverso.

Sandino y sus partidarios continuaban, cada uno en su puesto, la lucha. A fines de marzo de 1928, la Liga Antiimperialista de Norte América, con sede en Nueva York, comenzó una campaña por correspondencia destinada a conseguir fondos para adquirir medicamentos para Sandino. Una circular era encabezada así: "Alístese con Sandino. Corre la sangre en Nicaragua." Debajo estaba impreso un mapa, y en la parte donde se leía Nicaragua figuraba una afilada daga de la que chorreaba sangre. En otras circulares figuraban fotografías demostrativas de los efectos causados por los bombardeos en Nicaragua y un dibujo en el que se mostraba a un soldado norteamericano plantando la bandera de la Unión sobre los cadáveres de los patriotas nicaragüenses, mientras en el fondo se divisaban aviones de vuelo.

El norteamericano Carleton Beals, en su viaje de regreso de Nicaragua, al pasar por México, declaró, el 29 de marzo, que la captura de Sandino era una cuestión de suerte, y que era posible tanto que se le capturara al día siguiente como que se sostuviera un año más. "Para poner fin a sus actividades —agregaba— sería necesario que quince o veinte mil hombres de marinería prestasen servicios policiales en Nicaragua. Y aun sería posible que con tal número no se llegase a capturarle. Se halla en una región de matorrales, y para dar con él, sería preciso apostar un marinero cada cincuenta pasos. Con todo, podría capturársele cualquier día, pero para eso es necesario que el adversario tenga suerte. Si la Unión continúa valiéndose de sus fuerzas bien armadas, necesariamente se impondrá tarde o temprano."

Del mismo periodista, publicaba *The Nation,* de Nueva York, el 5 de abril, un artículo referente a la situación de los nicaragüenses que buscaban refugio en Honduras:

> "Llega caminando una larga fila de esos fugitivos; algunos llevan simplemente un atado de ropas sobre la espalda, otros arrastran bolsas que contienen todo cuanto les queda; un hombre lleva en una bolsa sus gallinas, y ahí camina una vieja encorvada bajo el peso de los años, arreando un cerdo. Hay entre los fugitivos hombres que en otros tiempos eran prósperos estancieros, y que huyen ahora a través de la frontera llevando consigo sus inmuebles y enseres cargados en mulas y sus ganados. He conversado con casi todos esos fugitivos y todos ellos se expresaron con una profunda amargura contra los norteamericanos. Me hablaron de atrocidades cometidas por los marineros, pero estoy seguro de que casi todas esas informaciones son enormemente abultadas, aunque, por otra parte, no concibo que los hombres abandonen sus casas y todo lo que les pertenece para huir a las selvas o a un país extranjero, llevándose sus familias, sin que les preocupe un temor más grande. La gente no se oculta, como animales salvajes, en el fondo oscuro de las barrancas de la montaña no bien tiene noticia de que se aproxima el invasor, sin que éste les haya infligido violaciones no comunes.
>
> "En mi viaje a través de Nueva Segovia pude comprobar que la aproximación de los forasteros provocaba en los habitantes un temor tan grande que, o abrían el fuego al acercarse los marineros, o se daban a la fuga sin aguardar nada. Por esta razón, los sandinistas siempre se hacen preceder de un indio desarmado que advierte a los habitantes la llegada de fuerzas amigas, para que se abstengan de hacer fuego. En Chipote, la desolación que los norteamericanos dejaron a su paso, sobrecogía el ánimo, y el pueblo de Murra presentaría el mismo aspecto de una ciudad abandonada precipitadamente por sus habitantes. Muy pocas puertas estaban cerradas; la mayoría de ellas bailaban, chirriantes, en sus goznes. El conjunto producía una impresión indeciblemente penosa, y sentí correr por mi médula todo el horror de la guerra.
>
> "Téngase bien entendido que toda esa gente no huye de Sandino y de sus fuerzas, sino de la marinería norteamericana. Esta es la verdad, aunque no niego la posibilidad de que sus temores sean exagerados. Cuando entramos en la cuenca del río Coco, nos recibieron los mismos gritos de espanto: "¡Vienen los 'machos' yanquis!" También esta región había sido abandonada por gran parte de sus habitantes. No sé lo que piensa de nosotros la población de las demás partes de Nicaragua. Lo que es en este rincón del noroeste sólo se oye al pueblo hablar con amargura y odio de los marineros. Ocupamos en la mente de esa sencilla gente el papel que la historia de los tiempos pasados asigna

> a los conquistadores más odiados. Así figuramos también en las canciones del pueblo, que ha inventado los más variados nombres para demostrarnos su antipatía."

Pero los que no huían, los que se quedaban para resistir la marea de los cascos invasores, recurrían a toda clase de armas para la batalla. El mismo día 5, se informaba desde Nueva York que a lo largo de los caminos del este de Matagalpa, se distribuían volantes en los que se invitaba al pueblo a unirse y a matar a todos los invasores. El día antes, un grupo armado sandinista había entrado en Trinidad y sostenido un combate contra la marinería. En la región de Jinotega también operaban bandas armadas. Para el día 13, la reacción yanqui, según lo informaba *Associated Press* desde Managua, era notable. Habían destacado fuerzas en 48 puntos de Nicaragua y 25 patrullas operaban diariamente, en la región del norte, en uno de cuyos puntos, Condega, se había inaugurado un nuevo aeródromo.

Con él, el número total de campos de aviación en Nicaragua se elevaba a nueve. Pero vista la resistencia de Sandino, parecían ser inútiles, lo mismo que los miles de marinos allí destacados.

CAPITULO XII

DOS ELECCIONES QUE NADA CAMBIAN

¡Ámalo tú, que para amarlo tienes
derecho incontestable, porque vibra
la proclama de Mora en su lenguaje,
de palabras aladas y flamígeras,
y porque, entre sus manos de hombre humilde,
arde la tea que encendiera en Rivas
el patriota más puro de la América,
el de manos más pobres y más limpias,
el de más noble sacrificio propio!...

SALOMÓN DE LA SELVA
Canto a Costa Rica

I

El general John A. Lejeune, comandante del cuerpo de infantería de desembarco norteamericano, formuló en un banquete celebrado la noche del 16 de abril de 1928, la acusación de que entidades antiimperialistas de su patria habían distribuido panfletos entre los marinos que se embarcaban hacia Nicaragua, instándolos a desertar, para ayudar al general Sandino "a matar a nuestros buenos muchachos norteamericanos". Aprovechó entonces la ocasión para negar que los aviadores bombardearan otras regiones que no fueran los lugares donde tenían sus plazas fuertes los patriotas de aquel país.

El secretario de Marina Wilbur, declaraba oficialmente ese día que las bajas de las fuerzas de la Unión en Nicaragua, desde el 4 de mayo de 1927 hasta el 16 de abril de 1928 eran de veintiún muertos y cuarenta y cinco heridos, además de ocho muertos pertenecientes a la Guardia Nacional, contra doscientos dos patriotas, por lo menos. Aclaró que en la campaña fueron incendiadas o bombardeadas también algunas casas, "pero sólo cuando se hallaban ocupadas por fuerzas de Sandino", y agregó que dos mujeres y un niño fueron muertos por fuerzas norteamericanas, porque se encontraban entre los revolucionarios.

En cuanto a las actividades militares de Sandino, el día 23, en Estados Unidos informaba el presidente de La Luz y Los Ángeles Mining Co., que Sandino se había apoderado de las minas de oro de la empresa diez días antes, aprisionando a cuatro norteamericanos y al

director de la misma, de nacionalidad británica, además de haberse apoderado de unas 75 barcazas para transporte de oro. El valor atribuido a la mina fluctuaba entre los 40 y los 100 millones de dólares. El mismo día informaba por radiotelegrama W. J. Crampton, administrador de la aduana de Puerto Cabezas, que los rebeldes habían saqueado dos minas del distrito de Pispis, en donde las empresas más conocidas eran Bonanza, Lone Star, Constancia y Concordia. La marinería confirmaba, además, que tropas de Sandino se dirigían, por la cuenca del río Coco, hacia la costa del Atlántico.

En Washington, el senador Norris se refería, también ese mismo día, a la creación del nuevo aeródromo de Condega:

> "Con este nuevo campo de aviación ya son nueve los aeródromos norteamericanos en Nicaragua. Nos hemos apoderado de esos campos por la fuerza, para usarlos en el transporte aéreo de nuestros marinos. ¿Puede considerarse esto como un esfuerzo tendiente a la protección de la vida y las propiedades de nuestros conciudadanos? No, señores. Esto es la guerra. Si el pueblo conociese la situación en Nicaragua, la demanda del retiro de las fuerzas norteamericanas sería unánime.
>
> "No procederíamos en esta misma forma contra Gran Bretaña ni contra Japón. ¿Por qué no deben regir los mismos principios para los fuertes y para los débiles?
>
> Repito: Estamos haciendo una guerra en Nicaragua."

El 24 de abril, el corresponsal en Managua del *New York Times* informaba:

> La noticia de la llegada de Sandino al distrito minero ha causado gran sorpresa a las fuerzas navales norteamericanas y viene a alterar completamente todo el carácter de la campaña. Desde que Sandino abandonó a comienzos de marzo la región situada al nordeste de Jinotega, los marinos habían perdido todo rastro de él. Registraron minuciosamente los departamentos de Nueva Segovia, Matagalpa y la zona del sudeste de Jinotega, sin conseguir ninguna noticia del caudillo. Hace diez días se recibió el aviso de que un grupo de revolucionarios —que se suponía gente de Sandino— había saqueado un establecimiento sobre el arroyo Sang-Sang, afluente del río Coco, y el domingo informó la receptoría de la aduana de Puerto Cabezas sobre la ocupación de dos minas de oro.
>
> La hábil estrategia de Sandino, al posesionarse del distrito minero en que se hallan situados los establecimientos de Edén —propiedad de la Tonopah Mining Co.—, Bonanza, Constancia, Concordia y Lone Star, ha suscitado los más animados comentarios, si bien se cree que sólo la mina de Bonanza se halla en explotación; pero la región contiene muy buenas instalaciones hidráulicas.
>
> La única posibilidad de comunicarse con dicho distrito consiste en la vía fluvial por dos ríos, en una distancia de ciento sesenta y doscientos cuarenta kilómetros, cursos de agua que no resultan navegables en la estación de las lluvias. La mina La Luz, cuya ocupación acaba de anunciarse, se halla situada en un punto casi inaccesible. Se dice que las fuerzas navales de la costa este, una vez reforzadas, emprenderán una expedición al interior para reconquistar las minas, y que a causa de ello el general McCoy ha abandonado su idea de ir a Rivas.

Como ya para esa fecha se había iniciado la temporada de las lluvias, era casi imposible llegar a la zona minera de Pispis desde el interior del país, pues no había caminos y los senderos eran muy angostos e intransitables. Los norteamericanos proyectaron enviar fuerzas desde la costa oriental, remontando la corriente del río Prinzapolka, desde Puerto Cabezas, en pequeñas canoas indias y aun así, cuando llegara el momento de abandonar el río, sería necesario que esas fuerzas marcharan dos o tres días más por tierra, dependiendo esa posibilidad del estado del tiempo. El cambio de frente ideado por Sandino creaba a la intervención un arduo problema militar; además, si Sandino destruía las minas La Luz y

Bonanza, como la había hecho con la de San Albino, hubiera representado una importante pérdida para el capital yanqui, ya que ésas eran de las pocas que trabajaban con buen éxito.

Era errónea la creencia de que en las regiones salvajes de Nicaragua existiesen frutas y legumbres silvestres en abundancia. Ni Sandino ni sus fuerzas podrían vivir en esas regiones sin recibir recursos exteriores. Era probable que Sandino tratara, con su movimiento, de llegar al este, a la populosa región donde existían aserraderos de caoba y plantaciones de banano. Los invasores, por su parte, entendían que Sandino se hallaba escaso de municiones y que trataba de llegar al Atlántico, donde contaba con partidarios, para remediar su escasez. La estación lluviosa iba a paralizar tanto a los patriotas como a los invasores, pero era evidente que si Sandino no era vencido antes, su influencia se haría sentir en las elecciones de octubre.

Fuentes norteamericanas atribuían al caudillo una fuerza máxima de cien hombres, la mayoría de los cuales era calificada por el cuartel general de "niños irresponsables, algunos de 13 a 14 años de edad, a quienes se da el título de capitanes, y que, por seguir a su ídolo, llevan una vida aventurera". Agregaban que sus fuerzas se habían adentrado en zonas salvajes, jamás exploradas por hombres blancos. Lo cierto es que se trataba de regiones abruptas, poco habitadas; las ciudades y aldeas que figuraban en los mapas eran apenas solitarios barrizales o pequeñas plantaciones habitadas por hombres míseros, que vivían de la caza y de la pesca, como sus ancestros. La vegetación era tan densa, que los aeroplanos norteamericanos, que hacían reconocimientos sobre la zona, muy pocas veces podían localizar a sus propias patrullas en tierra.

Entretanto, el gobierno títere de Díaz ponía en vigor la creación de la Guardia Nacional, ejército con características restrictivas de policía, integrado por naturales del país y comandado e instruido por oficiales norteamericanos. Era ésta una organización que a poco iba a ser instituida en muchos países del área del Caribe, ocasionando funestas consecuencias sobre todo para dos de ellos, Nicaragua y Santo Domingo, donde dos jefes de ese cuerpo se apoyarían en él, con la anuencia de sus patrocinadores, para llegar al poder: Anastasio Somoza y Rafael Leónidas Trujillo.

Ese cuerpo, apenas instruido, fue destinado a colaborar con las tropas invasoras en su lucha contra Sandino. Como naturales del país, no tenían los inconvenientes que sufrían los marinos yanquis hasta aclimatarse y para resistir las enfermedades tropicales. Estaban relativamente bien remunerados y se les aseguraba pronto progreso. Tal como aconteciera en la India cuando los ingleses desearon reprimir los movimientos populares de independencia, ese ejército de "cipayos" enfrentaba a hermanos contra hermanos. Ya no iba a poder sostenerse que las que combatían a Sandino eran tropas extranjeras en tren de invasión. Por el contrario, se trataría de soldados regulares nacionales en procura de reprimir un alzamiento de facciosos.

Pero hasta tanto se dejara en manos de jefes nacionales ese ejército policial, cumplía que su dirección la ejercieran oficiales yanquis. Así, el 26 de abril, un cable de Managua informaba que Díaz había designado jefe de policía de la capital al capitán John H. Parker, con el título de mayor de la Guardia Nacional. Agregaba que desde que ese cuerpo prestaba servicios, la criminalidad había disminuido considerablemente, sobre todo en los barrios alejados, ya que patrullas de caballería los recorrían constantemente por la noche y porque la marinería hacía lo propio, registrando todos los vehículos que entraban y salían de la ciudad.

II

A todo esto continuaban los preparativos para las elecciones de octubre. Nombrado presidente de la Junta Nacional de Elecciones el general Frank McCoy, designó vicepresidente al coronel F. L. Parker y secretario al entonces capitán Matthew B. Rigdway, que se haría famoso durante la Segunda Guerra Mundial. Como prosecretario figuraba el "nativo" Alfonso Arana.

El país, salvo el territorio ocupado o fiscalizado por Sandino, estaba en manos de los invasores. Como si no fuera suficiente la constatación física de esa realidad, en el terreno de la psicología también se desarrollaban operaciones de ocupación. Así, el 12 de mayo de 1928, el

coronel Clifford D. Ham, recaudador general de Aduanas, impuesto por los banqueros yanquis, daba a conocer el informe correspondiente a 1927 donde, entre otras cosas, sostenía que "la llegada al país de los marinos norteamericanos salvó a Nicaragua de la destrucción general por incendios y saqueos de las ciudades, y de la anarquía en el gobierno". Agregaba que esa llegada "fue la causa principal de la continuación de la buena situación comercial en Nicaragua"; que la revolución costaba ya al país más de 2 millones de dólares en déficit de los recursos fiscales destinados a otros propósitos; que más de 180.000 dólares habían sido invertidos en propósitos militares, en lugar de ser empleados en pago de los sueldos atrasados de los maestros de escuela; que otros 321.000 dólares se adeudaban a Estados Unidos y El Salvador por armas y municiones, que figuraban 254.000 dólares por el reclutamiento de voluntarios y préstamos obtenidos de particulares, amén de 95.000 dólares en préstamos de banco de Nueva Orleans, y sin tener en cuenta la suma, superior a los 17 millones de dólares, calculada para satisfacer las reclamaciones de daños y perjuicios presentadas ante la comisión mixta por destrucción de propiedades, mercaderías, caballada, ganados, etcétera, por las tropas del gobierno y de la revolución, todo lo cual daba un monto superior a los 20 millones de dólares.

El informe añadía que era esa suma muy grande para la pequeña Nicaragua, que debió de haberse dedicado a fines más urgentes, como el mejoramiento de los servicios públicos y sanitarios y que la revolución era el acontecimiento más desastroso que registraba la historia del país desde hacía más de un siglo, en lo que se refería a pérdida de vidas, propiedades y capitales. Claro está que Mr. Ham se cuidaba muy bien de señalar quiénes eran los verdaderos culpables de esa catástrofe y de que se hubieran producido entre mil quinientos y dos mil pérdidas de vidas nicaragüenses, proporción que, aplicada al pueblo norteamericano, hubiera equivalido a la muerte de trescientos cincuenta mil hombres.

El informe era color rosa cuando se refería a la economía y finanzas. Señalaba el "'hecho anormal" de que, a pesar de la revolución, las entradas por aduana durante 1927 fueran las más elevadas de la historia nicaragüense, y llamaba la atención sobre la circunstancia de que "los dos departamentos de gobierno administrados por funcionarios norteamericanos —la Aduana y la Alta Comisión— fueron los únicos que continuaron sus actividades regularmente y con una eficacia mucho mayor que antes de la intervención, a pesar de un sinnúmero de dificultades". Tampoco el crédito financiero de Nicaragua había sido afectado, tal como se desprendía de la cotización de los bonos extranjeros emitidos en ese año: los bonos del préstamo británico al 5 por ciento cuyos tenedores se hallaban en Europa, se cotizaban de 74 a 76; los bonos internos del 5 por ciento tuvieron un alza de 70 a 80 y noticias procedentes de Londres, señalaban que esa firme posición se debía "a la confianza inspirada a los tenedores de los bonos por la participación de Estados Unidos en los asuntos, y especialmente por la excelente administración de la Aduana". Es decir, que la firme posición en la cotización de los bonos se debía lisa y llanamente a que los tenedores confiaban en los invasores y no en los nicaragüenses. Como los bonos estaban garantizados en primer término por las entradas de aduana, y como las entradas de aduana eran "administradas" por funcionarios norteamericanos designados por banqueros norteamericanos, ¿era de extrañar que los inversionistas ingleses tuvieran confianza, no en la República de Nicaragua, supuestamente independiente y soberana, sino en la sólida y próspera banca yanqui, representada en pequeño por sus "Administradores" en el país invadido?

El 4 de mayo de 1928, al cumplirse el primer aniversario del comienzo de la resistencia armada solitaria de Sandino, su representante general, Froylán Turcios, hacía celebrar un homenaje religioso. La invitación a concurrir al mismo tenía el siguiente texto:

> "Tegucigalpa, Honduras, 1 de mayo de 1928.
>
> "Señor. Tengo el honor de invitar a Ud. para que asista a la misa que se celebrará en la catedral, el viernes próximo, 4 de mayo, a las 7 a.m., en sufragio de las almas de los abnegados patriotas que, en el primer año de lucha, cayeron gloriosamente defendiendo la soberanía de Centroamérica bajo las banderas del héroe de la raza, general Augusto César Sandino. Por su concurrencia a este acto piadoso de alto civismo, le quedará profundamente agradecido *(f.)* Froylán Turcios."

También con relación a Turcios se publicaba en *Repertorio Americano* del 7 de julio, la siguiente carta de Sandino:

El Chipotón, mayo 20 de 1928. Señor Licenciado Gustavo Machado y Morales, México, D.F.

Distinguido señor. Me complace dirigirme a Ud. manifestándole que he resuello solicitarle se sirva aceptar nuestra representación autorizada ante el pueblo de ese país hermano, ya que conozco su decidida colaboración a nuestra causa que es la causa de la América Latina.

Al hacerle acreedor de este cargo encomendamos a Ud. al mismo tiempo proseguir en sus actividades desarrolladas a favor de nuestro movimiento así como recibir en nuestro nombre la contribución que desinteresadamente y lealmente se nos ofrezca, siempre que ella no entrañe compromiso político alguno por nuestra parte.

Creo necesario anotar que el conducto que Ud. habrá de utilizar para ponerse en relación con nuestro Cuartel General y personalmente es el de nuestro Representante General ante América Latina, señor Froylán Turcios. Nuestros delegados en misión especial, señores coroneles Francisco Estrada y Juan Gregorio Colindres pondrán en sus manos la presente, iniciando Ud. las actividades inherentes a la Representación.

Con los sentimientos de nuestra consideración especial nos es sumamente grato reiterarnos suyos, afmos, y S. S. *Patria y Libertad. Augusto C. Sandino.*

III

En mayo de 1928, La Liga Antiimperialista de Nueva York resolvió iniciar otra campaña de apoyo a Sandino, vendiendo estampillas con esta inscripción: "Protesta contra el gobierno de los marinos en Nicaragua." Las estampillas, como se puede hacer en tales casos, se adquirían para ser pegadas en los sobres de correspondencia, junto a los sellos postales legales. Pero el director general de Correos de la Unión, tanto como el director de Correos de Nueva York, resolvieron entonces prohibir el uso de dichos sellos, lo que motivó que Arthur Garfield, abogado de la Liga Antiimperialista iniciara proceso contra ambos funcionarios ante la Corte Federal de Estados Unidos. La corte requirió entonces declaraciones a numerosos funcionarios, entre ellos al secretario de Estado Kellogg.

En su declaración jurada ante la corte federal, negó Kellogg que los marinos de Estados Unidos gobernaran en Nicaragua. Dijo al respecto:

"Hay ahora en Nicaragua un gobierno debidamente reconocido por el gobierno de Estados Unidos y que está funcionando como gobierno de aquel país. No existe una condición que pueda ser apropiadamente descripta como gobierno de los marinos.

"Nuestros marinos están en Nicaragua por invitación del presidente Díaz y con el propósito de ayudar al gobierno de Nicaragua a restablecer y mantener el orden, a fin de que puedan realizarse elecciones libres y correctas, bajo la vigilancia de Estados Unidos, durante el corriente año.

"La responsabilidad principal del mantenimiento del orden en Nicaragua corresponde a la Guardia Nacional, pero hasta que esa organización haya llegado en su adiestramiento y equipo al punto en que le sea posible hacerse cargo de la policía de todo el país, será necesario que las fuerzas armadas de Estados Unidos cooperen con dicha Guardia Nacional en el mantenimiento del orden.

"Las operaciones se hallan confinadas a una sección comparativamente limitada de todo el territorio de Nicaragua, que es la única sección en la que hay bandidos e impera el desorden."

La prensa de Buenos Aires comentó lo precedente en editorial del 3 de mayo titulado "Una declaración jurada de Mr. Kellogg", donde, después de referirse al origen de la misma y de glosar sus conceptos, expresaba:

> Por lo expuesto, Nicaragua atravesaría por un momento de anormalidad, pero no de avasallamiento. Un gobierno reconocido por el de otro Estado tendría jurisdicción constitucional sobre todo el territorio, pues "las operaciones se hallan confinadas a una sección comparativamente limitada de todo el territorio de Nicaragua, etcétera." Lejos de haber una intromisión guerrera en los asuntos internos de otro país, no existiría sino la cooperación de uno poderoso a los esfuerzos de otro débil para el aseguramiento de las garantías supremas del orden y de la libertad comicial.
>
> No es la primera vez que se formulan apreciaciones semejantes en documentos oficiales, pero el hecho de que las presentes se hayan vertido ante un tribunal de justicia y estén prestadas bajo juramento, revela hasta qué punto suele olvidarse la visión de la realidad. El propio juicio es superior para algunos funcionarios a lo que resulta de los hechos y a la opinión serena de todo un continente. A una invasión se le llama "ayuda" internacional porque se la presenta como solicitada por un "presidente". No se ha podido afirmar que el pedido sea del pueblo y ha sido necesario limitarse a atribuirlo a un mandatario que en el momento de requerir el apoyo de las tropas extranjeras estaba en inminente peligro de ser derribado por sus adversarios constitucionales.
>
> Tampoco fue posible negar que el manejo de la policía está en manos norteamericanas, pues por más que se haya pretendido dar a este control el carácter de accidental, de simplemente instructivo, ninguna hábil dialéctica puede destruir el hecho de que pertenezcan a Estados Unidos la oficialidad y los equipos con que las pretendidas fuerzas policiales nicaragüenses cooperan a mantener, no el orden, como se afirma a cada instante, sino un gobierno impuesto por la fuerza.
>
> La declaración jurada de Mr. Kellogg constituye un documento de valor inapreciable para la historia de las actividades del Departamento de Estado en Centroamérica. La imposibilidad de guardar el mismo silencio que se venía haciendo sobre los acontecimientos de Nicaragua ha obligado a buscar el medio de destruir las afirmaciones sobre la ilegitimidad de los actos cometidos y, por lo tanto, se ha dicho que las operaciones militares están circunscritas a cierta pequeña zona, lo que equivale al reconocimiento de que son electivamente guerreras, y se ha agregado que "será necesario que las fuerzas armadas de Estados Unidos cooperen con la Guardia Nacional en el Mantenimiento del orden", afirmación que implica confesar el ejercicio de funciones policiales por tropas extranjeras.
>
> Ningún efecto de dialéctica podrá destruir el concepto que han merecido las actividades ilegítimas de intromisión en cuestiones de exclusiva competencia del pueblo nicaragüense...

El 5 de mayo, en la comida anual celebrada por la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad en Washington, los discursos pronunciados constituyeron verdaderos alegatos en contra y en favor de la política seguida por Estados Unidos en Nicaragua. El representante de Nueva York por el Partido Republicano, Hamilton Fish, defendió la política del gobierno, sosteniendo que "el pueblo se excede cuando acusa a Estados Unidos de imperialismo". Citó la acción de la Unión en Cuba y agregó:

> "Si nosotros creemos en la doctrina Monroe, debemos intervenir, especialmente si queremos impedir que las naciones europeas protejan a sus propios ciudadanos. Es absolutamente inexacto que Estados Unidos necesite explotar a Nicaragua. Nicaragua necesita los capitales norteamericanos para construir el canal. Nosotros no necesitamos a Nicaragua para nada.
>
> "Si México, Nicaragua y Cuba hubieran estado bajo la influencia de Inglaterra o Francia, habrían sido "engullidas" hace mucho tiempo."

Dill, senador demócrata por el Estado de Washington, atacó esa política:

> "Los disturbios actuales de Nicaragua constituyen un fracaso del presidente de Estados Unidos. El presidente debe reconocerlo así. Cuando propone el empleo de las fuerzas de marinería para establecer un gobierno en tierras extranjeras, va más allá de lo que los más sabios presidentes consideraban prudente.
>
> "La fase peor de esta cuestión es que el presidente de Estados Unidos ha establecido un precedente para sus sucesores. La actitud de Roosevelt en Panamá fue la primera de las quejas que llegó hasta nosotros, y la que formó la base de esos precedentes. La intervención de Mr. Taft en Nicaragua y la de Mr Wilson en Haití y Tampico la siguieron, en forma que las actividades de Roosevelt, Taft y Wilson vienen a citarse hoy como justificación de la presente actitud presidencial."

El último de los oradores, Horace G. Knowles, ex ministro de la Unión de Nicaragua, Santo Domingo y Bolivia, dijo:

> "Solamente la opinión pública puede enmendar los errores de nuestra política. Si a Nicaragua se hubiese enviado una comisión civil, habría hecho algo mucho mejor en noventa días que lo que se ha realizado en 19 años con los métodos que se han empleado."

IV

El 13 de mayo se informaba desde Balboa, república de Panamá, el arribo del buque auxiliar de la escuadra norteamericana *Sapelo,* conduciendo a bordo dos aeroplanos anfibios, los que, "una vez armados, serán enviados a Managua pilotados por los tenientes Frank Scribner y Vernon Guymon". El mismo cable anunciaba que otros dos aeroplanos de observación habían ya partido "para unirse a las fuerzas que operan contra los sandinistas", pilotados por Robert Archibald y Michael Wodarozyk.

El mismo día, en Washington, el Departamento de Marina otorgaba la cruz del mérito naval a diez oficiales de marina de Estados Unidos, "por servicios distinguidos y heroísmo extraordinario en acción de guerra en Nicaragua". También extendía menciones honoríficas a otros veintiocho oficiales, todos ellos citados por acciones distinguidas en los combates contra los sandinistas", durante la campaña del invierno anterior en encuentros habidos en El Chipote, Quilalí y Camino Real.

Al tiempo que se desarrollaba esa ceremonia, en la misma capital de la Unión se verificaba la conferencia sobre asuntos internacionales convocada por la sociedad *People's Lobby,* la que resolvió aprobar una resolución expresando su confianza en que el secretario de Estado, Mr. Kellogg, "procurará iniciar las gestiones del caso ante las cancillerías de Argentina, Brasil, Chile y México, a fin de que estos países se unan al de Estados Unidos para fiscalizar las próximas elecciones nicaragüenses". La resolución fue redactada y aprobada a raíz del discurso que en tal sentido pronunció el filósofo norteamericano John Dewey, en el cual atacó "cualquier extensión de la doctrina Monroe".

El 14 de mayo Se anunciaba que al siguiente día sería despachado desde Miami, con destino a Nicaragua, un aeroplano Fokker de tres motores. Ese día, Mr. King, senador demócrata por Utah, en una asamblea patrocinada por la Liga Antiimperialista, con la política de Estados Unidos en Haití y Nicaragua, expresaba que Sandino era "el iniciador del movimiento liberador de América Latina contra la dominación ejercida por el gobierno de Washington y Wall Street".

En Managua había causado poca impresión —según el cable de *United Press*— el llamamiento hecho por los dirigentes del ala izquierda del Partido Liberal nicaragüense, Toribio Tijerino y Bartolomé Martínez, recomendando la formación de un partido con un programa en el que se sustentara la completa autonomía e independiente política del país con respecto a Estados Unidos, a la vez que se incluyeran puntos concernientes a reformas de carácter social y pedagógico.

Ya estaba en curso de desarrollo la campaña pre-electoral, si bien se había producido una variante, consistente en el aplazamiento por un mes de la fecha original: en lugar del 4 de octubre se había dispuesto la del 4 de noviembre de 1928, a fin de permitir, según se dijo, un mayor plazo para los preparativos del comicio. En tanto que el Partido Liberal tenía ya en Moncada a su candidato presidencial, el Conservador, dividido en "legítimo" y "chamorrista", se bifurcaba en los candidatos Carlos Cuadra Pasos y Vicente Rapaccioli, respectivamente, el último de los cuales era un acaudalado propietario de plantaciones de café.

El 17 de mayo era dada a conocer la sensacional resolución del juez Webster Thayer, miembro de la Corte Federal de Justicia, el mismo que había condenado a morir a Sacco y Vanzetti, rechazando el recurso interpuesto por la Liga Antiimperialista norteamericana contra la medida adoptada por el gobierno federal respecto a las cartas que llevaban las estampillas de propaganda en favor de Sandino. En el fallo, Thayer sostuvo que los sellos postales en cuestión perpetraban una falsedad, "intentando caracterizar por medio de las estampillas los actos de las fuerzas armadas de Estados Unidos en Nicaragua, como ilegales y violatorios de leyes internacionales". Ambos sellos, dijo, contienen falsas afirmaciones para Estados Unidos en sus actos en Nicaragua por medio de la fuerza armada, la verdad de lo cual aparece en el escrito —más arriba transcrito— presentado por el secretario de Estado, Mr. Kellogg.

Los diarios de esa fecha consignaban otra información referente a Sandino: desde Puerto Cabezas, Nicaragua, se anunciaba la llegada de Henry Amphlett, súbdito británico que administraba la mina La Luz, y a quien se suponía en poder de guerrilleros. Traía una carta que le había entregado Sandino, donde éste acusaba una vez más a Estados Unidos de estar perpetrando acciones de guerra en Nicaragua, "sin más derecho que el de la fuerza bruta". Agregaba que "a menos que Estados Unidos ordene el retiro de los piratas de nuestro territorio, no existirán garantías para los norteamericanos que residan en Nicaragua".

Amphlett relató que las fuerzas de Sandino penetraron tres veces en la mina La Luz, apoderándose la primera vez de gran cantidad de productos alimenticios y oro y tomando prisioneros a los mineros nativos, después de lo cual se retiraron; en la segunda incursión, colocaron dinamita en la mina y en la tercera la hicieron volar e incendiaron todos los edificios, excepto dos. Debido a esto, la mina se hallaba en ruinas. Amphlett anunciaba su viaje a Nueva York, para conferenciar con los propietarios de la mina y "recomendarles que traten de recuperarla por medio de la acción del Departamento de Estado".

Por su parte, el guerrillero dejaba constancia en la carta a Amphlett "para hacer más tangible nuestra protesta contra la invasión bélica que Estados Unidos lleva adelante contra Nicaragua; previniéndole que a menos que la Unión retire los marinos enviados a este país, ningún norteamericano podrá sentirse seguro en Nicaragua. Durante algún tiempo creí que el pueblo norteamericano no estaba de acuerdo con el abuso cometido en Nicaragua por el gobierno de Calvin Coolidge, pero me he convencido de que los norteamericanos, en general, aplauden la intromisión de Coolidge en mi país y por esta razón todos los norteamericanos que caigan en nuestras manos habrán alcanzado su fin." Acusaba luego al gobierno de Coolidge de ser el responsable de "la horrible situación que ahora reina en Nicaragua" y añadía que una sola actitud honorable quedaba a Estados Unidos; la que condujera al retiro de sus fuerzas. "Esto permitiría —decía Sandino— a los nicaragüenses elegir su propio gobierno nacional."

También se anunciaba ese día en Managua que el 14 de mayo había tenido lugar un encuentro en las cercanías de Peña Blanca, entre veinticinco marinos yanquis, diez guardias nacionales y aeroplanos, contra setenta y cinco rebeldes al mando de José Díaz, del ejército de Sandino. Un marino, un guardia y cinco rebeldes habían resultado muertos, además de ser heridos un oficial invasor y cinco guerrilleros. El día 18 fallecía, como consecuencia de las heridas, el capitán invasor Robert Hunter.

Desde Washington, se informaba que el general McCoy, encargado de presidir las elecciones de Nicaragua, había concedido una entrevista al *Journal,* órgano semioficial del ejército y la marina norteamericanos. Durante su transcurso, McCoy declaró que los marinos y

aviadores de Estados Unidos "jamás han bombardeado ciudad alguna o población ocupada por bandas inofensivas de nicaragüenses". Añadió que los marinos y aviadores no habían bombardeado a los sandinistas con mayor frecuencia, debido a que no hacían esto a menos de ser atacados sobre el terreno; y que la tarea de Estados Unidos en Nicaragua consistía en perseguir a los insurrectos para preservar el orden en general en todo el país, organizando policías en los departamentos por medio de la Guardia Nacional, que cooperaba en el cumplimiento del plan Stimson. Luego agregó que los marinos norteamericanos merecían "los más calurosos elogios por su labor en Nicaragua" y que tanto los liberales como los conservadores de ese país "ayudan activamente a las autoridades norteamericanas en la preparación de una elección correcta". Finalmente anunció que había elegido en Washington quince oficiales del ejército de la Unión conocedores del idioma español, juntamente con otro grupo de oficiales que formarían su estado mayor en las elecciones de Nicaragua, entre los cuales se incluían un coronel, un teniente coronel, ocho mayores, tres capitanes y dos tenientes primeros.

V

El 21 de mayo, *National Republic,* órgano oficioso del Partido Republicano, se lamentaba de la propaganda "que contra Estados Unidos se está realizando en América Latina" y afirmaba que Estados Unidos tenía "el único deseo de vivir en paz y armonía con las naciones latinoamericanas". El editorial, después de reiterar la declaración de Charles Evans Hughes repudiando la idea de que Estados Unidos "tratara de dominar a América Latina" y de recordar "la doctrina política concebida durante la revolución y que forma la herencia común de todos los pueblos americanos", alegaba que ninguna intervención de Estados Unidos terminó en una adquisición territorial". Manifestaba que "la ola de propaganda emanada de Europa y de Estados Unidos mismo, intenta envenenar las mentes en la América Latina contra Estados Unidos, pero los resultados de la conferencia de La Habana demostraron que esos esfuerzos eran infructuosos".

El diario calificaba duramente a los que en Estados Unidos defendían a Europa, "denunciándonos como imperialistas, criticando la afluencia de dinero a Sud América, como un esfuerzo de Wall Street para obtener allí la dominación, pero no dicen una sola palabra sobre el dinero que Estados Unidos llevó a Europa con el que luego allí se sintieron capaces de constituirse en rivales comerciales de Estados Unidos". El artículo terminaba diciendo que era de conveniencia urgente "un real entendimiento con América Latina y realizar esfuerzos para contrarrestar a los propagandistas europeos en Europa y en Estados Unidos".

El 23 de mayo, el secretario de Estado Kellogg celebró una reunión secreta con el subsecretario Olds, el segundo subsecretario y jefe de la división latinoamericana, White; con los representantes Stockely y Morgan, dos banqueros neoyorquinos, W. C. Cumberland —que había estado estudiando la situación financiera de Nicaragua— y el general McCoy, encargado de fiscalizar las elecciones en dicha república. Los siete personajes prepararon un proyecto para la reorganización de las finanzas nicaragüenses. Así lo hacía saber la agencia *UP* al día siguiente, señalando que entre las medidas decididas figuraba la emisión de un empréstito de 20 millones de dólares y la designación de un consejero financiero, investido de poderes dictatoriales, para asesorar al Ministerio de Hacienda de Nicaragua. El consejero sería designado por los banqueros interesados y debería ser aprobado por el Departamento de Estado.

En la reunión no había estado representado el gobierno nicaragüense.

Precedió a dicha reunión una discusión que había durado una quincena, entre Kellogg, Cumberland y McCoy. Según el plan elaborado, el consejero financiero estaría facultado para cobrar todos los intereses del fondo de amortización y del empréstito proyectado. Podría también fiscalizar los gastos que hiciera el gobierno nicaragüense. Más de la mitad del proyectado empréstito se emplearía para consolidar las deudas flotantes, entre ellas el empréstito del sindicato Ethelburga, de 2.297.000 dólares y la deuda interna de 2.373.000. La otra mitad se destinaría para liquidar las reclamaciones de indemnización por los daños causados por la revolución de los liberales y la de Sandino, costear los gastos de las próximas

elecciones, creación de la Guardia Nacional y la construcción de carreteras y ferrocarriles. Agregaba *UP* que era posible que el empréstito fuera de 15 millones, porque se consideraba que Nicaragua podía suscribir el resto, siendo, además, probable que 3 millones de dólares se dedicaran a construir un ferrocarril transcontinental.

La agencia francesa *Havas* informaba, por su parte, que el Departamento de Estado estudiaba la situación financiera de Nicaragua "en vista de las próximas elecciones presidenciales al efecto de determinar si el gobierno aprobaría el préstamo de los banqueros norteamericanos" y que, abordado por los periodistas, Kellogg, se negó a hacer comentario alguno al respecto.

El 30 de mayo habló Coolidge en el cementerio de Gettysburg, en celebración del *Memorial Day,* en cuya oportunidad, entre otras cosas, dijo: "Por más que tenemos algunas de nuestras fuerzas en Haití, Nicaragua y China, ellas no se encuentran en ninguno de esos lugares con el propósito de hacer la guerra, sino con el afán de proteger y asegurar condiciones pacíficas, bajo las cuales los derechos de nuestros conciudadanos y sus propiedades puedan recibir la protección que se les debe bajo los términos del derecho internacional. Nuestro propósito ulterior en Haití y Nicaragua es ayudar a los pueblos y gobiernos de esos dos países en el establecimiento de la estabilidad, en el mantenimiento del orden y las instituciones pacíficas, en armonía con la sociedad civilizada. Nosotros estamos allí por expresa invitación de ellos y de acuerdo con convenios explícitos."

El 8 de junio de 1928, desde Managua anuncio *UP* que un número de aventureros nicaragüenses y hondureños se unió a las fuerzas de Sandino, "con objeto de asesinar a dicho jefe, para ganarse un supuesto importante premio que ofrecía por su cabeza el gobierno de Nicaragua". Los aventureros habían sido apresados por la guardia personal de Sandino y "llevados ante él. Fueron fusilados inmediatamente".

VI

En esos días comenzaban a desarrollarse en Estados Unidos los preliminares para las elecciones presidenciales, ya que finalizaba el período de Coolidge. Los partidos Demócrata y Republicano hacían los preparativos para celebrar sus respectivas convenciones, de donde saldrían ungidos los candidatos. El más popular era, entre los primeros, Alfred Smith, gobernador de Nueva York; entre los segundos, Herbert Hoover, secretario de Comercio de Coolidge. Rompió el fuego el senador Borah, republicano, que, al partir hacia Kansas, lugar de reunión de la convención de su partido, informó que el 5º de los puntos que propondría establecía simplemente: "No intromisión en la política de las naciones de Centroamérica."

Antes de pasar al relato de las incidencias de esas convenciones, reproduciremos documentos relacionados con la lucha de Sandino. El primero de ellos lo publicó *Repertorio Americano,* de Costa Rica, el 2 de junio. Se trata de una nota del poeta Max Grillo, titulada "Augusto Sandino, héroe de Hispanoamérica", en la que se refiere extensamente al caudillo y relata la entrevista que tuvo en París con uno de sus enviados, el que le transmitió palabras suyas, que son las siguientes y que constituyen el final del artículo:

> Sobre el muro de roca, un retrato, el de Bolívar. *Yo soy hijo de Bolívar,* dijo Sandino a su visitante, y agregó: *Si yo comandara dos mil hombres, así como estos muchachos que me rodean, arrojaría de Nicaragua a un ejército de diez mil marinos. Estos no saben combatir. Se embriagan, carecen de iniciativa. En mi campamento nadie bebe alcohol; sólo agua pura beben mis hombres, pero de ciertos pozos* y *fuentes, porque me he visto obligado a convertir en impotables la mayor parte de esas aguas, como justa represalia contra los gases asfixiantes que emplean los norteamericanos.*
>
> *Yo acepto la guerra tal como la quieren los invasores de mi patria. Ellos son demasiado fuertes* y *poderosos... Yo, un débil soldado. ¡Dios dirá la última palabra! Sé que me llaman en Washington bandido; pero Sandino* y *sus hombres nunca violarán mujeres, ni mutilarán los cadáveres de sus enemigos. Vea usted estas fotografías.*

Regrese a su país y cuente lo que ha visto; vaya a Europa y diga en París que el bandido de Sandino no deshonra sus pequeñas victorias. Tengo prisioneros, entre ellos un oficial de alta graduación, por cuyo rescate me han ofrecido cinco mil dólares. También me han ofrecido cincuenta mil porque haga la paz, como si el que severamente acepta la muerte pudiera pensar en el oro de los enemigos de su patria. Me cotizan como a cualquier Díaz."

—¿Y cuáles son los límites de su República de Nueva Segovia? —inquirió su amigo.

—Mi patria, aquéllo por que lucho, tiene por fronteras la América española. Al empezar mi campaña, pensé sólo en Nicaragua: luego, en medio del peligro, y cuando ya me di cuenta de que la sangre de los invasores había mojado el suelo de mi país, acrecentóse mi ambición. Pensé en la República Centroamericana, Cuyo escudo ha dibujado uno de mis compañeros, lea usted: un brazo extendido que levanta cinco montañas y sobre el más alto pico, un quetzal. Sabe usted que el quetzal es el ave de la libertad porque muere veinticuatro horas antes de haberla perdido.

—He organizado —continuó diciendo Sandino— *un Gobierno en la comarca que dominan mis fuerzas. Con los materiales telefónicos que he tomado a los marinos yanquis he establecido una red de comunicaciones entre diversos puntos. Con el oro de las minas de la región he acuñado monedas. Diga usted a Hispanoamérica que mientras Sandino aliente, la independencia de Centro América tendrá un defensor. Jamás traicionaré mi causa. Por esto me llamo hijo de Bolívar…"*

También esta publicación registraba, en su número del 16 de junio, una emocionada carta de don Pedro Henríquez Ureña, fechada en La Plata, Argentina, el 16 de mayo y dirigida a su director, don Joaquín García Monge:

"Mi querido García Monge:

"Al recibir sus dos últimos *Repertorios* —carta de Sandino, comité de Costa Rica, viaje de Pavletich, artículo Gabriela—, he sentido una emoción nueva, que no quiero dejar de comunicarle en seguida: siento que hemos despertado. Estamos apenas en el comienzo del día, pero hemos despertado. Siento que se ha disipado la modorra. Hace días venía pensando en escribir ¡si mi trabajo me dejara tiempo! sobre nuestra América española y su inercia espiritual y material: creo que Sanín Cano, cuyo artículo sobre Ibsen me parece estupendo, se adelantó con su anunciada 'Anatomía de la Indiferencia'. Pero de pronto me ha vuelto la fe. Hay que trabajar, trabajar, aunque nos estorben los inertes, aunque los malévolos traten de atarnos las manos. Suyo siempre, Pedro Henríquez Ureña".

Y el pensador salvadoreño Alberto Masferrer, al enviar a Froylán Turcios 125 ejemplares de cuatro de sus obras, le decía:

Mi deseo es que se tome la molestia de vender esos libros en su librería Hispano-América, y que su producto se aplique a los gastos menudos de su Revista *Ariel,* que ha llegado a ser, gracias al valor y a la nobleza de Ud., el órgano genuino de la Independencia hispanoamericana.

Mejor habría sido para mí enviar esa pequeña contribución en dinero; pero no lo tengo disponible, y me dolía retrasar demasiado este acto de presencia que mi corazón me estaba reclamando imperiosamente. Quede entendido que Ud. es dueño de vender esos libros al precio que se pueda, ya que, de todas maneras, el valor de mi ofrenda, como ayuda pecuniaria, es insignificante.

Estoy encantado, querido poeta, de ver con qué fervor realiza Ud. la misión de servir con todas sus fuerzas en la empresa del general Sandino, que es en estos

momentos la más noble y más alta, después de la que dirige Mahatma Gandhi en la India contra Inglaterra —el otro imperio rapaz de raza anglosajona, que oprime y absorbe al Asia, así como el de aquí, que oprime y absorbe a nuestra América—. Así se ha elevado Ud. al nivel de la poesía excelsa, que es convertir en carne y sangre lo que antes fuera no más que ritmo y rima.

El triunfo de usted está ya consumado; sea cual fuere el incidente final de esa lucha, la acción titánica de Sandino a los pueblos de Hispanoamérica, ha sido plenamente enseñada; es *que se puede, que se puede, que se puede.* La América Indo-Hispana no necesitará más que una hora de valor y de hidalguía para extraer, fácil y abundantemente, los frutos de esa heroica enseñanza.

Querido amigo: que la conciencia de su deber altísimo lo sostenga y aliente. Afectuosamente suyo, Alberto Masferrer.

También el peruano Esteban Pavletich, que desde su destierro en México había sido comisionado por sus compañeros para viajar a Nicaragua, escribía el 8 de junio a Joaquín García Monge, desde el campamento del Ejército Libertador:

Ha sido preciso un azaroso mes de viaje continuado por estas anchas montañas para lograr incorporarme a las filas del Ejército Defensor de la Soberanía Centroamericana. Si la rectilínea figura del general Sandino ha logrado afirmarse en el fervor multitudinario de América Latina, pese a las versiones tendenciosas de las fuentes de información al servicio del imperialismo, aquí, al lado suyo, crece y se redondea el concepto de que la nueva generación del continente ha producido su primer gran realizador y la de Centroamérica su más alto jefe.

Porque Sandino —que tiene mucho de Trotsky y algo del de Asís— es capaz de conducir a los hombres nuevos de estos cinco países humillados por el único posible camino hacia la liberación y la victoria. Será incapaz de una tesis frondosa de análisis y conclusiones sociológicas, pero es capaz de todo aquéllo que sea acción fecunda y heroica y también de señalar con pensamientos cortantes y concretos las generalidades medulares del peligro que nos amenaza y amenaza como nunca a la América del Centro. ¡Cómo se pierde bajo su mirada ardiente la perspectiva de las traiciones, los pactos y peculados que lubrican la historia gris de Nicaragua!

Desde el Estado Mayor del Ejército he seguido las incidencias de dos combates contra el invasor. Los de los días 13 y 14 de mayo han sido para mí la confirmación rotunda de que la violencia puesta al servicio de la justicia, así sea vehiculizada por un escaso puñado de hombres, hace más que la violencia organizada y propietaria de amplia técnica puesta al servicio de la esclavización y la conquista. En Nicaragua, aquí, en la Nueva Segovia, se está doblando con el rifle y el machete la insolencia arrogante del ejército más poderoso del mundo en esta hora.

Contagiados con el ejemplo de la propaganda que recién se ponía en boga en Estados Unidos, aviones norteamericanos comenzaron a arrojar a principios de junio miles de volantes en la zona norte de Nicaragua, instando a los rebeldes a rendirse y comprometiéndose a amnistiarlos en caso de que así lo hicieran. El 10 de junio se informaba desde Managua que se había obtenido un resultado: “Nueve liberales, al mando de Marcelino Hernández, se rindieron.” El 13, en Washington, el general Lejeune presentaba al presidente Coolidge una proposición, recomendando el envío de mil quinientos marinos de refuerzo a Nicaragua, “para secundar la labor de supervigilancia durante las elecciones que se realizarán en ese país”.

El 14 de junio, la convención del Partido Republicano proclamaba a Herbert Hoover candidato a la presidencia. Dos días antes el senador Simeon Fess, del estado de Ohio, al inaugurar la asamblea como presidente honorario, comenzó elogiando al Partido Republicano por haber levantado al país de la depresión en que quedó a consecuencia de la guerra, hasta “la situación de prosperidad sin precedentes que ha podido ostentar en los últimos años durante los mandatos de Harding y Coolidge”. Rindió homenaje a este último y dijo que la

política de su gobierno en Centroamérica había sido "fundamentalmente filantrópica". A continuación agregó:

> Perseguimos los mismos fines que en Haití, en interés del bienestar del pueblo y en cumplimiento del tratado. Cuando la ley y el orden queden bien restablecidos y tengamos la promesa de la instalación de un gobierno progresista, como en el caso de Cuba y la República Dominicana, nos retiraremos.
>
> Jamás se ha escrito un capítulo en la formación de una nación que demuestre mayor altruismo y más intensos sentimientos humanos que los que ha practicado nuestro país en las Filipinas y en las Indias Occidentales. Toda nuestra labor no ha tenido otro objetivo que el bienestar de los pueblos de todas las naciones, grandes y pequeñas, sin ningún egoísmo ni otro propósito que el de la paz nacional. Este bienestar depende del mantenimiento de las pacíficas relaciones entre los países y la estabilidad de los gobiernos, los cuales pueden y deben evitar los hábitos revolucionarios, desgraciadamente tan comunes en los países de la América Central. Esta es la base de lo que llamamos nuestra política americana, relacionada con toda la América.

Citó luego Fess la mejora en las relaciones entre Estados Unidos y México, y dijo que el interés de la Unión en los países del mar Caribe tenía un aspecto internacional, agregando que "los canales presentes y futuros entre los océanos Atlántico y Pacífico en este Continente, deberán estar siempre bajo el control norteamericano". Añadió que esperaba que las fuerzas de marinería podrían ser retiradas de Nicaragua después de las elecciones, explicando que "el principio inquebrantable por el cual los norteamericanos continúan obrando en toda circunstancia, es la protección de sus connacionales en sus derechos a la vida y a la conservación de sus propiedades, sea cual fuere el lugar en que se encontraren, si tienen el derecho de permanecer en él, sea en tierra o en mar". Por último, señaló, para que no quedaran dudas:

> El Partido Republicano ha sostenido insistentemente el principio de la doctrina Monroe como el de una política sólida para el continente occidental. De acuerdo con el principio norteamericano de gobierno democrático, Estados Unidos no ha vacilado en prestar su apoyo moral a la doctrina Monroe, que considera sólida para librar a estos países, nuestros vecinos, de complicaciones con naciones extranjeras que pudieran aprovecharse del pretexto de protección a sus respectivos ciudadanos, con el propósito de violar la doctrina Monroe.
>
> Esta violación deberá ser evitada siempre que sea posible. No puede pensarse en el abandono de la doctrina. Su mantenimiento envuelve la obligación de protección a las vidas y propiedades, y eso explica nuestra preocupación porque haya allí gobiernos libres de insurrecciones, rebelión o revolución.

Al efectuarse la proclamación de Hoover como candidato a la presidencia por el Partido Republicano, fue dado a conocer el programa que sostendría, el que, entre otras cosas, declaraba:

> Continuamos exigiendo que las personas y los bienes de los ciudadanos de Estados Unidos en los países extranjeros sean respetados del mismo modo que las personas y los bienes de extranjeros lo son en nuestro país.
>
> El Partido Republicano continuará prestando su apoyo a los derechos de nuestros connacionales en México lo mismo que en otras partes, al mismo tiempo que estimulará y consolidará la amistad y la confraternidad con todas las naciones.
>
> Estados Unidos tiene especial interés por el adelanto y el progreso de todos los países latinoamericanos. La política del Partido Republicano persiguió una perfecta amistad y cooperación. En cuanto a Nicaragua, nuestro país está cooperando con aquel gobierno, ayudándolo en la tarea de restaurar y mantener la paz, el orden y la

> estabilidad, sin violar de modo alguno los derechos de soberanía de aquella República. Los marinos que se encuentran en Nicaragua tienen la misión de proteger las vidas y los bienes de los norteamericanos y ayudar a cumplir el acuerdo por el que nos hemos comprometido a hacer cuanto esté en nuestro poder para restablecer y mantener el orden y asegurar las elecciones imparciales y libres.
>
> Nuestra política repudia toda idea de conquista y obedece solamente al deseo de prestar a un Estado vecino la ayuda que solicitó en un caso de gran emergencia.

El 18 de junio, Hoover declaraba que iba a sostener la protección a las vidas y propiedades norteamericanas en caso de emergencia, pero que su actitud general sería la "de amistad y cooperación constructiva" y que en el caso de ser elevado a la presidencia limitaría —de no eliminarlas— las ocasiones en que Estados Unidos podría inmiscuirse en países extranjeros "en defensa de sus ciudadanos".

El 26 de junio inauguraba en Houston, Texas, su convención, el Partido Demócrata. En el discurso inaugural, Claude Bowers, que durante la presidencia de Franklin Roosevelt sería embajador en España, señaló la inexistencia de la prosperidad del país, como la sostenían los republicanos y condenó la diplomacia del dólar, haciendo hincapié en la corrupción reinante en la administración republicana. Dijo que 4 millones de personas carecían de trabajo y que un millón de granjas habían sido abandonadas, habiendo quebrado más de cuatro mil bancos desde 1921 y treinta y tres mil ciento cuarenta y seis casas de comercio desde 1927. Luego calificó la política exterior de Coolidge y Kellogg de "anémica, descastada y débil, debatiéndose en la oscuridad". Acusó luego a los republicanos de intento de deificación del dólar, con disminución de los valores humanos:

> "Nos han convertido en la nación más desconfiable e impopular del mundo —dijo—. Por la acción de la repudiable diplomacia del dólar hemos caído en una guerra subalterna con Nicaragua. Nosotros no queremos sacrificar futuros mercados para servir a pequeños grupos de financieros y concesionarios. Allí, dentro de una generación, se vislumbran nuestros más ricos mercados y nosotros estaremos echando las semillas, mientras que nuestros rivales de ultramar estarán recogiendo la cosecha comercial.
>
> "Nosotros no podemos someter la conquista de los derechos a la punta de las bayonetas o firmar una boleta de venta con que se nos dirija por carta o enfrentar las armas de la marina de guerra contra los sonrientes corredores de comercio británicos y alemanes".

Estas breves palabras de Bowers son toda la ciencia filosófica en que basó el Partido Demócrata, durantes las presidencias de Franklin Roosevelt, su política hispanoamericana. Era muy sensible que los financieros norteamericanos debieran recurrir a las armas para asegurarse ventajas en Centroamérica, pero mucho más sensible era que esa desatinada política les iba a enajenar la buena voluntad de los futuros "más ricos mercados", lo que beneficiaría sobre todo a los ingleses y alemanes, siempre al acecho de oportunidades comerciales. Aquí está explicada con toda simpleza la Política de la Buena Vecindad que aplicaría Roosevelt, el mismo que en la convención de Houston, el 27 de junio, pidió que fuera proclamado candidato Alfred Smith, gobernador de Nueva York. En esa oportunidad, Roosevelt criticó la política de Coolidge y Kellogg y luego expresó: "Debe evitarse que los Estados Unidos se conviertan en una empresa con un consejo directivo perpetuo, sin que los accionistas tengan derecho a voto". Cuando anunció la candidatura de Smith, su propuesta fue saludada con una ovación que duró veintiocho minutos.

La Prensa del día siguiente comentó en forma acertada las palabras de Bowers, y enjuició en la forma admirable con que lo hizo durante todo ese periodo, las dos políticas norteamericanas:

> ...Estas palabras duras no importan una condenación basada en principios de derecho. Ante el criterio de los que fustigan las actitudes del Departamento de Estado,

lo que ha habido es poca habilidad comercial. Así como para algunos banqueros más o menos allegados a los círculos oficiales el apoyo de las fuerzas militares constituía el "desiderátum" para el logro de sus ambiciones mercantiles, para el concepto de los oradores demócratas la injerencia en asuntos extraños importa un mal paso desde el punto de vista del dinero. Ellos no quieren sacrificar futuros mercados para servir a pequeños grupos de financistas y concesionarios. Ellos no quieren someter la conquista de los derechos "a la punta de las bayonetas", mientras otros países consiguen con métodos pacíficos lo que se ha venido persiguiendo en forma diferente por algunos funcionarios.

Por lo tanto, cuadraría abandonar el intervencionismo, pero sólo porque no da los resultados que se habían venido esperando. Lejos de abrir los mercados, lejos de inducir a que países ocupados aumenten sus importaciones y faciliten la colocación de capitales norteamericanos, se habría de advertir que, contra todo cuanto tiene procedencia estadounidense, se alza la prevención popular transformada en simpatía hacia los corredores que, según las expresiones de los convencionales, tienen por arma la sonrisa.

...Por eso surge como incompleta la condenación de la política seguida por el Departamento de Estado, cuando se la limita al aspecto utilitario. Ya hemos dicho que sólo como por accidente se ha hablado de que la justicia se opone a su continuación: lo más tenido en cuenta ha sido el efecto de desconfianza que se levanta contra el país que esgrime las armas para asegurar el tipo de colocación de un empréstito o el cumplimiento de un tratado que desconoce la libertad de disposición de una nación independiente.

Ante esta forma de encarar un problema que corresponde al derecho es preciso reconocer que para los políticos que intervienen con voz en las convenciones que comentamos y que se celebran en Estados Unidos, el principio de intervencionismo no es contrario a las normas de justicia. Solamente puede combatírsele cuando no es oportuno, cuando conspira contra la consecución de mercados y cuando satisface nada más que a los "pequeños grupos de financistas y concesionarios". Se advierte, así, que todo sería entonces cuestión de cantidad y no de otra cosa, porque si la propuesta de los favorecidos fuese más considerada de lo que hoy lo es, la condenación del sistema intervencionista carecería de base para quienes lo juzgan de esta manera. Y esto es inaceptable para las naciones soberanas de América.

El 28 de junio es efectivamente proclamado candidato demócrata a la presidencia Alfred Smith. En su programa electoral se declara a la doctrina Monroe como principio cardinal de la política del gobierno de Washington, ya que, agrega, dicha doctrina fue proclamada para proteger a Estados Unidos tanto como a sus vecinos hispanoamericanos. Después de declarar indispensable la "cooperación amigable con los países latinoamericanos para mantener dicha doctrina", el programa sostenía la necesidad de terminar con la intervención en la política interna de los países latinoamericanos y acusaba a los republicanos por no tener ninguna política exterior bien orientada. "Una gran nación —sostenía— no puede resignarse a desempeñar un papel secundario en la política mundial y tiene que regirse por una sana política exterior de actuación positiva y no negativa."

Seguidamente condenaba la política de Coolidge respecto de Nicaragua y abogaba por la abolición de la práctica de que "el presidente entre en convenios con gobernantes extranjeros, sean éstos *de facto o de jure,* sobre la protección de tales gobernantes contra posibles revoluciones o ataques de una nación extranjera o para procurar intervenir en los asuntos internos de tales gobiernos", salvo que el Senado de Estados Unidos ratificara tales convenciones. "Condenamos al actual gobierno por estar poniendo en práctica tal convenio, no ratificado y que requiere el empleo de fuerzas armadas de Estados Unidos en Nicaragua"; sostenía luego, para propugnar que el principio de la no intervención se hiciera extensivo no sólo a México y Nicaragua, sino a los restantes países del continente y, por último, que debían cesar todas las intervenciones en los asuntos puramente nacionales de dichos países.

La actuación de Roosevelt en la convención demócrata que consagró candidato a Alfred Smith colocó su nombre en un plano destacado dentro del Partido Demócrata. Ya entonces se le mencionaba como probable secretario de Estado, en el supuesto de que Smith triunfara.

Había escrito numerosos artículos sobre política internacional, en uno de los últimos sosteniendo “que es posible que por la ayuda exterior se pueda hacer restaurar el orden en países de Centroamérica y las Antillas”, para lo cual habría que dar una nueva dirección a la política de la unión, actuando en “asociación con otras repúblicas americanas y acabar con la intervención aislada de Estados Unidos en los asuntos de otros países”.

Cuando asumiese el poder en 1933, pondría en práctica esta política. Sería otra de las enseñanzas surgidas —esta vez en favor de Estados Unidos— de la gesta de Augusto C. Sandino.

CAPÍTULO XIII

"LA TRANQUILIDAD REINA EN TODO EL PAÍS"

Por eso el héroe solitario guárdale,
contra la turba que lo estigmatiza,
cariño digno de tu heroica estirpe:
No de admirarlo dejes porque brilla
apagada su estrella: si se apaga.
es quizás porque nace el nuevo día,
o noche eterna envolverá a la América
enferma de cegueras infinitas...

SALOMÓN DE LA SELVA
Canto a Costa Rica.

I

En tanto se iniciaban los preparativos electorales en Estados Unidos proseguían los relacionados con Nicaragua, que se realizarían el 4 de noviembre.

También en México se disponían para el acto electoral del 1 de julio, para el cual se descontaba el triunfo del candidato de Calles, general Álvaro Obregón, cosa que, en efecto, ocurre, aunque el 17 de ese mismo mes un fanático, José de León Toral, asesina a balazos en una cantina de las afueras de México, al candidato electo.

En la Unión, el 6 de julio, alrededor de trescientas personas realizan una manifestación por Wall Street en horas del mediodía, cuando el barrio financiero está más concurrido, portando carteles con leyendas condenatorias de la política seguida por Coolidge en Nicaragua.

El mismo día partía de San Diego, California, el transporte yanqui *Medusa* llevando novecientos marinos para "colaborar" en las tareas electorales. Otro que demuestra los alcances de esa "colaboración" es el propio general McCoy, que el 7 de julio expide una resolución por la cual dispone la no participación en las elecciones de los candidatos conservadores rivales Cuadra Pasos y Rappacioli, "por cuanto ninguna fracción de ese partido ha llenado los requisitos legales para la proclamación de candidatos presidenciales, exigidos a todos los partidos participantes". Agregaba la resolución que el consejo directivo de las elecciones estaba dispuesto, no obstante, "a considerar cualquier plan práctico y definido" para

que dicho partido pudiera designar legalmente su candidato. La actitud adoptada por McCoy se consideraba no sólo favorable para el tercer candidato en discordia, el general Chamorro, sino la más decisiva y desembozada ayuda al general Moncada, candidato liberal. Esa medida de un militar extranjero, que dispuso en un país extraño como si fuera territorio conquistado, determinando quién era o no apto para optar a regir sus destinos, fue comentada del siguiente modo por el diario *La Prensa,* de Buenos Aires, el 10 de julio, en editorial titulado "La Libertad electoral en Nicaragua":

> Desde noviembre de 1926 está intervenida Nicaragua. A la violencia con que en algún momento las tropas de marinería pretendieron ahogar la resistencia, levantada por la invasión, ha sucedido un periodo de calma. Las fuerzas rebeldes parecen perdidas en los límites del país y la tranquilidad reina en casi todo el territorio. Ha llegado, por lo tanto, el momento de realizar un acto que, a estar a las manifestaciones del Departamento de Estado norteamericano, se desea con profundo interés: la elección presidencial, para que en 1929 queden instaladas en Managua las autoridades nicaragüenses que el propio pueblo se haya dado en los comicios puros y libres que controlará Estados Unidos. Su vigilancia asegurará la más absoluta sujeción a las necesidades de Nicaragua, y mediante sus oficios el país podrá pasar de un estado de anarquía a la normalidad completa sin derramar una gota de sangre o alterar la paz con movimientos armados.
>
> Este hermoso cuadro de respeto a la ley, de elecciones ejemplares, con que se ha pretendido acallar la protesta levantada contra el desconocimiento de la soberanía de un pueblo invadido, está muy lejos de ajustarse a la verdad. A mediados del año 1927 el Departamento de Estado de Estados Unidos hizo algunas objeciones a la candidatura de un general de larga actuación en el país, aduciendo escrúpulos constitucionales, y declaró que aun en el caso de ser electo no podría conseguir su reconocimiento. Ahora el representante McCoy, encargado de todo cuando tenga relación con los futuros comicios, ha ordenado que dos candidatos conservadores dejen de serlo, por cuanto ninguna de las dos fracciones que los sostiene habría llenado los requisitos necesarios para la proclamación. Y con esta medida irrevocable se ha dejado el campo abierto para que su adversario, aquel mismo militar a quien se le hizo presente la dificultad o imposibilidad de reconocerlo como presidente, llegue a serlo consagrado en unas elecciones donde no contaría con opositores.
>
> Prescindiendo de toda consideración que no sea la referente a la situación planteada para Nicaragua por unos comicios donde una potencia extranjera veta candidaturas, se llega a la conclusión de que unos mandatarios elegidos en tales condiciones tienen muy pocas probabilidades de asentarse en la opinión como indiscutibles. Dejando a un lado el hecho de que la soberanía del país se oponga a que se hagan renovaciones presidenciales mientras las fuerzas de marinería son las autoridades efectivas, es necesario tener presente que el comportamiento del Departamento de Estado, al intervenir en la gestación de candidatos, agrava el problema, porque quita a los comicios la única condición que podía haber hecho disimular la presencia de las tropas extranjeras: la libertad de determinación para el pueblo.
>
> Si los comisionados por el gobierno norteamericano se hubiesen concretado a lo que afirmaba el Departamento de Estado ser su misión, si ellos no hubiesen hecho otra cosa que garantizar la paz pública, facilitar la emisión del voto y asegurar la instalación de los mandatarios que surgiesen designados por la mayoría de los sufragios, la intromisión extranjera habría sido menos temible: cumplida la función que se arrogara sin ningún derecho y contra todo principio establecido, se retiraría y el pueblo de Nicaragua encontraría un gobierno elegido de acuerdo con la Constitución en algunos de sus aspectos. Pero la forma en que se están desarrollando los acontecimientos demuestra que cuanto se haga ahora no será sino la primera parte de un episodio. Las resoluciones mediante las cuales se vetan candidaturas privan a los electores de pronunciarse en favor, los comicios dejarán de ser tales para convertirse en la consagración de las personas que para los comisionados reúnen los requisitos

convenientes y, en dos palabras, lejos de haber una elección, lo único que se hará será ratificar la designación realizada por unos funcionarios extranjeros.

El comité directivo de la Liga Antiimperialista, de Nueva York, publicaba el 24 de junio la copia de una carta enviada por Sandino, en la cual éste expresaba su agradecimiento por el envío de productos medicinales y denunciaba "el exterminio sistemático de un pueblo indefenso por un país con el cual no se está oficialmente en guerra".

Esa aseveración confirmábase en el informe presentado el 11 de julio por el comandante de las fuerzas de aviación contra Nicaragua, mayor Ross Rowell, al Departamento de Marina yanqui. Omitiendo destacar sus depredaciones contra los habitantes segovianos, Rowell informaba que sus aeroplanos habían sido alcanzados 82 veces por el fuego de los sandinistas, aunque ni uno de ellos derribado por tal causa. Calculaba asimismo que esas naves transportaron aproximadamente un millón de libras de carga —no explicaba de qué clase— y 500.000 dólares en moneda, así como también numerosos enfermos y heridos. Por último, se lamentaba de la pérdida de "una maravillosa oportunidad de dar un golpe decisivo contra Sandino", en virtud de que el general Feland había ordenado la reducción a un mínimo de la agresividad aérea, "porque era necesario evitar el daño a las propiedades y dar muerte a inocentes".

Cuadro tan humanitario y conmovedor del comportamiento de los invasores era contrarrestado el 25 de julio por un cable de *UP* desde Managua, informando que una escuadrilla de 5 aeroplanos en vuelo sobre un campamento sandinista situado a 80 kilómetros al noroeste de Murra, cerca de la frontera con Honduras, había arrojado numerosas bombas contra los liberales, los que contestaron el fuego con sus ametralladoras y rifles, alcanzando varias veces a los aeroplanos. Justamente un día antes la agencia *Havas* informaba desde Superior, estado de Wisconsin, que el almirante Sellers había anunciado al presidente Coolidge que las actividades del general Sandino habían cesado "por completo" y que, según rumores que circulan en la región, parece que dicho general ha huido del país, haciendo que las perspectivas de las próximas elecciones —debido a la suspensión de las hostilidades— sean muy favorables".

II

En Washington, Charles Hughes, jefe de operaciones navales, aseguraba que Estados Unidos proseguiría la campaña contra Sandino y sus fuerzas y que el Departamento de Marina no modificaría su plan de campaña contra Sandino, debido a que no podía oficialmente dar fe sobre la veracidad de la huida de este. El día 26 de julio, desde Managua informaba *UP* que el bombardeo aéreo del día anterior contra Sandino, había sido "la más importante operación de guerra que se haya hecho en Nicaragua. Los aeroplanos arrojaron gran número de bombas de 17 a 18 libras de peso, unas, y de 50 y 80 libras otras. Además dispararon contra los liberales 5.000 cargas de ametralladoras". Otra noticia de la misma fuente hacía saber que Adolfo Benard, propietario de un ingenio azucarero en Granada, había sido proclamado candidato a la presidencia por los conservadores.

Para jaquear a Sandino por la única vía de escape disponible, la de Honduras, el Departamento de Estado contaba con los hábiles manejos del embajador norteamericano en Tegucigalpa, Summerlin, de quien era dócil juguete el presidente de aquel país, Miguel Paz Borahona. Éste, además de las medidas de vigilancia que ejercía sobre la frontera con Nicaragua, dispuso, a principios de agosto, la clausura del periódico *Ariel,* el órgano de Froylán Turcios, vocero continental de la lucha de Sandino. El 5 de agosto de 1928, se publicaba la protesta pública de Turcios, en *El Cronista* de Tegucigalpa, que decía así:

Levanto mi voz para que me oiga la América entera.

Atendiendo drásticas órdenes de Mr. Summerlin, representante del imperialismo yanqui en Honduras, el presidente doctor Paz Barahona, en Consejo de Ministros, emitió un decreto inconstitucional, que está haciendo cumplir por la fuerza, para matar la Revista *Ariel,* única publicación de intensa propaganda contra el verdugo de nuestros pueblos; único grito de alerta contra el pirata en acecho; única acción de potencia moral cada día más pujante en pro de la soberanía patria y de los altos destinos de nuestra nación.

Sepan todos nuestros compatriotas —y que esto produzca un intenso dolor en la conciencia de los verdaderos ciudadanos— que el gobierno yanqui, por medio de un citado ministro, es quien manda en la actualidad en Honduras. Sus órdenes son acatadas por nuestros hombres del poder, aunque para ello tengan que violar descaradamente nuestra Carta Magna. Pero los que nos imponen esta negra vergüenza cargarán con la tremenda responsabilidad de su delito de lesa patria y tendrán que responder mañana al terrible cargo de estar mutilando la soberanía nacional con su servilismo sin ejemplo.

Son los gobernantes que se arrastran a los pies del yanqui altanero los que nos están remachando las cadenas de la más vil de las servidumbres; son ellos los que, por sus condescendencias criminales con los piratas anglosajones, están hundiendo nuestra autonomía en un abismo de abyección y de infamia. Y no se nos vengan en *La Gaceta* con editoriales majaderos y mal escritos, que donde quiera que respira un patriota, su conducta ruin merecerá la más enérgica reprobación.

Todos los países de la tierra, inclusive Estados Unidos, exaltan y aplauden la actitud de Sandino, sin que sus gobiernos traten de impedirlo. Sólo el gobierno de Honduras se ha puesto de parte de los sanguinarios conquistadores, en abierta y desvergonzada hostilidad contra el Ejército de Patriotas que defiende, con valor sobrehumano, la soberanía de Centroamérica.

Si el señor Paz Barahona leyera la prensa del Continente se informaría de la repugnancia y del desprecio que por este motivo se siente en el exterior por nuestra patria y de los continuos y feroces ataques de que él es objeto por su conducta incalificable. Las propagandas en favor del Héroe de la Raza se intensifican cada día más en todas las naciones, aun en la misma tierra centroamericana totalmente esclavizada por el yanqui. Sólo en Honduras se viola con cinismo la Constitución y se pisotea la libertad de la prensa para evitar esas generosas y patrióticas propagandas y se persigue a los sandinistas como criminales.

¿Ignorará acaso el señor Paz Barahona que la lucha contra el imperialismo norteamericano constituye hoy un tópico universal y que en el propio imperio fenicio hay gran número de instituciones que combaten furiosamente al gobierno pirata por sus groseros atentados contra supremo, por no decir una palabra más precisa y más dura, convertirse en enemigo personal del legendario Sandino, cuando el universo entero está asombrado de su epopeya fabulosa y hay más de cincuenta mil publicaciones que en todos los idiomas glorifican su nombre?.

Los aviadores imperialistas que cobardemente asesinan desde la impunidad de las alturas a los héroes nicaragüenses, y que aterrizan cada cinco días en El Toncontín, como en tierra conquistada, como si ya Honduras fuera una colonia yanqui, llegaron, con persistentes embajadas, a exigir que el Poder Público se echara sobre mí. Pero nada obtuvieron entonces. La gloria de la felonía que dio muerte a *Ariel* pertenece al señor Summerlin, quien debe sumarla, en su haber diplomático, a los recuerdos gratísimos que dejó en México. Es del caso anotar que ante el gesto autoritario y la voz imponente de ese tetrarca romano tiemblan como míseros niños sorprendidos nuestros políticos intervencionistas.

El odio africano que los individuos que integran el gobierno de mi país profesan al Libertador Sandino, y el drasticismo del mencionado Summerlin, constituyen las verdaderas causas del vil asesinato cometido en *Ariel.*

Debo manifestar a los ignorantes, o a los conscientes que se hacen los tontos por ingénita maldad, que el general Sandino, el 4 de mayo de 1927, no levantó el pabellón de la guerra civil en Nicaragua; que no lucha por lanzar del poder usurpado al traidor Adolfo Díaz. El Héroe de los Héroes, ante cuya altura moral son miserables pigmeos

todos los enemigos —incluye los Coolidge, los Kellogg y demás sayones del imperialismo—, combate, en duelo mortal, por su Raza, por sus eternos ideales de Honor y Libertad; lucha, en una terrible lucha de independencia, por arrojar de su patria el cínico conquistador que afrenta su soberanía, que incendia, viola y asesina y envilece de mil maneras a sus conciudadanos. Pelea y peleará hasta morir, con la misma altísima y sacra bandera que empuñaron Bolívar, Washington, Morelos y Martí en las grandes epopeyas de liberación nacional americana. Él, nada desea para sí. Ni el poder ni el oro le atraen. Al salir el yanqui de Nicaragua depondría las armas, retirándose a vivir en un país extraño. Su gloria y su fuerza están en su Ideal, cumbre luminosa de un máximo espíritu. Únicamente los corazones envilecidos, las almas oscuras y protervas, los hombres manchados de execrable ignominia, son incapaces de sentir admiración por el gallardo paladín que honra a la Humanidad con su sacrificio inmortal.

Pronto tendremos los autonomistas hondureños que rechazar en sangrientos combates al yanqui invasor que, con pretextos más o menos estúpidos, intentará colocarnos en la oprobiosa situación de Nicaragua. Entonces, cumpliendo su brillante programa de redención racial, Sandino ampliará su radio de combate y lo veremos en Honduras defendiendo como Supremo Jefe nuestra soberanía ultrajada.

Por lo demás, *Ariel* no morirá. No serán el capricho ciego y la delictuosa inconsciencia y la ruin traición quienes apagarán el fulgor de su ideal, su íntima energía patriótica, su clara visión del futuro. Sufrirá hoy —como en octubre de 1925, cuando destrozo el Empréstito de la Muerte— un eclipse momentáneo, bajo la acción de la fuerza bruta; pero como esos altos faros que en los Pilatos tormentosos se apagan y vuelven a encenderse en las tinieblas de la noche, aparecerá de nuevo su luz en el instante del supremo peligro o del naufragio total de nuestra soberanía, (f.) Froylán Turcios.

A la actitud del gobierno hondureño se refería también, a su regreso de Nicaragua, el delegado del Comité Manos-Fuera-de-Nicaragua (MAFUENIC), Gustavo Machado, en entrevista que le hiciera el poeta Max Grillo y que publicara *Repertorio Americano* el 25 de agosto de 1928:

"Ante todo —me dijo— ha de saber usted que fui a llevarle a Sandino el óbolo de los obreros mexicanos. No es cosa fácil llegar hasta él, pues hay que burlar la vigilancia de los gobiernos de Guatemala, El Salvador y Honduras, lacayos incondicionales de la Casa Blanca. En la frontera sur de este último país está apostado el general Ramón Mondragón, jefe de un resguardo, quien goza de triste celebridad como perseguidor de los sandinistas, a los que trata de capturar para ganarse la prima ofrecida al efecto por el gobierno saxoamericano. A mí me fue relativamente fácil penetrar al territorio de Nicaragua, gracias a un guía que en Tegucigalpa me proporcionó el poeta Froylán Turcios, representante de Sandino; pero hube de transitar por sendas abiertas en el corazón de la montaña, salvar torrentes impetuosos y exponer a cada momento la vida. Sin embargo, logré mi objeto, y aquí me tiene usted, sano y salvo, dispuesto a responder a todas sus preguntas."

III

Grillo, en efecto, somete a preguntas a Machado, que, por su importancia, transcribimos:

—¿Qué táctica emplean los marinos yanquis para combatir a Sandino?

—Proceden con el mayor atolondramiento, sin coordinación: penetran al monte, nerviosos y vacilantes, buscando a tientas a un enemigo invisible, que rehuye el

combate y se lanza contra ellos sorpresivamente, cuando tiene noventa y nueve probabilidades en ciento, de aniquilarlos. Últimamente, con objeto de reducir a Sandino por hambre, los *blue-jackets* han quemado más de setenta caseríos de la Nueva Segovia y arrasado todas las plantaciones. Miles de personas, sobre todo ancianos, mujeres y niños, vagan errantes por esa región, sin pan ni abrigo.

—¿De cuántos hombres dispone el general Sandino, en la actualidad?

—De unos dos mil, repartidos en las zonas de Somoto, Quilalí, Jinotega, Matagalpa y Atlántico.

—¿Es verdad que sus tropas tienen instructores alemanes, como los aseguran ciertos periódicos estadounidenses?

—Tal versión es completamente falsa. Había sido propalada con objeto de disculpar los descalabros sufridos por los marinos anglosajones. Con Sandino hay muchachos de casi todos los países de Hispanoamérica pero ningún extranjero. Así, por ejemplo, el jefe de la zona de Somoto, José León Díaz, es salvadoreño; el comandante de la Segunda Compañía, Manuel María Girón, guatemalteco; el de la tercera, Simón Montoya, hondureño y el ayudante del propio caudillo, Carlos Aponte Hernández, venezolano. En ese ejército no se necesitan técnicos ni hacen falta militares de carrera. No se hace guerra sino que se va a un torneo cinegético y para cazar gringos —que es de lo que se trata— sobran la táctica y la estrategia.

—¿Cuántas bajas calcula Sandino haberles hecho a los invasores?

—Alrededor de mil ochocientas. Los últimos combates de “Las Cruces”, “El Bramadero” y “El Zapote”, costaron a los marinos algo así como el treinta por ciento de sus efectivos, mortandad comparable a la de las batallas más reñidas de la Guerra Europea.

—¿Cómo se provee de armas el Ejército Libertador?

—Tomándoselas al enemigo. En los campamentos de Sandino todo es de procedencia norteamericana: rifles, ametralladoras, cartuchos, uniformes, mulas y vituallas. Vi allí hasta banderas de las barras y estrellas, en número de cuatro, una de las cuales le fue regalada a una muchacha para que se confeccionara un traje.

—¿Qué me dice Ud. de “La Chula”, el cañón antiaéreo construido por Sandino?

—No tuve oportunidad de conocerlo; pero por las explicaciones que me dieron acerca de él, me parece que se trata de un mortero que dispara un proyectil cuya eficacia es aterradora. Hasta la fecha, “La Chula” ha dado cuenta de once aviones yanquis.

—¿Cuál es el arma favorita de los sandinistas?

—La bomba de mano, hecha de dinamita y forrada con cuero crudo, que en caló del campamento se llama gardenia, traducción un tanto libre de la interjección *goddann,* proferida por los marinos al recibirla entre sus filas.

—¿Cómo es el general Sandino?

—Físicamente: pequeño, delgado, pálido, con ojos grandes y brillantes. Tipo de mestizo, en el que predomina la sangre blanca. Es hombre de gran talento natural, afable, chistoso; goza de muy buen humor y en los mayores apuros conserva siempre su sangre fría. Madrugador: a las cinco de la mañana ya está dando órdenes recostado en su hamaca. Gusta mucho de la música popular y en su campamento abundan las guitarras, acordeones y mandolas. Es frugal y enemigo acérrimo de las bebidas alcohólicas. A los fabricantes y vendedores de ellas entre sus soldados, los castiga con la pena de muerte.

—¿Tiene Sandino aspiraciones políticas?

—Ninguna. Su único anhelo es arrojar de su patria a los intrusos. No depondrá las armas hasta conseguirlo. Sobre este punto es irreductible y no admite componendas de ninguna especie. Una vez libre Nicaragua de la intervención militar extranjera, él está listo a apoyar la formación de un gobierno nacional —enteramente civil— presidido por Lara o por Sofonías Salvatierra, candidato este último del Partido Autonomista.

—¿Confía Sandino en el triunfo final de su causa?

> —Completamente, ya que cada día crece su ejército y dispone de mayores medios de acción. Además, sabe que cuenta con el apoyo material y moral de todo el pueblo nicaragüense. Hasta las mujeres y niños acuden a engrosar la falange libertadora. Para vencerlo, sería necesario que Estados Unidos enviara a Nicaragua un verdadero ejército de ocupación, lo que parece no entrar en sus cálculos, con tanta mayor razón cuanto que ante el mundo ellos no están en guerra con dicho país, sino que sus tropas han ido allá para garantizar la legalidad de las elecciones presidenciales que se verificarán en noviembre.

El 9 de agosto de 1928, el Departamento de Estado distribuía un folleto oficial, en el cual insistía en la calificación de "bandidos" a las huestes sandinistas. La publicación aseguraba que en los combates contra los invasores, hasta el 18 de abril de ese año, habían muerto doscientos quince "bandidos nicaragüenses". Se describían, además, las relaciones entre Estados Unidos y Nicaragua, desde 1919 hasta 1928, y se informaba que, de acuerdo con los cálculos, habían muerto veinticuatro soldados de la marina de la Unión y ocho soldados de la Guardia Nacional Nicaragüense. Igualmente se refería el documento al número de combates en que los imaginarios "bandidos" habían sido completamente derrotados, pero no indicaba el número de las bajas de estos.

Un día después, desde Washington, se informaba que habían fracasado las negociaciones para la emisión de un empréstito de 12 millones de dólares para Nicaragua, "según declaraciones no confirmadas". Parecía ser que el Departamento de Estado intentó aprobar el empréstito y pidió, a tal efecto, a los banqueros de Nueva York —léase Seligman y Brown Brothers— que lo tomaran en consideración pero que éstos habían declinado el ofrecimiento. Los funcionarios de esa secretaría habían trabajado durante varios meses para buscar la forma de hacer un empréstito a Nicaragua; los proyectos se basan primordialmente sobre un estudio hecho por el técnico financiero W. W. Cumberland, que fue enviado al efecto a ese país en noviembre de 1927, habiéndose acordado en principio, que el 75 por ciento del empréstito fuese destinado a refundir las obligaciones del gobierno de Nicaragua, incluso las provenientes de las reclamaciones a raíz de la última revolución. El resto sería destinado a obras públicas. Pero las tres casas que, según se informaba, rehusaban hacer el empréstito, eran virtualmente las únicas que habían estado concediendo créditos a los países centroamericanos durante los 25 años anteriores.

La Prensa, el 12 de agosto, al ocuparse del problema, manifestaba:

> La intervención del Departamento de Estado es a todas luces ilegítima. Los prestamistas que han entrado en tratos con él saben que, en definitiva, quien será responsable del pago de los cupones es Nicaragua, y que al discutir las condiciones de la emisión con funcionarios norteamericanos no puede buscarse otra cosa que asegurar una posible garantía, para el caso de incumplimiento por parte de la nación obligada. La forma en que ella puede prestarse es una sola: la utilización de la fuerza, para obtener violentamente lo que por determinadas condiciones financieras no resultare cómodamente factible. A las primeras dificultades tendría que producirse el envío de tropas, la ocupación de aduanas y la suplantación de la soberanía, como está ocurriendo actualmente.
>
> Parece ser que las condiciones convenidas no han satisfecho a los banqueros, y que ninguna de las casas tomadas en consideración se halla dispuesta a colocar su dinero en la forma que se pretendía. El hecho revela que no basta la palabra o la promesa más o menos velada de cooperar al cobro de los cupones y que el tanto por ciento atribuido al pago improductivo de indemnización muchas veces fantástico, motiva una resistencia que quizás no se creyó posible.
>
> Los países centroamericanos han luchado desde el primer instante de su vida independiente contra las pretensiones de establecer sobre ellos una tutela más o menos soportable en cuestión financiera. Muchas emisiones han sido consultadas en las esferas oficiales de Estados Unidos, y de esta injerencia, que resulta inexplicable ante la ley y ante los contratos de empréstitos, ha surgido la falsa visión de que es posible contar con la fuerza de las armas en la exigencia de cumplimiento de plazos y pagos.

Esta práctica viciosa, lejos de desaparecer, lleva camino de perpetuarse, y sería oportuno que el fracaso de la tentativa de atar a un país con un préstamo consumido en sus tres cuartas partes, en el pago de deudas muy discutibles, abriese los ojos a determinados funcionarios.

IV

Por esos días causaba sensación la denuncia de que el ministro norteamericano en Honduras, Summerlin, había solicitado a la cancillería de Tegucigalpa permiso para que tropas de la Unión desembarcaran y se dirigieran hasta la frontera con Nicaragua, "para arrestar a varios nicaragüenses". Los funcionarios del Departamento de Estado, al comentar la nota dada a publicidad por Honduras sobre ese particular, declararon el 13 de agosto que la nota de pedido había sido presentada varios meses antes por Washington, en momentos en que los rebeldes nicaragüenses, presionados por la marinería de la Unión, buscaron refugio en territorio hondureño. Se agregaba que el hecho de haberse dado a publicidad la nota, significaba que el gobierno de Paz Barahona había accedido a la solicitud.

Contra actitudes antipatrióticas de tales entes, resultaba un notable contraste la posición de muchos intelectuales de Estados Unidos, de vigorosa censura y crítica de los desmanes del gobierno de su patria. Así, con ocasión de celebrarse en el Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Virginia un certamen para considerar problemas de la época, el doctor J. I. Coz, profesor de historia en la Universidad del Noroeste, al tratar el panorama de fondo de los sucesos ocurridos en Nicaragua a partir de 1926, dijo que "ningún hombre podrá ser presidente de Nicaragua sin el apoyo de Estados Unidos." Luego agregó:

> "En 1926 era posible que Estados Unidos asegurara al señor Sacasa una protección razonable de modo que pudiera haber regresado y asumido la presidencia por lo restante del período, para el cual él y su jefe habían sido elegidos; o bien Estados Unidos pudiera haber insinuado que prefería la designación de alguna otra persona. Hasta donde nos es posible juzgar los hechos, Estados Unidos prefirió seguir el segundo camino, puesto que parecía que sólo había una persona a la cual podían apoyar con todo su corazón: Adolfo Díaz.
>
> "Mientras continuemos con esa política que bien puede llamarse militarista, y mientras consideremos que es de capital importancia la defensa del Canal de Panamá, y de los derechos sobre el Canal de Nicaragua, no creo que retiremos nuestras tropas de Nicaragua. Durante 25 años hemos seguido esa política. Roosevelt decía que quería tener limpio a Panamá. Si continuamos con esta política, deberemos mantener siempre tropas en Nicaragua y apoyar a uno de los partidos políticos de ese país".

Luego habló el doctor Seidel Vaca, que había sido representante de Sacasa en Washington durante 1926 y 1927. Expresó lo siguiente:

> "El verdadero motivo de la intervención de Estados Unidos en Nicaragua es la situación estratégica de ese país en Centroamérica y la necesidad de expansión comercial de Estados Unidos, así como el deseo de éstos de retener el Canal de Panamá como una propiedad exclusiva.
>
> "La intervención de Estados Unidos en Nicaragua empezó en 1909, con el secretario de Estado Knox, que alegó que Nicaragua estaba en bancarrota. Esto es también falso. El asunto del Canal de Nicaragua fue puesto sobre el tapete y propagado como algo de la mayor importancia, para dar a la administración de Díaz, impuesta por los marinos estadounidenses, la suma de 3 millones de dólares para allanar las dificultades financieras.

> "El asunto del canal se invoca cada vez que hay disturbios en Nicaragua y que se buscan explicaciones para la intervención. Sin embargo, el canal es un argumento que se explota en las revistas, los diarios y libros, para dar al público la impresión del atraso en que se encuentra Nicaragua y su pueblo y hacer resaltar los beneficios que obtendrían los nicaragüenses de una intervención. Este es otro argumento falso.
>
> "Nicaragua, a pesar del estado en que la mantienen y de todas las perturbaciones políticas internas y la mezcla de la población indígena, progresa continua y tranquilamente, construyendo escuelas y ferrocarriles, telégrafos, teléfonos y centrales eléctricas con sus propios recursos. No existe hoy día nada en Nicaragua que haya sido construido por los banqueros estadounidenses o por la intervención. Todos los ferrocarriles en Nicaragua han sido construidos por su propio pueblo. Nuestras escuelas habían alcanzado un progreso tal, que algunos decretos de nuestras instituciones nacionales han sido aceptados por la Universidad de París.
>
> "Hoy día, después de 17 años de intervención de Estados Unidos, el número de escuelas ha disminuido, y las tentativas de educar a los indígenas en el Norte fracasaron lamentablemente.
>
> "Estados Unidos nos impuso una administración extravagante y costosa; los ferrocarriles han disminuido, porque se abandonaron varios ramales. Estos son los resultados directos que la administración del Departamento de Estado impuso al pueblo nicaragüense desde 1909. No se puede hacer justicia al comentar un solo hecho en la historia de Nicaragua, sin tener en cuenta el conjunto de toda la intervención."

Un día después, hablando nuevamente en el certamen de Charlottesville, Virginia, el mismo Seidel Vaca declaraba:

> "...Yo puedo deciros, como ex representante del doctor Sacasa, y como su ex consejero, que este político es un perfecto caballero y el hombre menos agresivo que Nicaragua haya tenido entre sus políticos. Fue educado en Nueva York, en la Universidad de Columbia y creía ciegamente en la buena fe de la actitud de Estados Unidos. Cuando fue vicepresidente de la República estuvo siempre en relaciones con el Departamento de Estado (sic); se puede decir que nada hacía en su carácter de dirigente político de Nicaragua sin consultar al Departamento de Estado y conocer sus ideas sobre los temas de interés (¿?).
>
> "El doctor Sacasa había sido notificado de que Estados Unidos y el Departamento de Estado permanecerían completamente neutrales en los asuntos políticos internos de Nicaragua. Se le manifestó específicamente pocos días antes de salir de Washington, en mayo de 1926, que era considerado por el Departamento de Estado como el heredero constitucional a la presidencia; y nada ni nadie habría podido inducirlo a ponerse al frente de un movimiento revolucionario que ensangrentara y produjera tantos sufrimientos para su pueblo de no contar con esas seguridades..."

Como podrá notar el lector, quizá sea ésta la prueba más flagrante de las intenciones reales de Kellogg en cuanto a Nicaragua. Como se recordará, hemos sostenido que Washington necesitaba intervenir en México en salvaguardia de los intereses de los grupos petroleros. La cautelosa política de Calles le impedía disponer de pretextos adecuados y fácilmente asimilables para la opinión pública del mundo. Entonces, alentó los planes de los revolucionarios nicaragüenses, de los que se sabía contaban con la simpatía —y algo más— de Calles.

Los revolucionarios, en efecto, se pertrecharon en México, y de allí salieron para invadir a Nicaragua, dando, así, el pretexto largamente buscado para que Kellogg proclamara a todos los vientos que Calles se proponía extender el "bolcheviquismo" a todo Centroamérica por medio de sus títeres, uno de los cuales sería Sacasa y el otro, Moncada, cuando invadió Nicaragua en noviembre de 1926. La verdad era que Sacasa se había convertido en un simple títere de la cancillería de Washington —en la que confiaba— y que era la que le había decidido a alzarse en armas contra Chamorro primero, y contra Díaz después.

V

El 23 de agosto, Alfred E. Smith, gobernador de estado de Nueva York, al aceptar oficialmente la candidatura a la presidencia por el Partido Demócrata, pronunciaba en Albany un discurso alusivo, al cual pertenecen los siguientes conceptos:

> En los últimos tiempos del gobierno de Woodrow Wilson, gozábamos no solamente de la amistad, sino también de la admiración, respetuosa admiración, de los pueblos del mundo. Actualmente vemos señales inequívocas de una extendida desconfianza para con nosotros y de una falta de amistad, especialmente entre nuestros vecinos latinoamericanos.
>
> El actual gobierno procedió de un modo contrario a la declaración de uno de los más grandes jefes de su partido. La situación en Nicaragua demuestra que nos hemos apartado de ese principio. El gobierno intervino en una disputa electoral entre dos fracciones rivales, envió tropas a Nicaragua, las mantuvo allí durante años y lo hizo sin el consentimiento del Congreso. Nuestros marinos murieron en el empeño de arreglar ese conflicto interno y dieron muerte a centenares de nicaragüenses. El gobierno, sin consultar al Congreso, emprendió esta larga y continua ocupación por nuestras fuerzas armadas del territorio de una nación que consideramos amiga.
>
> Me comprometo a atenerme con mayor resolución que a otra parte de nuestro programa político a aquélla que aboga por la supresión de la práctica del presidente de la República de concluir acuerdos para el arreglo de disputas internas en los países hispanoamericanos sin la anuencia del Senado, como lo establece la Constitución de Estados Unidos. En cuanto a mí, personalmente, declaro lo que dice el programa político de nuestro partido: “Debe cesar la intervención en los asuntos puramente internos de las repúblicas hispanoamericanas.” Y me comprometo especialmente a atenerme a esta declaración con respecto a México, lo mismo que a cualquier otro país hispanoamericano.
>
> Hay que mantener la doctrina Monroe, pero no como pretexto para intervenir en asuntos puramente internos de países que, aunque sean pequeños, son soberanos y tienen el derecho de exigir y obtener que se respete su soberanía. Haré, con seguridad, todo cuando esté en mi poder para llevar a efecto una acción común arreglada entre este país y todos los demás países hispanoamericanos, con respecto a toda medida que sea necesario adoptar en el cumplimiento de las responsabilidades a la civilización que nos imponga la doctrina Monroe. El mal efecto de la política del gobierno con respecto a América Latina se ha extendido a nuestras relaciones con el resto del mundo.
>
> ...Al defender su política (Coolidge) enunció el 25 de abril de 1927 la doctrina de que la persona y los bienes de un ciudadano forman parte del dominio de la nación, aun cuando se encuentren fuera del país. No creo que el pueblo norteamericano aprobaría una doctrina que diera a Alemania, Francia, Inglaterra o algún otro país el derecho de considerar al ciudadano de uno de esos países o a sus bienes dentro del territorio de Estados Unidos como parte de su dominio nacional.

Con relación a los preparativos electorales en Nicaragua, se informaba desde Managua que, junto con las comisiones departamentales, se habían despachado grupos de marinos y oficiales: a Nueva Segovia, la región donde operaban los guerrilleros, treinta y cuatro marinos; a Bluefields, sobre el Atlántico, sesenta; a Matagalpa, treinta y ocho; a Chinandega, treinta y cinco; a Estelí, veinticuatro; a León, cuarenta y nueve, además de fuertes dotaciones a otros puntos del país. Se había designado, además a Harold W. Dodds, encargado de los asuntos técnicos, al coronel Arthur Brown de los aspectos legales, al doctor Alonso Perales consultor jurídico, y al mayor Harry Crocket secretario de la junta nacional de elecciones. Todos ellos habían actuado anteriormente como miembros al servicio de la comisión plebiscitaria en Tacna y Arica.

El 30 de agosto, una patrulla de marinos norteamericanos, mandada por el capitán Stockes, sostuvo un encuentro con un grupo de sandinistas que le habían preparado una emboscada. Según informes de Managua, los marinos habían logrado rechazarlos, matando a dos de ellos e hiriendo a uno y capturando a otros cinco, contra ninguna baja yanqui. El número de sandinistas era aproximadamente de cuarenta, dirigido por Manuel Ángeles Ortiz y se encontraban bien armados, contando con una ametralladora Lewis.

Esto revelaba que las fuerzas guerrilleras, aunque esporádicamente, desarrollaban operaciones de combate. Sobre su actividad escribía Sandino a Turcios en septiembre, con vistas a su publicación:

1). Delegados a la América Latina. *Hace dos años, en los días del mes de noviembre, mi columna permanecía en línea de fuego en las montañas de Quilalí, en espera de cuatro generales conservadores que, provistos de ametralladoras, asesinaban impunemente hombres de filiación liberal, no perdonando en tan cobarde asesinato ni a las familias de éstos.*

Por un camino de los que llamamos picadas, *caminos inextricables que solamente los* chanes *o* vaqueanos *conocen, llegó hasta la línea un niño de 9 años de edad. Solicita hablar con quien estas anotaciones hace. Llegado a mi presencia, le saludo, y él, al mismo tiempo que me responde, me entrega una alforjilla de* mecate *conteniendo guineos y rucas cocidas con chicharrones enchilados.*

Como tantos niños de nuestra América, ese niño de pura raza india, en cuyos ojos brilla el orgullo indomable de nuestros ascendientes, llevaba por vestido algo que fue camiseta como se dejaba ver de dos rollitos de trapo arrollados en los bíceps, pendientes por una hilas de los restos de talle que le quedaban en los hombros y un calzoncillo también en hilas que pendían del cinto.

Todo en el niño expresaba la protesta viva contra la civilización actual, y lo que encerraba de sorpresa en la mirada, todavía hace que, al recuerdo de aquella escena, suba incontenible la emoción n mi garganta.

Cuando yo le regresaba la alforjita, rindiéndole las gracias y recomendándole dar mis saludos a sus padres, me respondió:

—Quiero ser uno de sus soldados, quiero que usted me de un arma y tiros, para pelear contra los bandidos que nos matan en nuestras casas. En la mía supimos —agregó— que usted estaba en la montaña y me vine trayéndole esas cosas, para que coma.

Fue incorporado en nuestras fuerzas porque no hubo medio de convencerle de que no podía resistir, debido a su edad, las rudezas de la guerra. Ha tomado parte en 36 combates y hoy, en vez de los harapos, luce hermoso uniforme, conocimientos que en lectura y escritura ha adquirido en nuestro Ejército. Es un Niño-Hombre.

Entre este niño y otro de pocos meses de diferencia en edad con él, incorporado en sus mismas condiciones morales y físicas en aquellos mismos días, sostenían el siguiente diálogo. Habla el primer Niño-Hombre:

—Me parece que se me ha quitado una montaña del cerebro. Tengo deseos de recorrer las 20 Repúblicas de la América Latina, pues dicen los compañeros que andan con nosotros, y que han venido de aquellas repúblicas a pelear a nuestro lado contra los machos, *que somos 90 millones de latinoamericanos, y como tú sabes, estas revoluciones tienen por objeto unir nuestra raza contra los imperialistas yanquis.*

—Está bueno, hermano —responde su interlocutor—, que pienses en viajar y no perdamos las esperanzas de que más de una vez iremos de delegados de nuestro país a aquellas bellas tierras.

¿Podrían estos niños pensar como ahora lo hacen si hubieran continuado viviendo ignorados en sus jacales?

2). Una cuarenticinquitío. *Están sentados a una mesita un hombre, su esposa y su hijo. La esposa deshoja unos tomates de elote calientes que, con cuajada de leche y otros manjares del campo, hacen la alegría del hogar. El marido sonríe al plato, conversando animadamente sobre los acontecimientos que la guerra antiimperialista ha*

desencadenado. El niño da grandes sorbos al café con leche, mientras hace reconvenciones al gato, que, en aquel momento, sube el tabanco.

El marido: —Vieja, es *una sinvergüenzada que se va a terminar la guerra contra los yanquis invasores y yo no voy a tomar parte en ningún combate. ¿Qué podría contar cuando a la llegada a Managua me preguntaran algo de esta gran campaña?*

La esposa: —De veras, hijo, a mí me daría pena que no tuvieras nada que contar: además que no sólo por contar debes ir, sino porque es una obligación prestar servicios a esta causa, que es de todos nosotros. Prepárame un poco de provisiones y te vas a penquear a los machos.

3). Dos niños que juegan. *Dos niños de 6 a 7 años de edad, hijos de los soldados, juegan a la guerra en el centro de la casa, mientras una lluvia torrencial hace desbordar los ríos. Uno de ellos tienen un carrito de juguete y el otro una gorra. El de la gorra le dice a su compañero:*

— Te compro el carrito.

—¿Y qué me das tú? —responde el otro.

—Esta gorra y unos botones.

—Ah —dice el del carrito, poniendo en el gesto la seriedad de sus frases—, para eso hay necesidad de quince días de conferencia y reunir a todo el Ejército para ver si se puede hacer el negocio... Y siguen jugando a la guerra.

Estos diálogos entre campesinos y muchachos del Ejército me hacen comprender que la lucha que hemos emprendido dará abundantes frutos para bien del progreso moral e intelectual de nuestros pueblos: y aun a despecho de los abyectos, nadie podrá borrar el odio que hoy existe en los habitantes de Las Segovias contra los yanquis.

Patria y Libertad. A. C. Sandino.

VI

El 1 de septiembre, el presidente Calles declaraba ante el Congreso de México que declinaba definitivamente continuar al frente del gobierno, una vez expirado su periodo constitucional. Recomendaba por ello al organismo el nombramiento de un presidente provisional, de acuerdo con la Constitución.

El asesinato de Obregón parecía, pues, no tener otra consecuencia para los destinos de México, ya que no había provocado, como hubiera acontecido años antes, nuevos levantamientos armados. Seguían, no obstante, con todo vigor, las pequeñas guerrillas de los “cristeros” y los asaltos a los trenes, que a su vez no tardarían en desaparecer.

El 2 de septiembre, en Nueva York, eran embarcados a bordo del *Guatemala,* con destino a Nicaragua, tres nuevos aeroplanos de bombardeo y otros tres para reconocimientos. El día 15, al vencer el plazo establecido el 25 de mayo para que los rebeldes que desearan acogerse voluntariamente a los beneficios de la amnistía lo hicieran, deponiendo sus armas, desde Managua se informaba oficialmente que habían sido beneficiados con esa medida mil setecientos setenta y cinco hombres, por lo que se consideraba que las elecciones se desarrollarían “tranquilamente, pues sólo queda un pequeño resto de sandinistas”. Para que fueran más “tranquilas” aún, la Guardia Nacional había ya “recogido” o “sometido a vigilancia' a los elementos que consideraba capaces de suscitar “subversiones” en vísperas del 23, fecha señalada para la iniciación de la inscripción de electores en el registro respectivo. En 1924 el número de electores había alcanzado la cifra de cien mil, por lo que se confiaba en que, en virtud de la “supervigilancia” de los marinos yanquis, el número de inscritos fuera esta vez mayor.

El 25 de septiembre, por el voto unánime del Congreso mexicano, era designado presidente provisional el licenciado Emilio Portes Gil, quien debía asumir el 1 de diciembre siguiente y gobernar hasta el 4 de febrero de 1930.

El 2 de octubre Adolfo Benard, candidato oficial del Partido Conservador en las elecciones de Nicaragua, al llegar a Managua de regreso de Washington —adonde había viajado, decía, para visitar a su suegro Alejandro César, cónsul—, declaraba en discurso pronunciado ante quienes fueron a recibirle: "Aprobamos la ayuda valiosa de las fuerzas de marinería de Estados Unidos y damos un voto de gratitud al secretario de Estado, Mr. Kellogg, y al representante de ese país en Nicaragua, por el alto espíritu de justicia y buena voluntad demostrados hacia todos los nicaragüenses".

Como complemento de su acción armada en Nicaragua, las fuerzas invasoras cumplían por aquel entonces quizás el único objetivo realmente encomiable de su acción arbitraria: el saneamiento sanitario del país, objetivo en el que colaboraba la Fundación Rockefeller. Así, desde el 8 hasta el 15 de octubre, se desarrolló una campaña concertada antipalúdica en pueblos, ciudades y campiñas, tendente a hacer desaparecer los focos infecciosos. Esto servía, al mismo tiempo, para pulsar el ánimo de los nicaragüenses y su espíritu de colaboración, amén de sus opiniones políticas.

El 10 de octubre, Adolfo Díaz, al ser entrevistado por la agencia *UP,* expresaba su "vivísima satisfacción por el proceder de Estados Unidos al hacerse cargo de la vigilancia de los registros electorales" para las elecciones presidenciales de Nicaragua. Aprovechó para predecir que el Partido Conservador, del cual él era el jefe, obtendría el triunfo por una pequeña diferencia. Por su parte el general Moncada expresaba en términos parecidos su satisfacción por la vigilancia estadounidense, mostrándose igualmente confiado en el triunfo de su partido, el Liberal, del cual él era el candidato a la presidencia. Dos días después el general McCoy, supervisor norteamericano de las elecciones, informaba al Departamento de Estado que el monto aproximado de los inscritos era de ciento cuarenta y cinco mil.

El 21, desde Managua, se informaba que Moncada había anunciado haber enviado al candidato conservador Benard una carta, en la que le pedía elevaran conjuntamente una súplica a Estados Unidos, para que dicha nación tomara a su cargo la vigilancia de las elecciones presidenciales de 1932, "debido a la satisfacción que ambos experimentan por la forma en que se está ejerciendo actualmente la vigilancia estadounidense para las próximas elecciones".

Muestra tan cínica de servilismo y sometimiento era contrarrestada por otra noticia del mismo día, dando cuenta de que un subordinado de Sandino, el teniente Pedro Altamirano —que luego se haría famoso por su apodo "Pedrón"— había entrado en varios pueblos incitando a la abstención electoral. En su caso, se informaba que Altamirano había procedido a dar muerte a varios conservadores y liberales, por haber aquéllos propugnado públicamente la concurrencia al comicio.

En cuanto a la súplica de Moncada, *La Prensa,* el 23 de octubre, le daba su lugar adecuado:

> Uno de los candidatos a la presidencia —decía— ha invitado a su adversario para que ambos se dirijan conjuntamente a la Casa Blanca "suplicando" que la intervención norteamericana no termine con los comicios a realizarse dentro de poco; para su criterio, sería indispensable que la "supervigilancia" se extendiera también a los que deben efectuarse en 1932.
>
> La posición adoptada por este dirigente no puede interpretarse sino como una desviación inaceptable en materia de soberanía. Sean cuales fueren los frutos de tranquilidad y corrección con que se realicen las elecciones bajo fuerzas extranjeras, es innegable que Nicaragua se halla cercenada en sus atributos más caros. Sometida a un régimen militar, no dispone de sus facultades absolutamente para nada, y si bien la presencia de marinos extraños impide que se altere el orden, imposibilita también, y esto es lo grave, que el pueblo nicaragüense se dé sus magistrados, conforme a su propia voluntad, sin insinuaciones de delegados ni de confidentes observadores, sin vetos salidos de reparticiones extranjeras, sin auspicios de determinados nombres.
>
> El desembarco de 1926 quedará en la historia de las relaciones internacionales americanas como un ejemplo típico de los abusos de fuerza. La fiscalización de las elecciones internas surgirá como una demostración de que el imperialismo procura no sólo evitar el estallido de algunas revoluciones, sino también el establecimiento de

> gobiernos que no respondan a sus intereses. En cuanto a los pedidos para que una potencia extranjera continúe fiscalizando la vida soberana de la propia patria no podrán ser juzgados sino con la severidad que merecen la desviación del carácter y el sometimiento voluntario al vasallaje extranjero.

En tanto se acercaba la fecha de las elecciones en Nicaragua, trascendía que el costo de los preparativos y de su realización alcanzaría la cifra de 190.000 dólares, de la cual las dos terceras partes estaban destinadas a gastos de supervisión, esto es, al pago de los gastos del ejército de ocupación.

Trascendía también, el 27 de octubre, "en círculos por lo general bien informados de Washington" —según cable de *UP*—, que "ha podido recogerse la indicación de que los marinos norteamericanos permanecerán indefinidamente en Nicaragua después de las elecciones del 4 de noviembre".

El 1 de noviembre, el famoso senador Borah, que como republicano apoyaba la candidatura de Hoover, al contestar las acusaciones del candidato demócrata Al Smith, en el sentido de que había traicionado su posición de crítica respecto de la política centroamericana de Coolidge, expresó con acierto las líneas generales de la política de su patria sobre Hispanoamérica. Dijo, en efecto, que el primer envío de fuerzas a Nicaragua se había realizado bajo el primer gobierno —demócrata— de Wilson, y precisando conceptos agregó:

> "En cuanto a mí, era contrario a la política de Wilson como lo soy de la de Coolidge. Pero no he podido nunca encontrar diferencia alguna entre la política seguida respectivamente por los dos gobiernos, en cuanto a Centroamérica se refiere. He venido a este recinto a declarar que si Smith, en el caso de que triunfara en las elecciones del 6 de noviembre, siguiera en Centroamérica la política de Wilson, seguiría también la de Coolidge. No existe la menor diferencia entre la política de uno y la del otro. No ha habido en esta cuestión una política determinada por razones de partido, pues los dos gobiernos aplicaron, de hecho, el mismo programa.
>
> "Fuimos a Nicaragua durante los últimos meses del gobierno de Taft. Desembarcamos nuestros marinos, ocupamos la casa de gobierno en Managua y nos establecimos allí. Mientras, negociamos un tratado con Nicaragua. Me opuse al tratado, el que fue rechazado. Wilson, elegido presidente, volvió a someter al Senado el mismo tratado y sostuvo los principios que habían servido de base para las negociaciones, pues bien, el tratado fue finalmente ratificado bajo el gobierno de Wilson, quien mantuvo los marinos en Nicaragua durante todo el período de su gobierno.
>
> "La primera vez que fiscalizamos una elección en Centroamérica, lo hicimos bajo el gobierno de Wilson y seguimos el mismo programa en Haití también bajo su gobierno. En presencia de nuestra historia, no hay nada más fútil que pretender que nuestra política en Centroamérica es la de un partido determinado. Se trata de una política nacional, y que sea justa o no, acertada o no. fue la de todos los gobiernos de los últimos 20 años."

Efectivamente.

VII

Un día antes de las elecciones en Nicaragua, desde Managua se informaba que la tranquilidad reinaba en todo el país, "no teniéndose noticias de que hubieran ocurrido desórdenes". El clero católico se había declarado decididamente en favor de los conservadores, los que se manifestaron contrarios a las leyes de divorcio y de secularización de los cementerios, amén de otras reformas de igual índole propiciadas por el Partido Liberal:

El 4 de noviembre se realizaban finalmente las elecciones sin que el ejército de Sandino pudiera hacer nada por evitarlas ni por trabar su desarrollo. Los votantes eran marcados en los dedos con una sustancia química especial destinada, según se informó, a impedir que votaran más de una vez, ya que su poder duraba varios días No tuvieron inconveniente en someterse a la marcación ni el "presidente" Díaz ni los candidatos Benard y Moncada. Mentando el hecho, expresaba *La Prensa* el 6 de noviembre:

> "Sin embargo, lo que tardará más tiempo en borrarse es el recuerdo de la intervención extranjera. Es un antecedente que marca como viciosos todos los procedimientos. Y ante el juicio de la América contemporánea, ante el juicio de la historia y ante el juicio del propio pueblo de Nicaragua, quedarán comprometidos todos los funcionarios y los hombres políticos que, como autores, coautores o elementos pasivos se complicaron en ese atentado a la soberanía de uno de los pueblos libres del continente, que precisamente se destaca en el mundo como la tierra de la Libertad."

Para esa misma fecha, ya se conocía el triunfo de Moncada en la mayoría de los distritos electorales. Éste, en la euforia del triunfo, declaraba a la *United Press:* "Triunfamos por una mayoría de 25.000 votos. La elección se realizó con suma corrección, en medio del más perfecto orden y en una forma muy eficiente, lo que honra al pueblo de Estados Unidos, el que cumplió en todos sus términos el pacto Stimson, por el cual se convino el envío del general McCoy, que es el ciudadano norteamericano más honorable, más inteligente y más imparcial que haya venido a Nicaragua."

La verdad era que sobre un total de 132.049 votantes. Moncada había obtenido 76.210 contra 55.839 del conservador Benard, o sea una ventaja aproximada de 20.000 votos.

El presidente Coolidge, consultado por la *UP,* declaró ver en el resultado de las elecciones de Nicaragua la expresión de la voluntad del pueblo, lo que haría posible que "grandes contingentes de fuerzas de marinería regresaran en breve a Estados Unidos". Agregaba Coolidge que las elecciones "han demostrado a todo el mundo que Estados Unidos ha obrado en este asunto sin parcialidades de ninguna especie, lo cual ha procurado el arreglo satisfactorio de la contienda". En cuanto a las elecciones en Estados Unidos, la campaña seguía en torno de los candidatos, Smith y Hoover, que en sus respectivos discursos se atacaban con la saña tradicional en las contiendas electorales norteamericanas. Hoover prácticamente para nada se refería a los problemas internacionales, incidiendo en aspectos prácticos de política interior; Smith, sin descuidar los objetivos internos acudía con mayor frecuencia al análisis de la posición mundial de Estados Unidos y a sus relaciones con Hispanoamérica. Así, en su discurso pronunciado en Baltimore el 30 de noviembre, expresó, entre otras cosas:

> "Me congratulo de que la protección que merecen la vida y las propiedades de los ciudadanos norteamericanos en todos los países del mundo, constituya un asunto de interés nacional, pero por otra parte me siento satisfecho de ver que la actitud del pueblo norteamericano no tolera la intromisión del gobierno en los asuntos de orden interno de las repúblicas sudamericanas.
>
> "Bajo mi administración no habrá más práctica diplomática que permita la explotación de naciones débiles. No podemos pregonar una doctrina de relaciones exteriores en Europa y practicar otra distinta en los países hispanoamericanos."

No obstante, saldría triunfante de las elecciones Herbert Hoover, por aplastante mayoría: sobre un total de 531 electores, obtendría 444 contra 87 de Smith. Se hacía resaltar que era el presidente ungido con mayor número de votos hasta entonces: 21.429.000, contra 15 millones de su adversario. En esa elección triunfaría, además, como candidato a gobernador del estado de Nueva York, el demócrata Franklin D. Roosevelt.

El 8 de noviembre se informaba que Hoover, antes de tomar posesión de su cargo el 4 de marzo de 1929, realizará un viaje por Hispanoamérica. Comentándolo, el senador Borah expresaba:

> "Es una espléndida idea la de Mr. Hoover y constituye un indicio de lo que podremos esperar de su gobierno, en lo relativo a nuestras relaciones con esos países. Nuestras vinculaciones con Centro y Sud América son las más inmediatas y las más vitales de todas nuestras relaciones exteriores. Todos esos países son nuestros vecinos en el hecho y deberían serlo aún más por el espíritu.
>
> "Más tenemos nosotros que hacer para lograr esa aproximación que ellos. En vez de fuerzas de marinería, como expresión de nuestra política, necesitamos relaciones cordiales, completa armonía y entero respeto por sus derechos y mutuo respeto para nuestros respectivos intereses."

Una vez más tenía razón el senador Borah, pero no sería el presidente Hoover quien cumplimentara tan bellos ideales.

CAPITULO XIV

LA SOBERANÍA DE UN PUEBLO NO SE DISCUTE

Y un día sacudiste la mano que oprimía
tu frente tributaria, segura de tu fuerza;
la espada del derecho ceñiste a tu cintura,
calaste el gorro frigio y alzaste tu bandera.
Nadie osó detenerte. Conocías tu signo.
Huyeron los leones rampantes a otras selvas
y cayeron deshechos al golpe de tu brazo
los hierros torturantes de las viejas cadenas.
Monta otra vez el potro piafante de la hazaña,
da tu obra total; canta, seduce, enseña...
o garras de rapiña volverán de nuevo
a imponerte el tributo de la ciega obediencia.

VALMORE RODRÍGUEZ
A mi América India

I

Como secretario de Comercio durante las administraciones de Harding y Coolidge, Herbert Hoover había inaugurado la política de alianza con las grandes asociaciones comerciales y las compañías poderosas. Según Morison y Commager, "su sentido de la eficiencia ingenieril se resentía ante el espectáculo de la competencia con su inevitable despilfarro y, en su primer memorándum como secretario de Comercio, propuso modificaciones a la Ley Sherman (antitrusts)... Puso al Departamento de Comercio a disposición de los negocios... Como resultado parcial de este estímulo oficial, la concentración del control de la industria y la banca norteamericana, considerada en otro tiempo como un peligro común, se desarrolló libremente..."

En su discurso electoral del 23 de octubre de 1928, en el Madison Square Garden, resumió su filosofía política de los negocios del modo siguiente:

> Si cualquiera se pone a estudiar las causas que retardaron el restablecimiento de Europa, encontrará que, en gran parte, ello se debió a la supresión de la iniciativa privada, por una parte, y al recargo que tomó el gobierno en el manejo de los negocios por la otra. Los negocios comerciales requieren una concentración de responsabilidad. El gobierno propio requiere una descentralización y muchos frenos y contrapesos para la salvaguardia de la libertad. Para tener éxito en los negocios, nuestro gobierno habría de convertirse efectivamente en un despotismo. En el despotismo comienza inmediatamente la destrucción del autogobierno.
>
> He presenciado no sólo en este país, sino en el extranjero, muchos fracasos de los gobiernos que se meten a administrar negocios. He visto las tiranías de éstos, sus injusticias y su destrucción del autogobierno.
>
> Gracias a la adhesión a los principios de un autogobierno descentralizado de igualdad de oportunidades para todos y de libertad para el individuo, nuestro experimento estadounidense para lograr el bienestar humano, ha producido un grado de prosperidad que no tiene paralelo en alguna parte del mundo y se ha aproximado mucho más a la abolición de la pobreza y a la abolición del temor de carecer de lo necesario, que lo haya hecho jamás la humanidad.
>
> No hemos alcanzado la meta, pero si tenemos la suerte de continuar la política de los ocho años últimos, pronto, con la ayuda de Dios, vislumbraremos el día en que la pobreza será expulsada de esta nación.

Frases tan optimistas sufrieron un tremendo revés casi un año después, cuando, justamente por continuar la "política de los ocho años últimos" y aun de exacerbarla, se producía la catástrofe financiera más terrible de la historia del mundo. El senador Norris, republicano progresista, fracción que había apoyado la candidatura de Smith, hizo, en su discurso pronunciado el 27 de octubre, una pequeña radiografía política de Hoover. Dijo, en efecto:

> "No puedo olvidar que los hombres que se opusieron a que se hiciera investigación alguna respecto a los escándalos petroleros de los últimos siete años; que lo hombres que defendieron a Daugherty, Fall, Sinclair, Forbes y Millar, sean exactamente los mismos que ahora están dirigiendo la campaña y apoyando la candidatura de Mr. Hoover. Durante todo aquel largo y penoso debate, durante el cual la Comisión del Senado hizo lo posible por sacar a luz toda la verdad respecto a los sobornos de los funcionarios públicos, Mr. Hoover ocupaba su sillón en el gabinete presidencial y, día tras día, estaba en contacto con los conspiradores que estaban defraudando al gobierno.
>
> "No lo acuso de que haya tenido conocimiento personal de esos manejos, ni que haya tenido participación en los beneficios del crimen y desorden, pero sí de que, desde el principio hasta el fin, este señor se haya mantenido silencioso como una esfinge y que jamás haya tenido palabras condenatorias para ninguno de los hombres colocados en altas esferas oficiales, y culpable de estos crímenes."

Recordó luego que el ex presidente Theodore Roosevelt, "con una entereza que le honra", decía que en caso de que él tuviera que hacer alguna diferencia entre republicanos pillos y pillos demócratas, perseguiría con mayor rigor a los republicanos, es decir, a los de su propio partido. Luego Norris agregó: "Mr. Hoover dejó su cómodo puesto en Inglaterra, trasladándose a Estados Unidos con el objeto de aceptar un cargo en el gobierno demócrata, se convirtió en demócrata y, durante la campaña de 1918, abogó en favor de la elección de un congreso demócrata."

Con todo, lo cierto era que una vez más el pueblo norteamericano había optado, en los comicios, por quien le inspiraba mayor confianza para resolver los problemas nacionales internos y por quien le ofrecía mayores garantías de prosperidad, aun a despecho de los reparos de orden internacional que pudiera ofrecerle el candidato por el que había volado. El triunfo abrumador de Hoover así lo demostraba. Este hacía público, el 12 de noviembre, que

iba a realizar su viaje por Hispanoamérica en el acorazado *Maryland,* puesto a su disposición por el Departamento de Estado.

La noticia de su viaje alborota a las cancillerías de todo el continente. Se anuncian recepciones *y* agasajos para el viajero. Los diarios analizan el significado y las proyecciones de su visita. En general la tónica es de aprobación, tanto en Estados Unidos como en Hispanoamérica. El mayor crítico de Coolidge, *The World,* felicita al viajero en ciernes: *The Nation,* en cambio, se manifiesta escéptico: "Hay países latinoamericanos —dice— que no se sentirán muy orgullosos de recibir al presidente electo de la nación más rica de la historia, y quizás Mr. Hoover podrá sacar alguna conclusión de ello. Si su presencia llegara a deshacer la mala impresión que han producido en dichos países los asuntos planteados, deberemos reconocer que Mr. Hoover no sólo llegará a ser el más grande agente de ventas de Estados Unidos, sino el mayor estadista del más grande imperio económico que registra la historia.

II

El día que Hoover iniciaba su viaje, se informaba desde Washington que se sabía "de fuentes autorizadas que se espera iniciar en breve la reducción de las fuerzas norteamericanas de marina que actualmente ocupan territorio nicaragüense". Se agregaba que esas fuerzas, que sumaban unos cinco mil hombres, serían reducidas gradualmente, hasta que solamente quedara una guardia de la Legación, compuesta de aproximadamente doscientos hombres". Igual que en 1912, como bomberos del Tío Sam.

Al día siguiente —20 de noviembre— por la noche, el Departamento de Estado daba a conocer el informe largamente esperado acerca de la situación económica y financiera de Nicaragua, presentado por el perito especialmente designado, doctor W. W. Cumberland, que iba precedido de un breve comentario de Kellogg, estableciendo que el organismo a su cargo "no ha aprobado o acordado nada con respecto a este informe", y que al darlo a publicidad no se sentía obligado en nada por ello.

El documento establecía que "los verdaderos intereses de Nicaragua hacen aconsejable para ese país aceptar la extensión material del control de sus finanzas por Estados Unidos". Contenía, demás, cinco recomendaciones, las que darían al secretario de Estado de la Unión la facultad de regular los asuntos financieros de Nicaragua.

La primera recomendación era la designación de un auditor general, por parte de Estados Unidos y aprobado por el presidente de Nicaragua, el que debía controlar todos los gastos del gobierno; la segunda, la conveniencia de que la facultad de Estados Unidos, entonces limitada al cobro de los derechos aduaneros, se hiciera extensiva a todos los ingresos fiscales, para lo cual el Departamento de Estado designaría un funcionario, confirmable por el presidente de Nicaragua; la tercera, que el secretario de Estado gozara del poder de remover de sus cargos tanto al recaudador general de rentas como al auditor general propuestos; la cuarta, la concertación por Nicaragua de un empréstito que no excediera de 30 millones de dólares, para el cual se emitirían inmediatamente títulos por la cantidad de 12 millones, fondos que se destinarían a levantar las obligaciones más urgentes, a pagar las reclamaciones por los daños causados por la revolución y los gastos exigidos por las elecciones de ese año, además de los desembolsos para la realización de obras de pavimentación e higiene en Managua; la quinta y última, la concertación de un empréstito por 2.500.000 dólares para la mejora del material rodante del ferrocarril al Pacífico.

Además de las recomendaciones, el informe contenía otras implicancias. Así, Mr. Cumberland predecía que iba a pasar mucho tiempo antes que las fuerzas policiales de Nicaragua, que se hallaban bajo la dirección de oficiales navales yanquis, "adquieran la suficiente estabilidad como para poder quedar bajo la dirección exclusiva" de sus propios jefes nacionales. Sostenía, además, que "al presente esas fuerzas policiales deben seguir al mando de oficiales de los cuerpos de marinería norteamericana, puestos a disposición del gobierno de Nicaragua, los que instruirán al personal del país en sus funciones con la rapidez que sea posible, en forma que constituyan una garantía de estabilidad política, aunque es seguro que este proceso se efectuará lentamente, pues el apasionamiento político en Nicaragua es un

fenómeno social de fuerza dominante, lo que exigirá años para preparar las fuerzas policiales en el sentido indicado, a fin de evitar su intromisión en las disputas partidarias o el apoyo a determinada causa o fracción".

Era un poco disfrazado intento de permanecer en Nicaragua, dominando los puestos militares, durante algunos años más o durante el tiempo que fuera necesario. En el aspecto económico la intención era semejante, pero ya no se conformaban los banqueros o su asesor Cumberland con las entradas aduaneras: pretendían ahora todas las entradas fiscales, alegando que la percepción de impuestos "se halla llena de irregularidades" y declarando que podría lograrse "un régimen más eficiente bajo la dirección de un colector general responsable" y del auditor general propuesto, que evitarían las numerosas filtraciones.

El semanario neoyorquino *The Nation* comentó el proyectado empréstito en un editorial titulado "¿Hay esperanzas para Nicaragua?", donde expresaba:

> El empréstito de 12 millones de dólares que se ha propuesto a Nicaragua prosigue el curso usual, extraviado y peligroso de nuestra diplomacia en esa República durante los últimos 20 años; política que está dañando nuestra reputación y legítima expansión comercial por toda la América indoespañola meramente en beneficio de un pequeño grupo de prestamistas y pescadores de concesiones de Wall Street. Ha habido el mismo embrollo de dos caras en esta maniobra financiera que en la vuelta de nuestros marinos a Nicaragua en el invierno de 1926-1927. William W. Cumberland, nuestro antiguo experto financiero en Haití, fue enviado a Nicaragua en el otoño de 1927, con la aquiescencia del presidente Díaz, a informar acerca de las finanzas de la República. Recomendó Mr. Cumberland que nuestros banqueros prestaran a Nicaragua de 30 millones para arriba, 12 millones inmediatamente, estableciendo, en cambio, una dictadura financiera.
>
> El 10 de marzo envió Mr. Cumberland este informe al Departamento de Estado, pero no se hizo público. En verdad no se hizo público. Estábamos entonces en medio de una guerra no autorizada, desagradable y terca, contra Sandino, a consecuencia de la cual nuestra Administración recibía la crítica proveniente de sitios inesperados. Con las fortunas del Partido Republicano en juego en la inminencia de una elección nacional, la Administración no pudo arriesgar un ataque más a su política en Nicaragua. Pero se conoció la existencia del informe de Cumberland y hubo la amenaza de una petición de información de varios senadores y representantes tan pronto como el Congreso se reuniera. De esta manera, después de la elección, y antes de reunirse el Congreso, se hizo público el informe.
>
> No cayó en gracia, y aun los defensores conocidos de una política imperialista en el Caribe se chasquearon ante anuncio tan desabrido en víspera de partir Mr. Hoover a Centroamérica en viaje de buena voluntad. Fue un bocado demasiado crudo. El *New York Times* dio a la Administración un digno golpe en seco sobre los nudillos, y si Mr. Coolidge hubiera tenido la idea oculta de no contrariar en lo más mínimo a quien en un tiempo fue miembro de su gabinete, comprendió ahora que no lo haría. Cuatro días después de la publicación de ese informe se dio a conocer una breve exposición procedente de Mr. Coolidge y de Mr. Kellogg, indicando "pulgares abajo" sobre las recomendaciones de Cumberland por el resto de la presente Administración. Queda por ver lo que Mr. Hoover quiera hacer, pero aunque su preocupación por el comercio exterior lo ciegue algunas veces para concepciones de un orden superior, puede servir para cambiar nuestra política latinoamericana en un mejor sentido. El rudo imperialismo que hemos ejercitado en el Caribe ha dañado nuestro tráfico y nuestro comercio *bona fide* por toda la América española. Nuestros comerciantes y otros hombres de negocios de una estirpe legítima no pueden avanzar en una atmósfera de odio y desconfianza.
>
> El hecho es que Nicaragua no necesita en estos momentos un empréstito. De acuerdo con el propio informe de Mr. Cumberland, la mitad de los 12 millones propuestos irían a refundir empréstitos existentes que el país está soportando sobre bases satisfactorias. La única razón existente para refundir sería la de suplir una comisión pingüe a algunos de los tiburones prestamistas de Wall Street. Casi una cuarta parte del empréstito iría a parar al fondo de reclamaciones en su mayor parte

debidas a nuestra intervención en la política nicaragüense. Estas reclamaciones pueden atenderse con los recursos existentes si se deja en libertad al país. Éste deja un 25 por ciento del empréstito para fines productivos, para lo cual ha dicho Thomas W. Lamont que debemos, generalmente, limitar nuestros adelantos a las naciones extranjeras. El 25 por ciento para fines productivos está destinado a la construcción de carreteras. Éstas son necesarias, indudablemente, pero es mejor que lleguen poco a poco. En Haití, la gran suma gastada en caminos ha resultado una lamentable extensión de caminos para automóviles saxoamericanos, que con sus bocinas asustan las mulas de los pobres nativos y las echan al barro.

En todo caso, esa construcción debe hacerse mediante impuestos. Para su propio bien y el nuestro, la América indoespañola debe cultivar el hábito de imponerse a sí misma más impuestos y pedir prestado menos.

Finalmente, el empréstito Cumberland está propuesto en términos que hacen de Nicaragua un peón rentístico de Wall Street. El control financiero del país —incluyendo el presupuesto y el derecho de veto sobre toda la legislación considerada como propensa a producir merma de las entradas— será puesto en manos de tres hombres. Dos de ellos —la mayoría— serán ciudadanos de Estados Unidos designados por nuestro secretario de Estado, que actuarán, es de presumir, de acuerdo a los deseos de los banqueros que financian el empréstito. El Banco de Nicaragua, que ha sido justamente redimido del control extranjero ejercido por el último empréstito, será vendido —esta vez en cautiverio permanente— a Norteamérica. Por estos generosos servicios, nuestros prestamistas y *racketers* de Wall Street tendrán el permiso de cobrar 400.000 dólares, que es casi el tres y medio por ciento, comisión exorbitante, por financiar un empréstito de 12 millones. Mientras tanto, el plan de Mr. Cumberland pide el acondicionamiento apropiado para la constabularia recientemente organizada, es decir, la Guardia Nacional, mediante un fondo que será una carga sobre las entradas del gobierno y, a renglón seguido, de la deuda pública. Como la señala el *People's Lobby,* esto daría a los banqueros el primer derecho sobre las rentas de la nación y a los protectores de los banqueros, el segundo."

Parece haber la probabilidad de que el empréstito propuesto a Nicaragua por Mr. Cumberland, será encarpetado para siempre. Así lo esperamos, pero creemos que el Congreso debiera investigar todo el curso de nuestra estada en dicha República durante los veinte años pasados.

El proyecto de Cumberland, en efecto, iba a ser encarpetado definitivamente. El cambio de presidente en la Unión, las críticas despiadadas de que fue objeto y, finalmente, las comprobaciones personales que recogería el nuevo mandatario, Herbert Hoover, a través de su visita a los países del continente, decidirían su destino adverso.

III

Cuando Mr. Hoover, presidente electo de Estados Unidos, se preparaba a hacer su "gira de buena voluntad", la revista *Time,* de Nueva York, confeccionó un mapa de las comarcas que iban a ser objeto de la visita.

El mapa, intachable desde el punto de vista geográfico, estaba ilustrado con unos letreros en frondosas letras mayúsculas, destinadas a llamar la atención de Mr. Hoover, seguramente ignorante de la geografía pintoresca de la América no sajona.

Como un síntoma del concepto que los núcleos imperialistas tenían de nuestra América, reproducimos algunas leyendas. Sobre el mapa de Nicaragua decía: "Aquí los marinos norteamericanos están barriendo al general Sandino." En el istmo de Panamá: "Roosevelt arrancó a Panamá de Colombia. Wilson quiso pagar una compensación. Harding la cubrió por 25 millones." Sobre la zona bananera de Santa Marta, Colombia: "Las plantaciones de la United Fruit Company dan 30.000 racimos de bananos por día."

Una línea larga y negra señalaba la ruta de los aviones de la Scadta, desde Barranquilla hasta Girardot, Colombia; tenía la siguiente aclaración: "Los alemanes vuelan por aquí con un

beneficio del 12 por ciento para los accionistas." Bogotá, para el ingenioso creador del mapa, era una ciudad "que tiene una altura diez veces mayor que la del edificio Woolworth". Colombia, un país donde Estados Unidos ha invertido 170 millones de dólares. El Ecuador, "un país muy pobre, cuyo nombre proviene de la línea ecuatorial". Perú, un país que debe 200 millones. Y así sucesivamente.

Pero contra el juguetón mapa de *Time. The World* recordaba que desde los tiempos de Monroe, Estados Unidos había efectuado treinta y una intervenciones militares o semimilitares en Hispanoamérica, motivo más que suficiente para que los países que la forman dudasen de las buenas intencionen del *big brother,* no obstante el viaje *de good willing* de Hoover.

El 26 de noviembre. Hoover desembarcaba en Amapala, Honduras, donde pronunció un discurso, en parte del cual expresó:

> Desearía que se dé a mi visita el sentido de la visita "que hace un buen vecino al otro". Tenemos el deseo, no solamente de mantener las relaciones cordiales entre los diferentes gobiernos, sino también las relaciones como buenos vecinos, aumentando el buen entendimiento con el contacto personal. Tenemos que fortalecer el respeto mutuo, que es la base duradera de toda amistad internacional. Deseo también saber algo de los problemas que afectan al hemisferio occidental para prepararme mejor para la tarea que me espera... Nosotros, en Estados Unidos, hemos aprendido mucho de nuestros vecinos latinoamericanos, y por nuestra parte nos enorgullecemos de haber contribuido al progreso común durante los 150 años de nuestra historia.
>
> Por esto he creído que un estrechamiento de la amistad y un conocimiento personal de nuestros vecinos y de sus puntos de vista, y, ante todo, un contacto personal con los hombres que han sido elegidos para asumir las responsabilidades del gobierno, sería de sumo valor para la tarea que me espera al hacerme cargo de la presidencia. Estaré entonces en mejor situación para cooperar con ustedes. Los que conocen a Estados Unidos saben también que deseamos únicamente cooperar con nuestros vecinos para aumentar el entendimiento mutuo y para el progreso común.

El mismo día proseguía viaje y arribaba al puerto de la Unión, El Salvador, donde pronunciaba otro discurso del mismo contenido conciliador y amistoso. Como coincidiendo con ese espíritu, el Departamento de Marina de Estados Unidos anunciaba que un batallón de trescientos veintiséis hombres, que había llegado a Nicaragua el 12 de julio anterior, había sido retirado y dispuesto su regreso. Pero, por otra parte, el secretario Wilbur añadía que las fuerzas de marinería permanecerían en Nicaragua "hasta después de la inauguración de la administración del general Moncada". Agregó que no se habían elaborado aún los planes para el retiro de todas esas fuerzas, que de todos modos permanecerían en el país hasta fin de año, "por lo menos".

El 27 de noviembre, Hoover desembarcaba en el puerto de Corinto, Nicaragua, y conferenciaba con Adolfo Díaz, el general Chamorro, y el ministro yanqui en Managua, Mr. Eberhardt. Luego lo hizo con el general Moncada. Posteriormente, reunía a todos ellos y a otras altas personalidades nicaragüenses a bordo del *Maryland,* donde se sirvió un *lunch* en su honor. En esa ocasión, Hoover dijo:

> "Siéntome altamente honrado porque en esta ocasión me ha sido dada la bienvenida no sólo por el presidente de Nicaragua, sino por el señor presidente electo y un ex presidente. Por representar ellos a los partidos políticos de Nicaragua, que en los últimos tiempos estuvieron en conflicto, esta ocasión adquiere un interés extraordinario. Ella representa la consolidación de las fuerzas y de la paz interna. Demuestra que la difícil crisis nacional, en la que mi propio país ha estado interesado, ha llegado ahora a una base de solución que merece la más profunda gratitud de todos nuestros pueblos y por lo cual deseo felicitar a los dirigentes de la nación nicaragüense."

El general Moncada fue entrevistado momentos después por el corresponsal de la *UP,* Harry Frantz, que viajaba con Hoover. A él le expresó Moncada que era "partidario decidido de

la construcción del canal nicaragüense y que había conversado ese punto con Mr. Hoover; agregó que "auspiciaba la prolongación de la permanencia de las tropas de desembarco de Estados Unidos en suelo nicaragüense hasta tanto la Guardia Nacional acusara una eficacia suficiente para ser apoyo de las leyes del país, tal como se acordó en el tratado Stimson". Cuando otros periodistas le pidieron su opinión acerca de Sandino, Moncada expresó: "No tiene razón".

Pero cuando le formularon la misma pregunta a Adolfo Díaz, éste contestó: Es un bandido. A Harry Frantz expresó Díaz conceptos similares a los del general Moncada, aunque con un grado mayor de traición. Dijo, en efecto que "confiaba que los marinos norteamericanos fiscalizarían las elecciones que se deberán realizar dentro de cuatro años".

El 28 de noviembre Hoover arribaba, en su gira, a Costa Rica. Al siguiente día, *The New York World,* hasta entonces contrario al envío de fuerzas armadas a Nicaragua, comentaba la solicitud de Moncada referente al no retiro de la marinería, en estos términos:

> "Esta solicitud es interesante, porque señala un cambio completo de la situación tal como existía en noviembre de 1926, cuando el gobierno de Coolidge intervino por primera vez en Nicaragua. En aquel momento el poder se encontraba en manos de los conservadores, a raíz del golpe de Estado, mientras los liberales denunciaban en términos acerbos la intervención de Estados Unidos en apoyo del gobierno conservador. Ahora, en noviembre de 1928, vemos que los liberales piden con insistencia que queden en el país mil marinos, y no es difícil encontrar la razón de tal pedido... como garantía contra una tentativa del golpe de Estado de la oposición conservadora."

Agregaba el diario que los marinos darían, sin duda, la garantía deseada y que su presencia no significaría "forzosamente una violación de las prerrogativas de Nicaragua como nación soberana, si no les acompañara el control norteamericano sobre la administración financiera del país". Así y todo, "es evidente que Estados Unidos no obtendría ventaja alguna y sus continuas intervenciones provocarán infaliblemente los resentimientos de América Latina".

En Guayaquil. Hoover tuvo la rara fortuna de encontrarse con un presidente, Ayora, no menos raro, ya que con las palabras que pronunció en su presencia no sólo interpretó el sentir de Ecuador, sino el de los pueblos de toda Hispanoamérica. Dijo, en efecto. Ayora:

> La realidad de las cosas impone una mutua y recíproca interdependencia entre todas las naciones del mundo; y esa unión se hace más grande entre países que tienen especiales motivos para mantener relaciones cordiales y sinceras. Y para que esa solidaridad internacional pueda hacerse efectiva, eficiente y verdadera, para que esa acción pueda ser creativa y vitalizadora, necesario es que se funde en el escrupuloso respeto de los derechos de todos los países, en el reconocimiento de la absoluta igualdad jurídica entre todos los Estados; es indispensable que a ella sea inherente la proclamación irrestricta de la soberanía, de la justicia y el derecho.
>
> Porque sabemos que estos principios reguladores de la vida internacional son los que guiarán vuestra política internacional, porque conocemos que sois altamente sensible a los mandatos de la justicia, las demandas de la ley, las prescripciones de la equidad, las necesidades de una comprensión inteligente, los pueblos a quienes honráis con vuestra visita os damos la bienvenida con regocijo fraternal de entusiasta amistad...

Como lo hizo notar Sanín Cano en *El Tiempo,* de Bogotá, nada había en esas frases extrañas a la ley que rige las relaciones entre los Estados soberanos, pero para Hoover ellas encerraban un problema de complicadas derivaciones por lo que hacía a la política latinoamericana de Washington. Callar ante el disimulado y cortés reto del presidente Ayora era imposible para el candidato electo, porque la interrogación de toda América le habría perseguido en su viaje. Era preciso contestar y al hacerlo importaba usar de mucha cautela y, si era posible, confundir los términos del grave interrogante. Hoover, pues, contestó de este modo: "La verdadera democracia no es ni puede ser imperialista. La hermandad en esta fe es

garantía de buena voluntad. Y es garantía también del respeto que surge solamente entre aquellos valores iguales que participan en la lucha común por el bienestar de la humanidad."

El gran colombiano Sanín Cano opinó de ambos discursos del siguiente modo:

> Ayora había sido muy explícito, su huésped escondió el pensamiento en vagas generalidades, pero no es difícil desentrañar el sentido de esas voluntarias indeterminaciones. El presidente electo de los Estados Unidos saxoamericanos sabe muy bien que le debe su elección a los grandes intereses bancarios, industriales y mercantiles de su patria. No puede hablar en tono o en sentido que pueda hacerle aparecer en pugna con esos intereses. De otro lado, por temperamento, por educación, sin duda en la creencia de que la amistad Iberoamericana puede ser conveniente para el juego provechoso de aquellos intereses, Mr. Hoover desea conciliar con ellos el sentimiento latinoamericano. La tarea es sobremanera difícil y a la luz de la razón y de los negocios parece poco menos que ilusoria. Sin embargo, Mr. Hoover trató de llevar a cabo esa conciliación, imaginando, sin duda, que el presidente Ayora y sus oyentes carecían de la penetración necesaria para separar los dos conceptos involucrados por el célebre huésped.
>
> "La verdadera democracia no es ni puede ser imperialista". En teoría el principio es verdadero; en la práctica resulta contradicho por algunas repúblicas y monarquías aspirantes al título de democracias. "La hermandad en esta fe es garantía de buena voluntad." (Palabras, palabras, cuyo sonido es grato al oído diplomático y cuyo sentido se escapa entre el anteojo de una perogrullada).
>
> "Y es garantía también del respeto que surge solamente entre aquellos valores *iguales* que participan en la lucha común por el bienestar de la humanidad." Frases animosas sin duda, porque si solamente los valores iguales deben gozar de la garantía; y si la calificación de iguales queda al arbitrio de los poderosos (empeñados en mantenerse aislados de las organizaciones internacionales), el mundo de los débiles continuará como hasta hoy, especialmente en ciertas esferas de influencia en América, librada a la arbitraria decisión del más fuerte.
>
> El presidente Ayora merece aplauso sin reservas por haber suscitado la cuestión, y por haberle arrancado inopinadamente al huésped de algunas naciones sudamericanas una afirmación que deben someter a severo y agudísimo análisis los estadistas del continente, con los cuales se ponga en contacto durante su viaje por estas comarcas el afortunado candidato del viejo partido republicano.

IV

El 4 de diciembre, Coolidge hacía su última exposición anual ante el Congreso, como presidente de Estados Unidos, y ni en tan solemne ocasión dejó de presentar las cosas, en lo referente a Nicaragua, con hipócrita sinceridad que no era sino la máscara de sus habituales falsedades. Dijo, en efecto, entre otras cosas, lo siguiente:

> Cuando últimamente estalló una revolución devastadora y sangrienta en Nicaragua, despaché, accediendo a las repetidas solicitudes de su gobierno, nuestras fuerzas de marina para proteger las vidas y los bienes de nuestros conciudadanos. Con el objeto de conciliar los partidos en lucha envié al coronel Henry L. Stimson, quien obtuvo un acuerdo para poner fin a la guerra, celebrar las elecciones y restaurar la paz. Los dos partidos cumplieron concienzudamente ese acuerdo, con excepción de unos pocos bandidos, los que en su mayor parte se rindieron o abandonaron el país.
>
> El presidente Díaz nombró *(sic)* al general de brigada Frank R. McCoy, del Ejército de Estados Unidos, presidente de la Junta Electoral, la que comprendía también un miembro de cada partido. Las elecciones realizadas fueron libres y equitativas, y fue tal

> su buen éxito que los dos partidos se unieron para pedir una cooperación idéntica en las elecciones que habrán de realizarse después de cuatro años. Me abstuve de contraer compromiso alguno al respecto, aunque nuestro país puede felicitarse por tal prueba de su éxito y de aprecio. Nicaragua está recuperando su prosperidad y dio un gran paso hacia un gobierno pacífico.

Se recordaba que unos diez meses antes, cuando Hughes se vio obligado en la VI Conferencia Panamericana a explicar la conducta de su patria en Nicaragua, prometió que las tropas de Estados Unidos serían retiradas tan pronto como se restableciera la paz. No obstante, con perspicacia común en él, se había abstenido de dar fechas, ni siquiera aproximadas, en que eso ocurriría. Es también sugestivo que en el Pacto de Tipitapa, en el cual participaron Moncada y el coronel Stimson —ahora designado por Hoover como secretario de Estado suyo— tampoco se tuviera en cuenta el retiro de las tropas yanquis y que, ahora, Moncada pidiera que esas tropas permanecieran en el país, dándole indirectamente la razón a Coolidge, al punto que éste iba a destacar su gesto incalificable con ocasión de su último Mensaje.

Moncada quedaba equiparado desde ese momento a Díaz, a quien había combatido. Había allanado todas las diferencias y acentuaba los signos de una traición que desde la paz del Espino Negro censuraba de mil modos Sandino. Díaz no había desaparecido en pocos minutos en las alcantarillas de Managua, bastando para ello el simple soplo de un ciudadano común. Pero se suponía que Moncada había sido ungido por la voluntad popular, suficiente de por sí para hacer innecesario el apoyo de bayonetas extranjeras, máxime teniendo, como tenía Moncada, el prestigio de militar ducho y afortunado. Las diferencias que le separaban de Chamorro, Solórzano y Díaz se borraban y Moncada como ellos, declaraba implícitamente que su gobierno era puramente nominal, incapaz de sostenerse por sí mismo y necesitado, por lo tanto, del sostén que liquidaba cualquier pujo de soberanía e independencia.

El 5 de diciembre Hoover llegaba a Lima, donde era recibido con todos los honores por Leguía. El 13 arribaba a Buenos Aires, pero en esta ciudad, junto a las lógicas demostraciones oficiales, surgió otra suerte de demostraciones, esta vez a cargo del pueblo porteño, quien deseó testimoniar al "ilustre huésped" su verdadero sentimiento: fue así que le hizo objeto de una ruidosa silbatina, seguida de los gritos de "¡Viva Sandino!" y "¡Fuera Hoover!".

El día 16 el espectáculo se repitió en Montevideo, pero multiplicado a tal grado y con tan expresivas muestras, que la policía no encontró más remedio que cargar contra la multitud que vivaba a Sandino y a Nicaragua al paso de Hoover, para dispersarla.

El 29 de diciembre de 1928, no obstante la oposición del bloque chamorrista, el Congreso de Nicaragua aprobaba las elecciones del 4 de noviembre anterior y proclamaba presidente y vicepresidente de la Nación, respectivamente, a José María Moncada y a Enoc Aguado.

El 1 de enero de 1929, el general José María Moncada asumía la presidencia de Nicaragua.

El 5 de enero, Moncada designaba ministro de Nicaragua en Washington al doctor Juan Bautista Sacasa.

Al día siguiente, el gobierno de Moncada pagaba la suma de 175.000 dólares de la deuda nacional, de acuerdo con el programa de amortizaciones preparado por el alto comisionado norteamericano. Veinticuatro horas antes, había emitido esa suma en bonos cancelables garantizados por los derechos de aduana.

Una sorpresa de la misma índole que la sorprendente —aunque no tanto— designación de Sacasa, la deparaba el presidente, mexicano Emilio Portes Gil, al hacer llegar sus felicitaciones a Moncada, con motivo de la asunción de la presidencia. Como las relaciones entre México y Nicaragua estaban cortadas desde hacía varios años, el hecho daba pie a la predicción de que esas relaciones serían reanudadas, lo que en efecto no tardaría en suceder.

Una síntesis exacta de todo lo ocurrido era deparada por un comentario de Máximo Soto Hall, publicado en *La Prensa* de Buenos Aires el 12 de enero: Decía así:

> "Los acontecimientos se han desenvuelto de manera natural, matemática, sin alteración, como tenía rigurosamente que suceder. Los hechos han culminado como debían culminar. No hay, por lo mismo, en esta faz de la política nicaragüense, ni

enigma ni sorpresa. El general Moncada, antes y después de su elección, ha hecho declaraciones diametralmente opuestas a sus viejos postulados, que dejan ver claramente que su sistema de gobierno, sobre todo en lo que a relaciones exteriores se refiere, no será sino una prolongación de la política de Adolfo Díaz. A este respecto no hay ningún cambio que esperar. La nave seguirá su marcha con rumbo al norte, sin interrupciones ni dificultades.

"Otro hecho relacionado con el nuevo gobierno de Nicaragua, es lo que constituye el enigma y merece ser considerado por todos aquéllos que tienen interés en la política continental y muy particularmente en la de las pequeñas repúblicas centroamericanas. Se trata del nombramiento del doctor Juan B. Sacasa para ministro de Nicaragua en Washington. Es algo que sorprende. No se sabe si se trata de un paso diplomático que permita esperar mucho en un futuro próximo o simplemente de una nueva claudicación, de esas que nos vamos acostumbrando a ver, pero más dolorosa por tratarse de un hombre que hasta hoy había dado muestras de rectitud y de entereza.

"El doctor Sacasa fue aquél que enarbolando la bandera de la legitimidad, invadió el territorio nicaragüense por Puerto Cabezas, instituyó allí su gobierno, luchó heroicamente por largos meses y se conquistó la simpatía de todos los pueblos latinoamericanos. Sus manifiestos llenos de sinceridad, bien documentados, ajenos a la acrimonia propia de los revolucionarios y, sobre todo, eminentemente patrióticos, hacían ver en él a un hombre sano que sólo aspiraba al triunfo del derecho y al mantenimiento de la soberanía de Nicaragua".

Después de recordar su actitud y el manifiesto que lanzara luego del Pacto de Tipitapa, Soto Hall añadió: "Conviene hacer constar que el doctor Sacasa hizo sus estudios en Estados Unidos; que conoce perfectamente aquel país, y que pertenece al número, no pequeño, de hombres latinoamericanos, que rechazaron la política estadounidense, sobre todo la seguida en el mar Caribe, y de la cual no es responsable el pueblo, como que una gran mayoría protesta contra ella (conocemos las virtudes de ese pueblo y rendimos el tributo de respeto y admiración a que es acreedora la gran nación norteamericana)." Esta salvedad daba gran valor a las palabras del político nicaragüense, ya que no era la manifestación parcial y tendenciosa de un espíritu apasionado, sino la protesta noble y justiciera del sentimiento patrio herido en su parte más sensible.

"Impotente para seguir luchando, el doctor Sacasa se retiró de Puerto Cabezas y se dirigió a Guatemala, donde la prensa anunció que se había dedicado al ejercicio de su profesión. Es doctor en medicina. Fácil era suponer que, hondamente decepcionado, habría resuelto buscar en el lenitivo del trabajo el restañamiento de sus heridas de patriota. Sin embargo, últimamente, un periódico de aquella república, el *Diario de Guatemala* ha hecho de nuevo vibrar el nombre del doctor Sacasa, por cierto con una nota que resulta extraña. Se trata de un reportaje en el que se le solicita su opinión sobre el general Moncada y su acción política.

En sus respuestas, el doctor Sacasa coloca a Moncada en un alto plano, manifestando que el habérsele llamado traidor le parece injusto, puesto que lo acaecido en Tipitapa, o sea el arreglo a que se llegó, no obedeció más que a la imposibilidad de continuar luchando, pues lo contrario hubiera sido llevar al pueblo de Nicaragua a una matanza sin nombre y sin lograr los fines patrióticos por los que luchaba. Con respecto a la política que de Moncada puede esperarse, se expresó en los siguientes términos, muy discretos y en cierta forma conciliadores, si se atiende a sus anteriores declaraciones:

"Hombre preparado y rodeado como está de buenos elementos, bajo su mandato Nicaragua debe progresar y deseo vehementemente que el país entre a gozar de una paz duradera y que las armas de combate se conviertan en instrumentos de trabajo por el porvenir de la patria."

"Su confianza en el hombre, su confianza en la política que desarrollará, las ratificará el doctor Sacasa si es que acepta el nombramiento de ministro de Nicaragua en Washington, puesto para el cual ha sido designado por el presidente Moncada. Ha sido ésta una de las primeras disposiciones del mandatario nicaragüense. El nombramiento es enigmático. La actitud demostrada por el doctor Sacasa parece no concordar con el programa del nuevo presidente, si a sus manifiestos y otros documentos publicados nos atenemos y los cotejamos con las declaraciones del general Moncada.

"¿Cuál será la actitud del diplomático nicaragüense ante la cancillería de Estados Unidos? ¿Podrá sostener sus principios de no intervención? ¿Pedirá el retiro de las fuerzas de marinería de acuerdo con sus ideas antes proclamadas? ¿Insistirá en que el país está capacitado, para gobernarse por sí mismo y sin necesidad de tutela? ¿Seguirá sosteniendo el principio de neutralidad? ¿Podrá finalmente, aunque así siga pensando, hacer algo en ese sentido cuando el mandatario, en todos los tonos, ha manifestado que es de urgencia, para bien del país, la permanencia de las fuerzas norteamericanas, el tutelaje financiero y aun la supervigilancia de las elecciones que deberán verificarse en 1932?

"¡Difícil tarea la que se le presenta al doctor Sacasa: angustiosa expectativa para todos aquéllos que admiraron su lucha por la causa legítima y su acción enérgica en defensa de la soberanía y de los más sagrados fueros de Nicaragua!

"Al entrar en el recinto de la Casa Blanca, el revolucionario de Puerto Cabezas, ¿llevará con sus credenciales diplomáticas la justa exigencia del patriota, del buen servidor de Nicaragua, o formará parte de su cartera diplomática la protesta de sumisión?

"En estos días, en la tierra de Darío y de Jerez, no puede menos de verse con zozobra la escena que va a desenvolverse, y que contiene un trascendental enigma".

V

Moncada, apenas ascendido a la presidencia, trataba de justificar su nombradía como jefe militar. Al efecto, una de sus primeras disposiciones fue lanzar la siguiente proclama:

> "El pueblo nicaragüense quiere la paz con toda voluntad.
>
> "Hubo elecciones libres, y el escogido por la mayoría ocupa ya la presidencia de la República.
>
> "La paz reina entre nosotros desde Matagalpa hasta las costas del océano Pacífico. Solamente quedan en el norte de Jinotega, y en la frontera de Honduras, por Telpaneca y otros lugares, partidas de bandoleros que asuelan los campos, y toman el café y otros productos en beneficio personal.
>
> "El Presidente está obligado a hacer un esfuerzo para concluir en Las Segovias con semejante estado de cosas. Se declarará la ley marcial en los lugares amenazados. Se levantará el ejército necesario para devolver la tranquilidad a la nación entera.
>
> "Se ha dicho por algunos, dentro del país, que Augusto Sandino es un patriota. En el exterior han referido sus hazañas, que nosotros no conocemos. Pero acaba de proponer, por medio de dos jóvenes cuñados de él, un convenio de paz, en el cual dice, además de otras cosas muy graves para la República, que se divida ésta en dos secciones, una la República de Nicaragua, bajo el mando del presidente actual de Nicaragua y otra, la de Nueva Segovia, bajo el mando de Sandino.
>
> "El presidente considera esto una locura que se debe repudiar a todo trance. Cree que constituye traición a la patria de nuestros mayores, y ha resuelto poner fin a esta vergonzosa farsa de patriotismo. Por eso ha ordenado el alistamiento de voluntarios, de aquéllos que amen de verdad a Nicaragua."

Los avisos pidiendo voluntarios tenían el siguiente texto:

> "Se necesitan voluntarios.
>
> "Se necesitan voluntarios amigos del actual orden de cosas, para alistarse en la expedición que va al norte a combatir al bandolerismo. La Oficina de Enganche está en el Ministerio de Guerra y Marina. Anastasio Somoza, secretario de la Comandancia General y Encargado del Ministerio de la Guerra."

La opinión del general Moncada difería, por ejemplo, de la del líder aprista Víctor Raúl Haya de la Torre, quien, en una carta abierta a Juan Ramón Avilés, periodista nicaragüense que defendía a Estados Unidos, y publicada en *Repertorio Americano* el 9 de marzo de 1929, decía:

> ...Por eso, aunque no lo crean muchos nicaragüenses que reniegan de sus propios hermanos, Sandino es la figura más gloriosa que ha dado Nicaragua desde aquellos indios rebeldes de la Conquista española. Por eso, Sandino, a quien muchos nicaragüenses llaman bandido, haciendo coro a los amos imperialistas, es figura respetada y admirada por todos los demás latinoamericanos y —estoy seguro— aun por los más reaccionarios. Nicaragua necesita muchos Sandinos, y la América Latina se siente orgullosa de su gloria. El mejor propagandista por la unidad latinoamericana ha sido Sandino desde la cima de sus montañas. Por él nos ofrece esperanza Nicaragua; si ha dado un Adolfo Díaz, un Chamorro, etc., ha dado también un espíritu cuya memoria saludarán cien millones de hombres, si sabe morir como esperamos que morirá para darnos con su vida y su sacrificio la mejor victoria. Y hablo de muerte, porque parece que Nicaragua prefiere seguir las imposiciones de Washington antes que el grito heroico de su hijo más ilustre.
>
> Ya ve usted que la América Latina no está lejos de Nicaragua. A las órdenes de Sandino pelean mozos de todos los países, casi de los veinte que forman nuestra nación. Y repito, nosotros estuvimos listos a ir, pero ni el invasor ni sus cómplices lo permitieron.
>
> Con la causa de la libertad de Nicaragua están y estarán todos los latinoamericanos hoy y siempre.

En la misma carta abierta, Haya refutaba apreciaciones de Avilés, en el sentido de que Hispanoamérica no había querido hacerse presente en Nicaragua, y demostraba que, junto a Alfredo L. Palacios y José Vasconcelos habían querido ingresar al país, de acuerdo con la iniciativa de varios periódicos del continente. “La oposición de algunas agencias del imperialismo no pudo nada, agregaba. Nosotros sabíamos que debíamos ir a Nicaragua y estábamos listos a ir. Más aún, llegué yo hasta sus puertas. El 14 de septiembre estuve en Corinto, pero no se me permitió el desembarco... Si nosotros hubiéramos tenido garantías, habríamos estado en Nicaragua, aun venciendo la repugnancia de ver de cerca tanto traidor... Quiero, sí, manifestar a usted que no debemos esperar nada de los gobiernos latinoamericanos —o de la mayoría de ellos, por lo menos— en favor de Nicaragua. Sordos son a los llamados de la unidad y demasiado temerosos del imperialismo, no se atreven a oponer protesta alguna ante sus crímenes. Sin embargo, presionados por la opinión pública, no se han atrevido nunca a reconocer al gobierno usurpador de Adolfo Díaz, la figura más monstruosa de la historia latinoamericana...”

Y para la calificación que le permitía Moncada utilizar respecto de Sandino, en lugar de aplicarla a quienes en verdad la merecían con mayor prodigalidad, baste la pálida reseña contenida en la carta que mujeres españolas e indoamericanas enviaron a la esposa del presidente Coolidge:

> New York, diciembre 18 de 1928. Mrs. Calvin Coolidge.
>
> White House. Washington, D.C.
>
> Como más de una vez ha dado pruebas de poseer rectitud de criterio y un magnánimo corazón, nos tomamos la libertad de enviarle un extracto de los informes que, procedentes de Nicaragua, han llegado a nuestro poder, y que ponen de manifiesto los ultrajes, torturas y crímenes a que han estado sujetos muchos inocentes y patriotas nicaragüenses.
>
> Por ejemplo: Napoleón Parrales, a quien los marinos norteamericanos saquearon su casa en Diriamba; don Fernando García R., asesinado en Managua por los mismos; Julio Mayo, arrestado sin causa y maltratado por marinos; Julián Moreno, estropeado y lastimado injustificadamente; Hernando Moreno, a quien marinos incendiaron su casa.

En las ciudades Granada y Managua, como es público y notorio, muchas mujeres han sido ultrajadas por marinos, y de tal manera, que, como usted debe saber, el Congreso les ha ofrecido compensación monetaria; en Estelí, tres marinos intoxicados, asaltaron y quemaron la casa habitación del obrero honrado Pascual González, quien después recibió la muerte a manos de marinos; y muchas vejaciones y crímenes más, de igual índole cometidos con gente nativa de Nicaragua, por marinos norteamericanos y no en la zona de guerra, sino dentro de las poblaciones pacíficas.

Los miembros de esta Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, de la cual soy secretaria general, no tienen en consideración fronteras políticas cuando se trata de acudir en remedio de necesidades.

En nombre de los nobles sentimientos internacionalistas que nos inspiran, rogamos a usted atentamente, se interese para que la intervención armada en Nicaragua toque a su fin. De este modo, su ilustre esposo, antes de dejar la Casa Blanca habrá resuelto un problema de humanidad.

La Navidad está cercana, en esa fecha vino al mundo el enviado a poner paz y concordia entre las gentes, con su ley de caridad y de amor. Nosotros, al desear a usted feliz Navidad, en unión de su respetable familia, confiamos en que usted, con su poderosa influencia, haga que se refleje en Nicaragua la ley incomparable de Cristo.

Por lo cual, los patriotas nicaragüenses de ambos sexos le vivirán eternamente agradecidos. Muy respetuosamente (f.). — Elena Arizmendi.

VI

Fechada en 4 de diciembre de 1928, era enviada por el general Logan Feland, comandante de la segunda brigada del cuerpo de marinos, la siguiente nota a Sandino:

Al General Augusto C. Sandino. Señor:

Inclusa se servirá encontrar una carta del Comandante en Jefe de todas las fuerzas navales, en aguas de Centro América, que él me pidió pusiera en manos de Ud.

Como representante del almirante Sellers y Comandante en Jefe de las Fuerzas Navales acantonadas en Nicaragua, tengo el gusto de enviarle esa carta para su consideración.

Si deseara terminar con la lucha presente y sus actividades, haciendo que el país vuelva a su completa paz, lo único que Ud. necesita hacer es comunicar sus deseos a cualquier guarnición de Marinos.

Tengo plenos poderes para decirle respecto a las condiciones en caso de que las que Ud. proponga sean aceptables. Una conferencia con Ud. facilitaría la discusión de esas condiciones, con el consiguiente entendimiento favorable para Ud. y todos los interesados en este asunto.

Los siguientes detalles, con referencia a la propuesta y reunión, deben de recibir su cuidadosa consideración, y deben ser comunicados por mensajeros al destacamento más cercano de los Marinos.

1). El nombre del lugar donde Ud. sugiera que se verifique la conferencia; 2). Fecha aproximada que Ud. sugiera para la conferencia; 3). El número de individuos que Ud. se proponga llevar como escolta; 4). Si Ud. desea, díganos por qué caminos o veredas pasará su escolta, pues aunque esto no es necesario, nos facilitaría el que le proporcionemos mayor protección.

Cuando Ud. nos deje saber lo anterior, daré las órdenes necesarias a mis tropas para que cesen las actividades, en un área suficientemente grande, a fin de asegurar la protección de su escolta. A su mensajero y a su escolta les garantizaré protección durante el periodo convenido y también el tiempo que ocupen en entrar y salir en visitas al lugar indicado, sin importarnos que sus condiciones sean aceptables o no.

Yo haré que una comisión se encuentre con su escolta cerca de la guarnición escogida, para que los acompañe a Uds. al lugar seleccionado para la conferencia. Esta comisión y su escolta deberán encontrarse bajo bandera blanca, que llevarán ambas.

El mensajero que se llevará el original de esta carta, de San Rafael del Norte, lleva un salvoconducto, y Ud., podrá usarlo (al mensajero) para comunicarse con cualquier guarnición de Marinos.

La suspensión de hostilidades militares será solamente local, y será en el área que se designe más tarde, (f): Logan Feland, Brigadier General U. S. Marine Corps, Commanding U. S. Naval Forces Ashore in Nicaragua.

La carta de Sellers que se incluía con la anterior, tenía el siguiente texto:

Corinto, 4 de diciembre de 1928. Comandancia de Escuadra del Servicio Especial de los Estados Unidos. Buque Insignia de la Marina de los Estados Unidos "Rochester".

General Augusto C. Sandino. Las Segovias.

Señor. A pesar de que todos los esfuerzos anteriores para comunicarnos con Ud. por medios pacíficos han fracasado, una vez más apelo a su patriotismo para saber si es posible terminar con la resistencia armada contra las fuerzas de mi mando que, a pedido del Gobierno de Nicaragua, están tratando de restaurar el orden en toda la república. Las elecciones presidenciales, recién terminadas, en las que cada ciudadano nicaragüense, constitucionalmente apto para votar, pudo depositar su voto sin ningún estorbo ni intimidación, y la manera libre e imparcial con que se llevaron a efecto, tanto las inscripciones como las elecciones mismas, debe de haber demostrado a Ud. y a sus fuerzas, la sinceridad de parte de los Estados Unidos de Norte América en llevar a cabo el cumplimiento del llamado Pacto Stimson, propagando, además, que en el cumplimiento de esa parte del pacto, referente a la pacificación del país, no tenemos otro deseo que el de ayudar a sus paisanos.

En vista de la situación política y general que ahora existe, cabe pensar que hay prueba, más que suficiente, de que no serviría de ningún propósito continuar la resistencia armada; y si Ud. desea terminar con sus actividades o luchas, con lo cual sólo beneficios se obtendrían, cualquier comunicación que Ud. desee enviar al respecto, será cuidadosamente estudiada (f.): D. F. Sellers. Rear Admiral U. S. Navy. Commander Special Service Squadron.

Las respuestas de Sandino fueron las siguientes:

El Chipotón, Nicaragua, Centro América. Enero 1 de 1929. Cuartel General del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua. Sr. Logan Feland, Brigadier General U. S. Marine Corps. Managua.

Acuso a usted recibo de su comunicación, y de la que por conducto de Ud. me envía al Rear Admiral U. S. Navy Commander Special Service Squadron, D. F. Sellers, fechadas el 4 de diciembre del año pasado en Managua y Corinto, respectivamente.

Adjunta a ésta encontrará Ud. la contestación que doy al señor Sellers. Y esa respuesta le servirá de contestación a la comunicación de usted.

Patria y Libertad. A. C. Sandino.

El Chipotón, Nicaragua. Enero 1 de 1929. Cuartel General del Ejército Defensor de la Soberanía nacional de Nicaragua.

Sr. D. F. Sellers, Rear Admiral U. S. Navy, Commander Special Service Squadron, Corinto, Nicaragua, C.A.

Señor: Fue en mi poder su comunicación fechada en esa ciudad, el 4 de diciembre del año pasado, en la que usted expresa que a pesar de haber fracasado sus esfuerzos anteriores para comunicarse conmigo por medios pacíficos, apela una vez más a mi

patriotismo, para que yo termine con la resistencia armada contra las fuerzas a sus órdenes, que a pedimento del Gobierno nicaragüense (el del usurpador Díaz) estaban tratando de restablecer el orden en todo Nicaragua.

El patriotismo al que usted apela, es el que me ha mantenido repeliendo la fuerza contra la fuerza, desconociendo en absoluto toda intromisión del Gobierno de Ud. en los asuntos interiores de nuestra nación, y demostrando que la soberanía de un pueblo no se discute sino que se defiende con las armas en la mano; y es ese mismo sentimiento el que me mueve hoy a manifestar a Ud. que solamente con el general José María Moncada podría entrar yo en un arreglo para llegar a una paz efectiva y en nuestro país, ya que él, siendo miembro del Partido Liberal, ha de respetar las bases que le serán propuestas en su oportunidad por nuestro Ejército Libertador.

Fundado en lo anterior es que expongo a Ud. que para llegar a ese arreglo de paz efectiva con el general José María Moncada, ponemos como primera base, absolutamente indispensable, el retiro de las fuerzas norteamericanas al mando de Ud., de nuestro territorio.

Sobre la aceptación de esa base procederá Ud. a que sus fuerzas evacuen los cuatro Departamentos del Norte de nuestra República: Nueva Segovia, Jinotega, Estelí y Matagalpa, pudiendo quedar en ellos autoridades civiles y militares nicaragüenses y de ninguna manera jefe o subalterno alguno norteamericano.

En caso de aceptación, las conferencias de paz, para llegar a un entendimiento con el general José María Moncada, se verificarán en el pueblo de San Rafael del Norte, entre cinco representantes de nuestro Ejército y cinco representantes del mencionado general Moncada.

Los cinco representantes de nuestro Ejército irán bajo la garantía de las autoridades nicaragüenses, siendo de advertir que los comisionados llevarán sus respectivas armas.

En la contestación se nos dirá la fecha en que estarán evacuados los Departamentos en referencia, y el día que se designe para iniciar las mencionadas conferencias. Sin estas condiciones expuestas no habrá paz, y aunque Ud. dice en su comunicación que no servirá a ningún propósito la continuación de mi resistencia armada, le hago la declaración de que solamente la continuación de mi resistencia traerá los beneficios a que Ud. alude.

Yo creo demás manifestar a Ud. que las vidas y *propiedades extranjeras quedarán mejor garantizadas por nosotros los nicaragüenses, que por fuerzas de un gobierno extraño, porque toda intromisión extranjera en nuestros asuntos sólo trae la pérdida de la paz y la ira del pueblo.*

Patria y Libertad. A. C. Sandino.

También al nuevo presidente de Nicaragua se dirigió:

El Chipotón. Nicaragua, C. A. 1 de Enero de 1929. Cuartel General del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua.

Señor Gral. José María Moncada. Casa Presidencial, Managua. Señor:

Como Ud. verá el duplicado de la contestación que doy a las comunicaciones que he recibido de los señores 1). F. Sellers y Logan Feland, cuyas copias le adjunto también, es con Ud. con quien únicamente deseo entenderme para la obtención de una paz efectiva en Nicaragua: no por intermediarios, que nada tienen que ver en nuestros asuntos internos.

Si Ud. desatiende este llamamiento patriótico que le hago, pese sobre sus hombros la responsabilidad del desplazamiento del Partido Liberal.

La contestación que Ud. me dé a este respecto, tomando en cuenta la fórmula de la respuesta que doy a los señores aludidos, puede dirigírmela a San Rafael del Norte, adonde mi esposa, Blanca de Sandino quien ya tiene las instrucciones del caso.

Al buscarle a Ud. en arreglo, no se equivoque, tomándolo por debilidad nuestra, porque en este caso lo que nos anima es el deseo de que el yankee *no encuentre pretexto para continuar hollando nuestro suelo patrio y, al mismo tiempo, el de probar al mundo civilizado que los nicaragüenses somos capaces de arreglar por nosotros mismos nuestros asuntos de nación Libre y Soberana.*

Patria y Libertad. A. C. Sandino.

CONCLUSIÓN

Cuando leí el libro, la biografía famosa
Y esto es entonces (dije yo) lo que el
escritor llama la vida de un hombre,
¿Y así piensa escribir alguno de mí cuando yo esté muerto?
(Como si alguien pudiera saber algo sobre mi vida;
Yo mismo suelo pensar que sé poco o nada sobre mi vida real
Sólo unas cuantas señas, unas cuantas borradas claves e indicaciones
Intento, para mi propia información, resolver aquí).

WALT WHITMAN
When I read the book[78]

I

Henos ya aquí al término de una etapa de la gesta de Sandino.

Creemos haber puesto a disposición del lector hechos, ideas y opiniones en cantidad suficiente como para permitirle formar su propio juicio sobre los acontecimientos históricos que condicionaran la lucha de Sandino y de su *pequeño ejército loco.*

Dentro de las limitaciones lógicas impuestas por el tiempo y la distancia, consideramos haber realizado un trabajo de documentación, de acopio de materiales, más que de síntesis histórica. La tarea, en tal sentido, está apenas comenzada. Hay muchos interrogantes que despejar, gran cantidad de documentos por localizar e interpretar y, sobre todo, largos periodos en blanco que precisan ser develados y que quizás no lo sean nunca, habida cuenta del cuidado puesto por los usufructuarios de la muerte de Sandino para hacer desaparecer todo vestigio que contribuya a realzar la figura y el prestigio del héroe.

Tememos que nuestra obsesión por rescatar para la historia la figura de Sandino nos haya hecho olvidar que la misión del cronista es ilustrar recreando; y que la abrumadora cantidad de citas de personas, instituciones y publicaciones acerca de los hechos que se relatan vaya en desmedro de la agilidad del libro. Pedimos la indulgencia del lector sin falsa modestia, como le pedimos que asigne sólo a exceso de celo lo que pueda parecer vana erudición.

Nos daremos por satisfechos si aquéllos que han leído nuestro “Sandino, General de Hombres Libres” estiman que la presente obra es su complemento indispensable, y si los que

[78] Whitman, Walt, *Cuando leí el libro,* poema en traducción de Jorge Luis Borges.

acuden a la vida y obra de Sandino por primera vez ahora, sienten la urgencia de leer nuestro trabajo anterior. Esa ha sido nuestra intención al escribir *El Pequeño Ejército Loco.*

II

El año de 1929 comienza junto con la presidencia de José María Moncada.

A poco más, el héroe abandonará Nicaragua para no dar a Moncada y los yanquis el pretexto para que la intervención continúe, y pedirá asilo en México, donde permanecerá muchos meses, buscando resolver por gestión personal y directa los muchos problemas que suscitaba la continuación de la lucha contra la Guardia Nacional creada por los marinos invasores, y contra estos últimos, que no se habían retirado, requeridos, como estaban, por el propio presidente Moncada.

Ya prácticamente todos los personajes del drama se habían despojado de sus caretas y actuaban a cara limpia.

Moncada, el jefe guerrero de la revolución constitucionalista, el vencedor de tantas batallas contra el incalificable Adolfo Díaz, el que hallándose a las puertas de Managua y a la vista del triunfo que tantos desvelos, luchas y muertes había costado, prefirió escuchar al coronel Stimson, el director de la segunda invasión norteamericana de Nicaragua y el domeñador de los rebeldes filipinos y ceder ante él mediante pacto espurio que le valió la presidencia del país.

Ya es Moncada, en efecto, presidente. Ya la *Operación México-Nicaragua* ha terminado, porque los objetivos del Departamento de Estado ante México fueron logrados mediante la gestión del embajador Dwight Morrow, el socio de la banca Morgan y amigo personal de Coolidge. Para confirmarlo una vez más, el sucesor de Calles, Portes Gil, reinicia las interrumpidas relaciones de su país con el régimen de Moncada y, para hacer las cosas más gratas a éste, facilita y procura —como lo veremos páginas más adelante— la entrada a México de Sandino, a quien retendrá todo el tiempo que le sea posible hacerlo.

El botarate de Juan Bautista Sacasa es ya ministro de Moncada en Washington. Él también ha recibido la parte del botín, del cual es mendrugo a cuenta de mayor cantidad su ministerio, y guardará amable exilio, hasta el momento en que a su vez le toque suceder en la presidencia a Moncada. No iban a pasar muchos meses sin que las preguntas que se formulara Soto Hall tuvieran adecuada respuesta.

En efecto, a principios de julio de 1929, en su calidad de ministro en Washington, dirigiría una nota al secretario de Estado de la Unión, el coronel Henry L. Stimson, loando la política intervencionista de la Casa Blanca —de la cual él personalmente había sido víctima— y transcribiendo un mensaje de Moncada destinado a elogiar la obra desarrollada por los funcionarios de la intervención y a expresar la gratitud que, según su afirmación, habría provocado en el pueblo de Nicaragua el reconocimiento de tales servicios.

Moncada, en su original documento, afirmaba que la paz reinaba en Nicaragua no obstante los esfuerzos contrarios del “sandinismo”, por lo que lamentaba el retorno a su patria del último comisionado norteamericano, general Logan Feland, cuya partida privaba al país de un valioso concurso, que confiaba fuera remediado por un reemplazante de virtudes semejantes. Moncada había llegado a tal olvido de los deberes de la nacionalidad y del cargo que detentaba que, no conforme con invocar el reconocimiento de su pueblo —impotente para hacer sentir su protesta ante la situación de fuerza imperante— pedía al país que lo oprimía el envío de un nuevo agente, como si quisiera que el sometimiento a que había condenado a su patria no se quedara a mitad de camino y adquiriera de una vez la plenitud del vasallaje.

El mensaje autorizaba en su parte final al representante diplomático —Sacasa— a manifestar a Stimson que Nicaragua “cumplirá las obligaciones contraídas con Estados Unidos, nación que es lo bastante poderosa para hacer el bien no sólo a Nicaragua, sino a toda la América Latina”. A raíz de estas expresiones, *La Prensa* de Buenos Aires comentaba:

> ...francamente, no se sabe qué admirar más, si el desconocimiento lamentable y audaz del arraigado espíritu de soberanía de las repúblicas sudamericanas que

> evidencia, o la adhesión incondicional que demuestra al país interventor. En lo que respecta a este último sentimiento... destacaremos tan sólo... la ignorancia en que, en lo que se refiere al espíritu de independencia que anima a estos pueblos, parece vivir el autor del mensaje cuando sostiene que Estados Unidos podría extender a todo la América Latina el *bien* que hizo a Nicaragua.
>
> Los pueblos de la América Latina poseen un concepto y un culto tan hondo de la soberanía que ningún Estado de la tierra podría destruirlo, porque no sólo es consecuencia de vigorosos sentimientos nacionalistas, sino también de la conciencia de la propia capacidad para la vida libre. De ahí que no necesitamos, ni aceptaríamos jamás los beneficios que pretendiera otorgarnos otra nación, si a cambio de los mismos tuviéramos que permitir su intervención en los asuntos y en los intereses nacionales. El pueblo de Nicaragua —estamos seguros a pesar de la afirmación de su gobierno— piensa lo mismo y sabe que tendrá que experimentar los efectos dolorosos de una verdad que no ha negado, pero que ha sido incapaz de sostener como un sólo hombre en el sacrificio heroico de la resistencia.
>
> Para las naciones de América hay un bien supremo cuya pérdida no podría compensar ninguna ventaja material: la independencia. Que no ignore esta verdad ningún gobernante americano para que tenga conciencia de la grave responsabilidad que contrae, si la olvida, ante el juicio del pueblo y de la historia.

No había acuerdo posible entre los antecedentes, el papel y la representación de Sacasa en los acontecimientos de su patria en relación con la Casa Blanca en los tres años anteriores y su posición diplomática en Washington. No era posible que Sacasa ignorara las cuestiones morales vigentes para él en ese flagrante y desastroso conflicto entre su papel de ayer y el que hoy representaba. Podía esperarse, antes de su comunicación a Stimson, en nombre de Moncada, que habría aceptado el cargo inverosímil para lograr el retiro de los marinos de su patria y para denunciar el infamante tratado canalero Bryan-Chamorro. Pero lo ocurrido demostraba que el imperialismo había borrado toda diferencia entre conservadores y liberales, y que tanto valía el binomio Díaz-Chamorro como el de Moncada-Sacasa. Quedaban así explicados muchos silencios y muchas reticencias de “esa nulidad sonriente”, como había dicho Rubén Darío al que sería sucesor de Moncada en la presidencia.

Cuatro años más tarde, esa misma actitud de Sacasa llevaría a la muerte a Sandino. Entonces, intervendrían como actores pasivos o activos Sacasa, Moncada y Somoza. Sandino, confiado, cauto e ingenuo, no sabría leer en el libro del destino la artera doblez que siempre había caracterizado al que sería el convidado de piedra en su asesinato. Inexorablemente, sufriría Sacasa el juicio del maestro de ceremonias de ese asesinato, y por él sería defenestrado sin misericordia del cargo que a costa de tantas traiciones había obtenido.

Moncada-Sacasa-Somoza. El terceto ligado entre sí por lazos de parentesco familiar y moral, además del político, estaba ya en plena tarea. Del trío, el más desdichado sería el más débil, abúlico y torpe: Sacasa, el único que tenía la palabra “moral” en la boca permanentemente. Los otros dos ni siquiera conocían la existencia del vocablo, cuanto menos su ejercicio. Pero en los tres el resultado era el mismo. ¡Pobre Nicaragua!

III

Sandino, visto el resultado de las elecciones que consagraron a Moncada, enderezó sus esfuerzos en otras direcciones. El 20 de noviembre de 1928, desde El Chipotón, escribe a Froylán Turcios, en Tegucigalpa, Honduras:

> *Mi querido maestro:*
>
> *Tengo el honor de poner en conocimiento de Ud. que ante el resultado de la intervención yanqui en las elecciones presidenciales del 4 de este mes, imponiendo al traidor José María Moncada como Presidente de la República, en el período de 1929 a*

1932, he tomado la determinación de invitar a los partidos Liberal, Republicano y Laborista, y al Grupo Solidario, a que unifiquen su acción con la de nuestro Ejército. En comunicación anterior le informé de cuál fue la actitud de los partidos mencionados en dichas elecciones, y por lo que respecta al Grupo Solidario, es de las agrupaciones que hacen oposición a la política intervencionista y a cuanto venga en detrimento de la soberanía nacional.

Con el objeto de conseguir tal unificación, irá un delegado de nuestro Ejército, ante las agrupaciones de referencia, para presentar a ellas las cláusulas de nuestro convenio, de las que hoy le envío copia a Ud. De igual manera le envío copia del Manifiesto del Ejército, del que se hace mención en el convenio. De conformidad con lo estipulado en este documento, he nombrado al doctor in fieri Domingo Mairena Hernández, Delegado Especial nuestro ante el doctor Pedro José Zepeda, residente en México, D. F., para los fines indicados, y para gestionar sobre los asuntos en que le doy a él instrucciones precisas y terminantes. En acatamiento de las instrucciones que he dado al doctor Mairena, su viaje no deberá demorarse en ninguna parte del tránsito y confío en que él pondrá de su parte toda la energía, aun para hacer un viaje de esfuerzo, con tal de llegar oportunamente a México.

Si, como tengo fundadas esperanzas, la unificación se lleva a cabo, y como consecuencia de ella se instala la Junta de Gobierno, presidida por el doctor Zepeda, espero saber si aceptaría la representación en el exterior de la Junta de Gobierno, puesto que en ese caso ya no tendrá nuestro Ejército el honor de ser representado por Ud. De las mismas cláusulas del convenio se desprende que la unificación sólo se llevará a la práctica en el supuesto de que los bucaneros no desocupen el territorio nicaragüense. En caso de que lo desocupen, le ruego a Ud. servirse gestionar ante el "Comité Manos Fuera de Nicaragua" de México, D. F. y con otras organizaciones simpatizantes de nuestra causa, en su carácter de Representante personal mío en el Continente, a fin de que me sea proporcionada la oportunidad de trasladarme con mi Estado Mayor a una república hermana —México, por ejemplo— con el propósito de hacerme de elementos, ponerme al habla con el pueblo nicaragüense y presentar una acción conjunta al tránsfuga José María Moncada.

Esas mismas gestiones hará nuestro Delegado Especial, Dr. Mairena, ante las mismas entidades, y desde México le informará él a Ud. del resultado de los trabajos de unificación; y, en su oportunidad y en el caso de que los piratas desocupen el país, le dará informes de las gestiones tendentes a conseguir los medios para mi sala, con mi Estado Mayor, en la forma que dejo dicha. Para el mejor efecto de los trabajos de Ud. en este último asunto, le ruego a Ud. informar al Dr. Mairena y al Dr. Zepeda de lo que Ud. realice para la armonía de la gestión. Por mi parte tendrá usted la mejor información de todos los trabajos que estamos emprendiendo, dentro y fuera de la República. No creo demás manifestarle que si no se retiran los bucaneros y los trabajos de unificación no se llevan a cabo, porque las agrupaciones en cuestión no respondieren al llamado que les hago, continuaré con mi ejército combatiendo a los invasores y a los Vende Patria; y es más, si el mismo ejército no quisiera continuar con la acción libertadora, por cualquier motivo que él juzgare poderoso, yo me quedaría "íngrimo", haciéndoles a los bucaneros un tiro por aquí y otro por allá, sin darles cuartel jamás.

Dios está con nosotros en estas horas supremas, ha dicho Ud., y esa frase, repetida por mi diariamente, nos llevará al triunfo definitivo. Con el saludo afectuoso del ejército, tengo el honor de enviar a Ud. la expresión de mi cariño admirativo.

Su discípulo, Patria y Libertad, A. C. Sandino.

El acuerdo a que se refiere Sandino en su carta a Turcios es el siguiente:

Convenio celebrado por el Jefe Supremo del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, Gral. Augusto César Sandino, con los partidos Liberal Republicano, Laborista y el Grupo Solidario.

Augusto César Sandino, Jefe Supremo del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, en uso de las facultades conferidas por el mismo ejército, y los

partidos Liberal Republicano y *Laborista, con el Grupo Solidario, residentes en sus sedes, en Managua la del primero y en León las de los dos últimos, convienen en lo siguiente:*

1). Desconocer al Presidente impuesto por las armas de los EE.UU. de Norteamérica, para regir los destinos de la República en el período de 1929 a 1932, y organizar una Junta de Gobierno, presidida por el Dr. Pedro José Zepeda (de parte del Ejército), con el Vice y miembros del Gabinete, por parte de las agrupaciones signatarias, excepto cualquiera que de una u otra manera haya tenido contacto con los conculcadores yanquis y los detentadores del poder nacional, tanto en ésta como en las otras ocasiones de nuestra política contemporánea.

2). El Gral. Sandino queda como Generalísimo del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, y como a tal le incumben los nombramientos de todos los jefes militares y la supervigilancia de los puestos que juzgue conveniente a su alto cometido de guardián del honor del país; lo mismo que queda autorizado para dictar las medidas oportunas a la defensa, en cualquier atentado, ya de los de adentro, ya de los de afuera, contra la condición Libre e Independiente que tiene la República desde la ruptura del Pacto Federal y las proclamaciones subsiguientes.

3). Un delegado especial, con poderes del Jefe del Ejército, se pondrá en contado con el Dr. Zepeda, en México, D. F., para informarle de las gestiones que se están llevando a cabo junto con las agrupaciones citadas en la cláusula primera, y para que de acuerdo con el Comité Manos Fuera de Nicaragua, que funciona en aquel Distrito Federal, y de otras entidades simpatizadoras de la causa antiimperialista, traten de conseguir el armamento necesario para organizar la expedición, que, llegada la hora, desembarcará en cualquiera de los puertos de ambas costas nicaragüenses, a fin de garantizar el Gobierno que se instalará en un lugar de Las Segovias u otro que fuere oportuno.

El Delegado Especial del Ejército fungirá al lado del Dr. Zepeda, en carácter de secretario privado, con el objeto de hacer más seguras las medidas que se tomen, como mejor conocedor que es de las aspiraciones y *maneras de obrar de dicho cuerpo, primer garante del cumplimiento de este convenio. Mientras llega la expedición que se dice, el Gral. Sandino con sus fuerzas, mantendrá la actitud de protesta contra la ilegalidad establecida por el invasor y los vende patria; y al arribo de tal expedición, él dictará, en su carácter de Generalísimo del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, las órdenes pertinentes a la manera de hacer efectivos los fueros del pueblo nicaragüense.*

4). Al tomar posesión el Presidente impuesto, el 1 de enero del año próximo, las agrupaciones signatarias observarán la fecha de su retiro, fijada por los piratas, vencida la cual, sin verificar la desocupación material y completa del territorio nacional, será éste el término para empezar a desarrollar estos compromisos. Entonces, una de ellas, por todas, según habrán convenido entre sí, dirigirá un radiograma a México al Dr. Zepeda: "Compramos medicinas ", *lo que dará lugar a lanzar el Manifiesto del Ejército, que obra en poder del Delegado Especial, y del cual la copia puede mostrar a las agrupaciones signatarias el portador de este convenio.*

5). No apareciendo en tal Manifiesto el nombre de ninguno de los miembros de las agrupaciones signatarias, quedan sobreseguros de no ser molestados por las autoridades de facto, dedicándose entonces a informarse de la hora y lugar de arribo de la expedición, tratada en la cláusula tercera, para que los aptos a las armas las tomen, y a su amparo los otros se encaminen al sitio donde se instalará la Junta de Gobierno, a fin de constituirla de acuerdo con el Presidente, lanzado en el Manifiesto del Ejército, y darlo a saber al mundo para las formalidades consiguientes.

La respuesta de Turcios a esta carta iba a producir su ruptura con Sandino.

IV

Ya con anterioridad, Sandino había exhortado al escritor hondureño a no prestarse al juego bélico fomentado por las compañías fruteras norteamericanas entre las repúblicas de Guatemala y Honduras[79]. Según el mismo caudillo, también debió en cierta oportunidad llamar a aquél la atención sobre un aviso de la United Fruit Company publicado en la revista de su dirección, *Ariel.* Ahora el motivo era más serio. Leamos la carta:

Tegucigalpa, 17 de diciembre de 1928.

Sr. Gral. Augusto C. Sandino. Donde esté.

Mi querido amigo: Me dijo Ud. en una de sus recientes cartas, en un párrafo de su puño y letra, que venía de postdata, que me considera su mejor amigo. Yo lo quiero aún más, como a mi único hermano por el corazón y por los grandes ideales de Justicia y Libertad. Y por esto, precisamente, estoy en la forzosa e ineludible obligación de hablarle con la más absoluta franqueza, con la alta franqueza digna de los dos.

Yo tengo el deber de cuidar de su gloria, de la gloria del Libertador Sandino, el hombre más brillante de los tiempos modernos. Pero el Sandino de mis admiraciones, el símbolo de nuestra Raza, y la Gran Bandera de la Libertad, es el egregio paladín arriesgado heroicamente en una empresa gigantesca para arrojar al poderoso conquistador del suelo de su Patria.

Conseguido ese magno objetivo, su victoria es absoluta; y de ningún modo puede mezclarse en otra empresa menuda, como sería el encabezar una guerra civil para poner a éste o aquél en la silla presidencial de Nicaragua. El patricio, el prócer Sandino, mi amigo, mi hermano, por quien daría mi sangre, es el Héroe de los Héroes en la guerra de Independencia que hoy asombra al mundo. Al Sandino, caudillo en una guerra civil, en una miserable contienda fratricida, “no lo conozco”, y nada tendría que ver con él. No estaré, pues, jamás, de acuerdo con la misión a México. Yo no debo cooperar a empequeñecer la homérica figura del Libertador Sandino, cuando he puesto mis mejores energías en hacerlo brillar como un nuevo Bolívar bajo el cielo de América.

En el número de antier de *El Demócrata* de esta ciudad, apareció el texto que le acompaño, de un proyecto de pacto entre Moncada, Díaz y Ud., redactada por los señores Escolástico Lara, Sofonías Salvatierra y Salomón de la Selva.

Antes que todo, ruégole decirme si estos señores tienen representación de Ud., para proponer pactos de arreglo. Entendía, por lo que Ud. me ha dicho en varias ocasiones, que sólo yo tendría este derecho. De todos modos, el proyecto en referencia tiene sus cosas buenas. Deseo saber si podría yo escribir un pacto, que fuera respetado por Ud. con las siguientes bases, tomadas o ampliadas de éste a que me refiero:

1). El Gobierno de Nicaragua, presidido por el Gral. Moncada, pedirá a Estados Unidos y obtendrá el inmediato retiro de todas las fuerzas norteamericanas que se hallan en aquella república.

2). Inmediatamente después que haya salido de Nicaragua el último soldado norteamericano, el Gral. Augusto C. Sandino y todos los jefes y soldados que están a sus órdenes, depondrán las armas, guardándolas en Costa Rica, para el caso de que tuvieran necesidad de hacer uso de ellas, si nuevamente soldados norteamericanos invadieran el territorio de Nicaragua; y reconocerán la constitución del Gobierno presidido por el Gral. Moncada.

[79] Esa exhortación en forma de manifiesto figura en la obra del autor *Sandino, General de Hombres Libres.*

3). El Gobierno del Gral. Moncada pondrá en todo su rigor la Constitución de la República, y tomará sin pérdida de tiempo, una vez constituido, las medidas necesarias a fin de no tener efecto de ley todas aquellas disposiciones y demás medidas que violan o contrarían la Constitución.

4). El Gobierno del Gral. Moncada reconocerá al Gral. Sandino y a sus oficiales y soldados sus derechos ciudadanos, amparándolos, mediante la más amplia amnistía.

Espero que se servirá contestar esta carta a la mayor brevedad posible, dándole instrucciones especiales al correo a fin de que llegue sin la menor demora. Mis mejores saludos para la Legión Sagrada. Un abrazo para Ud. Patria y Libertad, (f.): Froylán Turcios.

Algunos días después volvía a escribir a Sandino, sin haber tenido entonces respuesta a la carta anterior. Decía así:

Tegucigalpa, 28 de diciembre de 1928. Sr. Gral. A. C. Sandino. Donde esté.

Mi querido amigo:

Ya tarde recibí su carta del 18 del presente, y después de leer repetidas veces la parte que se refiere al punto grave, que sintetiza la lucha libertaria, he quedado completamente convencido de que la fatalidad se cierne sobre nuestra causa, y que sobre la nueva ideología con que Ud. me la presenta, camina a rápidas jornadas a su seguro fracaso.

Yo di a esta campaña magnífica mis mejores fuerzas, y estaba resuelto a ofrendarle mi sangre. Por la guerra de Independencia, que Ud. encabeza, no hay sacrificio que no hiciera. Pero veo que ya no estamos de acuerdo en la finalidad de la lucha; que ya no atiende a mis observaciones de conservarse en el plano único de la soberanía, en su acción contra el pirata, y que pretende ahora buscar medios para cambiar un régimen político interior, empleando para ello la guerra civil “y por ese camino no puedo seguirle”.

Si Ud. persiste en el plan que hoy me ratifica, nos separaremos como dos hermanos “que no pudieron entenderse”.

En mi carta del 17 del actual, que debe estar en sus manos a estas horas, le expresé claramente mi opinión, con vista de la última suya. Yo estoy y estaré con Ud. en cuerpo y alma, en el épico esfuerzo para arrojar al *yankee* invasor y conquistador de Nicaragua, pero nunca para efectuar luchas fratricidas, aunque éstas tuvieran por base las más justas razones.

Tenga Ud. la certeza —y no olvide mis palabras— de que el *yankee* no saldrá jamás de ese país; por resolución del Gobierno, del imperialismo del Norte y de los gobiernos traidores de Nicaragua. Sólo puede salir a balazos, por la perseverancia sobrehumana de Sandino y esta empresa de titanes fue la que Dios le encomendó. Y no otra. Plantear proyectos de orden regional, con la base fantástica de la salida de los piratas, es construir castillos en el aire y empequeñecer su epopeya legendaria. Su nombre es bendecido y admirado en todos los ámbitos del mundo, porque sostiene una guerra semejante a la de Bolívar y Washington; porque siendo el brillante paladín de la libertad, es símbolo de la Raza...

Pero veo que me equivoqué lamentablemente al pensar que Ud. me atendería; que nada conseguiré con escribirle sobre esto páginas y páginas. Ud. tiene tomada su resolución y mi voz será inútil. Su MAESTRO, como Ud. me llama, no tiene ya influencia alguna sobre su alma.

Le ruego, únicamente, que me envíe la forma en que daré a conocer a la América mi separación de Ud. pues yo no me perdonaría nunca, que en mi explicación hubiese una sola palabra que no le fuera grata.

Estaba resuelto a no salir del país, mientras le fuera a Ud. útil pero comprendo que de nada le servirá mi presencia aquí, y que más bien soy un obstáculo para sus planes.

Un intenso saludo para la Legión Sagrada. Patria y Libertad. Froylán Turcios.

Sandino aceptó la renuncia de este modo:

Cuartel General del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua. Enero 7 de 1929. Señor Froylán Turcios, Tegucigalpa, Honduras.

Fue en mi poder la nota de Ud. fechada en esa ciudad el 28 del pasado diciembre, en la cual se sirve presentar ante esta Jefatura Suprema, su renuncia como representante de nuestro Ejército en el continente. Tengo el honor de comunicarle, que en esta fecha le ha sido aceptada dicha renuncia, quedándole a la vez prohibido negociar con los documentos del Ejército en su poder, y de los cuales dará debida cuenta al comisionado que este Comando General del Ejército designe para ello.

Mientras tanto, no se desean comunicaciones de Ud. en nuestro campamento. Cuando miro casos como el de Ud. me viene el recuerdo de Diógenes, el Filósofo.

Se olvidó Ud. de que los muñecos están en los bazares y que los que combaten en Las Segovias tienen ideas propias.

Sírvase comunicar por radio esta disposición a la prensa mundial.

Patria y Libertad. A. C. Sandino.

En su libro “Sandino ante el coloso”, Emigdio Maraboto opina que la renuncia de Turcios fue inspirada por su deseo de aceptar el puesto de cónsul en París que le ofreciera el presidente hondureño Mejía Colindres como medio de lograr de aquél que cejara en su papel de vocero de Sandino. Turcios mismo, en su carta del 28 de diciembre, alude a esta circunstancia, al decir: “Estaba resuelto a no salir del país... etc.”. Sandino sintió mucho esa defección, de la que tiempo después diría: “Por eso es que desde que Turcios renunció a ser nuestro vocero, poco se ha dicho de lo que pasa en Nicaragua”. Es innegable que el escritor hondureño tuvo una destacada actuación en la gesta del héroe, y que de no haberse producido la ruptura, hubiera aportado más valiosa ayuda.

En una declaración posterior, diría Sandino:

Ahora ya he encontrado el representante general. Es el doctor Pedro José Zepeda. En él tengo la más absoluta confianza y él hará la obra que necesitamos. Entonces, tranquilos por lo que a esto respecta, volveremos a la lucha.

Una aclaración sobre los objetivos perseguidos por el caudillo la suministra el doctor Domingo Mairena Hernández, comisionado por Sandino ante Turcios, en una carta del 23 de julio de 1929:

...Llegué a Danlí, Honduras, el 11 de diciembre, a fin de llegar a México antes del 1 de enero del año actual, época en que, de acuerdo con el doctor Pedro José Zepeda y otros simpatizantes de la causa nicaragüense, había de lanzarse el manifiesto de desconocimiento del actual presidente, de la proclamación del que hubiésemos convenido, y de la continuación por consiguiente de la lucha libertaria en mi país...

...el hecho de que Turcios... informado por las copias de la documentación que llevaba a la capital azteca, no estuvo conforme con ella, me dijo que esperara a la vuelta de un correo a matacaballo hacia Sandino, a cuyo regreso, si el General no le atendía sus indicaciones, inmediatamente dimitiría de la Representación...

Ya hallándose en México, Sandino se referiría así a su ruptura con Turcios (fue publicado en *El Dictamen,* periódico de Veracruz, México):

...Luego vino un pliego de proposiciones que debía presentarnos Adolfo Díaz. Froylán se adhirió a él, y proponía que depusiéramos las armas en Costa Rica, y que

reconociendo la Jefatura, éste nos amnistiara. Proposiciones indecorosas, porque Moncada es un bandido y no podemos reconocerlo, y menos amnistiarnos con él. De allí vino un resfrío, y Froylán, que sabía la importancia que tenía para servirnos como mediador entre la América y el Ejército, nos pidió que le dijéramos cómo aceptaríamos su renuncia, y se la aceptamos.

Nos hacía falta, no armas, ni dinero, ni cartuchos, sino el apoyo moral, la simpatía que hemos tenido siempre de todos los pueblos de América. Nos agobiaba el silencio, el aislamiento. La desesperación de permanecer ignorados. Nos hacía falta que el mundo conociera que aún estábamos en la lucha; por eso salí de Nicaragua.

La renuncia de Froylán Turcios provocó ese aislamiento. Tenemos agentes, pero desgraciadamente, muchos de ellos han sido egoístas, y otros, francamente, traidores, algunos sólo inactivos. Cuando Turcios era nuestro representante en Honduras, estábamos en comunicación con el mundo. Es decir, el mundo sabía de nosotros. Estábamos en contacto con nuestros hermanos de América. Pero falló Turcios y *quedamos aislados. La lucha ha seguido en Nicaragua tan intensa como antes, pero el dinero norteamericano nos ha hecho el silencio.*

Algunos de nuestros agentes reciben notas e informes de nosotros, para darlos a conocer, y *egoístamente los guardan, los conservan inéditos, haciendo libros, utilizando la nobleza* y *la simpatía de nuestra causa en provecho personal.*

Cuando falló Turcios, pensamos en Machado como nuestro representante en México, en donde tenemos cifradas nuestras mayores esperanzas, y le propusimos nuestra representación. Ni siquiera nos ha contestado aceptándonos. Tenía el encargo de hacer un folleto para dar a conocer algo de lo que hacemos en Nicaragua, y me pidió un recibo de mil dólares para pagarlo: luego de nueve meses nos informó que no tenía el dinero y que el recibo había sido pedido para solicitar el dinero. Total: el folleto no se hizo.

Nuestra causa ha ido debilitándose en el exterior por la falta de esa comunicación, por la falta de ese intercambio espiritual que nos anima en la lucha. El dinero norteamericano, por otra parte, compra agentes e interpone influencias para restringir nuestras noticias en el exterior; y ese aislamiento nos aniquila...

V

Uno de los primeros documentos del año firmado por Sandino es el siguiente:

Cuartel General del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua.

El Chipotón, Nicaragua, C. A., enero 3 de 1929:

Señor Joaquín García Monge,

Repertorio Americano. San José de Costa Rica.

Apreciable señor:

Cábeme el honor de saludar a usted afectuosamente y hacer de su conocimiento que he recibido la cantidad de 122.50 pesos oro norteamericano que por el digno medio de nuestro Representante en el Exterior, señor Froylán Turcios, residente en Tegucigalpa, Honduras, se sirve usted enviarnos para el sostenimiento del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua.

Me es grato rendir a usted y a las personas que han dado un óbolo para darnos muestras de solidaridad en la Causa que defendemos, nuestras gracias más expresivas.

Tengo a mucha honra suscribirme de usted fraternalmente. Patria y *Libertad. A. C. Sandino.*

Tres días después, en cumplimiento de su plan de viajar a México, escribía al presidente de dicha república:

El Chipotón, Nicaragua. C. A., 6 *de enero de 1929.*

Señor licenciado Emilio Portes Gil, Presidente Provisional de los Estados Unidos Mexicanos. México, D. F.

Muy señor mío: En la confianza de que es usted representante del heroico y viril pueblo mexicano, no vacilo en solicitar de su Gobierno la protección necesaria para lograr y tener el alto honor de ser aceptado con mi Estado Mayor en el seno de su ejemplar pueblo.

No es posible manifestar por escrito los trascendentales proyectos que en mi imaginación llevo, para garantizar el futuro de nuestra Gran América Latina.

El capitán José de Paredes, portador de la presente, expondrá verbalmente, en parte, a usted, la actual situación política de Nicaragua y nuestros cálculos. El mismo joven capitán, sabrá explicar a usted en qué forma deseamos el apoyo de su Gobierno.

En la esperanza de saludarle personalmente, mediante su valiosa cooperación, y anticipándole mi gratitud, tengo el honor de suscribirme de usted atento y seguro servidor.

Patria y Libertad. A. C. Sandino.

El licenciado Portes Gil relató todas las incidencias ocurridas en relación a Nicaragua y a Sandino, en su obra “Quince años de política mexicana”. De ella extraeremos la valiosa información siguiente:

En el mes de abril de 1929, el señor Dwight W. Morrow, embajador de los Estados Unidos de Norteamérica, solicitó una entrevista con el que esto escribe, y, en mi presencia, con la finura y exquisito trato que acostumbra siempre, se expresó así:

Señor Presidente: He venido con el objeto de saludar a usted y, a la vez, a tratarle un asunto un poco espinoso que me ha recomendado mi gobierno. Es el del reconocimiento, por parte de México, del gobierno de Nicaragua que preside el general Moncada. Todos los gobiernos europeos y americanos han reconocido el orden de cosas existentes en aquella república y todos ellos tienen instaladas sus legaciones y consulados. Mi gobierno desea conocer el sentir de México a este respecto, y de no haber inconveniente grave, se permitiría invitar al gobierno que usted preside para que se otorgue este reconocimiento.

“Mi respuesta al señor Morrow fue la siguiente:

Señor Embajador: Agradezco a usted mucho la invitación que se sirve hacerme, por instrucciones de su gobierno, para que México entable relaciones amistosas con el gobierno de Nicaragua que preside el señor general Moncada. A este propósito siento positivamente manifestar a usted la imposibilidad en que se halla mi gobierno para reanudar tales relaciones, en virtud de que ha sido norma invariable de nuestra Cancillería, a través de muchos años, no reconocer a ninguna administración en aquellos países en que exista un orden de cosas contrario a la organización política de los mismos y mientras —violando su soberanía— se encuentren en sus territorios fuerzas armadas de otro país.

Es ésta, señor embajador, la causa por la que México no reconocerá al gobierno del señor Moncada, mientras subsistan tales circunstancias; pues no quiero ser yo el primer Presidente que rompa con esa norma, que me parece patriótica y digna por todos conceptos.

Como el señor Morrow insistiera, siempre en tono afectuoso y cortés, en aquella petición, me vi precisado a fundar aún más mi negativa. Y le dije: "Quiero suponer por un momento que los papeles fuesen otros y que, en lugar de Nicaragua, el país invadido fuera Estados Unidos. ¿Qué sentiría usted, señor Morrow? Seguramente estará usted en el fondo, conmigo, en mi modo de pensar. Y tengo la seguridad de ello porque usted no es persona que trate de defender a todo trance, lo mismo que la justicia, la injusticia. Usted es un hombre de corazón y siente en el fondo de su alma esta situación, que está costando a los Estados Unidos tanta sangre, tanto dinero y, lo que es más sensible, tanto prestigio continental.

"Como había logrado interesar positivamente al señor Morrow en aquella plática —que él había iniciado— deseoso yo de prestar un servicio a la Nicaragua mártir de aquellos días, me aventuré a hacerle la sugestión que resumiré en seguida. Al efecto, le manifesté:

Usted, señor embajador, puede hacer un gran servicio a su Patria si acepta el proyecto que acabo de concebir en estos momentos. Pienso dirigirme en forma confidencial y amistosa al presidente de Nicaragua, general Moncada, haciéndole la sugestión de que pida al gobierno norteamericano el retiro de los marinos que se encuentran en su territorio, a condición de que yo me comprometo a que el general Augusto César Sandino depondrá inmediatamente las armas y se pondrá a sus órdenes. A la vez, usted, si está de acuerdo conmigo, se dirigirá a su Gobierno pidiendo que la solicitud del presidente Moncada sea atendida. Si usted me secunda en este plan y logramos consumarlo, cesarán los sacrificios de vida y de dinero que seguramente estará su país gastando en tan grande escala; desaparecerá el recelo que el poderío imperialista ha suscitado en todos los pueblos latinoamericanos y habrá un mejor entendimiento entre ustedes y nosotros.

"La seguridad que di al embajador Morrow de que el general Sandino se sometería al gobierno de Nicaragua y le prestaría todo su apoyo tan pronto como saliesen del territorio invadido los marinos norteamericanos, fue después de una entrevista que —en presencia del subsecretario de Relaciones Exteriores, señor Genaro Estrada— celebré con el doctor Zepeda, representante de Sandino, quien de antemano había sido autorizado por éste para hacerme presente tal determinación. Es más, el doctor Zepeda, que en toda su actuación como representante del general Sandino obró con la lealtad, abnegación y patriotismo más encomiables, me expresó que, a fin de evitar malas interpretaciones, quedaba yo, desde luego, autorizado para hacer saber al gobierno de Washington, que los patriotas nicaragüenses depondrían las armas con sólo recibir la promesa formal del Departamento de Estado en el sentido de que las fuerzas de ocupación serían retiradas posteriormente.

"Lo dicho por mí logró impresionar al señor Morrow. Acordamos, desde luego, que él se dirigiría a su gobierno en el sentido expuesto y yo daría instrucciones al ministro de México en Costa Rica, licenciado Mediz Bolio, a fin de que, con carácter particular y en calidad de turista (ya que no teníamos relaciones con el Gobierno de Nicaragua), comisionara a uno de los secretarios de la Legación para que se trasladara a Managua y procurara apersonarse con el presidente Moncada o con el secretario de Relaciones, y les hiciera conocer el plan de acción propuesto al señor Morrow, seguros de que teníamos de parte de éste todo su apoyo ante el gobierno norteamericano.

"El licenciado Mediz Bolio comisionó al secretario Francisco Navarro para que fuera a Managua a entrevistar al presidente Moncada: y, en informe confidencial que rindió, hizo saber al gobierno de México que el de Nicaragua no podía aceptar dirigirse al de Estados Unidos pidiendo el retiro de los marinos norteamericanos, porque aquello equivaldría a la caída de su administración, pues no tenía confianza en el general Sandino.

Como no fue posible recabar en la Secretaría de Relaciones el original del informe que rindió el entonces secretario de nuestra legación en Costa Rica, me vi precisado a rogar al señor Navarro que enviara una relación del mismo. Dicha relación, fechada en la ciudad de Oslo, Noruega, dice así:

Informe de la misión confidencial desempeñada por el suscrito ante el gobierno del presidente Moncada, de Nicaragua, en 1929.

Aproximadamente en el mes de abril del año de 1929, y siendo el suscrito secretario de la legación de México en Costa Rica, a las órdenes del ministro licenciado Antonio Mediz Bolio, se recibió en la legación un telegrama cifrado enviado por la Secretaria de Relaciones Exteriores, en el que me ordenaba trasladarme a Managua, Nicaragua, país con el que no teníamos relaciones diplomáticas, a causa del gobierno que le habían impuesto los Estados Unidos, y tratara de hablar con el presidente Moncada, o bien con su ministro de Relaciones Exteriores, para manifestarle que, si ese gobierno pedía a Washington el retiro de las tropas norteamericanas, el gobierno del licenciado Emilio Portes Gil estaba dispuesto a reconocerlo.

En aquella época, el guerrillero Augusto César Sandino, seguido por tres o cuatro mil hombres, hostilizaba valientemente, tanto a las fuerzas norteamericanas de ocupación como al ejército del presidente Moncada, habiendo logrado disciplinar, armar y encuadrar tan perfectamente a sus hombres, que llegó a presentar batalla a las fuerzas del gobierno que, dirigidas por oficialidad norteamericana y apoyadas por la aviación de Estados Unidos, lo perseguían constantemente. Después de dos o tres acciones de esta naturaleza, Sandino se refugió en la región de Las Segovias y ahí prosiguió su campaña. Yo desembarqué en Corinto en los últimos días de abril de 1929 y tomé el ferrocarril para la capital. Toda esa vía de comunicación estaba vigilada por marinos norteamericanos. En la capital se veía también un buen número de marinos que, por su actitud altiva y despótica hacia la población, provocó un buen número de accidentes que ponían en una situación cada vez más difícil al presidente Moncada. Para el pueblo nicaragüense, el héroe, el sostenedor de la Independencia y del honor nacionales, era Sandino, y Moncada solamente era un traidor impuesto por los invasores para hacer del país una colonia norteamericana.

Cuando llegué a la capital, pedí una audiencia al ministro de Relaciones Exteriores, y le manifesté que llevaba instrucciones de, si era posible, hablar personalmente con el presidente Moncada. El Ministro de Relaciones me ofreció solicitar la entrevista, y dos días más tarde, fui recibido por el presidente en la Casa Presidencial.

Moncada me recibió con gran cortesía y sencillez y me escuchó atentamente cuando le manifesté yo el objeto de mi viaje. Después de guardar silencio por unos instantes, como pensando bien la respuesta, me dijo: “Por más que yo quisiera acceder a los deseos del gobierno de México, no puedo hacerlo. Las tropas norteamericanas son necesarias aquí para mantener el orden. En cuanto saliera el último marino yanqui, mi gobierno no tendría probabilidades de sostenerse, de manera que le ruego decir al gobierno de México que es por una simple cuestión de orden interior, de paz y de seguridad, por lo que no pido yo el retiro de las fuerzas norteamericanas al gobierno de Washington”.

Al día siguiente emprendí el viaje de regreso a San José, Costa Rica, desde donde el ministro licenciado Mediz Bolio, envió un radiograma cifrado, informando a la Secretaría de Relaciones del resultado de mi misión. Las relaciones diplomáticas de México con Nicaragua siguieron suspendidas hasta que subió a la Presidencia de este último país el doctor Juan Bautista Sacasa, que había sido ministro de Nicaragua en Washington y que, en el momento de su elección, se encontraba en Guatemala, como refugiado político por haber sido uno de los jefes de la oposición al gobierno de Moncada.

A causa del tiempo transcurrido y de no conservar yo ningún documento sobre esa misión confidencial que desempeñé en Nicaragua, se me escapan algunos detalles y fechas, pero el fondo del asunto lo recuerdo perfectamente. Oslo, 31 de octubre de 1939. Francisco Navarro.

“Si mis recuerdos son exactos, en el informe original constaba que el secretario Navarro comunicó al presidente Moncada todo el plan propuesto por mí al embajador Morrow, así como que el general Sandino se sometería a su gobierno tan pronto como éste pidiera el retiro de los marinos norteamericanos.

"Cuando, transcurridos algunos días, supliqué al embajador Morrow pasara a las oficinas de la Presidencia para hacerle conocer el sentir del gobierno de Nicaragua, se limitó a encogerse de hombros, lamentando aquella actitud del presidente Moncada que echaba por tierra nuestros planes, y diciéndome que *él ya llevaba muy adelantados sus trabajos ante el Departamento de Estado de Washington.*

"En varias de las entrevistas que relato fungieron como intérpretes el señor Lane, secretario de la Embajada norteamericana, así como el señor Dawson, tercer secretario, quien tenía un dominio completo del idioma español. Además, el señor licenciado Antonio Mediz Bolio y el señor Francisco Navarro, fueron actores también."

VI

A continuación Portes Gil hace referencia a la carta del 6 de enero enviada por Sandino, reproducida páginas más atrás:

"En el mes de marzo de 1929, sin recordar con precisión el día, el doctor Zepeda solicitó del que escribe una entrevista que inmediatamente le concedí. En ella me manifestó que acababa de llegar de Nicaragua un capitán del Estado Mayor del general Sandino, de nombre José de Paredes, mexicano por nacimiento, que traía una misión confidencial, por lo que me suplicaba recibirlo, pues se encontraba en esos momentos en la antesala presidencial.

"Hice pasar al capitán Paredes, quien me entregó una mascada (esta mascada fue ya donada por el que escribe al Museo Nacional) que contenía un recado escrito de puño y letra del patricio nicaragüense dirigido a mí y que textualmente dice: (Aquí el mensaje de Sandino ya reproducido).

"Verbalmente, el mencionado capitán Paredes me expresó estar ampliamente autorizado por su jefe para exponerme la situación en que se encontraba, que era bien difícil, tanto por la persecución de que venían haciéndolo objeto los invasores norteamericanos, que habían realizado gran concentración de tropas y de aviones, cuanto porque los elementos de guerra se le estaban casi agotando y, sobre todo, porque el propio general Sandino se hallaba seriamente enfermo de un fuerte paludismo que padecía de tiempo atrás. Añadió que, por todas estas razones, su jefe solicitaba la protección del gobierno de México; que se le acogiera en el territorio nacional en calidad de asilado y que, de ser posible, se le proporcionaran los elementos de guerra necesarios para continuar la lucha en contra de los soldados yanquis.

"En debida respuesta, manifesté al enviado del general Sandino que, desde luego —y con todo gusto— el gobierno de México lo acogería y le brindaría el asilo a que tenía pleno derecho, considerándolo como huésped de honor tan pronto como quedara bajo la protección de la bandera mexicana. Que, en cuanto a los elementos solicitados para continuar la lucha en contra de los norteamericanos, no obstante que el gobierno y el pueblo de México simpatizaban sinceramente con su gallarda actitud, no podía ni debía ejecutar ningún acto que significara falta de lealtad hacia aquella cordialidad.

"Como el capitán Paredes me preguntara qué condiciones, le contesté que ninguna; que podía residir en México todo el tiempo necesario, en la inteligencia de que el gobierno costearía sus gastos y que, cuando él deseara salir del país, podría hacerlo con entera libertad. Diga usted —indiqué al capitán Paredes— al general Sandino que, al salir de Nicaragua, tenga mucho cuidado para evitar una sorpresa. No vaya a ser víctima de un atentado y esté seguro de que, al quedar bajo el amparo de nuestra bandera, disfrutará de libertad y de amplias garantías".

"Inmediatamente después llamé al subsecretario de Relaciones, señor Genaro Estrada, y le ordené que se comunicara con nuestro ministro en Costa Rica, licenciado Antonio Mediz Bolio, para que, a su vez, se dirigiera a nuestro representante en Honduras, señor Cristóforo Canseco, a efectos de que, tan pronto como el general Sandino lograra salir del territorio nicaragüense y entrara en Honduras, le tomara bajo su protección, manifestándolo así al gobierno de aquel país hermano."

Más adelante, el presidente provisional Portes Gil aporta detalles de sumo valor:

"Es de gran interés relatar una entrevista que, en el mes de junio, celebró conmigo en Palacio el embajador de los Estados Unidos, señor Morrow, y que tuvo lugar precisamente en los días en que se concedió asilo al general Sandino. En esa entrevista, el señor Morrow se expresó más o menos en los siguientes términos:

"Señor presidente, me he tomado la libertad de venir a verlo, con objeto de hacerle una pregunta que, quizá, no esté dentro del protocolo diplomático; pero que interesa vivamente a mi gobierno y para lo cual he recibido las instrucciones consiguientes. Digo que, quizá, lo que me voy a permitir preguntar a usted no esté dentro del protocolo diplomático —y por eso pido a usted mis más cumplidas excusas— en la inteligencia de que, si usted estima que no debe contestar a la pregunta referida, no por eso me consideraré lastimado en lo más mínimo".

Como el preámbulo se iba alargando, indiqué al señor Morrow en forma amistosa que podía hacerme cuantas preguntas gustara, en el concepto de que yo las contestaría con todo agrado.

Entonces el embajador me dijo: "El Departamento de Estado de Washington ha tenido noticias vagas de que el gobierno de México ha acordado conceder a Sandino refugio en este país. ¿Podrá usted, señor Presidente, decirme algo sobre el particular?"

"Con mucho gusto —contesté—. En efecto, Sandino ha solicitado del gobierno que presido el derecho de asilo y se lo he concedido. Nuestras legaciones en Costa Rica y Honduras y nuestra Embajada en Guatemala tienen instrucciones de protegerlo y de facilitar su viaje al territorio nacional".

"Está bien, señor Presidente —respondió Morrow—, le agradezco a usted su amabilidad".

Como yo abrigaba justos temores de que podía cometerse con el general Sandino algún atentado, indiqué al señor embajador que, a mi vez, le iba a hablar fuera del terreno diplomático.

"Desearía —expresé al señor embajador— que usted se dirigiera a su gobierno y le suplicara de mi parte que se instruya debidamente a los jefes de las fuerzas norteamericanas que se encuentran en Nicaragua, acerca de la protección que el gobierno de México acaba de otorgar al general Sandino, a fin de evitar algún atentado en contra de su persona que, de llegar a consumarse, constituiría un verdadero crimen del que nos harían responsables a nosotros".

El señor Morrow me manifestó que desde luego, por teléfono, sugeriría aquella indicación al Departamento de Estado, seguro de que la atenderían. En efecto, al día siguiente se presentó en mi oficina uno de los Secretarios de la Embajada norteamericana para informarme que estaba cumplida la petición que había hecho al embajador, en favor del general Sandino.

Había quedado, pues, resuelto, que Sandino se asilara en México junto con su Estado Mayor. Pero entre la fecha en que enviara su carta al presidente provisional mexicano, y la de su partida efectiva al exilio, mediarían casi seis meses, en cuyo lapso no dejaría el caudillo de proseguir su batalla contra las fuerzas invasoras y las de Moncada, además de gestionar el apoyo de los gobiernos de Hispanoamérica. No obstante, los gobiernos del continente, casi sin excepción, permanecieron sordos a su llamada.

Justamente el 5 de enero, o sea un día antes de su envío a Portes Gil, hacía conocer en un documento las bases sobre las cuales cesaría en su lucha. Eran estas:

> *1) Exigir al gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica el retiro inmediato y completo de sus fuerzas invasoras en nuestro suelo, por la razón o por la fuerza. 2) No aceptar ningún empréstito leonino yanqui. 3) Declarar nulos el tratado Bryan-Chamorro y todos los tratados, pactos o convenios derivados. 4) Rechazar con virilidad cualquier intromisión de los Estados Unidos de Norteamérica, en elecciones o en lo que fuera.*

VII

Finalmente decidió iniciar el viaje, abandonando por segunda vez en su vida el suelo nativo a principios de junio de 1929. Según lo refiere Alemán Bolaños, Sandino se detuvo en Tegucigalpa, Honduras, para seguir viaje al puerto de San Lorenzo y de allí a La Unión, El Salvador, donde le esperaba un tren especial. Otro tren especial le esperaba en La Garita, donde le saludó el ministro de Guerra, doctor Alberto Gómez Zarate. Descendió en El Congo, donde tomó un automóvil que le introdujo en Guatemala, donde, en la estación Morán, le esperaba un tren también especial, siendo entonces saludado por el presidente de la República, general Lázaro Chacón.

Portes Gil se refiere a ese viaje del siguiente modo:

> "El general Sandino cruzó la frontera de México el día 25 de junio de 1929, y tanto en Honduras como en El Salvador y en Guatemala, se hicieron en su honor estruendosas manifestaciones populares, alojándose en los edificios de nuestras representaciones diplomáticas; las cuales también fueron objeto de grandes muestras de simpatía.
>
> "Como nuestra Embajada en la República de Guatemala pidiera instrucciones respecto de lo que debería hacer ante los deseos del Gobierno guatemalteco —que pretendía poner una fuerte escolta de policía para resguardar al general Sandino— la Secretaría de Relaciones, por instrucciones mías, le indicó que expresara al gobierno de Guatemala nuestra pena por no aceptar sus buenos oficios, en virtud de que consideraba que el pueblo mismo de aquel país sería el primero en resguardar al patriota nicaragüense.
>
> "En esa época se encontraban al frente de las Jefaturas de Operaciones en los estados de Chiapas, Veracruz y Yucatán, respectivamente los señores generales José J. Méndez, Miguel N. Acosta y Lucas González, a quienes se dieron instrucciones por la Secretaría de Guerra y Marina, para que se hicieran a Sandino honores de general de división y se le proporcionaran toda clase de elementos para continuar el viaje hasta la ciudad de Mérida, Yucatán."

El mismo Portes Gil Manifiesta, en su obra ya mencionada:

> Yo sentí siempre por el general Sandino una admiración sincera. Desde el año 1927, en que ya se hallaba levantado en armas, desempeñando yo el cargo de gobernador de mi estado natal, di su nombre a la Biblioteca Pública de Ciudad Victoria. Recuerdo que en cierta ocasión, estuvo en la capital del estado el coronel MacNab, agregado militar a la Embajada norteamericana en México. Al pasar, conmigo, frente al Teatro Juárez —lugar en que se encontraba la citada biblioteca— se fijó en el nombre que llevaba. Dirigiéndome una mirada de sorpresa, se limitó a repetir pausadamente aquel nombre; pero sin hacer comentario alguno.
>
> En otra ocasión, siendo ya presidente provisional, vino una excursión de distinguidos intelectuales de Estados Unidos. Entre ellos, Waldo Frank y algunos universitarios de la ciudad de Nueva York. Recibí a los miembros de aquella excursión en el Salón de Embajadores del Palacio Nacional en donde, como es costumbre entre los norteamericanos, me estuvieron haciendo una serie de preguntas acerca de la situación política, económica y social de México.
>
> Por venir al caso, quiero ocuparme de dos. La primera, hecha por un excursionista, cuyo nombre no recuerdo, fue: "Señor Presidente, ¿qué nos dice usted acerca de la conveniencia de la amistad de Estados Unidos por México?"
>
> "La amistad de Estados Unidos —repuse— es, sin duda, lo que más anhela nuestro pueblo, siempre que esta amistad esté basada en el más estricto respeto de nuestra

soberanía. Nosotros, como pueblo débil, hacemos radicar nuestra fuerza en el deber que tenemos de obrar siempre de acuerdo con los principios de rectitud y de moralidad que norman el Derecho Internacional, sin pretender nunca salirnos de esos cánones, precisamente para tener siempre de nuestra parte la fuerza moral que, como pueblo débil, necesitamos para pedir que se nos respete".

La otra pregunta —hecha por el escritor Waldo Frank, con la salvedad de que, si yo no deseaba contestarla, él no insistiría en la respuesta— fue:

—"¿Qué opina usted de Sandino?

—"Que es un patriota", le respondí.

—"¿Puedo publicar esa contestación?

—"Queda usted autorizado para hacerlo", repuse.

En efecto, la contestación apareció en gran número de periódicos de la Unión norteamericana, en los que escribía el señor Frank.

En aquella fecha, Sandino se encontraba en su patria y ni siquiera había hecho gestión alguna para venir a México.

Sandino, además de la carta que dirigiera en momentos de su partida a los jefes patriotas que continuaban la lucha en Nicaragua[80], dio a conocer un manifiesto titulado "Manifiesto a los Pueblos de tierra y en especial al de Nicaragua", en el cual, entre otras cosas, explicaba:

Nuestra solicitud fue aceptada en los momentos en que México se envolvía en la revolución de Escobar, en marzo de aquel año, pero el correo llegó a nuestro campamento de Las Segovias, trayéndonos ofrecimientos verbales del Gobierno de México y *pasaportes del Gobierno de Honduras y la anuencia de El Salvador y Guatemala para cruzar sus territorios hasta México, en mayo, por lo que traspasé la frontera para internarme en territorio hondureño en los primeros días de junio.*

Fui recibido en el río Guayape, Honduras, por fuerzas del Gobierno al mando del general Maximiliano Vázquez, quien me acompañó hasta La Unión, puerto salvadoreño.

Sandino ingresó en Honduras acompañado del colombiano Rubén Ardila Gómez, el mexicano José de Paredes, el dominicano Gregorio Gilbert y el salvadoreño Agustín Farabundo Martí, de destacada actuación, más tarde, como máximo líder comunista de su patria. Arribado a suelo salvadoreño, le saludaron el ministro de Guerra local y el ministro de México en El Salvador. Muy pocos supieron de aquel viaje semiclandestino, con excepción de los funcionarios oficiales de los tres países por los que transitó fugazmente y los representantes de México como garantes de la indemnidad del jefe guerrillero, amén de contadísimos periodistas y fotógrafos que se comprometieron a no publicar nada hasta que Sandino hubiese llegado a México, frontera que cruzó en efecto el 25 de junio, siendo recibido con los honores correspondientes a un general.

Aparentemente las promesas verbales del capitán José de Paredes le hicieron suponer que su viaje desde la frontera con Guatemala concluiría en el Palacio Nacional de la capital mexicana, en donde se debía entrevistar con el presidente Emilio Portes Gil. Las memorias de este último hacen suponer, en cambio, que lo que se convenía era algo bastante diferente y no incluía en modo alguno la provisión de armas, municiones o cualquier otro elemento bélico con los que pudiese luego retornar a Nicaragua. Es posible que entre malentendidos, supuestos tácitos y medias palabras que en ningún momento se fijaron en textos expresos, se haya suscitado una suerte de comedia de equivocaciones, de cuyas resultas Sandino se vio "congelado" con sus ayudantes en una remota región del interior de México durante casi un año, mientras en Nicaragua, fieles oficiales como "Pedrón" Altamirano continuaban afrontando armas en mano a los invasores y a sus pupilos de la Guardia Nacional.

A las pocas semanas de hallarse en México escribiría con cierta aprensión:

[80] Su texto figura en la obra del autor *Sandino, General de Hombres Libres.*

> *Yo estoy en la brecha aun fuera de Nicaragua. En todo momento estoy expuesto, y al salir de Nicaragua lo hice en una corona de ametralladoras, en número de 24; y aquí como en cualquier parte puede alcanzarme la mano de mis enemigos.*
>
> *Este viaje mío y de mis ayudantes lo pago yo con mi propio dinero. Yo he invertido dinero en Nicaragua, en la lucha que seguimos y este viaje es pagado con el fruto de mis economías. Esta lucha está completamente desligada de todo interés económico, y por el dinero se siente el más profundo desprecio en los campamentos de nuestro Ejército.*

Sandino fue poco menos que recluido en Mérida, Yucatán, donde arribó el 11 de julio de 1929. Desde ese momento sufriría sinsabores y desengaños, derivados en su mayor parte del hecho de no haber sido visitado por su representante personal, Pedro José Zepeda, ni tampoco recibido por el mandatario Portes Gil. A su alrededor cundía el desaliento y muy lejos, en la capital mexicana, se tejían y destejían toda suerte de intrigas y enredos políticos sin su consentimiento ni conocimiento. Noticias fragmentadas o poco claras de tales juegos hacían mella en su espíritu tan poco acostumbrado a tales manejos. También iba a verse envuelto en cuestiones de carácter personal suscitadas por gentes que se le aproximaban para sacar ventaja de su buena fe y de su honradez a toda prueba. Agentes de Estados Unidos tanto como del régimen de Moncada azuzaban el mundillo de habladurías y versiones, en el que no faltaban la maledicencia y el descrédito.

Un personaje tan ambiguo como inasible, el escritor nicaragüense Hernán Robledo, que alternativamente alabó a Somoza y le combatió, se puso de parte de Moncada a socaire de su condición de liberal. En tal función, en agosto de 1929, describió a Sandino como "víctima de los vivitos" y juguete de una farsa que hacía de aquél un "astro fulgurante". Añadía que los numerosos comités antiimperialistas establecidos en México "explotaron el natural sentimiento racial e hicieron de Nicaragua, sin exponerse a ir a sostener sus ideas, un desventurado instrumento, una ubre que los mantuvo a costa del *camouflage".* Para él Sandino no era sino "un caso de sugestión colectiva, para constituir luego el de la necesaria autosugestión", a quien "le hicieron creer en la grandeza de sus hazañas, cuando sólo en el campo de la literatura se sucedían".

Otro testimonio de los azares de Sandino en México lo proveyó el escritor Diego Córdoba en la revista *Eurindia:*

> "En México, Sandino sufrió amarguras sin cuento. Durante su exilio en Yucatán, como en los días en que vivió en esta ciudad, fue el punto de la intriga y la maledicencia; la misma prensa seria llegó a zaherirlo; servidores de Moncada urdieron infamias contra él; los centroamericanos descastados solían ofenderlo en mezquinos conciliábulos o con anónimos de comadres; algunos explotaron su nombre y sus prestigios, cogiéndose el dinero y dejando al héroe entre las sombras de la duda (y hasta hubo una farmacia formada así, que la gente dio en llamar Farmacia Sandino); pero también tuvo en sus manos, ante sus ojos, la prueba de la admiración, el premio a sus fatigas y a sus afanes de libertador, y todo eso de espíritus elevados, de caballeros sin tacha, de la juventud que no se ha corrompido, del obrero que sabe que Sandino representa en nuestra América el verbo y la carne y el acero del único ideal de decoro y de nacionalismo que puede salvarnos de la intervención norteamericana."

Entre tales espíritus elevados se incluyó un ex canciller mexicano, don Isidro Fabela, temprano denunciador de las tropelías del imperialismo en obras clásicas como "Estados Unidos contra la libertad", y cuya figura de jurista de fama internacional se destacó por los ideales hispanoamericanistas que sustentó hasta el día de su muerte. Fabela hizo publicar con su firma una carta abierta que todavía hoy conserva total vigencia:

> Admirado General:
>
> Está usted cumpliendo un doble deber, nacional y supernacional; nacional, defendiendo con denuedo la independencia de su patria; supernacional, representando

con gallardía la dignidad de nuestra raza, herida por otra que trata de dominar el continente entero.

Por su valiente actitud merece usted la estimación del mundo, la gratitud de nuestra Patria Grande y el apoyo de todos los seres que amen la libertad.

A los hombres se les juzga por sus actos, y los actos de usted son ejemplares. Nuestros mentores deberían enseñar a sus alumnos cómo se ama a la patria y cómo se defiende el honor de una nación y de una raza mostrándoles la conducta edificante del general Sandino.

Es usted un hombre en el concepto más amplio y noble del vocablo; el hombre que hacía falta a Nicaragua, distinto de los demás y completo en sí mismo. No es usted un rebelde como le llaman los invasores y los traidores; los rebeldes son ellos, rebeldes a la justicia y al Derecho. Usted es un héroe, el héroe de nuestros tiempos, el que debía surgir como un imperativo de nuestra historia.

En el estado de aislamiento torpe o sumisión forzosa en que viven la mayoría de los gobiernos latinoamericanos, no es posible que usted espere de ellos recursos ni alientos. Está usted, materialmente, solo; pero el espíritu de todos los pueblos hermanos de Nicaragua convive, cree y confía en usted y en sus paladines.

No deponga sus armas, general Sandino, cumpla al pie de la letra su promesa solemne, la que nos repetimos de boca en boca con santo orgullo; los apotegmas que como altorrelieves de fuego surgen de su carta al patriota Froylán Turcios:

No depondré mi actitud hasta no arrojar de mi patria a los invasores... Mi aspiración es rechazar con dignidad y altivez toda imposición en mi país, de los asesinos de pueblos débiles... Nicaragua no debe ser patrimonio de imperialistas y traidores y por ello lucharé mientras palpite mi corazón...

Que sus hechos, general, sigan como hasta hoy los pasos de sus palabras y habrá usted salvado, por lo menos, el honor de nuestra raza. No olvide que “es por el carácter que se obra sobre los hombres”. Las componendas con los interventores a base del sacrificio de la libertad, la hipoteca y aun la venta del territorio patrio, eso se queda para los traidores; el correr a Washington a implorar la misericordia de favores que redunda en beneficios personales y en vergüenzas irreparables, eso también se queda para aquéllos. Usted es otra cosa, general; es el representativo de la indignación continental levantada en todos los espíritus honestos que contemplan estupefactos la coincidencia del crimen de Nicaragua con la Sexta Conferencia Panamericana, muda ante ese hecho. Usted es, empinado en sus reductos, el emblema de la patria que no quiere morir, y el acusador implacable de los Caínes del panamericanismo.

En su inmortal empresa de apóstol y soldado sabemos que es más difícil perseverar que haber iniciado. Por eso, bravío general, le pedimos que no decaiga un instante la fe que lo sostiene y el patriotismo que lo anima, pues quizá los mismos invasores, pasmados de sus nobles ímpetus bélicos, o por presión del mundo entero, o por vergüenza de su culpa, arríen para siempre de Nicaragua la bandera intrusa de las barras y las estrellas para dejar en sus manos la de Benjamín Zeledón.

Ante las decepciones que le causen a usted los egoísmos gubernamentales de afuera y las inverecundias de adentro, yérgase más; que si usted persiste en su arrogancia, los que ahora le contemplan como un iluso, mañana le auxiliarán, le glorificarán. Y sea cada vez más fuerte, superándose a sí mismo, aun en las adversidades, porque tiene usted ante la Historia una gran responsabilidad, la responsabilidad de las banderas y de los símbolos.

Debe usted saber, y deben saberlo sus tropas, que el nombre de Sandino es cada día más popular y loado en todo el mundo, porque todo el mundo se da cuenta de la epopeya realizada por unos cuantos adalides contra la nación más poderosa del orbe. La prensa universal que comenzó señalándolo como un irresponsable, siguiendo la corriente de cierta prensa de la Unión, ahora lo llama excelso patriota y refiere sus hazañas con creciente interés y con asombro. Con sobrada razón, general, porque usted, con sus treinta años gloriosos, enhiesto en el majestuoso pedestal de sus

montañas y desafiando los aeroplanos guerreros del Gobierno, no del pueblo de los Estados Unidos, se nos figura un nuevo David, derribando con la honda de la libertad al moderno gigante Goliat de corazón de dólar.

Su gesto bizarro está provocando dos corrientes: una de profunda simpatía hacia la independencia integral de Nicaragua, y otra de animadversión y desprestigio para los políticos de Washington. Con su resistencia portentosa está usted demostrando a la nación norteamericana y al concierto mundial, que algunos estadistas del Capitolio faltan a la verdad cuando en La Habana nos ofrecen paz y fraternidad y en Nicaragua sus soldados se manchan con nuestra sangre.

Si el Sexto Congreso Panamericano y los gobiernos de Iberoamérica, por sórdido egoísmo, no hacen nada en favor de la libertad nicaragüense, sepa usted, general, y no lo olvide en sus instantes de dolor, y peligro, que todos los ciudadanos libres de Hispanoamérica, de pie, con solemnidad religiosa, respaldamos a nuestro Leónidas flamante, porque el general Sandino es sangre de nuestra sangre, como Nicaragua es una provincia del Estado supernacional de Iberoamérica. Sepa usted que el latigazo que recibe en el rostro la tierra de Rubén Darío, nos hiere a todos los hispanoamericanos en el alma; y que por eso, en cuantas formas hallemos a mano o pudiera imaginar nuestra fraternidad cordial, estaremos con el ya inmortal Augusto C. Sandino y con la santa causa que defiende.

Tenga presente por último, general, como hecho confortativo, que la juventud que se levanta, es decir, el porvenir, consagra a su nombre una verdadera veneración y se preocupa hondamente por su suerte: lo mismo la generación jocunda de la República Argentina que colecta fondos para auxiliar al homérico Sandino, que los estudiantes latinoamericanos de París, que en mensaje entusiasta le envían sus nobles sentimientos de fervorosa adhesión.

Si su destino fuera morir en la contienda, estamos seguros de que moriría como genio, como los héroes; pero no morirá así, general Sandino, no debe morir así, porque son ciudadanos como usted los que necesita Nicaragua para depurar su historia que otros hijos venales han manchado; y también para demostrar al mundo y a los hombres honrados de los Estados Unidos que el pueblo nicaragüense es digno de la libertad y la vida que le quieren arrebatar los “republicanos” imperialistas de los Estados Unidos que han transformado la cruz de Jesucristo en instrumento de odio y de matanza.

VIII

El emotivo mensaje de Isidro Fabela pareció adelantarse a los acontecimientos, en cuanto a la consideración que le otorgaría la posteridad a su casi solitaria lucha. Pero en el forzado exilio de Mérida, Yucatán, su sentimiento más persistente era el de la amargura y la desesperación. Dependía del auxilio económico del gobierno mexicano para su subsistencia material y la de sus acompañantes, y no contaba con medios ni con facilidades para viajar hacia la capital, falto como estaba, además, de la correspondiente invitación de Portes Gil.

Al principio era optimista, y su optimismo lo compartían quienes desde cerca o desde lejos, le apoyaban. Entre estos últimos, el por entonces muy conocido periodista Jacinto López proporcionó esta percepción de las razones que llevaron a Sandino a México[81]:

El héroe nacional nicaragüeño ha abandonado sus selvas aliadas y ha aparecido en México, tranquilamente, libremente, normalmente, por supuesto, en las demostraciones y aclamaciones de la multitud en Honduras, Guatemala, México, por donde quiera que ha pasado en su viaje de regreso a la civilización que elabora crímenes como los que él ha estado combatiendo en sus selvas nativas.

[81] Jacinto López. *Sandino en México,* en *Gráfico,* Nueva York, junio de 1929.

¿Ha abandonado Sandino la lucha? ¿Han vencido los piratas del imperialismo al héroe libertador, la figura más noble de estos tiempos, el único hombre de talla extraordinaria en esta época en América, el símbolo viviente de las grandes cosas que amaron los formidables fundadores de las nacionalidades americanas, desde Bolívar hasta Juárez? ¿Han echado los marinos del imperialismo al león hispánico de sus selvas protectoras? ¿Cuál es la explicación de la presencia de Sandino en la civilización que construye canales interoceánicos al precio de la existencia de naciones libres y soberanas?

Sandino buscó refugio en las selvas heroicas de su patria con un fin muy claro y definido. Su alzamiento en abril de 1927, fue una protesta contra la traición de Moncada, a cuyas fuerzas él pertenecía como general con mando de tropas en la última revolución del pueblo de Nicaragua contra la intervención de Estados Unidos y el gobierno de sus cómplices y traidores en Nicaragua, el depravado, el siniestro Chamorro, los siniestros conservadores, no más infames, empero, que los liberales de Moncada y Sacasa que los han sustituido en la complicidad con el extranjero y en la traición a la patria en interés del imperialismo de Estados Unidos. Su guerra posterior en sus selvas nativas contra las hordas del imperialismo, no era sino una forma de su protesta armada contra la invasión y la subyugación de su patria por los lobos del Norte. Esta guerra de Sandino contra estos lobos era una guerra defensiva. Los marinos del imperialismo los perseguían y lo atacaban en sus selvas, por tierra y desde el aire. En esta lucha desigual y homérica, que un día honrará la historia y cantará la lira hispanoamericana, las hordas del imperialismo asesinaron más de mil patriotas nicaragüeños, en castigo de un delito que éstos aprendieron precisamente de los norteamericanos de Washington y Jefferson, y más tarde de los hispanoamericanos de Bolívar y San Martín.

No fue nunca pretensión de Sandino triunfar en esta lucha. No fue nunca su esperanza lograr, por obra de un esfuerzo militar, la evacuación de su patria por los invasores. Él era demasiado débil para esto. Su guerra era defensiva, necesariamente, y tenía exclusivamente el carácter de una protesta. Su propósito era salvar la dignidad nacional, hacer constar que Nicaragua no se sometía pasivamente al ultraje y al yugo del Conquistador, hacer saber al mundo que los hijos de Nicaragua no eran degenerados sin amor a la patria y a la libertad, sino hombres viriles capaces del mayor heroísmo en el sacrificio y en la batalla desesperada por la conservación de su patrimonio de nación soberana e independiente.

Esta era su misión. Esta fue la misión que Sandino y sus huestes se impusieron cuando se negaron, como hombres de honor y de corazón, a rendir sus armas como Moncada y los suyos al comisionado del presidente Coolidge y a recibir de este, en cambio, la oprobiosa concesión de unas elecciones populares garantizadas por los marinos de la conquista y del crimen. De que Sandino cumplió su misión no puede haber la menor duda. Él mantuvo su protesta armada desde el principio hasta el fin, desde la pusilánime entrega de Moncada hasta meses después de instalado el gobierno de este nuevo traidor. Y probó ser invencible en esta protesta larga, de más de dos años. Los marinos del imperialismo lo persiguieron y combatieron sin cesar. Sus filas fueron constantemente clareadas por la muerte, la mutilación, las enfermedades. Elementos y recursos no le faltaron nunca, lo que prueba que en alguna parte, en Nicaragua y fuera de Nicaragua, está siempre fluyendo como la luz el manantial milagroso del patriotismo y el nacionalismo. Pero vano fue todo el esfuerzo del criminal invasor contra él y su aliada, la selva nativa que lo acogió en su seno profundo y bravío y libró con él y sus legiones la sublime batalla del débil contra el fuerte, del oriundo contra el extraño, del hombre libre contra el conquistador, de Abel contra Caín. Vano fue todo el esfuerzo del crimen equipado de la ciencia y la riqueza contra la superioridad del número y el favor de incontables facilidades y ventajas. Vano fue todo, Estados Unidos nada pudo contra Sandino. Él mantuvo su guerra de protesta y su guerra de defensa desde el momento de su denodada resolución en abril de 1927, hasta el momento de su deliberada resolución de suspender la acción de su protesta en junio de 1929. La impotencia de los marinos contra Sandino es la deshonra y el ridículo de los marinos y el triunfo de Sandino. Este señorío de Sandino en su lucha de protesta contra la invasión y la subyugación de su patria por los piratas del canal interoceánico,

> del comercio, de las inversiones y de las concesiones, es ni más ni menos que un triunfo, un prodigioso triunfo. Podemos, pues, saludar a Sandino como el triunfador en la lucha de más de dos años con los marinos norteamericanos en las selvas de Nicaragua.
>
> Pero Sandino, en armas en sus selvas amigas, estaba siendo el pretexto para la permanencia de los piratas en Nicaragua. Después de la inauguración del gobierno de Moncada, en plena paz, salvo Sandino en sus selvas, la presencia de los marinos en Nicaragua no tiene justificación ni explicación. Sandino les estaba sirviendo de pretexto, aunque Sandino, como peligro, es tan temible para el gobierno de Moncada como es para los marinos. Nada puede contra el uno ni contra los otros, fuera del valor y significación moral e histórica de su protesta. Procediendo con la inteligencia que lo ha señalado hasta ahora, apercibido de la situación, decidió suprimir el pretexto de la presencia de los marinos todavía en su patria, abandonando él sus selvas nativas. Ésta es la explicación de la vuelta de Sandino a la civilización y su llegada a México, patria de los proscritos y las víctimas del imperialismo en Centro América.
>
> Los marinos tienen hoy este dilema: o se van de Nicaragua o tendrán que hacer otra vez la guerra a Sandino en sus selvas, porque Sandino reanudará su protesta armada si después de la tregua que ha ofrecido a los marinos del imperialismo, éstos permanecen todavía en Nicaragua.
>
> La paz depende, pues, en Nicaragua, hoy como ayer, de Washington. La decisión de Washington ha sido siempre por la guerra. Esta experiencia autoriza el pronóstico de que Sandino tendrá que volver a sus selvas nativas. La responsabilidad, como siempre, será de Washington.

Se equivocaba Jacinto López al suponer que Sandino había dejado Nicaragua para quitar a los invasores del pretexto para permanecer en su patria. No sólo el presidente Calvin Coolidge y su sucesor, Herbert Hoover, además de sus respectivos secretarios de Estado, nada habían anunciado al respecto y sobre ellos recaía el poder de decisión, sino que, por el contrario, el presidente Moncada era el más fervoroso partidario de que se quedaran, tanto por temor a un nuevo golpe de Estado de los conservadores —al estilo del que Emiliano Chamorro descargó a fines de 1925 contra el presidente Solórzano— como por no sentirse demasiado seguro de que la Guardia Nacional, que estaba siendo adiestrada y entrenada a toda velocidad por Estados Unidos, pudiese hacer frente a los embates de las fuerzas de Sandino.

Por otra parte, el Departamento de Estado se sentía empantanado por su propia desacertada política centroamericana. Aunque se había impuesto a través de la gestión del embajador Dwight Morrow la línea trazada por Coolidge, y el presidente Calles debió ceder en litigio por el cual llovieron sobre él las más disparatadas imputaciones y debió hacer frente a amenazas de intervención activa, el complicado ajedrez de la política se había enmarañado con el inesperado gambito de la increíble resistencia de Sandino y sus huestes. Es cierto que Sandino estaba en ese momento neutralizado, recluido como estaba contra su voluntad en una apartada región de México; pero en Nicaragua la lucha continuaba como antes, y seguían siendo muertos o heridos *marines o constabularios.* De manera que la fuerza interventora no podía retirarse porque, de hacerlo, quedaría sin razón plausible su presencia inicial. Si habían desembarcado para imponer la paz, ¿cómo podrían reembarcarse y retornar a sus bases sin haber logrado ese objetivo?

En lo que no se equivocó Jacinto López fue en su predicción de que Sandino volvería a sus selvas nativas. Sandino obtuvo finalmente, por mediación de su representante Zepeda, que el presidente Portes Gil le recibiera, el 29 de enero de 1920. Se puede deducir, por la forma en que el líder guerrillero retornó subrepticiamente a Nicaragua meses después, que salvo expresiones de amable cortesía y deferencia, nada logró de su magno huésped que satisficiera las expectativas que le habían llevado hasta México. Se puede igualmente colegir que el mandatario azteca no podía entonces, ni pública ni privadamente, endosar una adhesión que se prolongara más allá de los buenos deseos, salvo que deseara enzarzarse en disputas diplomáticas con los gobiernos de Washington y Managua.

De regreso, pues, a Mérida, Yucatán, Sandino comenzó a preparar su salida de México y su reingreso en Nicaragua. Ignorante de esa circunstancia, desde el lejano Madrid en donde residía, el novelista peruano César Falcón, que tuvo la oportunidad de tratar a Sandino,

escribió sobre éste la siguiente elogiosa semblanza, que aunque conocida en nuestra América cuando ya el jefe guerrillero estaba de nuevo combatiendo en su patria, conservaba su valor como análisis y predicción[82]:

> "Después del bombardeo de los marinos norteamericanos, el guerrillero nicaragüense está resistiendo ahora el bombardeo periodístico de Estados Unidos. Intermitentemente llega a Europa una noticia, en apariencia perdida en el fárrago de noticias internacionales, sobre el combatiente de Las Segovias, en las cuales se insinúa o se afirma su retirada de la lucha, unas veces por cansancio y otras por dinero. Sandino es actualmente un guerrero en reposo. Es decir, en paréntesis de lucha y, consecuentemente, en instante propicio a la propaganda.
>
> "Esto de la propaganda lo entienden en los EE.UU. como en ninguna otra parte del mundo. La eficacia de los sistemas propagandistas norteamericanos llega a superarse a sí misma con mucha frecuencia. Ahora, en el caso de Sandino, por ejemplo. Sandino no oculta sus planes ni sus trabajos. A todos sus amigos les informa con exagerada franqueza de sus propósitos y de sus actos. Sin embargo, los informes particulares, y por particulares reservados, no bastarían para tener presentes su nombre y su misión en la memoria del público. Pero la propaganda norteamericana cubre la deficiencia. Muy pocos y muy ingenuos serán quienes la crean al pie de la letra. Muchos serán, en cambio, a quienes les refresque el recuerdo y les encienda de nuevo la emoción.
>
> "Sandino, el empedernido capitán del antiimperialismo, es uno de los pocos Hombres de Hispanoamérica, cuya figura está proyectándose cada día; su perfil histórico irá trascendiendo de las selvas nicaragüenses, del continente americano y de una órbita loca a la amplitud del mundo. Porque el formidable problema del imperialismo capitalista representado hoy ejemplarmente por Estados Unidos, se ha insinuado ya, desde hace muchos días, como un problema universal y el más duro de nuestra época.
>
> "Quienes se imaginan haber pasado el trance sangriento de la guerra para entrar, con más o menos vacilaciones, en una zona de paz, de reacomodo pacífico de los hombres en el mundo, no cuentan con la omnipotente fuerza del imperialismo capitalista, creado por la misma. Es la fatalidad de nuestra época. El desequilibrio industrial, la crisis económica, característica de hoy, contiene el germen de la lucha formidable. Las vueltas de la inteligencia política de las principales naciones en torno a sus crisis económicas van directamente a buscar el remedio; esto es, el bienestar de sus nacionales, en la explotación fácil de las riquezas y en la abundancia de los mercados. El nuevo capitalismo tiene una tendencia orgánica y, por tanto, indomable, a la especulación. O infla los valores en las bolsas o se lanza vorazmente sobre las riquezas de los pueblos débiles. Las dos maneras típicas del imperialismo económico.
>
> "Pero lo más típico de este capitalismo joven y desaforado no es su ímpetu conquistador, su insaciable ambición de ganancia, característica, en realidad, de todas las fuerzas nuevas de la historia. Lo más típico, y en cierto modo lo más poderoso, son sus fuerzas coadyuvantes. La multilateralidad de sus tentáculos. Cuando el capitalismo de mediados del siglo pasado se lanzaba a la conquista económica de un pueblo, iba, sin muchas diferencias, como el conquistador de la Edad Media: justificándose con su propia voluntad de conquista y con su fuerza propia. El pueblo atacado y vencido pasaba inmediatamente a sufrir todos los quebrantos y miserias de la servidumbre. Hoy, por el contrario, la invasión capitalista significa, en primer término, aumento del bienestar material del pueblo invadido. Asfalto en las calles, carreteras de firmes especiales, casas altas y limpias, teléfonos, automóviles, cinematógrafos, charoles y faros. Pero en el fondo —la Historia, como la vida, es una corriente subterránea— las garras del imperialismo son las deudas crecientes, las hipotecas de las riquezas naturales del país, la lenta subordinación económica, el vasallaje financiero y la dependencia internacional.

[82] César Falcón, *El guerrero en reposo,* artículo publicado en *El Sol* de Madrid y reproducido en *Repertorio Americano,* San José, Costa Rica, 5 de junio de 1930.

> "Y en este fondo oscuro del bienestar presente —otra fatalidad del imperialismo— se incuba la redención. La protesta, la rebeldía futura. Cuando más tarda, más intensa. Aquí está el signo del porvenir. De un porvenir perfectamente visible desde ahora y del cual ya están despuntando los prolegómenos. Las circunstancias particulares de Nicaragua han colocado a Sandino en una actitud anticipada del porvenir. Su mejor excelencia es haber comprendido obstinada, intransigentemente, la dirección de los acontecimientos. Ni su propaganda ni sus campañas futuras lograrán contener el impulso imperialista de Estados Unidos. Pero la verdadera significación histórica de su actitud se concreta en su tenacidad, en su intransigencia, en esa consciente impavidez para anticipar hoy la lucha cierta del futuro".

Las circunstancias particulares de Nicaragua también movían a Sandino a dejar su obligado "reposo" de guerrero. Se sabe ya que no fue por blandura o comodidad que permaneció en México. Lo revela, entre otras comprobaciones, el hecho de que debió sortear la vigilancia de las autoridades mexicanas y estadounidenses para abandonar Mérida. La huida, que en verdad lo fue, se preparó como una operación militar. Acostumbró a sus custodias durante semanas, a verle pasear casi a diario en un destartalado automóvil en compañía de sus ayudantes. El pretexto era el de visitar haciendas con vistas a su probable compra, para una residencia permanente. Regresaban todos a Mérida el mismo día o a más tardar el siguiente, para poco después emprender otros viajes parecidos, en tanto estudiaban el modo de dejar la península yucateca. A fines de abril de 1930, ya elaborado el plan, salieron los cuatro en el automóvil hacia el puerto de Progreso, donde con nombres supuestos se embarcaron hacia Veracruz, desde donde emprendieron viaje, por ferrocarril y automóvil, hacia la frontera sur. Es obvio que pasaportes amañados le sirvieron para cruzar Guatemala, El Salvador y Honduras, y que por la región fronteriza de Danlí por la que alguna vez pasó el "gringo" Carleton Beals penetraron a su vez en Las Segovias.

Era mediados de mayo de 1930, exactamente el 16, a casi un año de la partida...

Lo que siguió forma parte de otra historia, por lo demás conocida y sin relación directa con México. Sandino retomó la jefatura del Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua, que en su ausencia no había dejado de combatir contra los *marines* y contra la "constabularia" nativa bautizada como Guardia Nacional. A principios de junio participa en persona en combates, en uno de los cuales resultará herido por fragmentos de metralla. Y la lucha se prolongará en los meses siguientes, sin que se pida ni se dé tregua.

El 1 de marzo de 1934 asume la presidencia de Estados Unidos el candidato triunfante por el Partido Demócrata, Franklin D. Roosevelt, quien durante la campaña electoral no se recató en sus censuras a los republicanos por la invasión de Nicaragua y se plegó a las demandas latinoamericanas en favor de una política de no intervención en los asuntos internos de los países del hemisferio. En su discurso inaugural, Roosevelt acuñará el lema que se propone llevar a la práctica con las naciones demandantes: "Política de Buena Vecindad". La coincidencia de haber sido elegido el 6 de noviembre anterior, en Nicaragua, como presidente, aquel viejo liberal Juan Bautista Sacasa, en cuyas filas militó Sandino durante los primeros meses de 1927 —hasta la firma del Pacto de la Traición en Tipitapa—, proporciona un motivo de expectativa de pacificación nacional.

El tratado de paz se materializa en Managua el 2 de febrero de 1933, luego de que el último soldado de Estados Unidos abandona el territorio de Nicaragua, el primer día de ese año. Sandino considera cumplida su demanda fundamental: la patria está libre de invasores. El gobierno de Sacasa dispone una amnistía política general y asigna al ahora ex guerrillero tierras fiscales en la región segoviana, para que éste y los remanentes de su ejército las cultiven. La ingenua honestidad política del nuevo Cincinato le impide percibir que, aunque los invasores se han marchado, dejaron en su lugar otro tipo de ejército de ocupación, de acuerdo con el modelo de los "cipayos" adiestrados y entrenados por Inglaterra en su colonia de la India. En Nicaragua se llamó en un principio Constabularia, traducción literal de la *Constabulary* estadounidense; más tarde, quizás por guardar las formas, se le dio el nombre español de Guardia Nacional y a su frente fue puesto, en reemplazo de los jefes que la comandaron desde 1927 hasta el último día de 1932, a un *native,* Anastasio Somoza, que tenía en su favor el saber algo de inglés y haberle caído en gracia a la esposa del embajador de Estados Unidos, Matthew Hanna.

La Guardia nacional comenzará entonces a hostilizar y agredir a las pacificadas huestes de quien, lejos de la capital y sin otra ambición que la de cultivar la tierra, nada pide sino tranquilidad. Ignora que su figura misma es una especie de contrapeso que mantiene a raya las ambiciones del jefe militar que ya aspira a suceder, de grado o por fuerza, al viejo Sacasa. Guando a principios del siguiente año, ya alarmado por la creciente magnitud de los arrestos, prisiones y hasta asesinatos de su gente, decide apelar personalmente ante Sacasa, hace su último viaje a Managua.

Luego de algunos días de entrevistas oficiales, asiste en la noche de 21 de febrero de 1934 a una cena que en vísperas de su retorno al norte segoviano le ofrece Sacasa. Todo parece ahora marchar bien. Hasta el mismo jefe de la Guardia Nacional se ha fotografiado con él, con abrazo sonriente. Al abandonar la casa presidencial, sobreviene la emboscada, el arresto, el asesinato.

Sacasa será una sombra provisional, en inevitable espera de la sucesión que no demorará y que más tarde se prolongará en ominosa dinastía, siguiendo un curso previsto por el anónimo redactor del epigrama.

Son las cosas del destino o el destino de las cosas: después de los Sandino, los Anastasio Somozas.

FIN DEL LIBRO II